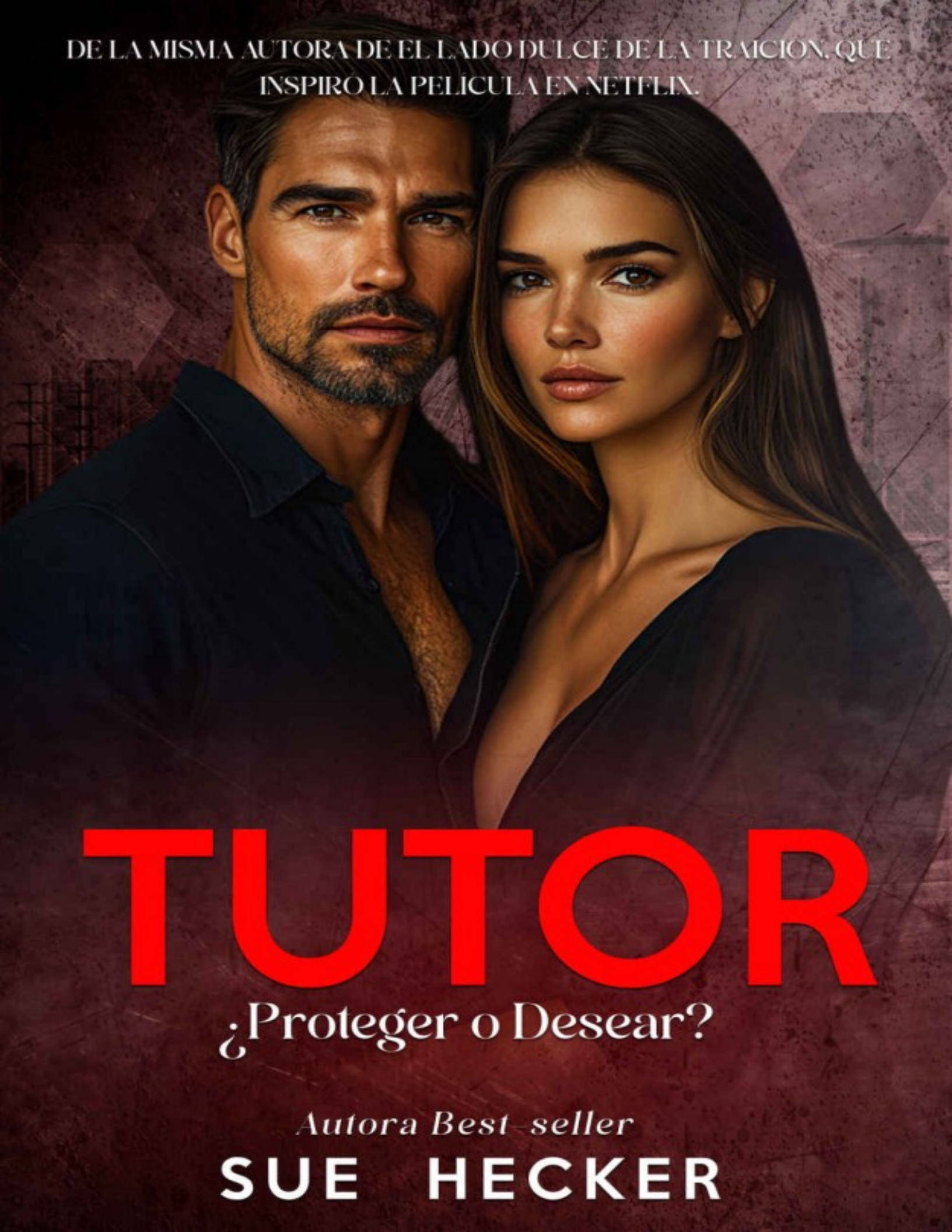
DE LA MISMA AUTORA DE EL LADO DULCE DE LA TRAICION, QUE INSPIRÓ LA PELICULA EN NETFLIX.



TUTOR

¿Proteger o Desear?

Autora Best-seller

SUE HECKER

DE LA MISMA AUTORA DE EL LADO DULCE DE LA TRAICIÓN, QUE INSPIRÓ LA PELÍCULA EN NETFLIX.

TUTOR

¿Proteger o Desear?

Autora Best-seller

SUE HECKER

COPYRIGHT © SUE HECKER

Edición digital: VM Diagramaciones

Revisión: Antonio Carlos

Diagramación: VM Diagramações

Se trata de una obra de ficción. Su propósito es entretener a la gente. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con nombres, fechas y acontecimientos reales es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Se prohíbe el almacenamiento y/o reproducción de cualquier parte de esta obra por cualquier medio —tangible o intangible–sin el consentimiento escrito del autor.

Creado en Brasil. La violación de los derechos de autor es un delito penalizado por la Ley Nº 9.610/98 y castigado por el artículo 184 del Código Penal.

Índice

Sinopse

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo

Sinopse

Ella buscó la mirada que era suya, sin darse cuenta de que, desde el primer instante, ya le pertenecía.

Pedro Salvatore es un hombre intenso, que lleva un pasado lleno de recuerdos y pensamientos intrusivos. Solitario por elección, vive alejado del mundo... hasta que un desafío inesperado aparece para darle la vuelta a su vida: cuidar de Beatriz, una joven impulsiva que perdió la memoria tras un accidente.

Beatriz despierta sin recuerdos, sabiendo solo que Pedro era un amigo íntimo de sus padres... y que ahora es su tutor. Para ella, él es mucho más que un guardián; es el hombre que quiere conquistar, cueste lo que cueste. Sin pasado que frene sus deseos, ella rompe todas las reglas.

Esta es la historia de dos corazones marcados por el dolor, entre dos personas que se encuentran en medio del caos de una convivencia inesperada. Mientras Pedro intenta mantener el control, Beatriz lo envuelve en un juego irresistible para entregarse a un amor prohibido, capaz de curar incluso las heridas más profundas.

Prólogo

Pedro Salvatore

Estoy sentado en el sofá, con el portátil abierto sobre la mesita, pero mi atención está lejos de la pantalla. Acabo de ducharme, intentando relajarme tras un día agotador en la oficina, cuando aparece ella. Beatriz. Bya. Sale del dormitorio vestida para matar y siento una oleada de calor que me envuelve, como si el aire a mi alrededor se hubiera vuelto más pesado, más cálido.

La coleta en lo alto de la cabeza parece decirlo todo:

Tómame entre tus manos y hazme tuya.

Sus ojos marrones, tan intensos, me miran fijamente con esa mirada desafiante que la caracteriza desde el primer día que nos conocimos. Y sus labios...

Dios, esos labios carnosos, teñidos de rojo... gritan.

Bésame a la fuerza.

Hazme rogar...

Y yo...

Trago en seco, intentando mantener la compostura, pero ya sé que está a punto de tomarme en serio. Así que espero a que diga adónde cree que va vestida así.

—Pedro, no sé a qué hora volveré —, advierte, segura de sí misma, desconcertándome y al mismo tiempo atrayéndome. Su voz

es firme, como si estuviera al mando de su propia nariz. Tan equivocada.

—Voy a cubrir a una amiga que trabaja en un bar, ¿vale? —Murmura la información mientras actúa con rapidez, cogiendo su llave y su bolso del aparador, consciente de que mi curiosidad es insaciable cuando se trata de ella.

—Su madre tiene una enfermedad terminal. Cáncer, pobrecita. Así que no puede ir a trabajar hoy. Tiene que quedarse con ella en el hospital. Ya sabes cómo es, con los costes de su enfermedad, mi amiga no puede permitirse perder su trabajo.

Me callo... mis dedos tamborilean sobre el teclado del portátil, fingiendo estar distraído, pero cada célula de mí está en alerta, concentrada en ella. Le doy cuerda, la dejo hablar, explicarse, justificarse. Quiero ver hasta dónde es capaz de llegar. Porque si estuviera en mis brazos... oh, si estuviera en ellos, sólo el infierno sabría lo que pasaría. La llama que ardería entre nosotros... no tendría control, ni freno. Sólo seríamos ella y yo, y el mundo desaparecería a nuestro alrededor.

—Mi corazón estaba con ella, ¿sabes? Siempre se dice que la vida consiste en ayudar al prójimo, así que decidí hacer algo por ella. Voy a cubrir su turno en el pub para que su jefe no se tome el día libre o, peor aún, la despida. No podía quedarme de brazos cruzados.

Bya es así... Si quiere darme cuerda con cualquier cosa, parece que no tiene frenos.

—Lo peor es que no tengo ni idea de cómo funciona su turno ni a qué hora termina. Así que no me esperes despierta, ¿vale?

No quiero que te quedes despierto preocupado.

Mezcla la compasión con una actitud desafiante, tratando de pulir mi comprensión.

Verla, tan independiente y atrevida, agudiza mis instintos. En cuanto me doy cuenta de que está a punto de irse, mi cuerpo reacciona. Me levanto y la agarro con fuerza del brazo. El impulso de dominarla, de demostrarle que incluso en su buena acción, debe seguir perteneciéndome, me hace hervir la sangre.

—Un momento, señorita. —mi voz sale más baja, más ronca de lo que me gustaría. —Así no funcionan las cosas por aquí. ¿O lo has olvidado?

Se vuelve hacia mí, pero los ojos de la hija de puta no se cruzan con los míos. Me está engañando. Noto que brilla con una mezcla de desafío y... ¿miedo? ¿excitación? No lo sé, pero me desanima aún más. La acerco más, hasta que nuestros cuerpos casi se tocan.

Joder...

¿Por qué tiene que respirar así cada vez que la toco, como un corderito asustado?

—¿No?

—No, aclaro, controlando el deseo que crece en mi interior, como una bestia a punto de escapar. —En primer lugar, ¿puedes decirme dónde está ese bar y por qué una camarera tiene que trabajar con unos pantalones tan cortos?

Ella abre la boca para responder, yo no espero.

—Y lo que es más importante, ¿de verdad creías que te dejaría salir de aquí, así como así?

Beatriz

No puedo enfrentarme a Pedro. Basta oír su voz, firme e imponente, para que mi corazón se acelere, como si latiera a un ritmo desajustado. Mis ojos huyen, buscando refugio en cualquier lugar del espacio que no sea él. Cualquier cosa con tal de evitar lo inevitable.

La forma en que me mira tiene algo de hipnótico — es profunda, intensa, como si pudiera ver directamente dentro de mí, sin decir una sola palabra. Y si de verdad nuestras miradas se encuentran, sé que me voy a perder.

Si te soy sincera… creo que ya me perdí hace tiempo. Me encuentro atrapada en pensamientos que no debería tener, en deseos que insisten en aparecer, incluso cuando intento ignorarlos. Y lo peor es que, cuanto más lucho contra ello, más me dejo llevar.

Cada vez que miro a Pedro, me quedo sin aliento. Fantaseo con el sabor de su beso, con el tacto de su caricia. Imagino la bienvenida de sus brazos alrededor de mi cuerpo, su cálido aliento cerca de mi oído susurrando

Sí, yo también te quiero.

O mejor dicho...

...yo también te quiero.

Es el hombre que marcó mi vida y también me arruinó para todas las demás figuras masculinas del mundo.

Nadie más me hace sentir como él. Nadie más me provoca, me domina como él. Y, sin embargo, sigue insistiendo en tratarme como a una adolescente, como si yo no fuera más que un eterno lastre, una alumna a la que tiene que guiar.

Necesito que me guíes, sí, pero hacia otra cosa.

Ya no soy una niña pequeña. Y no permitiré que sigas dictando lo que debo o no debo hacer, como si no tuviera voz, como si mis deseos no importaran.

Respiro hondo, saco fuerzas de no sé dónde (probablemente de algún lugar entre la rabia y la pasión) y le contesto rápidamente, casi de la misma forma que hice para avisarle de que me iba.

—¿En qué siglo vives realmente? ¡Definitivamente no en este tiempo! ¿Estoy en lo cierto?

Dios... estoy tan equivocada. Esa es la respuesta correcta, sobre todo enfrentándome a él así, cuando me tiene atrapada entre sus dedos. Mi tutor no es el tipo de hombre que se deja llevar por nada... y yo nunca soy lo suficientemente lista para evitarlo.

Pedro me mira con esa expresión que me hace sentir pequeña y poderosa al mismo tiempo. Sus ojos verdes brillan con una mezcla de irritación y algo más, algo que no consigo descifrar y que me hace estremecer por dentro.

—Te aseguro que no me gustaría saber cómo habría actuado contigo en mis tiempos", gruñe por lo bajo, con una amenaza que me hace sentir calor y frío al mismo tiempo.

Es sólo mi brazo lo que sus largos dedos sujetan, pero el efecto se extiende por todo mi cuerpo. Siento el calor de su mano

como si fuera una marca, una posesión. Y en el fondo quiero que me marque, que me posea.

Quiero que sienta lo mismo que yo.

Quiero que deje de tratarme como si fuera de cristal y no pudiera soportar lo que hay entre nosotros.

Pero al mismo tiempo, tengo miedo. Miedo de lo que pueda pasar si cede. Miedo de que una vez que me tenga, nunca seré capaz de soltarme.

Y, sin embargo, quiero hacerlo.

Lo quiero todo.

Lo quiero.

Pero, por supuesto, no puedo dejar entrever que me estoy derritiendo por dentro. Así que enarco una ceja, lo fulmino con la mirada y lo suelto:

—En serio, Pedro, ¿has pensado alguna vez en escribir un manual? Cómo arruinar la noche de una chica en 10 segundos. Creo que sería un éxito de ventas.

—Un manual, ¿eh? —ironiza con una intención sádica que me acelera el corazón y me eriza el vello corporal. —Incluso podría considerar la idea, pero creo que el título sería más bien: Cómo salvar a una chica testaruda de sí misma en 10 segundos.

Abro la boca para replicar, pero sus ojos se posan en mis labios y las palabras mueren en mi garganta.

—¿Y sabes qué, Bya? —Me aprieta el brazo. —Prefiero mil veces arruinarte la noche a que salgas con unos pantalones tan

cortos y le des a algún idiota la oportunidad de arruinártela de otra manera.

Me sujeta aún más fuerte. No me suelta, las comisuras de sus labios se curvan ligeramente, como si luchara contra sí mismo. Puedo ver la tensión en los músculos de su cara, la forma en que aprieta la mandíbula, y necesita aferrarse a algo que no sea yo.

¿Celos? ¿Posesión? Posiblemente. O quizá sólo sea él, Pedro, el hombre que siempre se controla demasiado, luchando por no perder el control.

Bueno, si estás en esta batalla, ya he ganado medio punto.

Su mirada está fija en la mía, pero ya no es sólo controladora. Hay algo más ahí, que intenta ocultar, y que yo percibo claramente: deseo. Un deseo que no quiere admitir, ni lo hará.

Y eso es exactamente lo que siempre he querido.

Puede que incluso crea que tiene el control, pero yo ya lo he decidido: esta vez, voy a ser todo el rayo que caiga en su tormenta.

Capítulo 1

Pedro Salvatore

—¿Pedro?

—¡Soy yo!

—Te necesito. —Oigo una voz lejana y una larga pausa. —No me digas "no" ahora. ¡Por favor!

En cuanto llegué al hospital, pedí información sobre el estado de Malú, pero no estaba preparado para descubrir que su estado era tan grave. El aire frío del pasillo parecía cortarme la piel, y el olor a antiséptico me traía recuerdos que preferiría mantener enterrados.

No era un lugar en el que esperara estar después de Nochevieja, pero allí estaba yo, vestido de blanco de pies a cabeza, como un intruso en un entorno que ya no me pertenecía. La recepcionista me indicó dónde esperar.

En la sala de espera, un hombre canoso de mediana estatura se levantó en cuanto me vio. Vestía un traje oscuro y llevaba un maletín bajo el brazo, como si estuviera allí para ocuparse de negocios, no de dolor.

—Usted debe ser Pedro Salvatore, un conocido de Torres Machado. ¿Estoy en lo cierto? —Extendió la mano, pero el gesto no parecía amistoso. Era formal, casi mecánico, cumpliendo un protocolo.

Fruncí el ceño, desconfiado.

—No sé de dónde has sacado que somos íntimos... Pero sí, soy Pedro.

—Encantado de conocerle. Soy Antônio Almeida, el abogado de la familia. Soy quien ayudó a la Sra. Maria Luiza a llamarle.

—No me acuerdo de ti. ¿Debería? —pregunté, aún más confuso. ¿Qué tenía yo que ver con todo esto?

—¿Puedes acompañarme a tomar un café antes de ir a su habitación?

—Prefiero ir directo al grano, doctor. No me gusta irme por las ramas.

Me lanzó una mirada de pesar, pero eso no fue todo. Había algo más allí, algo que no podía descifrar, y eso no hizo más que aumentar mi malestar.

—Ni siquiera sé por qué me ha llamado. Estaba en una reunión entre amigos, a la que tengo intención de volver pronto, si dispone de tiempo.

—Lo comprendo. Yo también estaba en una reunión con mi familia cuando me llamaron del hospital para pedirme que viniera enseguida. —Suspiraba, cansado, pero sin paciencia ante mi tono indiferente. —Lo que nos diferencia aquí es que llevo acompañando a la familia desde Nochebuena, ocupándome del accidente.

¿Accidente? La palabra flotaba en el aire y se me oprimió el pecho.

—Lamentablemente, no hemos podido ponernos en contacto con usted a tiempo para la incineración del Sr. Walter Torres Machado.

Sentí como si todas las garras del mundo se hubieran cerrado alrededor de mi pecho. Walter. Un amigo del pasado. Un tipo que fue un compañero increíble y que conoció a Malú gracias a mí. Incluso nos distanciamos por esa razón. Y ahora estaba muerto.

No me jodas.

El impacto fue inmediato. Tragué saliva, intentando procesar la información, pero el abogado continuó, implacable:

—Aun así, tengo documentos firmados por él y su esposa en los que figura usted como beneficiario.

—¿Yo?, la palabra salió ronca, casi un susurro.

—Su sorpresa es normal, pero preferiría que la Sra. Maria Luiza se lo explicara todo en persona. Sin embargo, me temo que, dada la urgencia con la que tenía que llamarle, mi cliente no dispone de mucho tiempo para ello. Pero se hizo de rogar demasiado.

En ese momento, mi mente se cerró en un torbellino de recuerdos y sensaciones que creía haber enterrado. Sin embargo, sentí que no había vuelta atrás.

—¿Dónde está?

—En la habitación 312. Pero, Sr. Pedro... —vaciló, como si meditara cada palabra. —Prepárese. Le deseo mucha fuerza.

Esa última frase resonó en mi mente mientras caminaba hacia el ascensor.

¿Prepararse para qué?

¿Fuerza?

¿Qué demonios estaba pasando?

¿Y por qué, después de todos estos años, seguía formando parte de ella?

Cuando se cerraron las puertas del ascensor, sentí un escalofrío que me recorría la espalda. Algo me decía que cuando aquella noche terminara, nada volvería a ser igual.

Sentado con un codo apoyado en las piernas y los dedos enredados en el pelo, sigo sin entender cómo cambió mi vida después de aquella llamada. Me vienen a la mente flashes y recuerdos mientras cierro los ojos. Sigo sin poder creerlo.

—Maria Luíza, ¡no puedo prometerte eso! —le digo, compadeciéndome de su estado.

—No me culpes por lo que te hizo tu padre. Ahora sólo te tengo a ti. Me estoy muriendo. Por más que lucho por sobrevivir, siento que tengo pocas fuerzas para seguir.

Sus palabras salen con dificultad, como un susurro, lentamente; baja y vuelve a colocar la máscara de oxígeno con cada discurso. Está agonizando y, por insensible que pueda parecer, no sé si soy capaz de hacerlo.

—Ella es mi posesión más preciada. Tienes que prometerme que la cuidarás.

Su mano fría toca la mía. Cierro los ojos recordando cuando me despedí de mi madre y la vi por última vez, después de luchar durante años como una guerrera. Su despedida está grabada en mi memoria.

—Pedro, ya sabes qué hacer.

La miro, pero las palabras no me salen de la boca, se me atascan en la garganta en un nudo.

—Tú también eras huérfano.

No. De hecho, mi padre tomó la decisión. Prefirió cuidar a una familia que no le pertenecía, que a la suya. ¿Y ahora me pide algo de lo que ella se benefició? No la estoy culpando. Sé que sólo era una niña, pero aún así se benefició de algo que me fue arrebatado.

—Pedro, podrás transmitir tu sabiduría a Beatriz.

—¿Sabiduría? —pregunto, mientras una voz grita que sólo era supervivencia.

—Sí... Tu serías un gran... tutor.

—¿Tutor?

—Aunque preferías mantenerte alejado de nosotros, te consideraba un hermano. Y Walter te consideraba un gran amigo. Sus últimas palabras en la ambulancia fueron para que te buscara.

¡Infierno! ¿Cómo voy a cuidar a un adolescente al que sólo vi una vez de niño, en el funeral de aquel que actuaba como un gusano, que se consideraba omnisciente, omnipotente y que sólo defendía su verdad como correcta?

Nunca fue humilde, y en su orgullo prefirió dar la espalda a la responsabilidad. Ahora, como herencia del destino, me ha tocado hacer exactamente lo que él no hizo, aunque son situaciones completamente distintas, pero al fin y al cabo son la misma cosa. Malú suspira y suplica, esta vez más débil.

—Ojalá pudiera darle un último beso. Sólo uno... Hazlo por mí. —Las palabras salen en un susurro ronco, como si el propio dolor las estrangulara. —Prométeme...

Tus ojos se encuentran con los míos. Un brillo tembloroso de súplica, miedo y algo más... una despedida que se niega a ser aceptada.

—Pro... me... te, quién va a cuidar de ella... Pedro... —Le falla la voz, tragada por el rápido pitido de las máquinas.

Entonces el mundo se detiene.

El pitido se alarga hasta convertirse en un sonido continuo e intermitente.

Piiiiiiiiii.

Luego, pasos apresurados resuenan en la habitación, voces urgentes se superponen, mientras la fría luz del hospital parece aún más cruel.

Pero nada de eso importa.

Lo que importa es que no he sido capaz de decir que no puedo.

Durante años, utilicé el dolor físico como forma de sustituir el dolor emocional que me consumía. Era un castigo autoinfligido, un intento desesperado de acallar los pensamientos intrusivos que resonaban en mi mente. Creía que, si podía controlar el dolor de mi cuerpo, podría evitar las decepciones de la vida y posponer la confrontación con la realidad.

Sólo cuando busqué ayuda y empecé la terapia pude por fin vaciarme. Sentí que el dolor me abandonaba, gota a gota, hasta que

sólo quedó el silencio. Pensé que había vuelto a empezar. Pensé que podría seguir adelante, libre de los fantasmas que me perseguían.

Eso es un error.

Ahora, con las uñas clavadas en la palma de la mano, siento que vuelven de nuevo los pensamientos intrusivos.

Si huyes, ella muere.

Sentado durante horas, observo al ángel que descansa en la cama frente a mí, como si me ahogara.

Esta es sin duda la noche más dura de mi vida.

Me clavo las uñas en la palma de la mano, el único recordatorio de que aún no me he ido, de que esto es real.

El hospital está en silencio, pero en mi interior resuena un grito.

No quiero estar aquí.

No quiero tener que enfrentarme a eso.

Podía esperar a que se despertara y disculparme por no poder ser para ella lo que sus padres querían.

O podría marcharme y dejar que el abogado de la familia encontrara a otra persona que aceptara el papel. Pero mientras lucho contra las respuestas que se empeñan en no aparecer, intento salir del fondo de mis dudas.

Me levanto y me acerco a la cama por primera vez.

—¿Cuánto sabes que ha pasado, cariño?

Miro fijamente a la niña de rasgos delicados y piel dorada mientras duerme, sedada.

La visión es tan sombría como la vía intravenosa que gotea lentamente en sus venas.

Tiene el pecho vendado. Tiene abrasiones moradas en la cara. Tiene cortes en los brazos.

Tan vulnerable.

Algo me golpea el corazón. Yo era mucho más joven que ella cuando murió mi madre. Sólo hay una madre y un padre huérfanos de un solo golpe.

Una enfermera entra en la habitación y dice que, debido a la fractura de pelvis y a las operaciones a las que ha sido sometida, lleva una maldita semana en coma inducido

Una semana entera.

Joder...

Me doy la vuelta para marcharme, buscando una bocanada de aire, un momento para procesarlo todo. Pero antes de que pueda dar un paso más, un pequeño suspiro, casi imperceptible, me detiene. Es como si esa niña, aún inconsciente, me dijera que no puedo irme. Que no puedo dejarla allí, sola.

Y de repente me doy cuenta: incluso en silencio, ella parece más consciente que yo.

Aprieto las manos con fuerza contra la pared.

¿Qué voy a hacer contigo?

En el pasado, no habría visto como un problema exponerme a los riesgos de la situación, pero ahora no sé cómo encajarlos en mi proyecto de vida.

Mis manos se cierran con fuerza contra la pared, como si pudiera extraer de ella alguna respuesta, alguna dirección. La pregunta se repite en un bucle sin fin:

¿Qué voy a hacer contigo?

En el pasado, no habría dudado. Me habría lanzado, asumiendo todos los riesgos sin pensármelo dos veces. Pero ahora... Ahora es diferente. Ya no sé cómo encajar esta situación en el proyecto que me he trazado. Todo parece desmoronarse y yo estoy aquí, paralizado, intentando encontrar un camino que tenga sentido.

A mis 32 años, tengo una carrera consolidada en un estudio de arquitectura. Algunos clientes quieren que les acompañe durante todo el proceso de planificación hasta la entrega de las llaves. Ser responsable de un adolescente lo estropea todo.

Agotado mental y físicamente, me parto el cuello. Necesito un baño para relajarme y unas horas de sueño para pensar.

Todo sucedió tan rápido...

Aún no me he dado cuenta. Pero al verla allí, tan sola, sin nadie en el mundo, no puedo darle la espalda.

—Si no te doy la espalda ahora, no creo que lo haga nunca.

¿Cómo será cuidar de alguien que me necesita?

Puede que nuestra comunicación sea difícil, puede que no. Pero sé una cosa: no quiero que seas dependiente.

La miro y de repente ya no sé ni lo que quiero.

Debería haberle dicho al abogado que no era mi problema. Pero hacerlo me haría como alguien a quien me he pasado la vida intentando olvidar.

El suero sigue goteando. El tiempo sigue pasando. Y yo me quedo allí, pegado a ella hasta que me duermo.

A la mañana siguiente, Marco se reunió conmigo en el hospital.

Siempre hemos sido amigos, y cuando le llamé la noche anterior para explicarle por qué tenía que marcharme a toda prisa de la fiesta de Nochevieja, sospechó. Entonces no me hizo muchas preguntas, probablemente porque no sabía cómo asimilar la historia; al fin y al cabo, casi nunca hablamos de mi pasado.

Me observa atentamente antes de soltarme:

—Eres un desastre. O debería decir: arrugado. ¿Cómo demonios has acabado aquí?

Lanzo una rápida mirada a la niña dormida y le hago señas para que me acompañe. No quiero despertarla con los fantasmas de mi historia. Me aterrorizan incluso a mí.

En cuanto salimos de la habitación, le conté todo, desde la llamada de Maria Luíza hasta el momento en que decidí quedarme.

—Pedro, ¿tu supuesta hermanastra que murió es en realidad tu prima hermana? ¿No es así?

Marco está apoyado contra la pared, con los brazos cruzados sobre su camisa forrada, con un aspecto tan incrédulo como el mío. Pero si hay algo que sé que siempre tendrá es atención a cada dato.

—Jodido, pero es así.

—Sea cual sea el grado de parentesco, ¿no tiene parientes cercanos?

—¡No, Marcel! —Me paso la mano por el pelo, agotado. —Cuando Malú y mamá se fueron a vivir con mi... —...padre, estaban solas. La madre de Maria Luíza huyó de su marido cuando descubrió que le robaba la herencia, e incluso se cambió el nombre para que no la encontraran. En realidad, no conozco a nadie.

—¡Mierda! —exclama.

—Y cuando Malu me pidió que cuidara de la niña como si fuera un padre. ¡Padre, maldita sea! ¿Soy lo bastante mayor para tener como hija a una joven adulta? Ni siquiera tuve tiempo de responder. Ahora no sé qué hacer.

—Tío, ¡te deseo un feliz Año Nuevo! Creo que necesitas muchos buenos deseos.

—Le deseé una nueva vida y compañía en Nochevieja, ¡pero juro que no era eso lo que tenía en mente! —le digo, abriendo la puerta para comprobar que todo va bien con ella.

—¿Y Walter no tiene familia? Eras amigo suyo antes de la boda. Imagino que debes conocer a alguien de su lado, al menos.

—No hay nadie. —Sacudo la cabeza, derrotado.

—Escucha, muchachote. Puede que la vida te esté empujando por este camino por alguna razón. A veces la espiritualidad nos guía a lugares que no entendemos, pero que pueden enseñarnos mucho.

—¿De verdad lo crees?

—Eso es seguro. Podrías ser la luz que esta chica necesita ahora mismo.

Más que nadie, Marco sabe de lo que habla. Cuida de su hija anencefálica sin ayuda de nadie, y me atrevería a decir que es el padre más increíble que conozco. Su fuerza y dedicación me inspiran, incluso en momentos como éste.

—¿Qué tal una ducha y una muda de ropa? Prometo vigilar a tu nuevo pupilo.

Le miro riéndome. Su broma me molesta, pero decido aceptar la sugerencia. Realmente necesito cambiarme, el olor a hospital me está impregnando.

—Creo que aceptaré.

—¿No tienes que ir al velatorio o algo así?

—No. El abogado dijo que habían optado por la incineración. —Me paso las manos por el pelo, preguntándome cómo será entregarle las urnas con las cenizas.

—Hombre, esta situación es muy siniestra. Prácticamente dejaron todo organizado. ¿Te lo puedes creer?

—¡Qué situación! ¡Sabes que puedes contar conmigo! —Golpéandome en el hombro.

—Lo sé... Siempre he sospechado que eres el tipo de persona que sabe exactamente qué brillo de labios va con cada sandalia, o qué tampón es mejor: con pestañas o sin ellas. —Suelto una débil carcajada. —Creo que voy a necesitar tus consejos cuando se despierte.

Él también se ríe, pero hay un gran silencio entre nosotros. En el fondo, sabemos que no es divertido.

Cuando volví al hospital, las noticias no eran alentadoras. Tras los resultados de las pruebas, que se tomaron de madrugada, Beatriz fue llevada de urgencia al quirófano.

Por primera vez desde que supe que sería mi responsabilidad, me siento impotente. No puedo hacer nada.

Aparentemente estaba estable, pero ahora lucha contra algo mucho más grave. Descubrieron una perforación en su intestino, preparando el terreno para una peligrosa infección. Afortunadamente, los médicos actuaron con rapidez, impidiendo que el problema se extendiera y comprometiera todo su organismo. Si hubieran tardado más, podría haber sido demasiado tarde.

Ver cómo la trasladan a la UCI me agota por completo. Durante los días siguientes, es sometida a varias intervenciones quirúrgicas y lavados intestinales. Lo soporta todo con una fuerza impresionante, incluso una parada cardiaca.

—¿Tres minutos? —Marco repitió lo que había tardado en volver cuando le llamó para desahogarse aquella noche

—Podría haber sido irreversible, pero ella luchó y ganó.

Era valiente. Sus ganas de vivir me convencieron día tras día para cuidarla y estar a su lado. Sin embargo, cuando por fin parecía recuperarse, surgió un nuevo obstáculo: problemas de coagulación que requerían una transfusión de sangre.

Mi móvil vibra. Marco, como siempre. Lo hace muchas veces al día. Contesto al segundo timbrazo.

—Cara, ¿estás bien? —Parece preocupado.

—Define "bueno". —Me paso la mano por la cara. Estoy agotado.

—En el hospital dicen que necesita una transfusión. Ya he organizado a algunas personas del foro. Nos las arreglaremos.

Trago en seco. Se me hace un nudo en la garganta. No esperaba menos de él.

—Gracias, hermano.

—Estamos aquí juntos. No tienes por qué hacerlo solo. Llama también a los chicos de Águias do Asfalto", aconseja como presidente del moto club.

Sin pensármelo dos veces antes de colgar, muevo cielo y tierra. Por primera vez, hago algo real por ella. Llamo a todos mis amigos y socios de allí, organizando una verdadera campaña de donativos.

Mi armadura empieza a resquebrajarse. Algo dentro de mí se despierta. Y a pesar de todo lo que he pasado, a pesar del escepticismo que siempre he arrastrado, ahora me encuentro con las manos entrelazadas, susurrando oraciones por su vida. Mis primeras y mis últimas palabras del día son oraciones por ella: me levanto rezando y me acuesto pidiendo perdón por haber considerado no tenerla en mi vida.

Las escasas visitas en la UCI no hacen sino aumentar mis sentimientos. Cada minuto que me dejan a su lado, la necesidad de protegerla crece en mi interior.

Nunca nos dijimos una palabra, ni siquiera nos miramos a los ojos. Sólo la había visto una vez, cuando aún era una niña. Sin

embargo, estoy orgulloso de su voluntad de seguir viviendo.

Son días confusos, llenos de angustia y reflexiones contradictorias. Al fin y al cabo, ¡no entiendo cómo puedo sentir tanto afecto por una criatura a la que apenas conozco!

Una de esas mañanas, vuelvo a encontrarme con el Dr. Antônio. Lleva una pila de documentos y una expresión pesada.

—Pedro, necesito que firmes este documento -dice entregándome una copia-. —Es un compromiso legal que define tus responsabilidades como tutor. Tendrás que garantizar sus derechos civiles: educación, salud, vivienda... además de guiarla en la vida familiar.

Mi mirada oscila entre la sábana y la chica enganchada a los aparatos.

—¿Puedo pedirle a alguien que lo revise? Tengo un amigo que es juez, él puede asegurarse de que todo está correcto.

—Por supuesto. En cuanto dé el visto bueno, puedes firmar y finalizaremos el registro.

Sujeto el bolígrafo, pero dudo. Tengo los músculos agarrotados, el pecho apretado. Algo dentro de mí quiere resolver esto de una vez por todas, pero la razón me dice que espere. Respiro hondo y vuelvo a guardar el bolígrafo en el bolsillo.

—Se lo enviaré ahora mismo", señalo, sacando el móvil del bolsillo y escaneando los papeles.

La respuesta de Marco no se hace esperar:

>> Documento de tutela estándar. Sin objeciones legales. Pero antes de firmarlo, asegúrate de que lo quieres.

Mi certeza llega en el momento en que vuelvo a mirar a Beatriz. Mi decisión está tomada, sólo que no quería admitirlo.

Cojo el bolígrafo y ya está.

Sentencia firmada. Acabo de sellar el destino de mi pupila... y el suyo, en la vida de su tutor.

Durante tres días, hago turnos en el hospital con la Sra. Cida, la señora que trabaja en mi casa y que se sintió conmovida por la situación. Ella se alterna conmigo cuando tengo que ir a casa o pasar por la oficina. Llamo al hospital cada media hora pidiendo noticias.

—Sr. Pedro, sigue durmiendo como un ángel. Esta mañana no ha venido ningún médico. Lo siento mucho por la pobre chica. Parece demasiado joven para tener que soportar la realidad cuando se despierte.

Asiento con la cabeza, como si estuviera a mi lado.

—Sólo lo sabremos cuando despierte. Esperemos que sea más fuerte de lo que es.

—Estoy rezando por eso. Ya que has llamado, quería decirte que ya he limpiado la habitación de invitados. No sé qué vas a hacer con todos esos portapapeles, pero una chica no puede estar en medio del papeleo. Creo que tendrás que buscarle un sitio mejor.

—Bien, Sra. Cida. Lo pensaré. Hablaremos más tarde.

Joder, apenas he tenido tiempo de procesar la idea de tenerla bajo mi techo, y ya he tenido que hacer ajustes en mi vida.

Al final de otro día, me encuentro apartándole un mechón de pelo de la cara e iniciando una conversación... Como si ella pudiera

oírme.

—¿Qué será de nosotros, Beatriz? Soy un soltero empedernido y, la verdad, hasta estaba decidido a encontrar novia este año. Pero ahora... ¿cómo voy a hacerlo si tengo que cuidar de ti? —me falla la voz, y enseguida me doy cuenta de lo insensible que soy.

—No es culpa tuya, lo sé. De hecho, estoy deseando que hablemos. Pareces tan delicada, sensible, comprensiva. Una buena chica, creo. Apuesto a que podríamos llegar a ser grandes amigas. ¿Qué te parece?

Hago una pausa y añado con una sonrisa al encontrarme en esta situación:

—Sólo tengo que aclarar algunos detalles: soy meticuloso y extremadamente celoso de mis cosas. Así que prepárate para adaptarte a mí. Dale caña, bella durmiente, ¡y despierta al mundo real! Estoy aquí esperándote.

Las palabras salen casi como un susurro, conmovido por verla en ese estado durante días. Siento un nudo en la garganta, deseando que pueda oír la sinceridad de mi voz y la fuerza de mi esperanza.

En la visita posterior al médico, me entero de que la recuperación de la operación es la esperada y que está respondiendo bien al tratamiento. También me entero de que puede despertarse en cualquier momento porque le han quitado los sedantes. Me quedo dormido en la silla junto a la cama y sueño con ella diciéndome que me necesita para sobrevivir.

Un ruido ligero y cercano me despierta. Me invade una oleada de alegría cuando veo sus ojos -los más oscuros y hermosos que he visto nunca—mirándome fijamente. Mi corazón se acelera, late fuera de ritmo y, en un impulso, le digo lo primero que se me ocurre:

—¡Hola!

La sencillez de la palabra parece insuficiente para expresar lo que siento, pero es todo lo que consigo en ese momento. El mundo que nos rodea desaparece y, por un momento, lo único que importa es que ella está aquí, de vuelta.

Capítulo 2

Beatriz Eva

No sé por qué, pero me sentía perdida en la oscuridad. Durante este tiempo de impotencia, se me quedaron grabados algunos recuerdos. Uno de ellos eran las voces que flotaban a mi alrededor, aunque no podía discernir ni una sola palabra. También estaba el agradable aroma del verano, que se filtraba en mi memoria como un bálsamo. Cuando este aroma se desvanecía, sentía unas ganas casi desesperadas de gritar, anhelando su regreso.

Ese olor no siempre estaba ahí, pero cuando volvía, una fuerza interior me decía que yo seguía ahí, respirando, dispuesta a encontrar de nuevo la luz. Era como si aquel aroma me envolviera, me buscara, trayendo consigo una sensación de frescor y bienestar. Muchas veces intenté alcanzar y tocar las notas de romero, mezcladas con jazmín, almizcle y cedro, pero mis sentidos no me obedecían, era como si estuviera atrapada entre dos mundos.

Justo ahora... la frescura del perfume me acercó a la conciencia. Sentí un calor como de despertador. Las voces se hicieron más audibles, incluso me pareció oír un nombre: Beatriz. Todo sigue revuelto. Mi mente parece procesar mil informaciones por segundo.

El peso que siento en los párpados cede, y la ansiada luz que tanto he deseado encontrar deslumbra de pronto mi retina.

Abro y cierro los ojos, parpadeo a veces, no me da pereza mover los globos oculares. Mis párpados insisten en cerrarse; lucho con ellos en un ejercicio de superación.

¡Vamos, chicas!

¡Déjame ver la luz!

No quiero seguir en la oscuridad.

Confusa, intento comprender dónde estoy. Si no estoy muerta, estoy enferma en una cama de hospital.

Tiene un pitido.

Es la primera buena señal. Todavía no sé el significado de lo que está pasando. Todo lo que puedo ver en mi pequeño análisis territorial es que hay dispositivos por todas partes. Giro los ojos hacia la izquierda y permanezco estática.

Definitivamente no he muerto. Al fin y al cabo, los ángeles no tienen sexo y la perfección que tenía delante tenía sin duda un bello sexo opuesto al mío. ¡Claro que sí! Intento mantener los ojos abiertos, pero se me cierran.

¡Malditos párpados, ayudadme!

Vuelvo a abrirlos a la fuerza.

¡Ya está!

Ahora, aparte del perfume que me da fuerzas para salir de la oscuridad, la visión que aparece ante mí es la de un hombre dormido, retorciéndose en un sillón, como si fuera un ángel perdido en las nubes.

¿Quién es?

¿Por qué está usted aquí? ¿Por qué estoy aquí?

¿Debería conocerle? Mis ojos escrutan su rostro, buscando algo, cualquier detalle que me reconforte. Pero es como intentar contener la niebla con las manos. No hay nada.

Las preguntas flotan en mi mente confusa. ¿He muerto y es él uno de los guardianes que velan por mí? Intento moverme, pero mi cuerpo no responde, como si estuviera inmersa en un sueño etéreo. Sé que estoy consciente, pero no lo suficiente como para interactuar con el mundo que me rodea.

Aunque, dado su tamaño, más bien parece la personificación de un Dios, tan apacible y celestial que no puedo evitar pensar: si estoy en el cielo, quizá esto sea una especie de premio. Incluso sin poder tocarlo, siento una extraña conexión, como si su presencia fuera un hilo de luz que me acerca a la vida, despertando en mí el deseo de volver a la realidad.

Las ideas no aclaran mi mente. Intento moverme, pero mi cuerpo no obedece mis órdenes. Sé que estoy consciente, pero no hasta el punto de interactuar con el mundo que me rodea.

Puedo pensar, lo que también es una buena señal.

Empiezo a sentir que mis nervios se estiran, pero no puedo aflojar las pinzas que parecen mantener unidas mis cuerdas vocales.

Algo dentro de mí me dice que rebaje mis expectativas.

Es horrible, mortificante.

El deseo de sobreponerme a esa voz morbosa que quiere hacerme vulnerable ayuda a que mis ojos se abran de nuevo y se fijen en el hombre que tengo delante.

Dos bolas verdes se encienden y me iluminan. Recuerdo la regla de tráfico: la luz verde indica secuencia, es el camino correcto. No pestañeo y, para confesarlo, creo que la belleza de sus ojos me pone instantáneamente en trance.

—¿Hola? —El breve sonido de la palabra me devolvió la esperanza.

Otro punto a mi favor. Puedo oír el sonido de los labios al moverse.

Poco a poco, varios sonidos se mezclan y me sacan del silencio absoluto. Fuerzo un bostezo y funciona. Escucho mejor. Creo que se me está formando una lágrima en el ojo.

¿Es emoción o euforia?

Hay una persona viva en este cuerpo.

¡Vibro sin moverme!

De un paso, se acerca a la cama, inclinándose para oír lo que intento decirle.

Verdaderamente: un Dios.

De los grandes...

Una de las más hermosas que he visto.

—Hola, Beatriz, todo está bien. Te estás despertando. ¡Tómate tu tiempo! —¿Beatriz? ¿Así que ese es mi nombre? Ni siquiera puedo recordarlo.

Me esfuerzo por ajustar el oído y la vista. Intento preguntarle dónde estoy. Suena a tópico, pero es exactamente lo que quiero. Saber dónde estoy y quién soy.

Por más que busco en mis recuerdos alguna pista, no sale nada. Sólo puedo concentrarme en esos ojos verdes, los más hermosos que he visto nunca, ¡tan impresionantes como las esmeraldas! Sus iris, como dos puntos de esperanza, reflejan algo más en su mirada, rodeada de cejas bellamente esculpidas. Y, como si confirmara mi creencia en la búsqueda de la luz, el perfume que tanto he anhelado exuda de su piel al acercarse a mí.

El desconocido me apoya deslizando sus dedos por mi mejilla, secando las lágrimas que brotan de felicidad o tristeza.

—Bienvenida.

Tu tacto es tierno. Reconfortante. Un eco lejano en mi piel, como si en otra vida ya me hubiera abrazado así. Pero no lo recuerdo. No recuerdo nada.

—¿Quién es usted?

—Soy Pedro. Alguien que pusieron a cargo de ti.

Qué suerte la mía...

Se da cuenta de que estoy atrapado por sus ojos, porque no puedo apartar la mirada. Así que intento disimular.

—Durmiendo en el trabajo, ¿eh? —Debo haberme golpeado la cabeza para susurrar eso después de salir del desmayo. Justo cuando frunce el ceño, asombrado, repito el gesto, insatisfecho conmigo mismo.

—Cuando me dieron el trabajo, no me dijeron que estaba prohibido descansar. —Abre una hermosa sonrisa.

Un poco amistoso, un poco irónico.

Un poco demasiado fascinante.

—Quiero agua. —Consigo terminar una frase más. Tengo la boca seca. Siento la garganta magullada, como si me hubieran metido un tubo gigante. Me duele al tragar.

—Llamaré a una enfermera.

—No, hago fuerza con las manos. A pesar de que mis músculos se sienten pesados, consigo rodear con ellos su brazo, que se está apartando. Una vez más, me mira asombrado. Tengo la pequeña impresión de que debo de tener un aspecto horrible. —¿No es usted el enfermero?

—¡No!

Es lacónico. Ahora me toca a mí no entender su negación.

—¿No? ¿Cómo que no? —¿Quién es él? Tengo mil preguntas, pero mi lengua es perezosa. Intento levantarme.

—¡Más despacio, jovencita! Llevas unos días fuera de órbita. Esperemos a una enfermera o a un médico. ¿Le parece bien?

Me sorprende su autoridad. Pongo los ojos en blanco y observo al desconocido con la ropa desarreglada y la cara sin afeitar. Veo preocupación y sinceridad en su mirada.

¡No es posible!

¿Será que este hombre perfecto, de voz autoritaria, aliento delicioso y olor a resurrección, es pariente mío?

No debería.

Si lo fuera, lo reconocería.

Sólo le he visto unos segundos y su imagen ya está grabada en mi mente. No sólo porque es un hombre llamativo, sino también porque tiene una mirada penetrante.

Si no recuerdo mal, tengo diecisiete años, mientras que él parece bastante mayor. Sé que la edad no sería un problema si estuviéramos saliendo o casados, pero un hombre con esa figura altiva no me permitiría vivir como una pareja romántica en su mundo.

Hermano no se parece, sus rasgos son totalmente diferentes. No tenemos ningún parecido. Yo soy morena, típica brasileña, y él es casi rubio.

Pedro pulsa el botón de llamada y, en cuestión de segundos, la puerta se abre con un ligero crujido.

—¡Buenas noches! —anuncia una voz alegre antes de que haya aparecido del todo.

El enfermero entra con demasiada energía para la hora, sus ojos brillan de curiosidad al verme despierta.

—¡Mira quién ha vuelto con nosotros! ¿Se ha despertado por fin la paciente morena más tropicalmente bella de este hospital? ¡No me digas! —dramatiza llevándose la mano al pecho.

Un poco torpe y claramente dueño de una personalidad expansiva, se acerca a mi cama, lanzando una mirada a Pedro.

—¿Cuánto hace que se despertó?

—Ahora.

Levanto una ceja, sorprendida. ¿Así que sabe mentir? Quiero protestar, decir que llevamos unos minutos mirándonos fijamente, intentando descifrarnos. Pero tengo la garganta demasiado seca para indignarme.

—¡Hola, Beatriz! ¿Cómo te encuentras?

En la medida de lo posible, bien. Teniendo en cuenta que no tengo ni idea de quién soy, dónde estoy o quién es el desconocido que tengo al lado, podría ser peor.

—Tengo... sed... sediento.

—Lo solucionaremos. —El enfermero guiña un ojo, ya tomando el control de la situación. —Guapo, ¿puedes humedecer un algodón y pasárselo por los labios, por favor? Mientras tanto, llamaré al Dr. Lucas. Está de guardia esta noche.

De la misma manera que entró mirando a Pedro con aire descarado, sale rodando, lanzando encantos al aire.

¿A qué viene tanto alboroto?

Mis glándulas salivales siguen en huelga hasta que siento el suave tacto del algodón en mis labios. La fría humedad me hiela la piel y un temblor involuntario recorre mi cuerpo. Es sutil, casi imperceptible, pero estoy segura de que él lo nota.

Y de repente, el simple hecho de humedecerme los labios parece acarrear una inquietante electricidad.

Suspiro ante la sensación. O gimo, no lo sé.

Mi cuerpo reacciona sin permiso, mi boca se abre un poco más, y... genial. Estoy babeando.

La vergüenza me golpea en el momento en que nuestras miradas se cruzan. El verde claro de sus ojos se oscurece hasta adquirir un intenso color musgo. Suelta un suspiro lento, casi como si se recompusiera, y retrocede un poco, ajustando la postura como quien apaga un incendio antes de que se propague.

Juraría que nuestras miradas se reconocieron. ¿Un déjà-vu? ¿Un recuerdo que flota en el borde de tu conciencia, pero que no termina de formarse?

Rompe el silencio con una sonrisa ladeada.

—El agua es un remedio sagrado. Incluso puedo ver color en tu cara.

Como si el enrojecimiento que siento ahora fuera sólo el efecto de la hidratación...

¡Y sí! Santa medicina. No tienes ni idea de lo milagroso que es. Sonrío por dentro, sabiendo que el color de mis mejillas es consecuencia del calor de sentirle tan cerca de mí.

Unos suaves golpes en la puerta nos sacan de nuestro repentino desconcierto.

—Vine en cuanto supe la buena noticia. ¿Cómo te encuentras, Beatriz?

La voz firme y profesional me devuelve a la realidad. Mis ojos recorren al hombre que acaba de entrar y se posan en su etiqueta: *Dr. Lucas Gutierres*.

Al menos ahora sé una cosa más: no soy analfabeta.

—Hola, Dr. Lucas, ¿cómo está? —Pedro le saluda con naturalidad, pero hay algo diferente en su tono. —Ya que está aquí, voy a salir un rato. Tengo que hacer unas llamadas. El paciente es todo suyo.

Esta vez no me mira. Sus ojos permanecen fijos en el doctor, e incluso antes de que se vaya, echo de menos su olor.

—¿Volverás? —Mi voz suena más necesitada de lo que me gustaría.

No muestra ninguna emoción, sólo responde sin rodeos:

—Sí, pronto.

Y luego desaparece.

El Dr. Lucas se acerca a mi cama y comienza una serie de preguntas y pruebas, cada una de las cuales revela algo de lo que no me había dado cuenta. Estoy inmovilizada del pecho para abajo. ¿Cómo ha podido pasar desapercibido hasta ahora? ¿He estado tan hipnotizada por esa mirada que me he olvidado de mi propio cuerpo?

—Beatriz, quiero que intentes descansar un poco más. Tu recuperación dependerá mucho de ti. —Mantiene el tono tranquilo, pero no puede suavizar el peso de lo que dice a continuación. —Sufriste una rotura intestinal, así como una fractura de pelvis, que es una lesión grave. El impacto dañó algunos órganos y requirió múltiples intervenciones quirúrgicas. También sufriste una conmoción cerebral grave. Fue necesario inducir un coma para reducir la inflamación de tu cerebro.

Él sigue hablando, pero yo ya estoy en otra parte, procesando cada dato con lágrimas silenciosas corriendo por las comisuras de mis ojos. Necesito saber más.

Mi corazón se acelera, mi pecho sube y baja acompasadamente.

—¿Cómo he acabado aquí, doctor?

La pregunta sale en un hilo de voces, pero por dentro siento un grito atrapado reverberando en mis huesos. Mi cuerpo se pone rígido, como si por fin me hubiera dado cuenta de que algo va muy mal. Mis ojos escrutan la habitación, intentando encontrar alguna pista, un fragmento de memoria que me ancle en la realidad. Pero lo único que veo son paredes blancas, monitores parpadeantes y un extraño nudo en la garganta que ahoga cualquier resto de calma.

El médico duda.

Vacila.

Sé lo que significa. Él lo sabe. No quiere decirlo.

—Una cosa a la vez. —Su voz es demasiado tranquila, demasiado falsa. —No estoy al día de todos tus historiales médicos, pero me pondré en contacto contigo en cuanto tenga la información. ¿DE ACUERDO?

No. No está bien. Nada está bien.

Mis dedos agarran la sábana como si eso fuera a impedir que el mundo se derrumbe a mi alrededor. Mi respiración se acelera, se vuelve corta e irregular. Todo mi cuerpo palpita de pánico.

—Dímelo ya. —Mi voz se hace más fuerte, más desesperada. —¿Qué me ha pasado?

Pero mira hacia otro lado.

Y que las diversiones me tragan.

La verdad está ahí, en la curva de sus ojos, en el peso del silencio que intenta disimular. Sabe exactamente lo que pasó. Y por alguna razón, cree que es mejor que yo no lo sepa.

—Doctor... —Se me quiebra la voz, las lágrimas amenazan con derramarse.

Intercambia una mirada con la enfermera que se acerca y juguetea con mi sonda. En cuestión de segundos, un extraño calor comienza a extenderse por mi cuerpo. Mis músculos se vuelven pesados, mi mente se nubla. Intento resistirme, pero la somnolencia me arrastra antes de que pueda luchar.

Mi último pensamiento antes de desmayarme es que tal vez, sólo tal vez, no quiero despertar para descubrir la verdad.

Pedro Salvatore

Huir ahora que Beatriz se ha despertado no encaja con mis responsabilidades, pero respirar el mismo aire y permanecer en ese ambiente que se ha vuelto pesado podría haberme llevado por caminos que sé que debo evitar.

Camino de un lado a otro, tratando de calmar mi cuerpo dividido entre el honor de ser realizado y la naturaleza de ser controlado.

¡No funcionará, joder!

Aprieto los puños y me encuentro estrangulando mis dedos con la fuerza de mis manos.

Me preparé para cualquier situación cuando se despertara. Un arrebato de emoción, frustración por estar postrada en cama, preguntas sobre sus padres, cualquier detalle sobre su vida, pero nada de eso ocurrió.

Cuando desperté de la siesta, lo primero que vi fueron esos ojos negros observándome, asustados y vulnerables.

Instintivamente, intenté consolarla, pero cuando me di cuenta de lo confundida que estaba, sentí que algo se agitaba en mí.

Me miró de una forma que debería haber estado prohibida.

En ese momento, fue como si estuviéramos solos ella y yo. Sus labios temblaron ante mi contacto, y un pensamiento me pareció monstruoso.

—En teoría, acabo de hacer una promesa. —me digo, forzando una sonrisa entre dientes apretados. —Es lo que tiene centrarse en el trabajo y estar tanto tiempo sin una mujer. Sólo hay una explicación para las chispas que casi han prendido en mi cuerpo: la abstinencia.

Preveo una situación complicada. ¿Qué derecho tendría a sonreír a esa chica? Podría decir:

"Mira, no sé cómo hacer esto. Pero seguiré sonriendo, cada día, ¿viviendo a tu lado”? ¿Cuánto tiempo funcionaría eso? Yo como su cuidador, ella en el papel de niña obediente, recibiendo instrucciones de alguien que no sabe cómo aplicarlas.

No sé cómo hacerlo.

Lo que me asusta son los impulsos que la vida me llevará a tomar. La situación se ha plantado en mi vida. No hay un manual donde pueda buscar consejos y aprender. Las posibilidades de acertar y equivocarme son proporcionales, y eso me asusta.

¿Qué debo hacer?

Lo único que puedo hacer es aceptar el papel de responsable de ese frágil ángel que, de momento, sólo necesita mis cuidados, no mis necesidades masculinas.

La figura femenina más cercana a la que he cuidado ha sido mi madre. Y estoy orgulloso de haber podido cuidarla hasta los últimos días de su vida.

Un artista, joder.

Con mucho talento, que fue abandonada por su novio en cuanto se enteró de que estaba embarazada.

Nunca lo entenderé ni lo perdonaré.

Creo que nací odiando a mi padre.

Aunque su relación fue sólo de placer, él permaneció a su lado, aceptando su condición de usuaria de silla de ruedas.

Ella tenía quince años cuando empezaron a salir, y dos años después le diagnosticaron un osteosarcoma, un tumor maligno que se forma en el hueso.

El cáncer le afectó a las piernas y tuvieron que amputárselas.

Quizá por lástima, mi padre se quedó con ella, pero no era lo bastante hombre para hacerse cargo del hijo que tuvieron.

Se aprovechó de la vulnerabilidad de mi madre. Simplemente le dio la espalda a una mujer con necesidades especiales para casarse con otra persona, que, además, era muy amiga de mi mamá.

Cuando nací, aún tuvo el valor de pedir mi tutela, alegando que no sería capaz de cuidarme. Pero tuve la fuerza y la determinación suficientes para demostrar a todos que era mucho más capaz de lo que creían.

Durante años intentó comprarme, y cuando mi madre se fue, preferí estar solo, aunque le tenía como alguien cercano.

Veo abrirse la puerta de la habitación y salir al médico. Debería haberme quedado a su lado en ese momento, no dejarla en la habitación.

¡Joder!

Ya no sé hacer nada bien.

—Dormía -dijo el médico, sacando el tema.

—¿Cómo está Beatriz, doctor? —le pregunto ansioso.

—Es demasiado pronto para un diagnóstico. Le hice algunas preguntas de rutina para la anamnesis. Es muy curiosa, apenas me dejó examinarla, quería saber muchas cosas, pero pensé que sería prudente dejar que sus familiares la consolaran. Pediré algunas pruebas para la primera cita. —Tomó notas en su portapapeles y, antes de continuar, añadió:

—Beatriz va a necesitar mucho a sus allegados.

¿Y después? Me paso las manos por el pelo, sin saber qué pensar ni cómo afrontar toda la situación. El aire del hospital es pesado, impregnado de olor a éter y desinfectante, lo que hace que mi estómago se revuelva aún más.

Solo en el frío y largo pasillo, camino sin rumbo, intentando organizar mis pensamientos. Entro varias veces en la habitación y cada vez salgo por donde entré cuando la encontré dormida.

Mis pasos resuenan en el suelo encerado, pero mi mente está lejos, atrapada en la imagen de esos ojos que me miran fijamente, confusos e intensos. Cierro los míos un instante, intentando disipar la extraña sensación que me recorre. Cuando vuelvo a abrirlos, todo lo que veo es el negro vibrante que me retuvo durante segundos demasiado largos.

Apenas me doy cuenta cuando mis piernas me llevan hacia atrás. Me detengo ante la puerta cerrada, respiro hondo y empujo con cuidado el picaporte.

Está despierta.

Y ahí está esa mirada. Una mirada que me sostiene, que me fija al suelo como si fuera el único punto seguro en medio de su caos. Como si yo fuera la única persona que quiere ver. Como si no hubiera nadie más en el mundo que yo.

La verdad detrás de esta realidad es jodidamente jodida.

No tiene a nadie más que a mí.

En eso es en lo que tengo que concentrarme.

Cuida de ella.

Cuidando a la puta hija de mi viejo amigo y a Malu.

Garantizar sus derechos civiles: educación, sanidad, vivienda... así como guiarla en la vida familiar.

Familiar, maldita sea...

Luego vuelvo a respirar hondo.

—El Dr. Lucas dijo que te habías dormido —justifico mi ausencia deslizando las manos por los bolsillos. —He preferido hacer unas llamadas y arreglar las cosas fuera para no molestarte.

—No pasa nada. Creo que he dormido demasiado.

—Sólo un poco. Pensé que sería más.

Nunca aparta la mirada y la veo perdida. Inspira un momento, parece armarse de valor.

—¿Puedo preguntarle cómo he acabado aquí y quién es usted?

Ha llegado el momento.

—Claro que puedes. Pero no sé por dónde empezar. —Sonrío insegura.

—¿Qué te parece el principio?

Diecisiete, ¿verdad?

—¿Qué es lo más importante que debes saber ahora? —Respondo con otra pregunta, intentando ganar tiempo.

¿Cómo les dices que perdiste a tus padres en un accidente y ahora eres huérfano?

O peor...

Que ahora es mía.

Mi responsabilidad.

Mi alumna.

Mi problema.

Y no tienes ni idea de lo que eso significa.

—Todo. Necesito saberlo todo. —Beatriz se inquieta y se remueve en la cama.

—Lo haré, pero con una condición.

Me mira fijamente, con los ojos entornados por la expectación.

—¿Cuál?

—Oirás todo lo que sé, pero no saldrás preguntándome por nada.

—Acepto. —Con dificultad, extiende lentamente la mano, sellando un trato que parece mucho más grande de lo que somos.

—Pero también tengo una condición.

Qué chica...

Comprensiva, pensé, ¿no? Segundo error de cálculo.

—Bien.

—En primer lugar, necesito saber tu nombre completo y cuál es el mío.

No está tan mal. Incluir quién soy yo en la situación es otra cosa, complicada y llena de sombras.

—Vamos primero. Soy Pedro Salvatore. —Respiro hondo, sintiendo el peso de las palabras. —El hijo legítimo de Colibrí.

¿Por qué he publicado esta información? ¿Para aclarar? ¿Para crear distancia? No lo sé.

—Cuando aún era un niño, conocí a tu madre.

—¿Es usted mi padre?

La pregunta y la expresión de asombro en su rostro me cogen por sorpresa, como si la idea fuera un pecado monstruoso.

—No. No soy tu padre. —La verdad es una carga que apenas puedo llevar. Es lo que tu madre me sugirió en mi lecho de muerte, pero no se lo digo.

—Soy amigo de tus padres. —Eso es todo lo que puedo articular. Creo que puedo decirlo así. No ensayé presentarme. Y así sucesivamente.

—Bueno, mi padre... —Me cuesta llamar padre a ese gusano. —... se casó con tu abuela, la madre de tu madre -añado, intentando dar sentido a lo que digo y explicar la posición de su abuela, esa traidora hija de puta.

—Tu madre era una niña como yo. No pasábamos mucho tiempo juntos; sólo la veía los días que pasaba con ellos.

Se hace un gran silencio.

—¿Y dónde están mis padres?

La mocosa no me da tregua. Apenas me recupero de una respuesta y viene con otra pregunta que no puedo responder sin herir sus sentimientos.

—¿Te acuerdas de ellos?

Se queda en silencio durante un minuto, perdida en el vacío.

—¡No!

Puede sonar diabólico, pero siento alivio.

—Beatriz, lo que voy a contarte no tiene una forma correcta de decirlo. Pero por lo que me han contado, viniste con tus padres a Brasil una semana antes de Navidad y te alojaste en casa de uno de los directores de la empresa que tu padre dirigía en todo el mundo.

Noto algo en sus recuerdos: aprieta la comisura de los labios con los dientes durante unos minutos. La falta de respuesta en sus recuerdos hace que le lloren los ojos. Se me estruja el corazón. Es tan hermosa y está condenada a una juventud llena de cicatrices...

—Lo siento. No se me ocurre nada.

—¿Recuerdas siquiera dónde vivían?

—No... Siento que tengas que darme explicaciones. Por las vueltas que das para decir dónde están, ya sé que las noticias no pueden ser las mejores. Así que, por favor, sé sincero.

¿Directo? ¿La he oído pedirme que sea directo? ¿Qué persona se ha despertado dentro de esta chica? Me sorprende lo tranquila que está. Pensé que iba a llorar o ponerse histérica, pero parece más tranquila que yo.

¿Qué coño es eso?

—Si lo prefieres así... Los tres tuvieron un accidente en Nochebuena. —La miro esperando un shock inminente... en lugar de eso la veo serena, intentando buscar recuerdos en una lucha incesante.

—Beatriz, acabas de despertar de un coma. Creo que es mejor que te recuperes. Intenta descansar un poco. Estaré aquí cuando despiertes y volveremos a hablar de todo. ¿Te parece bien?

Pienso en el pasado y creo que lo hice peor de lo que debería. No le expliqué nada correctamente. Quizás incluso la confundí más. Será un gran paso adelante si sigue mi consejo.

—¿Están muertos?

Se me cierra la garganta. La sensación de perder el equilibrio es sencillamente agónica, triste y deprimente. Cuando creo que me necesita, me consuela con preguntas directas, como si fuera la adulta de la relación.

Capítulo 3

Beatriz Eva

¡Pedro Salvatore!

Un nombre que suena como una canción, una melodía que suena una y otra vez en mi mente. Es la única figura que permanece clara entre la niebla de mi memoria. Me desperté de repente en un lugar desconocido, sin saber dónde estaba, y ahora que comprendo parcialmente lo que me pasó, no puedo sentir el dolor que debería acompañar a la pérdida de mis padres.

—Sé que es duro, pero no pudieron resistir el trauma del accidente. Un vacío, esa fue mi impresión.

Desde entonces... no he dejado de buscarlos en mi mente, pero nada llega. Es como si mi pasado fuera un ensayo escrito a lápiz y borrado con goma de borrar, obligándome a escribir una nueva historia.

En mi pecho, siento una angustia indefinida y le oí decirme que no sufriera, mientras las lágrimas corrían por mi cara porque era incapaz de recordar, era doloroso.

—Lo siento por ti. Te juro que no quería que pasaras por esto.

Irónicamente, sentir sus brazos consolándome era más duro que no sentir nada por dentro.

¿Qué clase de persona reaccionaría como yo lo hice? O peor...

No reaccioné.

Es tan devastador que me destroza.

Quizá por eso —aunque Pedro ha estado muy atento—en el fondo parece que algo de mí le molesta.

A veces se vuelve frío y distante, perdido en sus propios pensamientos, como si yo fuera un rompecabezas que no puede armar.

¿Cómo puedo culparle si ni siquiera yo me imagino dónde están esas partes?

Cada día en este hospital es como renacer, y los médicos me aseguran que pronto me darán el alta. Y para completar el cuadro, una silla de ruedas será mi nueva compañera.

Una voz interior susurra que, en otras circunstancias, me negaría a aceptarlo, pero extrañamente, en medio de esta nueva realidad, encuentro consuelo. A veces me preocupa ser una carga para Pedro. No puedo verlo en sus ojos, pero las arrugas que se forman en su frente cada vez que hablamos del futuro... me dan esa impresión.

—No eres una carga", me dijo ayer para tranquilizarme. — Estamos juntos en esto, y no estás sola.

¡Es una locura!

Ni siquiera puedo sentir nostalgia que me ayude a perfilar a alguien de mi pasado.

Me pregunto si mi risa recuerda a la de mi madre o si suena igual que la de mi padre.

Porque lo único que me queda es este dolor alojado en el pecho, sin hora fija para que estalle.

—Tengo muy mala suerte. ¿No podía ser sólo una pérdida parcial de memoria? ¿Tenía que ser amnesia total? —Refunfuño, echando la cabeza hacia atrás sobre la almohada.

Cida, mi compañera diaria y recién ascendida a mejor amiga, me mira por encima de sus gafas con la mirada de quien ha visto mucho en su vida. Sacude la cabeza lentamente, como diciendo: "Chica, cada cosa a su tiempo".

—Decidiste hablar, ¿eh? Has estado muy callada hoy. Pensativa. ¿Adónde se ha ido esa chica tan habladora y enérgica? —pregunta, con una leve sonrisa.

Si fuera menos escéptica, diría que tiene poderes sobrenaturales. ¿Cómo puede saber siempre lo que me pasa?

—Aquí mismo", respondo señalándome la cabeza. —Perdida en otro pasillo sin salida de este laberinto llamado Beatriz.

Ella me observa en silencio, y yo continúo, porque hablar es lo único que me distrae de la confusión de mi mente.

—Sabes, Cida... —La llamo por su nombre porque ya ha dejado claro que "Doña" la hace sentir extraña. —Si Creta tenía un laberinto, yo también tengo uno. Sólo que, en lugar de un minotauro, tengo un cerebro que insiste en asustarme cada vez que recuerdo que aún lo tengo.

Cida suelta una pequeña carcajada y se ajusta las gafas.

—Creo que, si te lo tomas con más calma, encontrarás la salida.

—Es fácil decirlo, ¿verdad? Es difícil ser yo.

—Creo que sí -responde, parpadeando cariñosamente con ambos ojos-. —Pero también creo que, cuando estamos muy angustiados, atravesamos las puertas del laberinto y ni siquiera vemos la salida. Nos quedamos ciegos.

Suena a gurú, pero tiene sentido.

—Ahora pon una sonrisa en esa cara tan bonita —me llama la atención. —Si todo va bien, y tengo fe, después de la visita al médico nos iremos a casa.

Hogar. Esa palabra debería significar algo para mí, pero todo lo que siento es otro vacío.

—Bien dicho. Yo también pienso en eso. —Cierro los ojos, preguntándome cómo será a partir de ahora. —Estoy preocupado y asustado.

Incluso eso... Me falta el recuerdo de una cama, de una habitación, de un hogar donde me habría sentido como en casa.

—No tienes que preocuparte ni temerlo.

—¿Por qué no? Me mudo con un hombre que es superficial conmigo. No podemos entablar una conversación sin que él termine siendo hostil de alguna manera. Y Pedro fue realmente amable conmigo al principio. Sólo que ahora...

—Bya, comprendo tus preocupaciones, pero tu Pedro ha sido atento. Es una situación nueva para los dos. No le des tanta importancia.

Se detiene, como si hubiera dicho demasiado. Casi puedo ver cómo su consejo intenta ser contraproducente.

—Lo siento -continúa, un poco incómodo-. —No pretendía invadir tu intimidad. Pero ya que me has puesto en esta situación, pensé que mi experiencia vital podría ayudarte.

Se me aprieta el pecho.

—El problema es que no veo la luz al final de este túnel. Ni en ningún otro túnel.

—Recuerda lo que dijo tu médico: este proceso es transitorio.

—Esa es la cuestión. Estoy tomando una vida que no me pertenece.

—Por supuesto que sí. Y después de conocerte un poco, no tardarás en aclimatarte del todo. Confía en mí.

Oh, cómo desearía...

Pedro Salvatore

El aire de la habitación se volvió jodidamente espeso.

Beatriz me miraba como si yo fuera una deidad que hubiera bajado del Olimpo para salvarla. Un salvador. Un héroe. Alguien que merecía gratitud eterna.

Un maldito hombre.

Este detalle debería habérseme escapado, pero no fue así.

Y, joder, me dieron ganas de desaparecer.

Había algo asfixiante en la forma en que me miraba. La intensidad casi religiosa de la devoción en sus ojos. No estaba acostumbrado a este tipo de cosas. Las mujeres me miraban con deseo, con curiosidad, a veces con un poco de miedo. Pero nunca con esa... rendición ciega.

Hice lo que cualquier persona racional haría: me fui antes de que me empezara a picar la piel.

Seguí al doctor hasta su habitación, cada paso era un aviso de que toda esta mierda no había hecho más que empezar. Dar el alta a Beatriz era una cosa. ¿Pero qué vendría después? Otra historia.

—No es necesario llevar al paciente al hospital para que le hagan los vendajes, pero es imprescindible cambiárselos dos veces al día. La cicatrización es buena -dijo el médico, garabateando algo en el recetario-. —La pomada que le he recomendado le ayudará

mucho. Beatriz puede aplicársela sola, pero necesitará ayuda para aplicársela en la parte baja de la espalda.

Santo cielo.

—Los desagües de mi estómago ya están cerrados", continúa, ajeno a la tormenta que acaba de descargar sobre mi cabeza.

Intento parecer indiferente, incluso cuando mi mente grita "JÓDETE" en mayúsculas.

—Cida ha acompañado a las enfermeras y ha seguido sus recomendaciones. Creo que se las arreglará", respondo, traspasando la responsabilidad a mi fiel escudero.

—Estupendo. Anotaré las horas aquí en el recetario, por si me quedo con Beatriz todos los días. Será mejor que se lo des.

Recojo la receta como si fuera una frase. Se me congela el corazón cuando leo: cambiar los apósitos cada doce horas.

Mierda.

Será Cida por la mañana, bien. Pero, ¿y por la noche?

¿Yo?

Vivir solo con Beatriz ya era una trampa lista para joderme, ¿y ahora esto? ¿Yo cambiando vendas? ¿Tocando su piel?

Ah, a la mierda. No va a pasar.

No porque Beatriz me atraiga -no lo hace, no de esa manera-, sino porque no es mi papel. Ella es una niña a mi cargo, y yo soy un hombre. Un hombre que, a pesar de todos mis defectos, no confunde las cosas.

Me las arreglaré. Le pagaré horas extras a Cida. Si es necesario, contrataré a una enfermera nocturna. Cualquier cosa menos ponerle las manos encima.

Porque sé exactamente cómo va a terminar esto...

Apenas sé cómo lidiar con esta mocosa. Imagínate tener que cuidar de ella

Me aprieto las uñas en la palma de la mano, nervioso y avergonzado ante la idea.

Piensa, Pedro, encontrarás una solución.

El médico sigue hablando de sesiones de fisioterapia y cuidados en el baño, y es entonces cuando se me cierra el estómago.

Baño.

NO.

No soy un maldito santo. Necesito resolver esto antes de que la situación se me vaya de las manos.

O antes de que yo mismo pierda el control.

Beatriz Eva

Se abre la puerta y aparece Pedro, cargado con un maletín como si llevara una bomba de relojería. ¿Su sonrisa? Contradictoria, como "*buenas y malas noticias al mismo tiempo*". Mientras él empuja, mi ascensor provisional, también conocido como silla de ruedas.

Antes había llegado con el Dr. Lucas y había escuchado la buena noticia: ¡me dan el alta! En el calor del momento, solté un grito de júbilo emocionado, acompañado por el doctor, Cida e incluso el eco animado de las paredes del dormitorio. Pero entonces le miré.

Y fue entonces cuando el ambiente cambió. Sus ojos, de un verde intenso que a veces parece un mar embravecido, se oscurecieron. Igual que ahora que ha vuelto.

Es tan intimidante. Siento un escalofrío y la intuición de que -en el fondo—no soy un buen premio de consolación para este buen samaritano.

Por mucho que intente ser útil, todo en él grita distancia. Nos miramos fijamente, atrapados en un silencio que no hace más que crecer, cada uno perdido en su propio laberinto mental. Me muerdo el labio, incómoda.

No se mueve, solo respira, su pecho sube y baja a un ritmo lento; apuesto a que intenta desbloquear algo en su garganta.

—¡Estoy lista! ¿Alguien más? —suelto, excitada en teoría, escéptica en la práctica.

Pedro no responde enseguida. Se limita a sostener la tarjeta de mi alta, con los ojos fijos en mí, como si evaluara si realmente merezco la libertad de tomar la suya.

—Creo que todos estamos más que preparados. —Su voz es autoritaria, sin lugar a dudas. —No hay duda de que mi casa es mucho más cómoda y acogedora que este hospital.

Le sostengo la mirada un segundo más de lo debido. Cómodo, creo. ¿Pero acogedor? ¿Lo es?

—Estupendo. Estoy deseando conocer "tu" casa. —El sarcasmo se me escapa antes de que pueda contenerlo, dejando claro que soy consciente de mi posición como invitada. —Cida me ha convencido de que su comida merece el viaje.

—Y no ha exagerado. —Pedro deja escapar una media sonrisa, como si se permitiera relajarse un momento.

—Sólo quiero que Beatriz rellene los huecos de su ropa en un santiamén, señor Pedro.

—"Ya te he dicho que me alimento como un pájaro", refunfuño, viendo a Cida doblar otro de los jerseys que me ha comprado.

Todo monísimo, lleno de animales, lazos... un auténtico ajuar preadolescente. Sólo faltaban zapatillas a juego y un cepillo de dientes con purpurina. Apuesto a que, en la mente de Pedro, apenas sé atarme los cordones.

—Estaba comiendo. —Pedro corrige sin vacilar. —Eso cambiará, querida. Necesitas recuperarte.

Ensancho los ojos, dispuesta a replicar, pero su expresión decidida me hace replantearme mi decisión.

—También que su habitación da al parque de Ibirapuera - suelto, fingiendo despreocupación, mientras él acomoda la silla junto a la cama.

—Sí, lo es...", murmura. —Cuando compré el piso, la vista era lo que más me gustaba. Pero después de un tiempo, dejé de fijarme en ella.

—Pues bien, creo que estoy a punto de disfrutarlo más que tú.

La idea de que irrumpa en su habitación parece ponerle aún más rígido. Se detiene a mi lado, con una postura impecable.

—¿Preparada?

—Dímelo tú. —Levanto las manos, dando a entender que necesito que me recojan. —¿A qué esperas?

Me observa un momento y luego se acerca.

—No te acostumbres a decirme que haga cosas. No se me da muy bien recibir órdenes, cariño.

Mi sonrisa vacila por un momento. Estupendo. Ahora, además de ser una carga, ¿también me consideras una vaga?

Quiero que el suelo se abra y me trague antes de que mi presencia sea aún más incómoda.

Pero entonces se agacha para recogerme, y todo lo que estaba pensando se evapora.

Sus firmes brazos me rodean, cuidadosos y precisos, pero la tensión está ahí: oigo cómo se le traba la mandíbula, cómo rechinan

sus dientes como si afilaran una cuchilla. Sus rígidos músculos sostienen mi cuerpo con facilidad, como si no pesara nada.

Su calor me envuelve, quemando el tejido de mi ropa, un marcado contraste con la calculada frialdad de sus movimientos. Su fuerza, su control, su cercanía... todo enciende en mí algo que no sabía que existía.

Tomo nota mentalmente de la sensación. Ese calor latente. Ese camino a través del laberinto que quiero volver a explorar.

Nunca imaginé que estar entre sus brazos me haría arder. El olor amaderado de su piel me embriaga. Me sujeta con firmeza pero con respeto, evitando cualquier roce más íntimo, incluso cuando uno de sus brazos tiene que pasar por debajo de mis muslos.

Él mide casi dos metros y yo dos, pero hay algo en la sincronía de nuestros cuerpos que encaja casi a la perfección.

Mi respiración se entrecorta ligeramente.

¿Y el suyo?

Casi inexistente.

En fin... me aferro a ello.

¿Reacciona Pedro?

No.

Pero me gusta.

¿Estás relajado?

Ni de lejos.

Su cuerpo está rígido, tenso como un hilo a punto de romperse. Y de repente me doy cuenta de algo que me divierte.

Después de todo, quizá acababa de descubrir una nueva forma de no sentirme tan intimidada por él.

Pedro Salvatore

Justo cuando pienso que nada más puede sorprenderme de vivir con esta mocosa, aparece un nuevo hecho.

El simple gesto de cogerla en brazos para acomodarla en la silla de ruedas se convierte en un acto de equilibrio absurdo, como intentar llevar un vaso lleno hasta el borde sin derramar ni una gota.

Intento concentrarme en algo que no sea ella. Pero la mierda es que ella está aquí. En mis brazos. Presionando contra mí. Y lo siento todo. Estoy totalmente desconcertado, inhibido y, al mismo tiempo, atrapado.

El calor. El peso... demasiado ligero. El aliento esparciéndose por mi cuello.

Mi mente emite señales de alarma, pero no tengo adónde huir. Y, como si lo supiera, Beatriz se aprovecha. Me utiliza como apoyo, se acomoda contra mí con la naturalidad de quien no ve ningún problema en esta absurda cercanía.

Unas pequeñas manos se cierran en torno a mi cuello y, de repente, soy algo más que un apoyo: soy las piernas que aún no puede usar. Su pecho apretado contra el mío, el perfume que me compré impregnado en mi piel, y, maldita sea...

Lo juro por el Santo: esta chica está inhalando contra mi piel a propósito.

Y maldición... ¿Por qué demonios compré ese perfume? El mismo que estaba con sus pertenencias cuando Almeida me lo

entregó. Lo hice pensando que podría traerle algún recuerdo, pero lo único que conseguí fue que ese maldito olor se me quedara grabado en la cabeza. Ahora me persigue incluso cuando estoy lejos de este hospital.

De la cama a la silla sólo hay tres o cuatro pasos, pero ella... se empeña en convertirlo en un puto viaje interminable. Y mientras intento ignorar todo esto, ella deja escapar un gemido bajo que no debería significar nada.

Aprieto la mandíbula.

—¿Te duele algo?

—No... —responde, su voz casi cantarina.

Por supuesto que no. Estás gimiendo sólo para ponerme más tenso.

Mocosa.

Su larga melena me roza el brazo, suave y sedosa, y mis dedos se crispan con el repentino impulso de tocarla, de acariciarla. Pero no puedo. No debo. Porque si sucumbo una vez, está jodido.

Es entonces cuando empiezan los pensamientos intrusivos.

¿Y si lo hago?

¿Y si la toco?

¿Y si...

Respiro hondo. Me concentro en algún tipo de cuenta. Uno, dos, tres pasos hacia la silla. Cuatro, cinco, seis segundos hasta que me suelta del cuello. Siete, ocho, nueve pasos en el suelo.

Sus ojos están clavados en mí como lo han estado desde que despertó del coma. Intento convencerme de que es gratitud.

Sí, gratitud.

Después de todo, estoy aquí, cuidándola, haciendo lo que nadie más puede hacer. Eso es todo, sólo gratitud.

Pero... la gratitud no podía hacerme cosquillas en la piel.

Maldita sea, Malu... ¿Qué me pediste?

Como mucho, esperaba un adolescente rebelde. Alguien a quien pudiera dejar en un rincón, asegurarme de que estaba vivo y seguía las normas, y eso sería todo. No una pequeña víbora que me pone a prueba con cada aliento.

—Ya casi está, Beatriz.

Suelta una risita, divertida por mi incomodidad.

—¿Peso mucho?

¿Pesado? Sabes que no lo soy. Y suelto una risa forzada, evitando volver a mirarla directamente.

—En absoluto, jovencita. Pero si sigues moviéndote así, voy a dejarte caer.

—Si haces eso... tendrás dos trabajos: uno es llamar a los médicos a toda prisa y el otro es quedarte aquí unos días más.

Es guapa incluso cuando es descarada, eso no se puede negar.

La cara tiene contornos delicados, una belleza natural, aunque esté demacrada... Odio siquiera notarlo. Ahora no. No aquí. Ni nunca.

—Quizá el delito no merezca la pena.

Finalmente, la coloco en la silla de ruedas, pero el alivio que esperaba sentir no llega. En lugar de eso, me quedo mirándola mientras se acomoda, como si no hubiera pasado nada. Y puede que no. Quizá soy yo quien está convirtiendo algo sencillo en una batalla interna.

—Gracias, Pedro, —me dice, cogiéndome del brazo, antes de apartarse, casi bruscamente.

—No hace falta que me lo agradezcas. Aún nos queda mucho camino por recorrer.

—¡Todo listo! —¡Santa Cida viene a mi rescate! No sé si se dio cuenta de mi malestar, pero sus palabras llegaron en el momento justo.

—¡Preparada! —respondo, y ella no dice nada.

¡Santos míos! Ayúdame a ser más responsable y a demostrarle que sólo soy su guardián. Dadme sabiduría, porque si depende de mi cuerpo, estoy perdido.

Cruzamos la puerta de la habitación y una cola de enfermeras nos espera para despedirnos.

—¿Encontraré una novia, amante o ex mujer en tu casa?

Sigo empujando la silla.

—No tengo novia, ni tiempo para amantes, y estoy aún menos loco por tener una ex mujer, —le respondo, sin entender a dónde quiere llegar, pero sabiendo ya que de ahí no salen cosas buenas.

—Pedro, ¿eres gay? —Prácticamente grita las palabras. —¿No me digas que no te gustan las mujeres?

Me ahogo junto con las carcajadas que suelta la señora Cida detrás de nosotros y, por la forma en que me mira todo el equipo, sé que el comentario lo ha oído cualquiera.

—¡No, niña traviesa! Soy un hombre, pero ahora siento remordimientos, porque casi has arruinado mi reputación con todas las mujeres que trabajan en este hospital. A algunas incluso les había gustado, ¿sabes?

—No deberías molestarte con eso", señala, con voz casi inocente, pero le conozco lo suficiente para saber que es pura malicia. —Después de todo, te he sacado del apuro. Ahora ninguna de esas enfermeras te secará en el pasillo.

Susurra las últimas palabras como si estuviera compartiendo un sucio secreto.

—Temía no poder mantenerte como mi ayudante hasta el final del pasillo, viendo cómo te miraban. Pero no tienes que agradecérmelo.

Levanto una ceja y analizo su mirada maliciosa.

Descarada. Insolente.

—Si crees que insinuar esto me hace parecer menos interesante, te equivocas, —digo, sin saber de dónde saco esa confianza. —Si hay algo que les encanta a las mujeres es que cuanto más inalcanzable parece alguien, más atractivo se vuelve.

Esta vez levanta una ceja, y me pregunto si he exagerado. Pero Beatriz no sería Beatriz si no insistiera en tener la última

palabra.

—Veamos... ¡entonces! —gruñe, su anterior buen humor se evapora.

—Todavía tienes mucho que aprender de la vida, Beatriz.

Se da la vuelta y no vuelve a irritarme.

Estupendo.

Actuar como lo hizo sirvió para algo: apenas me miró cuando la metí en el coche, evitándome sus agudos comentarios y provocaciones. Al menos por poco tiempo. Porque en cuanto el coche sale a las calles de la ciudad, vuelve su buen humor, junto con el tema del pasillo. Parece descontenta por algo.

—¡Me vas a matar de risa, Beatriz! —dice la señora Cida, a la que veo divertida por el retrovisor.

—En serio... La gente tiene todos los fetiches. Me pregunto qué pensaron esas enfermeras cuando imaginaron que a Pedro no le gustan las mujeres.

Mi ceño se frunce al mismo tiempo y por poco no meto la marcha.

¿Fetiche?

¿Qué demonios sabe esta mocosa? Es más, ¿cómo puede recordar algo así cuando ha perdido la memoria de todo?

—Seguramente pensaron que era un desperdicio -comenta la señora Cida desde el asiento trasero, con la mayor naturalidad del mundo. —Con todos mis respetos, pero tu Pedro es todo un tío.

Sacudo la cabeza, encontrando divertido a mi empleada, mientras Beatriz me mira, una sonrisa jugueteando en la comisura

de sus labios.

Definitivamente no estaba preparado para esta conversación.

—Ni siquiera voy a preguntarte de dónde has sacado eso - bromeo, esperando que Beatriz reaccione también. Ella se limita a enarcar una ceja, como si no estuviera dispuesta a admitir o negar nada. El silencio que sigue me deja esperando algún comentario absurdo... que, por suerte para mí, no llega.

En lugar de eso, suspira y vuelve la cara hacia la ventana.

—Vaya, qué tráfico.

—Bienvenida a São Paulo

—¿Estamos lejos?

—No. Vamos para allá. ¿Sientes alguna molestia? — Pregunto, preocupado.

—Estoy bien. Sólo curiosidad.

Por un breve instante, noto algo diferente en ella. La mirada perdida, la expresión vacilante... casi como si por fin se diera cuenta de la realidad.

¿Me acabo de dar cuenta?

Se hace otro silencio y me aferro a el como a una balsa salvavidas. Prefiero la calma al riesgo de que se escape otra perla inesperada de su boca.

Con cada kilómetro que nos acerca a casa, un peso se acumula sobre mis hombros. Durante años, he aprendido a valorar la soledad, una rutina predecible y el control absoluto de mi espacio. Ahora, de repente, comparto piso con alguien a quien apenas

conozco. Una chica que, hasta hace unos días, no era más que un nombre lejano, una responsabilidad impuesta.

¿Cómo será vivir con un extraño?

Imagino huellas húmedas en el suelo del baño, objetos fuera de lugar, su presencia esparcida por todos los rincones. Pequeños cambios que, por insignificantes que parezcan, me recordarán todo el tiempo que mi casa ya no es solo mía.

Respiro hondo. Necesito mantener la cabeza fría. Mi papel es asegurarme de que está bien, nada más.

—Hola... ¿Hay alguien ahí? ¿Pedro? —Su voz corta el silencio, llena de ironía. —¿Vas a sacarme del coche o te vas a quedar ahí parado, pensando en lo complicado que será tener un intruso en casa?

Sólo entonces me doy cuenta de que sigo con la mano en la llave, incluso después de haber aparcado. Respiro hondo y, antes de que pueda responder, mis ojos se cruzan con los suyos. Una mala idea, por cierto. Porque ahí está, sondeándome.

—¿Qué te hace pensar que eso es lo que se me pasaba por la cabeza? —replico, intentando disimular que ha dado en el clavo.

—¿Su ceño fruncido, tal vez?

Sus ojos oscuros se clavaron en mí, igual que durante las innumerables discusiones en el hospital. Todos esos intentos de doblegarme, de argumentar que podía quedarse en un hotel en lugar de venir a mi casa. Qué ingenua. Como si tuviera elección.

Inclino ligeramente la cabeza, analizándola, sintiendo casi un placer silencioso al verla resistirse todavía, luchar contra algo que ya

estaba decidido.

—Mira, Beatriz, por mucho que quieras aferrarte a esa historia de que serás una carga para mí. No eres una carga. Sólo eres... un cambio.

Pausa, el tiempo suficiente para dejar que el peso de las palabras caiga sobre ella.

—Y el cambio es inevitable.

Me mira fijamente, con los ojos entrecerrados, buscando alguna grieta en mi convicción, alguna pista de que sólo intento cerrar el tema.

Te guste o no, soy tu maldito Tutor. Si aún no lo entiendes, pronto sabrás cómo funciona esto.

—Mira, Beatriz, por mucho que quieras aferrarte a esa historia de que serás una carga para mí. No eres una carga. Sólo eres... un cambio. Y el cambio es inevitable

—¿Soy inevitable ahora?

Mierda. "Inevitable" no fue la mejor elección. Me paso la mano por la nuca, intentando corregirlo.

—Quise decir que... las cosas cambian, eso es parte de ello. Tú no eres un problema.

Beatriz suelta una breve carcajada, claramente divertida por mi intento de arreglar sus palabras.

—Bien. Si usted dice.

Suspiro, sin querer sentir nada por ella. Pero cuando nuestras miradas se cruzan, parece que todas las promesas que me había hecho a mí mismo, ella las tacha una a una.

—Espera un momento, tengo una sorpresa para ti. Tal vez dejes de pensar que no puedo manejarlo.

Salgo del coche y me dirijo al maletero, donde está guardada la silla de ruedas eléctrica, cuidadosamente envuelta con un lazo rojo. Puede sonar cursi, pero quería que se sintiera especial, bienvenida. No es que vaya a admitirlo en voz alta, por supuesto.

En la última semana, mi vida ha dado un vuelco. Compré un Doblò sólo para transportar la silla. Cambié los muebles de sitio, adapté la casa, hice todo lo posible para incluir a esta mocosa en mi rutina. Cuando llegué a la cuestión de la silla de ruedas, me acordé de mi madre, usuaria de silla de ruedas, y de todas las dificultades a las que se enfrentaba. En aquella época no podíamos permitirnos una moto, y vi cómo luchaba por mantener su independencia con una silla manual. Hoy podría alquilar un ciclomotor para Beatriz, pero algo dentro de mí se resistía a la idea de algo temporal, desechable.

Fue entonces cuando pensé en comprar una silla motorizada, que pudiera servir a Beatriz ahora y, en el futuro, a alguien que realmente la necesitara. No se trataba sólo de ella. Se trataba de hacer algo que mi madre nunca podría tener, pero que yo podría ofrecer a otra persona. Un gesto de solidaridad, de reparación, quizás. Cuando ella ya no lo necesite, se lo donaré a alguien que no pueda permitírselo.

Saco la silla del maletero y la coloco en el suelo, ajustando el lazo para que encaje perfectamente. Quiero que se sienta cómoda, acogedora. La señora Cida me confirma que Bya tiene miedo de ser una carga en mi vida. Y, bueno, no se equivoca del todo: cuidarla ha

sido todo un reto. Pero desde el día en que la vi sola y vulnerable en aquel hospital, decidí que no iba a abandonarla a su suerte.

—"Vale" —digo, volviendo al coche y abriendo la puerta del copiloto. —Vamos, Beatriz. Hay algo que tienes que ver.

Se desabrocha el cinturón y desliza la mano por el lateral del asiento, apoyando los ojos en la silla durante un momento, y entonces un brillo diferente recorre su rostro.

—¿Compraste esto para mí?

Por suerte, esta mocosa no tiene ni idea del poder que ya tiene sobre mí. ¿Y honestamente? Espero que nunca se entere.

—Pensé que merecía un poco de independencia.

La veo tamborilear con los dedos sobre la pierna en un gesto rápido, casi imperceptible, y luego levanta la vista hacia mí.

—Eres más mono de lo que pareces, ¿lo sabías?

Pongo los ojos en blanco e intento ignorar el calor que me sube por la nuca.

—No es esponjoso. Práctico. Ahora, vamos. Tenemos que probar esta silla antes de que decidas que prefieres seguir usándome como tu chófer privado.

Se ríe, y por primera vez siento que tal vez, sólo tal vez, esto podría funcionar.

—Sigue siendo mona, —repite mientras la ayudo a salir del coche y la acomodo.

Antes de que pueda decir nada, Beatriz ya ha deslizado los dedos por los mandos, como si hubiera nacido sabiéndolo. Mi ceño

se frunce cuando veo la comisura de sus labios curvarse, con un atisbo de desafío en su expresión.

—¿Sé cómo usarlo? —se burla.

En segundos, mueve la silla con facilidad. Totalmente fuera de sí. Avanza hasta el centro del garaje y, sin dudarlo, se da la vuelta y se dirige directamente hacia donde estoy yo.

Me llevo la mano al costado, un reflejo involuntario para contener mi irritación...

Se detiene a centímetros de mí, ladeando la cabeza con contenida diversión.

—Creo que entiendo cómo funciona.

La señora Cida, ocupada con las bolsas, me mira de reojo y ahoga una carcajada. Niego con la cabeza, incrédula.

Por supuesto que Beatriz se saldría con la suya.

Pero también pondría a prueba mi paciencia.

El problema es que es el tipo de chica que te hace querer creer en lo imposible.

Camino a su lado hacia el ascensor, aún asimilando lo mucho que esta chica puede sorprenderme. Y en el fondo, quizás me siento un poco... ¿aliviado? No, la verdad es que no. Es más bien como si aceptara que voy a tener que lidiar con su juventud, me guste o no.

—Entonces... —empieza ella, rompiendo de nuevo el silencio, pero esta vez con un tono más suave, casi vacilante. —¿Cómo es tu piso?

—Razonable, —respondo, sin pensar demasiado. —Pero funcional. Tiene todo lo que necesitamos. Y si falta algo, lo

arreglaremos. ¿Te parece bien?

Asiente, pero no dice nada más. Cuando llega el ascensor y se abren las puertas, intento ignorar el hecho de que, a partir de ahora, mi casa ya no es sólo mía. Es nuestra.

Y aunque esto me asusta un poco, también me hace sentir... algo. Algo que aún no puedo entender. Pero quizás, con el tiempo, lo descubra.

Capítulo 4

Beatriz Eva

Pedro dice que su piso es "razonable". ¿Pero qué significa eso? ¿Razonable para él, que vivía solo? ¿O razonable para nosotros dos? Es obvio que el espacio fue diseñado para una sola persona. ¿Qué otra cosa podía esperar de un soltero que de repente se vio obligado a cuidar de una casi desconocida que apareció de la nada en su vida? ¿Un piso enorme? ¿Un palacio?

Sin embargo, como este ascensor tampoco es tan pequeño, se volvió demasiado estrecho para tres personas cuando una de ellas ocupó un espacio considerable, como el montón de sentimientos envueltos en mi pecho. Y quedaba Cida, que tuvo que coger el montacargas porque no cabía allí con nosotros, lo que no hizo más que aumentar la sensación de que estaba invadiendo un lugar que no era mío.

Miro a Pedro, que pulsa el botón del suelo sin pestañear, concentrado. Razonable incluirme o no, él también acabó comprándose una silla de ruedas. Algo que nunca habría hecho si yo no hubiera saltado en paracaídas a su vida. Y eso me avergüenza de un modo extraño.

No es que no quiera ayuda, pero es un recordatorio constante de que estoy estropeando la rutina de alguien que no me debe absolutamente nada.

Juro que intenté evitarlo. Discutimos durante días en el hospital. Sí, he perdido la memoria, pero no soy incapaz. A los diecisiete años, creo que soy perfectamente capaz de arreglármelas sola. Al menos, eso es lo que me gustaría creer.

En la práctica, sin embargo, la ley brasileña parece no estar de acuerdo. Y aunque los bienes dejados por mis padres me permitirían comprar una casa propia, Pedro insiste en cumplir la última voluntad de mi madre. Una petición que, al final, no ha beneficiado a nadie, sino todo lo contrario.

—¿Lo veis? Apenas he llegado y ya estoy molestando", me quejo cruzándome de brazos cuando se cierra la puerta del ascensor. Mi voz suena más irritada de lo que me gustaría, pero es imposible disimular mi frustración. —Dije que estaría bien viviendo en mi rinconcito. Sola.

Pedro vuelve la cara hacia mí, esos ojos fijos en los míos, y mi corazón da un giro que no autoricé.

—No es eso lo que demuestras al decir eso -responde, su voz tranquila, casi indiferente, pero lo suficiente para hacerme sentir pequeña-. —¿Puedes ver tu estado en el espejo? Necesitas a alguien, jovencita.

Jovencita... La palabra resuena en mi cabeza y siento un calor que me sube por el cuello. No sé si es ira o algo más... complicado.

—Podría contratar a alguien para que me cuidara.

Deja escapar un suspiro, como si estuviera tratando con un niño testarudo

—¿De verdad? —me pregunta, mirándome ahora por el retrovisor. —Que yo sepa, aún no sabes cuánto has heredado de tus padres. Y menos aún estás autorizado a hacerlo.

Siento que se me hace un nudo en la garganta. Me muerdo el interior del labio para no derramar lágrimas, pero el dolor de la soledad es más fuerte de lo que puedo comprender. No recuerdo a mis padres, pero hay algo dentro de mí que me aprieta.

—Tienes razón. Pero el abogado me aseguró que tengo un futuro garantizado.

—Así que guarda esta garantía para tu futuro.

—¿Será así? —Levantando la barbilla, imponiéndome, aunque mi corazón va demasiado rápido para eso.

—¿Cómo?

—Los dos. ¿Tú como dueño de la razón y yo teniendo que seguir lo que crees que es correcto para mí?

—Vamos.

—No creo que eso funcione.

—Busquemos un compromiso, Beatriz.

Vuelve a suspirar y noto cómo se le mueven los hombros bajo la camisa. Me molesta que pueda ser tan... hermoso.

—¿Siempre tiene respuestas cortas y directas?

—"En la medida de lo posible", —responde, y hay algo en su voz que me hace querer gritar y, al mismo tiempo, arrojarme a sus brazos y llorar hasta deshacerme de esa mala sensación de vacío que llevo dentro.

El silencio se apodera de la habitación, pesado e incómodo. El espacio se ha vuelto tan estrecho que parece que las paredes se cierran lentamente a mi alrededor. La silla de ruedas ocupa casi todo el suelo. El ascensor nos avisa de que hemos llegado al piso con un suave *tintineo*, y Pedro sale primero, poniendo el brazo en la puerta para activar el sensor y esperarme. Sonrío ampliamente, confiada. *En el garaje fue tan fácil manejar la silla, que aquí no será diferente.*

Pero, claro, la vida me ha jugado malas pasadas y la silla parece haber desarrollado una mente propia. En lugar de seguir mis órdenes en línea recta, como yo quería, decide trazar una suave curva hacia la izquierda, casi rozando la pared de espejos. Me inclino hacia delante, queriendo corregir la dirección con los joysticks, pero acabo metiéndome en más problemas.

—¿Necesitas ayuda? —me pregunta, y veo que en sus labios se dibuja una pequeña sonrisa sarcástica. Esa sonrisa que me hace querer reír y abofetearlo al mismo tiempo.

Vale, me rindo. Asumo que aún no sé manejarla correctamente. Lo intento una última vez antes de admitir que sí y, para mi sorpresa, la silla se mueve perfectamente. Gracias a Dios que ha escuchado mis plegarias.

—"¡No!" —respondo, satisfecha y feliz, sin soltarme el brazo, cuando veo que Cida ya está dentro del piso, abriéndonos la puerta.

—¡Bienvenida! —dice Cida, con una cálida sonrisa que me hace sentir un poco más a gusto.

—Gracias, señor.

Todavía un poco torpe, entro en el piso.

El aire parece más pesado aquí dentro, como si las paredes fueran testigos de la incomodidad mutua entre Pedro y yo. Está de pie en la puerta, con las manos metidas en los bolsillos y los hombros tensos. Parece tan fuera de lugar como me siento yo.

El piso es más espacioso de lo que imaginaba, pero no es difícil darse cuenta de que ha hecho algunos ajustes para mi bienestar. Los muebles están muy juntos en el salón, creando un amplio camino en el centro.

Está claro que lo ha reorganizado todo para la silla de ruedas, y eso me... emociona.

Reconozco el lugar y compruebo su buen gusto. Los muebles tienen un diseño moderno, pero la decoración es algo retro, con óleos y esculturas hechas a mano repartidos por la sala.

Todo parece cuidadosamente elegido, y me sorprendo admirando cada detalle. Por timidez, me callo, sin saber qué decir. Todo me resulta extraño y muy confuso. Hay una mezcla de sentimientos contradictorios: al mismo tiempo que me siento como un intruso, también me siento... bienvenida.

—La casa es toda tuya. —Pedro se esfuerza por tranquilizarme, aunque su voz suena ronca. Coge un jarrón de cristal de una mesa auxiliar. Dentro hay un delicado arreglo de orquídeas y gerberas, y del jarrón cuelga un osito de peluche atado con un lazo gigante. Me lo entrega con un gesto casi despreocupado, pero noto un brillo de expectación en sus ojos. Al mismo tiempo, un calor sube a mi cara. No sé si es por el gesto inesperado o por la forma en que me mira, intentando descifrar si ha acertado o no.

—Pensé que tu habitación necesitaba un toque femenino", comenta Pedro. Mostrarse tan fuera de su elemento, es casi gracioso. Casi.

—¡Son preciosas! —hago un cumplido, emocionada. Pero antes de que pueda decir más, un dolor agudo en la espalda me hace apretar los dientes. Intento disimularlo, pero Pedro se da cuenta. Sus ojos se entrecierran y da un paso hacia delante, como si estuviera listo para actuar pero no supiera exactamente qué hacer.

—¿Estás bien? ¿Quieres ir a la cama?

—Estoy bien, es solo... un dolor persistente en la espalda. —Esbozo una media sonrisa, pero su expresión no me convence.

—Vamos al dormitorio. Necesitas descansar.

En un abrir y cerrar de ojos, me quita el jarrón de la mano, se lo da a Cida y aunque quiero protestar, otra punzada me corta la respiración y cedo. Esta vez, él está en todo y siento el peso de sus cuidados, su preocupación por no hacerme daño. Mi apuesto anfitrión me guía hasta el dormitorio y, en contraste con la rigidez de su cuerpo, me coloca con cuidado sobre la cama.

Cuando por fin me tumbo en la cama, ajusta la almohada con una atención que me sorprende.

—¿Está bien esta posición? —Su voz suena genuina, llena de afecto.

Mis ojos se encuentran con los suyos antes de que pueda evitarlo. Y ahí, por un instante, quedo atrapada, no solo en su profundidad, sino en la silenciosa amabilidad que me ofrece. Se me

hace un nudo en la garganta y sé que se da cuenta. Sé que ve la cruda gratitud en mi rostro.

Pedro rompe primero el contacto visual. Se pasa la lengua por los labios, cambia el peso de un pie a otro, como si de repente fuera demasiado consciente de su propia generosidad. Como si el acto de preocuparse le dejara expuesto.

Yo también bajo los ojos.

—Es cómodo así.

Cida entra en la habitación, rompiendo la densa atmósfera que flotaba entre nosotros. Trae mis cosas y las coloca sobre un mueble. Miro a mi alrededor, buscando al dueño del perfume que aún perdura en mi piel, pero ya no está. Se ha ido sin hacer ruido, sin esperar un gracias.

—¿Quieres comer algo, Beatriz?

—No, gracias. Creo que necesito descansar un poco. Hay un pequeño dolor que quiere molestarme.

—Traeré tu medicación. Llega a tiempo.

Asiento, sintiendo el peso del dolor que va más allá de lo físico.

En el pasillo del laberinto que se ha formado dentro de la cajita de mi cabeza, tengo la impresión de que, en el pasado, fui extremadamente independiente

Aún no recuerdo si mi vida de estudiante fue muy activa o si tuve muchos amigos. Sólo siento que me encanta la sensación de libertad.

El dolor de piernas y espalda no indica cuánto tiempo necesitaré depender de la silla. Tampoco sé si cuando salga de ella tendré un andar torpe y si me faltará motricidad para mantenerme en pie, pero lucharé y conseguiré ser independiente. Una voz grita en mi interior diciéndome que tengo que ser fuerte y triunfar.

No habrá diagnósticos ni evaluaciones de expertos que me hagan posponer mi motivación para perseguir mi independencia.

Pasan los días y me doy cuenta de que mi sueño de independencia era una bonita ilusión.

Si antes me imaginaba libre, dueña de mi destino, ahora dependo de ellos para todo: desde levantarme de la cama hasta alcanzar un vaso de agua.

Un verdadero golpe al ego.

La relación que establecí con Cida en el hospital se vino abajo como una amistad de verano. Culpa mía, lo admito. Me aislé, mezclando miedo, rabia y una pizca de drama existencial.

No es fácil lidiar con la frustración de estar atrapada por mis limitaciones mientras mi deseo de libertad y de recuperar la memoria grita en mi interior.

Pedro, siempre eficiente, solucionó el tema de la noche trayendo a una enfermera de guardia para suplir la ausencia de Cida.

La enfermera de guardia es eficiente, pero no tiene la calidez de Cida. Pedro, por su parte, sigue siendo un misterio. Un misterio fragante, con un olor que ya puedo identificar a metros de distancia, pero sigue siendo un enigma. Siempre está cerca, pero parece

mantener un escudo seguro, como si yo fuera una bomba a punto de estallar. Y puede que lo sea, porque hay días en los que la rabia y la frustración me consumen tanto que sólo quiero gritar hasta quedarme sin voz.

Lo bueno es que respeta mi espacio, y lo malo es que odio el muro invisible que hay entre nosotros, delimitado por el territorio.

Nuestras conversaciones se han limitado a lo básico, lo esencial permitido entre dos extraños obligados a compartir el mismo espacio. Sin embargo, a veces incluso me arriesgo a romper el hielo, como hice una noche.

—¿Necesitas algo? —preguntó Pedro, de pie en la puerta de mi habitación, sus ojos huyendo de los míos como si mirar fijamente estuviera prohibido.

Enarqué una ceja, sosteniendo el libro en mi regazo. Siempre hacía lo mismo. Se ajustaba el cuello de la camisa, cambiaba el peso de un pie a otro y esperaba a que le pidiera algo que él pudiera proporcionarme para desaparecer.

—Si te pido un batido, ¿me lo traes? —bromeé, sólo para ver la reacción y salir de la rutina.

Entrecerró los ojos, con una media sonrisa, comprendiendo rápidamente mi punto de vista.

—¿Te comiste toda la cena? Porque si es así, creo que puedo arreglarlo.

Puse los ojos en blanco, pero me gustaba ver su lado relajado.

—¿Era un chantaje disfrazado de amabilidad?

—Sólo una prueba de responsabilidad alimentaria. No puedo ir por ahí repartiendo batidos sin ningún criterio

—Por supuesto, eso tiene sentido. Debería patentar este método de reeducación. —Si él no me miraba bien, yo, en cambio, seguía admirándolo. —Entonces, ¿lo traes o no?

—Veré lo que puedo hacer.

Claro que sí, sólo que salió de mi habitación por donde entró.

A la noche siguiente, después de no saber nada de él en todo el día, cuando me di cuenta de que había llegado a casa del trabajo, le llamé:

—¡Pedro!

Apareció en el umbral de la puerta sólo echando un vistazo, como si dudara en entrar. La luz del pasillo proyectaba una sombra alargada sobre el suelo del dormitorio, creando una división física entre nosotros. Llevaba traje, pero la corbata ya estaba desabrochada y los primeros botones de la camisa abiertos.

—¡Buenas noches, Beatriz!

—Hoy llegas tarde.

—Ha sido un día ajetreado en el trabajo. —¿Necesitas algo? —Se le ocurrió antes de preguntar y miró su reloj, contando los minutos que tenía para mí.

—Lo tengo. ¿Puedes traerme un libro nuevo? —le dije, sosteniendo en el regazo el último que había leído. Lo había cogido de la estantería de su despacho cuando me llevó a visitar el piso. —Este ya lo he leído dos veces.

—¿Ahora?

—Sí. Y si no me das algo para ocupar mi mente, terminaré enloqueciendo aquí. Podría ser de la misma colección que éste.

No entendía cómo un arquitecto tenía algunos títulos sobre rehabilitación y fisioterapia entre sus libros de estudio. Y no parecían nuevos.

—Veré qué hay en la estantería.

Cuando me trajo el libro, me sorprendió que hubiera más de uno.

—Aquí están.

Recogí y examiné las cubiertas.

—¿Lees esto? —pregunté con curiosidad.

Se encogió de hombros, evitando de nuevo mi mirada.

—Cuando tengo tiempo, lo leo todo.

—Hmm. Interesante. Nunca lo hubiera pensado.

—¿Y qué tipo de lector te imaginabas que era?

La pregunta me cogió por sorpresa. No esperaba que cuestionara mi comentario. Y por un momento no supe qué decir. Pedro era tan cerrado, tan reservado, que nunca me había parado a pensar quién era detrás de esa fachada de tutor entregado.

—No lo sé", admití finalmente. —Un erudito, tal vez.

Casi sonrió durante dos días seguidos. Casi.

—Quizá no me conoces tan bien como crees.

—Tal vez -acepté, sujetando el libro con más fuerza-. —Pero es difícil conocer a alguien que no se queda quieto más de cinco

minutos.

Esta vez sonrió de verdad. Fue rápida, casi imperceptible, pero la vi. Y por alguna razón, me hizo sentir que había ganado una pequeña victoria.

—Dejaré que lo leas

Parece que tú también te has quedado fuera.

—"Pedro"le llamé, antes de que pudiera desaparecer de nuevo.

Me di cuenta de que se había detenido, pero no se había dado la vuelta del todo.

—Gracias por los libros.

Asintió, sin decir nada, y salió de la habitación. Me quedé allí, sosteniendo los libros, con la comezón de desentrañarlo, aunque tuviera que leer todos los libros de su estantería.

Y en medio de todo esto, me sumerjo en los libros y devoro todo lo que puedo encontrar sobre mi recuperación.

¿Mi objetivo?

Recuperar la independencia. Aún no tengo ni idea de cómo ha cambiado realmente mi vida, y esta incertidumbre me desanima un poco. Pero sé que no hay otro camino que seguir adelante.

En cierto modo, me siento como si me hubieran metido en un curso intensivo de maduración. Como si me hubiera acostado jugando a las muñecas y me hubiera despertado al día siguiente con facturas que pagar y responsabilidades llamando a la puerta. La vida tiene sus ironías, pero ¿y yo? Bueno, sólo puedo intentar aferrarme a la fuerza que aún estoy descubriendo dentro de mí.

Son más de las 8.30 y me siento incómoda tumbada en la cama. Es extraño que Cida aún no me haya traído la medicación de las 8 de la mañana.

Oigo llamar a la puerta. Se abre y veo al mismísimo pecado, frunciendo el ceño ante la luz que entra. El hombre tiene una complexión imponente, un pecho fuerte y unos bíceps envidiables; su belleza es hipnotizante, dura pero no insensible. Creo que es la primera vez que lo veo sin camiseta.

—He venido a traerle su medicación con el desayuno.

—¿Aún no ha llegado Cida?

—No vendrá hoy.

—¿Ha pasado algo?

—No es para tanto. Tenía que visitar a su hermana y me llamó esta mañana para pedirme el fin de semana libre.

—Te he dado mucho trabajo.

—¿Por qué piensas eso?

No sé qué decir, pensar o sentir. Me imagino que se lo estoy haciendo pasar mal a todo el mundo. Todo es tan confuso. Del mismo modo que ha mantenido las distancias todos estos días, cuando está cerca parece amable y preocupado por mi bienestar. Una parte de mi cerebro dice que lo prefiero en modo gentil.

Pedro pone la bandeja a mi lado en la cama y apoya las almohadas detrás de mi cabeza. Siento el calor de su cuerpo a mi lado, pero su expresión es la de un hombre de hielo. Mi respiración muestra hasta qué punto el calor de nuestra cercanía me hace perder el aliento, pero él, en cambio, no parece respirar en absoluto.

Ojo a ojo, sólo oigo el rechinar de sus dientes. Mi deseo por él se convierte en algo secundario ante la indiferencia que se empeña en mostrar.

—Ya he encontrado un sitio para poner el portapapeles desmontado. La semana ha sido tan ajetreada que olvidé sacarlo de tu habitación.

Mi habitación no es enorme, pero es elegante y tranquila. En otras circunstancias, incluso podría decir que es un oasis agradable.

—No tenías que mover tu oficina. No me importaría que necesitaras trabajar aquí.

Cida me había dicho que su despacho se había convertido en mi dormitorio. Antes, en lugar de cortinas provenzales, había una persiana. En el rincón donde hay un tocador blanco, estaba su escritorio, donde pasaba horas dibujando. Los únicos muebles que quedaban eran el armario blanco y la cama con filetes de color marfil. Saber que tuvo que cambiar de vida por mi culpa me molesta.

—Era mejor así. Ahora puedo concentrarme en mi trabajo en la oficina. Me has hecho un favor.

—¿Por qué esto parece más un premio de consolación de lo que realmente es?

—¿Por qué crees que últimamente todo gira en torno a ti?

—¿A que sí? ¿Me estás tomando el pelo si alguna vez has pensado en deshacerte de tus portapapeles?

Se acerca a mí con una mirada indiferente y mi sistema nervioso se estremece. Empiezo a sentir un tic nervioso, rápidas

contracciones involuntarias; apuesto a que si digo algo ahora, tendré tics fónicos. Me acomodo un mechón de pelo imaginario detrás de la oreja y me doy cuenta de que he estado repitiendo este gesto varias veces, mientras él me coloca la bandeja en el regazo sin contestar. Me mira interrogante, esperando una reacción. Hay tanta comida... Nunca me la comeré toda. Decido invitarle, como solución para disimular lo que siento.

—¿Tomarás café conmigo? Hay suficiente comida aquí para un batallón.

Hay pan, fiambre, zumo de naranja, huevos revueltos, tapioca con queso y una taza de chocolate caliente. Para rematar, un detalle típicamente romántico: una rosa solitaria en un jarrón de cristal.

—No señora, necesita comer bien. ¡Vamos! Empieza a comer.

Es amable pero mandón.

—No me comeré ni la mitad de lo que hay en la bandeja -protesto-. —Y si no me ayudas, no me tomaré la medicina.

—¿Vas a chantajearme? —Levanta una ceja y me devuelve la pulla, burlándose de mí. —Vamos, mocosa malcriada. Si no, tendré que hacer que te lo comas todo.

—Muy típico de ti llamarme mocosa, ¿no crees? ¿Es así como sueles tratar a todas las mujeres cuando te invitan a desayunar?

—¡No! Sólo respondo así cuando los adolescentes se portan mal.

Se mete un trozo de pan en la boca y mastica con la misma calma con la que respondió. Respiro hondo. ¿Así que soy una niña mimada? DE ACUERDO. Discrepo un poco, pero si así lo quiere, creo que será divertido convertirme en una mimada.

Pedro Salvatore

Las dos horas siguientes son tortuosas. He pedido a la enfermera que cuida de Bya que llegue un poco antes. No me siento del todo cómodo con la situación. Parece una tontería decirlo, pero me perturba, desencadena sentimientos y emociones que no me permitiría sentir.

—Hoy el mundo ha decidido conspirar contra mí", grito. —¿Qué hago ahora? —susurro nerviosa a mi conciencia en cuanto cuelgo el teléfono.

La enfermera dijo que no podía venir hoy porque su hijo tenía fiebre. Insistí en que enviara a una amiga. Me explicó que ya lo había pensado, pero que por desgracia no había ninguna disponible. Doy una vuelta por el piso. Siempre me olvido de lo que tengo que hacer. No consigo concentrarme en nada.

Me apoyo en el marco de la puerta de mi habitación y la veo en el balcón, deslumbrada por la vista del Parque de Ibirapuera. Al igual que el mayor parque metropolitano de São Paulo, un icono de la ciudad, pronto se convirtió en el icono de nuestra casa. Su belleza y alegría dieron vida y color al piso. Antes, los sonidos cotidianos los producían la televisión o la radio, pero hoy es su risa la que resuena por toda la habitación. El brillo de sus ojos ilumina el día más que la luz del sol que entra por las ventanas. No sé cómo Bya consigue ser tan positivamente radiactiva al lado del caos en que se ha convertido su vida.

Desde donde estoy, no puedo entender por qué los hoyuelos acentuados de sus mejillas muestran una sonrisa. Sólo puedo verla de perfil. Hermosa como una mujer indígena. Su pelo oscuro y su piel rojiza y bronceada resaltan el paisaje del fondo. Mirarla con la barbilla apoyada en las manos es como admirar un cuadro modernista. Su belleza natural es pura, muy diferente a la de cualquier mujer que haya conocido. Hoy comprendo lo que sentía Pero Vaz de Caminha cuando describía a las indias brasileñas en su belleza natural: "Mujeres jóvenes, muy jóvenes y muy gentiles, con el pelo negro muy largo hasta los hombros, y la vergüenza tan alta, tan cerca y tan limpia de vello que, si las mirábamos muy bien, no nos avergonzábamos en absoluto." Es, pues, un símbolo de mujer deseable y fructífera.

Por mi mente pasan fantasías y me excito de inmediato. La imagino como una calesa huyendo por el bosque y yo echándole el lazo, trayéndola a mis brazos. Debo de estar volviéndome loco. ¿De dónde he sacado esa idea? Me aprieto las uñas en la palma de la mano como penitencia para recordarme que el dolor físico es más fácil de aliviar que el posible dolor emocional. Esta mocosa despierta en mí sentimientos contradictorios. A veces son sentimientos protectores que nunca antes había experimentado, y otras veces son los propios de un animal enjaulado, ansioso por devorar a una presa indefensa. El sabor agrio del remordimiento llega a mi boca.

—¿Llevas mucho tiempo allí?

Mira hacia atrás con timidez, como si supiera que llevo tiempo observándola. Inquieta, intenta girar su silla. Torpe y encantadora, habla del paisaje y me saca de mis ensoñaciones.

—El Parque de Ibirapuera es precioso. ¡Es tan grande! Hay tanta gente paseando o corriendo, haciendo picnic, felices y encantados con el paisaje... —Hace una pausa. —Quería ir allí y recordar lo libre que soy. Sólo ahora me he dado cuenta de que nada me impide ir allí y experimentar la emoción de la libertad.

—No creo que sea prudente ir solo.

Estoy desconcertado e impresionado al mismo tiempo. Ve un mundo que no existe frente a su realidad actual. Sus ojos brillan cuando habla de libertad y muestran cuánto desea ser independiente. Siento una opresión en el pecho porque sé que soy protector y veo peligro en todo lo que le puede pasar.

—Así que vamos conmigo. ¿Cuánto hace que no vas?

Gira la silla y rodea la cama. Trago saliva al verla acercarse con mirada suplicante. Sin saber qué decir, me invento mil excusas mentales. Recuerdo que tengo que terminar un informe presupuestario para un cliente y que aún tengo que sacar el portapapeles de su habitación. En el fondo, creo que estas excusas son para privarte de ver cómo la gente te lanza miradas prejuiciosas o de lástima. Lo viví con mi madre. Sé cómo ve la gente a los usuarios de sillas de ruedas. Aunque la enfermedad sea temporal, seguirá sufriendo la indiferencia y los prejuicios que le dirigirán.

—Podemos ir otro día. ¿Qué tal si vemos una película?

—Creo que podría ser muy erótico, y no sé si estoy en condiciones de vivir un ambiente así.

Su voz es grave, y creo que está tan sorprendida como yo por esta respuesta extrañamente seductora.

—No pensaste en una película romántica, ¿verdad? Ese estilo de película no me va.

—¿Y qué película le conviene?

Está a menos de un paso. Sentada en la silla, su cabeza está a la altura de mi abdomen. Levanta los ojos y se encuentra con los míos. Siento un escalofrío de placer al saber que ella es una gran tentación que no puedo sentir. Aparto el pensamiento y me pongo boca arriba.

—Me gustan las películas de aventuras con mucha acción.

Sonríe con fuerza, sin querer.

—¡Pedro! ¡Hay películas románticas con mucha acción! —Sigue sonriendo y añade con picardía: —Grandes aventuras. No tienes ni idea.

—Si la idea es convencerme, no funcionará. Esto de ser feliz para siempre no es para mí.

Después de muchas reticencias, llegamos a un acuerdo y vimos varias comedias. Puedo decir que me reía más de su risa que de los chistes de las películas. Ella lo veía todo sentada en su silla, armaba un escándalo diciendo que tenía los pies hinchados y pedía un masaje. Para mí, tocarle los pies era una tortura. Tengo un fetiche lascivo por los pies, sobre todo por los de ella, que son pequeños y suaves. Por si fuera poco, derramó zumo sobre su regazo y tuve que ayudarla a limpiar. Hoy he puesto a prueba todas las formas de autocontrol sobre mi cuerpo, y una vez más el dolor me ha convencido de que es la mejor solución para disipar cualquier deseo de lujuria.

El día pasa más rápido de lo que imaginaba, el sol se pone y la oscuridad de mis obligaciones acompaña a mis miedos. Me he pasado el día torturándome pensando que, en ausencia de la señora Cida y de la enfermera, tendría que ayudarla con el baño. Me sentí un poco aliviado por la mañana cuando la Sra. Cida me dijo que el vendaje sólo se cambiaría después del baño, cosa que el médico me había dicho que hiciera una vez al día debido a la buena cicatrización. Pero la enfermera que podía aliviarme de esta obligación tampoco iba a estar aquí.

—¿Tienes hambre?

—No, el bol de palomitas que me hiciste comer no dejaba sitio para nada más. Sólo necesito una ducha. Ver esas películas contigo me puso caliente.

En este momento, no se me ocurre un problema peor que ése. Es más, siempre viene con un mensaje subliminal en sus respuestas.

—Baño, ¿eh? —Repito lo que ella sugiere.

—La gente necesita un baño, Pedro.

El más mínimo detalle puede cambiar tu vida. Intento pensar en todo menos en ella desnuda en la bañera. En un abrir y cerrar de ojos, el futuro que hemos planeado ya no es viable. No soy un pervertido y sé que puedo verla desnuda delante de mí. Puedo controlar el futuro.

—¿Necesitas ayuda para ordenar tu ropa? —Intento parecer indiferente.

—Puedo recoger la ropa yo misma. Sólo necesito que me cambies la silla. —Contengo la respiración. —No hay por qué avergonzarse.

—No lo hago. Sólo necesito acostumbrarme a la idea. —Soy sincero.

—¿Con la idea de ver a una mujer desnuda, o de tener que abrazarme desnudo? —Se burla de mí, divertida.

—¡Qué gracioso! —Tuerzo los labios. —La señora Cida y la enfermera no la levantan. Sólo la ayudan a cambiar de silla. ¿Por qué tengo que cogerla yo?

—Tal vez sea porque no dejas de recordarme que soy una niña mimada y que, por tanto, tengo que estar a la altura de esa reputación.

Sale de la habitación. Veo alejarse la silla. Necesito superar esta prueba y respiro hondo:

—Recuerda, Pedro, esta chica está prohibida para ti.

La fantasía no se corresponde con la realidad. Ante todo, tengo que ser lo que el destino espera de mí. Un hombre recto, tutor de una adolescente de diecisiete años, quince menos que yo. Mis decisiones son más fuertes que mi voluntad.

Me llama una, dos, tres veces, hasta que me armo de valor y voy a su habitación. Me cuesta mirarla, pero vislumbro lo que más temía. Está envuelta en una toalla, desnuda de cintura para arriba. El ligero bulto en la tela muestra que sus pechos están duros. Sacudo la cabeza, prefiriendo pensar que la naturaleza es la

causante de esta sensual situación. Es atrevida. No parece sentirse intimidada por mi presencia.

—No puedo quitarme los pantalones. Voy a necesitar tu ayuda. —Su voz es ronca y sensual.

Mis planes de permanecer indiferente a ella se van por el desagüe. La situación se desvía gravemente. Verla desnuda sería una tortura, pero desvestirla se convierte en un problema mucho mayor. Pasamos prácticamente todo el día juntos, y no sé cuántas veces me encuentro sucumbiendo a la tentación de estar cerca de ella. Está dotada de una sensualidad desbordante. Muerdo su mejilla con fuerza y saboreo la sangre. El dolor acude de nuevo a mi rescate y me abre los ojos. ¡Qué mocosa tan provocativa! Su chándal se desprende fácilmente de su cuerpo. Después de todo, ha ido al baño durante el día y no ha necesitado mi ayuda, lo que significa que me está tendiendo una trampa. Reflexiono brevemente y me doy cuenta de que varias veces ha jugado a seducirme y yo casi caigo en la trampa. Estoy furioso conmigo misma.

—Bya, en primer lugar, hay algunas cosas que debes saber sobre mí. No hago nada forzado. No me gusta nada forzado, y estás forzando una situación que no funcionará. Mi papel aquí es el de guardián. —Hago hincapié para que lo entienda de una vez por todas. —Soy tu cuidador. No voy a cuidarte como si fueras mi mujer. Así que mejor no fantasees con situaciones.

Te mataré.

Cómo me gustaría creer que todo es una fantasía en mi cabeza. Pero su reacción no deja lugar a dudas. Puede que esté desmemoriado, pero no ciego.

Su cara se pone roja. Tengo dos opciones. Una, que lo diga en serio; la otra, que sienta el mismo calor que yo. Prefiero apostar por la segunda opción. No puede ser tan grosero. ¿O sí?

De mala gana, pero ya con ganas, aflojo el brazo que sujeta la toalla, deslizándola unos centímetros y exponiendo un poco más mi regazo.

—Eres demasiado orgulloso. —Tu vergüenza es evidente, tus ojos penetrantes se clavan en mí como un rayo láser. —Para que lo sepas, Cida e Izabel en realidad no me abrazan, porque cuando voy a ducharme con ellas, estoy desnuda. Aunque piense que le estoy tomando el pelo, en realidad se trata de evitarle la vergüenza. —Le estoy torturando, y envía señales que lo dejan claro.

—No estoy diciendo nada, Beatriz. Sólo digo que soy tu tutor y tienes que respetar mis límites.

—¡Vale, Pedro! Ya que no puedes ayudarme a quitarme los pantalones, haré un esfuerzo por mi cuenta. —Aflojo la toalla que cubre mi cuerpo y se desliza unos centímetros hacia abajo. No necesito mirarle para saber que se sobresalta. Divertido, veo sus ojos clavados en mi regazo; sé que están fijos en el pequeño hueco entre la toalla y mis pechos.

—Encenderé la ducha mientras terminas de desvestirte.

La toalla cae por accidente, y esta vez juro que ha sido sin querer. Su reacción es de sorpresa y huida. No se disculpa por verme medio desnuda. De hecho, no dice nada. Se esconde en el baño. Le oigo murmurar desde lejos y apuesto a que hasta ha cerrado la puerta.

Intento bajarme los pantalones por ambos lados, pero el dolor es insoportable; estoy sudando. Es una prenda fácil de quitar, pero en mi estado, levantar el trasero es casi una tortura. Levantar las caderas sin apoyo es insoportable. Pero sigo intentándolo. Tardo mucho, pero el dolor me impide quitarme los pantalones. Tal vez mi audacia le haya avergonzado. Sé que fui dura. Mis insinuaciones eran agudas, penetrantes y dejaban una bruma sexual entre nosotros. Pero ahora ni siquiera sé si valió la pena, por el dolor que siento. Confieso que cuando le pedí ayuda, la necesidad era mayor que mi deseo de que me viera desnuda. Lágrimas de dolor corren por mis mejillas.

No voy a pedirle ayuda todavía. Por mucho que prometa no hacerlo, lo siguiente que haré será provocarle.

—¡Ay, cómo duele! —Se me escapa una risita húmeda de dolor. Está tan guapo cuando se avergüenza. Es tentador. Sin embargo, Pedro es tan inflexible que por cada punto que me apunto en mis objetivos, él se anota dos negativos.

—¡Bya! ¿Estás llorando?

—"No pasa nada, Pedro", le digo, derrotada. —Voy a lavarme los dientes. Creo que tendré que dejar la ducha para mañana, cuando Cida pueda ayudarme. No he podido quitarme los pantalones. Por favor, cierra la ducha.

—Para nada. No te irás sin ducharte. Te ayudaré a quitarte los pantalones, pero por favor, cúbrete con la toalla.

Resopla. ¡Qué hombre tan contradictorio!

Una nueva esperanza invade mi corazón; las lágrimas son sustituidas por una sonrisa de expectación. No recuerdo si alguna

vez tuve una primera vez, pero imaginar un sexo delicioso con Pedro en el baño me parece una gran aventura para un recuerdo de primera vez.

La visión de un Pedro avergonzado mirando hacia la esquina mientras me cubro con la toalla redobla mi determinación. Es muy interesante, y cuanto más trato de entenderle, más curiosidad siento por saber cómo debo tratarle.

—No tienes que hacer eso, Pedro. Ya te he dicho que no quiero ser una molestia para ti. Un día sin bañarte no te hará ningún daño.

—Deja de ser terco. Tenemos que cambiarte el vendaje.

¡Vaya! El negocio empieza a calentarse.

—Si insistes, tengo que estar de acuerdo. Después de todo, aún sabiendo que la operación está casi curada, no puedo correr riesgos. Sabes que tendrás que verme sin bragas, ¿verdad? —Sus cejas se arquean y aprovecho su atención para poner cara de inocente. Contengo la risa para que no se dé cuenta de mis segundas intenciones.

—Vamos, Bya, el baño se está convirtiendo en una sauna.

—Estoy preparado. Puedes ayudarme. —Deslizo el extremo de la toalla en el hueco entre mis pechos y él presta atención a cada uno de mis movimientos. El movimiento no sería en absoluto indecente, pero sus ojos brillan mucho. —Pedro, ¿puedo hacerte una pregunta?

—¡No! Sin preguntas. Vamos a llevarte a tu baño, jovencita.

¡Qué brutos! Los brutos también aman. Quiero gritarle eso.

—Si no puedo pedirte nada, creo que será mejor que vengas a ayudarme a quitarme estos pantalones enseguida. No sé cuánto tiempo aguantará el nudo de esta toalla, y volverás a pensar que intento seducirte.

En un segundo, se agacha entre mis piernas.

—Tomémoslo con calma. ¿Te duele algo?

—Sólo un poco -miento porque es muy suave, apenas toca mi cuerpo.

Sus manos suben hasta el elástico de mis pantalones y se paralizan cuando tocan ligeramente mis piernas. Me estremezco. El hombre que despierta mis fantasías más sensuales está a escasos centímetros de mí, intentando ocuparse de mi cuerpo. Busco fuerzas para reunir mi munición de seducción.

—¡Pedro! Los pantalones no se quitarán solos. Necesito que lo bajes.

—Uhum. ¡Ñam! —Se moquea, ruborizándose.

Sus manos se deslizan por el contorno de mis caderas, bajándome lentamente los pantalones mientras lucho por encontrar una postura que facilite el trabajo. Me apoyo en su hombro y sus ojos se encuentran con los míos. ¡Para, Pedro! —hago una advertencia mental. No me mires así. Juro que me contengo. Si no estuvieras tan incómodo en esta situación, mi vagina hambrienta y ansiosa estaría en tus labios. Puede que haya perdido la memoria, pero el resto de mi cuerpo sigue siendo muy consciente de los sentidos de la excitación.

Finalmente, me bajo los pantalones, pero mis bragas van con ellos, y mi reacción es libidinosa. Por primera vez a su lado, me siento vulnerable y expuesta. Apuesto a que me brillan los labios. No aparta los ojos de mi vulva. Su expresión de dolor hace que mi ego salte de alegría. Apuesto a que está tan excitado como yo.

—¿Está todo bien, Pedro?

—Sí. —Se levanta rápidamente. Te llevaré a la ducha.

¡Qué desperdicio! Podría haber sido muy divertido para él quedarse donde estaba.

Me lleva al baño y el rechinar de sus dientes demuestra lo avergonzado que está.

—¿Pedro?

—Hola.

—Ya puedes salir. Me daré un baño yo misma. —Es difícil pedirlo. Por un momento, juro que he pensado en pedirle que se desnude y me acompañe. Pero su reacción incómoda me da la sensación de que el momento posterior no sería bueno.

Capítulo 5

Beatriz Eva

São Paulo es una ciudad que intimida por su tamaño, pero su magnitud nos fascina. La violencia domina los titulares de todos los periódicos, pero teniendo en cuenta que no es un problema exclusivo de aquí, acabamos adaptándonos y creando nuestros propios moldes de prevención y autodefensa.

En esos dos meses que viví como usuario de silla de ruedas, acabé sufriendo mucho más por la falta de accesibilidad y estructura de la ciudad que por la sensación de inseguridad. Tuve problemas para utilizar el transporte público y simplemente para ir a los sitios. Era casi una maratón. Me dolía pensar que miles de personas se enfrentan a esta realidad durante toda su vida. Ser usuario de silla de ruedas no es un obstáculo para avanzar; el mayor problema es la falta de respeto y los prejuicios que la gente tiene hacia las personas con necesidades especiales.

Podría enumerar las situaciones embarazosas que me encontré: aceras llenas de baches, falta de rampas de acceso, etcétera. Pero tuve la suerte y el privilegio de contar con Pedro y Cida como referentes. Eran las dos piernas que me faltaban. No, mejor dicho: no me faltaban, sólo estaban descansando y recuperándose de mi operación de pelvis.

Insisto en decir que soy un privilegiado. Pero sé que necesito rescatar recuerdos de mi pasado, que han sido secuestrados y

retenidos como rehenes en un cajón dentro de mi cabeza.

El futuro es incierto para mí. Es una puerta que sólo podré abrir cuando el pasado me lo permita. Por ahora, vivo el presente, intentando recuperar mi pasado para poder afrontar el futuro. Ha sido difícil, pero he encontrado un gran aliado: ¡el Parque de Ibirapuera! En este espacio donde la naturaleza grita a la vida, mi ilusión gana esperanza cada día que pasa. Vivir a metros de él es como encontrar el regazo de un amigo.

Sentada en el fantástico suelo de la raíz del cebollero, mi árbol favorito allí, sólo tengo mi sombra como compañera. Es donde lloro mis frustraciones, admiro los lagos de Ibirapuera y escucho a la naturaleza hablarme, darme consejos. Esta ha sido mi rutina diaria, mi lugar de soledad y reflexión después de todos los tratamientos maratonianos a los que me he sometido. He pasado muchos días observando el parque desde el balcón de la habitación de Pedro, encantada con el corazón verde de la ciudad, algunas noches incluso soñando despierta con la belleza de las luces. Tardé en convencerle de que me trajera aquí. Sigo caminando con un poco de dificultad, pero voy al fisioterapeuta todas las semanas.

Al principio, me intrigaron su negativa y sus excusas. Parecía querer privarme de algo que nunca había descubierto. La primera vez que me trajo, estaba más preocupado por el hecho de que yo estuviera en la silla que interesado en mis impresiones sobre la exuberancia de la naturaleza rodeada por el hormigón de la ciudad. Nuestra relación no es muy íntima. Es duro conmigo. Para él sólo soy su alumna, pero para mí es mucho más que mi tutor. Cida es mi referencia femenina y es como una madre. Por eso Pedro confunde mis muestras de cariño como si fueran de una hija a un padre. Pero,

¿cómo puedo ver a mi padre en ese hombre que despierta en mí chispas que sólo mi cuerpo puede sentir? Cuando estamos cerca, mi pulso se acelera de anticipación, sus ojos me hipnotizan. Puedo imaginar toda la anatomía de su cuerpo. Puedo vislumbrar en sus ojos el reflejo del mismo deseo que siento, pero él... Aparta la mirada, no me deja leer lo que quiere decirme.

Pasar estos meses a su lado me ha dado una sensación prometedora. Me emociono cada vez que lo niega y se cierra a mí. No digo que sea una obsesión, ni una ilusión. Lo hablo mucho con mi terapeuta, que siempre profundiza en el tema. Dice que soy decidida, pero que mis perversiones pueden poner en peligro la imagen de madurez que Pedro no tiene de mí. Confieso que a veces me paso de la raya, pero la forma en que reacciona ante mis excesos es divertida.

Sonrío para mis adentros, recordando a uno de ellos.

El móvil de Pedro no paraba de vibrar sobre la mesa. Le llamé varias veces, pero no contestaba. Así que lo cogí para llevárselo, pero me quedé paralizada cuando vi el nombre en la pantalla.

¿Gisele? ¿Quién es Gisele?

Ya fuera por un impulso más fuerte o por ciertos celos inusuales, el caso es que cuando lo vi, ya estaba respondiendo a la llamada.

—Hola, cariño, me las arreglé para salir temprano. Si quieres, puedo ir a recogerte a tu casa a las 8 de la tarde. Estoy deseando enseñarte la sorpresita que he comprado para esta noche.

Me desplomé durante unos segundos. Fue como recibir un golpe en el estómago. Me quedé ciega. Creo que mi percepción visual afectó a mi parte mental, porque cuando recuperé la conciencia, estaba actuando.

—Hola, Dra. Gisele. Mi padre dijo que ibas a llamar, pero olvidó tu nombre.

Intentó argumentar que no era médico, pero no le di ninguna oportunidad y continué con mi teatrillo.

—Papá está muy disgustado por la situación de mamá. Ha hecho todo lo posible por ayudarla desde que quedó inválida en cama. Pero parece que mamá ha empeorado y papá no se separa de ella. ¿Vienes a ayudarnos?

La mujer se calló cuando mi voz llorosa irrumpió en el teléfono. La historia era rocambolesca, pero las lágrimas que dejé escapar eran muy reales.

—¿Cómo te llamas?

—Bianca —Mentí mi nombre.

—Bianca, dile a tu padre que quizá no pueda ir a su casa hoy. Le llamaré otro día. Pensándolo mejor, no digas nada. Creo que voy a cambiar de especialidad.

—¡Muy bien, doctora! No mencionaré que llamaste. Tal vez encuentre otro médico para mamá.

Colgué el teléfono sin ningún remordimiento y me senté en la silla, temerosa de levantarme porque me temblaban las piernas.

—Bya, ¿para qué me llamabas?

No podía mirarle, pero su móvil, atrapado entre mis dedos, me delató.

—¿Qué haces con mi móvil en las manos?

Brutalmente, sacó el aparato. Seguí intentando encontrar una excusa, pero todo sucedió demasiado rápido. No se me ocurría ninguna respuesta. Con el corazón acelerado, le vi pulsar rellamada. Si no hubiera estado tan enfadada, creo que habría llorado o me habría desesperado. Pero entonces habría sido la niñata mimada, no la chica en llamas incendiada por los celos que habían incorporado mi cuerpo.

Habla y se dirige al balcón. Desde lejos, lo sigo todo, esperando la represalia, ya que mi curiosidad es mayor y no puedo mover las piernas, que me tiemblan como nunca.

Furioso, me mira fijamente, con la mano en la puerta del balcón.

—Vete a tu cuarto, Beatriz. No quiero hablar contigo ahora.

—¿Vas a castigarme?

—Me lo permito. Ponerte boca abajo sobre mi regazo ahora y darte unos merecidos azotes sería mucho más que un castigo.

—¿Y por qué me castiga?

—Porque no tienes límites para tus acciones. Tú...

Le interrumpí.

—¿Yo qué? ¿Me interpuse en tu noche de sexo? —Encogida, no pienso en lo que digo.

—¡Cuidado con lo que dices, Beatriz!

—¿También quieres echarme pimienta en la boca? —Me callo y enarco una ceja, esperando su reacción.

—¡No! No voy a hacer nada. Eres demasiado joven y grosera para hacerme perder el tiempo.

Trago saliva, pero no demasiado pronto.

—¡Claro que soy maleducada! —Escupo las palabras, conteniendo las lágrimas. —Tú me conociste cuando era pequeña y sabes cómo eran las cosas.

Permanece en silencio. Le miro sin verle, muy afectada. La única razón por la que no me levanto y corro hacia el dormitorio es porque las piernas no me ayudan. Me concentro en mi respiración acelerada, en el subir y bajar de mi pecho, tratando de escuchar a mi lado racional decirme que he alimentado el caos dentro de mí. Le desprecié desde el momento en que contesté al teléfono.

—Beatriz... —Dice mi nombre en voz baja, como si le conmoviera lo que acaba de decir sobre mi comportamiento. —No sé qué pensó cuando le dije a mi cliente que era mi hija y que tenía una mujer enferma.

—¿Cliente? ¡Hazme reír, Pedro! Lo único que hizo fue soltar múltiples orgasmos por teléfono justo antes de encontrarse con él.

Ahora me ha cabreado. ¡Así que piensas que soy retrasada! ¡Eso es! Ya no puedo distinguir entre un cliente serio y una prostituta.

—Aún tienes mucho que aprender. —Sonríe y mueve la cabeza de un lado a otro. —En el mundo de los adultos, la gente juega con los demás.

Ya sé qué clase de broma quería gastarte, como una adulta", pienso con rabia, imaginándolos a los dos juntos en la cama.

—Incluso me dijo que iba a cambiar de especialidad.

Se ríe aún más fuerte.

—Beatriz, si Gisele no hubiera sido una antigua clienta, quizá no me hubiera vuelto a ver. Pero es la mujer de mi primer cliente y me dio la oportunidad de explicarme. Iba a reunirme con ellos. ¿Te das cuenta de los problemas que me has causado?

Retrocedo ante la explicación. Pedro es tan bello como un dios griego, pero carece de delicadeza cuando tiene que reprenderme. Se burla de mí cuando actúo por impulso. Y ahora mismo, me avergüenzo de mí misma y hago el ridículo.

—Lo siento. —digo en voz baja y tímida, mirando sus 1,90 metros y sintiéndome como una hormiguita a su lado.

—A veces las disculpas no bastan. Las actitudes demuestran que nos arrepentimos de nuestros actos. Tómate esto como una lección y no vuelvas a contestar a mi móvil.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarle a aclarar este malentendido?

—No, Bya. Ya lo he solucionado y he cancelado la reunión.

Vivir a su lado es como vivir al borde de un volcán. Con cada erupción, la lava que fluye se transforma en un nuevo sentimiento, haciéndome a veces sensible, a veces altiva. Y aquí estoy, de nuevo en el presente, buscando respuestas. Para él, sin duda es otra de mis demostraciones infantiles, pero para mí, no. Dentro de un mes cumpliré dieciocho años. Durante todo este tiempo, no sólo él, sino

también Cida y la Dra. Daniela, mi terapeuta, han intentado hablarme de un par de urnas que están guardadas. Algo dentro de mí definitivamente no quiere oír nada al respecto. Es como un pasaporte falso al futuro. La mera constatación de la existencia de estos objetos parece servir para aliviar una falsa conciencia y excusar una posible demencia que yo misma he estado intentando mantener.

¿Estoy obligada a querer saber algo? ¿No se me permite temer los recuerdos? ¿Está prohibido no querer escuchar? Acerco las piernas a mi cuerpo y la copa del árbol se convierte en la burbuja que necesito. Lloro como nunca mirando la foto de mis padres que conservo conmigo.

—¿Por qué me has hecho esto? ¿Por qué no puedo recordarte?

—¡Qué predecible!

Escuchar su voz me hace abrazar mi cuerpo aún más fuerte.

—Si hubiera sabido que estaba aquí, podría haber esperado a que llegara a casa. —Intento controlar mis mocos, no quiero que me oiga llorar.

—Bueno, teniendo en cuenta que el parque tiene una superficie de 1.584 km², museos, auditorios, carriles bici, pistas para correr, tres lagos, trece pistas deportivas y una extensa vegetación, fue fácil encontrarte.

—¿Has pensado alguna vez que podría estar en otro sitio sólo para evitar hablar contigo?

—Ahora. De hecho, siempre huyes cuando te sientes acorralada.

—Creo que estoy aprendiendo mucho de ti.

—Lo que te conviene. Suele aprender bien. —Ironiza.

—¿Qué sabes de mí?

—Mucho. Sé que tienes que decidir qué carrera quieres hacer en la universidad.

Se hace el tonto y se hace el tutor, aunque sabe que no es eso lo que le he pedido.

—También sé que es la mocosa más mimada y descarada que he conocido y que ya es hora de que crezca.

—Si era una broma, no tenía gracia.

Tras unos segundos de silencio, añade.

—Y también sé que ya no puedes huir de lo que tengo para darte.

—Me sorprende lo bien que me conoces. ¿Y qué sabes tú de mis sentimientos? —pregunto con valentía, aún con la cabeza gacha y sin mirarle. —¿Por qué no nos ponemos de acuerdo? Hasta ahora sólo me has enumerado mis obligaciones, y no te he preguntado por ellas.

—Mira, no he venido a hablarte de sentimientos, sino porque no puedes cerrarte al pasado. ¿No crees que has estado sufriendo porque tienes miedo de enfrentarte a la realidad?

No puedo responder inmediatamente. Mi corazón late enloquecido por el dolor que siento en el pecho. Lo único que sé es

que no quiero hablar con él de esa propuesta, por eso intento evitar el tema.

—Hablar de mí es fácil, ¿no? Hablemos de ti.

—No sigamos por este camino. Imagino que, para ti, esas urnas pueden contener algo muy doloroso, pero están ahí y necesito que decidas qué hacer. Sé que eres mucho más fuerte y madura de lo que aparentas, y yo estaré aquí para apoyarte.

—¡Vete, Pedro! —digo en voz baja, tratando de mantener el control.

—No. Tu falta de memoria no te ayudará a ocultarlo esta vez.

Su forma áspera de hablar hace que me tiemblen las manos. Dejo caer la foto, que él recoge delante de mí.

Levanto la vista sobresaltada, me tiemblan los labios, y él se sienta a mi lado y me estrecha en sus brazos. Sé que es por compasión, pero aun así me siento protegida. Libero las lágrimas atrapadas en mi interior, que se derraman desde mi corazón. Puedo expresar mis sentimientos, emociones, angustia y tristeza, mi imagen más frágil y vulnerable delante de él.

El sol parece dejar de brillar, los pájaros dejan de cantar, la naturaleza enmudece. Me duele el corazón porque no encuentro la respuesta que me impida decir un último adiós.

Mi cerebro destrozado intenta ponerse al día con mi memoria descalza. No sé por qué lloro tanto. Siento que me voy a ahogar. Sus brazos silenciosos me aprietan y me animan cada vez más a desahogarme, acogidos por las lágrimas que besan mis

mejillas. El dolor que siento no tiene explicación. Simplemente me oprime el pecho. Lloro por algo que ya no está. Lo siento. Lloro por lo que pude haber sido, por el amor que sé que existió. El amor que permaneció y que no encuentro en mi memoria, aunque esté en mi corazón. Y parece no tener fin. Es un grito consciente dentro de mi inconsciencia. Prolongado durante meses por miedo a decir adiós.

—Te gusta tanto este parque... ¿Por qué no los traes aquí?

Su pregunta me hace pensar. Busco cobijo en tus brazos, una cura, el fin de mi llanto, que descanse mi alma cristalina. Intento tomar la decisión más sabia y afrontar la realidad como tiene que ser.

Pedro Salvatore

Sabía que la encontraría en el lugar que le trae paz. Durante meses he intentado liberarla de los problemas a los que no encontraba solución. Hoy, me ha vuelto a dejar hablando solo. Simplemente salió de casa sin dar ninguna satisfacción. Cambió el sentido de la conversación. O se iba corriendo a su habitación, disculpándose por algún dolor, o se iba al parque. Lo acepté. Pero no podía aplazarlo más. Ciertos aplazamientos son malos para nosotros. Cuando me dejó hablando solo, decidí que tenía que ser fuerte y afrontar la realidad. Todo el mundo tiene problemas, pero yo no podía soportar verla sufrir y retrasar la verdad sobre sus padres. Tenía que seguir adelante.

A veces tenemos que ser duros y fuertes, aunque no queramos causar sufrimiento a la persona que amamos. Puede ser doloroso, pero me siento protector con ellos porque estoy ahí. Aunque la realidad en la que cada uno de nosotros vive sea absoluta e inalterable. Pero, de nuevo, cuando no queremos verla como deberíamos, ¿qué puede ser inalterable?

Cumplí todos sus deseos y anhelos para llevar a cabo la ceremonia de despedida. No quería llevar las urnas a uno de los lagos del parque ella sola, así que me ofrecí a acompañarla. La Sra. Cida también quiso estar presente.

Y ahora estamos aquí, a su lado, escuchándola, conmovidos por su fuerza.

—En este lugar me siento acogida, como en los brazos de la naturaleza.

Veo que sus labios tiemblan mientras habla y sus manos se extienden hacia mí. Me doy cuenta de que ha llegado el momento y le entrego las urnas abiertas. Las sostiene y continúa:

—Aquí siento que puedo pasear, cantar, llorar y desahogarme sin que me juzguen.

Tiene la mirada perdida y se me aprieta el pecho.

—Aquí siento que puedo navegar con seguridad por los agitados mares de las sorpresas de la vida. Elegí este lugar porque quiero que sientas lo mismo que yo. Y aunque no recuerdo cómo éramos juntos como familia, te siento dentro de mí. Prefiero decir que esto es sólo un adiós, no una despedida, porque un día yo también sufriré esta transmutación y entonces volveremos a estar juntos. Aunque no sepa cómo ni dónde ocurrirá.

Las lágrimas se mezclan con su voz rota. Tengo ganas de abrazarla y consolarla como sé que necesita, pero me limito a permanecer a su lado.

—Aunque no te recuerdo físicamente, confieso que echo de menos el abrazo apretado, echo de menos tu presencia conmigo. Pero así es el destino. Así que creo que ha llegado el momento de dejarte marchar. Que mi aliento sea un abrazo invisible, que lleve mis palabras de amor a tus oídos. Lo que siento por ti nunca morirá. Está guardado dentro de mi pecho. Cuando mi memoria traiga nuestros recuerdos, la nostalgia permanecerá. Aquí seguirás viviendo en medio de tanta naturaleza, aunque de forma diferente, libre a lo que Dios cultiva con sus manos. Este es el lugar donde

siempre estaremos juntos. ¡De mis manos te doy la vida en la inmensidad de la naturaleza!

Sopla las últimas cenizas y derriba su fortaleza, cayendo de rodillas llorando. Tengo ganas de abrazarla, consolarla y calmar el dolor que le desgarra el pecho. Hoy tengo la certeza de que esta niña es mucho más fuerte que yo.

Por fin me doy cuenta de que cada vez que huía y se refugiaba aquí, no era una evasión cobarde, sino una forma sana de protegerse.

Esta mocosa es una buena oponente. Incluso cuando está callada, es genial hablar con ella. Me enseña un poco cada día. Y la forma en que siempre disimulaba sus lágrimas, diciendo que era una mota en el ojo, me demostró lo mucho que quería ser fuerte y necesitaba a alguien. Por eso cada día me siento más responsable de ella.

D. Cida le da un beso en la frente y nos deja solos. Me siento a su lado y respeto su silencio, acunándola en mis brazos. Me apetece ponerla en mi regazo siempre que lo necesito o quiero. Esta mocosa ya forma parte de mi vida.

Capítulo 6

Beatriz Eva

—No has dicho una palabra desde el aeropuerto hasta aquí.

—Cida, me encantó la semana que pasé contigo en Fortaleza.

—Pero...

Me pregunta.

—¿Por qué crees que hay un "pero"?

No quiero decirle que me decepciona que no haya ido al viaje. Inventé mil fantasías cuando me dio los billetes como regalo de cumpleaños y para celebrar que me había levantado de la silla de ruedas antes del plazo fijado por los médicos.

—Te quiero, Pedro. ¿Cuándo nos vamos? —pregunté sin mirar los billetes. Mi pulso se aceleró de expectación. Pasar una semana con él en un hotel, rodeados de un ambiente romántico, sonaba prometedor.

—Te vas el sábado y vuelves el sábado siguiente, el día de tu cumpleaños.

—¿A sí?

—Sí, tú y Cida. Yo no podré ir, Bya, pero tú lo pasarás muy bien. He oído que el complejo es maravilloso y tiene un parque acuático. Será una semana de gran ocio.

Realmente fue una semana muy divertida, pero en el fondo esperaba que apareciera en cualquier momento para darme una sorpresa. Apenas hablábamos por teléfono. Llamaba por la mañana, por la tarde y por la noche, pero siempre parecía muy ocupado. Me di cuenta de que cuando llamaba por la noche sonaba cansado, como si siguiera trabajando. Esos días que pasamos separados me hicieron darme cuenta de que nunca me echará de menos tanto como yo a él. Albergo una pasión platónica en mi interior y, por más que fantaseo con mil posibilidades futuras, este amor me parece imposible. A veces le sorprendo mirándome con admiración en los ojos, pero cuando le correspondo, disimula y todo queda en el terreno de las posibilidades improbables.

—Estamos aquí, Srta. Beatriz.

Salgo del coche contenta y con ganas de reencontrarme con él y de echarle de menos. De hecho, salgo más rápido que el taxista, que apenas cierra la puerta mientras yo ya estoy sacando el equipaje del maletero.

—Te ayudaré.

—Gracias, pero ya tengo mi maleta. Ven pronto, Cida. —grito, emocionada.

—No voy a subir contigo. Necesito ir a casa, ver cómo van las cosas allí. Tengo que volver a mi realidad.

Me entristece. No me lo puedo creer. Pasar mi primer cumpleaños sola con nuevos recuerdos no estaba en mis planes.

—No hay problema.

—No hagas tanto escándalo. —Me regaña con la mirada. —El Sr. Pedro está en casa. Te hará compañía.

—me pregunto. —Me animo y saco la maleta.

—Tengo la impresión de que sí. Enhorabuena una vez más.

—Gracias. —Nos damos la mano y se va.

Los botones del panel del ascensor se iluminan con cada planta, como una vela metálica de cumpleaños, iluminando cada año de mi vida: casualmente, vivimos en la planta 18. Me miro en el espejo, y el reflejo muestra la juventud de mis líneas de expresión, poco acordes con la mujer precozmente madura que llevo dentro. El diminuto espacio parece aún más pequeño, lleno de mis pensamientos e incertidumbres. Mi corazón se acelera y espero llegar pronto a mi destino, pero mi razón me aconseja llevar mi historia en otra dirección.

Aproveché el viaje para decidir que podía seguir sola. El deseo inicial de mis padres era que Pedro me cuidara como a su hija, y que yo le respetara como padre. Pero nunca imaginaron que me enamoraría de él desde el primer momento en que le vi. Pedro ha cumplido muy bien su misión. Ha sido mi tutor en las buenas y en las malas, pero ahí está el problema. Yo sólo soy su pupila, su responsabilidad, y por mucho que quiera estar a su lado, eso sólo me hará daño, porque él no me quiere de la misma manera. He estado actuando estúpidamente, buscando algo que nunca existió. Cuanto más tiempo estemos juntos, más cultivaré esta pasión. Quería que me viera, que entendiera mis sentimientos, que le diera una oportunidad a Beatriz. A la persona. La mujer. La amante que podría ser, no sólo su responsabilidad. No puedo seguir con esta

ilusión de que un día se enamorará de mí. Miento que podría conquistarlo, pero nunca me verá como yo lo veo. Decidida a dar un nuevo rumbo a mi vida, abro la puerta y me encuentro sin aliento. Mis ojos ven lo más hermoso del mundo. La decoración y el espacio diseñado permiten a mi imaginación fantasear. Me llevo las manos a la boca asombrada.

—¿Qué ha pasado aquí? —Antes blanca, la pared opuesta a la puerta de entrada ha sido panelada con la imagen del árbol que siempre me daba la bienvenida en el parque. No puedo describir con palabras lo impactada que estoy. El mobiliario masculino contemporáneo se ha adaptado.

Los discretos cojines que decoraban los sillones han sido sustituidos por otros de distintos tamaños y tonalidades. Todo es diferente. Incluso hay arreglos florales. El nuevo ambiente es precioso.

—¡Pedro! —Le llamo lo suficientemente alto para que me oiga.

¡Maldita sea! No nos recogió en el aeropuerto. ¿Podría ser que ni siquiera está en casa para verme?

—¿Pedro? —Nada.

Llevo la maleta al dormitorio. No quiero dejarla en medio de la habitación y estropear la nueva decoración. Suspiro, aún sin entender el porqué de todos los cambios. Pero la mayor sorpresa llega cuando abro la puerta de mi habitación. Los muebles de la habitación de Pedro están allí. En los armarios sólo encuentro su ropa.

Tristeza mezclada con remordimiento. Recuerdo que le dije que me mudaría cuando volviera de viaje.

—¿Me desahuciaron antes de encontrar un lugar donde vivir? —La ira se apodera de mí. —¿O se ha encargado él mismo de buscarme otro sitio y ya se ha mudado?

Vuelvo a sorprenderme con una canción que no había escuchado antes.

El sonido procede de la habitación de Pedro, así que imagino que está allí. Estoy confundida; no sé qué más pensar o preguntarme. Me envió de viaje por si acaso. Al diablo con mis modales. Abro la puerta para exigir una explicación.

—¿Pedro? ¿Qué haces?

—Intentando dar los últimos toques a tu nueva habitación. Después de todo, siempre te gustó más que la otra. ¡Feliz cumpleaños! Este es mi regalo para ti.

Lo veo, paleta en mano, terminando de pegar la última letra de la pegatina en la pared encima del cabecero:

Es sabio quien se abstrae de la naturaleza

Lo mejor que tiene para darnos.

Maldita sea, pensaba pelearme con él y no conmoverme por lo que veo.

Las paredes de la habitación están esmaltadas en suaves y claros colores amatista, y en una de ellas hay un exótico papel rubí que contrasta con acentuadas líneas amatista. Mi cuerpo arde en llamas, como si la punta de la mecha se hubiera encendido en mi vientre y me estuviera quemando hasta el pecho. No sé si es por la

posición en la que se encuentra -estirándose sobre la cama para terminar el trabajo—o por las fantasías que albergo en mi cabeza, imaginando escenas eróticas de nosotros tumbados juntos.

Pedro Salvatore

Abre la puerta como un huracán. Su mirada vacilante recorre la habitación y se dirige a mí. Veo en ellos preocupación y sorpresa. Está más morena y guapa que nunca. Su piel incluso brilla.

Cuando sonó el portero para anunciar su llegada, me apresuré a terminar de pegar la pegatina. He pasado semanas intentando mantenerla lejos de casa para organizar su regalo de cumpleaños, y agradezco a la señora Cida su complicidad en el plan. No pensé en una fiesta, porque Bya aún no ha hecho muchos amigos y hace poco tiempo que superó la pérdida de sus padres. La oí llamarme varias veces, pero no contesté para ganar tiempo y que pudiera ver todas las sorpresas.

Me encanta mirarla y ver su cara de satisfacción. Me siento feliz y realizada por haber conseguido mi objetivo, que es que siga viviendo conmigo, bajo mi cuidado y mis responsabilidades. No prometí en vano cuidar de ella. Aprecio la sonrisa pura y natural de sus ojos. Bya es fácil de descifrar y por eso he mantenido las distancias todos estos meses. No sé si entenderá mi iniciativa de cambiar la decoración del piso como una petición de que renuncie a mudarme.

—¿Por qué lo hiciste, Pedro? ¿Por qué cambiaste todo? Ya no quiero ser tu responsabilidad, tu carga.

Estoy de acuerdo, pienso mientras termino de pegar la pegatina. Todo en ti es una carga, mocosa. Te juro que lucho incansablemente por no verte así, pero me cuesta olerte y contener

mis instintos primitivos. Tocarte es una carga para contener mis manos y no prolongar el contacto. Mirar tus labios es una carga para mí mantener mi boca alejada de la tuya. ¿Y sabes qué? Alejarme de ti durante la semana ha sido una enorme carga de añoranza que llevo arrastrando desde la primera noche que estuviste lejos de mí. Por eso estoy cambiando todo aquí en casa, para verte feliz e intentar que abandones esa loca idea de vivir en otro lugar y convertir tu ausencia en una pesada carga de vacío.

—¿Tan mal está la cosa? —pregunto.

—¡No! Todo era hermoso. Simplemente no lo necesitaba.

—¡Qué alivio! Me estaba preocupando. Pensé que tendría que retirar mi título. Me asustaste, dudaste de mi talento arquitectónico.

—¡Exagerado!

—¿Qué tal el viaje? —Hago todo lo que puedo para desviar el tema del que sé que quiere hablar.

—Diversión.

—¿Mucho flirteo? —Me muerdo el labio ante la pregunta. La sombra de unos celos desconocidos e inconexos me perseguía cada día.

—Ninguno, ¿y tú? —Inocente e infantil, arruga la frente con aire de preocupación.

—Si considero que dar instrucciones a pintores y montadores de muebles es ligar, entonces lo he estado haciendo toda la semana. Tu regalo fue mucho trabajo.

—No deberías haberte molestado.

Me encojo de hombros.

—A veces es bueno cambiar el entorno en el que hemos vivido durante años.

Recorre la habitación encantada y sensibilizada. Me tira del labio inferior con los dientes y, cuando siento que mi miembro despierta a la vida, me clavo instintivamente la uña en la palma de la mano. Ella desliza los dedos por la colcha de amatista oscura. Me cuestiono mi cordura por haber decidido esperarla en su habitación. Me mira fijamente con sus ojos depredadores. Esta mocosa no tiene ni idea del poder de seducción que ejerce sobre mí.

—¿Lo elegiste todo tú? —Por supuesto que sí. Pero, conociéndote un poco, sé que preguntarás si no tuve un poco de ayuda femenina.

—Hasta yo me maravillo del don de un arquitecto para elegir colores.

—Todo es perfecto. —Su mirada se vuelve directa, segura y provocadora. No me gusta la línea que sigue y desvío la mía. Me entretengo buscando los papeles esparcidos cerca de la cama, para cortar el ambiente que ella quiere crear. Me levanto de golpe, sorprendido al sentirla a dos pasos de mí.

—¿Puedo abrazarte para agradecerte el regalo?

¡Ah! ¡Mocosa tortuosa! Pedirlo ahora no funcionará. Mis venas se dilatan, mi cuerpo responde rápidamente a tu proximidad. El calor de su piel bronceada hace arder mis arterias. Analizo su expresión durante largo rato. ¿Por qué tiene que llevar tan poco? El vestido apenas le cubre los brazos y las torneadas piernas.

—Estoy demasiado sudada para que me abraces. Voy a tirar estos papeles y a darme una ducha.

Da otro paso hacia mí. Es testaruda, y es hermosa cuando insiste. Finge no entender que prefiero evitar el contacto.

—No me importa que estés sudado. Yo también estoy sudada. Es sólo un abrazo, Pedro. Un abrazo inocente de agradecimiento.

Abre los brazos, como un bebé perdido en la jaula de un león.

—¡Muchas gracias! ¡Todo es precioso!

Mi razón y el dolor que me causan las uñas en la palma de la mano me ayudan a dar un vacilante paso atrás.

—¿Te acompañó la Sra. Cida en los toboganes del parque?

—Sí, y ha demostrado ser más valiente que muchos tíos que se inventan mil excusas.

—¿Así que crees que los chicos ponen excusas incoherentes?

—¡Sí!

Da otro paso adelante y me arrincona contra la pared. Ahora soy yo quien se siente como una presa en la jaula de una leona. Podría zafarme de sus brazos y excusarme, pero su proximidad me desestabiliza. Sus ojos indescifrables no se apartan de los míos: imagino que está leyendo el *Kama Sutra* escrito en ellos con la letra de mi deseo. Atrevida, su mano fría toca mi hombro

caliente. El animal salvaje atrapado en mis sentidos se arremolina en mi interior, olvidando todos los meses que lo he protegido. ¡Y es muy erótico! Mi respiración agitada se entremezcla con la suya, a centímetros de mi cara. Su perfume vigoriza mi locura y anula mi resistencia a no tocarla. Los músculos de mi pierna se rozan con ella donde el vestido no cubre. Me maldigo mentalmente por llevar sólo pantalones cortos y no llevar camiseta. Su respiración más profunda llena su pecho de aire y hace que sus pechos se agiten voluntariamente, acariciando mi pecho. Desecho cualquier peso sobre mi conciencia. Me hago cargo del deseo que mi cuerpo ha estado incubando durante todos estos meses.

Sólo hablan nuestros cuerpos, por fin presentados el uno al otro en una atmósfera eléctrica. Deslizo mi áspera barba sobre el cuello que ella me ofrece. La excitación crece dentro de mi cuerpo. Sus pesados párpados se cierran y ella se humedece los labios. Chica, ¡estás jugando con fuego! El muro que he construido con mi actitud taciturna se desmorona y desata mi lado lujurioso. Por un momento, siento que mi corazón se ablanda. Sus atrevidas manos se deslizan por mis brazos, erizando cada vello de mi cuerpo. Rodeo su cintura con mis brazos y la acerco a mí, dejando salir el aire atrapado en los pulmones y dándome cuenta de lo que desea.

Mis manos sudan compulsivamente, deseosas de explorar cada parte de su cuerpo. ¡Contrólate, Pedro! Recuerda, es sólo un abrazo de agradecimiento. Ella no coopera. Su bocanada de aire es

como un gemido y una canción para mis oídos. Al diablo con mi honor. Necesito este abrazo, pero sigo intentando advertirla, intentando cortar el ambiente sensual.

—Ahora estás más cerca de tus padres. Puedes abrir la puerta del balcón y darles los buenos días cada mañana.

Deslizo los dedos por su mejilla y el calor de su rostro quema mi deseo como la pólvora.

—¡Hum! ¡Hum! —Ella responde.

Sabía que era una niña mimada, pero ahora veo que también es una leona depredadora.

—¿Quieres ver los cambios en el balcón?

—Entonces. —Tus brazos me rodean el cuello. —Ahora necesito tu abrazo. No me lo niegues.

Su necesidad hace que se me cierren los ojos. La estrecho entre mis brazos y mi boca roza la suavidad de sus labios. Saboreo la libido y el pecado al mismo tiempo; es mejor de lo que había fantaseado. Un contraste perfecto que mi lengua se esfuerza por separar. La retengo dentro de mi boca. Mi autocontrol está por los suelos, pero ella me provoca, me invita separando los labios. Levanta los pies y apoya su ágil cuerpo sobre el mío, apretándome contra la pared. En un giro de 360 grados, cambio de posición e imito su gesto, invirtiendo nuestras posiciones. Me olvido de quién soy, de dónde estoy y me concentro en ella. Mi lengua penetra sus labios y ella entra con el mismo ritmo libertino y concupiscente. Sus pechos amortiguan mis músculos pectorales. Intenta explorar mi cuerpo, pero la detengo sujetándole las manos por encima de la cabeza. ¡Cómo deseaba sentir y tocar cada parte de ese cuerpo!

Acariciar cada curva que he vislumbrado durante meses, castigándome después por la certeza de que esto no está bien. Su pelvis presiona mi lujuriosa excitación, que suplica ser liberada de la húmeda tela que la cubre. Juego con su lengua como un adolescente en su primer beso.

Ella es pura tentación. Sus labios son mi anhelo; olas de placer se forman en mis polos; mi polla palpita como nunca, apretada contra su pelvis, totalmente descontrolada.

Sus fuertes brazos piden libertad para tocarme y me hacen retroceder con dificultad, sobresaltada, interrumpiendo el beso más fantástico de mi vida.

—¡Eso no podía haber pasado!

Me alejo aturdida, mi cuerpo siente su ausencia.

—No estuvo bien de mi parte. Lo siento.

Recojo el resto de los papeles y salgo de la habitación tan rápido como me lo permiten mis ganas, sin mirar atrás.

Lo he hecho todo mal. Llevo once meses evitándola, centrándome sólo en las fantasías que despierta en mí, y a la primera oportunidad... ¿qué hago? Acabo con todo el respeto que le he estado dando. No puedo garantizar que ella entienda que este momento fue motivado por celebrar su cumpleaños. Claro que no, idiota. ¿Qué hago ahora?

—¡Vuelve, Pedro!

—Bya, no hagas que me odie aún más.

—Está bien, Pedro. Sólo fue un beso.

¿Qué fue? ¿Fue sólo un beso para ella? Fue el mejor beso que he tenido en mi vida.

—Si llevas tu vida sin tantas exigencias, serás más feliz, Pedro.

—No es un cargo, Bya. Es respeto.

—¿Quieres decir que fue una falta de respeto que tu polla me deseara? Mira, si crees que eso es lo que hemos vivido ahora, prefiero cambiar mi visión del mundo y pasarme el resto de mi vida siendo irrespetuosa.

—¡Cuidado con lo que dices, Bya!

Salgo de la habitación regañándola, sin valor para darme la vuelta. Oigo cómo la mocosa se burla de mí.

—De eso se trata, Pedro. —grita. —Su boca. Era a ella a quien quería en mi irrespetuoso miembro.

Me encierro en mi habitación, sin querer oír nada más de lo que tiene que decir.

¡Joder! Mil putas veces. Lo he jodido todo. Tenía que cuidarla como un padre, no como un pervertido deseoso de estar dentro de ella. Me duele la polla, palpitante. Lucho contra la peor batalla interna que he tenido nunca y mecánicamente voy al baño.

—¡No, no quiero eso otra vez!

De nada sirve suplicar, porque la voz de mi interior me contradice: "¡Sí, Pedro! Es necesario".

Es más fuerte que yo. Dejo que la voz guíe mis próximos movimientos.

Me humedezco la toalla de la cara y comienzo el ritual olvidado en mi pasado. En los últimos años, imaginaba que era más fuerte que esta compulsión.

—Ya he enterrado eso en mi pasado.

"¡No! ¡Pedro, eso nunca será enterrado!" Siento el primer golpe de la toalla húmeda. "Necesitas esto para sentirte mejor". El segundo. "Necesitas esto para ser alguien mejor". Los golpes se suceden y mi espalda arde al recordar la verdadera razón de todo esto. "Necesitas esto porque no has sido capaz de cumplir tus compromisos. Necesitas esto para saber que ella es un ser intocable para ti. Ella es una posesión preciosa puesta en tus manos, únicamente para ser protegida".

Me castigo hasta que mis piernas ceden en el acto de exorcizar mis locos deseos y mi dolor. Mis entrañas necesitan algo nuevo para seguir viviendo. Y llegados a este punto, no sé si refugiarme en mi interior es una buena idea.

Capítulo 7

Pedro Salvatore

Desde hace dos años, el sentimiento de culpa se ha apoderado de mi cuerpo y de mi alma a causa de los deseos prohibidos que siento por ella. La culpa se ha adaptado como un ritual de castigo. Aún puedo saborear su beso y recordar cómo respondí a él. Surgieron muchas otras oportunidades y, cobardemente, logré resistirme a todas. Aquel fue como un beso robado, pidiendo un segundo y muchos más. Me hizo olvidar todos los demás que había tenido en mi vida. Una fruta prohibida que nunca había probado, y cuyo sabor formó los recuerdos que sostienen mis deseos más sórdidos hasta el día de hoy.

A su lado, censuro mi visión para no captar tus labios, antídotos para mi necesidad y venenos para mi razón. No sé cómo resisto cada vez que nos acercamos. Ella es especialista en intentar desanimarme.

En el pasado, la autoflagelación era el consuelo que mi corazón encontraba para los acontecimientos de la vida. Años de terapia me hicieron trabajar en mi autocontrol, que se vino abajo cuando Bya entró en mi vida. Luché contra mis trastornos y los superé durante un tiempo, pero son más fuertes que yo. A menudo me siento débil, incapaz de dominar y domar mis instintos primitivos.

Desde hace dos años, intento convencerme de que la vida de soltero que siempre he llevado podría ser ideal, pero vacilo en esta elección, no sé si por omisión o por aceptación. De una forma u otra, Bya interfiere en todos mis encuentros. Directamente, con sus payasadas y travesuras, e indirectamente. La mayoría de las veces consigo engañarla, pero cuando se trata de salir con alguien, aunque sea a escondidas, me rindo. ¡Joder! ¿Por qué lo permito? No tengo ni quiero tener nada que ver con la chica. Sólo soy su tutor. Aunque algunos amigos comentan que incluso los padres separados presentan a sus nuevas parejas sentimentales a sus hijos, yo no me veo haciéndolo, y no entiendo por qué. Creo que se debe a un exceso de respeto, o a la preocupación de que ella cometa mil locuras que me despisten. Una vez, cuando vio que me preparaba para salir, se frotó ajo en las axilas para simular fiebre. Hasta que no cancelé la cita no descubrí la broma. Se había quedado dormida, fui a taparla y al ajustarle el brazo se le cayeron dos dientes de ajo. Estaba ciego de rabia en ese momento, mi idea era girarla sobre mi regazo y darle varias bofetadas en el culo para darle una lección, pero nunca he sido partidario de la violencia, así que hice lo primero que se me ocurrió. Un baño frío... Sí, se merecía un baño frío. Sus ojos se abrieron de par en par de asombro cuando la levanté y, sin decir una palabra, la llevé al cuarto de baño.

—¿Qué es eso, Pedro?

Me preguntó mientras jadeaba bajo la ducha fría.

—¡Baño frío! Es bueno para la fiebre.

—¡Para, Pedro! Esta agua está helada.

—¿De verdad? Deberías haber pensado en eso cuando decidiste hacer el condimento Bya. De hecho, debería sumergirte en agua hirviendo y prepararte un caldo, ya que has decidido utilizar el ajo como condimento para tus payasadas.

—¿Qué estás diciendo? ¡Déjame salir de esta agua! Me voy a enfermar.

—Estoy harto de creer tus tonterías una vez más. ¿Cuándo vas a madurar, mocosa malcriada?

—Cuando me trates como a una mujer y dejes de evitarme.

Ella y sus argumentos. La dejé, con ropa y todo, bajo la ducha y desaparecí de la vista. Siempre fue difícil tratar con ella. Nunca sabía qué hacer. Cuando se trataba de castigarla, se convertía en un tormento para mí. Ver su ropa mojada pegada al cuerpo hacía que mi miembro la deseara, que mi boca salivara y que mis manos quisieran tocarla.

¿Por qué tiene que tener unas nalgas tan increíbles? ¿Nalgas tan apetitosas que me entran ganas compulsivas de estrujarlas mientras fantaseo con un polvo sin sentido? Imagino su esbelta cintura rebotando mientras la penetro y me arden los sesos. Incluso su cara rosada y avergonzada me excita. El deseo de conocer la intimidad de su cuerpo es oscuro y lascivo.

Cuando no estoy trabajando, estoy en la carretera en compañía de Caballo de Acero. Algunos compañeros motoristas ponen nombres femeninos a sus motos, pero yo nunca le haría eso a mi fiel escudero que me sirve de sofá. ¡Viajar en moto es genial! Por supuesto, Steel Horse forma parte de mi rutina diaria. Me ayuda a escapar de los atascos. Con él, todo es más rápido y práctico.

En la carretera, me recuerda la aventura, el desafío y el autoconocimiento. Cuando el viento me golpea la cara, siento una libertad fantástica, descubriendo nuevos paisajes a mi alrededor con cada kilómetro que recorro. El placer y la concentración de conducir una máquina de acero a gran velocidad son para mí una higiene mental. Puedo suprimir de mis pensamientos todo el atrevimiento de sentir y alimentar un deseo que no puedo experimentar.

El viaje está en mi imaginación. Siempre he odiado a la gente a mi espalda, pero confieso que viajar a Serra do Rio do Rastro, en Santa Catarina, con Bya montada detrás de mí fue la sensación más fantástica que he experimentado con una mujer. Su cuerpo se amoldaba perfectamente al mío. Sus movimientos me acompañaban a cada paso con maestría. Parecía nacida para ser mi compañera en una aventura sobre dos ruedas.

Lo que era una invitación para distraerla del estrés de la semana de exámenes se convirtió en un cargo de conciencia, porque había sido injusto con Bya. Dije que no la llevaría más de paseo en moto, por razones tontas. Mentí, y luego me arrepentí. Nunca quise engañarla. Cada vez que subo al Caballo de Acero, pienso en invitarla. Pero me acobardo y desisto.

Temo no poder resistirme a ella cuando estamos tan cerca. Se me aprieta el pecho al recordar su cara de frustración.

—¡Pedro! Me ha encantado nuestra aventura. Ahora entiendo por qué te gusta tanto el Caballo de Acero", dijo contenta mientras se bajaba de la parte trasera del jinete, dándole un respingo a mi cuerpo.

No apostaría un pelo en contra de lo que dijo. Le encantó el corto viaje de dos días. Su alegría era contagiosa porque, no sólo su presencia era agradable para todos, sino que conseguía despertar la lujuria en prácticamente todos los halcones del motoclub. Mientras que para ella era divertido, para mí era un coñazo.

—¡Me alegro de que te guste! Pero ya no irás en la parte de atrás.

—¿Por qué?

—Tuve que controlar la moto más de lo normal en esas curvas. Tú las hacías peligrosas. Yo tiraba la moto hacia un lado y tú tirabas tu cuerpo hacia el otro. Eso es muy arriesgado -mentí como un cabrón, porque era todo lo contrario: bailaba perfectamente al son de las curvas.

—Pero...

—¡No más, Bya! Cuando volvamos a viajar, será en coche. Y sólo hay gente mayor en las Águilas del Asfalto. Deberías unirte a tus amigos de la universidad. ¿O no te diste cuenta de que los buitres querían aprovecharse de tu simpatía?

—¡Estás celoso, eso es lo que pasa!

Puede ser. Pero mantener un ojo en los peces y el otro en ti, sin dejar de vigilar cuando alguien se te acerca, para mí es precaución.

—¡Beatriz! Eres muy inocente. Estos tipos que forman parte del club son hombres descarriados. Sólo quiero protegerte de ellos.

—Me parecieron muy amables. Gerson incluso me invitó a su próxima reunión, si no quieres llevarme.

¡Ese canalla! Le romperé los dientes si se acerca a ella.

—Ni siquiera lo pienses. Sé el tipo de salida que quiere hacer contigo.

—¿Puede explicarme qué tipo de gira es ésta?

Me miró de frente, acercándose a mí. Todavía sentado en la moto, me quedé con el casco en la mano, mirándola fijamente mientras hablaba.

—Como tú mismo has dicho, soy muy inocente, ¿no? Entonces explícamelo bien. No hay necesidad de dibujar. Sólo dime qué tipo de paseo es.

La cercanía me incomodaba. No me moví; el deseo que se había acumulado con el tiempo era como una cadena que atrapaba mi corazón y contenía sus rápidos latidos. Un paso más y sus labios tocarían los míos.

—No eres tonta. Sabes muy bien de qué tipo de viaje estoy hablando. —Respiré hondo, inhalando su perfume mezclado con el olor del motor de la moto.

¡Joder! ¿Es que esta chica no tiene ningún defecto? ¿Por qué no podía ser un poco menos deliciosa?

—¡Ah! ¡No lo sé! —Su voz sonaba profunda y sensual. —Quiero que me lo expliques.

De puntillas, acercó su cara a escasos centímetros de la mía.

—¡Vamos, Pedro!

Con cada segundo, la distancia disminuía, despertando todo tipo de deseos en mi interior.

—Beatriz, estoy cansado. Ya hablaremos más tarde. —Apenas me salía la voz.

—No pasa nada. —Se encogió de hombros, con los ojos cerrados. —Si prefieres que la inocente niña que está aquí se pregunte en qué paseos podría llevarme Gerson, está bien. Lo averiguaré yo misma.

La furia estalló en mi interior. No sé si fue por el deseo que sentía o por la audacia de la provocación.

—¿Y puedo preguntar cómo? – La cogí de los brazos.

—Aceptando la invitación de Gerson.

—¡Escucha, Beatriz, atrévete a salir con él y te arrepentirás!

La chaqueta de cuero que cubría su piel no me impidió sentir lo suaves que eran sus brazos. Y cuando se mordió el labio inferior, algo explotó dentro de mí. No pensé: simplemente me aferré a ella, hambriento y enloquecido, necesitando volver a saborear su boca.

—¿Lo hago?

Su duda sonaba como una petición para besarme.

—¡Adelante!

Fue la única palabra que logré pronunciar. Aunque soy muy visual, creo mil escenarios imaginarios cuando estoy junto a ella. Bya despierta todos mis sentidos primitivos e indecentes. Sabe exactamente qué hacer para seducirme y excitarme hasta el dolor. Necesitaba ese beso.

—A mí. Voluntad. Arrepentíos. Arrepentirme. O. Tú. ¿Mañana?

Nunca fue tímida, sino todo lo contrario. Sólo yo sé cuánto me contuve a su lado. Quise apretar nuestros labios, pero esta vez ella fue más racional que yo. Conseguí echar la cabeza hacia atrás contra mi voluntad, cortando el rollo de la metedura de pata que casi había cometido.

—¿No tienes un examen mañana? Ve al piso. Me daré una ducha en el Steel Horse y subiré enseguida.

Me pongo el casco como si fuera un casco para protegerme de los deseos.

Ir a toda velocidad por las calles con mi Squire fue como un bálsamo para mí. Cuando paré en la gasolinera antes de lavarlo, llamé a Gerson. En una conversación breve y franca, dejé claro mi descontento.

—¡Habla, Pedro! La reunión del fin de semana fue perfecta. Os superáis con cada paseo que planeáis. Enhorabuena al motoclub.

—¡Gerson! Sabes que no soy de los que se andan con rodeos. Cuida de tu tierra y yo cuidaré de la mía.

—¿Qué es eso, amigo? Sólo estaba siendo amable con la chica. Parecía tan entusiasmada con el paseo... De hecho, ella es muy agradable y de buen humor.

—Amigo, no voy a hablar de eso. Sólo quiero que sepas cuáles son las responsabilidades de cada uno. Ya hablaremos. Nos vemos.

Trabajar incesantemente más de doce horas al día me valió una recompensa: un estudio de arquitectura propio. No fue fácil, pero fue la forma que encontré de ocupar mi mente atormentada y

alejarme de Bya durante un tiempo. El problema es que, aunque yo estuviera lejos, ella estaba a menudo presente, con la ironía del destino y el azar reuniéndonos siempre.

Tengo que confesar que lo hizo muy bien y mostró mucho entusiasmo en las distintas ferias que visitamos, o en algunas de las obras que tuve que revisar por problemas con los proyectos. Aprendió mucho y me alegré mucho cuando decidió estudiar arquitectura. Cuando cumplió dieciocho años, empecé a tomar medidas preventivas con respecto a nuestra proximidad. Pero siempre hay un "plus" con ella, y recuerdo una de esas ocasiones.

Era la hora de comer cuando me lo dijo.

—Hoy he ido a inscribirme para el examen de acceso.

Dijo emocionada mientras se llevaba el tenedor a la boca. Aproveché para saborear aquel gesto, que para mí no tenía nada de inocente. Todo en ella se vuelve erótico y prohibido en mis fantasías. Fantasías que me permito crear hasta el momento en que la razón me castiga.

—Estupendo. ¿Y qué curso elegiste?

—Ah, he elegido unos cuantos, pero hay uno que es mi prioridad... Sólo que no sé si es una buena opción.

Una película pasó por mi mente. Todo podía ser agradable y, al mismo tiempo, inoportuno. Percibí su exótico aroma flotando sobre la mesa. Su pelo mojado acentuaba su color castaño oscuro. Su forma de hablar, alegre y vivaracha, la hacía parecer más joven de lo que era.

—¿Crees que mi tatuaje podría obstaculizarme en alguna profesión?

La pequeña y discreta rosa del desierto parece tallada en su antebrazo. Incluso con este nombre, la flor del diseño es diferente de la rosa tradicional, tanto como ella es diferente de todas las demás mujeres. ¿Cuántas veces he pensado en esposarla a la cama y admirar de cerca un tatuaje tan sensual y exótico? ¿Cómo puede una figura tan pequeña emocionarme tanto? Aparté la mirada de su antebrazo.

—Dependiendo de la profesión, creo que sí. Pero el mercado laboral está cada vez más abierto al cambio y es más tolerante con las diferencias. Aunque algunos sectores siguen buscando profesionales más conservadores para aumentar su credibilidad ante sus clientes.

—Me gusta mucho mi tatuaje. No veo cómo podría descalificarme como profesional. Pero hoy me lo estaba mirando y me planteaba muchas preguntas.

—Yo también me he cuestionado estas cosas. ¿Cómo permitieron tus padres que te tatuaras a una edad tan temprana?

Se encogió de hombros.

—Ésta y miles de respuestas sobre mis padres están guardadas en mi interior, y espero poder desvelarlas algún día.

Preferí dejar el tema, que siempre la entristecía, y reanudé la conversación inicial.

—Aún no me has dicho qué curso elegiste.

—¡Arquitectura!

Sus ojos brillaban cuando hablaba.

Me sorprendió, o más bien me preocupó un poco. No quería que eligiera una carrera bajo mi influencia. Últimamente, le había estado ofreciendo un estilo de vida que podría haberla llevado a decidirse por el mismo oficio. A decir verdad, habría preferido que eligiera una profesión que le gustara, en lugar de una para complacerme.

¡Joder! Perdí la cabeza por un momento. Debería haber puesto una norma que le prohibiera llevar esas blusas escotadas que tanto le gustan. El profundo escote despertó mi prohibida curiosidad y viajé hasta sus pechos llenos (o simplemente tentadores). Todo mi interior se agitó de deseo. Me hipnotizó la forma perfecta de sus pechos. Cabrían perfectamente en mis manos, en cuyas palmas apreté las uñas para obligarme a desviar mi atención. Juro que, si fuera posible, la llevaría al orgasmo con sólo estimular aquellos hermosos pezones. Era difícil resistir el impulso de mirar y tocar.

—Me alegro. ¿Pero por qué arquitectura? —Apenas podía hablar. —Bya, no tienes por qué hacer lo que no te gusta sólo para complacerme, o porque te parezca divertido subirte a las improvisadas escaleras de las obras.

Es divertido, y a la vez preocupante, ver lo bien que se lo pasa en una obra cuando está conmigo. Para ella, todo es una aventura y, cuando la veo, está trepando por todas partes.

—Este es un curso que requiere un estudio eterno.

—En absoluto. Es muy pretencioso por tu parte pensar que has influido en mi decisión. De hecho, he estado pensando en ello

desde que vi las dificultades a las que están expuestos los usuarios de sillas de ruedas en la sociedad.

Esta mocosa es una encantadora de serpientes. Tiene el don de hipnotizar mi miembro, haciendo que se mueva solo mientras palpita de deseo. Cualquier movimiento suyo es como el sonido de una flauta que hechiza mi polla y la anima a quedarse dentro de ella.

—Así me hieres el ego. —bromeé, tratando de disipar la tentación de mis pensamientos.

—Admito que tu profesionalidad y la forma en que diseñas tus edificios también me crearon mucho interés. Cuando te oí hacer preguntas personales a un cliente sobre su familia, sentí curiosidad e incluso pensé que eras un poco entrometido, pero cuando vi el proyecto terminado, se me cayó la mandíbula. Te ocupaste de todos los detalles, dejaste una rampa en la entrada principal y creaste una habitación de invitados en la planta baja para el sobrino en silla de ruedas. ¡Fue muy sensible por su parte! —Sabe leer un plano como nadie. —Lo realmente gracioso fue cuando ese cliente barrigón y bigotudo se quedó con la boca abierta cuando le dijiste que la habitación tenía la función de dormitorio de invitados y despacho al mismo tiempo. Mientras que la mujer estaba contenta de tener un lugar donde recibir a su hermano, al marido no parecía gustarle mucho la idea.

—Por eso hice la sugerencia. Como arquitecto, tengo el deber de dar opciones a los clientes. A decir verdad, ser arquitecto es un estilo de vida, no un trabajo. Me encanta lo que hago y con

cada nuevo proyecto traslado a él los deseos de mis clientes, ocupándome de cada momento de su vida.

—No lo había pensado. Pero creo que siempre estás planeando casi todo.

—¿Planificando casi todo? —repetí sin entender.

—Sí, planificas tanto la vida de los demás que acabas olvidándote de planificar la tuya.

La miré inquisitivamente.

—¿Puedo saber lo que me olvido de planificar en mi vida?

Me miró, roja y audaz, e inmediatamente me arrepentí de mi pregunta. Decidí pasar de un tema a otro, evitando abrir brechas para que ella respondiera lo que yo prefería no saber.

—Los clientes esperan que los arquitectos sean únicos, innovadores y creativos.

—Seguro que se imaginan a los arquitectos como una mezcla de empollones y artistas.

—Mágico es la palabra adecuada.

—Así que está decidido: voy a estudiar magia. Pero quiero hacer magia de proyectos, buscando la armonía entre el medio ambiente y los espacios urbanos.

—¿Quieres ser arquitecto paisajista? Para eso tendrás que hacer un curso técnico de diseño paisajístico. Hay varias escuelas estupendas.

El tema se prolongó durante un buen rato, desviando por completo mi deseo hacia otros ámbitos menos comprometidos.

Hoy, cuando veo las primeras flores del árbol de jaboticaba del balcón del piso, me doy cuenta de que eligió la carrera correcta. Nunca imaginé que ese pequeño árbol sería tan fértil. Me ha demostrado que me equivocaba.

—¡Bya! Este árbol sufrirá aquí en el balcón plantado en una maceta.

—¡Claro que no, Pedro! Confía en mí. Me estoy ocupando de todo para su bienestar. Ya verás cuando esté llena de bolitas brillantes por todo el tronco.

Para mi sorpresa, realmente se preocupaba de todo y movía ella misma el pequeño árbol de jaboticaba, jugueteando con la tierra sin preocuparse de la ropa que llevaba puesta, concentrada en el resultado final. El gesto inocente sembró en mis fantasías deseos lujuriosos de verla tan feliz y competente.

Está en su segundo año de universidad y ha aprendido mucho. Puede con el curso de arquitectura y ya ha hecho tres cursos técnicos de paisajismo. También me ayuda en la oficina, trabajando por su cuenta en los proyectos que presento a los clientes.

Con ella, no todas las palabras son como dice el diccionario. Las mariposas son flores que vuelan; las nubes tienen forma de algodón de azúcar. Abstrae de la tierra lo mejor que la naturaleza puede ofrecer. Si digo que es una niña mimada, miento, porque profesionalmente ya es una gran paisajista. A menudo la veo con las uñas llenas de tierra, poniéndose manos a la obra y explicando a cada jardinero cómo debe ser el proyecto. Confieso que es la paisajista más sexy que he conocido con las manos sucias.

Capítulo 8

Beatriz Eva

¡Bastardo testarudo!

¿Quién se cree que es?

DE ACUERDO. ¡Lo confieso!

Él no piensa. Él es Zeus, mi dios de todos los dioses, mi razón de vivir.

No quiero parecer engreída, pero no soy de las que tiran las cosas. Soy muy realista. Y yo podría muy bien ser tu Métis, la primera esposa de Zeus. Por supuesto, a diferencia de Zeus, que tuvo varias esposas. ¡Puedo ser lo que él quiera! ¡También puedo hacer lo que él quiera!

Llevo años queriendo escalar cada metro de ese monte Everest. Soy paciente, y estoy segura de que cuando inicie el ascenso, aprovecharé las más pequeñas depresiones que forman los músculos de tu cuerpo hasta que, como un buen escalador, alcances tu punto más agudo.

Mi testarudo Alf sólo sabe criticarme. Eso debería hacerlo con las chicas que le tiran los tejos, no conmigo, que siempre estoy a su lado. Nunca se fija en nada de mí, ni me hace ningún tipo de cumplido. Nunca le he oído decir algo como: "¡Bya! ¡Qué bien te queda ese vestido!" o "¡Vaya, Bya, estás preciosa!".

No, todo lo contrario: todo son quejas: "Beatriz, este vestido es demasiado corto". O "Beatriz, ¿no crees que te has maquillado demasiado?".

Apuesto a que no tiene ni idea del tiempo que paso delante del espejo preparándome para él. Ni siquiera sabe lo duro que es afeitarme cada quince días, esperando a que se decida. El hombre no me da ninguna oportunidad. Mi querido tutor es un duro. Me muero por subir a su montaña y enseñarle mi sendero que lleva a la cueva de Tham Lod, y no le importa.

¿Pero qué puedo hacer? Al final, cuanto más me pisa, más me gusta. En vez de mocosa mimada, debería llamarme felpudo. Ese es un término que me queda bien.

Después de nuestro beso de hace dos años, si ya albergaba un enamoramiento agudo, los sentimientos se multiplicaron hasta convertirse en una pasión platónica. Incluso intenté que me besara muchas más veces, pero siempre se mantuvo tan suave y resbaladizo como una piedra en el fondo de un lago.

—Beatriz, ¿has finalizado los cambios en la jardinera del proyecto que te pidió la Sra. Romana?

Entra hablando en mi habitación y me sobresalto, su voz ronca me hace estremecer.

Me recupero de mis divagaciones con un poco de dificultad. Es difícil controlarme a su alrededor, sobre todo con su par de ojos penetrantes clavados en mí. Pero aquí, en la oficina, intento ser lo más profesional posible, ya que ha depositado mucha confianza en mis prácticas a tiempo parcial.

—Las adaptaciones que ha pedido serán muy feas. ¿Se imagina poner un angelito con una fuente regando la jardinera? Ensombrecería la belleza de las flores.

Sus ojos me lo reprochan.

—No se lo mencionaste como objeción, ¿verdad?

No, pero me dieron ganas de mandarla a comprar un vibrador y usarlo como fuente, ya que el angelito que me pidió va más con el jardín que con la jardinera. Por supuesto que no se lo digo, pero su expresión demuestra que sabe lo que estoy pensando.

—¡No!

Sacude la cabeza, sin creerme.

—Lo juro. Esta vez, sólo escribí sus observaciones.

—En cualquier momento me volverás loco. —Ese es mi mayor deseo: volverte loco por mí.

—No, no lo hago. Estoy haciendo lo que me dijiste. Boca de cangrejo —gesticulo. —Los que pueden mandar. Los que tienen sentido obedecen.

Sonríe. ¡Qué hermoso es ver brillar sus ojos con tanta elocuencia! Mirarle es como un premio para mí. El hombre es una obra de arte sexual, pero es una pena que su risa no sea para mí, sino hacia mí.

—Sigue riéndote de mí, te pediré la factura y tendrás que buscarte un paisajista sin opinión propia", digo con rencor.

—¿Hablas en serio? No me estoy riendo de ti.

—Me gusta cómo me dejas libertad para crear. Pero no acepto tu permisividad con las objeciones sin sentido de tus clientes

-digo porque odio verte haciéndote el bueno con las chicas que se inventan mil excusas solo para venir a la oficina a reunirse contigo.

Se queda un segundo en silencio y reacciona.

—Creo que es suficiente por hoy. ¿Nos vamos? Te llevaré.

—¿Cómo sabes que no tengo coche?

Me han hecho la primera revisión del coche y no he querido decirle nada porque, aunque me lo pueda permitir, él se empeña en pagarlo todo. No me siento cómoda con eso.

—Lo sé todo sobre ti, Bya.

—¿Todo? —pregunto con picardía. Ahora puedo salir del papel de aprendiz y ser un poco atrevida. Fue él mismo quien mencionó el fin de la jornada laboral.

—Lo sé todo sobre su día a día, como profesional y como alumna mía.

Aburrido. Aquí viene con su discurso paternal.

—Es una pena que no sepas más de mí. Estoy segura de que te sorprenderías de mí. De las cosas de las que soy capaz.

Me divierte ver cómo aprieta la mandíbula. Le salva su teléfono móvil, que responde en un tiempo récord. Recojo mis cosas, pero no me rindo. Si él me va a llevar, yo voy a disfrutar cada segundo de nuestra proximidad, sin margen de escape. En casa, cuando hace calor, se sale por la tangente. Aquí en la oficina, sólo somos compañeros de trabajo. Y por eso tengo que celebrar los momentos en los que se acurruca a mi lado.

—¿Vamos?

—¡Vamos!

Me suelto el pelo y hago ademán de balancearlo cerca de él para que pueda oler mi perfume. Me mira despacio, intensamente, de arriba abajo. Puede que sea una mirada inocente, pero siento que me quema todo el cuerpo.

—¿Tienes hambre?

—¡Hambre!

Comprime los labios, emitiendo un sonido casi inaudible. Si no estuviera tan gruñón, juraría que "hambriento" suena sexy.

Amable como siempre, me abre la puerta del coche.

Con segundas intenciones, tropiezo con su brazo y me desequilibro. Él me sostiene y yo hago ademán de apretar los brazos para aflojar el escote. Sus manos están calientes como brasas; sus increíbles ojos verdes simplemente no parpadean. Casi me siento vulnerable. La única razón por la que no me siento así es porque sé exactamente lo que quiero. Está escandalosamente bueno. Incluso en la penumbra del aparcamiento, brilla lo suficiente como para deslumbrar mis sentidos. Tengo ganas de agarrarlo. Estoy demasiado cerca para hacerlo, pero me contengo. Si tenemos que besarnos, que sea él quien tome la iniciativa.

No nos movemos. El único gesto brusco de mi cuerpo procede de mi corazón, que se acelera más que nunca. Nuestros ojos se comunican telepáticamente. Siento un frío glacial en el estómago, como si estuviera bajando por la mayor montaña rusa del mundo.

¡Bésame, Pedro! —le ruego mentalmente. Siento que tiene una lucha interna. Sus ojos me desean y me lo dicen.

En menos de un minuto, destruye toda la atmósfera de seducción.

—¿Qué quieres comer?

—¿Eh? —¡Tú! Tengo ganas de gritar. —¿Es una cita?

—¡No!

—Qué pena...

—Podemos comer algo ligero. ¿Qué te parece? —Cambia de tema.

—Prefiero algo pesado. —Mi boca es la mediadora de mi deseo.

—Lo decidimos por el camino.

—Sí. —respondo con frustración.

Me siento enfurruñada en el banco y respiro hondo.

—¡Tonta! Debería haberle besado y mandado mi orgullo al infierno.

En el tráfico denso, estamos en silencio. Noto sus nudillos blancos fijos en el volante.

—¿Has sido romántico alguna vez?

—Nadie se ha quejado nunca. ¿Qué consideras romántico?

—Todo es lo contrario de lo que tú eres", respondo, sintiéndome desafiada.

—Debes pensar que soy poco romántico porque nunca me has visto con una mujer. De hecho, últimamente has estado ocupando todo mi tiempo.

—¡Ah, gruñón! Sabes cómo adular a una mujer.

Me mira, el verde oscuro de sus iris dilatado. No creo que sea una mirada amistosa. Consúltalo con la almohada, Pedro. Si soy un obstáculo para tus aventuras sexuales, la culpa es tuya. Sacude la cabeza, nada complacido. Creo que he pinchado al jaguar con un palo corto. No parece que esté a punto de recitar un poema. Evito mostrarme afectado e intento cambiar de táctica.

—Cambiaré la pregunta. ¿Podemos jugar a verdad o mentira?

—No!. —responde, tocando al mismo tiempo el claxon para advertir a un motorista que se cuela entre los coches. —Una moto no es un arma, ciudadano.

—No estás ayudando a romper nuestro silencio.

—Entiéndelo como quieras. No necesitamos jugar a la verdad o a la mentira para hablar.

¿De dónde saqué la idea de jugar a verdad o mentira? ¡Madura, Beatriz! ¿Cómo va a ser serio contigo ante estas actitudes sin fundamento? Él tampoco coopera. Nunca se abre. Apenas le conozco.

¿Necesito conocerle mejor? Ya le quiero así, en la superficie. Imagina si fuera más profundo.

En un semáforo cerrado, un vendedor ambulante golpea el cristal. Pedro le mira y se limita a asentir, rechazando los dulces y caramelos. Me distraigo con la cantidad de vendedores ambulantes que hay entre los coches ofreciendo mil cosas. El semáforo se abre, pero los vehículos permanecen inmóviles. El tráfico es peor que de costumbre. Espero a que diga algo. Ya que dijo que podíamos hablar de cualquier cosa, que empiece una conversación.

Oigo abrirse la ventana, pero no me vuelvo. No dejo que se dé cuenta de mi enfado.

—Quiero uno, amigo.

Aprieto los dientes y cuento hasta diez para ver qué se ha ganado su corazón.

Y antes de que pueda ceder a mi curiosidad, siento un paquete húmedo en mi regazo con las rosas rojas más hermosas que he visto nunca.

¡Qué mono!

¡Ah, no es un gruñón en absoluto!

Suplicando su atención, abrazo las flores, deslumbrada por su gesto. Al instante, la confusión me invade cuando me doy cuenta de que es un niño en silla de ruedas quien recibe el dinero.

Siempre ayuda a los discapacitados. ¿Compró las flores sólo para ayudar al niño?

¡Basta, Beatriz! No pienses tonterías. Si sólo fuera eso, dejaría las flores en el asiento trasero. En cambio, te las regaló a ti. Disfrútelas, señorita.

—¿Fue romántico? —Pregunto para asegurarme.

—No fue un gesto de mal humor", dice alegremente, con una sonrisa en la cara. Parece haber ganado el Oscar cuando me ve sorprendida.

—¡Claro que no! —Sonrío con él.

Es perfecto cuando está relajado. Sus anchos hombros que hacen suspirar a las mujeres son casi del largo del banco. Ah, no puedo tener suficiente.

Sus hermosos ojos se encuentran con los míos.

Creo que me pilla deseándole.

—Son preciosas. —digo, aún deslumbrada. —Vale, no hay que ser tan romántico como para decir que no son tan guapas como yo. Eso sería demasiado para ti.

—Hermosa como tú. ¿Puede ser así?

Me llevé las manos a la frente.

—¡Ay! —Agito la mano en el aire, bromeando, pero en el fondo demasiado afectada para tocarlo. —Estás ardiendo.

Vuelve a sonreír, parece divertido, como si estuviera disfrutando del momento más relajado de su vida. Hago un esfuerzo sobrehumano para no lanzarme sobre su regazo.

—¡Bya! No entiendo por qué estás tan sorprendida. Ya te he regalado flores antes.

Es verdad. Recuerdo todas esas veces. Pero siempre fueron en días festivos y cuando estaba fuera del hospital. Nunca fue así, de la nada, como un gesto romántico de un novio. De ser el atormentador de mis deseos, por un momento lo veo amable.

—Estoy sorprendida porque esta vez los he recibido de otra manera.

Levanta una ceja, muy sexy.

—¿Diferente? Podría sorprenderme.

¡Señor! ¿Qué es esa mirada depredadora?

Su sonrisa se ensancha. Su amabilidad me hace vulnerable. Me doy cuenta de que no sé cómo enfrentarme a ese Pedro

relajado. Estoy perdida en el espacio exterior. No es que lo prefiera rudo, pero es más fácil cuando él es el cazado, no el cazador.

—Creo que me gustaría conocer a otro Pedro. —me aventuro a burlarme de él mientras aparca el coche delante de una cantina de Bixiga.

—¿No dijiste que querías comer algo ligero?

Se toma un momento para apagar el coche y se me queda mirando. Respiro hondo, totalmente afectada. El silencio es ideal para un beso sobrecogedor.

—He cambiado de opinión.

Parece disfrutar de la situación.

—Hoy quiero quitarme algunas malas impresiones de ti y demostrarte que yo también puedo ser romántico. Y a decir verdad, disfruto viéndote vulnerable. Pareces una liebre asustada.

Asustada, pero sigo siendo una liebre, guapo.

—Así está mejor. Tomaré nota de cómo te gusta verme.

Ahora parece vulnerable. Sus hermosos labios se tensan.

Pedro Salvatore

Ya es hora de que esta pequeña tentadora aprenda una lección o dos. Me ha estado tomando el pelo durante años, y sólo yo sé cuánto me he estado conteniendo. Esto no nos va a llevar a ninguna parte, pero el deseo de demostrarle que está jugando con fuego es más fuerte que yo.

Apago el coche y el coco se instala en mi cuerpo. Su incomodidad me excita. Es guapa sin el gusanillo de la seducción. Se muerde los labios y me mata. ¡Pura! Es casi como una monja.

Estoy a un paso de girar la llave en el contacto y llevarla a mi cama. Cruza y descruza las piernas en un gesto inocente e intencionado que se convierte en una invitación para mis manos.

—¿No vamos a caer?

—Todavía no. —Decido jugar con ella, temerosa. Es muy emocionante ver la sorpresa en su cara.

Pedro, eso podría ser peligroso", me advierto. Al diablo con el peligro. Me desabrocho el cinturón sin romper nuestra mirada. Ella intenta imitar el gesto, pero mis manos son más rápidas y la detienen.

La quiero así, atrapada y vulnerable. No me conozco. Si la culpa va a castigarme más tarde, estoy feliz de aceptarlo. Todo lo que quiero ahora es sentir esa emoción. Su mano fría tiembla al tocarme.

—Un hombre romántico está hecho de bondad. —Deslizo mis dedos entre los suyos y mis pelotas se ponen duras. —¿No te parece?

Se limita a asentir.

—Déjame abrirte el cinturón.

—Ajá.

Sólo gime. Sus brazos vibran al contacto de mis dedos. Cada uno de sus escalofríos me da esperanzas para seguir adelante.

¡Un hombre romántico puede ser más peligroso que un hombre gruñón!

—Su pelo enmarañado muestra lo frágil que es y lo incapaz que es de reaccionar. Me gusta verla así, tranquila. Su aroma de mujer me invade. Sus ojos de insecto salvaje, ansiosos por ser domados, me motivan a acercarme. Oigo cómo se acelera su respiración. Imagino que si acerco un poco más mi cuerpo al suyo, se entregará a mí sin barreras. Mi razón intenta hablar más alto, pero mis sentidos lujuriosos la silencian.

—No deberías querer conocer mi lado romántico.

—Me alegro de que digas eso. —Tu voz sale nasal.

—También me alegro de que lo menciones.

Aspiro todo el aire cerca de su cuello, y el aroma a jazmín de su pelo me pone enfermo. Me dan ganas de devorarla allí mismo. Toda su acidez femenina se vuelve dulce.

—Las ventanas se empañan.

—Es mejor así. Un hombre romántico no necesita público para ver cuánto puede encantar a una mujer.

—¿Intentas seducirme?

—¡No, mi dulce niña! Sólo te muestro lo que un hombre romántico puede hacer.

—Estás siendo más seductor que romántico.

—¿Me lo juras?" Paso mi áspera barbilla por la piel de su perezoso cuello mientras se estira hacia mí. —"¿Así que crees que el romanticismo no tiene relación con el erotismo?

Ella suspira y yo continúo.

—Por supuesto que la hay.

Suspira mientras paso mi lengua húmeda por su piel enrojecida, irritada por mi fina barba. —Estoy empezando. —La animo a seguir chupando suavemente. —Quiero que esta fusión no se rompa nunca.

—Un hombre romántico puede llevar a una mujer a la locura más salvaje de su vida. —Soplo mi aliento sobre su piel, que se estremece.

—Me encantaría hacer cosas salvajes.

Se me cierran los párpados. Niña salvaje, no soy muy romántico. Aprende que soy un ogro cazador y que puedes hacerte daño en mis brazos -le advierto más a mí mismo que a ella. Sin embargo, el deseo es más fuerte que yo y uno mis labios a los de Bya. Ella abre los suyos, aceptando. Ella abre los suyos, aceptando la invitación de mi lengua invadiendo su boca. Ojalá tuviera fuerzas para decir que no. El deseo creciente intensifica nuestros movimientos, hasta que estallamos, liberando nuestros instintos ocultos, independientemente de dónde estemos.

No puedo pensar. Ella me responde con un beso dulce, lento y soñador. Mi hambre de ella se intensifica y lo pone todo caliente y firme. Igual que yo: urgente y necesitado de su sabor. No premedité nada. Todo fue inesperado e impulsivo. Me siento viril. Sé que es una locura y totalmente inapropiado, pero no me importa. Mi sangre arde como lava en mis venas, que siento dilatarse. Tal como yo quiero dilatarla.

Nuestros movimientos son rítmicos. Ella permite que mis manos la toquen y yo me vuelvo más atrevido, más consciente de cómo cada parte de su cuerpo puede encajar perfectamente con el mío. Mi ardiente beso la hace suspirar; a cambio, mi cuerpo hormiguea y palpita.

Quiero sugerir que volvamos a casa, pero no puedo romper el beso, lo que me anima a ir cada vez más lejos. Sé que, si nos separamos, los fantasmas de la culpa me perseguirán. Así que intento que el momento dure lo máximo posible.

No mando a mis manos, que actúan impulsivamente, explorando cada parte de su cuerpo de mujer. La perfección de sus curvas carnales cobra vida con mis toques libidinosos. Ella gime intensamente en mis labios y mi polla recibe su atención. Chupo su suave lengua y ella abre la boca, invitándome a explorar cada rincón, sedienta de más.

Algo consigue vibrar más que nuestros cuerpos y nos desconcentra. Nuestros labios no se despegan. Chupo con avidez su labio inferior. Delicioso.

¡El móvil del infierno! Se lo arrebato del regazo sin romper nuestro contacto. Abro los ojos perezosos y leo el mensaje.

Beggo: ¿Dónde estás, morena tropical? Estamos fuera de tu edificio. ¿Has olvidado el trabajo que acordamos? ¡Oh, morena, si te pillo! ¡Ay! ¡Ay! ¡Delicioso!

¿Qué es esto? Doy un paso atrás, sorprendido, ciego de rabia. Tengo ganas de sacudirla. Esa niña debe de tener un pacto con el Ratoncito Pérez y no teme perderlos. Mis manos, que acababan de deslizarse por su cuerpo, se aprietan.

Y entonces la solté, irritado.

Echa la cabeza hacia atrás, emitiendo un sonido de protesta.

—¿Cuándo aprenderás a ser responsable con tus compromisos?

—¿Cómo? —Sus ojos son incrédulos, pero quizá menos que los míos. Toda la sensualidad ha desaparecido.

Le tiro el móvil al regazo.

—No estás preparada para tener un hombre romántico en tu vida. Estás en la fase de liarte con chicos que tienen un gusto musical horrible y a los que les gusta hacer ocurrencias baratas con juegos de palabras de canciones.

La culpa me atormenta. La voz interior me recuerda que, aparte de ser un cabrón, el dolor es mi mejor opción. Me muerdo la mejilla izquierda con toda la fuerza de mi odio.

Arranco el coche.

—Beggo no es un niño.

—¡Por favor, Beatriz! Olvidemos lo que pasó aquí. Te llevaré a conocer a tu amiguito. Por lo que he visto, llegas muy tarde.

—¡Estás siendo un ogro gruñón! —grita.

Miro fijamente el tráfico, tan enfadado que podría golpear el volante una y otra vez.

—No, Beatriz. Estoy siendo realista. Los románticos de la nueva era son así, realistas. No vienen montados en un caballo blanco, como dicen los cuentos de princesas. Un beso no significa nada. Así que no esperes amabilidad.

—No espero amabilidad al recibir un beso tuyo. —Me reta. —Igual que no esperaba caricias en lugar de la furia de tus manos explorando cada parte de mi cuerpo.

—¡Oh, por favor! ¿Quieres hablar ahora de mi beso? —La miro y la mujer seductora de hace un momento ya ha dado paso a la misma mocosa mimada de siempre. —Eres muy inocente si crees que todos los hombres que te besan se quedan en eso. La mayoría de ellos quieren un beso a cambio de sexo fácil. Como tú tutor, espero que hayas aprendido la lección. El romance sólo está en los libros.

—¿Así que eso es lo que querías hace un momento? ¿Un beso fácil a cambio de sexo? —Ella se excita. —Pensé que era para demostrar lo romántico que eres. ¿O me equivoco? ¡No, no lo creo! Porque esa lección que crees que me has dado debería servirte también a ti, que has pasado de maestro a alumno. Veo por tus pantalones ajustados que fue útil para los dos.

Golpeo el volante y permanezco en silencio hasta que llegamos a casa. Esta discusión no nos va a llevar a ninguna parte.

—¡No sabes lo que es el romanticismo!

—¡Tú tampoco! —Abre la puerta del coche. —¡Ah, Pedro! Una mujer no necesita ganar flores para descubrir que las espinas

pinchan.

Deja el arreglo en un jarrón y sale dando un portazo. No olvides que soy paisajista y sé perfectamente que es de la semilla de donde nace el brote, y que es del brote de donde nace una semilla.

Capítulo 9

Pedro Salvatore

Golpeo nerviosamente el volante.

Tiene razón y no sé cómo deshacerlo. Miro las flores del banco y me arrepiento de haber sido tan cabrón. Si esas rosas tuvieran espinas, apretaría las manos a su alrededor para sentir el dolor que veo en sus ojos.

Tenía muchas ganas de que se diera el beso y también de regalarle las flores. Era la primera vez que todo sucedía sin miedo ni culpa. Pero la situación se me fue de las manos, la rabia de leer aquel mensaje me hizo sentir momentáneamente impotente, me cegó.

Quiero volver y darle un puñetazo en la cara a ese desgraciado. Puede sonar enfermo, pero es más fuerte que yo.

"No es su cara la que tienes que golpear", respira la maldita voz dentro de mí.

—No me importa. —Me encojo de hombros. —Depende de mí.

"¿Es así? ¿Era así en el pasado? Recuerda que no sabías cómo afrontar las situaciones. Mira las flores que querías darle en el banco, pero no sabías cómo. No sabes cómo llenar el vacío dentro de las personas que están cerca de ti".

—Olvídate de mí -me regaño, acelero el coche y subo el volumen de la radio.

Me doy cuenta de que ya he dado tres vueltas a la manzana y cada vez que paso por delante del edificio es como un ritual en el que mis pensamientos adoctrinan mis actos. Está muy bien que Beggo esté allí, pero ¿quién más? ¿A cuántos otros niños llevó? Y esa intimidad de llamarla morena tropicana y hacer juegos de palabras con música cursi me hizo hervir la sangre. ¡Desgraciado! Le maldigo sin remordimientos.

"¡Adelante! Ve a averiguar quién está con ella".

Eso no está bien. No quiero volver a experimentar la compulsión y la obsesión de mis pensamientos.

Cuando era pequeño, este trastorno me condicionaba hasta la extenuación. Algunos días, la repetición de gestos era tan frecuente que me comprimía los nervios de angustia. Cuando crecí, encontré una salida para mis pensamientos en la autoflagelación.

—¿Por qué tengo que volver a pasar por todo esto? ¿No tiene fin?

"¡No!", responden los pensamientos intrusivos.

Desde que me encontré solo en el mundo, me he sometido a terapias y he utilizado medicamentos fundamentales para curar mis trastornos. Y he permanecido libre de mis fantasmas durante años. ¿Por qué ha tenido que volver todo ahora?

La voz interior insiste en decirme que vuelva, pero esta vez soy más fuerte. Paso la calle que me llevaría de vuelta al edificio de Bya y continúo mi camino, sin rumbo.

—No haré lo que quieres. ¡Vete al infierno! Soy un hombre entrenado y sé muy bien lo que tengo que hacer. Yo soy el que pone las reglas aquí.

La vida es como una noria en movimiento: cambia constantemente de posición. Los sentimientos fluctúan. Cuando estamos arriba y nos dan miedo las alturas, no podemos pensar en mirar hacia abajo. Cuando estamos abajo, queremos estar arriba, y así sucesivamente. La vida a veces nos asusta, a veces nos anima. Vivir con Beatriz ha hecho que mi noria gire más deprisa.

Hay momentos en los que quiero lanzarlo todo por los aires y estrecharla entre mis brazos. Pero al mismo tiempo que lo deseo, los acontecimientos me demuestran que la caída de uno u otro podría ser fatal. Vivo con la duda de si quiero ser su hombre o su guardián.

En la radio suena "Metade", de Oswaldo Montenegro. Me concentro en escucharla para olvidar la voz que me atormenta.

Que la fuerza de mi miedo

No me impidas ver lo que anhelo

Que la muerte de todo en lo que creo

No me tapes los oídos y la boca

Porque la mitad de mí es lo que grito

Pero la otra mitad es silencio

Como en una noria, voy dando vueltas por la ciudad, perdido en mis pensamientos, hasta que se me ocurre llamar a Marco. Es

tarde, pero siempre está en el hospital con su hija, Vitória, hasta altas horas de la madrugada. Es mucho más que un amigo. Es el ángel de la guarda de mi ahijada.

Después de dos llamadas, descuelga.

—¿Perdiste el sueño?

Siempre tiene buen humor, es un gran amigo que me hace bien. Y la verdad, no sé si podré dormir en el próximo siglo. La mezcla de remordimiento y bienestar me está provocando insomnio.

—No recuerdo haber dormido con las gallinas.

—No sé si te acuesta con ellos, pero habla como un pollo. —Nunca se pierde una, y yo no le defraudo.

—Yo tampoco recuerdo que te acostaras con ellos, pero si todo es porque tienes miedo a pillar una erupción en la polla, los condones siempre son una buena forma de prevenirla.

—¡No, no! Soy una sirena de mar.

Frunzo el ceño ante el apodo que le pone a la chica.

—Soy el Dr. Experto en Mujeres.

—No en las mujeres. En las mujeres.

—Tu romance con Barbara se está poniendo serio.

Irónico: yo, un ogro nato; mi mejor amigo, un romántico incorregible.

—Digamos que estoy caminando entre las nubes.

—Tranquilo, amigo, acabas de salir de una relación y, por cierto, de una forma muy tumultuosa.

Su ex mujer nunca se rinde. Prácticamente abandonó a su hija cuando más necesitaban su ayuda. Está equivocada, pero obsesionada con él. Y si se entera de que tiene a alguien más, no sé lo que haría.

—Ni siquiera me lo recuerdes. —Cambia de tema. —¿Estás en una fiesta?

—No, voy a dar un paseo.

—¿En un coche?

Bajo el volumen. Ni siquiera me doy cuenta de que estaba alto.

—Voy a tomar una copa.

—Me voy del hospital. Podemos encontrarnos. ¿Qué te parece?

—Perfecto. ¿Has cenado?

—Todavía no. ¿Y tú?

—Ninguno de los dos. ¿Qué tal si nos encontramos en Fogo de Chão?

—Es un poco tarde. ¿Tienes hambre?

—Hoy no he comido bien. ¿En veinte minutos? ¿Te parece bien?

—¿Pedro?

—Marco.

—Nos vemos allí, cariño.

—Vete a la mierda.

No sé si llamar a Marco fue una buena idea. El día que vino a la oficina me preguntó si Beatriz trabajaría conmigo, y hoy seguro que estará echando cebos para tiburones. Pero si depende de mí, no recibirá más que lambari. Quiero hablar con él de casi todo... Con la excepción de un tema que me atormenta. No quiero que otra persona me juzgue. Ya he tenido bastante con los fantasmas que no me dan paz.

Capítulo 10

Beatriz Eva

La fuerza con la que cierro la puerta del coche no es nada comparada con la furia de mis pasos hacia el edificio. La fría mirada que me lanza cuando coge el móvil me produce escalofríos incluso ahora, y hace que me abrace al cuerpo en busca de calor.

Mientras estaba sentada a su lado en el coche, frustrada después de que el maldito teléfono móvil interrumpiera el beso más excitante que he tenido nunca, pronuncié mentalmente todas las palabrotas posibles. Todavía estoy entumecida por la forma en que su sensual intento de demostrar que es un romántico ha hecho mella en mi temperamento. Me pregunto qué habría pasado si el beso hubiera continuado.

Era nuevo, caliente, excitante. Rodeé mi cuerpo con los brazos aún más fuerte, echando de menos a Pedro protegiéndome. Cuando me tocó la mano para demostrarme lo amable que podía ser, recé a todos los santos para que el mundo no se acabara en ese momento. Sus ojos penetrantes perturbaron todo mi sistema nervioso. Contaba cada milisegundo mientras se acercaba a mí. Sabía que era uno de esos momentos en los que sólo tienes que sentirlo, sobran las palabras. Por el contrario, sus movimientos me dejaron estática. A diferencia del primer beso, consentido, éste fue robado con lujuria por él. Esta vez, tuvo contacto con cada parte de

mi cuerpo, una experiencia embriagadora. Estar a su lado es como detener la aguja del reloj en el minuto de la seducción.

No fue hasta que vi el mensaje en mi móvil que desistí de soltar un torrente de palabrotas. Tenía una cita con el personal y simplemente se me había olvidado. Aunque merecía oírlo: al fin y al cabo, tenía que aprovechar los momentos más inoportunos para recordarme que era mi tutor.

Veo a Elaine apoyada en el pilar de la entrada del edificio. El peso sobre mi conciencia mina la fuerza de mis piernas.

Soy una amiga terrible, un poco egoísta. Elaine dejó a su madre en el hospital porque realmente necesitaba la nota para esa tarea.

—Elaine, lo siento. Tuve un contratiempo. —A decir verdad, tuve un tiempo muerto.

—Está bien. Te esperaría toda la noche", dice, cansada y levantando los hombros.

—Oye, no seas así. ¿Dónde está ese vago de Beggo? —Cambio de tema para distraerla un poco y le pregunto por la libélula que provocó el enfado de Pedro.

La primera vez que vi a Pedro mostrar una punzada de celos hacia mí fue cuando conoció a Beggo. A partir de entonces, las burlas fueron constantes. Me aproveché de la situación y oculté el hecho de que mi mejor amigo en realidad tiene los mismos gustos que yo en cuanto a hombres, aunque dé una imagen diferente.

—No pudo esperar y, cuando vio que podía unirse a Luiz Felipe para formar parte de la modelo, le dejó un beso y se marchó.

—¡Traidor! —Resoplo dos veces.

De vuelta al piso, sentada y acomodándome en mi habitación, me doy cuenta de que mis pensamientos están muy lejos. He decidido hacer el trabajo allí para no tener que mirar a la cara a Pedro cuando llegue. Aquí, sé que no se atreverá a venir. Que duerma con sus dudas sobre la naturaleza del trabajo que he venido a hacer. No sabe quién está conmigo y, dada su actitud de hoy, un poco de tortura le vendrá bien.

—¡Ay! ¿Qué tiene esta pistola de pegamento caliente contra mí? ¡Se empeña en quemarme los dedos! —se queja Elaine, mientras vuelve a chuparse el dedo afectado.

Hago lo que puedo para no reírme. Es torpe, torpe y no tiene aptitudes para las manualidades. Es una maestra dibujando sus proyectos, pero el problema de salud de su madre la ha alejado de todo lo que la rodea.

—Déjame hacer el collage. Estás muy distraída.

—¿Para quemarte también? Me doy cuenta de que has clavado dos torres en lugares equivocados. Tus pensamientos están muy lejos. ¿Estás bien?

—Elaine, ya tienes suficientes problemas; déjame en paz con los míos. Terminemos pronto este modelo. Vamos a arrasar, compañera, con o sin la ayuda de ese ingrato que nos abandonó.

Me da la pistola de pegamento. Trabajo con cuidado el pegamento. No tenemos mucho tiempo, por eso he optado por el pegamento caliente. A los profesores no les gusta, pero estoy tan acostumbrada a oír quejas que no me importa salirme de la norma.

Montar una maqueta es siempre ese momento tenso en el que descubres que no tienes ninguna habilidad.

—¡Ay! —me quejo yo también, mientras pongo la punta de la pistola de pegamento contra mi brazo.

—¿No deberíamos usar Super Bonder? —dice, divertida.

—Sólo si te entregan pegado a la maqueta. ¿Te lo imaginas? Por delicada que seas, cada gota será una parte de tu cuerpo pegada al esqueleto.

—Písalo. Búrlate de mí.

El trabajo avanza y mi falta de concentración aumenta. Pero como Pedro tarda una eternidad en volver, empiezo a imaginar mil cosas.

—¡Vaya! ¡Pedro está tardando demasiado!

—Seguro que sí. Has cogido el móvil más veces de las que puedo contar. ¿No quieres decirme qué está pasando? Has estado callada desde que llegaste, distante.

El interés de Elaine por hablar conmigo me hace feliz de que esté ahí. No quiero convertirla en mi muro de las lamentaciones, porque sé por lo que está pasando la pobre. Está sola cuidando de su madre, que lleva días en el hospital. Es una chica de oro, y confesar que hasta ahora estoy en las nubes no me parece tan aterrador después del trueno que han desatado esas nubes hace un momento.

—Me besó.

Ella me mira y yo me repito como un mantra: me besó.

—¿Te besaste? ¿Y cómo fue? Cuéntanoslo todo. No ocultes nada. Estoy cansado de oír sus cortes.

—Estaba delicioso.

Sus ojos marrones se abren con curiosidad.

—¿Así que el tío bueno te dio una oportunidad?

—¡Afecto! ¿Cuántas veces voy a decir que no es nada para mí?

—Pero tú quieres que lo sea, ¿no?

—Sí, quiero que sea mi amante, mi hombre, mi macho, cualquier etiqueta que tenga. Excepto mi guardián.

Curiosa y excitada, me hace mil preguntas y yo se lo cuento todo. ¿Debería decirle que me tocó los pechos y que aún me duelen? Debería.

—¡Amiga! ¿Te das cuenta del nivel que han alcanzado sus besos?

—¡Uhum!

Incluso ahora puedo sentir sus cálidas manos sobre ellos. La miro fijamente y me doy cuenta de que me mira como si fuera una actriz porno, por las caras y las bocas que pongo.

—¡Bya! Eres graciosa. Hablas como una adolescente que ha sido tocada por primera vez en su vida. Mujer, vas a cumplir 21.

—Exactamente, amiga. Así es exactamente como me siento —omito que realmente no recuerdo haber sido tocado nunca. Incluso yo lo dudo, dado cómo siento mi cuerpo cada vez que estoy cerca de Pedro. Pero mi memoria no me da para más. No recuerdo nada.

—Mira, Bya, no quiero ser pesada ni hacerte ilusiones, pero compañera: necesitas conocer a otros hombres para saber si lo que sientes por Pedro es real o sólo una fantasía.

Mientras mis amigos intentan demostrarme que él no es bueno para mí, Pedro, en cambio, siempre me cuestiona sobre ellos. Para Pedro, son ellos los que no son buenos para mí.

—¿Estás loca? Sé muy bien lo que siento por Pedro. Prueba de ello es el picor tan real que siento ahí abajo cuando estamos cerca.

Levanta las manos.

—Sabes que no te faltan pretendientes.

—Puedes tenerlos a todos. Estás ciega a los otros hombres.

—¡VALE! La persona que lo dijo ya no está aquí. Pero sigo pensando que Beggo tiene razón. Por mucha química que haya entre vosotros, el tío siempre te verá como su responsabilidad.

—Este tema se ha acabado. Beggo está celoso y no le da a Pedro la oportunidad de conocerle mejor. De hecho, no se soportan.

—Es culpa tuya.

—Sí, es culpa mía que os convierta en mis confidentes.

¡Me enfada tanto cuando alguien tergiversa lo que digo! Pedro es maravilloso en todo. Un poco gruñón y testarudo, vale, lo confieso. Pero, ¿qué son unos años comparados con toda una vida que tenemos por delante? Sé que tengo razón en mis convicciones.

—Bya, sólo quiero que seas feliz.

Yo también lo sé, pero estaría bien oír que debo seguir con mis esfuerzos e intentos por conquistarle.

—Terminemos este modelo.

—Así está mejor. Mi beca depende de esa nota.

—Si depende de mí, esa beca será tuya hasta la graduación, y si no... —Hago una pausa y añado lo que ella siempre se niega a oír. —... Estaré aquí para financiar tus estudios. Eres mi amiga, y una de las únicas personas que tengo en este mundo.

—Muchas gracias. Pero no será necesario. Obtendremos las mejores notas.

Incluso me olvido de Pedro durante los siguientes minutos por nuestro empeño en que el modelo sea perfecto.

También mira el móvil cada segundo.

—¿No ha mejorado tu madre?

—No.

Sus ojos se llenan de lágrimas y eso me conmueve. Si yo supiera que mi madre tiene los días contados, ¿sentiría el mismo dolor? Una y otra vez intento buscar en mi mente alguna pista de lo que podría haber sentido mi madre. No encuentro nada. Es como si mi memoria se hubiera secado y, por más que intento regarla, nada florece.

—¿Qué dicen los médicos?

—Que le quedan días de vida.

—Mujer, ¿qué haces aquí? Ve a quedarte con tu madre. Yo terminaré.

—No es tan sencillo. No puedo llegar al hospital a las 23.45 y decir que quiero quedarme con mi madre.

—Lane, no sé qué decir. ¿Hay algo que pueda hacer?

—Desgraciadamente, no.

No me rindo. Sé que puedo hacer algo por ella.

—¿Cómo se las arregla para compaginar la universidad, el hospital y el trabajo en el bar?

—¡Encontraré la manera! Mañana saldré de la universidad y almorzaré en el metro, para llegar cuanto antes al Hospital das Clínicas y quedarme con ella todo lo que pueda hasta que llegue mi hora en el bar. El encargado de allí ha sido mi amigo y ha estado cubriendo mis retrasos. Pero siento que pronto voy a perder este trabajo.

Sé cómo voy a ayudarla.

—¡Carril! —digo emocionada. —Mañana puedes quedarte con tu madre todo el tiempo que te permita el hospital. Trabajaré en tu lugar.

—¿Qué quieres decir, amiga? No, definitivamente no. Tú también trabajas durante el día. No puedo aceptar eso.

Sí, pero nada va a impedir que lo cubra, así que disfruta de tu madre todo lo que puedas.

Terminamos de trabajar y llamo a un taxi para que se la lleve, ya que están revisando mi coche y no voy a colarme en casa de Pedro, suponiendo que ya habrá llegado y estará durmiendo.

Se va y sólo entonces me doy cuenta de que Pedro aún no ha vuelto. Se me pasan mil cosas por la cabeza. Me muevo. Me doy cuenta de que desde que lo conocí y me enamoré de él, los demás hombres han perdido su atractivo. Es una droga que me sostiene.

No hay dosis homeopáticas de él que basten para satisfacer mi adicción. Pero me veo obligada a consumir muy poco, demasiado poco para el deseo que me consume. Cuando no está, siento una crisis de abstinencia, que no sé si es beneficiosa o si es una señal de que tengo que empezar a acostumbrarme a echarle de menos.

El reloj marca la 1.25. Mientras cojo el móvil para llamarle, oigo un ruido en la puerta. Corro a mi habitación y apago la luz. No quiero que me vea despierta hasta ahora, esperándole.

Por el sonido de sus pasos, firmes y pesados, deduje que había bebido. Siempre pisa así cuando bebe.

¿Me pregunto con quién estaba en ese momento? ¡Bandido! ¿Fue a terminar el beso que había empezado a darme con otra mujer?

Hundo la cara en la almohada para soltar un grito, pero las lágrimas vienen más deprisa y se me salen del pecho de frustración. Los pasos se detienen y me hacen ponerme alerta. Oigo su respiración al otro lado de la puerta. Contengo las lágrimas y aguanto la respiración. El picaporte se gira.

Bya, normalice su respiración, señorita. No le muestres que estabas llorando.

La puerta se abre lentamente.

¡Concéntrate, Beatriz! No puedo abrir los ojos, sólo tengo mis sentidos. Siento que me observa. Cada parte de mi cuerpo arde como si su mirada fuera un rayo láser. Pasan los minutos y el único sonido en la habitación es nuestra respiración y mi corazón acelerado.

Más pasos indican que está cerca de la cama. No hay canción más romántica y excitante que el sonido de su respiración mientras me observa.

Pienso en abrir los ojos, protegida por la penumbra de la habitación, solo para mirarle, pero desisto cuando siento que me pone la sábana de satén sobre las piernas desnudas y calientes. El contraste hace que mi cuerpo se estremezca. Doy gracias a Dios por haberme puesto pantalones cortos en la cama.

Un beso en la frente me confirma que tal vez sean fantasías que albergo en mi interior. Por su parte, puede que en realidad sólo haya amor fraternal. Me ve sólo como su responsabilidad, no como la mujer que puede estar a su lado.

—¡Que duermas bien, mocosa preciosa!

¿Mocosa? ¡Que te jodan! ¡Mira quién es el mocoso! Me doy la vuelta sobre el estómago, fingiendo dormir, y tiro de la sábana sobre mi cuerpo, descubriéndome. Mis nalgas están moldeadas por los pantalones cortos.

Mi querido tutor, seguro que ahora mismo te estás preguntando: ¿por qué un culo tan grande? Y yo te respondo: para acomodarte mejor.

Resopla suavemente, y yo sonrío por dentro en señal de celebración. Caliente como el infierno, mi vagina hormiguea de deseo.

Así es. Mira mucho.

Un escalofrío me recorre la espalda. Siento su dedo deslizarse por mis piernas. Creo que lo he celebrado demasiado

pronto, porque ahora soy yo la que está vulnerable a sus caricias. Con las piernas abiertas para apoyar las rodillas, que disimuladamente apoyan las caderas para mantenerlas en alto, estoy incómoda y demasiado mojada. No puedo cerrarlas, porque eso sería señal de que todo es un juego sexual mío. Su dedo inquieto es rápido sobre mi piel, viola mi sensibilidad y, justo cuando creo que va a acabar conmigo, Pedro respira hondo y vuelve a subir la sábana.

—¿Te metes con mi cerebro incluso cuando duermo?

Quiero pelearme con su mano que me está tapando con la sábana. Por favor, Pedro, vuelve y sigue jugando.

No responde a mi silenciosa súplica y sale a toda prisa de la habitación.

Tengo una noche de perros. Sentimientos contradictorios drenan mis lágrimas. Cuando se fue, la frustración volvió a apoderarse de mí. Pensé en irrumpir en su habitación, desnuda, y regañarle por su comportamiento. Demostrarle que no puede huir de mí. Pero no lo hice. Me dormí agotada y dolida.

Al día siguiente, descubro que tendré que llevar uniforme para cubrir el horario de Lane. Es un poco más baja que yo, y quizá una talla menos.

—¿Encajará?

—Sí, amiga. —Estoy emocionado para que no se sienta mal. —No hay nada que me impida servir a los gatitos en ese bar esta noche. Un conjunto ajustado hará muy bien para atraer su atención.

—Así que prepárate, porque encontrarás gatitos, gatos grandes y cerdos en la misma habitación. Pero no te preocupes: Montaña suele cubrirte las espaldas cuando los borrachos se pasan de la raya y te molestan.

—Ya soy fan de Montaña.

—A ti y a todos los que te rodean. Además de armario, está bueno, es amable como un señor y tiene una sonrisa capaz de mojarte las bragas a una manzana de distancia.

—Ya veo por qué no puedes perder este trabajo. Combinar lo útil con lo agradable, ¿no? Entonces es a mí a quien acusas de trabajar con placer. —Bromeo con ella, que se pone roja.

—Para nada, tonta. ¿Quién dice que no me meto? He explorado mucho esa... montaña.

—Tus días deben durar treinta horas. ¿Cómo te las arreglas para hacer todo lo que haces y encontrar tiempo para ligar?

Me guiña un ojo.

—La licorería está muy oscura. Tengo miedo de ir sola.

—¡Ordinaria! —le juro, divertida por sus aventuras. Siempre tiene una nueva historia que contarme.

Pedro y yo nos evitamos toda la tarde en la oficina. El concesionario me entrega el coche y doy gracias a Dios por no necesitar que me lleve ni tener que contarle mis planes para la noche. Cumplo mi horario.

Recogida y lista para salir, respiro hondo.

—Vamos, Beatriz, enfréntate a la bestia y trabaja en ese bar de Honolulu. —Abro la puerta de la habitación. Si me van a dar un

sermón, que sea pronto para no llegar tarde.

Capítulo 11

Pedro Salvatore

Estoy sentado en el sofá, con el portátil abierto sobre la mesita, pero mi atención está lejos de la pantalla. Acabo de ducharme, intentando relajarme tras un día agotador en la oficina, cuando aparece ella. Beatriz. Bya. Sale del dormitorio vestida para matar y siento una oleada de calor que me envuelve, como si el aire a mi alrededor se hubiera vuelto más pesado, más cálido.

La coleta en lo alto de la cabeza parece decirlo todo:

Tómame entre tus manos y hazme tuya.

Sus ojos marrones, tan intensos, me miran con esa mirada desafiante que la caracteriza desde el primer día que nos conocimos. Y sus labios...

Dios, esos labios carnosos, teñidos de rojo... gritan.

Bésame a la fuerza.

Hazme rogar...

Y yo...

Trago en seco, intentando mantener la compostura, pero ya sé que está a punto de tomarme en serio. Así que espero a que diga adónde cree que va vestida así.

—Pedro, no sé a qué hora volveré", —advierte, segura de sí misma, desconcertándome y al mismo tiempo atrayéndome. Su voz

es firme, como si estuviera al mando de su propia nariz. Tan equivocada.

—Voy a cubrir a una amiga que trabaja en un bar, ¿vale? —Murmura la información mientras actúa con rapidez, cogiendo su llave y su bolso del aparador, consciente de que mi curiosidad es insaciable cuando se trata de ella.

—Su madre tiene una enfermedad terminal. Cáncer, pobrecita. Así que no puede ir a trabajar hoy. Tiene que quedarse con ella en el hospital. Ya sabes cómo es, con los costes de su enfermedad, mi amiga no puede permitirse perder su trabajo.

Me callo... mis dedos tamborilean sobre el teclado del portátil, fingiendo estar distraído, pero cada célula de mí está en alerta, concentrada en ella. Le doy cuerda, la dejo hablar, explicarse, justificarse. Quiero ver hasta dónde es capaz de llegar. Porque si estuviera en mis brazos... oh, si estuviera en ellos, sólo el infierno sabría lo que pasaría. La llama que ardería entre nosotros... no tendría control, ni freno. Sólo seríamos ella y yo, y el mundo desaparecería a nuestro alrededor.

—Me moría de pena, ¿sabes? Siempre dices que en la vida hay que ayudar al prójimo. Así que decidí hacer una buena obra. Iré a trabajar en su lugar, para que su jefe no se tome el día libre. O incluso la eche. —Tus argumentos son rápidos, un torrente de palabras sin puntos ni comas que no me dejan espacio para objetar.

Bya es así... Si quiere darme cuerda con cualquier cosa, parece que no tiene frenos.

—Lo peor es que ni siquiera sé lo que me espera. Ni siquiera sé a qué hora termina su horario en el bar. ¡No me esperes! ¿VALE?

Mezcla la compasión con una actitud desafiante, tratando de pulir mi comprensión.

Verla, tan independiente y atrevida, agudiza mis instintos. En cuanto me doy cuenta de que está a punto de irse, mi cuerpo reacciona. Me levanto y la agarro con fuerza del brazo. El impulso de dominarla, de demostrarle que incluso en su buena acción, debe seguir perteneciéndome, me hace hervir la sangre.

—Un momento, señorita. —mi voz sale más baja, más ronca de lo que me gustaría. —Así no funcionan las cosas por aquí. ¿O lo has olvidado?

Se vuelve hacia mí, pero los ojos de la hija de puta no se cruzan con los míos. Me está engañando. Noto que brilla con una mezcla de desafío y... ¿Miedo? ¿excitación? No lo sé, pero me desanima aún más. La acerco más, hasta que nuestros cuerpos casi se tocan.

Joder...

¿Por qué tiene que respirar así cada vez que la toco, como un corderito asustado?

—¿No?

—No", —aclaro, controlando el deseo que crece en mi interior, como una bestia a punto de escapar. —En primer lugar, ¿puedes decirme dónde está ese bar y por qué un camarero tiene que trabajar con unos pantalones tan cortos?

Abre la boca para responder, pero no espero.

—Y lo que es más importante, ¿de verdad creías que te dejaría salir de aquí, así como así?

Beatriz Eva

No le miro. Sólo oír su voz firme y dominante hace que me palpite el corazón. Dirijo mis ojos a cualquier punto del espacio.

No puedo enfrentarme a él.

Su mirada es penetrante, como un péndulo hipnótico, y sé que, si nuestros ojos se encuentran, me perderé por completo. Y admitámoslo, ya estoy bastante perdida.

Cada vez que miro a Pedro, me quedo sin aliento. Fantaseo con el sabor de su beso, con el tacto de su caricia. Imagino la bienvenida de sus brazos alrededor de mi cuerpo, su cálido aliento cerca de mi oído susurrando

Sí, yo también te quiero.

O mejor dicho...

...yo también te quiero.

Es el hombre que marcó mi vida y también me arruinó para todas las demás figuras masculinas del mundo.

Nadie más me hace sentir como él. Nadie más me provoca, me domina como él. Y, sin embargo, sigue insistiendo en tratarme como a una adolescente, como si yo no fuera más que un eterno lastre, una alumna a la que tiene que guiar.

Necesito que me guíes, sí, pero hacia otra cosa.

Ya no soy una niña pequeña. Y no permitiré que sigas dictando lo que debo o no debo hacer, como si no tuviera voz, como si mis deseos no importaran.

Respiro hondo, saco fuerzas de no sé dónde (probablemente de algún lugar entre la rabia y la pasión) y le contesto rápidamente, casi de la misma forma que hice para avisarle de que me iba.

—¿En qué siglo vives realmente? ¡Definitivamente no en este tiempo! ¿Estoy en lo cierto?

Dios... estoy tan equivocada. Esa es la respuesta correcta, sobre todo enfrentándome a él así, cuando me tiene atrapada entre sus dedos. Mi tutor no es el tipo de hombre que se deja llevar por nada... y yo nunca soy lo suficientemente lista para evitarlo.

Pedro me mira con esa expresión que me hace sentir pequeña y poderosa al mismo tiempo. Sus ojos verdes brillan con una mezcla de irritación y algo más, algo que no consigo descifrar y que me hace estremecer por dentro.

—"Te aseguro que no me gustaría saber cómo habría actuado contigo en mis tiempos", gruñe por lo bajo, portando una amenaza que me hace sentir calor y frío al mismo tiempo.

Es sólo mi brazo lo que sus largos dedos sujetan, pero el efecto se extiende por todo mi cuerpo. Siento el calor de su mano como si fuera una marca, una posesión. Y en el fondo quiero que me marque, que me posea.

Quiero que sienta lo mismo que yo.

Quiero que dejes de tratarme como si fuera de cristal y no pudiera soportar lo que hay entre nosotros.

Pero al mismo tiempo, tengo miedo. Miedo de lo que pueda pasar si cede. Miedo de que una vez que me tenga, nunca seré capaz de soltarme.

Y, sin embargo, quiero hacerlo.

Lo quiero todo.

Lo quiero.

Pero, por supuesto, no puedo dejar entrever que me estoy derritiendo por dentro. Así que enarco una ceja, lo fulmino con la mirada y lo suelto:

—En serio, Pedro, ¿has pensado alguna vez en escribir un manual? Cómo arruinar la noche de una chica en 10 segundos. Creo que sería un éxito de ventas.

—Un manual, ¿eh? —ironiza con una intención sádica que me acelera el corazón y me eriza el vello corporal. —Incluso podría considerar la idea, pero creo que el título sería más bien: Cómo salvar a una chica testaruda de sí misma en 10 segundos.

Abro la boca para replicar, pero sus ojos se posan en mis labios y las palabras mueren en mi garganta.

—¿Y sabes qué, Bya? —Me aprieta el brazo. —Prefiero mil veces arruinarte la noche a que salgas con unos pantalones tan cortos y le des a algún idiota la oportunidad de arruinártela de otra manera.

Me sujeta aún más fuerte. No me suelta, las comisuras de sus labios se curvan ligeramente, como si luchara contra sí mismo. Puedo ver la tensión en los músculos de su cara, la forma en que aprieta la mandíbula, y necesita aferrarse a algo que no sea yo.

¿Celos? ¿Posesión? Posiblemente. O quizá sólo sea él, Pedro, el hombre que siempre se controla demasiado, luchando por no perder el control.

Bueno, si estás en esta batalla, ya he ganado medio punto.

Su mirada está fija en la mía, pero ya no es sólo controladora. Hay algo más, que intenta ocultar y que yo percibo claramente: deseo. Un deseo que no quiere admitir, ni lo hará.

Y eso es exactamente lo que siempre he querido.

Puede que incluso crea que tiene el control, pero yo ya lo he decidido: esta vez, voy a ser todo el rayo que caiga en su tormenta.

Pedro Salvatore

Contengo el aire en mis pulmones, dándome cuenta de lo caliente, temblorosa y suave que está su piel bajo mi agarre.

—No son pantalones cortos, son calzoncillos. El pub tiene un uniforme, como puedes ver.

Beatriz apunta con su mano hacia arriba y hacia abajo por su cuerpo... y diablos, mis ojos la siguen sin oponer resistencia. Bajan por sus piernas desnudas, suben lentamente por sus muslos, se deslizan por el tentador hueco que hay entre ellos, por su vientre, por sus pechos, hasta que finalmente se encuentran con su mirada... y en ella, encuentro la provocación que no podría excitarme más.

—Es que esta no es mi ropa. Y si tengo que ayudar a mi amiga, tengo que llevar su uniforme. Soy talla 40, y ella sólo 38. Sin preguntas ahora, ¿de acuerdo? ¡Ya llevo cuatro minutos de retraso!

Aparta el brazo y abre la puerta con la mano libre. Antes de cerrarla, me mira con una sonrisa pícara, aparentemente fascinada por el giro de los acontecimientos, y dispara:

—Ah... ¡El nombre del bar es Honolulu!

El ataque tiene una fachada inocente. Sigo imaginando mil maneras de bajar esa nariz respingona a la altura exacta que me gustaría si las circunstancias fueran diferentes... y si ella no fuera sólo una promesa intocable.

—¿Beatriz? —Pronuncio su nombre así sólo cuando exijo toda su atención, irritada al darme cuenta de que se va de verdad.

—Dime... ¿esto es sólo para ayudar a tu amiga, o no te basta con lo que te pago como becaria en la oficina?

En cuanto salen las palabras, me arrepiento.

Maldito seas. Maldita sea. ¿Desde cuándo me permito pensar que tengo derecho a cuestionarla así? Es sólo una chica. Y aun así... todo en mí grita que te jodan los tabúes.

Al diablo con la promesa que no hice y, sin embargo, pesa sobre mis hombros y ya no puedo decir que no.

—Pedro, por la expresión de tu cara, voy a suponer que ya sabes la respuesta. —Una sonrisa lenta e irónica juega en sus labios rojos y, como nunca está satisfecha, -. O tal vez no. Tal vez sólo quiera incluir nuevas experiencias en mi vida. Ya sabe cómo es esto. A veces la libertad tiene su precio.

—O tal vez crea conocer la respuesta.

Se cruza de brazos para evitar cualquier excusa mía.

—No veo nada de malo en averiguarlo por ti mismo... Si ese es el caso. Y no puedes culparme por eso.

—¿Y es sólo esta noche?

—Eso es todo por ahora. ¿Por qué?

—Como tú cuidador, me preocupa que después de un día de trabajo usted vea como una buena acción cubrir a una amiga para ayudarla. En primer lugar, tienes que pensar que tu cuerpo puede estar cansado y no dar abasto.

Respiro hondo antes de continuar, intentando sonar coherente y no como un obseso del control.

—No es fácil trabajar en un pub. Sé que no siempre tenemos las mismas opiniones, pero intenta considerar lo que digo. Llama a tu amiga y dile que no puedes cubrir sus horas. Por no hablar de los granujas que se pasan la noche bebiendo y no son capaces de mantener una buena charla con una mujer. Lo único que les importa es cantarles a las camareras.

Cuando pienso en un hombre mirándola, se me revuelve el estómago. No hay duda de que tiene un cuerpo precioso, y no faltarán imbéciles con charlas estúpidas cuando vean sus piernas bien bronceadas y morenas a la vista. Pero yo no diría eso. De hecho, ni siquiera sé por qué pensé en sus piernas.

El libertinaje en la cara de Bya me intriga.

—¿Te preocupa mi bienestar, mi querido y todopoderoso guardián? ¿O temes que no sea capaz de defenderme de los galopines borrachos?

Le prometí que no le miraría a los ojos, pero cuando quiere demostrarme que es indiferente y que sólo piensa en mí como su responsabilidad, me despista. ¿No se da cuenta de que sus ojos son como espejos; reflejan lo que siento por él? Atracción pura e intensa. ¿Por qué no es fiel a sus sentimientos?

—¡Sé que sabes defenderte muy bien!

Le mido de pies a cabeza, intentando demostrarle que sólo puedo verle como un hombre. En el fondo, sé que le gusta que le mire y eso le pone tenso.

—¿Tal vez sea una punzada de celos?

La malicia se apodera de sus ojos.

—Deja de ser pretencioso. Tienes que alejarte de ese sentimiento, no fantasear con cosas. —Te lo advierto. —La vida no se trata sólo de tu ombligo. Estoy jodidamente preocupado.

—¿Estás seguro? Mira, puedo ser una mujer bastante mala con los borrachos indefensos.

La ira me hace dar un paso hacia delante y ella retrocede otro hacia la puerta. Me invade el calor. No sé si es su petulancia o la proximidad de nuestros cuerpos. Tiene un talento especial para saber cómo provocar diferentes reacciones en mí, desde el deseo hasta la auto condena.

Beatriz Eva

—Aún no estoy convencida de que no sean celos. —Me encojo de hombros para burlarme. Es lo más divertido de nuestra relación. —Se te ocurren mil excusas para que no salga de casa y hasta te inventas el riesgo de que me acose un borracho. ¿De verdad crees que sólo me pueden cantar los borrachos? —Le miro, pero sin verle, demasiado afectada por sus actitudes contradictorias. —¿O prefieres afrontar el hecho de que un posible flirteo con un buen chico podría representar un peligro inminente para mí? ¿Y a todo esto prefieres llamarlo "preocupación por mi bienestar"?

—¡Así es!

Comprendo su llamamiento a hacer hincapié en que se trata de algo distinto de la preocupación, pero intento ser lo más indiferente posible.

—¡Vamos, Pedro! Sigues prohibiéndome todo o intentando convencerme de que la vida es cruel, que la gente es mala y que sólo tú puedes defenderme de mí mismo, ¡como un superhéroe! Pero tus ojos siempre me demuestran lo contrario. Lo veo en ellos.

Pedro Salvatore

La interrumpo, no quiero oír lo que tiene que decir, sobre todo ahora que no pienso con claridad y me encuentro vulnerable a una atracción que no debería sentir.

—Bya, ¡deja de ser infantil! Llama a tu amiga y dile que has trabajado todo el día y necesitas descansar. Que se busque a otra para quedarse con su madre.

—¿Crees que puedo llamar a Elaine ahora mismo y decirle: "Elaine, deja a tu madre en su lecho de muerte y ponte a trabajar, porque hoy he estado atendiendo unas cuantas llamadas, he llevado unos papeles a mi jefe y creo que me voy a cansar trabajando sólo unas horas para ti"? —Actúa como si tuvieras un teléfono en la mano. —¡Mírame, Pedro! —grita, con cara de dolor, mientras los ojos se le llenan de lágrimas. —Si pudiera tener la oportunidad de pasar sólo cinco minutos más con mis padres, renunciaría al mundo y al mañana y sólo pensaría en el tiempo que pasaría con ellos.

Me froto la nuca pensando en la estupidez que acabo de cometer. Da un portazo y me deja mirando la madera muerta, a la vez lo más vivo del momento. Cuando proyectamos la importancia y el tamaño de una puerta, no imaginamos los sentimientos que puede transmitir cuando se abre o se cierra. Para muchos, es sólo una forma de entrar y salir. Pero cuando la cierra alguien que ha sido herido, duele no tener la fuerza para abrirla y decir que todo fue un malentendido.

—¡Maldita sea! No debería haber dicho eso.

La arquitectura y la planificación son requisitos de mi profesión. Las líneas y formas de una puerta cerrada no pueden significar nada más para un arquitecto. Digamos que jugar a ser creador no basta para dar sentido a las cosas que pasan en la escuela de la vida. He estudiado durante años para dominar la forma y distribuir los espacios, pero confieso que, al lado de Bya, me siento fuera de cuadrado, perdido en líneas paralelas, en una escala indefinida. En el tablero de dibujo, puedo pensar, desarrollar y convertir los sueños en realidad. A menudo diseño casas para albergar un gran amor, incluso caminos que conducen al arco iris. En un simple dibujo, organizo ciudades, vidas y comportamientos. Pero cuando se trata de esa mujer, todo se convierte en un garabato sin forma ni dirección, atascado en la oscuridad sin encontrar una luz que bañe la vida con el sol más hermoso.

Me muevo de un lado a otro. Soy como un animal enjaulado, atado por un juramento. Quiero creer que la confianza depositada en mí es la razón por la que me pongo tan nervioso cada vez que dice que se va a ir sin mí. Hasta la fecha, el juramento que hice ha sido un desastre, y cada acontecimiento adquiere proporciones épicas. Levanto el móvil, me muerdo el labio y me sorprendo mirando la pantalla, investigando dónde está este bar. Por la descripción, es un lugar frecuentado por jóvenes surfistas y moteros. Es extraño que nunca haya oído hablar del lugar, ya que soy miembro de un club de motos llamado Águias do Asfalto (Águilas del Asfalto). Sinceramente, Honolulu quedaría grabado en mi memoria si un día lo hubiera mencionado uno de nuestros miembros. Unas cuantas llamadas telefónicas y mis sospechas se confirmaron. El bar describe en su presentación que acoge a motoristas, pero sólo a los

que se autodenominan así, no a miembros de clubes que se reúnen para beber. Estos grupitos son halcones que compran máquinas modernas y van a la caza de su presa. Se me forma un nudo en la garganta.

—¡Dios mío! ¡Cuánto tiempo! ¿Por fin voy a montar en la parte trasera de tu scooter?

Interrogante y sorprendida, Bruna me mira fijamente e intenta descifrar el motivo de la repentina invitación, sobre todo porque se trata de un paseo en moto, ya que nunca llevo a nadie. Somos amigos desde la universidad. En el pasado, incluso antes de conocer sus preferencias sexuales, tuvimos una pequeña aventura, pero no pasó de ahí.

Somos muy parecidos, y menos mal que el casco me impide hablar demasiado. Así no tengo que empezar nuestra velada respondiendo a un interrogatorio. Le entrego el equipo y ella entiende mi respuesta. Desde que Bya está a mi cargo, me he distanciado de todo el mundo. Ni siquiera yo entiendo por qué. Me he comportado como un idiota. En los últimos años que he vivido con esa mocosa mimada bajo el mismo techo, he preferido permanecer recluido, en un mundo cerrado donde sólo me basta mi verdad.

Todos los días busco respuestas, y hoy se ha encendido una luz en mi interior, como si hubiera terminado un apagón temporal. En la oscuridad, alimento el dolor físico para aliviar el dolor mental. Me he estado castigando físicamente, motivado por un sentimiento de culpa. Mi cuerpo no obedece a mis verdades y creencias. Las

consecuencias de la lujuria se han convertido en un remordimiento constante.

Salí con Bruna a cuestas hacia Vila Madalena. Fue la primera persona en la que pensé, tras comprobar el lugar y recordar que una de sus pasiones eran las olas.

Beatriz Eva

Puse el último vaso en el esterilizador. ¡Afecto! Nunca imaginé que Elaine trabajaría tanto. Parece que no se me acaban los vasos. Con cada bandeja de bebidas que trae el camarero, cuento mentalmente cuántos vasos más lavaré esta noche.

Cuando llegué y me presenté al gerente, decidió ponerme a cargo del bar. Le dije que no tenía experiencia como camarero, lo que le hizo poner mala cara y acabar reasignando al equipo. Conozco a varios de los empleados, todos compañeros de universidad. Todos están en prácticas de arquitectura, pero trabajan allí para ayudar a llegar a fin de mes. Elaine y Beggo son mis mejores amigos.

Sonriendo como una libélula, Beggo le pasa el pedido al camarero mientras me mira, pasándose su enorme flequillo por detrás de la oreja.

—Oye, sensación de la noche, no recuerdo que dijeras que traerías refuerzos para garantizar tu seguridad", bromea. —No te vas a creer quién está sentado en la esquina del bar.

Le miro, abatido, mientras llega otra bandeja de vasos sucios.

—La velada apenas ha comenzado y confieso que la adivinación no forma parte de mi paquete de atributos. —Levanto el hombro y hago un gesto imaginario con las manos, simulando frotar unas gafas.

—Así que prepárate. Si no quieres adivinarlo, sigue la dirección de mi dedo y comprueba por ti misma que tu perro guardián está aquí. —Arrastro los ojos hacia la esquina de la habitación y vislumbro a una pareja sentada a una mesa.

Al principio no reconozco al espécimen que le acompaña, pero no hay duda de que el hombre es mi Alf, el obstinado e irresistible guardián. Están sentados uno frente al otro con la cabeza inclinada. Parecen concentrados en la conversación. Imagino que se conocen desde hace años, pero yo, en particular, nunca había visto a esta mujer. Aparte de su pelo rubio oxigenado, su cara grita botox. También tiene unos modales ligeramente masculinos. Me maldigo mentalmente. Creo que nunca me acostumbraré a verle con una mujer.

—¿Vino con una mujer para vigilarme? —me pregunto más a mí mismo que a Beggo. La sangre parece desaparecer de mi rostro. Me pongo tan pálida como siempre y me tiemblan las manos.

—Eso es mucho valor, ¿verdad, morena? —Nunca he ocultado a mis amigos mi pasión por Pedro. Beggo me mira fijamente, mordiéndose un nudillo.

—Beggo, ocupa mi lugar unos minutos y deja que les sirva yo mismo la mesa. A ver si, empapadas, no se van rápido y me dejan en paz. Después de todo, hay camareras extremadamente torpes, ¿no? —La idea es tentadora.

Afortunadamente, tengo un amigo que piensa rápido y me advierte de que no se trata de una venganza personal, sino de ayudar a Elaine a conservar su trabajo. Frustrada, pero nunca

derrotada, siento que las ideas bullen en mi mente. Tomo el pedido del camarero para ver qué han elegido.

La rubia de silicona pidió un Sex on The Beach. Leí la descripción del menú en voz alta:

—Cóctel servido en vaso alto, con licor de melocotón y zumos de naranja y arándanos. ¿Así que quiere sexo en la playa, Beggo? —le pregunto a mi amigo, planeándolo todo en mi mente.

Pedro pidió una Piña Colada Honolulu, el cóctel de la casa sin contenido alcohólico. Al parecer, está conduciendo. Su sentido de la responsabilidad es tan grande que ni siquiera puede beberse una cerveza de barril. Los ingredientes de su cóctel son leche de coco, leche condensada, nata, zumo de piña, lima gaseosa en lugar de ron y miel, mucha miel.

¡Uy!

Este último ingrediente no está en el menú, pero como sé que mi querido e irresistible tutor es un poco intolerante a él, decidí pedirle al camarero que añadiera media cucharada, sólo para condimentar la noche de sexo en la playa que su amiguita había pedido.

A la espera de que el producto de mi venganza esté listo, ya no puedo rendirme a lavar los vasos a la misma velocidad.

Pedro Salvatore

Impaciente, miro pasar el bar.

—¿Has estado aquí antes, Bruna? —Hago lo posible por no preguntarle por qué la han invitado de repente. Ella me sonríe y responde a su manera caiçara, con su jerga.

—He estado en este pub antes, algunos de los hermanos siempre están aquí.

Mirando a todas partes sin querer parecer acosador o controlador, intento encontrar de todos modos a la niña descarada.

—¿Soy yo, o no sólo no estás prestando atención a lo que digo, sino que además estás buscando a alguien entre la multitud?

Tomado por sorpresa, me retuerzo en la silla. Si consigo explicar lo que hago aquí sin parecer un tirano, me sentiré victorioso. Pero lo que veo me enfurece. El mostrador del bar está invadido por una bandada de buitres que sobrevuelan la carroña. Claro que eso no es lo que me molesta, o eso me gustaría pensar. Lo que me molesta es que ella piense que es aceptable pasarse la noche fregando, cuando en casa la privo de coger su propio vaso de la mesa.

La veo dando respuestas a unos halcones con una tímida sonrisita. El mundo está realmente lleno de aves rapaces. Sintiendo mi cara tensa, miro fijamente el movimiento, esperando el momento adecuado para intervenir con algún idiota maltratado.

Disimulo mi deseo de no mostrarle que los he visto. Presto atención a los hombres del mostrador, aunque ese no sea mi trabajo. Intento separar la rabia de los celos y el escalofrío en el estómago. Consigo ignorar todas las bromas y gritos, pero es imposible ignorar al hombre sentado a la mesa con una acompañante femenina.

Beatriz Eva

Me doy cuenta de que sigue mirando en mi dirección. Pedro, yo también sé jugar a ese juego. En la mesa de al lado, unas mujeres solas le observan. ¿Cómo no se van a fijar en él? El hombre brilla en la penumbra como una joya en bruto. Ojalá se fuera pronto.

Intento mantener la compostura y controlar el temblor de mis manos. La rubia le llama la atención, apartando el foco de mí. Creo que tengo que animar un poco más la velada. Me fijo en que una de las chicas que trabaja en el bar lleva la camisa atada por delante, dejando a la vista su barriga. Me voy a un rincón cerca del congelador y copio su idea. A pesar de mi decisión, me dan espasmos por dentro imaginando lo enfadado que estará. —¡Fiu-fiu! —Oigo el silbido de Beggo. —Bien hecho, morena tropical.

Respiro hondo, firme y motivada. Sus ojos se vuelven hacia la barra. Incrédulo ante lo que está viendo, puedo sentir el fervor en sus venas. Sonrío por dentro, sintiéndome reivindicada. Sé que odia a las mujeres exhibicionistas, pero desde que aquella noche decidió hacer una excepción y salir con una rubia oxigenada, va a tener que aceptar que yo también me exhiba.

—Creo que has llamado la atención de alguien.

—¿De verdad?

—Y no soy el único que lo piensa. Mira qué pronto está la rubia plantando un platanero delante de él.

—Pedro, ¿te gustó tanto el bar que decidiste tomar medidas del mostrador para un posible proyecto?

—Mi pupila trabaja hoy aquí. Tenía curiosidad por ver la famosa Honolulu. —Tanteo la respuesta.

—Famoso, ¿eh? No recuerdo que fuera un lugar popular", responde con ironía. —Tu pupila debe de ser una chica afortunada por quererte.

—A veces creo que me odia más de lo que me quiere.

—¿De dónde has sacado esa idea, mi querido y amado Pedro? —dije con una sonrisa en la cara, escupiendo fuego por la boca, porque se referían a mí como guardián. —Mira que me caes bien: cuando vi que estabas aquí, ¡me empeñé en traer la orden para saludarte! —O dispararles, creo. Nunca me habían temblado tanto las manos. Ni siquiera sé cómo se mantuvieron intactos los cócteles. Creo que choqué con casi todas las mesas de camino a ellos. De repente, la bandeja me pesa en las manos y recuerdo por qué estoy allí.

Pedro Salvatore

Mis palabras tartamudean en cuanto oigo la voz familiar, mi lengua se traba y se vuelve torpe. Me siento borracho, aunque no me haya metido ni una gota de alcohol en la boca. Me salva Bruna, que me mira con el ceño fruncido y deshace el pesado ambiente. ¿Ha oído Bya lo que he dicho?

—Usted debe de ser... —Extiende la mano y me mira en busca de ayuda; entonces recuerdo que no mencioné su nombre a mi acompañante.

—Beatriz, ésta es Bruna, una buena amiga de la universidad. —Con esa mirada desafiante que conozco, coloca las bebidas en la mesa y toma nota de los pedidos de todos.

—Pensé que eras un viejo amigo, mi querido tutor. Te encanta todo lo antiguo. Siempre me lo recuerdas, ¿verdad? —Su atrevimiento hace que me suba la bilis a la garganta, pero no dejo que se de cuenta de que el sutil mensaje me ha afectado.

—Eres preciosa, Beatriz. Me imagino lo orgulloso que debe estar Pedro cuando pasa a tu lado y todo el mundo se fija en tu belleza. —No sé por qué... A cada segundo que pasa, todo se vuelve más embarazoso o confuso. Bya sonríe libertinamente cuando habla Bruna. Tengo la impresión de que las cosas están a punto de subir de tono, más aún después de todas las travesuras que ha hecho esta mocosa malcriada. —Estos cócteles son perfectos. Con grandes caras... ¡Y la piña de Pedrito...! Tiene que estar divina, se muere de

ganas de babear en la boca. ¿La has preparado tú, Bya? —Cierro los ojos, esperando una respuesta.

Bruna no pierde tiempo en levantar su copa para un brindis imaginario y se lleva la bebida a la boca, midiendo a Bya de pies a cabeza. Me hierve la sangre en las venas. No estará flirteando con mi pequeña. ¿O sí?

Repito el gesto de Bruna, llevándome a la boca la pajita de mi Piña Colada servida con piña. En los ojos de Bya hay una cierta magia de valentía y vulnerabilidad que me llega a lo más profundo. El contraste entre el hielo raspando mi garganta y la calidez que ella irradia en mi cuerpo mientras me observa degustar el cóctel hace que me absorba en el dulce sabor de la bebida y quede atrapada en sus ojos.

Beatriz Eva

—¿Le ha gustado? – pregunto con ansiedad y aprensión, temiendo que descubra el ingrediente sorpresa añadido a la bebida.

Colocando la piña sobre la mesa sin apartar sus ojos de los míos, enarco las cejas interrogadoramente, para no mostrar mi debilidad. Pero al mismo tiempo, mi cuerpo se inmoviliza, como siempre que estoy a su lado. El centro oscuro de sus ojos crece, intensificando el verde que los rodea. El hombre destila una tensión sensual que hace que me tiemblen las piernas. Siento que el corazón se me acelera por la expectación de lo que va a decir. Se me corta la respiración. Tiene el poder de hacerme olvidar dónde estoy y lo que soy. Mi atención se centra en sus labios.

—Creo que es la mejor Piña Colada que he probado.

Aparto la mirada de sus labios. Me doy cuenta de que sigue mirándome y añado:

—¿Alguna vez te ha sorprendido algo que hayas cogido? — Deja de hablar y aparta la mirada de mí. —¿Cómo está tu cóctel, Bruninha?

¿Qué demonios acaba de pasar? Una mezcla de sentimientos me embarga. Me conmueve la ternura que vi en sus ojos hace unos segundos, pero este sentimiento desaparece pronto en favor de un sentimiento de venganza. Luego, pensando en cómo se sentirá después de haberse tomado todo el cóctel, vuelvo a enfadarme. Así es como me ha hecho sentir desde el día en que le conocí: ternura y odio al mismo tiempo.

—Perfecto. ¡Justo como esperaba! —dice la bruja oxigenada, presumida y de nariz respingona, mirándome fijamente. Qué mujer más rara, pienso, con una sonrisita. Creo que quiere que me vaya.

—¡La noche es joven! ¡Diviértete! —Contengo la respiración un segundo y añado: —Después de todo, este cóctel debe ser mejor que el pan de cada día, ¿verdad, Pedro?

Sigo mi ejemplo y me voy con la bandeja, festejando con anticipación, imaginando la hermosa noche de sexo en la playa que ella va a tener. ¡Dormid la mona, descarados!

Pedro Salvatore

Tuve que apretar los puños para no dejarme llevar por el deseo que ardía en mi interior e intentar disipar las fantasías que ella despertaba en mí cuando me di cuenta de que coincidía con mi mirada. Preguntarle a Bruna cómo estaba su cóctel fue lo único que se me ocurrió.

—Veo que te has hecho marinero. ¿Qué te ha pasado? ¿Decidiste aventurarte en olas pequeñas?

—No delires. Ella es mi responsabilidad. Prometí cuidarla como si fuera mía. —Doy otro sorbo a mi bebida para aliviar el picor que empieza a cosquillearme en la garganta.

—Eso no es lo que acabo de presenciar. Quizá sea moderno hacer como nuestros abuelos en su día, cuando la mirada de sus ojos lo decía todo a sus hijos.

Un carraspeo y una irritación de garganta provocan un gran malestar, acompañado de mucosidad repentina. No sé si ha sido el interrogatorio de Bruna o la forma atrevida y provocativa en que Bya me ha mirado hoy lo que lo ha provocado. Tomo más de la bebida dulce.

—Las mujeres fantaseáis demasiado. Veis cosas que nunca existen. —Suspiro, exasperado.

—Aparte del capricho de la naturaleza, ya que mis partes íntimas tienen una grieta, ¡yo nací como tú, hermano mío!

—Casi me engañas. —Sonrío, sintiendo un picor en la nuca.

—Y aparentemente esto hace que te pongas rojo hasta el día de hoy. ¿Pedro? —Me mira fijamente.

—¿Por qué me miras así? ¿Será que mi hombría te convence de cambiar de bando después de años? —Le devuelvo la broma.

—Mira, esos sentimientos que dices que has despertado en mí deben haberse manifestado en ti. Creo que será mejor que vaya al baño y te vea la cara. Le pasa algo", —me dice, mientras rezo para no quitarme la ropa, que empieza a escocerme. Me miro las manos y trato de entender qué está pasando.

Hago un rápido análisis de cualquier cosa que haya podido comer y que me haya provocado la reacción alérgica que se extiende por todo mi cuerpo, causándome un montón de picores. Miro hacia el mostrador y veo la sonrisa en la cara de Bya, que revela su participación en la vergonzosa maniobra.

—Bruna, pásame el menú", digo, irritado.

Abro la página del menú con la descripción de la Piña Colada y no veo nada que pueda haber causado todo el malestar que estoy sintiendo.

—Pedro, creo que será mejor que vayamos a urgencias. Tus brazos y cuello se están poniendo más rojos que las bellotas.

—No antes de que aclare esta historia.

Sin escuchar lo que dice Bruna, camino hacia el mostrador sin apartar la mirada, sólo concentrado en mi furia y en mis dedos que calman el picor en cada parte de mi cuerpo. Estrechando el espacio impuesto por el banco que divide nuestros cuerpos, la miro

fijamente a los ojos que revelan exactamente lo que necesito saber.
—¿Qué has puesto en mi bebida?

Beatriz Eva

Me entra el pánico. La expresión de Pedro no es nada amistosa.

—¿Yo? ¿Por qué crees que puse algo en tu bebida? —El corazón me late con fuerza, pero la punzada de celos de vernos a los dos juntos es mayor. Me hace gracia verle rascarse. Pero cuando recuerdo que hoy no habrá sexo en la playa como había planeado su amiguita, mis remordimientos se desvanecen. Era evidente que estaban llenos de complicidad, hablando toda la noche, mirándose como si fueran dos tortolitos declarándose su amor.

—Escucha, chica: madura. ¡Estamos hablando de salud!

Me sujeta los brazos por encima del mostrador y me inmoviliza. Siento su aliento caliente cerca de mi cara; parecen encenderse chispas que recorren mi cuerpo.

—Mírame. Siento un enjambre de abejas picándome. ¿Puedes decirme qué has hecho?

Sin responder, temo que me suelte los brazos, porque mis piernas tambaleantes no podrían soportar el peso de mi cuerpo. Sus ojos son oscuros.

—Si eres tan lista como pareces, ¡habla ya, Beatriz!

El dolor me llega hasta el corazón. Es duro oírle hablarme así. Acabo cediendo mientras las lágrimas corren por mi cara. La forma en que me mira enfadado me hace temblar de miedo y compasión.

—¡Mil! —Me respondo más a mí mismo que a él. Viendo que su estado empeora por momentos, prefiero no provocarle más.

—Te veré en casa", dice entre dientes, con la mandíbula apretada. Se da la vuelta y se marcha sin decir nada más. Solo sus ojos me dicen que lo mío está a salvo.

Capítulo 12

Beatriz

Veo el nombre de Pedro en la pantalla y me da miedo contestar. Respiro hondo. Lo que Dios quiera.

—¿Beatriz?

—¡Sí! —No reconozco la voz. —¿Quién habla?

—Es Bruna.

—¿Qué haces con el móvil de Pedro?

—¡Hola, chica! Sé que no debería llamarte, pero voy a contarte un secreto. Prefiero dormir con la conciencia tranquila que dejarte sin dormir y dando vueltas en la cama por la estupidez que has hecho. —*¡Qué mujer más descarada!* —Tío, hoy has sido muy duro con mi *hermano*. ¡Contrólate! El tipo acabó en el hospital.

—¿Qué hospital? —Me desespero.

—No voy a hablar. Pedrito no quiere ni oír tu nombre. Ya ha sido medicado y sólo está esperando a que la medicina haga efecto.

Una surfista del pantano, apuesto a que se imagina que el jacinto de agua es una tabla de surf. ¿Quién es ella para querer estar al lado de Pedro?

—Si ya está medicado y en compañía de los que le necesitan, ¿para qué me llamas? Ve y cuida de él.

—Como te dije, niña: te estoy llamando para hacer las paces conmigo misma. Pensé que podrías tener un poco de amor en tu pequeño corazón de piedra.

—¡Vete al infierno! Dime dónde está.

—¿Qué es eso, jovencita? Tranquilícese. He dicho que no voy a hablar. Pronto estará en casa. Mira, un consejo más: esa no es forma de llamar la atención de un hombre. De la forma en que actúas, acabarás matando al hombre que tanto pareces desear.

Cuelgo el teléfono desesperado*. ¡Desesperada! Ha llamado para hacerme sentir más culpable. ¿Quién se cree que es? ¿Ni siquiera me conoce y ya me está analizando?*

—¿Qué he hecho? —Doy vueltas mirando la pantalla del móvil. —Esta vez Pedro me va a matar.

¿Huir sería la mejor o la peor opción? Me siento a la mesa pensando en dejar una nota de disculpa. Chasqueo varias veces mis birlos sobre la tapa de cristal pensando qué escribir. Vi la cara de odio de Pedro cuando salió del pub.

Varios intentos de disculpa se amontonan sobre la mesa en papeles arrugados. *Al diablo con lo que me dijo la*

chica surfista del pantano. Cojo el móvil y le llamo. Necesito saber cómo está.

—¡Por favor, recógelo!

Quiero gritar de frustración. No responde a mis innumerables llamadas. No tengo valor para dejarle un mensaje.

Llamé a Beggo para pedirle asilo, pero tampoco me contestó. Incluso me ofreció quedarme en su casa, pero estaba tan entusiasmada con el chico que había conocido que pensé que sería mejor ir a casa a ver cómo estaba Pedro. No esperaba encontrarlo.

¡Mierda! ¿Qué hago ahora? No quería que le hicieran daño. Era una venganza infantil. Llamaré a Cida, es la persona más maternal que conozco, y le contaré todo.

—¿Ni siquiera sabes el nombre del hospital en el que está el Sr. Pedro?

—Yo no sé nada. Su amiguita me acaba de decir que está allí y medicado.

—¿Cuánta miel pusiste en su bebida?

—Sólo una cucharada", digo en voz baja, avergonzada de confesar mi culpa.

—¡Santo cielo! ¿No sabías que es alérgico?

—Lo sabía -respondí entre lágrimas-. —Pero no me había dado cuenta de lo mal que iba a ir.

—No sé cómo ayudarle. Intentaré llamarle al móvil.

—Sí, por favor. Si consigues hablar con él, ¿me devolverás la llamada?

—Señorita Beatriz, no la voy a enjabonar, que de eso ya se encargará el señor Pedro, pero tiene que ser menos impulsiva.

—Lo sé, lo sé. Te juro que lo siento mucho.

—Sé que lo es. Intentaré hablar con él.

Ella tampoco puede comunicarse con él. Las llamadas fueron en vano. Ella quería venir y quedarse conmigo. Acabé convenciéndola de que no hacía falta. Preferí esperarle sola. Si Pedro llegaba y veía a Cida allí, sería mucho peor.

Mi adrenalina baja y la realidad me golpea como una bofetada.

¡Podría haber muerto! pienso mientras lloro compulsivamente*. ¡Qué inmadura he sido! Si le pasa algo peor, no podré* soportarlo.

El silencio del piso no ayuda. Todo lo contrario: me trae nostalgia y culpabilidad. Si no hubiera perdido la memoria cuando murieron mis padres, ¿sentiría el mismo dolor?

Sé que está ahí dentro de mí; sólo espera el momento de aniquilarme. Pero si es más fuerte de lo que siento, me volveré loca.

Levanto el portarretratos que hay junto al sillón y veo la foto de él, serio, con la mirada perdida. ¿Por qué nunca veo una sonrisa en sus ojos? ¿Le hago un flaco favor? Navegar por sus ojos es imposible. Hace más de dos años que vivimos juntos y no sé

prácticamente nada de él ni de su pasado. ¡Meleca! Y sigo equivocándome en todo con lo poco que sé de él.

Sigo sentada en el sillón donde pasa la mayor parte del tiempo cuando está en casa, leyendo. Su olor se impregna en la tela. Me acurruco esperando a que se abra la puerta. No me canso de mirar su foto y deslizar los dedos por el contorno de la imagen, hasta el grosor de sus cejas es perfecto. Son tan espesas y doradas como su pelo. Sus ojos me apasionan desde la primera vez que los vi.

Pasan las horas y agoto mis intentos de llamar a los hospitales en busca de noticias, hasta que, a las 6.25 de la mañana, se enciende una luz en mi cabeza.

¿Cómo no se me había ocurrido antes? También ayudo con la administración de la oficina y siempre envío las facturas que él paga al contable. Recuerdo que su seguro médico es con Santa Amália, y una vez mencionó que no cambiaría de plan porque, además de ser aceptado por toda la red hospitalaria, tiene su propio hospital aquí en São Paulo. Hago una búsqueda rápida en el móvil y ¡bingo! El hospital está al lado del bar.

—¡Sólo puede estar allí!

Cojo mi bolso, desesperada por encontrarle. Una vez más, actúo por impulso: cuando llego, ya se ha ido.

—Ya está: otra vez estoy jodida. ¿Por qué no llamé primero al hospital?

Alguna pieza no encaja. La recepcionista dijo que se había ido a las 4.30, pero dado el horario, debería haber llegado al piso antes de que yo me fuera.

Le llamo al móvil y nada. Llamo a su piso y no contesta nadie.

—¿Dónde fue a parar este hombre?

Pedro Salvatore

Una vez al año, la Asociación de Pintores con la Boca y con el Pie organiza una exposición de las obras de sus miembros en Largo do Arouche, a la que siempre suelo asistir. La organización anima a artistas con limitaciones físicas a desarrollar sus habilidades. Camino en silencio junto a Bruna. La compulsión por tocarlo todo resulta ser una vieja obsesión que me dominó en el pasado.

Cuando era muy joven, no sabía muy bien cómo afrontar los pensamientos intrusivos. Mi madre era mi refugio, la única persona que me comprendía. Durante años sufrí *acoso* escolar, tanto por parte de mis compañeros como de la persona que arruinó la vida de mi madre. Pensaba que mis trastornos eran manías adquiridas porque no me habían educado bien. Al fin y al cabo, era incapaz. El maltrato psicológico que sufrí me ayudó a crear un mantra en mi cabeza de determinación para superar el TOC.

No me diagnosticaron este problema hasta que murió mi madre y se intensificaron las manías. La terapia y la medicación me ayudaron a salir de ese mundo repetitivo. El TOC es una enfermedad cobarde; actúa en silencio, aprisionándonos y aislándonos, dejándonos perturbados. Algunas personas lo confunden con cierto nivel de locura y por eso nunca he hablado con nadie de ello, aparte de Bruna y, por supuesto, de su prima, mi terapeuta. Llevo

controlando bien la aparición de pensamientos intrusivos desde que estaba en la universidad.

—¿No crees que dos días lejos de ella sin noticias son suficiente castigo? —Bruna rompe el silencio.

—No es un castigo. Estoy preservando a esa mocosa de unos buenos azotes.

—Eso no es verdad, y lo sabes. Lo que estás haciendo es castigándose los dos. ¿Crees que no te vigilé cuando saliste del hospital?

Sé que eso tampoco es verdad. Increíblemente, la echo de menos. Cuando me dieron el alta, quise irme a casa enseguida y echarle una buena bronca a esa chica intrascendente. Pero en cuanto puse un pie fuera del hospital, mi conciencia se vino abajo. En ese momento, me di cuenta de que los trastornos del pasado dominaban mis sentidos como nunca antes. Di un paso adelante y dos atrás, porque mi cabeza me lo ordenaba. Toqué varias veces el pomo de la puerta del hospital. Volver a casa en semejante estado de compulsión no serviría para demostrarle lo irresponsable que había sido, y además plantearía preguntas que no estaba dispuesto a responder. Si en aquel momento ni siquiera podía coordinar mis acciones, ¿cómo podía juzgar un gesto tan imprudente?

—¿Ya no me quieres como invitado? —Intento cambiar de tema.

—*Hermano*, esa no es la cuestión. Siempre serás bienvenido. Sólo creo que huir del problema no está bien. Mírate, ¿cuánto hace que no vas a terapia?

—Supongo que años. —Con la mano derecha toco un lienzo pintado al óleo; la izquierda obedece las órdenes de mi mente y también lo toca. Siento una sensación de bienestar indescriptible.

—¿Lo sabe ella?

—¿Cómo?

—Sobre ti. Sobre el TOC.

—Ella sabe lo que necesita saber. No quiero que sienta lástima por mí. Llevo bien el TOC. De hecho, para mí y para la gente que me rodea, ni siquiera existe.

Camino hacia una exposición de esculturas, con la esperanza de alejarme del tema. Bruna sabe ser aburrida cuando quiere.

—¿La cuidas como ella necesita o como ella quiere?

Me niego a contestar. Es como una reportera. Ni siquiera sé por qué fui a decirle lo que siento cuando estoy cerca de Bya. Atraído por una mujer india esculpida en arcilla, con el pelo roto y trenzas, acabo acordándome de ella.

—No sé a dónde quieres llegar.

—¿Es así, Pedrito? —Me sigue como una maritaca. —¿Todavía crees que la mina es sólo una pupila? Sé realista. Puede ser, pero oí su desesperación cuando llamé. Si ella estaba así hace dos días, ¡imagina cómo está ahora!

La miro asombrado.

—¿La has llamado?

—¡Por supuesto, *hermano*! Y te lo aseguro: la chica se quedó de piedra cuando le dije que estabas en el hospital.

Imaginar la expresión que habría puesto sería cómico si el tema no fuera trágico. Mi cabeza me ordena pasarme la mano por el pelo tres veces.

—No apruebo tu actitud. No tenías derecho a llamarla", —la regaño.

—Se ha ido. No desperdiciaría mi sueño nocturno imaginando a la chica sin noticias. —Ella se encoge de hombros. —En el fondo, aunque desapruebo su actitud, creo que acabó haciendo lo que hizo por celos de que estuvieras conmigo. Irónico, ¿verdad? Poco sabe ella que, si no la quieres, es bienvenida en mi café. Me encantaría *cabalgar* las olas de ese cuerpecito perfecto.

—No eres su tipo", replico dejando escapar un suspiro de indignación.

—¡Qué vergüenza! Una mujer siempre sabe lo que otra mujer necesita. A diferencia de los hombres, que sólo creen en sus propias verdades.

¿Soy tan ciego y egoísta? No, claro que no. Lo que soy y lo que quiero es protegerla de mí.

—Ya se lo he dicho: no basta con desearlo. Hice una promesa, y mis sentidos crítico y ético piensan que debo cumplirla.

—El honor no te aliviará. Olvídate de lo del tutor. En ninguna parte dice que un tutor deba ser célibe.

Me horrorizan sus expresiones.

—Tu boca es tan sucia que el hombre de nuestra relación se parece a ti.

—Sólo vine en el cuerpo equivocado, mi *hermano*. Y lo que dije sigue siendo cierto. Confiésalo: te has enamorado de ella. Empezaste como tutor, pero las cosas han cambiado. Vive esa explosión de hormonas, tío.

—¿Has olvidado lo que te prometí?

—No le prometiste nada a nadie. De hecho, cuando estabas a punto de contestarle a su madre, la mujer se volvió jamona.

—Vaya, Bruna, definitivamente no eres gente.

—¡Vamos, Pedro! ¿Y tú eres? Te escondes detrás de una promesa que nunca existió.

—¿Pero no es así? Confiaron en mí.

—Porque eres un tonto. Si te pones una gorra, te desmayarás. Y cuando la veas con otro, te dolerá el codo.

El mero hecho de imaginarla con otro me devuelve la manía y, mientras lucho por no tener que lidiar con los pensamientos intrusivos, enciendo el móvil, que apagué nada más salir del hospital. En la pantalla aparecen varias llamadas perdidas y mensajes.

Bya: ¿Dónde estás?

Bya: Pedro, ¿me perdonas?

Bya: He llamado a todos los hospitales. ¿Te encuentras bien?

No tengo que cerrar los ojos para imaginar lo preocupada que está. Sé muy bien que me manda mensajes cuando llego tarde a casa.

Bya: Lo siento mucho. Fui inmadura e irresponsable. Tienes razón cuando dices que soy una niña mimada. Perdóname.

Cida: Señor Pedro, soy Cida, estamos preocupados por usted.

No se le da bien. Incluso preocupó a Cida.

Bya: Pedro, dame noticias, he estado en el hospital y me han dicho que has estado un tiempo de baja.

Bya: Pedro, me estoy volviendo loca. Dame alguna noticia.

Bya: ¿Pedro? Por favor, perdóname. Me imagino cuánto me odias. Confieso que ahora mismo yo también me odio. Nada de lo que diga servirá de nada, ¿verdad? Lo que he hecho es imperdonable. Aun así, te pido noticias.

Bya: Pedro, no sé si lo que voy a escribir tendrá el mismo significado si te lo hubiera dicho en otras circunstancias, pero quiero que lo sepas. En algún momento del tiempo que llevamos juntos, descubrí que te quiero, pero no como te imaginas. Te quiero como hombre. Quizás, en mi falta de experiencia como mujer, he cometido

actos irreflexivos y locos. Agradezco el afecto que das, pero no es el afecto que quiero recibir. ¿Cómo crees que me sentí cuando llegaste con la chica surfista del pantano al bar donde yo trabajaba? ¿Te has parado a pensar por qué te puse miel en la bebida? Pues porque no quería que acabaras la noche en brazos de otra mujer que no fuera yo. ¿Lo hice mal? Sí, y lo siento. Podría mencionar todas las otras veces que actué de una manera que llamó tu atención y fui reprendida. Duele mucho saber que para ti sólo soy una representación de tu compasión, y que quizá nunca seré tan valiosa para ti como tú lo eres para mí. Una vez más, te pido disculpas. Y, por favor, mantente en contacto.

La obra de arte que tengo delante habla por sí sola. La expresiva mujer indígena me muestra que tiene forma y vida, aunque esté moldeada en arcilla.

Al igual que los artistas con limitaciones físicas rechazan la caridad, prefiriendo conservar su autoestima y competir en igualdad de condiciones con los artistas "normales", ¡es mi chica la que ha estado actuando y queriendo demostrarme que no necesita mi compasión! Me necesita como hombre. Me doy cuenta de que, sí, su actitud puede haber estado motivada por los celos, pero aun así, fue por mí por quien hizo todo esto.

Sigo leyendo los mensajes.

Bya: ¿Pedro? Perdona.

Las disculpas son interminables.

Cida: Siento entrometerme, pero la chica lo siente. Lleva dos días con el corazón roto. Sólo te envío este mensaje porque no contestas al teléfono. Y tus instrucciones para conmigo siempre han

sido llamar cuando la chica necesitara algo, y ahora creo que necesita noticias.

Bya: Pedro, puedes volver a tu casa. Yo me voy. Me doy cuenta de que no quieres hablar conmigo y también sé que esta es tu casa. No te preocupes. Te enviaré noticias cuando me haya instalado en otro lugar. Te quiero.

¡Ella me ama! ¡Ella me ama!

La escultura me mira fijamente y parece tener vida. ¡Que me jodan! ¡Me ama! La pasión que he reprimido durante todo este tiempo se acelera en mi pecho.

Apresuradamente, recojo la prenda entre mis brazos. Beatriz, temeraria, ¡te atreves a pensar en dejarme!

—Me llevo la pieza", le digo al artista, que sonríe.

—¿Ni siquiera vas a preguntar cuánto cuesta? —pregunta Bruna.

—No me importa lo que cueste. ¡La pieza me ha conquistado! —respondo, seguro de lo que digo.

Parece que la guerra que he estado librando con mi razón durante todos estos años por fin se ha apaciguado.

Beatriz Eva

Las noches parecían interminables y los días agotadores. Ayer no fui a la universidad. Estuve de guardia en la oficina todo el día. Y no apareció. Me siento emocionalmente agotada, pero decidida. He perdido la cuenta de las veces que le he llamado y le he dejado mensajes.

No he buscado a sus amigos. Marco sería una buena opción, tal vez podría darme alguna pista o indicio de dónde podría estar Pedro, pero si él no quiere hablar conmigo, no seré yo la que no quiera.

Decidí aceptar la invitación de Beggo para compartir piso con él hasta que consiguiera el mío propio. Debería haberlo hecho hace mucho tiempo. Está demostrado que Pedro y yo no trabajamos bien juntos.

—¿Dejamos de llorar, morena tropical? Ponte las pilas, nena, y monta un bonito mosaico con un fuck you a este tío.

He pasado la mayor parte de las últimas 48 horas llorando. Y, a decir verdad, no estoy tan decidida a irme sin despedirme de él y mirarle a los ojos.

—¿Estoy haciendo lo correcto?

—¿Sigues preguntando? Claro que sí.

—Beggo, creo que tiene que decidir por sí misma", añade Elaine. —Tiene que hacerlo por sí misma y no por lo que nosotros creemos.

—¿Así que crees que debería quedarse y sufrir durante cuántos días más? Porque, cariño, eso es todo lo que le ha estado pasando desde que estaba al lado de su tío.

La ironía de Beggo es contagiosa. Para él, Pedro está en una isla desierta divirtiéndose con la chica surfista del pantano. Elaine, en cambio, cree que no ha vuelto porque no quiere verme.

—Tienes razón: es lo que hay que hacer. —Levanto la maleta de la cama. —Ojalá no me doliera tanto y estuviera aquí para despedirme.

Me abrazan, reconfortantes y llorosos. Beggo sigue lloriqueando.

—Déjame llevar la maleta. Sigo siendo el hombre en este trío.

—¡Si no es el más hombre, al menos es el más fuerte! ¡Cógelo, colega! —le anima Elaine, riendo. Salen de la habitación y me quedo mirando el paisaje para despedirme.

—¿Y si no viene a mí?

—Si no mira, será mejor para ti. Sabrás con seguridad que es un gilipollas. —Beggo, me asustas. A veces pienso que no eres totalmente gay. Tus pensamientos machistas te condenan.

—Elaine, no metas a tu novio en una habitación conmigo, porque si tienes dudas, te quedarás sin él cuando se vaya.

Mientras los dos se toman el pelo, les hago una petición.

—Nos vemos en el salón.

Camino lentamente hacia el balcón del dormitorio. Parece que por fin ha llegado el momento de despedirme de mis padres. Mi

memoria aún no me ayuda a recordar cómo éramos juntos, pero el dolor me punza el pecho.

En los dos últimos años, he sentido crecer en mi pecho el amor por ellos, que sé que sigue ahí. No ha pasado un día sin que les salude con un buenos días o buenas noches.

—Creo que aquí nos despedimos. Hasta ahora, creo que hemos viajado juntos por la vida. —Las lágrimas ahogan mi voz. — No te engañes si crees que ya no vendré a quedarme contigo. Simplemente no estaré aquí todos los días.

El viento me agita el pelo y agita las hojas del parque. Es como si la naturaleza también se despidiera de mí. Sé que cuando cruce el umbral del piso, éste ya no será mi hogar.

La despedida es dolorosa. No puedo explicarlo, pero siento la brisa fresca abrazándome fuerte. Es como si mis padres estuvieran allí diciéndome que no necesito verlos, sino sentirlos siempre a mi lado.

—¿Pensabas irte sin despedirte?

Capítulo 13

Beatriz Eva

—¿Pedro? —Me asusto. —¿Dónde has estado?

Durante unos segundos nos miramos fijamente, librando una batalla silenciosa.

—¿Decepcionada de verme, Beatriz?

—No. ¡Me alegra ver que has vuelto!

—¿Es así? —Da un paso hacia la habitación con una mirada indescifrable. Trago con fuerza; el aire lucha por pasar a través del nudo que se forma en mi garganta.

—Estaba preocupada.

—Si no me equivoco, me debes una respuesta.

A decir verdad, no sé cuál era la pregunta. Su aspecto es el peor que he visto nunca; se me estruja el corazón de remordimiento. Parece cansado, ojeroso, pero sigue siendo sexy como un dios griego. Me impresiona verle tan decidido.

—No tienes buen aspecto, Pedro.

—No sé adónde pensaba ir. —Intimidado, da otro paso hacia la habitación. —Quiero que sepas que he despedido a tus escoltas. Te llamarán más tarde. Ahora tenemos que hablar.

No puedo entender su actitud. Estoy confundida y asustada al mismo tiempo. Debería estar agradecido por mi marcha, o incluso

furioso conmigo después de lo que he hecho, pero en lugar de eso parece centrado en intimidarme.

—No tenías que tomarte la molestia de despedirlos.

—¿No? —Respiro hondo, aún esperando una reacción suya; me duele el pecho, el corazón me late a mil por hora.

—Creo que después de lo ocurrido, esta es la mejor solución.

—¿Una solución mejor para quién? —Su voz sale ronca, un tono más bajo que el que suele utilizar conmigo. Sus ojos penetrantes se clavan en los míos y me tiemblan las manos. O, mejor dicho: todo mi cuerpo. Meleca. ¿Por qué este hombre tiene que meterse tanto conmigo? A cada paso que da hacia mí, parece serio, sin nada amenazador... No, nada amenazante entre comillas, porque, aunque no veo furia en sus ojos, me siento acobardada por su aproximación. —Lejos de casa, ¿creía que podría encontrar una solución para lo que habías hecho?

Su voz me produce escalofríos. Observo cada uno de sus gestos y me parecen extraños algunos de sus tics. No sé si son los nervios o la rabia los que le hacen actuar así o si soy yo la que se fija demasiado en él, pero es extraño. Sé que se merece una respuesta, pero yo también.

—¿No es eso lo que hiciste? —Respondo a tu pregunta con otra pregunta.

—No. Me estaba recuperando.

Recuperando mi culo —Tengo ganas de hablar.

—¿En los brazos de tu amigo? —Escupo las palabras.

—No en sus brazos, en su casa.

Si me maldecía o me gritaba, sería mejor que oírle decir que estaba allí.

—¿Has tenido alguna vez una alergia? Déjame pensarlo. Creo que no. Que yo recuerde, desde que vives conmigo, nunca he visto ninguna alergia, pero ya eres mayorcita y debes darte cuenta de lo peligroso que puede ser un problema así.

Trago saliva. Es impetuoso y, si hace unos segundos su mirada no era tan amenazadora, ahora parece que va a devorarme.

—Lo siento. —respondo emocionada, y me arrepiento de parecer infantil en cuanto veo que levanta las cejas. Su postura es imponente. Su pecho, marcado por la camiseta, le da aspecto de soberano, y las piernas me flaquean.

—¿Disculpe? ¿Por qué gritas? —Tu tono casual suena sexualmente tortuoso. —¿Crees que las palabras y los gritos suavizan lo que ha pasado?

Yo también quería que me gritara. Así solucionaríamos todo esto enseguida. ¿Se queda dos días con otra mujer y aun así exige que mi voz salga dulce y serena? ¡Vete a la mierda! —él, la chica surfista del pantano y todos los sermones que quiere darme. Camino hacia él para salir de la habitación.

Ya he tenido suficiente de todo esto. Me he disculpado y también me he dado cuenta de que no me van a perdonar, así que al diablo. Si tengo que sufrir, que sea de una vez por todas. No nací para hacerme la víctima ni la culpable.

—Si crees que no merezco una disculpa y que mi arrepentimiento no es suficiente, ¿entonces qué quieres?

Me enfrentaré a él. Quiero salir de aquí. Ya sé todo lo que necesito saber. Salgo de la habitación, decidida; a cada paso que doy, soy más consciente de que tendré que pasar a través de él, porque está justo en la puerta de salida.

Es imposible ser indiferente. Cuanto más disminuye la distancia, más se me calienta la piel. Nunca me quita los ojos de encima. ¡Oh, mi pequeño Jesús! Ayúdame a no desfallecer ahora. No sé qué juego está jugando, pero está funcionando. Mis entrañas se sienten calientes.

Se ríe, mirándome. ¿Puedes dejar de ser soberano?

—Me engañaste cuando preguntaste si la bebida era de mi agrado.

Su risa irónica reverbera sensualidad y curiosidad en mi interior, y me detengo a escuchar.

—¡Insolente! —declara. —¿No crees que necesitas un buen corrector?

—"No", —le digo.

—Pero aún no lo he decidido. —Su boca lo deletrea lentamente con una voz áspera en mi oído.

—¡Pedro! —Suplico, temerosa.

—Dime, Beatriz, ¿qué habrías hecho tú en mi lugar? —susurra entre dientes, inquisitivo.

—¡Vale, Pedro! Confieso que hice todo eso por celos. ¿Estás satisfecho?

—¿Celosa de qué? Por lo que vi, la única persona acosada en esa habitación eras tú.

¡Ya está! Ahora es todo y sólo culpa mía. Nunca tendré argumentos. Intento pasar junto a él, pero me detiene, chocando contra la pared de su cuerpo. Me tira de la cintura con las manos, impidiéndome continuar, y gira mi cuerpo junto al suyo, dejándonos casi pegados. *¡Respira, Beatriz!*

—¡Estaba trabajando! —Mi voz sale débil. Mis músculos olvidan cómo trabajar.

—No sólo estabas trabajando. —Tus dedos apretaban mi cintura, apretando mi cuerpo al tuyo. —Seducías a los clientes del bar. —Me aprieta cada vez más fuerte; no me entra aire en los pulmones.

—Así es. No. Es verdad, —digo débilmente.

—¿No? ¿Entonces por qué te has atado la camisa a la cintura? —Veo cómo mueve los labios y me fascina.

—¡Para provocarte! —Lo confieso.

La risa vacila en sus labios, es como nitroglicerina para mis vasos sanguíneos, que se dilatan con la fuerza con la que mi corazón bombea sangre.

Me mira fijamente y, sin reaccionar, caigo en la locura de aspirar el aire que me falta y su perfume me adormece. Puede hacerme lo que quiera. Ya no soy dueña de mi voluntad. Nuestras miradas se cruzan; parece buscar palabras.

—¿Por qué querías provocarme?

Mirándole sin poder seguir adelante, tengo miedo de decir lo que realmente siento.

—¡Dilo! —Insiste, cerrando los ojos.

—Quería provocarle. —Menciono, sintiéndome como una presa abatida.

—¿Por qué querías provocarme? —Me ruborizo. —No hay por qué avergonzarse.

—No me avergüenzo. Sólo que no sé si quieres oírlo.

Cierra los ojos y me deja hablar.

—¿Alguna vez has deseado tanto a alguien que nunca te has fijado en él?

—Beatriz, te he hecho una pregunta. —El agarre alrededor de mi cintura me hace actuar con audacia.

—Quería provocarte porque estoy loca por ti. Porque mi cuerpo clama por el tuyo.

Sus ojos se clavan en los míos. Le sostengo la mirada y no vacilo. Ha sido él quien me lo ha pedido.

—¿Cuánto clama tu cuerpo por el mío?

Acerca sus labios a mi oído y me susurra en voz baja, como si esta confesión fuera un secreto para nosotros. El punto sensible entre mis piernas se estremece.

—¡Mucho más de lo que puedo soportar! —Intento sonar más sensual que tenso.

—¿Seguro?

Actúa de forma extrañamente seductora y me siento motivada a seguirle. Sus dedos apartan el único mechón de pelo que cubre mi tímida cara y me lo coloca detrás de la oreja.

—¡Yo lo hago! ¡Como el aire que respiro!

Su resuelta solución me coge por sorpresa, mezclando deseo con inquietud.

Me desmayo, muero y vuelvo a la vida. Sus ojos se iluminan más de lo que jamás hubiera imaginado. Su rostro duro e interrogante se vuelve tierno. Este hombre impactante de mirada penetrante me desestabiliza. Todo sucede a la vez: sus labios posesivos toman los míos, su lengua intrusa invade mi boca, que responde receptiva. Su beso lento se convierte en urgente y apasionado, poniéndome la piel de gallina. Su mano suelta mi cintura y saquea mi cuerpo. Sé que no perdona, que aún no me ha pedido perdón, pero ahora mismo no quiero pensar en el después. Sólo quiero sentir cómo manosea y mete los dedos en cada parte de mí sin que haya un mañana. Con cada roce de sus dedos sobre mí llega un escalofrío indescriptible a mi estómago. Sentir su boca es el paraíso.

—No sé si deberíamos continuar. —Interrumpe el beso.

—Ni siquiera hemos empezado, pero es tan bueno. ¡Sigue, por favor! —Se lo ruego.

Froto mis pechos contra el suyo y su risa suena más a gemido que a protesta.

—Me gusta verla provocativa.

—Y me gusta verme en tus brazos.

Su boca desciende por mi cuello y llega hasta la clavícula de mi busto. Mis pechos claman por su contacto. Su boca lee mis pensamientos y alcanza mis pechos turgentes. Veo sus dientes morder el saliente de mi pezón cubierto por la blusa.

Me retuerzo bajo su presión. Duele y gusta al mismo tiempo. Castígame y me correré más fuerte. Quiero sentir sus manos entre mis piernas; no dejan de venirme fantasías a la cabeza.

Me tira suavemente sobre la cama y doy gracias al cielo por ello, porque mis piernas habían empezado a flaquear. Me siento palpitante y húmeda. Muy húmedas, de hecho. Nunca imaginé que, después de todo lo que he hecho, su actitud sería así. Mi cuerpo arde como una hoguera. Temo incluso suspirar para no desanimarle. Apoyando los codos en la cama para acercarme más al cabecero, sigo imaginando escenas eróticas con él, íntimas y reales.

—¿Sabes lo que les pasa a las chicas malas?

Me muerdo el labio, angustiada. Su rostro es indescifrable y exquisito. Sexy, si se me permite decirlo. Vulnerable, digo en mi cabeza.

—Lo siento por todo.

—Lo discutiremos en otro momento. Tengo otro asunto que arreglar contigo. —Se arrodilla en el borde de la cama y se coloca entre mis piernas abiertas. Me siento expuesta.

No tengo adónde ir y no quiero irme. Si me tienen que azotar, seguirá siendo placentero, dado cómo reacciona cada partícula de mi cuerpo ante ello.

—¿Puedo preguntarle de qué otros asuntos tienen que ocuparse?

—No creo que tenga que contestar. —Se quita la camiseta por encima de la cabeza. ¡Vaya! Me fijo en todos los detalles del espectáculo privado, incluido que no llevaba esa camiseta hace dos

días, pero eso no importa. Quiero que siga y se quite toda la ropa. He visto lo anchos que son sus hombros, pero estar cerca de ellos y ver su magnitud es mucho más excitante. —Pero como sé que tienes curiosidad, te lo aclaro. Tengo un cuerpo que clama por el mío y pretendo hacerte saciar tu deseo.

Su cuerpo se inclina sobre el mío y cierra la brecha; nuestros rostros cercanos me llevan al cielo. Desde que conocí a Pedro, he sentido todas las emociones posibles; él me lleva del infierno al paraíso en un instante.

—He leído un extracto de uno de sus mensajes que me ha llamado la atención. —Tu tono de voz es desafiante y alentador. —¿Hay algo más que quieras decirme aparte de que tu cuerpo clama por el mío?

Se me sale el corazón por la boca. Escribir que le quiero y admitirlo ante mí misma y mis amigos es fácil, pero decírselo a él es otra cosa. Me siento demasiado vulnerable para asumirlo. Tengo miedo de alejarlo. Puede que esté enamorada de él, pero sé que mis sentimientos no son correspondidos. Para él, soy un lastre, y mi miedo es que, una vez que termine este juego de seducción, me dé la espalda y diga que sólo ha sido una lección más.

—¿Veo una arruga de duda en lo que ha escrito? —Me muerde la barbilla y desliza su barba de días por mi cuello. —Se acabó el tiempo. ¡Has minado mis esperanzas! —Juguetonamente, me sopla aire caliente en la oreja. Apenas puedo respirar, por no hablar de hablar. Su pelvis encaja en mi abertura y su bulto me vuelve loca. —Has sido más atrevida. ¿Dónde está la Beatriz que dice todo y hace todo lo que se le pasa por la cabeza?

—No estarás haciendo todo esto para castigarme, ¿verdad?

—Si fuera un castigo, creo que sufriríamos los dos, ¿no crees? —Presiona con más fuerza su erección contra mi abertura, que palpita y lo anhela.

—¡Pedro! —Exclamo más que pregunto.

—¡Creía que te gustaban los hombres románticos!

Su erección apretada contra sus vaqueros se mueve de lado a lado, rodeando mi refugio. Levanta la vista y me mira fijamente. Animada, arqueo las caderas para encajarme perfectamente en él.

—Me gusta.

—Por lo que veo, ¿te gustan otros tipos de hombres? —Un cosquilleo de placer recorre mi espina dorsal. —¿Conoces bien a los hombres, mi dulce Beatriz?

—No sé cómo responder. —De hecho, lo único que se me ocurre es fantasear con un Pedro romántico, seductor, pervertido y cualquier otra cosa que él quiera ser para mí. Estoy ciega a todos los demás hombres. Hoy, la única experiencia sexual con la que me permito soñar es con él. Siento palpitar partes de mi cuerpo que nunca imaginé. —Sólo sé que le deseo.

—¿Cómo me deseas? Puedo frustrar tus deseos.

Su cara vuelve a descender hacia mi cuerpo, sus brazos apoyados en la cama, mostrando sus gruesas venas, sin tocarme. Espero a que se relaje y se tumbe encima de mí.

—Te quiero como eres.

—Vamos, Beatriz, esta respuesta es muy vaga. Intentaré ayudarte. —Vuelve a subir su cuerpo y su boca juega con los lóbulos

de mis orejas. —Puedo ser un hombre cariñoso.

—Ahh!" Suspiro con los escalofríos que me hacen zumbar la cabeza.

—¡Me encanta tu perfume! —me susurra suavemente al oído. En respuesta, levanto el torso, amando la tortura. —Es un poco frustrante, Beatriz. Quiero que me digas qué hombre te complace. Ya sé cuánto me desea tu cuerpo, pero necesito respuestas.

Roza sus labios con los míos.

—Un beso forma parte de un romance. Quiero que lo disfrutes como debe ser: sin reservas y totalmente entregado.

Luego me besa, suave y románticamente, a diferencia de todas las otras veces que ha mostrado hambre carnal. Lentamente, saborea cada movimiento. Mi cuerpo se calma, pero mi corazón late con fuerza y casi se me sale por la boca. No hay reservas, y siento que me deja plantada en la puerta del muro que ha levantado entre nosotros.

—¡Te quiero! —digo entre lágrimas, conmovida por los sentimientos que me produce ese beso. —No tengo respuestas sobre quién fui, pero sí sobre si podré ser tuya algún día.

—Así que vamos a encontrar esta respuesta juntos. Date la vuelta, Beatriz. Empecemos a explorar este descubrimiento con un masaje.

—¿Por qué, Pedro?

—Porque te quiero relajada, sin pensamientos. Sólo concéntrate en mí y en lo que puedo hacer contigo.

¡Cielos! Aún no es Navidad, ni mi cumpleaños, y no me he portado bien. Entonces, ¿por qué no puedo creer todo lo que está pasando?

Antes de que pueda ponerme boca abajo obedientemente, empieza a revolver mi ropa.

—No necesitaremos ninguna barrera entre nosotros. —Me quita todo menos las bragas. Estoy indignada. Ya me lo imaginaba masajeando mi pequeño capullo. —Las bragas son tu protección. Si no quieres llevarlas, quítatelas tú. Tú decides.

Empiezo a bajarla sin pudor, desnuda y cruda. No quiero que piense que hay alguna barrera para él.

—¡Espera, Beatriz! —Su voz es fuerte y me sobresalto. —No me importa lo que pasó en tu pasado. No me importa si eres virgen o no. Lo más importante para mí es que sepas que hasta hoy te he respetado por lo que eres: ¡mi responsabilidad! —Mi corazón llora, pensando que se va a rendir. Hace una pausa y añade. —Pero creo que hemos llegado a una situación en la que toda mi responsabilidad se me ha ido de las manos, y mi cuerpo habla más alto. Hoy te deseo como a una mujer. ¡Te deseo como nunca he deseado a nadie! Pero quiero que seas consciente: no soy un hombre perfecto; cometeré muchos errores contigo, pero siempre intentaré hacerlo bien.

—Pedro... —Interrumpo, no necesito saber cómo será mañana. —Hazme tu mujer.

Me arranca las bragas de un tirón y me obliga a tumbarme y relajarme.

Cierro los ojos y oigo cómo se baja la cremallera de los pantalones.

—Eres hermosa, mi alumna.

Sus manos descansan en mi espalda, cálidas y tostadas.

Al principio, sus caricias son cariñosas y estimulantes, nada sexuales. Me doy cuenta de que quiere establecer cierta confianza entre nosotros. A medida que me relajo, siento cómo intensifica el masaje, que empieza a agitar mis sentidos. Sus dedos recorren mi cuero cabelludo.

—Es aquí, Beatriz, dentro de esta cabecita, donde todo tiene que funcionar. —Sus dedos bajan hasta mi cuello. —Es importante saber expresarse. Las palabras mal elegidas pueden causar grandes inconvenientes. —Capto el mensaje. —Sus orejas son tan pequeñas que se pierden entre mis dedos. —Las rodea juguetonamente y la piel de gallina empieza a subir por mi cuerpo.

Suspiro profundamente.

Me masajea la columna, cada vez más atrevido y provocativo. Llega al lado de mis pechos. Mis sentidos se despiertan y, a partir de ese momento, todo se vuelve sexual, cada vez más excitante. Cuando mueve las manos hacia atrás y me levanta los pechos, elevo mi cuerpo al instante.

—No hay prisa, alumno mío. No hay prisa.

Sentado sobre mis piernas, junto a mis caderas. Siento su erección tocar mis nalgas. *¡Sí, Pedro! Necesito un masaje justo ahí, donde estoy entumecida y tensa.* Sonrío suavemente.

—Silencio.

Sus movimientos suaves se vuelven firmes. Sus manos alcanzan mis caderas. Y lo juro por todos los santos: no hay una sola partícula de mi cuerpo que no esté temblando.

—¡Qué suave!

Durante los minutos siguientes, se produce una invasión de lujuria. Explora cada parte de mi cuerpo, haciéndome retorcer de placer. No necesito oxígeno, porque ya no sé lo que es respirar. Siento un líquido espeso que rezuma de mi vientre. Su masaje no utiliza crema ni aceite, pero puedo garantizar que, si me penetra, se deslizará dentro de mí.

Sus dedos me acarician y masajean el interior de mis muslos. Estoy a punto de suplicarle que me penetre. No digo nada, solo lo siento y empujo mis caderas hacia él.

Sus manos levantan mis caderas y, en su lugar, por primera vez siento cómo su lengua me lleva al cielo.

—Tu sabor es incluso mejor de lo que imaginaba.

Su lengua es más impetuosa que sus manos. Me masajea el clítoris y, sin preparación alguna, me invade. Es ella sola, llevándome al cielo. Agarro con fuerza la sábana entre los dedos, conteniendo mis gritos, pero los gemidos se escapan voluntariamente. Los lametones me vuelven loco. Las cosquillas que sentía cuando fantaseaba con escenas eróticas con él no son nada comparadas con el cosquilleo y el placer que estoy sintiendo.

—¡Por favor, Pedro! Te necesito dentro de mí.

—¡Todavía no, alumno mío!

Intensifica los movimientos circulares de sus dedos y, con su lengua lisa y suave, alivia mi tensión, hasta que ocurre algo inesperado. Siento ganas de orinar, grito y libero toda la tensión acumulada. Simplemente he muerto y estoy en el cielo. No hay parte de mi cuerpo que no esté relajada.

Siento que se acerca a mi oído y me susurra:

—Voy a llevarte a mi cama y cuando despiertes, serás mía. Como debe ser.

Capítulo 14

Pedro Salvatore

No sé si traerla a mi habitación era la mejor opción. No quiero que se confunda, imaginando que es un paso más en nuestra relación, pero para lo que tiene que pasar, reconozco que fue la decisión correcta. Oírla confesar sus sentimientos ya no me permite verla de otra manera que como una mujer. La mujer más bella del mundo a mis ojos. Mi única preocupación es que mezcle el deseo con el amor. Verla en mis brazos, deslumbrada de placer, ¡fue mi muerte! Pero, aun así, si tiene que suceder algo más que una simple combinación química entre nuestros cuerpos, que sea poco a poco. Todavía no me siento preparado.

Antes de dormirse en mis brazos, mi muestra de afecto le pareció divertida. Mientras mi mente insistía en que la besara varias veces en la mejilla, yo luchaba internamente con mis pensamientos intrusivos, asumiendo que el acto era placentero, pero que la exageración no era necesaria.

Mis pensamientos seguían exigiéndome que le pidiera que me acariciara también el brazo izquierdo, ya que me estaba acariciando el derecho.

—¡Qué buen abrazo! Mi otro brazo está celoso. ¿Te gustaría acariciarlo también? —Sentí que la estaba traicionando, por muy delicioso que fuera recibir sus caricias. Era algo que mis pensamientos me obligaban a pedir.

El mayor problema del TOC no es el trastorno en sí, sino la incomprensión de la gente. Controlar las manías y los pensamientos intrusivos es muy difícil. Esto será un problema entre nosotros; no quiero compartir esta carga con ella. Veo lo mucho que trabaja para recuperar recuerdos olvidados del pasado, y eso es suficiente. Yo sé que tengo TOC, ella no, y por ahora es lo mejor.

La veo dormir en mis brazos y no puedo creer que hayamos acabado así. Su pelo negro enmarañado enmarca su belleza pura. Sus labios carnosos, incitadores de pura lujuria, invitan a ser besados. ¿Cómo he podido resistirme tanto tiempo? Me vienen a la mente muchas más cualidades suyas. Esta mujer es perfecta.

Pasar un par de días lejos de ella fue bueno para los dos. Aprendí de mi madre que cuando te invaden emociones fuertes, como el amor, el odio o la alegría, debes esperar a que pasé la euforia antes de emprender cualquier tipo de acción.

Cuando leí el mensaje en el que decía que se marchaba, tomé la escultura india como una señal. ¿Qué sentido tendría tener un objeto que representara a Bya, hermosa en su belleza y sus formas, si ella misma no estaba a mi lado?

Apenas me despedí de Bruna. Volé por la ciudad como un cohete, los segundos me parecieron horas para llegar hasta ella. Encontrarla en medio del salón, con la maleta hecha, junto a sus amigos, fue como recibir un puñetazo en el estómago.

No podía dejarla marchar, y no sólo porque soy su tutor, sino también porque la quiero a mi lado.

Es demasiado pronto para pensar en citas. Quiero dejarle claro que tenemos que conocernos. Después de todo, sabemos muy

poco el uno del otro.

Por mucho deseo que haya visto hoy en sus ojos, también hay preocupación. Sé que hay inseguridad en su cabecita. Prueba de ello fue lo indecisa que se mostró al decirme que me quería.

El masaje fue una decisión momentánea: quería que se sintiera segura entre mis brazos. Si hubiera actuado según mis instintos primitivos y salvajes, la habría cogido allí mismo cuando dijo que su cuerpo pedía a gritos el mío. Mi polla entró en erupción. Me controlé con todas mis fuerzas.

Probarlo fue mi muerte. Esa pupila es tan deliciosa. La deseaba más que a nada. Casi la tomé en mis brazos. Era maravilloso tocarla y conocer su suave piel. En mi mente pervertida, todo fue muy sexual desde el principio.

En el fondo, me he autoflagelado lo suficiente como para ser digno de conquistar lo que sé que es precioso para una mujer. No me importa si ella ha tenido sexo con otro hombre o no. Su condición actual la hace pura y verdadera. Su cuerpo muestra claramente lo mucho que me desea, pero no creo que tenga derecho a aprovecharme de ella. Estoy un poco asustado, tengo miedo de hacerle daño, y sé que no escaparé al castigo. Tal vez todo sucedió demasiado rápido. Debería haber ido primero al terapeuta y tratarme, pero mi polla seguía palpitando y me hizo olvidar todo lo demás.

Beso tu frente.

"Ya que le besaste la frente, puedes besarte también la punta de la nariz".

—¡No! Está dormida —me regaño. —Déjala en paz.

"Si no le besas, no dejarás de pensar en ello".

No puedo resistirme y hago lo que me piden mis pensamientos intrusivos.

—¡Hola! —Se despierta.

—¡Hola!

—¿Qué hora es?

—¡No lo sé! —Pura realidad, me perdí en el tiempo.

—¿No has dormido?

—No. ¿Tienes hambre?

—Creo que sí.

—¿Cuándo comiste por última vez?

—Ayer. Cida me hizo sopa.

—Estás bromeando, ¿verdad? No puedes ir sin comida.

Se queda callada un momento.

—¿Pedro? ¿Me hablas como mi tutor o como un hombre preocupado por la mujer que tiene en sus brazos?

—Hablo como los dos. Bya, yo soy uno. No hay dos Pedros. Ahora levántate y vamos a comer algo.

—No estás cumpliendo lo que prometiste.

Lo entiendo, pero ella no se da cuenta de las ganas que tengo de cumplir lo prometido. Mis testículos se retuercen dentro del pantalón. Apenas la miro. Me siento listo para tomarla, pero no puedo. Necesita ser alimentada. Necesita alimentarse, porque lo que tengo en mente requiere mucha energía.

—¿No?

—¡No! Me dijiste que cuando despertara, me harías una mujer en tu cama.

Me toca el hombro cuando intento levantarme, haciéndome ver su pico.

—Sólo lo estoy posponiendo. —Deslizo mi dedo cariñosamente por tu mejilla. —El día aún no ha terminado.

—¡Promesas! —murmura, mientras me levanto rápidamente, ignorando mis pensamientos intrusivos.

Ella va a su habitación a hacer su aseo personal y yo voy a la cocina a preparar algo para la mocosa mimada. Sonrío irónicamente al pensar en el apodo que le he puesto durante tanto tiempo. ¿Cómo será ahora? Mil preguntas rondan mis pensamientos.

Desprevenido, me abrazan por detrás. La sensación es de puro bienestar y respiro de los fantasmas que me aterrorizan.

Me doy la vuelta y le acaricio los labios. Enreda sus dedos en mi pelo. Mi pequeña pupila es irresistible. La atraigo más hacia mí, acuno su cabeza entre mis manos y exploro deliciosamente su lengua y la mía dentro de su boca. Es perfecto cómo encajan nuestros cuerpos.

—Me muero de hambre.

—Siéntate y sacaré la tapioca.

Se come la tapioca con dulce de leche con tanto gusto que el relleno se le escurre por la comisura de los labios. Mi cabeza me insta a limpiarlo con los dedos, pero me contengo.

Los momentos de brote del TOC son, por tanto, espontáneos.

—No sabía que me gustaba tanto el dulce de leche.

Provocativa, aprovecha mi observación y pasa la lengua por el hilillo blanco que sale de sus labios. Sigo sus movimientos, con la polla palpitando de deseo.

—Me encanta el dulce de leche. Deberías probarlo con tapioca. Es simplemente delicioso.

—Prefiero saborear tu dulzura. —Devuelvo la provocación.

—Sin querer ser pretencioso... creo que la combinación te sorprenderá. —Introduce el dedo en la lata y lo desliza por su escote. Siento un pinchazo en los pantalones. No puedo más, he llegado a mi límite. Decidido, me levanto de la silla.

—Para empezar, has probado el camino correcto.

—¿Funciona en otras regiones?

—Seguro que sí.

En dos pasos, estoy a su lado. Llevo sus dedos, aún untados de mermelada, a mi boca.

—Ahh!" Sus ojos se abren de par en par, creo que ese atrevimiento la pilló desprevenida.

Su hermoso pelo negro brilla suelto alrededor de sus hombros. Por desgracia, para lo que tengo en mente, necesita estar atado.

—¿Sabes que durante años le hice trenzas a mi madre? —

No le doy la oportunidad de pensar. Al primer nudo de la trenza,

gime. —Un buen *gourmet* debe convertir sus manjares en platos presentables -le susurro al oído y termino la trenza.

Se acabaron los juegos, mi pequeño alumno. Entenderás lo que significa comer un plato caliente.

—También es tu mesa. Así que no veo ninguna diferencia entre ser degustado aquí o en tu cama.

—La mesa es nuestra. Todo aquí es nuestro. Sólo nuestras camas son individuales, por respeto a tu espacio, ¿entiendes? —La hago entender apretando los nudos de su trenza.

—Mm-hmm.

Rodeo la silla y me detengo frente a ella . Su pecho sube y baja desenfrenadamente, denotando su ansiedad. Se le eriza la piel. Me gusta ver eso. Aún no la he tocado. Mis ojos la miden y los pezones de sus pechos se muestran listos para mí a través de la camisa puntiaguda. La veo sentada con las piernas cruzadas, los dedos cerca de su feminidad, y me da sed imaginarla tocándose.

—¿Sabe qué necesita un pastelero para decorar su dulce?

—¿Utensilios? ¿Bolsas de dulces?

Sonrío ante su respuesta.

—Una manga es una buena opción. Pero un buen pastelero necesita un pincel.

—¿Cepillo?

¡Linda! Cierra los ojos, intentando contenerse. Introduzco mi pierna entre las suyas cruzadas y las descruzo, colocándome justo en el centro de ella.

—Sí, es mi mermelada y es con el pincel con el que pretendo decorarla para que sea degustada.

Recojo la lata de la mesa. Cree que voy a usar la cuchara, pero se equivoca. Doy gracias por llevar chándal y no pantalones. Mi cepillo es más práctico. Me bajo lentamente los pantalones. Sus ojos se abren de par en par.

—¡No vas a hacer eso!

—¿Qué es eso? ¿El qué?

Introduzco mi polla vigorosamente en el dulce de leche y ella sisea suspiros de aprobación.

—Qué suerte la mía. Me encantan los churros. —Mueve la boca con inteligencia y yo sonrío.

—Si te portas bien, prometo dejarte probar el churro más tarde. Por ahora, estoy trabajando, y será en tu cuerpo donde confeccionaré mis deseos más perversos.

Dejo caer la lata sobre la mesa. Mis pensamientos intrusos intentan dictar las reglas, pero esta vez se ven superados por la lujuria que desborda mi cuerpo. Con un mano sujeto la cuerda que trenza su pelo y con el otro guío mi polla para que haga todo lo que yo quiera.

—Aprende, pequeño alumno, que un caramelo tiene que untarse por todas partes. No se puede dejar ningún espacio sin llenar.

Mi polla húmeda juega con sus labios, rozándolos. Intenta lamerla y yo me retiro.

—Me ofreciste el dulce. No seas codicioso.

Siento vibrar todo mi cuerpo al verla lamerse los labios.

—Déjame probar sólo un poco. —Levanta la mano y la detengo.

—Este dulce me está dando muchos problemas. —El dulce, en este caso, es ella.

Arranco el mantel de la mesa y lo tiro todo al suelo, lo que la hace gritar del susto.

—Mira el lío que has montado.

—Es tu culpa. Levanta las manos.

—¿Vas a atarme?

—Te amordazaré a ti también si no te callas.

La idea de amordazarla me atrae. Nunca una mujer había despertado en mí tantas ganas de dominarla. Sus ojos, que hace unos segundos mostraban desafío, ahora tienen un brillo ansioso.

—Estoy atrapado. —Mueve las manos.

—¡Claro que sí!

Aprieto el nudo. Siguiendo mis impulsos, no me lo pienso dos veces y le arranco la blusa. —Arrogante como la dueña. —Me paso la lengua por los labios. —Sus pechos son tan turgentes como su naricita. Estarán deliciosos cuando los unte.

—¡Vaya! ¡Eso estuvo caliente! —Ella vibra con mi actitud, y su gemido hace que mi polla palpite aún más fuerte.

—No mereces probar mi mermelada primero. No vale la pena recompensar a las chicas malas. Esa boquita descarada tuya necesita estar callada.

Le meto la polla en la boca y sonrío al ver cómo se le iluminan los ojos. Cree que me ha ganado. ¡Descarada!

Es inexperta, y eso me excita aún más. Esta inocencia hace deliciosa la forma en que Bya rodea con sus labios mis venas palpitantes.

—¡Hm! Sí, mi hermosa alumna.

Su deliciosa boca acoge mi polla con creciente vigor. Chupa y chupa con fruición, un verdadero sinfín de placeres. Siento que voy a correrme. Le saco la polla de la boca. No quiero traumatizarla en su primera vez. Se tragará mi líquido como soñé, pero cuando llegué el momento. Ahora no.

—¿Qué hace un pastelero cuando se rompe el tarro de mermelada?

—¿Improvisar?

—¡Exacto!

Despacio deslizo mi polla por su cuello, untándola con la mermelada que ella ha pasado para provocarme.

—Hiciste bien en guardar algo de la mermelada. —Tarde, mi miembro sigue pidiendo atención. No puedo resistirme y juego con sus turgentes pechos. La zorra hace muecas, se muerde el labio y yo me vuelvo loco.

—Para que veas que no soy tan mala.

—No estás mal. A decir verdad, ¡eres mucho mejor de lo que imaginaba! —Coloco mi miembro entre sus pechos y pulso el botón egoísta. Necesito estar de nuevo en tu boca. Necesito que tus labios

carnosos me den la bienvenida. Retuerzo tus pezones puntiagudos entre mis dedos.

—Se estremece y suspira. Mis manos cubren sus pechos como una concha marina. Me maravilla su suavidad y su tamaño perfecto. Ella los aprieta y atrapa, y yo aprieto mi polla entre ellos, masturbándome: ¡es *el azote* más delicioso que me han dado nunca! Con susurros guturales, la punta de su lengua lame mi glande y lo masajea con excelencia.

—¿Qué tal un poco más de dulce?

—Sí, me encantaría volver a probar este delicioso y sabroso churro.

Sus palabras son fundamentales para mi deleite e, incapaz de controlarme, libero mi chorro de placer. Ella se atraganta y una lágrima corre por su mejilla. Pero no afloja. Todo lo contrario: me chupa hasta dejarme seco.

—Tu boca es deliciosa.

No se suponía que fuera así, pero el deseo oculto que he sentido por ella durante tanto tiempo hablaba más alto.

Satisfecha y saciada, es hora de ocuparme de mi pupila, que alberga un delicioso devorador en su interior. Quiero saciarla hasta entumecerla.

Beatriz Eva

¡Caliente! Estoy simplemente marcado de por vida. Estoy saltando de alegría. Me gustaría ir por todo el mundo gritando sobre mi capacidad de dar placer al hombre que me cegó a todos los demás hombres.

No tengo mucho tiempo para pensar y ya estoy de nuevo invadida y envuelta en placer. Él está atento y hábil con los pezones de mis endurecidos pechos. ¡Dios mío! Este hombre sabe seducir. Chispas libidinosas estallan en mi interior. Su boca toma cada seno entre sus dientes, mordiendo y chupando, aliviando el dolor más delicioso que jamás he sentido. No desgarra mis calzoncillos de punto, simplemente los deja a un lado, y sus dedos me estimulan.

—Tan mojada y lista para mí...

Su aliento caliente me quema los pechos mientras pronuncia cada vez más palabras sucias que resulta delicioso escuchar.

Al mismo tiempo que ya no soy virgen y temo decepcionarlo, me da un poco de aprensión imaginarme su enorme hombría dentro de mí. Fue paciente e hizo el amor con mis labios; su miembro caliente era la carne más suave que he probado nunca. Por supuesto, estaba a la altura de sus labios y su lengua, que eran igualmente deliciosos.

Me hace sentir como una mujer. Su mujer, su pupila. Simplemente suya.

No tengo recuerdos sexuales propios, pero sé muy bien cómo gritan de excitación las mujeres en las películas, y nunca

imaginé proferir tantos susurros y gemidos.

Pedro conoce cada parte de mi cuerpo como si hubiera diseñado cada punto sensible de él. Con cada caricia siento un cosquilleo en el vientre; hoy sé cuál es el deseo más intenso. Tengo ganas de soltarme de las manos y apretarle para demostrarle lo excitada que estoy.

Esta es la palabra que domina mi ser. Excitación. Intensidad. En el fondo, creo que estoy muy por encima de eso, y él no afloja, acaricia el borde de mi vulva con sus dedos. Siento que espumo compulsivamente. Quiero sus dedos dentro de mí. Mi cuerpo se desliza por la silla a su encuentro.

—Cálmate, alumna mía. Un dulce delicioso debe saborearse sin prisas, aunque carezca de cobertura. Aún tengo en mis manos el relleno más delicioso que he probado. Eres muy sabroso.

—¿Me harás el amor? —le pregunto, ansiosa de deseo.

—Ya lo estamos haciendo, alumna mía.

¡Jesucristo! Creo que voy a explotar. Un escalofrío me recorre la espalda. Voy a morir de placer. No sé si podré contener lo que mi cuerpo quiere expulsar. Explora todos mis sentidos. Siento cómo mi cuerpo cambia con cada estímulo. Mi piel arde, enrojecida.

Me hace sentir hermosa, seductora.

El sonido de su succión sobre mi cuerpo es la mejor estimulación auditiva que jamás haya soñado.

¡No! ¡Sí! Creo que voy a morir en tus labios.

—¡Qué dulce! —Una lamida. —¡Perfecto! —Otra lamida. —¡Qué rico! Eso es, mi ángel, se contrajo en mis labios.

Sus dedos se mueven como nunca y grito con su lengua dentro de mí, invadiéndome de la forma más deliciosa y voluptuosa que jamás hubiera podido imaginar. Mis manos se liberan, el nudo perfecto que él hizo se afloja con la intensidad de mi fuerza.

Le agarro del pelo. Estoy segura de que mis uñas se clavan en él. Estoy tan cerca. La vivacidad me hace sentir lo que nunca imaginé que sentiría. Su lengua se adentra en mi interior; sus manos separan mis nalgas para dejarle libre acceso y, con el pulgar, presiona todos mis puntos más sensibles.

—Ah!" grito, hablo en voz alta sin pudor, alcanzando el éxtasis del placer y sintiéndome realizada.

Me besa con una sonrisa en los labios.

—Hoy voy a cuidarte como te mereces. ¿Recuerdas la primera vez que tuve que cuidarte?

—Sí, recuerdo cada detalle de ese día.

Digo todo esto rápidamente, aun recuperándome del subidón de adrenalina que acababa de experimentar. Tras despertar en aquel hospital y descubrir que no tenía memoria, los acontecimientos cobraron un sentido diferente en mi vida.

—¿Te imaginas lo difícil que fue darte un baño?

—¡No lo creo!

—Así que prepárate, mi pupila, porque ahora vas a tener el baño más caliente de tu vida.

Sorprendida una vez más, me encuentro suspendida en el aire entre sus brazos.

—Debería dejarte así, embadurnada, junto a un hormiguero, para que sientas lo doloroso que es que te piquen todo el cuerpo. Pero soy una hormiga egoísta y tengo en mente lavar cada parte de este delicioso cuerpo.

Capítulo 15

Pedro Salvatore

Su sonrisa traviesa es encantadora. La sorpresa la hace agitar las piernas en fingida protesta. Me siento como un cazador capturando una calesa perdida en el bosque. No puedo resistir la tentación de besarla y estrecharla entre mis brazos.

Para mí, los besos siempre han sido una forma de establecer una conexión íntima entre una pareja. El intercambio de afecto se une a la seducción. Pero con ella, besar ha adquirido un significado diferente en mi vida. Es como el chocolate para un chocolatero, una droga para un adicto, la naturaleza para un ser humano. Ya me siento dependiente de sus labios.

—Me ha encantado la idea del baño. Me siento como cinta crepé.

—¿Cinta de crepé? —pregunto seriamente, mordiéndome la mejilla para no reírme. Sabotea toda mi cordura.

—No es que pegarte a ti el resto de tu vida sea una mala idea. Pero...

—Así destruyes mi autoestima. No puedo ser tan mala como para que no quieras pegarte a mí. —Bromeo con ella mientras empujo la puerta de la ducha con la cadera y abro el grifo, mojándonos los dos.

—¡Pedro! Dijiste que el baño sería especial.

—Y lo será.

Se siente tan bien. Nuestros momentos juntos se convierten en puro disfrute. Me siento ligero, hago todo por impulso, no presto atención a mis pensamientos. Mis caricias sobre su cuerpo son atrevidas. Deslizando su cuerpo sobre el mío, la pongo en pie. Ella es como un cable desenchufado que sacude cada parte de mi cuerpo. No es difícil arrancarle de los brazos el harapo en que se ha convertido su camiseta de tirantes. Admiro su perfección.

—Si sigues mirándome así, sentiré cómo hierve el agua.

—Esa es la intención. —Sonrío con satisfacción.

—¿Vas a bañarme en mis calzoncillos, igual que probaste la mermelada en la cocina?

Su defensa siempre ha sido el ataque. La conozco lo suficiente como para saber que le avergüenza que me muerda el labio y mire descaradamente sus pechos.

—¿No me lo vas a quitar?

—No parecerás —¡Ordinario!

Se burla de mí echándose el pelo hacia atrás, mostrando sus pechos turgentes, secándose el exceso de agua del pelo que se le pega a los hombros. La detengo agarrándola por la coleta.

—Beatriz, ¿intentas seducirme? —El tiro del pelo, dejándola cara a cara conmigo. —Antes de quitarte los calzoncillos, me vas a quitar los pantalones. Me pesa en el cuerpo y me molesta la polla dura como una roca.

—La saco con placer. —Ella se agacha lentamente. —¿Así quieres aumentar la temperatura del agua? —Entiendo su pregunta.

—Vamos a pasar mucho tiempo debajo de ella, y pronto este lugar se convertirá en una sauna. Ahora haz lo que te pido.

No suelto su coleta y sigo sus movimientos. Nada me alivia y ella sigue mirándome antes de levantarse. Se pasa la lengua por los labios, como si quisiera probar lo que tiene delante. Es una provocadora nata y roza su cuerpo contra el mío al levantarse, complacida de hacer que mi erección se mueva en su busca.

—Cuando salgas de aquí, sé que vas a encender el aire acondicionado de tu habitación a la temperatura más baja. ¿Te das cuenta de que eso es muy malo para tu salud? Entonces el agua sólo estará a una temperatura deseable.

Sonríe con fuerza.

—Es curioso que no hayas puesto carteles de advertencia sanitaria en mi habitación cada vez que estornudo. ¿Cuándo vas a dejar de preocuparte por el aire que respiro?

—No lo creo", digo, divertido. —Siento haber pensado en tu bienestar.

—Pedro, haces mucho más que pensar en mi bienestar. —Se muerde los labios insolentemente, burlona.

—¡Hipócrita! ¿Cómo puedo pensar en tu bienestar ahora, cuando los deseos que tengo en mente son hacer cosas muy malas a tu cuerpo?

No sé cuándo fue la última vez que me sentí tan feliz como un niño en un parque de atracciones. Mi mirada contemplativa recorre su cuerpo tembloroso. Los pezones rosados y fruncidos me saludan y se endurecen cuando los muerdo.

—¿Te he dicho lo bonitas que son? —Paso mis dedos por sus areolas.

—Todavía no.

Su voz sale como un suspiro. No sabes cómo aumenta mi erección, parece que va a explotar en segundos.

—Déjame ver cuál es tu temperatura corporal.

Mi mano se desliza por su vientre y se introduce fácilmente en sus calzoncillos. Ansiosa, encoge el abdomen para dejarme libre acceso. Separar su coño ya se ha convertido en mi ansiolítico favorito para mis dedos locos, que se calman cuando lo invaden, resbaladizos y calientes.

—¿Para qué sirve el agua caliente si tu cuerpo está exactamente a la temperatura adecuada? —Juega con el borde de tu abertura.

El cuarto de baño se convierte en una sauna hasta el punto de derretir el mayor glaciar del planeta. Sus pantalones cortos dificultan el descenso por la parte baja de su espalda y todo se convierte en un desafío. La pongo contra la pared y tiro de cada trozo de tela, mordiendo cada parte de su piel expuesta. Me empuja el culo. Su atrevimiento me indica que será mi perdición. Como la ética de los grafiteros: ninguna mujer podrá jamás grafitear sobre mi deseo por ella. Tengo prisa por llevarla a la cama. El juego se vuelve resbaladizo, como el jabón que resbala entre nuestras manos.

—Salgamos. Nuestros cuerpos se están arrugando. —Me seco y abro la toalla, esperándola.

—¡Ah! ¡No puedo creerlo! ¿Vas a limpiarme?

—Todo para ti.

—Creo que a partir de ahora haré honor a que me llamen mimada. —Sonríe. —Y ya no quiero que me tachen de mocosa. Después de todo, dijiste que sería tu esposa. —Se tapa la boca con las manos.

¿Tu mujer? La expresión pesa en nuestros oídos. Puedo ver la duda en sus ojos. No quiero volver. Envuelvo su cuerpo en la toalla y ato el extremo entre sus pechos.

Mis manos se deslizan por las curvas del cuerpo que cubre la toalla. Antes de irnos, debo aclarar algunos puntos. No soy un romántico chapado a la antigua que quiere crear una atmósfera favorable a las revelaciones. Para mí, la verdad puede decirse en cualquier sitio, y ahora es el momento. Cierro la tapa y me siento con ella en el regazo. Debería quitarle las manos de encima, pero es imposible y al mismo tiempo quiero que se sienta segura de todo lo que voy a decirle.

—¡Beatriz! No sé qué pasará mañana cuando nos despertemos. Todo es tan nuevo para nosotros. Quiero ser honesto contigo. Nunca te mentiré sobre nosotros dos. ¿Entendido? —Ella mueve la cabeza de arriba abajo. Por primera vez desde que la conozco, veo en sus ojos la atención que necesito de ella. —Quiero que me respondas con palabras, Beatriz.

—Entendido.

—No sé de qué otra forma ser y quiero que tú también seas sincera conmigo. Cuando llegué ayer y vi que tu promesa de irte era real, algo se tensó dentro de mí. No pensé con claridad. Sólo seguí

mis instintos. ¡Te deseo tanto! Te deseo como el aire que respiro. Y puedo ver en tu cuerpo que el deseo es mutuo.

Mi mano izquierda se cuela por el hueco de la toalla y alcanza sus piernas, deslizándose hasta su raja.

—Somos adultos, y si cruzamos este umbral sin dejar pasar las cosas, las cosas se nos pueden ir de las manos y podemos salir heridos.

Acariciándole el pelo con la mano derecha, le indico la cabeza y deslizo la mano hasta su pecho, indicando su corazón.

—Son los pensamientos y los sentimientos los que hacen que las cosas vayan mal. Te conozco lo suficiente como para saber lo inoportuno que eres, pero no te equivoques: ¡este paso que vamos a dar tiene que ser consensuado! Pero aún tenemos que olvidar el pasado. No tengo miedo de afrontar lo que nos depara el futuro. Mi única preocupación es tu bienestar. Hasta ahora hemos tenido una relación entre tutor y pupilo. No dejará de existir, y es precisamente en este momento cuando todo se confunde en mi interior. No quiero hacerte daño. Quiero hacerlo todo bien.

Me calla con sus dedos temblorosos sobre mis labios. Lo dije todo como un consejo para los dos y sé que no hay vuelta atrás, que todo cambiará de aquí en adelante.

—Bésame, —le pido, esperando a que decida si seguir adelante o no.

—¿Es una orden o una petición?

—Este beso es la decisión de si quieres ser mía o no. No quiero que te equivoques. Ya te he demostrado que no soy fácil de

llevar. No soy un romántico y no soy el príncipe azul. —En sus ojos veo frustración, brillo, fuego y pasión. Sé que detrás de esta armadura hay un gatito frágil. Me mira con seriedad; mis muñecas se crispan. Tras horas a su lado, saboreo la amargura del deseo de autolesionarme.

Creo que acabé forzándome demasiado por miedo a perderla. Mis ojos se fijan en su boca, esperando una respuesta. ¿Qué he hecho? No deja de mirarme. ¿Por qué tiene que ser tan tentadora? No hablo por mí y la atraigo hacia mí. Mi lengua invade su boca salvajemente, mis brazos la rodean y ella responde a mi beso enredando sus dedos en mi pelo.

La beso como si fuera el último minuto de mis días, ya que aún no sé cuál será su decisión. Disfruto de cada movimiento; mis manos se limitan a acariciarla con ternura. Sé que el beso tiene un final, pero lo prolongo todo lo que nuestra respiración nos permite.

—Si digo que tengo dudas, ¿volverás a besarme así?

—¡No! Si tienes dudas, no volveremos a besarnos. Y olvidaremos este día para siempre.

Sus ojos brillan, acuosos. Me planteo esperar la respuesta durante segundos, abro la boca para decir que tenemos todo el tiempo del mundo, pero ella es más rápida. Desato el nudo de su toalla.

—Si no soy tuya, no seré de nadie más.

Su mirada se fija en la mía, veo en ella el amor que aún no creo ser digno de recibir y hago lo primero para que se sienta deseada: la beso. El creciente sentimiento por ella me confunde. No puedo detenerlo. No esperaba que me gustara tanto. Bya es

diferente, inteligente, divertida. Crudo y urgente, me levanto del jarrón con ella aún en brazos, apoyando sus pies en el suelo, y la empujo contra la pared, presionando su espalda el tiempo suficiente para encajar mi cuerpo en el suyo y explorar su boca, burlándome de ella y saboreando cada movimiento. Sus labios me invitan a complacerla más y más. Si ella decide que pare, tendrá que pararme.

—Te deseo más que a nada. —Mirándote de arriba abajo, admiro tu hermoso cuerpo, listo para mí.

—Y te quiero más que a nada. Ahora, por favor, bésame.

—Si te vuelvo a besar, no abrirás los ojos hasta que estés en mi cama. —Bromeo.

—Pretencioso, antes podría abrir los ojos.

—¿Lo duda?

—Supongo que tendré que verlo para creerlo.

Beatriz Eva

Mi corazón se acelera. A su lado, me siento como un mambembe, una aficionada a la seducción. El hombre destila erotismo incluso cuando está serio. *Ha llegado el momento, Beatriz. No hay vuelta atrás*.

Suspiro. ¡Cómo he esperado este momento! Tira de mi mano por la habitación. Todo lo que me ha dicho me hace darme cuenta de que el mañana es muy incierto. En el fondo, tengo miedo de decepcionarlo porque ya no soy virgen, aunque él me asegure que eso es irrelevante, pero por dentro quiero que sea mi primer hombre por derecho propio. No sé cómo ni cuándo, pero ha conseguido encender el sonido del dormitorio.

Me encuentro ansiosa. Es como si llevara toda la vida esperándole, y me invade una sensibilidad atroz. Su mirada es sexual y todos mis sentidos convergen en los suyos. Con una súplica silenciosa, desliza sus dedos entre mis brazos.

—¿Bailas conmigo, bonita alumna?

—¿Bailo?

Creo que llevo bailando a tu lado desde el día en que te vi, pienso, mientras Jason Mraz toca "Love someone". Mi cuerpo sigue al suyo en un dúo piel con piel; su suave voz tararea el estribillo. No hay una célula de mi cuerpo que no se conmueva;

todas están emocionadas y con la piel de gallina. La alegría brota de mi interior, él me convierte en un capullo de rosa listo para florecer, me calza como unas zapatillas para que pueda caminar sobre las nubes. Cada movimiento es sensual y vivo; el vaivén de nuestras caderas está en perfecta sintonía.

El amor es una cosa curiosa
Siempre que lo doy, vuelve a mí
Y es maravilloso dar con todo mi corazón
Mientras mi corazón recibe tu amor.

—Hoy será un día tranquilo y sin prisas. —Incapaz de resistirme, suspiro profundamente. Dispuesta a dejarme seducir, echo la cabeza hacia atrás mientras sus brazos me conducen al son de la melodía. Doy un paso en falso y me corrige. —Voy a cuidar tu cuerpo como necesita. —Me acerca más a él y me gruñe al oído como un lobo hambriento. —No siempre será así. —Me hace girar y vuelve a estrecharme entre sus brazos. —Me gusta el sexo carnal, vivo y sin reservas.

Sus promesas de placer me dan esperanza. Él dice que tenemos un futuro, incluso sin ninguna predicción de cómo será. Creo que las estrellas están en conflicto con nuestro mañana.

Oh, ¿no es agradable esta noche que nos tenemos el uno al otro?

Y estoy a tu lado

Más que un compañero o un amante

Soy tu amigo.

Estudio cada caricia mientras él canta y yo me retuerzo en sus brazos. Su cuerpo desnudo muestra cuánto me desea; mis manos tantean los músculos de su pecho en un vaivén delirante. Si él quiere devorarme, yo estoy dispuesta a ser devorada. Puede que sea carnal para ser nuestra primera vez, pero me emociona cómo cuida de mi cuerpo. Estoy a punto de tirarme en la cama con las piernas abiertas. Desliza su dedo por mi vientre y llega a mi feminidad. Con cada roce de sus dedos sobre mí, un escalofrío recorre mi espina dorsal.

Cuando amas a alguien

Tu corazón late tan fuerte

Cuando amas a alguien

Tus pies no sienten el suelo

Estrellas brillantes todas parecen

Para congregarse alrededor de tu cara

Cuando amas a alguien

Vuelve a ti.

El intercambio de afecto es lento y crudo, y en un abrir y cerrar de ojos estoy tumbada en la cama. Mi pecho sube y baja.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto con descaro.

—Lo que tú permitas. —Me besa el vientre, colocado entre mis piernas.

—¿Eso significa todo?

Con él inclinado sobre mí, saboreo su aroma masculino. Me roza la oreja con los labios.

Y el amor es una cosa divertida

Hace que mi sangre fluya con energía

Y es como un sueño despierto

Como lo que he estado deseando, está sucediendo

Y llega justo a tiempo.

—Eso significa que tus deseos son órdenes para mí. —Se burla de mí, jugando con mi oreja. —Pero es mejor que esperes. —Me hace palpitar el cuerpo pasándome la lengua por el cuello. —El juego previo es necesario. No quiero hacerte daño. Créeme, quiero refugiarme en ti más de lo que crees.

Boca sucia, ven a mí y me enamoraré más.

Mi cuerpo se arquea voluntariamente. Estoy hambrienta de sensaciones y no me importa sentir dolor. La euforia que siento entre las piernas no desaparecerá, así como así.

—¡He esperado tanto para esto! —Termino de hablar y me siento tímida. Me mira y se da cuenta de que, en el fondo, por muy atrevida que intente ser, me sigue intimidando.

Oh, no es agradable esta noche nos tenemos el uno al otro

Estoy a tu lado

Más que un compañero o un amante

Soy tu amigo.

—No tienes que esperar más. Y no tiene que ponerse rojo cada vez que quiera decir lo que siente. —Es impetuoso. Me afeita toda la piel con su barba incipiente. —Aquí en la cama, quiero que me des lo mejor de ti. —Su boca llega a mi punto sensible y no es tan suave como había prometido: clava sus dientes en el pezón de mi pecho, que pide su atención. —No me importa que seas una desvergonzada. —El sonido apagado de sus palabras sale mientras afloja los dientes y lame la carne dolorida. —Sin vergüenza. —Otra lamida. —Ni timidez. Sólo sé tú.

Aunque me da un poco de vergüenza y miedo, digo lo que me pide el cuerpo.

—Mi cuerpo necesita el tuyo.

—Ya lo tiene. —Esboza una sonrisa ronca y yo levanto la pelvis, traduciendo exactamente lo que mi cuerpo quiere decir. Me esquiva y me acaricia el ombligo con la lengua. Nuestra Señora de las Pupilas, ¿voy a tener que deletreárselo? Te quiero dentro de mí.

—¿Te estás ofreciendo a mí, Beatriz? Ya te he dicho que los preliminares son importantes. —Vuelve a inclinarse sobre mí, sonriendo. —¿Quieres que te penetre, Beatriz? —Su erección se desliza suave y cálidamente contra mis labios mayores, presionando mi clítoris. —Siente lo dura y preparada que estoy para ti.

Me estremezco ante la expectativa de lo que está por venir. Tengo ganas de responderle que él también se ofrece a mí. Pero mi silencio lo aleja.

—No!, —le araño los brazos mientras finge abandonar mi cuerpo y saca su miembro de mí. —Puedo esperar a estos preliminares.

—¡Así está mejor! —Su boca desciende por mi cuerpo, chupándome y mordiéndome el cuello y los pechos. No puedo soportar más este sufrimiento placentero. Sus labios torturan cada parte de mí. —Quiero sus piernas así, abiertas y dobladas. —Me deja expuesta y vulnerable.

—Grito desesperada cuando sus dedos separan mis labios mayores y su cálida lengua me lame toda la vulva. Mi cuerpo se rinde a él y se adapta a lo que me está preparando.

—¡Lista para mí!

—Sí, totalmente", repito como un mantra, enloquecida, deseándole hasta la médula. Para mi deleite, me concentro en cada sensación, y él es implacable. Alterna lamidas y succiones. La acción de su boca sobre mí es sobrehumana.

—"¡Ah!", —solté, sintiendo que mis sentidos estallaban.

Sale de mi vientre y se acerca a mí, levantándome la barbilla con el dedo para mirarme a los ojos. Me arden las mejillas.

—Me pondré el condón para protegerte.

Así lo hace, rasgando el plástico laminado entre sus dientes, mirándome fijamente lleno de íntimas promesas. Su hombría es rolliza y rígida; podría decir que gigante. No volveré a ver una vena en mi vida sin recordar las venas dilatadas de su miembro. Se arrodilla entre mis piernas y pronuncia cada acción con erotismo, encajando su erección. Ahí es donde debe estar.

—Siente cómo me adapto perfectamente a ti. Joder, Beatriz, ¡estás tan mojada! —Su hombría grande, gruesa y rígida me penetra lentamente. Toca en un tortuoso vaivén. Me estremezco, me retuerzo, todo al mismo tiempo, húmeda y resbaladiza, quiero más, sigo su intenso ritmo extasiada.

—Más", —suplico.

—¿Así? —Siento cómo me desgarra y un dolor agudo se hace presente. Una lágrima corre por mi mejilla y él retira su miembro hasta el borde de mi abertura. Durante unos segundos me mira fijamente y, con la punta del dedo, recoge la lágrima. Se hace un silencio ensordecedor. Siento su miembro palpitando en mi abertura y, en respuesta, mi cuerpo jadea en su dirección, animándole a continuar. —Estoy esperando para romperte, Beatriz. Va a ser doloroso, pero también intenso y placentero para ti.

Su retirada parece ilícita y sus sucias palabras hacen que mis nervios internos se crispen de excitación. Él lo nota y empieza a penetrarme ligeramente de nuevo en un movimiento de vaivén

desde la punta de su miembro hasta la barrera que le impide entrar hasta el fondo.

—Entonces rómpeme. Soy sólo tuya. —Se toma su tiempo, deleitándose en esperar el momento adecuado. Mi cuerpo responde y por fin lo siento dentro de mí.

—Me cobijas completamente. ¡Mira cómo he sido diseñado para caber dentro de ti!

Como el fuego que se extiende por la paja seca, se mueve lentamente y mi cuerpo se enciende por completo. Duele, quema, hace cosquillas, todo al mismo tiempo.

El ligero dolor se convierte en un leve escozor, nada que moleste el deseo de lo mucho que lo quiero dentro de mí. Él es cuidadoso, pero yo soy codiciosa, así que enrosco las piernas alrededor de sus caderas, animándole a seguir mi ritmo. Acelera, saca su miembro y me penetra varias veces. Tengo toda la atención de sus manos, que recorren cada curva de mi cuerpo.

—¡Pedro!

—¡Beatriz! ¡Ven, alumna mía!

Acelera el ritmo, se sumerge dentro de mí y la misma explosión de deseo desinhibido me hace cosquillas en todos los nervios. Mis uñas se clavan en su espalda y, cuando menos lo espero, todo explota en mi interior con una oleada de placer. Parece que me estaba esperando, porque casi al mismo tiempo, gime mi nombre con un suspiro y cae encima de mí.

Pasa mucho tiempo hasta que recuperamos la respiración. Arrastra mi cuerpo sobre el suyo. Me ha hecho un reloj y me ha

quitado todo el atraso.

—Eres un gran regalo que me ha dado la vida.

—Pensé que nunca me desenvolverías.

Sonríe.

—Esta boca tuya se ganará unos buenos azotes.

—¿Es una amenaza? —Bromeo, audazmente.

—No, es una promesa.

Capítulo 16

Beatriz Eva

¡Plim! ¡Plim! ¡Plim!

¿Es una alarma? Ahora no, por favor. Estoy en medio de un hermoso sueño.

¡Plim! ¡Plim! ¡Plim!

Sí, es la alarma de mi móvil diciéndome que son las 5.55.

¿Ya es de día? Abro los ojos y siento que me duele todo el cuerpo. La cama en la que me dormí no es la misma en la que me desperté.

Esta es mi habitación.

—¿Por qué estoy aquí? ¿Cómo he acabado aquí?

Abrazada a una almohada, subo las piernas y me pongo en posición fetal. Siento músculos en partes de mi cuerpo que nunca imaginé que existieran.

Y ahí abajo... ¿Te duele?

Sí, y de qué manera. No sé si llorar de alegría, de dolor o de alivio al despertarme y recordar claramente quién me ha causado este molesto dolorcillo. Es aún mejor que no haya sido un sueño.

—¿Pedro? —Giro el cuerpo hacia la izquierda y me doy cuenta de que la cama está perfectamente ordenada. Sólo entonces me doy cuenta de que he dormido sola.

¿Me trajo de vuelta después de que me hubiera dormido y hubiéramos hecho el amor dos veces más?

Nuestra velada fue hermosa. Nos miramos en silencio, y en sus ojos vi ternura y respeto. Sus manos impulsivas no dejaban de tocarme. Me cuidó y puedo decir que fue muy romántico, cariñoso y me dio mucho afecto hasta que me quedé dormida. Pero en el fondo me siento tan frustrada por no haberme despertado en sus brazos. ¿Por qué me llevó a mi habitación?

—¡Pedro y yo hicimos el amor! —Lo celebro. —Pedro fue el primer hombre de mi vida.

Mi Señora de los Regalos Envueltos y los Sellos Rotos, sonrío, recordando lo ogro y sensual que era al mismo tiempo.

—Estoy esperando para romperlo, Beatriz. —Le imito con voz ronca como un trueno. ¡Qué mono! ¡Qué mono mi culo!", gimo, sintiendo el dolor entre mis piernas. Es grande y grueso, de acuerdo, pero sabe moverse. En ese momento, sólo quería poner los ojos en blanco, no podía imaginar lo que sentiría después. Estaba prevenida y no lo dejé solo, y no fue por falta de advertencia.

—Mi pupila, ¿sientes cómo me dejas? —Agarró firmemente mi mano y la movió arriba y abajo por su erección. —Siente lo duro y preparado que estoy para ti, pero debes estar adolorida. Tenemos que tomárnoslo con calma. —¡Tranquilo! ¿Cómo esperaba que fuera así? Sostener su miembro palpitante en mi mano me volvía loca. Me tapé la cara con la almohada, avergonzada al recordar que yo no era nada si no estaba tranquila. Repetí los movimientos de nuestras manos y lo cabalgué con toda la furia lujuriosa que sus venas

despertaban en mi vientre, hasta que ambos estuvimos sumidos en el éxtasis.

Parece que al corazón le crecen alas y se me sale del pecho. Siento un torbellino de emociones, todas mezcladas como una macedonia. Mi cuerpo se estremece. ¿Y ahora qué? ¿Qué hago ahora?

Antes sabía que estaba pisando un campo de minas y dónde estaba cada bomba, pero ahora el mapa mental de este terreno se ha vuelto borroso. Miedo a dar un paso en falso y que todo salte por los aires.

La alarma vuelve a sonar y la apago rápidamente. No quiero empezar el día regañada por dejarla sonar varias veces antes de levantarme. Tengo sus regañinas memorizadas en la mente.

—Beatriz, ¿podrías poner la hora exacta en tu móvil? No hace falta que despiertes a todo el edificio con tonos cada cinco minutos.

Me estiro despacio y salgo de la cama, dolorida pero aún muy satisfecha y sensible por recordar cada una de sus caricias. El hombre simplemente marcó cada parte de mi cuerpo con un recuerdo vívido.

Me ducho en minutos, me cambio en segundos y, cuando voy a abrir la puerta del dormitorio, me quedo paralizada. No necesito un esfigmomanómetro para saber que me ha subido la tensión, ni un monitor holter para sentir la arritmia de mi corazón.

—¿Cómo voy a mirar la cara de Pedro ahora?

Claro que me gustaría meterme en la cama con él, pero no sé cuál sería su reacción. O besarle en el pasillo si me lo encuentro.

¡Ay! ¿Qué hago? Definitivamente, no lo sé.

Abro la puerta y camino ligero como si estuviera por encima de las nubes.

Toclof. La onomatopeya del sonido del único bate de madera suelto en el pasillo me delata.

¡Meleca! ¿Por qué no pensé en ese murciélago?

Me quedo quieta como una estatua, mirando a ver si ha oído mi pasito de elefante. Nada. Todo está en silencio. Normalmente, a esa hora, está en la cocina preparándome el café. Nunca me deja irme sin comer algo. No sé si a partir de ahora veré con otros ojos todo lo que prepara. Tal vez toda esta emoción que siento por él sea indebida, pero es un hecho que mi pecho palpita cada vez que pienso en Pedro.

Lentamente, levanto el pie y cambio la zancada. No entiendo por qué tengo tanto miedo. Beatriz, claro que sabes por qué. Tienes miedo al rechazo. He lidiado con ello durante tanto tiempo y ahora parece tener otro significado; no sé si podré soportar que me trate sólo como a su pupila.

Entro en la cocina y dejo salir el aire atrapado en mi pecho. Es un alivio no verle allí. Pero hay una sorpresa. Sobre la mesa, un desayuno recién preparado y, junto a la taza, una nota doblada en forma de flor.

—¿Pedro? —Le llamo suavemente.

Nada, sólo silencio. La jarra de zumo está sudada. Eso significa que estaba recién hecho. Hay de todo en la mesa: mermelada, tostadas, requesón. No puedo resistirme a abrir el ticket antes de comer.

Buenos días, Beatriz.

Lamentablemente hoy no pude esperarla con tapioca y dulce de leche.

Buena lección.

Nos vemos en la oficina.

PS

Te has levantado temprano, ¿eh, bombón? Sujeto la nota contra mi pecho. Mi Alf ETeimoso es muy mono. Estoy muy contenta con el sencillo mensaje. Parece que aligera el ambiente. Suspirando y motivada, le envío una respuesta.

Pedro Salvatore

Cualquier cosa que se desvíe de mi normalidad me asusta. Hasta ayer, lo único que intentaba era vivir en mi zona de confort. Vivir con el TOC era predominante para mí. De niño, hasta respirar me molestaba: aunque era fresco, el aire parecía denso. Mientras algunos amigos jugaban con las partículas del aire en el reflejo de la luz, yo huía de ellos, temerosa de las alergias, de la contaminación a mi alrededor. Sólo en la adolescencia fue fácil camuflar este trastorno. En la infancia era complicado, y hoy, por muy maduro y preparado que me sienta respecto al TOC, temo la reacción de Beatriz cuando conozca esta faceta obsesivo-compulsiva mía.

Miro el plano de un proyecto en curso sin poder concentrarme. De hecho, no puedo concentrarme en nada. Mis pensamientos van y vienen hacia esa niña descarada que puso mi vida patas arriba.

Follármela era menos importante que tenerla entre mis brazos. Me viene a la mente el contraste entre su esbelta cintura y sus redondas y torneadas nalgas, y mi polla se pone dura como una piedra. Pienso en ella e, irónicamente, mi móvil suena con un mensaje.

PD: El bocadillo está delicioso, pero eché de menos el dulce de leche. El churro se convirtió en mi plato principal. Bien hecho.

Bya

Echo la cabeza hacia atrás y me río. La mezcla de su inocencia y el descaro de su lengua la hace deliciosamente vulgar.

—Si ella supiera cuánto me hace querer ser mejor... —Sonrío, pensando en lo agradable que es que me recuerde a ella todo el tiempo. Ayer, cuando fue a buscar agua y regresó valientemente de pie en la puerta del dormitorio mirándome fijamente, mi erección cobró vida y cuanto más me miraba, más provocativo decidí ser. Me agarré la polla con la mano cerrada, vi cómo sus ojos se abrían de par en par y sus manos dejaban caer el vaso a medio camino de su boca, derramando el líquido sobre su cuerpo. Un desastre delicioso. Desagradablemente, lo disimuló deslizando sus dedos sensualmente por su cuerpo, y confieso: aun conociendo su incomodidad, fue la escena más erótica que he visto en mi vida. Me uní al juego. Me enfrenté a ella con valentía.

—¡Qué demonios, Bya! ¿El agua era para saciar tu sed o tu fuego?

—Sed. —Mostró su lengua, pero no para el juego de la seducción.

—Parece que ambas cosas. Una vez fuiste más valiente al decir la verdad.

—¿Te estás burlando de mí? —Sus mejillas rojas la delataron.

—En absoluto. A decir verdad, estoy disfrutando viéndola tocarse.

—¿Te gusta lo que ves? ¿Te gusta ver cómo se deslizan mis dedos por mi cuerpo?

—Una escena preciosa. ¿Sabías que eres hermosa cuando te desafían? ¿Y aún más hermosa cuando, aunque te sientas avergonzada, sigues queriendo provocarme?

—No.

—¿Tú no? —Me masturbo y aprieto la cabecita, sacando una gota de mí, para que ella lo vea. —¡Eres un pecado de los dioses! —La tenue luz del pasillo que se reflejaba en su cuerpo me ayudó a vislumbrar cómo se le ponía la piel de gallina.

—¿Pecado?

—Un dulce pecado. ¿Te gustaría venir aquí y dejarme reemplazar tus manos con mi lengua?

—¿Venir a ti? —Se atragantó con sus palabras cuando la amenacé con salir de la cama.

—Sí. ¡Vamos, Beatriz! Me has dado sed. Ven y sacia mi sed. —El agua fría alivió la sequedad, pero lo que realmente sació mi sed fue chuparla hasta dejarla seca.

Cuando se durmió en mis brazos y la adrenalina remitió, volví a recibir el dogma de mi responsabilidad.

Quiero ser el hombre de sus sueños. El que la caliente en el frío, la acune en su regazo cuando se sienta desprotegida y, sobre todo, que la apoye y la cobije para que nunca se sienta sola.

No tengo ninguna duda de que llegó a mi vida para quedarse. Es sólo que no sé cómo hacer que se quede sin que se asuste por mis disgustos. ¿Cómo puedo exigirle que entienda algo

que ni siquiera yo puedo entender? Siento un gran magnetismo por ella, pero al mismo tiempo que me tranquiliza, también me atormenta.

Se suponía que debía dormirme con el consuelo que sentía mi corazón tras recibir de ella el mayor regalo de mi vida, pero no. Mis pensamientos intrusivos eran más crueles y me torturaban. Varias veces a lo largo de la noche, encendí la luz del dormitorio para asegurarme de que dormía a mi lado como un ángel.

Está demasiado oscuro. Encienda la luz y vea lo hermosa que es.

—No voy a levantarme -me regaño.

Mejor enciende la luz.

Y así lo hice varias veces. La razón hablaba más fuerte, y la última vez, ella se movió en la cama. Por mucho que mi corazón deseara que estuviéramos juntos, sentí la necesidad de llevarla a su habitación.

Ahora estoy aquí royéndome de curiosidad, imaginando lo que debió pensar cuando se despertó y se dio cuenta de que no estaba en mi cama, y lo que pensó cuando no me encontró por la mañana. Fue otra decisión que consideré oportuno tomar, ya que no podía dormir y deambulaba toda la noche con manías y tics.

Golpeo la mesa con la mano cerrada.

¿Será siempre así? ¿No habría sido mejor dejarla marchar?

—La mejor puta opción. —Recorro la pantalla de contactos de mi móvil y encuentro el número de teléfono de mi psiquiatra. No me lo pienso dos veces. Me doy cuenta de que la terapia es

necesaria, pero eso solo no me ayudará. También necesito ver al médico.

—Hola, ha llegado a la consulta de la Dra. Izabel. Nuestro horario de atención es de lunes a viernes, de 9 a 18 horas. Deja un mensaje y te responderemos lo antes posible.

—Soy Pedro Salvatore. Me gustaría reservar una cita. — Apenas termino la llamada, veo el nombre de Marco en la pantalla.

—Hola, Pedro.

—Hola, Marcel. ¿Cómo van las cosas?

—Muy bien, ¿y tú? —*Aparte de que estaba telefoneando a mi terapeuta, estoy bien,* pienso para mis adentros —Parece que la última vez que nos vimos, estabas muy distraído.

—¡Todo está en tu cabeza, amigo! Créeme.

—Ya te he dicho que siempre que tengas ganas de hablar, aquí estoy.

—Lo sé, pero realmente no tengo nada que decir.

—Hoy he recibido una lista de los médicos con el material que tengo que comprar para adaptar la habitación de Victoria. ¿Puedes ayudarme a comprarlos?

—Será un placer. Envíame la lista por correo electrónico y veré qué puedo hacer. No quiero desanimarte, pero algunos equipos hospitalarios importados tardan meses en llegar.

—Hago lo que puedo por el bienestar de mi princesa.

—En cuanto tenga una respuesta, te llamaré.

—Ahora te envío la lista. Gracias, Pedro.

—¡No por eso! Salud.

Él es bajito y yo aún más. Le conozco lo suficiente como para saber que cuanto menos se diga, mejor. Marco ya está lleno de neurosis. No necesita más de las mías. Aparte de todo lo demás, necesita dedicarse a su hijita, que nació con anencefalia.

En unos instantes, recibo su correo electrónico. Para mí, el día está totalmente arruinado. No puedo concentrarme en nada. Para que el tiempo pase más deprisa, como si no tuviera nada que hacer, decido comprobar varias veces que la cerradura de la oficina modelo está realmente reparada. Encargué la reparación hace unos días, pero no he ido a comprobarlo hasta hoy. Mis pensamientos son los siguientes: me piden que registre una actividad varias veces.

Antes de salir de la oficina, envío un mensaje a Bya:

Me ha encantado saber que su dulce favorito es el churro. Eso me reta a querer presentarle nuevas delicias.

¿Cenar conmigo?

PS

Recojo mi maletín y, antes de salir, vibra mi teléfono móvil.

¡Misión imposible! Estoy prácticamente enganchado. Estoy deseando conocer su nuevo manjar.

Bya.

Sonrío y respondo.

¿Adicto a los churros o al dulce de leche?

La respuesta es automática.

En ti.

Me rompe las piernas. Ese pequeño alumno me va a matar.

Beatriz Eva

Contaba los minutos de la mañana, maldecía los segundos de cada nombre, pero la hora no pasaba.

Respondí a todas las preguntas posibles de Beggo y Elaine. Por supuesto, Beggo me maldijo más de lo que me escuchó, porque no le di ninguna noticia. Es decir, maldijo hasta que oyó suspirar a Elaine.

—¿Tú qué?

—¿Era virgen?

—Virgen Santa, qué agujero más profundo.

—Elaine, ¿puedes conseguirme la condicional si mato a una libélula?

—Beggo, eres tan malo. ¿No te das cuenta de que es una posibilidad muy plausible después de todo lo que ha pasado con Bya?

—Plausible sí, aceptable nunca. Tardó demasiado. ¡Pobre tío! Qué lío habrá tenido, ¿eh? —Le hago una mueca. Al diablo con el tío. —Si lo hubiera sabido de antemano, me habría ocupado de esta pureza hace mucho tiempo con mi trituradora.

¿He oído eso?

—¡Patéala, Bya, es macumbé! —Elaine se burla y yo rectifico.

—Fuera de aquí, buitre cara roja. Aquí, en este patio, no pasas por un pollo negro.

—¡Maltratar de verdad! —Se lleva las manos al pecho, dramatizando. —Yo también os quiero. Ahora déjate de tonterías y cuéntanos cómo la plaza del tío grande modeló tu pureza. Porque, reconozcámoslo, es arquitecto, y estamos hartos de saber cuáles son las principales herramientas de un arquitecto: un ojo para ver, una mente para pensar en hacer cosas bonitas y una mano para representar todo lo que los ojos y los pensamientos tienen en mente. Agárrate a mí, tío grande, ¡mi cuerpo es todo tuyo!

—No detalles.

Beggo simula una puñalada en el pecho con una sonrisa malévola.

—Entonces sólo cuenta las sórdidas.

Les he contado lo esencial. El resto se lo he dejado imaginar. Sólo porque saben cuánto tiempo llevo enamorada de Pedro y porque estaban en casa después de todo el lío que había montado. Y, por supuesto, porque no quiero que piensen que esta historia es como *La dama y el vagabundo* o La chica buena y el chico malo. En el descanso entre clases, di gracias al cielo por el rápido cambio de profesores. Así evitaba más conversaciones colaterales sobre mi intimidad.

En la oficina, vuelvo a quedarme con las ganas. Consigo poner en marcha algunos proyectos y hacer algunas llamadas.

El teléfono apenas suena. Nuestros clientes suelen ser remitidos por otros clientes más activos, que suelen llamar por el móvil. Hoy, sin embargo, una mujer extraña ha llamado dos veces a Pedro. Confieso que me intrigó, pero fui profesional y seguí el consejo de Pedro de no confundir las cosas. Lección dada, ¡lección

aprendida! Puede que me invada la curiosidad, pero no volveré a preguntar o especular sobre ninguna de sus clientas después del lío que monté aquella vez. Ahora prefiero vivir en la incertidumbre a que pierda otro contacto.

Tengo total libertad para salir de la oficina en cualquier momento si lo necesito, pero saber que Pedro está fuera comprobando algún trabajo hace que mi sentido de la responsabilidad me retenga allí hasta el final de la tarde. Y en cuanto cuelgo el teléfono, me arrepiento de haberme quedado hasta el último minuto.

—Salvatore Arquitectura, buenas tardes.

—Hola, Pedro, por favor. —Es la voz agria de nuevo.

—No está. No volverá a la oficina hoy. ¿Quiere dejarle un mensaje?

—Dile que Izabel Pinheiros le devolvió la llamada. —Levanto una ceja en señal de advertencia. —Me llamó antes y no pude hablar con él.

—¡Ah! ¿Ha llamado? ¿Hay algún proyecto pendiente?

—No. Es privado. —*¿Privado?* —Sólo dígale que mañana estaré aquí todo el día. Si quiere, puede venir directamente. Esperaré.

¿Y puedo saber dónde? Tengo ganas de gritar al teléfono. Estoy tan enfadado que no dudaría que, si apareciera ahora delante de mí, lo convertiría en eunuco.

—Te daré el mensaje en persona. —Cuelgo el teléfono resoplando.

¿Así que es eso? ¿Pasa toda la noche conmigo y es a Izabel a quien llama a primera hora de la mañana?

¿Me invitó a cenar? Pues prepárate, Pedro. Yo también soy un reputado *gourmet*. Sé preparar platos muy interesantes. Una verdadera delicia picante: churros rellenos de guindillas. Una pequeña receta demencial en la que el cocinero arranca la piel que recubre el ingrediente principal y deposita allí granos de pimienta, decorando con una espolvoreada de pimienta negra.

En cada hombro hay un angelito susurrándome al oído. Uno me dice que no saque conclusiones precipitadas; el otro, que es un cabrón para el que nuestra noche no significó nada. ¿Adivina a qué angelito escucho?

Capítulo 17

Pedro Salvatore

Así es como sé ser.

Una tarde productiva. Encontré casi todo el equipo y los muebles que Marco me pidió. El tío va a pagar mucho dinero. Sé que su situación económica es desahogada, pero me sentí obligado a ser útil para que no tuviera que pedirme nada en caso de necesidad. ¡Quiero a esa estrellita como a una sobrina! A diferencia de muchas cabezas pensantes que no me transmiten ningún tipo de emoción, ella es diferente, aunque sea una niña anencefálica. Puedo ver su fuerza para vivir; es una pequeña guerrera que ha estado enseñando a la medicina y a todos nosotros que la vida tiene sus secretos y misterios. Siempre salgo renovado y esperanzado de cada visita que le hago. Durante los últimos meses de vida de mi madre, apenas pronunció palabra. Pero fue en sus ojos donde vi el verdadero amor. La pequeña Vitoria siempre muestra su determinación de vivir, mientras que en los ojos de mi madre vi su deseo de morir. Contradictorio, ¿no?

En casa, afeitado y duchado, vuelvo una y otra vez al cuarto de baño para asegurarme de que la ducha está realmente cerrada. Pienso en mi primera noche con Bya. Qué guapa era y qué libre era para amar. Cómo me hubiera gustado decirle lo que sentía mi corazón, pero pensé que era prudente guardar ese secreto para otro momento. En el fondo, sé que es muy romántico decirle palabras

dulces a una mujer durante el sexo, pero yo no funciono así. Vi todo el sufrimiento de mi madre. Se enamoró de un hombre que declaraba falsos sentimientos, sólo para complacerla y conseguir lo que quería. El gusano tuvo éxito y le impidió ser feliz el resto de su vida. Beatriz se merece algo mejor que eso. Quiero demostrarle mis sentimientos con comportamiento. Cuidándola y respetándola, como creo que debo hacer. Pero... Me parece egoísta.

Tío, dice que te quiere. Sí, y es precisamente por eso que quiero que ella experimente el amor, en lugar de sólo sentirlo.

—Mocosa de mi vida, ¡cómo me gustaría hacerte feliz! —Me encuentro hablando con el lienzo con tu perfil dibujado al carboncillo, un recuerdo que compré para ella en una feria cultural. —Aún no lo sabes, y he luchado contra ello durante mucho tiempo, pero en muchos sentidos eres la primera mujer de mi vida. Eres la primera que me hace querer ser mejor. Eres la primera que invadió mi corazón y aún lo ocupa espaciosamente, permitiendo sólo que bombee sangre por todo mi cuerpo para converger con la inmensa pasión que siento por ti. —Sonrío al recordar tu espontaneidad cuando posaste para el artista que consiguió moldear toda tu impulsividad en la imagen.

Con mi ajetreada mañana, ni siquiera me di cuenta de que mi teléfono móvil estaba muerto. Pasé la tarde prácticamente mudo, y sin poder cargarlo porque iba en moto.

Después de cargarlo, compruebo los mensajes, y hay varios de Izabel. Me gusta la rapidez de mi psiquiatra. Simpaticé con ella desde el principio. Tenía miedo de la receta que me dio en la

primera cita. Pero me convenció pacientemente de que la terapia por sí sola no serviría de nada y que el objetivo era mi bienestar.

La palabra "psiquiatra" siempre ha sido un tema delicado para mí. Crecí escuchando insultos y malentendidos de ese gusano... En fin, este es un tema muerto. No quiero pensar ni hablar de ello. Por eso me he distanciado de Izabel. Ella sabe que cuando acudo a ella es porque estoy mal de la cabeza y, como buena profesional, se desvive por ayudarme.

Izabel (14:42): Hola, fugitivo. ¿Me has llamado?

Izabel (15.25): No pude localizarte en tu móvil, así que llamé a tu oficina también. Estaré aquí si me necesitas.

Izabel (17.15): Me encantó su secretaria; es simpática y curiosa. Por desgracia, no pude encontrarte, pero si me necesita, llámeme.

¿Le ha dicho a Beatriz que es mi psiquiatra? respondo enseguida, preocupado.

Pedro: ¿Cómo es que me llamas fugitivo? ¿Conoces todos mis números? ¿Tienes un horario para mí?

Me siento a gusto con la Dra. Izabel. Sus citas nunca son aburridas. Tiene el don de la compenetración, y eso me ha ayudado mucho, porque para mí la medicación era una alternativa que no me convenía. Hoy sé que me ayuda más de lo que me hace dependiente. Prueba de ello es que llevo cinco años sin tomarla. Pero siento que ha llegado el momento de retomar el tratamiento. Me desplazo hacia abajo, atraído por los nuevos mensajes.

Llega la respuesta de Izabel.

Izabel: No suelo atrapar a mis pacientes fugitivos. ¿Cuándo quiere verme?

Lo antes posible.

Se toma unos minutos y responde.

Izabel: ¿Mañana a las 14:30?

Pedro: ¿Podría ser por la tarde? Tengo un cliente cerca de esa hora.

Izabel: ¿A las 7 de la tarde?

Perfecto.

Cida lo tenía todo preparado. No pedí nada especial para no levantar sospechas; simplemente llamé y dije que Bya y yo cenaríamos en casa. Sonrío pensando en lo patética que debo de haber sonado, porque Cida siempre deja la cena preparada para los dos. Incluso pone la mesa. Voy a la cocina a echar un vistazo y, para mi sorpresa, hay escondidinho de carne seca, un plato al que no me puedo resistir. En la nevera, mousse de chocolate con guindilla.

¡Maldición! Hoy nos ha complacido a los dos. A Bya le encanta este postre. La combinación de dulce y salado es lo suyo.

Me siento como un adolescente; la mano se me calienta y me suda. Es curioso porque esto es algo habitual, o casi. Vivimos en la misma casa, trabajamos juntos, vivimos juntos desde hace mucho tiempo. Así que no entiendo qué ha cambiado.

Sentado en el sillón, con el móvil aún en la mano, oigo cómo la puerta se abre y se cierra lentamente. No quiero parecer demasiado ansioso, así que sigo jugueteando con el aparato. Ella no hace ningún movimiento, así que, loco de ansiedad, mis ojos la

buscan y la encuentran allí de pie, apoyada en la puerta. Sus mejillas rojas y la punta de su nariz respingona no me dan buena impresión.

La bipolaridad no es una de tus características. Momentáneamente, estoy indeciso. Parece una guerrillera librando una batalla interna poco convencional. ¿Qué le pasa a mi pupila?

Pedro y Bya

(Reflexiones)

No puedo moverme. Siento una mezcla de emociones al verle sentado en el sillón como un rey, esperando la llegada de su súbdito. Hermoso y viril. Sonríe, pero no le correspondo. No tengo ganas de divertirme, Pedro, no antes de saber quién es esa tal Izabel.

Lo averiguaré, aunque tenga que llenarte el churro de guindilla.

Parece un modelo de dentífrico. Si su sonrisa no fuera tan cínica, me encantaría sentarme en su regazo como Papá Noel y pedirle un orgasmo como regalo. Pero mi deseo es darle vueltas y vueltas en su sillón hasta que se maree y pida ayuda.

—Hola", —la miro, esperando una respuesta sencilla. Su rostro no es amistoso. Parece estudiarme, analizarme, inquieta. Pero si sólo tuviera en cuenta el brillo de sus labios humedecidos, diría que está deseando un beso ansioso, caliente y apasionado. Cada minuto me hace desearla más. Sus ojos no reproducen esta imagen y prácticamente me evitan. —¿Todo bien en la oficina? —le pregunto. Su silencio me molesta y me preocupa.

—Todo. —Aparte del hecho de que una vaca te ha estado buscando toda la tarde para pasearse por tu prado. Por lo que sé hasta ahora, fuiste tú quien buscó a la vaca primero. No puedo entender por qué, después de la noche que tuvimos.

—¿Ha pasado algo? —¿Qué ha mordido a este diablillo? Conozco esa mirada. Algo no va bien.

Ha sucedido. Eres una ninfómana. Que me cogió por sorpresa toda la noche, me hizo poner los ojos en blanco y recordarte todo el día anhelando tus manos en mi cuerpo, y luego por la mañana, insatisfecha, se fue a buscar a otra. ¿Crees que tengo sangre de cucaracha? ¿Que me gusta esto del poliamor? Si piensas eso, te equivocas. Este plato es sólo tuyo, no puedes cambiarlo. Ahora, si prefieres probar otras recetas, busca otro restaurante, pero intenta ser más selectivo. La mujer tiene voz de pepino encurtido, y eso puede darte acidez. ¿O has olvidado que, además de alérgica, tienes gastritis?

—¡No ha pasado nada! —Levanto los hombros. Vete con tu mirada de calzonazos. Deja de mirarme así. Ahora tengo furia en el pecho y me muero por condimentar tu churro. —Necesito una ducha. —Intento huir para no quedar hipnotizada por él.

—¿Esperándote para cenar? —La pequeña pupila me retuerce las pelotas. Su intento de hacerse mujer de hierro contradice su cuerpo, que parece querer fundirse sólo con mi mirada. Es muy transparente y contradictoria. No sé lo que pasa, y creo que no me gustaría saberlo.

—Tú lo sabes mejor que nadie. —Me encojo de hombros una vez más, tratando de mostrarme indiferente, pero no desaprovecho la oportunidad. —Por cierto, Pedro... —Aparto la mirada, salivando. ¿Por qué tiene que mirarme la boca? ¿Estoy babeando como una perra loca? ¡Maldito seductor! —Isabeeeel, tu amiga, lleva toda la tarde llamándote. —Estás sorprendido, ¿verdad? Espera a que

condimente tu virilidad. Entonces será una sorpresa. —Debe ser urgente. Dice que es privado -digo arrastrando las sílabas. —Llámala -dije, sólo para burlarme de ella. —¡Ah, no! —ironizo. —Se me había olvidado. También dijo que te devolvía la llamada de antes. Incansable, ¿verdad?

¿Qué aspecto tienes, Pedro? ¿Creías que no me iba a enterar de nada? He visto que tu amiguita es como un *condimento de* pepino: se acerca al borde del vaso para que la devoren primero, pero yo tengo cuidado. Quiero limpiar el desastre antes de que ocurra.

Me echo el pelo hacia atrás y salgo, deseando dejarle. Si quiere cenar conmigo, tendrá que volver, pero antes tendrá que explicarme por qué ha llamado antes para pedir el pepino en vinagre. No quiero salir de esa habitación por voluntad propia; si lo hago, arderá en lágrimas.

—¿Beatriz Eva? —Giro el sillón hacia ella y la detengo con voz firme antes de que llegue a la puerta del pasillo. Esta mocosa no puede actuar así. No tengo paciencia para lidiar con caprichos. Puedo ver el bordillo de su perfil, ¿es ése el problema? —Eso no significa que todas las llamadas privadas que recibo sean de amigos", respondo con seriedad y voz gruesa.

Vete a la mierda, Pedro, con tus lecciones de moral.

—¿No? —Sonrío, libertina. —¿Qué puede ser privado, entonces? Lo sé. ¿Tener una aventura de una noche con una mujer, dejarle una nota impersonal por la mañana y luego llamar a una desconocida sólo para oír su voz? En serio, eso sólo debería ser casual. Una simple llamada. Privada, pero simple, a un extraño.

Murmura. No me voy a volver contra ti, Pedro. No te muevas. Respóndeme de una vez quién es este pepino, porque si me doy la vuelta, lo haré en dirección a la cocina y no me importará coger el primer vaso de guindilla que vea.

—No estás siendo...

El pez muere en su boca, y no puedo soportarlo.

—¿Ser qué? ¿Racional? —De todos modos, me vuelvo hacia él con las manos en las caderas. —Dime, Pedro. ¿Quién es Izabel? —pregunto, irónicamente. —Déjame adivinar. ¿No es una amiga? Pero, ¿por qué una amiga, verdad, Pedro? No necesariamente hay que ser amigos para intimar con alguien. —Me pregunto qué clase de mujer es la voz de pepino. Debe tener cara de lata, y eso me da más rabia, me duele, pensar que prefiere a las mujeres mayores. El miedo y la inseguridad de ser más joven que él siempre han sido mi muerte.

No sigas por ese camino, Beatriz. Tus neurosis ya nos han alejado demasiado. ¡No soy un maldito niño!

—¿En qué estás pensando, Beatriz?

—No pienso en nada. No hay argumentos contra los hechos. Es decir, sí, los hay. Es sólo que prefieres cuestionarme a decirme por qué llamaste a tu soldado raso como se llame.

Ahora el lobo de sus ojos está rabioso. Sin decir una palabra, hermoso, viril y lascivo, parece condenar mi respuesta o pensar en una. Si él lo quiere así, me voy al baño. Que siga con su Alzheimer intentando recordar lo que puede responderme. Pero cuando le doy la espalda, su voz ronca me responde.

—No me has preguntado por qué llamé a Izabel. Me estás acusando de algo que no he entendido hasta ahora. —Escupo las palabras, molesto.

—¿No lo entiendes? Entonces lo interpretaré.

Le señalo con el dedo, luego me señalo a mí misma, muevo el cuerpo hacia delante y hacia atrás, simulando un buen polvo, pongo cara de satisfacción y finjo que me he dormido. Enrosco los dos dedos índices, señalando la línea del tiempo, le señalo de nuevo con el dedo y a mi teléfono móvil. Le imito llamando y luego teniendo sexo también con otra persona. Por último, le muestro el dedo corazón. Ya está, Pedro, no tengo que llamarte gilipollas para dejar claro lo que quiero decir.

Se ríe como nunca, el muy descarado. Incluso echa la cabeza hacia atrás. No es una risa divertida; es incluso sarcástica. ¿He ido demasiado lejos? ¿Quieres saberlo? A la mierda.

—Tú no existes. Sigo sin entender lo que intentas decir. —Ella no lo hizo, ¿verdad? ¿Qué hago con el alumno? —¡Qué imaginación tan fértil! Felicitaciones, su actuación fue digna de un Oscar. En la categoría de Disney erótico, por supuesto.

¿Así que soy infantil? Da una palmada y me quedo ciega.

—¡Ya está! ¿Ahora vuelvo a ser una niña mimada que se enfada porque no puede compartir su churro?

Definitivamente no entiendo o prefiero no entender lo que está insinuando.

—No te preocupes. No tengo intención de comprar un carrito de churros. Soy feliz con mi trabajo. Puedes quedarte con la receta.

—Rechazo la oferta. —Hago una expresión de desdén. —Ya ni siquiera sé si me gusta tanto esa dulce miel.

—Mide tus palabras, Beatriz. —Me siento ofendido, pero me contengo. Me levanto y ella da un paso atrás. Intento romper este ambiente, que no nos va a llevar a ninguna parte; al contrario, es muy peligroso, podría conducirnos a un camino sin retorno. —Un *sibarita* podría ofenderse ante semejante provocación. —Me coloco frente a ella y, mucho más alto que ella, la mido de arriba abajo. Mi polla no tiene cabeza pensante, ya que se endurece al instante. Sólo oler su aroma a rocío me dan ganas de coger esa lengua que no me cabe en la boca y hacer que se hunda en mis labios. —Si el plato servido era demasiado dulce, hágamelo saber. Tengo otras recetas que le permitirán atiborrarse igualmente.

—¡Lame a Izabel! Por su insistencia, debe estar necesitada.

Mi impulsiva alumnita, sea cual sea la relación que empecemos a tener, tienes que tener más fe en mí. Quiero serte fiel. Te juro que eso es lo que más deseo, pero primero necesito fortalecerme, tener la voluntad y el valor suficientes para abrirte mi corazón por completo.

Definitivamente no es el momento adecuado para decir quién es Izabel . Mis manos se cierran en puños, mis uñas se clavan en ellos. Algunos pensamientos intrusivos intentan condenarme, recordándome la advertencia de que nuestro acercamiento no funcionaría. Mi deseo de abrazarla y decirle que no hay nadie más en mi vida que ella es detenida por un imán que congela mis dedos en un gesto flagelante.

—¡Bya! En primer lugar, no te debo ninguna satisfacción por todo lo que hago. ¿Tuvimos una noche encantadora de hacer el amor? Sí, pero, aun así, no necesitamos revelar todo lo que hacemos. Lo que tenemos que hacer es respetarnos mutuamente. ¿Entiendes, mi ángel? En segundo lugar, Izabel no es mi amiga, y tampoco tengo intimidad sexual con ella. Eso es todo lo que necesitas saber. Si prestaras más atención a mis actitudes, verías que no soy un patán que sale con una mujer todos los días. Lo que tuvimos anoche fue hermoso e íntimo. Llevo soñando con ello desde que vivimos juntos. No pierdas el respeto que te has ganado con niñerías e inseguridades. Has hecho muchas cosas mal y hasta hoy te he perdonado. No te imagines que cada mujer que se cruza en mi camino es una devoradora. No seas demente. —Cierro los ojos. —Ve a ducharte, Beatriz.

—Lo haré. Así podrás llamar a tu amiga y llevarle los dulces que ya no quiero.

—No inviertas los valores. No me atribuyas tu incredulidad en ti misma. No soy tu puerto seguro, Beatriz. Soy un hombre que hasta hoy te respetaba. Ahora veo que lo que pasó anoche no significó lo mismo para ti que para mí.

—¿Y lo que pasó anoche fue amor? —No necesitamos tocarnos, el calor de tu cuerpo me abraza. Me siento la peor persona, veo sinceridad en cada palabra que dices. Tonta e infantil: eso es lo que soy. Tengo ganas de llorar, se me hace un nudo enorme en la garganta.

Doy un paso adelante y mis brazos la atrapan en la puerta del pasillo. Quiero que vea en mis ojos la importancia de lo que nos

ha pasado, pero que su desconfianza e inseguridad han puesto en peligro lo que no ha hecho más que empezar. Atrapada, me mira expectante. Lo que más deseo es cerrarle la boca con un beso, pero no puedo hacerlo. Si no, lo pondría todo en peligro. Nunca me ha visto con nadie. ¿A propósito? No. Simplemente no pasó, no pasó, porque en el fondo supe que era la mujer de mi vida en cuanto la vi. Divertido e irónico, pero también puro y verdadero. No elegimos quién llenará nuestros corazones. Simplemente sucede. Nunca fui el romántico que ella imaginaba, pero fui suyo desde el momento en que la conocí. El trabajo continuo fue una válvula de escape utilizada para esperar el momento adecuado para tenerla entre mis brazos. Hasta el día de hoy, sufro una lucha interna que sólo yo sé lo que me hizo sentir y atravesar.

—Quizá, Bya, lo que pasó ayer ya no importe tanto", digo, derrotado.

Su llanto silencioso no muestra su debilidad. No me gusta verla sufrir. Es lo menos que he querido. No fui cobarde, fui cauteloso. Hemos sufrido separados, no soy tan desalmado como para no darme cuenta. Pero esta vez, a diferencia de cuando preferí alejarme para no enfrentarla, decido enfrentarla.

—Bya, no soy tu osito de peluche, soy más como el lobo feroz. No soy tu padre. Creo que me confundes con una referencia masculina en tu vida. Me asignaron para cuidarte, sí. He honrado mi papel, y pretendo hacerlo por el resto de mi vida. No esperaba quererte tanto como te quiero. Pero basta, Beatriz, no voy a dejar que te aferres más a mí. No dejé que te fueras porque quería que te quedaras y entendieras que todo era por ti. Beatriz, descubre quién soy yo para ti. No vamos a vivir más el tal vez.

Soy yo a quien da la espalda. Tengo una lucha interna, mis duras palabras la hacen sufrir, vi la inseguridad y el miedo en sus ojos llorosos, y me cortó el corazón. Mi autoflagelación habla más alto.

Encerrado en mi habitación, me destruyo, me castigo, mis pensamientos concluyen que no le aportaré nada; al contrario, sólo la heriré y la avergonzaré.

No fue falta de aviso. Ya sabes lo que tienes que hacer, ¿no?

Y lo hago, sin remordimientos. Porque así es como sé ser. Castigándome por lo que soy.

Capítulo 18

Pedro Salvatore

Pasé la noche como un perro vagabundo con frío. El agotamiento y la imagen de su rostro decepcionado me helaron la sangre, provocándome pesadillas. Primero vi a los niños riéndose de mis travesuras, luego la cara del hombre que decía ser mi padre desaprobando mi inocente forma de manejar mis pensamientos. Para colmo, vi la imagen de Bya mirándome con cara de lástima. No hay nada más doloroso que ver decepción en la cara de una mujer, cuando tu piel aún tiene su aroma.

No fue fácil tomar ninguna medida. Al contrario, me dolía en el alma decirle que tal vez, cuando quería decirle toda la verdad.

Después de no haber dormido más de dos horas, me despierto con el ruido de portazos y de ella paseándose pesadamente por el piso. Al instante, mi cuerpo se levanta. Miro el reloj y veo que ha madrugado. Nunca he fallado con su desayuno. Tengo que prepararle algo de comer, pero la razón me lo impide y vuelvo a tumbarme en el colchón.

—Tengo que ser firme. Tiene que valerse por sí misma y apreciar quién soy y lo que soy.

Pasan los minutos y no la oigo entrar en la cocina. El matón me roba el sueño y la paciencia. ¡No te irás de casa sin comer! Se las arregla para preocuparme. Sé que no come nada en la

universidad y menos cuando está enfadada. Salto de la cama, molesto.

En el sofá están su bolso y su llavero, que recojo y guardo conmigo. Los usaré como excusa para que vaya a la cocina a buscarlo. Sé que eres exigente. No me lo pondrás fácil para comer.

Mientras la tostadora funciona, acelero el *capuchino* en la Dolce Gusto. Mis pensamientos intrusivos burbujean, insistiendo en que compruebe la tostadora cada segundo. Intento distraerme y concentrarme en el sonido procedente del salón.

En el fondo, me siento artero y sonrío ante mi estrategia. Por sus movimientos me doy cuenta de que está buscando las llaves.

¿Creías que te irías sin comer? Estabas equivocada, alumna rebelde. Con la naturaleza y el destino no se juega. No sabemos lo que puede pasar cuando salimos de casa. Pueden ocurrir imprevistos y, con el estómago vacío, las cosas sólo se complican. Así que desata ese nudo que tienes en el esófago y ven a alimentarte.

Se da por vencida y entra en la cocina. Sigo comiendo y, de reojo, la veo coger la servilleta del fregadero y mirar cerca del microondas. ¿Su perfume es una droga o un afrodisíaco? Intento permanecer indiferente ante ella, pero mi cuerpo responde con excitación. Desde esa posición, sólo puedo ver sus nalgas turgentes moviéndose de un lado a otro.

¿Te has levantado demasiado perezoso para ser amable? ¿No has aprendido que el mal humor no tiene nada que ver con los buenos modales? Ella no dice buenos días, y yo tampoco.

—¡Maldita sea! ¿Dónde ha ido a parar ese llavero?

—¿Me estás hablando a mí?

—No.

—¡Qué pena! Creí haberle visto.

—¿dónde?

—¿Cómo?

—El llavero.

—¿Qué pasa con él?

—Lo he perdido.

—Quizá lo encuentres con el estómago lleno.

—Me desperté sin hambre.

—Así que lo hice bien.

—¿Escondiste el llavero?

—Me lo quedé.

—¿Por qué?

—Porque a veces eres demasiado previsible y necesitas comer. —Me apetece obligarte a sentarte y obligarte a comer.

—¿Dónde está?

No contesto y mi silencio la convence de que se siente. Coge su taza de la tetera y bebe en silencio. De nada. Espero que esté a la temperatura que le gusta a la señora. Casi sonrío de placer al verla comer. No tenías hambre, ¿verdad?

Me levanto de la mesa, enfadado. Nada de lo que dije ayer funcionó. Mimada y berrinchuda, eso es lo que es.

Si ella quiere ser muda, yo prefiero ser sordo. Tiro el llavero sobre la mesa y la dejo con su desayuno.

Vivir a su lado significa tener siempre los sentidos a flor de piel. Cuidar a una mujer en formación y sentirme atraído por ella nunca fue aceptable para mí. Realmente era una guerra de nervios.

Aceptar sus caprichos y rabietas fue un reto para mi paciencia. Siempre he sido comedido y tolerante. Podría haberla corregido varias veces, pero eso habría ido en contra de lo que soy. En mi ignorancia sobre cómo afrontar los hechos, preferí dejar que la vida le enseñara con sus errores. Pero creo que me equivoqué.

La noche que pasamos fue un gran paso. Para mí no ha cambiado nada de lo que siento, pero Bya tiene que darse cuenta de quién soy para ella. ¿Nunca se ha dado cuenta de que prácticamente vivo y respiro su aire desde que llegó a mi vida?

¿Me habría abierto a ella si las cosas hubieran sido diferentes? No sé cómo responder a eso. Lo que sí sé es que no me sentí bienvenido a decirle la verdad. Llegó armada y decidida. Nada de lo que le dijera habría funcionado en aquel momento. Sólo quería enfrentarse a mí, medir sus fuerzas donde no tenía que hacerlo.

Me quedé ciego y la pena fugaz habló por mí. No acepto imposiciones. Creo que por primera vez la cuestioné con todas las objeciones e inquietudes que tenía sobre entregarme a esta pasión.

Sé que me quiere, no lo niego, pero ¿de qué manera? ¿Como hombre? ¿Como su juguetito? ¿Como una figura masculina? De ninguna manera quiero que me vea como un padre. Quiero que me quiera como un hombre, como su macho, como su puerto seguro.

Sé que he estado haciendo todo lo contrario a lo que me dice el corazón, pero ahora no depende sólo de mí. Si alguna vez volvemos a estar juntos, tendrá que darse cuenta de que sus caprichos no funcionarán.

Espero que se decida sobre lo que significó para ella y, por eso, creo que mis pensamientos de anoche son los correctos. Voy a alejarme. Voy a sufrir como un perro sarnoso. Renunciar a saber dónde y con quién está no será fácil. Pero ella necesita volar, vivir independiente. Creo que, en el fondo, la he asfixiado.

Prueba de ello fue el desayuno. Sólo se lo comió porque se lo dejé todo preparado.

Si ella quiere irse, sufriré mucho. Pero esta vez no la detendré. Ya es mayorcita y sabrá lo que es mejor. Si prefiere huir a enfrentarse a sus inseguridades, es su problema. Probablemente no es así como descubrirá lo que quiero decir en su vida. Si una pareja no puede vivir junta para compartir sus compatibilidades e incompatibilidades, tampoco lo descubrirá. No creo que sea a través del anhelo como se descubren ciertos sentimientos. Pero eso se lo dejo a ella para que lo decida. ¡No más imponer mi presencia en su vida! Si se queda, estará sola.

Miro al cielo, nublado como mi vida, y renuncio a ir a trabajar con Caballo de Acero.

—Amigo, hoy te has quitado una de esas cosas de encima.

Todavía por la mañana, decido exorcizar mis pensamientos y agradezco la decisión de llamar a Daniela, mi terapeuta, y pedir cita. Después de lo de anoche, sé que he llegado a mi límite. Todavía puedo sentir las dolorosas marcas en mi cuerpo y en mi alma. Los

pensamientos intrusivos son cada día más persistentes. La salida que busco con la autoflagelación no funciona.

Si se trata de un nuevo tratamiento que me va a sacar de la miseria, estoy dispuesto a afrontarlo.

Bastaron los primeros minutos de la consulta para que lo vertiera todo de golpe. Desde la persistencia de mis pensamientos intrusivos hasta mi autoflagelación por los sentimientos que Bya despierta en mí.

—Pedro, me doy cuenta de que necesitas terapia. Pero una cosa llama a la otra y, en algún momento de nuestras sesiones, necesitaré saber más sobre tu relación con Beatriz.

—¿Qué tiene que ver con mis trastornos?

—También es mi paciente. Y por lo que me has contado hasta ahora, en teoría, sé que no es asunto suyo. Sin embargo, necesitaré saber más sobre ti y eso no me impedirá preguntarte sobre tus sentimientos hacia ella. A menos que estés pensando en ir a terapia de pareja.

—No", —respondí espontáneamente.

—En ese caso, creo que será mejor que busques otro profesional. Tengo algunos colegas excelentes a los que recomendarte. No puedo hacer las dos cosas. ¿Me entiende?

¡Maldita sea! Claro que lo entiendo. Un dolor latente me aprieta los ojos. Yo no planeé esto.

—No quiero empezar de nuevo. No sé si tengo fuerzas para repetir toda la historia de mi vida a otro profesional.

—Pedro, no tienes por qué abrirte a un profesional si no te sientes cómodo. Pero no puedes seguir sin asesoramiento. La prueba es que tus problemas con el pasado aún no se han resuelto internamente. ¿Cómo puedes imaginar un futuro si sigues sufriendo por el pasado?

—Me parece bien.

—Así que no hay nada que temer.

No la desafié, sino todo lo contrario: entendí perfectamente lo que quería decir.

Le doy vueltas todo el día. No quiero hablar con nadie de todo desde el principio. Sólo despertará un pasado que quiero olvidar. ¿Por qué no fui a otro terapeuta cuando me necesitaba? Es un coñazo.

El día no pasa, las horas se alargan, y no dejo de pensar en una excusa para ir a la habitación de Bya a ver cómo está.

¿Es así como piensas en darle espacio? No, no es así.

¡Pequeña bruja! Deshaz este entrañable hechizo que has lanzado sobre mí. Ni siquiera sé qué camino tomar. Sólo sé que quiero volver a tenerte entre mis brazos.

El operador de telefonía móvil me lo agradece, porque puedo llenar mi tarde llamando a todos mis clientes, proveedores, contratistas y amigos.

¿Te escapaste? Sí. Me escapé todo el día para no estar ocioso y buscarla.

Me da taquicardia tener que atravesarlo. No es sólo la distancia física lo que me tortura. Es la hostilidad con la que me ha

tratado hoy cada vez que cogía un mensaje.

—Beatriz, me voy. Me voy a la obra de Armando.

—DE ACUERDO.

—Luego me voy a casa de un amigo. Creo que estaré en casa a las 9 de la noche. —En realidad, voy al terapeuta. Esa excusa de la amiga me amarga la boca.

—DE ACUERDO.

¿Por qué tantos "vale"? La miro con una ceja levantada y ¡bingo! —ella baja la mirada. Te conozco lo suficiente para saber que no eres monosilábica.

—Hasta luego.

—¿Pedro? —La miro desde la puerta. —No estaré en casa cuando llegues. He quedado con unos amigos para más tarde.

¿Amigos? ¿Trabajo? Abro la boca para preguntar dónde y con quién, pero desisto. Prefiero morderme la lengua. Esta chica me derrite el cerebro sin vaselina.

—DE ACUERDO. —Tiro de la puerta y, más fuerte que el chirrido de la bisagra, la oigo resoplar.

Beatriz Eva

Nuestra relación nunca ha sido la misma.

La hostilidad sutil se convirtió en nuestro principal comportamiento. Después de la última discusión, empecé a pensar en mí. No sé si fue por obligación o por los consejos que había recibido de ti.

El significado de "tal vez" fue lo que más me sorprendió. ¡Meleca! Es fácil cuando tienes algo positivo o negativo en tu vida, pero fue duro oír ese tal vez. Sobre todo, después de que mi cuerpo sintiera el suyo y estuviera segura de que el suyo encajaba perfectamente con el mío. Mientras él era sólo una fantasía en mi cabeza, todo era más fácil... Nuestra noche fue el mejor sexo que jamás hubiera imaginado tener con alguien.

Pedro me demostró que él era el hombre que realmente me había cegado a todos los demás. Por desgracia, mi impulsividad lo arruinó todo. El ideal de felicidad que siempre había estado en mis ojos y nunca había visto se vino abajo.

Lloré durante días, lo evitaba, pero por un lado era importante para mí. Sufrir por perderme algo bueno y vivir con un quizás me hizo madurar y darme cuenta de que el mundo no giraba en torno a mi ombligo.

La chica apasionada y obstinada dio paso a una mujer con amor propio, de dentro afuera. Al principio pensé que era orgullo herido, pero con el tiempo me di cuenta de que no era rechazo ni nada parecido.

Me encontré sola después de aquel despertar. Varias veces hice las maletas para irme y vivir sola de verdad, para intentar conocerme mejor, pero cada vez me detenían las lágrimas y los consejos de Cida de que huir no era la mejor solución. La mujer sabe cómo meterse con mi psique y no podía ignorar sus palabras, que eran verdaderos mensajes cifrados para mis decisiones.

—Beatriz, ¿piensas viajar?

—¡No, Cida! Estoy pensando en irme.

—¿Fuera de la ciudad o del país?

—En primer lugar, aléjarme de todo esto y sigue adelante.

—¿Seguir adelante sin siquiera intentarlo?

—¿Intentarlo?

—Tratando de vivir su amor por el Sr. Pedro.

—Cida, lo he intentado todo. Créeme: no hay amor cuando sólo lo siente una persona.

—¿Qué te hace pensar que el Sr. Pedro no te quiere?

—La forma en que me trata. Para él, siempre seré su responsabilidad, nada más. Encima, no sé cómo lidiar con el amor que siento por él.

—Deja esta maleta y siéntate aquí.

Alisa amorosamente la sábana como forma de acogimiento. Durante unos minutos pensé que iba a escuchar un sermón. Me senté temeroso, pero poco a poco sus manos sobre las mías me mostraron que su intención era otra.

—Voy a hablarte de mujer a mujer, ya que soy tu confidente y me he enterado de todo lo que has hecho hasta ahora. Y por primera vez, te digo que lo has hecho todo mal. —Veo en tus ojos mucho más que amistad. Veo afecto maternal. —Te estarás preguntando por qué nunca te he dicho nada, ¿verdad?

Asentí con la cabeza, secándome con el dedo la línea de lágrimas que corría por mi mejilla. Era tan bueno sentir ese cariño que la nostalgia se apoderó de mí y me encontré recostada en su regazo, como si estuviera escuchando esas palabras de mi madre. Realmente deseaba poder recordar cómo era mi relación con ella y no sentirme tan vacía por dentro.

—Beatriz, en la vida las cosas no salen exactamente como las planeas. No es como la universidad en la que estudias: cuando se te ocurre una idea, la pones por escrito y la llevas a cabo como quieres. ¡No! Creo en tus sentimientos por el Sr. Pedro. Veo el fuego de la pasión en tus ojos y te aseguro que yo veo lo mismo en los suyos. Pero en el juego del amor no hay imposición de sentimientos. No es como una pelea en la que gana el que golpea más fuerte. Al contrario, gana el que aguanta los golpes. ¿Comprendes?

No podía hablar. ¡Era tan bueno tenerla alisándome el pelo! Me sentía necesitada. No sabía cuándo había sido la última vez que había recibido tanto afecto. Asentí con la cabeza.

—Así es como te ganas el respeto y la admiración. Si uno de los luchadores abandona, nunca sabrá con certeza si su oponente era más fuerte.

—¿No es eso lo que hay que hacer? ¿No hay un refrán que dice: "Más vale cobarde vivo que valiente muerto"?

—¿Preferirías ser cobarde? En el amor no hay valientes, jovencita. El amor no es como una pelea. El amor es paz. Decide si prefieres conquistar o abandonar. Pero primero necesitas saber quién está dentro de ese corazoncito. Sólo entonces sabrás si la lucha valió la pena. Pero para eso, necesitas estar más atenta y no actuar como un huracán. —Me dejó allí, callada, refugiada y perdida en medio de la avalancha de consejos.

Se han producido muchos cambios, no sólo en mí, sino también en Pedro.

Me liberó. Ya no tenía que decir dónde estaba ni con quién. En el fondo, incluso echaba de menos que me preguntaran, pero con el tiempo me di cuenta de que, incluso sin que me preguntaran, él estaba ahí, esperándome sin decir nada.

La manicura y la peluquería han pasado a formar parte de mi agenda semanal. No es que antes no fuera vanidosa, todo lo contrario, pero empecé a tener otras prioridades. Hice nuevos amigos, gente de fuera del pequeño mundo que había construido. Aquel castillo de arena donde creía reinar se lo llevaba el viento.

Por una gran coincidencia, a uno de estos nuevos amigos lo conocí en la fiesta de cumpleaños de la hija de Marco. Nunca imaginé que llegaría a la fiesta después de todos los contratiempos que había tenido. Cuando llegué a casa muy tarde, mojado hasta el punto de que mis zapatos hacían *ploft-ploft*, me encontré a un Pedro apesadumbrado, como si el padrino hubiera llegado tarde al bautizo de su ahijada.

—Ya era hora. No contestas al móvil. ¿Dónde estabas? Casi me voy y te dejo atrás. ¿Qué te ha pasado?

En primer lugar, todo pasó, y si vas a llenarme el saco de preguntas, deberías haberte ido. Me tragué la respuesta a grandes zancadas para no hacer charcos por donde pasara.

—¿Podemos hablar de ello en el coche? ¿O prefieres que me detenga y te responda? —Le miro, impaciente y sarcástica. —En ese caso, vamos a llegar tarde, porque tu interrogatorio es interminable. ¿Quieres que empiece con las explicaciones?

¡Qué hombre tan hermoso! Mira de verdad este cuerpecito húmedo, pero no mires demasiado tiempo, porque te dará vergüenza ver cómo responde a tu ferviente mirada. ¿Puedo responder duchándome yo también? Será muy juguetón. Si quieres, sígueme. Me picaba la lengua por hacer este añadido.

—¡Veinte minutos, Beatriz! Ese es el tiempo que tienes para estar lista.

—¿Veinticinco? ¿Así que no tengo que estar de acuerdo contigo?

—Veintiuno y estaré en el coche arrancándolo.

Listo. Veintiún minutos y 32 segundos.

—¿Pedro?

—Me voy, Beatriz.

—Solo me estoy pintando los labios", grito mientras saco los últimos mechones del moño enmarañado que me he hecho en tiempo récord.

—Dieciséis. Quince. Catorce. Trece. Doce. —Los segundos que contaba se ralentizan en sus labios en cuanto sus ojos se fijan en mí. De repente, me viene a la mente la imagen de él mirándome en nuestra única y verdadera noche de amor. Recuerdo cada detalle y siento un cosquilleo en la piel.

—Sólo me estoy pintando los labios", grito, mientras echo de menos tu tacto.

—¿Vamos?

—Estoy lista. —le respondo, con doble sentido, y él lo entiende.

Mujeres desequilibradas. ¿Por qué tenía que estropearlo todo? Nos quedamos allí como un laboratorio de química con tubos de ensayo a punto de explotar, perdidos y detenidos por nuestras cabezas, nuestros cuerpos deseándose mutuamente.

—Llegamos tarde. —Consiguió hablar. —Para cuando lleguemos, la fiesta habrá terminado. —Cada una de sus palabras me transmitía el mensaje que pasaba por su cabeza.

Abrió la puerta y le seguí. En el silencio, supimos que nuestras palabras no se referían a que yo llegara tarde.

En el coche, conseguí explicar mi saga del día "bailando bajo la lluvia". Brevemente, por supuesto. No quise contarles que mi coche se quedó empantanado a la salida de un condominio en Itapecerica da Serra, donde iba a ver un terreno para comprar. Pero sí les conté que me lo llevó la grúa, que en medio de la tormenta la grúa también se averió y que, para colmo, mi móvil se quedó sin batería mientras el aparato del mecánico estaba averiado. Tuve que caminar varias calles para encontrar un taxi.

Cerró la cara y no me dijo nada. Tampoco lo necesitaba. Cuando le conté los hechos, se rió, pero cuando mencioné al mecánico, se calló. Sólo porque dije que el hombre estaba bien peinado y presentable y que se había ofrecido a ayudarme a encontrar un taxi, y que nos divertíamos con cada coche que nos salpicaba con agua. Esa última parte era una inocente mentirijilla. Me detuve al ver los dedos de su mano agarrando con fuerza el volante.

—No dijiste nada sobre mi atuendo. ¿Me veo bien para un cumpleaños? —Intento romper el hielo en cuanto salimos del coche y caminamos codo con codo por la acera hacia la entrada del edificio. La semana pasada me compré este vestido largo turquesa y unos zapatos Louboutin del mismo color. Me pareció un poco atrevido, pero Beggo estaba conmigo y me dijo que ese estilo de arquitecta seria molaba. Incluso le había excitado. En aquel momento no pensé, me lo compré, y ahora me siento insegura. Me siento como en una lata de sardinas, es tan apretado.

—Cuando salió de la habitación, pensé que otra persona se había apoderado de su cuerpo. Me gustó el look. El vestido le queda bien. *—Guapa o sexy, es difícil de decir, ¿verdad?",* pensé para mis adentros.

—Tu look también ha quedado muy bien. —Eso es quedarse corto. El hombre está espectacular con un abrigo blanco y pantalones caqui. Vestidos así, somos como el agua y el vino, hippies y chic, maduros e inmaduros.

En cuanto se abrieron las puertas del ascensor, el sonido de los niños jugando y de los adultos hablando demostró que la fiesta estaba animada. A Pedro se le iluminaban los ojos cuando hablaba de Vitoria. La visité dos veces en el hospital y me imaginé que él era su padre. El cariño que le tiene es conmovedor. Es cautivadora y su semblante muestra que ha venido a iluminar a todos los que la rodean.

Marco viene a darnos la bienvenida. Peppa es el tema de la fiesta. Así que toda la decoración es rosa. No hay mucha gente. Una reunión para los más íntimos, como dijo Pedro, extendiendo la invitación de Marco.

No conozco a nadie. Saludo a Marco, y él abraza a su amigo como a un hermano.

—¡Marcos, te echo de menos, tío!

—Pedro, mi hermano, ya estaba pensando que el padrino de mi hija se había confundido de fechas.

—Sin problemas. Tardé un poco porque tuve que esperar a Bya.

—¿Bya? ¡Progreso, amigo mío! Hasta donde puedo recordar, ¡era una "niña mimada"!

—¡No te dejes llevar, Marcos! Dije *Bya* porque parece que la niña ha crecido un poco y está menos mimada.

—¿Ha crecido? No me había dado cuenta.

—¡Ella no es para ti! Por lo que sé, está a punto de casarse.

—Posesivo, ¿verdad?

—¿Vas a burlarte de mí o vas a darme esta hermosa chica para besar?

—Si Bya no se pone celosa, es toda tuya.

Hablan en voz baja, pero mi oído biónico capta toda la conversación. Durante unos segundos, me desmayo, pierdo el norte y me alejo resentida, en lugar de unirme a ellos y darle un beso a la cumpleañera.

De hecho, la sensación es claustrofóbica. Deambulo, desorientada, buscando un recinto para salir de su campo de visión. Me escondo detrás de los adornos de la mesa. Respiro hondo. Meses atrás, habría cogido todo el heno que decoraba la fiesta y se lo habría metido a Pedro por la garganta. ¡Mocoso malcriado!

—¿Beatriz? —Siento una mano suave en mi brazo.

—¿Bárbara? ¿Qué haces aquí?

—Soy la prometida de Marco.

—¿La prometida de Marco?

Me mira asombrada.

—Que yo sepa, todavía lo soy. ¿Y qué hay de ti? ¿Con quién estás aquí?

Yo también quería decírselo a mi prometido y tener en los ojos el brillo de felicidad que tiene ella, en lugar de las lágrimas que arden e insisten en salir. Respiro hondo. ¡Qué casualidad! Bárbara, la que Pedro me dijo que era novia de Marco, es mi amiga del salón. Y también es una gran confidente en todo este lío que es mi relación con Pedro.

—Estoy con Pedro.

—¿Pedro? ¿El Pedro que conozco es el mismo del que hablas?

Hago un gesto afirmativo con la cabeza.

—¡Qué pequeño es el mundo! Casi me muero estos días y no lo sabía.

—¿Casi mueres?

—Es una larga historia, pero ya estoy bien.

—Me sorprende mucho que se haya ido. —Me resume los acontecimientos y me asusto. Dios mío, ¡la han atacado y no sabe qué lo ha provocado! ¡Y yo que pensaba que tenía problemas! ¿Cómo puede alguien intentar matar a alguien tan dulce y agradable?

—Cuéntamelo todo. ¿Cómo estáis Pedro y tú? —Cambia de tema, melancólica, y no pregunto más.

—No lo somos. —Me encojo de hombros. —Y ni siquiera sé si algún día lo seremos.

—Tenemos que organizar un café, ¿qué te parece?

—¡Gran idea! —Doy un paso y tropiezo con algo mullido que hace "róic-róic". Sobresaltada, me doy la vuelta y me encuentro cara a cara con una actriz disfrazada de un personaje de la fiesta.

—Ric-ric para ti también.

Uno mira al otro y estalla en carcajadas.

—Bienvenido a la fiesta de la Victoria.

—¿Puedo unirme a las mujeres más guapas de la fiesta y sonreír juntas? —Marco abraza a Babby por detrás, y una punzada

de envidia blanca me recorre. Me encanta verlos juntos. Parecen tan felices.

—Marco, amor, no te lo vas a creer. Conozco a Beatriz de la peluquería a la que íbamos, y allí acabamos haciéndonos amigas. A ella le pareció extraña mi desaparición, pero no sabía mi número de teléfono. Qué pequeño es el mundo. Conocía la historia de Beatriz y Pedro y nunca até cabos.

Si hubiera un agujero en la habitación, enterraría la cabeza, porque Marco escuchaba con interés la historia que contaba Babby.

Miro a Pedro y veo que el hombre es blanco. No entiendo su sorpresa. ¿Tiene miedo de que yo sea como él? ¿De que vaya por ahí diciendo que es un viejo gruñón?

—¿Confidentes de salón, entonces? —pregunta Marco, mirando a Pedro con sarcasmo.

—Más o menos, ¿verdad, Bya?

—Es verdad, Babby. Todo tipo de temas surgen durante las horas de espera en un salón.

Pedro no me quitaba los ojos de encima, ¡claro que estaba totalmente interrogante! Y yo, en cambio, no hacía mucho caso de sus dudas.

Poco después, se formó un verdadero club de la Luluzinha, en el que participan las primas de Marco, Babby y su valiente amiga Patrícia, mientras que los hombres formaron el club del bigote —puedo decir que es muy bonito, cada miembro más guapo que el otro. ¡Qué bonita familia tiene Marco! Bárbara dijo a todos que era el

momento de la retrospectiva y de cantar el cumpleaños feliz, ya que Vitoria empezaba a dar muestras de cansancio.

No sé mucho sobre la patología de Vitoria, sólo lo que Pedro ya me ha contado sobre la anencefalia. Y la forma en que desafía a la medicina, demostrando que su determinación de vivir es un verdadero milagro. Desde lejos, admiro a Babby, que está tan enamorada de Marco y de su hija. Parecen completarse el uno al otro y conocen la fórmula correcta para vivir felices bajo el mismo techo.

Presté atención a cada foto de Vitoria y a cuánto amor había a su alrededor. Creo que ahí había una lección para todos los emocionados invitados: no hace falta decir que quieres a alguien; basta con estar ahí, formar parte de su vida.

Capítulo 19

Beatriz Eva

Si durante el día me fortalecía intentando comprenderle, por la noche lloraba de añoranza por él. Las sábanas eran como un bálsamo acogedor que envolvía mi piel fría, añorando su cuerpo cálido junto al mío. ¿Cómo podía una sola noche de amor marcar todas las demás? Mi cuerpo clamaba por el suyo como un drogadicto en pleno síndrome de abstinencia.

No fue fácil exorcizar al impulsivo Pazuzu sexual que llevaba dentro, a diferencia de Regan MacNeil en la película *El exorcista*, que contó con la ayuda de unas cuantas personas. Encontré la manera más fácil durante una carrera en el parque de Ibirapuera. Si quería hacer algo impensable cuando estábamos solos en casa, simplemente contenía mis palabrotas y obscenidades y salía a hacer ejercicio y a liberar toda mi calentura contenida. Los dioses griegos del Olimpo se sentían honrados por mi determinación y mi compromiso con el deporte.

Las cremas, que solían estar escondidas en mi *bolso,* ahora las uso a diario en mi cuerpo. Un detalle tonto, pero que se ha convertido en una fuente de inspiración para mí. Cada vez que me veo frente al espejo extendiendo crema hidratante sobre mis poros, ¡me siento poderosa! Es como si mi crecimiento y autoconocimiento lo necesitara, como alimento para mi Beatriz interior, capaz de ver en mí algo bello, insólito, que no había visto antes. Mi amor propio.

Y este amor me ha demostrado, día tras día, que es el más simple y el más verdadero. Que, en su inocencia, es capaz de despertar la lujuria y la admiración del hombre que amo sin imponérmelo.

Recuerdo como si fuera hoy la forma en que Pedro me miró accidentalmente un día que dejé la puerta del dormitorio abierta.

¡Lo juro! Yo era inocente. Ocurrió por accidente.

DE ACUERDO.

Confieso que no quería hacerlo hasta que me di cuenta de que me estaba observando. Sentí un calor que me subió desde el vientre hasta el corazón cuando vi su reflejo en el espejo, observándome casi desnuda esparcir crema por todo mi cuerpo. Me sorprendí y me alegré, sintiéndome como el cosmos para un astrónomo.

Sí, Pedro, puedes mirar. Ver lo que toda tu hostilidad hacia mí te está privando de ver. Eso es lo que pensé en aquel momento, y se me pone la piel de gallina sólo de recordar lo erótico que fue todo aquello sin ni siquiera habernos tocado.

—Lo siento. —Totalmente desconcertada y torpe, no podía hablar sin mirar mi cuerpo. —Lo vi. A. Puerta. Abierta.

—¿Lo veis? —Altivamente, no dejé de hacer lo que estaba haciendo, cuidando y estimulando mi piel, deslizando mis dedos sobre ella.

—Vi. —Siguiendo sus ojos a través de mis movimientos comprobé vívidamente que recordaba haber sentido mi piel bajo sus manos. Lo confirmé al notar el nudo blanquecino de sus dedos, que

mostraba la fuerza con que mantenía las manos cerradas en puños a los lados.

—¿Qué es lo que quieres? —Mi voz salió débil.

—Te he traído su correo. —Me lo tiende y veo la prueba de que le quiero tanto como él a mí.

—Un poco arrugado, ¿eh? —Me estremecí y aspiré todo el oxígeno del aire. Quería parecer indiferente y seguir hipnotizándole.

—Debió de arrugarse. —Se encogió de hombros. Sí que estaba aplastado. La palabra "tal vez" me vino a la mente como una luz de alarma, al igual que su indiferente encogimiento de hombros. En ese momento, mi amor propio habló más alto. No quería que su deseo por mí se despertara sólo por la lujuria. Necesitaba más. Necesitaba su amor, como el aire que respiraba, y no lo conseguiría con una noche más de sexo, sino madurando y demostrándole que no aceptaría nada menos que un sí.

—Puedes dejarlo en mi tocador. Lo miraré cuando termine de hidratarme. —Saqué la toalla de la cama y me cubrí.

Le sonreí como una mujer de hielo y él me devolvió la sonrisa con disgusto, frustrado por mi actitud. Poco sabía que había un volcán en erupción dentro de mí y que, si se atrevía a tocarme entre las piernas, mi lava lo derretiría.

—He ordenado tus facturas y las he dejado con las de la oficina.

—Gracias, señor.

Salió de la habitación desconcertado, y yo incrédulo por haber sido capaz de echarle prácticamente.

La María Moleque que habitaba mi cuerpo y escalaba las losas sin ver el peligro ni escuchar las advertencias de Pedro dio paso a la Señora Circunspecta tras un pequeño accidente. Otra lección aprendida.

En una visita a una obra, fascinado por el verdor que me rodeaba y feliz por tratarse de uno de los proyectos de paisajismo más divertidos que emprendería en mi vida, no hice ningún esfuerzo por subirme a la losa recién construida. Sin prestar suficiente atención al peligro inminente de la precaria escalera de madera construida por los albañiles, sólo me di cuenta de lo que ocurría cuando oí a Pedro regañar al maestro de obras mientras me cogía en brazos preocupado. Por ironías del destino o por casualidad, los peldaños se soltaron cuando yo estaba a mitad de camino, pero... Mi héroe me salvó.

Sobresaltada, con el corazón acelerado, los ojos muy abiertos y las venas del cuello dilatadas, logré vislumbrar el estado emocional de Pedro, que dirigió su mira láser directamente hacia mí.

—¿Por qué nunca me escuchas? ¿Por qué sólo te entra en la cabeza lo que es apropiado? ¿Cuántas veces más tengo que decirte que ser mujer no significa que no haya peligros? Tu impulsividad y falta de atención son los mayores riesgos.

Todo lo que dice tiene sentido. Si me pusiera sobre su regazo y me diera unos buenos azotes por mi negligencia, me dolería menos que verle emocionalmente conmocionado y decepcionado conmigo.

—¿Te has hecho daño?

Sentí que me apretaba preocupado, y de qué manera, entre sus brazos. Con los ojos ocultos, no pude mirarle, avergonzada. Sólo entonces me di cuenta de que mi falta de atención al peligro podría haber sido fatal. Este golpe de dolor me ayudó una vez más a darme cuenta de que necesitaba madurar, incluso profesionalmente.

Ese día, guardé mis lágrimas en la cajita de la humildad y no le quité la razón.

—No pasa nada. Tienes razón: fui muy estúpido.

—No lo hagas más, por favor. ¡Ten cuidado, Beatriz!

En el fondo de sus iris, veo un poco de su alma bondadosa y protectora, y en ella advierto huellas de un pasado.

Así que me volví prudente, como una lección didáctica explicada en la práctica. Hoy veo su admiración cuando visitamos las obras. Lo primero que hago es ponerme el equipo de seguridad y asegurarme de saber dónde puedo pisar o trepar.

He aprendido a mirarle de verdad. Sigo soñando con estar en sus brazos, pero no de cualquier manera ni a cualquier precio. Ahora, con los pies en la tierra, siento curiosidad y estoy decidida a conocer al hombre que nací para amar. Ya sé que las huellas de su mirada impactante llevan las marcas de una batalla pasada y presente.

La perfección que veía antes no ha dejado de existir, pero sus rarezas y tics son algo que aun no comprendo, puntos clave para que mi perseverancia los desentrañe con gran delicadeza en el momento oportuno.

Sé que no me he convertido en una santa con esta pequeña maduración. Todavía me molesta mucho no saber a dónde va en ciertos momentos de su diario. A veces me dan ganas de darle la vuelta a la tortilla, hacerme el cascarrabias investigador y desaparecer con todos sus bolígrafos, sólo para que tenga que pedirme que tache sus horarios y yo tenga la oportunidad de preguntarle por qué. Pero me controlo. Con gran dificultad, no miento. Me muerdo el dedo, la lengua e incluso grito cuando estoy sola, pero me controlo. ¿Por qué este bicho de la inseguridad no puede encontrar a otro a quien atormentar? ¿Tengo que ser yo?

No voy a decir que los fines de semana me quedo en casa enfurruñada en soledad mientras él sale a la carretera como Marlon Brandon en *The Wild One*. Sí que salgo, me lo paso muy bien, mis amigos a veces acaban llenándome repitiendo frases que de tanto repetirlas se han convertido en los latiguillos de Elaine y Beggo.

"¿Ves a ese tipo?"

"Despierta, Bya."

"¿Ha vuelto a viajar Ruhm-Ruhm?", así se refería a él Beggo, con el sonido del motor de la moto.

"Deja la grupa, Bya."

No entienden que no busco a nadie ni que estoy obsesionada con él. Simplemente no me apetece estar con otra persona. Es tan sencillo como eso. Si algún día llega alguien que me llame la atención, seré la primera en colmarle de atenciones, pero aún no ha sucedido. Me gusta bailar, reír, ver gente, pero no me apetece ligar con todo el mundo a mi alrededor. Si ellos piensan lo contrario, no pasa nada. Sólo quiero que me respeten por igual.

Si Pedro tiene el faldón de cola, lo deja todo muy camuflado. Entre semana, se queda en casa todas las noches, excepto cuando va al gimnasio, pero vuelve pronto. Tampoco viaja todos los fines de semana. A día de hoy no sé de quién era la voz de pepino en vinagre, pero descubrí que no eran Isabeis, ni surfistas de silicona, ni Giseles, ni ninguna otra mujer que amenazara con arrebatármelo. La mayor amenaza soy yo misma. Con toda mi inexperiencia y mis actitudes insensatas.

Comprender todo esto no es fácil: ya se han derramado muchas lágrimas. Vivo cada momento anhelando su contacto y, en uno de esos momentos de necesidad, después de pasar todo el día juntos visitando obras, donde prácticamente se fundió conmigo todo el tiempo, secándome con la mirada con cada movimiento, no pude resistirme. Al fin y al cabo, la carne es débil y tuve la tentación de acercarme a él de la manera equivocada, pero acabó funcionando.

Me dejó en casa después del trabajo. Cronometré el tiempo; sabía que estaba en el gimnasio y que no llegaría a casa hasta las nueve de la noche. Preparé con confianza mi kit de seducción y sintonicé el canal de películas eróticas. Todo iba según lo previsto.

El pestillo anunció su llegada. Cerré los ojos, fingiendo dormitar. Me poseí sin pensar en el mañana. El micro-short se pegaba a mis labios, partiéndolos por la mitad, y la holgada camiseta blanca de tirantes finos daba a mis pechos la libertad que necesitaban para burlarse de él. Los altavoces sonaban con música seductora. Los gemidos de la actriz sonaron altos y claro en el momento justo. El universo conspiraba a su antojo.

—¿Beatriz? —Me sobresaltó el sonido de tu voz. —¿Qué pasa aquí?

Me quedé allí tumbada. Si se había asustado por los gemidos de la actriz, sería aún peor cuando me viera.

—No tienes que gritar más que la actriz, Pedro, Bya debe haberse quedado dormida.

¿Qué es eso? Meleca. ¿Era la voz de Marco?

Parpadeé tres veces para enfocar a Pedro que buscaba desesperadamente el mando a distancia por la habitación. Estaba debajo de mí y no podía moverme, no sabía qué hacer. Si me levantaba del sofá, Marco me vería como una bailarina erótica de funk.

Creo que Marco sospechó de mi falta de respuesta e inventó la excusa de que se había olvidado el móvil en el coche. Solté el aire atrapado en mis pulmones y detuve mi asfixia forzada por la vergüenza de incluso respirar.

—¡Beatriz Eva! ¿Dónde está este control? Abre los ojos. Sé que estás despierta.

¡Grueso, ogro e insensible! —maldije mentalmente. Si creía que podía gritar así después de todo mi esfuerzo, tendría un anticipo de lo que se había perdido.

—¿A qué vienen esos gritos? —Estiré todo el cuerpo, doblando la pierna derecha cerca de la cadera.

—¿Dónde está el control, Beatriz? —De reojo, sentí tu mirada.

—Estás aquí.

—¿Dónde?

Le presté toda su atención y le agradecí la decisión de disfrazarse. ¡Cachorro!

—Aquí, bajo mis caderas. —Me acurruqué en el sofá, suspendiendo mi vientre, dejando a la vista mi intimidad rota.

—Cambia de canal o apaga este televisor. —Vio el mando a distancia, pero no se movió para cogerlo. —¿Te has vuelto loca? Tenemos visita.

—No veo a nadie. ¿Quién está aquí? —Me hice el tonto.

—Marco. Fue al coche a por su móvil, que había olvidado.

—Así que veamos un poco más. Esta película parece muy emocionante.

—Apaga esa maldita cosa, Beatriz Eva, o no responderé por mí mismo.

—Me encantaría verlo. —Decidí desafiarlo. —La película parece muy vainilla, como dicen en los libros. Creo que una escena protagonizada por nosotros, contigo calentando mi placer con buenos azotes, no estaría mal. ¿Has oído hablar de eso, Pedro? Las nalgadas centralizan grandes flujos de sangre en las regiones íntimas de las mujeres, provocando que se vuelvan muy sensibles.

—¿Dónde has oído eso?

—No escuché. Se llama improvisación, querido. ¿No es eso lo que me enseñaste en nuestra primera y única vez juntos?

—No creo que te sientas sensible si te dan azotes, porque serán tan merecidos que no te sentarás en una semana. Ahora, deja de hacer el tonto y apágalo.

—Se apaga. —Las 70 pulgadas del aparato las ocupa una posición familiar y llamativa; ¡me recuerda a su delicioso churro! —¡Tan familiar! —suspiré. —¡Qué española más guapa! —añadí, silbando.

De espaldas a la pantalla, necesitaba que al menos él viera la escena, ya que ni siquiera los escandalosos gemidos de la actriz llamaban su atención. De acuerdo. Debería habérselo agradecido, ya que estaba centrado en mi intimidad, pero como no teníamos tiempo para un jueguecito de seducción, deslicé la mano por mi vientre con un pequeño meneo y tiré del mando, rozando toda mi intimidad, lentamente, hasta llegar a mis pechos duros y necesitados de su tacto.

Me quitó el mando de la mano y puedo apostar a que vi su meñique estirado a propósito para tocarme.

Pedro se volvió rápidamente hacia el televisor y se quedó mirando la pantalla. Me levanté rápidamente. Estaba seguro de que él estaba recordando algo tan familiar como yo.

—¿No vas a colgar, Pedro? Creo que oí llegar el ascensor a nuestra planta -susurré suave, sensualmente, cerca de su oído, enfatizando las palabras, y me alejé perdida como una cucaracha, apagando las velas esparcidas por la habitación.

—¿Premeditaste todo esto, Beatriz?

No, idiota. Las velas perfumadas eran para alejar el mal de ojo. Y el champán en la cubitera era para que yo brindara con Exu por mi ingenuidad al pensar que todo este escenario podía ser un buen plan para seducirle.

—Tal vez. —Trágate eso.

—¿Desde cuándo te interesan las películas de esta naturaleza? —preguntó.

Desde que me hiciste mujer y he tenido que usar mis brillantes deditos de manos y pies para compensar tu falta.

—¿Qué tipo de naturaleza? ¿Erótica?

—¿Es eso lo que llamas una película porno? —Me estremezco. Es puramente indecente y lascivo oírle decir "porno".

—Su nombre no influye. —Me encogí de hombros. —Pero para responder a tu pregunta, ¡lo veo para alimentar mis fantasías y resolver mi problema solo! Si sabes a lo que me refiero. —Le guiñé un ojo.

—¿Así que has estado mirando mucho?

Supliqué compasión, cerrando la pierna para comprimir mi intimidad, que casi inundó la habitación cuando oí hablar roncamente a aquel hombre viril, lleno de malas intenciones. Mire mi estado. Sentí un hormigueo hasta llegar al Jardín del Edén, un lugar arrugado donde creía que debían salir ciertas cosas, pero que estaba listo para recibir a su serpiente.

—Incontables veces. —Me mordí los labios, mirando fijamente su evidente erección. —Son muy educativos. —La expresión de su cara no tenía precio.

—E... ¿Resuelven sus problemas?

—Mucho. Por supuesto, no es que alguien lo haga por mí, pero mis dedos son disciplinados y se esfuerzan por ayudarme. —Abiertamente, se metió la erección en los pantalones. —Y tú, Pedro, ¿te tocas alguna vez? —Celebré mi atrevimiento.

—¿Molesto?

Me estorbó mucho, Marco, pero te pido disculpas, porque tu amigo tenía una erección enorme dentro de los pantalones y le deseé un gran dolor de culo para que dejara de ser tan sabroso.

—Entra, Marco, siento la escena que presenciaste antes. —Avergonzada, me disculpé. —No suelo ver películas de esta naturaleza. —Me enfrenté a Pedro. —Estaba viendo otra cosa, pero me quedé dormida y debí de mover el sofá y chocar con el mando a distancia, cambiando de canal.

—Eso pasa, Bya. A veces una película es tan aburrida que te quedas dormido. Sobre todo, cuando es una película antigua que te hace querer ver algo más activo.

¡Bingo! Marco tenía razón.

—Siéntanse como en casa. Voy a darme una ducha y a dormir. Hoy ha hecho mucho calor. Creo que me ha bajado la tensión.

—Si depende de mí, puedes volver a ver tu película. Acabo de subir a despedirme. Me han llamado y tengo que irme.

Pedro me miró fijamente. En el fondo, se mordía por verme vestida así. Marco apenas miró en mi dirección; era discreto y di gracias a los dioses. No es que no me hubiera bajado un poco el dobladillo de los calzoncillos para que no parecieran tan sexys, pero eran tan cortos que apenas cubrían mis partes íntimas.

—No es para ti, Marco. Realmente necesito una ducha y una cama. Envía a la pequeña Victoria olores interminables.

—Gracias, Bya.

Salí de la habitación sin despedirme de Pedro.

Marco me caía muy bien, pero esa noche metió la pata. Fue todo un estorbo, pero ganó puntos conmigo por provocar a Pedro.

La ducha me calmó durante unos minutos, hasta que oí el chasquido de la puerta del baño contra la pared.

—¿Pedro? —Sorprendido, vi su figura a través del boxeo borroso.

—¿Creías que no querría compartir tu velada erótica, Beatriz? Desperdiciar champán sería un insulto.

—¿Has venido hasta aquí para decirme eso? —Maliciosamente, hago la danza de apareamiento sin que se dé cuenta.

—No, estoy aquí para brindar por tu atrevimiento. —¡Viva el champán!

—¿No podías esperar a que terminara de ducharme?

—¿Por qué esperar, Beatriz?

—Porque estoy desnuda.

—¿Me molesta verla sin centímetros de tela? No lo creo, ya que es tan exhibicionista que estaba semidesnuda delante de Marco.

—¿Estás celoso, Pedro?

—No. Es que no me gustaba verla exponiéndose. Ahora abre la puerta del boxeo y muéstrame, Beatriz, cómo te inspiran las películas. Tenía curiosidad.

Con las manos enjabonadas, masajeo y acaricio mis pechos con el jabón, aliviando el dolor. Sus ojos no parpadean; muerde el

borde de la copa. Juro que siento un temblor ahí abajo; Pedro, impetuoso, me acaricia con la mirada. Es jodidamente guapo. Sus anchos hombros despiertan mi libido. Su expresión dura pero llamativa me hace cosquillas en el vientre.

—Sabes, Pedro, cuando las actrices actúan en esas películas, encantan a los espectadores con sus interpretaciones. Pero apuesto a que estarían más encantados si encontraran a una mujer que pudiera hacer todo eso con ellos. —Me paso el dedo por los pezones doloridos e hinchados.

—Es realmente excitante. ¿Y cuándo se imaginan la boca del espectador en su pecho? ¿Qué sienten?

—Creo que les encanta. —Empalo mis pechos y se los ofrezco intencionadamente.

—¿Me estás ofreciendo tus pechos, Beatriz? Todavía tengo que asistir a todo un espectáculo antes de participar en esta película. Hoy, el plató es tuyo.

—Creo que también has estado viendo demasiadas películas. ¿Cuál es el nombre que mencionaste? Me vino a la mente. Porno. —balbuceo, dejando que el agua corra por mi cara.

—Esa boquita redonda me pone, Beatriz. Brindo por ella.

—Así me animarás a hacer muchos regalos.

—Apuesto a que todos merecerán la pena. ¿Qué te parece si le enseño a este curioso espectador la parte en la que esos raros calzoncillos se partían?

Consúltalo con la almohada, Pedro.

—Un verdadero pervertido. Incluso me ha roto. —Desinhibida, me abro a él y deslizo un dedo en mi interior. Repito el movimiento dentro y fuera, rodeo mi clítoris y vuelvo a introducir el dedo.

Sediento, le da la vuelta a la botella en la boca y tira el vaso al fregadero. Mi corazón se acelera. Se quita la camisa y se abrocha los botones. Ven, mi cavernícola, ven a hacerme uga-uga. Se desabrocha el cinturón del pantalón y se lo quita, sujetándolo firmemente con la mano. Observo cada uno de sus movimientos y me toco con arrebato. Los deditos brillan. Es mucho mejor vivir una película que verla. Hace malabarismos con la botella y el cinturón con una mano, mientras con la otra se baja la cremallera de los pantalones y los desabrocha lentamente.

Bájate los pantalones, por favor. Saca al gigante. Escucha mis plegarias y se desnuda.

¡Vaya! No sabía que era zurdo. Su mano funciona todo el camino alrededor.

—Mira, Beatriz, la punta de mi polla, cuánto me cabe dentro a duras penas, viendo esta película indecente.

—Eso me honra. También me encanta ver su placer.

—¿Querías emoción, Beatriz? ¿Qué me dijiste? Refréscame la memoria.

No voy a repetirlo. Sé muy bien que tiene el cinturón en la mano.

—Dije que me encantaría protagonizar una película contigo.

—¿Tienes miedo, Beatriz? ¿Ya no quieres demostrar tus teorías? —Deja de masturbarse y azota su cinturón en el aire. Mi cuerpo se estremece, no me gusta el dolor y pongo cara de terror, pero él se ríe sarcásticamente. —La sinopsis mencionaba sexo más ardiente.

—No mencioné cinturones. Dije nalgadas.

—Créeme: el efecto al final es el mismo. Toda la sangre a la que te has referido convergerá en el mismo lugar.

Bocazas que soy. Froto mis dedos contra mi zona íntima, intentando distraerle. Sí, Pedro, cálmate, olvídate de esa correa de cuero y concéntrate en mí.

—Eres una buena actriz. Estoy disfrutando viendo tus dedos trabajar en ti. Los quiero para mí. —No lo pidió, ni lo exigió, ni lo reclamó. Extendió la mano, tiró de mi brazo y se llevó mi dedo a la boca.

—¡Delicioso! —Satisfecho con mi suspiro lujurioso, muerde con fuerza, casi sacando mi cuerpo de mis bóxers. Oh, eso dolió. —Deberías seleccionar mejor a tus espectadores. —Me alivia chupándome el dedo palpitante. —Brindo por tu atrevimiento, Beatriz. ¿Qué tal si llamamos a la película *Caliente y guarra*? —El cuello de la botella pasa entre mi boca y la suya, goteando el líquido burbujeante por todo mi cuerpo. —Es la mejor manera de beber el mejor champán. —Su lengua se lo traga todo, sin dejar ni una gota por donde ha corrido la bebida.

—¡Pedro!

—Contrátame, Beatriz. Invítame a protagonizar esta película contigo.

Se agacha delante de mí. Ni el cinturón ni la botella están en sus manos. Lo único que veo son sus dedos abriéndome la raja y su larga y suave lengua lamiéndome el comienzo de la vulva. Echo de menos esa lengua. Este hombre es un lagarto. Se lleva la mano al costado y saca un paquetito plastificado del bolsillo de sus pantalones caídos.

Pretencioso. Si hubiera sabido que llevaba un condón en el bolsillo del pantalón, le habría dado más espectáculo para que dejara de ser tan santurrón.

Cualquiera diría que soy un encanto. Mi cuerpo ardía como brasas mientras le veía rasgar el paquete entre los dientes, sin prisa, sin apartar los ojos de los míos. Era sexy y excitante. Entre sus dedos colocó lentamente el látex en la punta de su miembro y deslizó con calma el anillo del preservativo a lo largo de su longitud. Ansiosa y deseosa, me volví hacia la pared de azulejos, abriendo las manos y las piernas, y dejé que el agua corriera por mi espalda y mis caderas.

—¡Por favor, Pedro! Termina el guión de esta película.

—Te dije, Beatriz, que soy casi un salvaje.

Coloca la punta de su miembro en mi abertura y me invade. Una lágrima recorre mi mejilla, por el dolor de acomodarlo dentro de mí y por la felicidad. Sus manos crujen en mis nalgas, sujetándolas y dictando su ritmo perfecto, a veces lento, a veces rápido, siempre incesante.

—¡Oh, Pedro, ¡me vas a romper! —grito, feliz y realizada, con el salvaje dentro de mí.

Disminuye la velocidad y mi cuerpo gime, alucinando su ritmo.

—Voy a romper la cabeza de mi polla, que se muere por explotar dentro de ti. Siente el guión, Beatriz, ya que no puedes ver lo hermoso que es invadirte. —Giro la cabeza y te veo reclinada con el torso hacia atrás, mordiéndote el labio, mirándome. —Siente como su cabeza entra en ti sin pedir permiso. —¡Ahmm! —Me siento exactamente como él describe, cada centímetro invadiéndome. —Este guión es muy descarado.

—¡Shhh! —susurra, burlándose de mí. —Olvidé mencionar que es una película muda.

Intento hablar y me da una palmada con la mano abierta en la nalga. Me muerdo el labio para no decirle que le pegue a "la mamá que se cayó del puente", pero me lee el pensamiento y me tira del pelo.

—La siguiente escena, Beatriz, va a ser una secuencia de azotes, tal y como describes en la sinopsis.

Su mano tira con más fuerza de mi pelo mojado, haciendo que el agua corra entre sus dedos. Intento decir que eso no estaba escrito en mi sinopsis, pero se salta el guión.

—Tranquila, si no voy a golpear mis dedos con fuerza contra tus caderas. —Vuelve a chasquear la mano, solo que esta vez apretando los dedos contra mis nalgas.

Mucho mejor que la sinopsis, pensé. No era cruel. Sus bofetadas eran punzantes, pero no por ello menos excitantes. ¿Qué más podía desear en aquel momento? Aquel hombre enorme invadiéndome, sujetándome el pelo con fuerza, azotándome

deliciosamente con sus manos y susurrándome palabras sucias al oído.

Enfurecido, me apretó contra la fría baldosa. Para mí, era algo más que cine mudo, sordo o ciego. Era, sin duda, la mejor película que podía imaginarme protagonizando.

—¡Eso es, mi caliente actriz porno! Mueve las caderas y trágame entero.

Si era posible, no lo sé, pero el sonido de mi gemido se asemejaba al de una actriz como él describía. Sentí que todas las paredes de mi intimidad se comprimían. Me torturó, sacando toda su longitud de mí.

—Si vas a correrte, Beatriz, mírame a los ojos, demuéstrame quién es el dueño de tu orgasmo. —Girando mi cuerpo 180 grados, me puso sobre su regazo, apoyando mis piernas en sus caderas, mientras me mantenía inmovilizada contra la pared.

—¿A quién pertenece tu orgasmo, Beatriz?

—¡A usted, señor Vito Andolini Corleone! —dije entre dientes, torturada e irritada porque prolongaba mi orgasmo, que pendía de un hilo.

—Mala comparación. Si tienes tantas ganas de correrte, Beatriz, citar a uno de los mayores gángsters de todos los tiempos prolongará aún más tu placer. —Empuja mi cuerpo hacia arriba hasta que su boca alcanza mis pechos, tomando cada uno en su boca, chupando, mordisqueando, lamiendo.

—No cambies la historia. También recompensaba a los que le complacían. Y tú estás siendo peor que él, volviéndome loco así.

—Bien recordado. —Sonrió con sus hoyuelos libertinos y me llevó al delirio enterrando toda su erección dentro de mí. —¿Así es como me quieres?

Firme y fuerte, voraz, viril y todos los demás adjetivos que caben en el hombre más caliente de mi vida, me besa con fuerza y me lleva hasta la extenuación. Explotamos juntos en el momento exacto en que decide poner fin a la película.

—Me encantó la película, Beatriz. —Todavía abrazado a mí, con sus labios pegados a los míos, suspira junto a sus palabras.

—Para ser un debut, fue un buen comienzo.

—¿Quieres otras sesiones, cariño?

No iba a ponerlo todo en peligro. Al mismo tiempo que necesitaba demostrarle que no era sólo una compañera para el sexo casual, tampoco podía declararme para no llevarme otra decepción. Ya había escuchado un "tal vez"; no quería explorar sentimientos mientras aún estábamos jadeantes y entumecidos. Sólo quería que la película tuviera un título como *Amor sin fin*.

—Otro día, tal vez.

Lo entendió y no insistió. Me hice la interesante, esperando su decisión.

No me aventuré más y él, a su vez, no acudió a mí para hablar de ello. Actué como si no hubiera pasado nada, ocupada con mi TCC.

Y en ese tiempo, he aprendido mucho, me he caído y me he levantado varias veces. ¿Ranas? Me he tragado varias, pero siempre he aguantado. En retrospectiva, me he dado cuenta de que no es el

príncipe azul, ni mucho menos el ogro tan deseado que había proyectado en mi cabeza. Es Pedro, un hombre con pasado, con marcas desconocidas para mí. ¿Y por qué desconocidas para mí? Porque siempre buscaba su atención. Nunca me molesté en averiguar quién era el hombre que despertaba mi pasión.

Ahora bien, hay algo que no puedo negar: el "tal vez" sigue atascado en mi garganta, y yo, Beatriz Eva, no sé darme a medias. No soy mitad amiga ni mitad amante. El tiempo lo da el reloj. Me cansé de esperar. Me di cuenta de que hacía muchas cosas mal, aprendí y, en el dolor, me reinventé, decidida a ser mejor para mí misma.

Nací para ser suya y sólo me rendiré cuando descubra el significado de "tal vez". Cuando sea un sí o un no.

Capítulo 20

Pedro Salvatore

¿Por qué no volviste para ver si la habían enterrado? Debería haberlo hecho.

—¡Qué coñazo! No me aterrorices más de lo que estoy con los últimos acontecimientos —me regaño con mis pensamientos intrusivos. —Por favor, déjame en paz. —Me crujo el cuello con tensión.

—¿Puedo pasar? —Perdido en mis pensamientos, veo su cara en la puerta.

—Sí, estuve descansando un tiempo.

Siento un gran alivio de que esté aquí. Cuando estoy en compañía, puedo controlar mis pensamientos. Los rituales, que domino muy bien, siempre han sido un gran ejercicio para mi compulsión. Por eso mis pensamientos son tan repetitivos. No suelo ceder a ellos. Me irritan, pero no demasiado pronto. Por supuesto, a veces siento la necesidad de arrancármelos con autoflagelación, como hice hace meses, pero la medicación me ayuda a estabilizar esta compulsión.

—Te he preparado una manzanilla. —Cojo la taza humeante cuando la veo acercarse a la cama.

—Hoy no he podido comer nada. Creo que me vendría bien un té.

—Lo siento.

Elocuentemente, me mira con ternura mientras el té caliente fluye por mi garganta, ahuyentando el frío que siento en mi interior.

—Gracias. —La pequeña Victoria de luto, ha sido todo lo que he necesitado para sentirme reconfortado, desde el amanecer hasta ahora. Tuve a esa niña como mi ahijada. La quise como a un ángel que vino a bendecir a todos. Me mantuve firme al lado de Marco. Quise darle toda la fuerza que no sé de dónde saqué cuando vi despedirse a nuestra estrellita.

—Victoria era afortunada y querida por todos. Fuiste un gran padrino para ella.

—Era verdaderamente amada. —Con la mirada perdida, siento cómo se mueve el puñal que tenía clavado en el pecho desde el momento en que recibí la noticia, y el dolor punzante se extiende, haciendo que las lágrimas que he estado conteniendo escuezan por primera vez. Recuerdo aquellos expresivos ojitos que ahora permanecerán cerrados para siempre.

—¿Pedro? —Me mira con simpatía. Intento disimular secándome los ojos. —No está mal que un hombre llore. ¿Puedo sentarme a tu lado y abrazarte? —Ella coge la taza con cariño y la deja en la cómoda.

Muevo mi cuerpo hacia un lado y ella aprovecha el espacio vacío. Emociones contenidas, dolor enterrado y un aullido lacrimógeno escapan a mi control y escapan de mi pecho.

Comprendiendo, inclina su cuerpo ágil sobre mi torso y me acaricia el pelo.

—Duele perder a un ser querido.

—Es bueno llorar. Te hará sentir mejor.

No digo nada. El bienestar que me transmite me tranquiliza. Acerco su cuerpo al mío. Se siente tan bien y se amolda perfectamente a mi cuerpo... Nuestro contacto no tiene ninguna connotación erótica, es totalmente asexual. Desde la última vez que estuvimos juntos, he querido hacer cosas deliciosas con ella: lamerla, chuparla, verla galoparme, pero por ahora, lo que me pide el corazón y el cuerpo es tenerla cerca de mí y darle las gracias por estar conmigo.

—Me haces bien, —confieso en voz alta.

Es simplemente hermosa. No como una modelo de portada de revista. Amable en su forma de consolar, sus ojos brillan cuando dice algo consolador. No sé qué es más bonito: si su interior o su exterior.

—Estoy feliz de hacerte bien.

La oigo hablar en voz baja, apoyada en mi pecho.

—Ojalá tuviera la fuerza para estar al lado de Marco y apoyarle en estos momentos.

Su mano acariciadora aprieta mis músculos.

—Sabe que estás aquí animándole.

—Cuando perdí a mi madre, estaba perdida, sin saber qué camino tomar.

—Nunca me has contado nada sobre tu madre y tú. —No sé por qué, pero de repente siento la necesidad de hablar.

—Mi madre era una guerrera, una mujer decidida a superar los retos que le planteó la vida para criarme. —Me guiñaba un ojo, animándome a seguir adelante. —No fue fácil estar sin ella. En sus últimos días, me sentí inútil por no ser el oxígeno que ella necesitaba para respirar.

—¡Debiste de ser el mejor hijo!

Por alguna razón, me resulta liberador hablar con ella de estos sentimientos, sobre todo porque aún no he acudido a un nuevo terapeuta, como me recomendó Daniela. Sólo he tomado la medicación recomendada por la Dra. Isabel, y eso me ha tranquilizado. Por supuesto, me he arriesgado un poco con mi suerte, porque sólo llevo tres meses tomándola y sé que necesito continuar. Sin embargo, mi cuerpo rechaza cualquier tipo de sustancia, aunque sea para mi beneficio.

—Hice lo que pude, dentro de mis limitaciones.

—¿Cómo era?

—¡Qué bonito! —Pensándolo bien, recuerdo lo feliz que era con tan poco. —Mi madre tenía los ojos claros como los míos y el pelo negro, un contraste perfecto. Para ella, todo estaba bien.

—¿Nunca se casó?

—No... El amor, para ella, era una vez en la vida", concluyo, obligado. —Ella soñó con el mismo amor toda su vida y fue suficiente.

—Ese amor era su padre.

—Mi padre. —*Un ser abyecto*, pienso para mí.

—No hace falta que hablemos de él si no quieres.

Sus dedos trazan un camino de afecto por mi brazo. Esta cabecita inteligente y comprensiva me ha sorprendido.

—Me hubiera encantado conocer a tu madre. Luchó mucho para criarte.

Sabe que mi madre iba en silla de ruedas y que, como artista, trabajaba día y noche para cuidarme.

—Sí, valientemente, pero no quiso seguir luchando por su vida. Simplemente se rindió, y el resto ya lo conoces.

Me mira diciendo que tiene más cosas que saber y cambio bruscamente de tema.

—Sólo puedo imaginar el dolor que siente Marco al perder a su hija, que irradiaba entusiasmo por la vida. Esa niña también era una guerrera. Ojalá pudiera mostrarle un camino menos tortuoso para aliviar ese dolor.

—No eres el Maestro Mago, lo sabes.

Un ligero y singular espasmo mezclado con risa.

—¿Maestro de los Reyes Magos?

—Así es. No puedes querer encontrar una salida a todo para todos. ¿Cómo puedes pensar siempre en los que te rodean y olvidarte de ti mismo? Él es tu amigo y tiene a su familia y a Bárbara. Y tú me tienes a mí.

—¿Te tengo? ¿Aunque pienses que parezco un viejo bajito y calvo?

—Viejo a veces. —Sonríe. —Pero sólo aquí. —Me pone la mano en la cabeza, indicando. —Por lo demás, creo que eres un niño grande.

—No sé si tomármelo como un cumplido o como una ofensa, ¡muñequita pensante!

Entre risas, le despeino el pelo con un beso en la frente. Puede ser una amiga, una amante excelente y una distracción animada. La mezcla perfecta para una mujer. Tengo ganas de decirle mucho más, pero me contengo de decirle algo tan especial en este momento de vulnerabilidad.

—Esas risas no son porque me has despeinado y me has hecho parecer una bruja, ¿verdad? Porque si fuera así, que sepas que soy un hada y sé encantar.

—No, Bya, esas risas son porque eres... —Me detengo y respiro hondo. —...especial.

—¡Qué alivio! Por un segundo pensé que iba a decir payaso. Puedes pensar que a veces soy impulsiva, pero también soy sensible y paciente.

El abrazo más fuerte, levanto su cabeza y capto su mirada, en la que veo toda la empatía.

—¿Qué hago contigo?

—Tengo mil ideas, pero creo que, por ahora, con abrazarme y dejar que me quede aquí para consolarte es suficiente.

—Eso es lo que más deseo.

Ella se acomoda mejor, y el silencio calienta y cobija nuestras caricias taciturnas.

—Espero que te guste el mensaje que le envié a Marco con las flores. Le he enviado una copia a su dirección de correo electrónico.

—Gracias, amiga. No había pensado en eso. Ni siquiera la corona con Peppa. Has pensado en todo.

—¿Sabes rezar?

—Sí. ¿Por qué preguntas?

—Porque hace tiempo que no rezo y quería que rezaras conmigo. Por Victoria, por su madre y por mis padres.

Lo obvio no me deja espacio en el pecho para dudar de que la amo, de que la voy a asfixiar con mi amor, de que me voy a arrepentir, pero encontraré la manera de que me perdone y me ame. He estado evitando este amor porque es demasiado, pero ya me he cansado de estar solo. La quiero conmigo así. En la felicidad y en el dolor y juntos, sintiendo el sentimiento más hermoso.

El tiempo no cuenta cuando necesitamos un beso, y nuestras almas se besan primero. Y así rezamos suavemente cogidos de la mano hasta que vuelve el silencio.

—¿Pedro?

—Hola, —respondo, casi dormido.

Tarda un poco en hablar y pregunta en voz baja, con el habla contenida.

—¿Cree que empezamos mal?

¿Cómo podemos responder a lo que hemos empezado si nos impedimos empezar? Alumno mío, me vuelves loco. Me pregunto día y noche: ¿qué clase de amor loco es éste y quieres saber si lo

empezamos mal? No sé qué responder, salvo que nunca abandonas mi piel, mi mente. Tu aroma se impregna en mis fosas nasales. Te saboreo en la punta de la lengua cada vez que te recuerdo y cuando estamos juntos. ¡Ah, cuando estamos juntos! No sé qué hacer, no sé por dónde empezar, me siento tonto, inexperto.

—Creo que sí. —Mis pensamientos intrusivos me dicen que la bese. Si no, cuando me despierte, ya no estará a mi lado.

Intento concentrarme sólo en nuestras caricias. Hago todo lo posible por no escuchar mis pensamientos. Este es un momento para abrazarse, no para salir.

Bésala, Pedro.

Los pensamientos insisten. No quiero perder el sueño y me rindo a ellos.

—¿Beatriz?

—¡Hola!, —Ella levanta su cara hacia mí.

—Admitir que empezamos mal no significa que fuera malo. Simplemente no hemos sabido cómo continuar.

—Así que eso significa otro tal vez entre nosotros.

—No, alumno mío. Eso significa que no te lo dije a propósito. No quería hacerte daño. Sólo creo que hay que saber tratar las heridas para no dejar cicatrices.

Ella baja la mirada y yo le levanto la barbilla con el dedo.

—¿Sabes lo que mi cabeza me pide que haga?

—¿Cómo?

Me estremezco de anticipación. Mis brazos tiran de ella y acercan su cara a la mía.

—Me pide que la bese.

—Entonces haz lo que dice.

Paso mi cara por la suya, despacio, de la mejilla a la barbilla, reconociendo su olor, su forma, los mechones de pelo se mezclan con la tierna caricia y, suavemente, sin prisa, aprecio su rostro, retirando los mechones que cubren su belleza.

—¡Hermosa! Hermosa como la luz de la vida. —Mi pulgar rodea tus labios. —¡Perfectos! —Hablo cerca de su cara, acercándome. —No cierres los ojos, Beatriz, mira dentro de mí. Mira lo que te dicen mis ojos. —Siento un cosquilleo en el cuello ante la intensidad de su mirada. Nuestros labios se tocan como si se estuvieran conociendo, lentos, descontrolados, acelerados. Sólo nuestros corazones conectan con el aire que sale de nuestros pulmones. —Eres muy especial para mí, Beatriz. —Tus dedos envuelven los míos y nuestras palmas sudorosas y calientes se reconocen, igual que nuestras lenguas absorben lo que la otra tiene que decir. No necesitamos el tacto cuando el beso es un vínculo. Aunque no sea un beso lujurioso, es lujurioso con sentimientos. El magnetismo entre nosotros crece. No hay impresiones posibles en un amor basado en la ropa, el tamaño físico o los favores. Nuestro amor es puro y lleno de promesas en busca de una tormenta de paz.

Capítulo 21

Beatriz Eva

Creo que me quedé dormida con los labios pegados a los suyos.

—Es culpa tuya.

¿Mía? ¿Qué es eso? Me despierto al oír las palabras de Pedro, pero no abro los ojos. Me niego a mirarle a la cara.

—No te quiero aquí.

Maldito loco. ¿Puede decidir si soy buena para él o no?

—Váyase.

Abro los ojos y me doy cuenta de que Pedro no me habla.

¿"Somniloquio"?

—Deberías haber hecho algo por ella mientras estaba viva. Vete.

—¿Pedro? —Le llamo suavemente.

El reloj de la mesilla marca las 4.25.

—No tienes derecho a nada. Fuiste el mayor cáncer en su vida y la has estado matando un poco cada día desde que la abandonaste.

¿Quién mató a quién? No sé qué hacer. Asustada, le miro totalmente indefensa, perdida en sus espasmos y en una lucha interna.

¿Qué debo hacer? Tengo miedo de sacudirle, porque siempre he oído que es peligroso despertar a alguien de una pesadilla. El sudor le corre por la cara y tiene el cuerpo frío, casi congelado. Incluso su expresión es diferente. Sea con lo que sea o con quien sea que tenga pesadillas, es insoportable verle sufrir.

—¿No es suficiente lo que has hecho? No quiero nada de ti. Quien debía recibir algo ya no está aquí.

Su voz es desgarrada, impulsada por el dolor. ¿Qué pudo ocurrir en su pasado? ¿Esta pesadilla es real o producto de su imaginación?

—¿Pedro? —vuelvo a llamarle, deslizando mi mano suavemente por su cara.

—Tú también, Beatriz, te irás con ellos. No necesito tu mirada de lástima.

No siento lástima por ti, mi niño grande y asustado. No soporto verte hablar así de mí. Devastada al ver tu estado, me mantengo firme y suave, acariciándole y poniendo mis manos en su cara.

—Está bien, Pedro. Te quiero y nunca te miraré con lástima. Despierta, mi amor. —Mis palabras salen como un susurro.

No se mueve. Es angustioso.

—Relájate, mi amor. —Parece que me escuchas en el fondo. —Te quiero como nunca imaginé querer a nadie. ¿Cómo puedo sentir lástima por un hombre que me cuida, que me hace perder el suelo que piso? ¿Y que se ha convertido en el aire que respiro?

Su semblante cambia y deja de forcejear. Le miro fijamente y le acaricio el pelo hasta que parece relajarse y salir de la pesadilla.

Noto algunos espasmos en su cuerpo y siento que sigo acariciándolo.

—Eres único. Mi gran amor, ¿lo entiendes? Sea cual sea la causa de esta pesadilla, nunca dudes de mí. Te amo con todo mi corazón.

El aliento que parecía atrapado en sus pulmones salió en un resoplido.

—¿Oye? Tú tampoco roncas, ¿verdad? No querrás asustarme la primera noche que durmamos juntos. —Sonrío para mis adentros.

Otro bufido y me doy cuenta de que está más relajado.

—Sí, ronca, mi amor. Si voy a tener sueños, prefiero hacerlo así. Ya lo creo: es mejor verle roncar y soñar que tener "somniloquios" durante una pesadilla.

Bromas aparte, me pilla por sorpresa cuando la adrenalina recorre mi cuerpo. De repente, siento que se me llenan los ojos de lágrimas.

—Me has asustado, ¿verdad, precioso? —Le beso la frente y me levanto suavemente. El reloj marca las 4.50. Ya casi es mi hora.

Lo hago todo con cuidado. No quiero despertarle. Ayer no fue un buen día para él y, por lo que vi, la noche tampoco lo fue.

Me prepararé rápidamente. Quiero prepararle un desayuno especial. No sé si seré tan eficiente como él poniendo la mesa, pero haré lo que pueda.

Pienso en enviarle un mensaje toda la mañana y desisto. No quiero parecer ansiosa ni hacer proyecciones sobre nuestro beso tan lleno de promesas de anoche.

Abandono la conferencia del profesor Salete, coordinador de monografías. No consigo concentrarme en nada y me dirijo hacia el aparcamiento para coger el coche y dar una vuelta. La pesadilla de Pedro parecía tan real...

—Me pregunto qué pasó en su pasado. —Me abrazo al volante, preguntándome. —¿Siempre tiene estas pesadillas?

No entiendo por qué nunca habla de su pasado.

—Beatriz, ¿has preguntado alguna vez? —Trabaja conmigo.

Desorientado y perdido en mis dudas, tomo la carretera de Itapecerica da Serra.

Pedro aún no lo sabe, pero he comprado un terreno en una urbanización cerrada. Cuando le conté al agente inmobiliario mis ideas sobre la urbanización y el paisajismo del solar, que me graduaba ese semestre y que sería un honor utilizar el terreno como inspiración para mi trabajo de fin de carrera, se quedó deslumbrado. No sólo aceptó formar parte de mi trabajo de fin de carrera, sino que me cedió el proyecto completo de la subdivisión.

Pasé las primeras horas de la tarde sentada en una roca en lo alto del valle que rodeaba la parcela. Seguí soñando y tomando notas.

La naturaleza tiene ese poder sobre mí. Su sonido me calma y organiza mis pensamientos. No fui a la oficina. Pedro había dejado claro que estaríamos de luto dos días.

En casa, redactando toda la inspiración de la mañana, pierdo la noción del tiempo. Y el perfume masculino mezclado con el aire frío del aire acondicionado me da la impresión de que me observan. Tiene ese poder sobre mi cuerpo.

Incapaz de detener los primeros trazos del plano que empecé a dibujar en el papel, no me di cuenta de cuándo llegó ni de qué hora era. Hasta entonces, sólo habíamos intercambiado algunos mensajes después de comer.

Bya: Acabo de llegar. ¿Estás en la oficina?

No. Estoy con el padre de Marco encargándome de unos papeles.

Bya: Estoy en casa. Si necesitas algo, dímelo.

Gracias, Bya.

Bjs

PS

La tranquilidad de la naturaleza fue una sacudida meditativa, a través de la cual descubrí que no era mi mente la que necesitaba descansar, sino mi cuerpo, que aún ardía por haber dormido en los brazos de Pedro sin que nada más hubiera sucedido aparte del beso. Fue reconfortante y muy romántico. Creo que fue el beso más deseado de mi vida, pero estaba tan ansiosa que me ensañé con sus caricias y eso impidió que siguiera adelante. ¡Jesucristo! Creo que me he convertido en una ninfómana. Además, ¿qué puedo hacer si él me provoca este desenfreno de placeres?

—¿No vas a comer nada?

—¿Has llegado ya? —Giro mi silla giratoria al oír su voz ronca y dejo caer el lápiz sobre el portapapeles. No sé si correr y lanzarme a sus brazos o esperar a que él venga a mí. Qué difícil es esta situación, no saber si es noviazgo o amistad, si es sólo sexo o atracción física. Y quién te dice que seas tan varonil, tan viril, ¡y al mismo tiempo parezcas tan necesitada!

Decido por los dos y salto de la silla.

—¡Ay, qué silla más mala! —me quejo al darme cuenta de que me he desequilibrado debido a que mi falda se ha enredado en las ruedas. Sus ágiles manos me sostienen y evitan que me caiga.

—¿Tengo que cambiar los muebles o te has pasado el día estudiando y te has olvidado de comer?

Me acerca deliberadamente a él, sin intención de apartarse.

—No, guapo, esta vez soy inocente. Fueron las malditas ruedas las que me *trolearon*.

—Creo que repartiré sillas así por el piso y la oficina.

Sonríe sarcásticamente al darse cuenta junto conmigo de que el elástico unido a las ruedas hace que mi falda quede a centímetros de mi cuerpo.

—Veo que la silla no es el único pervertido por aquí.

Sus dedos fuertes y cálidos en mis brazos me calientan hasta la médula y despiertan mis sentidos, dominándolos.

—Confiesa: hoy te has puesto esa falda con segundas intenciones.

Bromea. ¡Caramba! Cómo puede el simple contacto con la piel despertar tanto mi libido.

—¡Realmente! ¡Mi mente es muy fértil! —Me pongo frente a él y tiro del elástico de mi falda. Conclusión: nuestros cuerpos chocan. El impacto es suficiente para que sienta la pared de su pecho y la dureza de su abdomen bien definido. Saltan chispas de nuestros ojos.

—¿Ahora es el momento de besarse?

Echa la cabeza hacia atrás, riendo.

—Eh?

—No sé en la vida real, pero en los libros y las películas siempre hay una escena así. Cuando la chica se apoya en el chico, se miran y se besan.

—¿Jovencita? Ayer me pareció oírte llamarme viejecito.

Los dos estamos descalzos y sus pies juegan con los míos. Es un psicoanalista de mis instintos y tiene el don de erizarme hasta los pelos de la nariz.

—He mencionado al Maestro de los Magos por su determinación de encontrar una salida para todos, pero creo que tú te pareces más a Yoda. —Me acerco más a tu cara. —Eres más sabio e inteligente. Así que creo que sabes qué hacer. Si me estás abrazando hasta ahora, es porque quieres un beso mío.

—Estoy mal. —Se ríe y susurra, devolviéndome la broma. —Definitivamente acabas de catalogarme como bajita, solo que verde y arrugada.

Muevo mi cuerpo suavemente. O beso o me bajo, pero él hace caso omiso de mis movimientos, acercándome más, sólo que esta vez rodeándome la cintura con los brazos. Sí. Eso significa beso.

—Supongo que no entendiste lo que quise decir. ¿Quizá leyendo mi lenguaje corporal lo entiendas? —digo satisfecha, rozando mis labios con los tuyos.

No tengo fuerzas para luchar contra su cuerpo caliente. Así que me rindo a sus provocaciones y a su ingle apretada contra mi pelvis, mostrando toda su virilidad. En mi mente clasifico mi estado de ánimo un poco como dice un personaje *de Auto da Compadecida*: uno está loco por besar y el otro está loco por ser besado. Así que no pasa nada. Ese no es necesariamente el orden en la película, pero en mi mente ahora mismo es lo único que se me ocurre. Me ayudo a mí misma y me humedezco los labios con la punta de la lengua. Dios mío, ¡va a besarme! Puedo verlo en su mirada felina y en su expresión totalmente descifrable. Uno de sus brazos alrededor de mi cintura sube lentamente por mi columna, arrastrando un escalofrío desde el cielo, hasta detenerse en mi coleta.

—¿A qué esperas, Beatriz?

Me chupa el labio inferior. Sus ojos intensos me hipnotizan. Aparece esa extraña sensación de que todos los nervios de mi cuerpo se crispan, y por mucho que mi feminidad se humedezca,

estoy decidida a que sólo pasaré a otro nivel cuando la iniciativa venga de él. Me gusta esta situación erótica y sensual que establecen nuestros cuerpos, pero la punzada de orgullo después de nuestro baño erótico y su falta de interés por acercarse a mí después para hablar de cualquier cosa siguen martilleando en mi cabeza.

—¡Un beso! —No sólo un beso, claro, pero lo que pueda dar de sí depende de ti.

Sus labios esbozan una sonrisa. ¡Hijo de puta! ¡Sabe exactamente lo que me está haciendo!

Me golpea la mejilla con los labios.

—¿Es este el beso que esperabas, Beatriz?

—Así de fácil, —susurro, frustrada y al mismo tiempo estremecida por su contacto. *Buen pan y huevos*, pienso para mis adentros.

—¡Qué pena! ¡Estaba pensando que podría ser así!

Su beso se mezcla con nuestra respiración y nos electriza, como si nuestra conexión nos helara hasta la médula. *Así está mejor,* pienso para mis adentros. Gimiendo, me acerca voluptuosamente, como si eso fuera posible, y todas las iniciativas proceden de él: cada roce, cada caricia y cada caricia. Yo sólo soy la compinche en este deseo lujurioso.

—¿Qué te parece si salimos a cenar?

—¿Me estás cortejando, Pedro? —consigo decir, jadeando. En el fondo, quería ser su plato principal, pero si quiere llevarme a cenar, yo sigo esperando ser el postre.

—¿Te asusta esta idea?

—En absoluto. —Intenta alcanzar mis labios de nuevo, y yo echo la cabeza hacia atrás. —Si esto es una cita, ¡estaré lista en veinte minutos! —Le doy un beso casto.

—No llegues tarde. Odio que me hagan esperar.

—¿Hablas en serio?

—¡Muy serio!

Le guiño un ojo alegremente.

—Es mi primera cita con un chico. Ahora, si no te importa, tengo que prepararme.

Capítulo 22

Beatriz Eva

Beatriz Morena Tropicana: Tengo una cita y no sé qué ponerme.

Envío un mensaje a mi grupo con Elaine y Beggo. El nombre del grupo es Anunciação, una broma con la canción de Alceu Valença, de quien Beggo es fan. Antes de que lo bautizáramos así, siempre que reservábamos algo, media hora antes empezaba a mandar mensajes de texto: "¿Vienes?". Si no, enviaba audios con el estribillo de la canción, y así sucesivamente. Tiene la manía de utilizar las canciones de sus ídolos para todo. Yo, por ejemplo, soy la "morena tropicana". Elaine, en cambio, se ganó el apodo de "vampiresa" porque un día salieron los dos, ella se tomó unas copas y le dio caña toda la noche diciendo que le besaría en el culo.

Elaine Vampira: Cuéntanoslo todo.

Beggo Bicho Maluco: ¡Qué progreso! Por fin te has desenredado del tío mayor.

Beatriz Morena Tropicana: ¿Quién lo dice? Cada vez estoy más enamorada, sólo por tu pico. Ahora no puedo decir mucho. Metiéndome en la bañera. Ayúdame a elegir algo apropiado. Conoces mis trajes. La mayoría los elegiste conmigo.

Beggo Bicho Maluco: ¿Mentiras?

Elaine Vampira: ¿Qué?

Siguen burlándose el uno del otro y yo me meto rápidamente en la ducha. Lo compruebo todo esperanzada. Sólo es una cena, pero no sé si después podré tomar el postre. Así que lo compruebo.

Pezón afeitado, vale.

Piernas afeitadas, vale.

Axilas afeitadas, vale.

Mientras me seco, saco el móvil para ver si han llegado a un consenso sobre qué ponerse. ¡Mierda! Han sido 157 mensajes en apenas unos minutos y Elaine aún no lo ha conseguido.

Beggo Bicho Maluco: Despierta, cariño, va a salir con el tío grande.

Elaine Vampira: ¿Tenía que esperar hasta ahora para decirte que va a salir con Pedro? No puedo creer que no haya pensado en él.

Beatriz Morena Tropicana: Cientos de mensajes y ninguna opinión. Una vez fuisteis mejores amigas.

Elaine Vampira: Estoy tan sorprendida que ni siquiera recuerdo la ropa que hemos comprado juntos. Cuando dijiste una cita, ¿fue una cita de verdad?

Beggo Bicho Maluco: No, cariño, es mentira. Está toda ansiosa con sus respuestas, porque quería engañarnos.

Beatriz Morena Tropicana: Me rindo contigo. Siento que el corazón se me va a salir por la boca y tú sigues discutiendo.

Beggo envía un audio en el que canta "Coração bobo".

Beggo Bicho Maluco:

Mi corazón late

Como si dijera:

"¡No puede ser!"

Zabumba bumba esquisito

Latiendo dentro de mi pecho.

Beatriz Morena Tropicana: Qué gracioso. No has ayudado nada.

Elaine Vampira: ¿Te gusta cantar? Es hora de aprender, cariño. Mi oído no es un orinal.

Beggo Bicho Maluco: Es verdad, tu oreja no es un orinal. Estás en la clasificación del tanque de esperma.

Me rindo ante ellos. No sé por qué, pero creo que la pasión de Elaine por Beggo es cada día más fuerte. Tiro el móvil sobre la cama. Esa discusión suya llegará muy lejos.

Beatriz Morena Tropicana: Hablaremos mañana.

Con el estómago hecho un nudo y el cuerpo en espasmos de excitación, me encuentro eligiendo la lencería más sexy que poseo, de color pitanga. Frente al espejo, veo el reflejo de una mujer cuyo humor tiene el mismo tono que la prenda: cítrico y dulce. Sonrío. ¡Qué no pueden hacer dos pequeñas piezas por la autoestima de una mujer! Me siento bien y poderosa. Si tengo alguna imperfección en el cuerpo, no me importa. Lo que cuenta es el poder que me da la lencería.

Todo en mi armario es muy Beatriz. No me gusta nada formal, pero tampoco veo por qué debería salir con algo demasiado deportivo. Es difícil vivir bajo el mismo techo que el hombre que te

lleva a cenar y aun así conseguir sorprenderle. Reviso percha tras percha, y nada. Entonces me llama la atención un vestido negro. No, el negro básico nunca falla, pero sigue sin ser lo que quiero. Mi móvil no deja de pitar y, curiosa, lo cojo para ver si los dos amigos antinaturales han llegado a alguna conclusión. Para mi sorpresa, además de cientos de mensajes más de ellos dos que no me atrevo a perder el tiempo leyendo, hay uno que me llama la atención y hace que mi corazón se dispare.

Pedro Salvatore: Esperando nuestra reunión.

¡Qué mono! Un día dijo que no era romántico. Estoy totalmente en desacuerdo con esa teoría.

Beatriz Morena Tropicana: Somos dos. Creo que llegaré diez minutos tarde.

Pedro Salvatore: ¿En la primera cita? Rssss. 21h.

Realmente es muy comprensivo. Incluso se ha cambiado a un horario más tarde. Como tengo ventaja, aprovecho para tomar el pelo a mis amigos. Les envío una copia del primer mensaje de Pedro. Decidida y animada, saco de la percha un top rojo sin tirantes y me bajo los tirantes del sujetador.

—¡Eso es! Bonito pero ordinario.

Ansiosa y excitada, oigo el timbre.

—No contestes, Pedro", te ruego. Seas quien seas, si nadie contesta, vete.

Otro toque. Un visitante tiene que aparecer en nuestra primera cita.

Un timbre más insistente. Si Pedro no contesta, debe compartir la misma opinión. Una secuencia de sonidos se extiende. Mi móvil, el timbre y mis gemidos, todos juntos al mismo tiempo.

De todas las opciones, elijo la más sencilla: mi teléfono móvil.

Pedro Salvatore: 9.02pm, te estoy esperando.

Beatriz Morena Tropicana: ¿Dónde estás?

Pregunto nada más llegar al salón, y el timbre no cesa.

Pedro Salvatore: ¿Dónde estoy? En tu puerta. Que yo recuerde, tenemos una cita.

Vaya, sabe cómo hacer de una primera cita todo un acontecimiento.

Temblando, abro la puerta y él me roba el aliento. Con las manos en la espalda, parece tan ansioso como yo. Lleva un pantalón cargo azul marino y una camisa de rayas del mismo color. Está sencillamente guapísimo.

—Hola.

Me saluda, y su labio se curva hacia la izquierda varias veces. Nunca había visto este tic, pero me parece encantador. Su boca es fascinante y libidinosa. Me doy cuenta de que, al hacer esto, está intentando complacerme haciéndolo todo bien. Sin embargo, no puedo evitar fantasear con su boca recorriendo mi intimidad en los lugares secretos de mi cuerpo, que tanto vibra al verlo.

—No esperaba que vinieras a cortejarme a la puerta.

—Pensé que era más respetuoso. Quiero que tu primera cita sea la que te mereces.

El iris esmeralda que destacan en sus ojos se mueve desde mi cabeza hasta mis pies, como un escáner que recorre el documento de punta a punta, provocándome un escalofrío. Noto que sus pupilas dilatadas pasan de un verde translúcido a un color más oscuro.

—Estás preciosa.

El sonido ronco de su voz es diferente. Hay una mezcla de afecto y deseo.

—Muchas gracias. Tú también estás perfecta.

No sé qué decir. Es mi primera cita y Pedro me pone nerviosa, desarmada. Lucho contra la agitación de mis sentidos. Quiero parecer preparada para él, pero es sencillamente imposible —¿Le invito a una copa antes de salir?

—Si me invitas a entrar, no sé si podremos salir. Este vestido me está poniendo a prueba. Quizá sería más interesante que nos quedáramos en casa y cenáramos aquí.

Ese hombre me enloquece, me vuelve libertina, enciende mis deseos más libertinos, por no hablar de la llama que enciende mi cuerpo cuando me mira así, como un lobo hambriento. Querido, eso es porque no has visto lo que hay debajo. Sonrío por dentro, impaciente.

—Entonces creo que será mejor que nos vayamos.

¡Caramba! ¿Cómo puedo resistirme a este hombre y no abandonar el encuentro? El mar verde de sus ojos me ahoga en la pasión.

—No sin antes entregarle un regalo de agradecimiento por aceptar salir conmigo.

Sus brazos se mueven a cámara lenta y sus manos me entregan un hermoso *bonsái* florecido de rosas del desierto.

—¡Es precioso! ¿Cómo lo has conseguido? —pregunto sorprendida.

—Digamos que vivir con mi primera cita durante un tiempo me ayudó a decidir qué le gustaría más.

—Sigues diciéndome que no te pareces al Maestro Mago. ¿Haces magia? No sólo te has vestido tan bonito, sino que además has conseguido comprar un regalo en un tiempo récord.

—Mi magia era tu retraso.

—Ahora entiendo por qué no estaba enfadado. —Echo la cabeza hacia atrás, sonriendo. —¿Tienes una tarjeta?

Asiente positivamente con el mismo tic en el labio. Me pregunto por qué no lo había visto antes.

Doy un paso atrás. Necesito apoyar el *bonsái* en algún sitio para leer la tarjeta.

Beatriz,

Ninguna flor sería más expresiva para representarla que la rosa del desierto.

Al igual que ella, te admiro por ser tan resistente, receptiva y capaz de soportar las duras temperaturas con las que te calienta la vida.

Así como ella puede almacenar mucha agua para sobrevivir, tú puedes almacenar mucha ternura.

Es hermosa, exótica y rara, con una forma única que admiro desde el día en que te conocí.

Se adapta perfectamente a los entornos y, aunque se cultive en maceta o en la inmensidad de un desierto, es capaz de florecer majestuosamente durante toda la vida.

Cultivarla es una tarea complicada, pero muy agradable y encantadora.

Como con este árbol, espero tener la sabiduría de verlo florecer toda la vida. Sé que para que este jarrón llegue hasta aquí ha pasado por muchas tormentas, pero hoy se mantiene firme y fuerte, igual que espero que florezca como tú mañana, pasado mañana, pasado mañana y pasado mañana y así durante toda tu vida.

Un brote de besos, flor del desierto.

Pedro Salvatore.

¡Vaya! Si eso no es un "te quiero", no sé lo que es. Leer su tarjeta me emociona. ¿Así que soy una rosa del desierto y él quiere verme florecer mañana, pasado mañana, pasado y pasado? Oír una palabra romántica no me conmueve tanto como una comparación. Desde que empecé a trabajar como paisajista, me fascinan la historia y los orígenes de las plantas. Lo sabía todo sobre la rosa del desierto, pero consiguió describirla de una forma tan poética y cariñosa que es como si fuera un ejemplar vivo de la planta.

De espaldas a él, siento que se acerca a mí.

Capítulo 23

Pedro Salvatore

Es irónico, por no decir molesto, que me acuerde de Marco justo ahora, cuando tengo ante mí la imagen del hada Aguane más bella y angelical, con su forma humana y sus miradas seductoras. Hechizado, no me canso de mirar lo hermosa que es, incluso de espaldas. Como un imán, su cuerpo me atrae. Riendo de lado, me encuentro a mí mismo apodándola en mi mente, como hizo Marco en su exagerada galantería cuando se refirió a Bárbara como una sirena. Su larga melena negra suelta brilla, cubriéndole el cuello y rematando su perfecta figura.

La ansiedad es el enemigo número uno de los que padecen TOC. Cuando la invité a cenar, no se me pasó por la cabeza que todo se convertiría en un acontecimiento. De hecho, era una invitación sin pretensiones. Pero una cosa llevó a la otra y lo siguiente que supe es que estaba totalmente involucrado en la situación.

Mi aventura con Beatriz sucede con la furia de una tormenta que me asola de deseos e impulsos.

Desde que salí de tu habitación hasta ahora, he sentido la comisura derecha de la boca crisparse como un tic nervioso. Me duché en tiempo récord, salí a pasear, en fin, intenté mil distracciones para no estar tan ansioso esperándote. Intenté mil cosas para que parara, pero nada funcionó. No lo entiendo. No soy un niño a punto de tener su primera cita.

Cuando vi la alegría en sus ojos al ver mi invitación como cita, casi la cogí en brazos, tan feliz estaba.

Ella me hace sentir amado, varonil y viril. En sus ojos veo un sentimiento que va más allá de la gratitud. Cuando pienso en la imagen de Cupido clavando una flecha en el corazón, entiendo perfectamente lo que significa, porque ese diablillo no sólo acertó, sino que clavó la lanza al otro lado del músculo de mi corazón.

Me hace sentir esencial para ella, demostrándome que puede, pero no quiere, vivir sin mí. Hoy sé que no necesita decir que me quiere, simplemente porque la forma en que lo demuestra es natural. A mí no se me dan bien las declaraciones del tipo "te quiero". Si lo que siento por ella tiene un nombre, sólo lo sabrá por mi comportamiento. Simplemente no sé cómo decir esas tres palabritas.

—Son preciosas.

—Cuando lo vi en la floristería, pensé que te gustaría. Me alegro de que te guste.

—También es perfecto, pero me refería a las palabras de la tarjeta.

Respiro profundamente a su lado. Embriagado, suelto el aire lentamente, añorando ya el aroma de su pelo, un aroma cuya esencia exótica me comprime los testículos, despertando mi sensación de querer oler más de ella.

—Su perfume es un misterio. —Con la barbilla, empujo hacia atrás el pelo que cubre su cuello. —Delicioso. —Inhalando, froto mi nariz por el lateral de su cuello, hasta llegar a su oreja. —¡Adictivo!

—Toda mujer necesita un secreto.

Me complace ver lo temblorosa que estás.

—Y todo hombre afortunado tiene que ser persistente e intentar descubrirlas todas", digo en voz baja, todavía explorando su aroma afrodisíaco. Y cuando digo afrodisíaco, no exagero ni una letra, como puedes comprobar por mi polla dolorida dentro de los calzoncillos, gritando liberación.

—Creo que esa es la intención.

—¿Y si te dijera que estas intenciones me están volviendo loco?

—Le darán más motivos para querer continuar con el misterio.

Sonrío. El diablillo es tan real... Puedes sentir la sonrisa en sus labios cuando es seductoramente provocativa y deliciosa.

—Mejor no digo nada más sobre lo que me vuelve loca de ti. —Le mordisqueo ligeramente el lóbulo de la oreja. —¿No te parece? —Deslizo el brazo por tu cintura, doblo el tallo de una rosa tan roja como la sangre que hierve en mis venas y se la acerco a la oreja. —¡Perfecta!

—¡Ah!

Suspira y se vuelve hacia mí, con los ojos cerrados. Sé que está esperando un beso. Quiero estrecharla entre mis brazos y olvidarme de todo. No sé si podré detenerme sólo en el beso y no quiero ser injusto. Ella está muy excitada por este encuentro. Así que intento contenerme, acercando sólo mis labios a los suyos en un roce superficial e inocente. ¡Y cómo me gusta ese tacto suave! Al

diablo con hacerlo todo bien. Vuelvo a ser egoísta y lo siguiente que sé es que estoy explorando cada espacio de su boca con mi lengua entrometida sin pedir permiso para llenarlo.

Me alejo de ella a regañadientes. La veo morderse la comisura del labio inferior, tratando de ocultar su nerviosismo. Este beso ha sido tan frenético y sin aliento que apenas hemos conseguido tomar aire juntos. Me siento excitado, pero un poco más relajado. Incluso el tic ansioso de mi labio disminuye en intensidad.

—Creo que tenemos que irnos.

—¿dónde?

—Tenemos una reserva.

—¿Cómo, en tan poco tiempo, consiguió también una reserva en un restaurante?

—Ya he dicho que tengo la suerte de conocer las preferencias gastronómicas de mi acompañante.

La conduzco con los brazos alrededor de la cintura hasta el pasillo.

—¿Y puedo preguntar adónde vamos?

—¡No!

Juguetonamente, le aprieto la barbilla, dándole un casto beso.

—¿No?

—También sé guardar secretos. Créame, el restaurante le gustará.

—Sólo porque dije que tenía secretos, decidiste picar mi curiosidad.

—Digamos que tu curiosidad no se despertará por mucho tiempo, mientras que la mía se eternizará. ¿O me vas a desvelar el secreto de tu perfume?

—¿Qué te parecen algunos consejos?

Pregunta en cuanto se abre la puerta del ascensor, revelando un interior abarrotado y ruidoso. Vivimos dos plantas por debajo del salón de baile y, por el grupo de tíos de la cabina, imagino que se está celebrando una barbacoa de bigotes, dado el aire de alcohol y humo. Los desgraciados silban sin verme; doy un paso adelante y me pongo a su lado.

Con una punzada de frustración y vacilación, no la dejo entrar, impidiéndole el paso con el brazo.

—¡Uy! Está lleno. Puedes bajar —advierto a los niños desnutridos.

—Sólo somos cinco. —Uno de ellos señala el cartelito que indica la capacidad del ascensor. —Si tienes prisa, será mejor que bajes con nosotros. —La esponja desvencijada se enfrenta a Bya delante de mí. —Aún queda mucha gente por bajar.

—Y, se le olvidó mencionarlo, también más borrachos. —Añade otro tipo, apoyando en su hombro a un tipo babeante, y todos se ríen.

—No tenemos prisa -le digo seriamente, poniéndome delante de ella-. —Puedes bajar. —De ninguna manera voy a entrar en ese ascensor con Bya. La puerta se cierra y él baja.

—¿Fue todo miedo de echarme a los lobos? —Me abraza.

—Prevención, —digo entre dientes. Apenas puedo creerlo cuando siento que me estremezco por dentro de odio. La forma en que la miraban esos cabrones me había hecho perder la cabeza.

—¡Mi héroe! —Me besa la mejilla con orgullo. —Vamos al montacargas. —Me tira de la mano, haciéndome darme cuenta de que la furia de hace unos segundos me ha dejado totalmente estático y con los puños cerrados. ¿Qué reacción ha sido esa?

Nunca he sido tan celoso como para meterme en líos con cierto tipo de ropa que llevan mis amigas, pero este vestido que lleva hoy, definitivamente...". Ya le prohibiré que lo lleve en su armario, o se lo restringiré sólo a interiores, preferiblemente en el dormitorio, con las puertas cerradas. Sólo para mí. Mirándola, entiendo perfectamente por qué las hormonas de los chicos gritaban en el ascensor. El vestido marca su silueta como una segunda piel cubriendo su escultural cuerpo. ¿Y los tacones? Son sencillamente eróticos y peligrosos. Hacen más llamativa la mitad de su torneada pierna.

Juro que mi instinto salvaje intenta domar al señor que he decidido que sea en nuestra primera cita como pareja, pero es imposible. Está jodidamente buena. Increíble. Feliz. Brilla tanto que me deslumbra. En realidad, eso siempre pasa.

—Es una mierda tener una sala de fiestas en el tejado. Menos mal que no hay ninguna firma del estudio de arquitectura más reputado de la ciudad en el diseño de este edificio. Dudo que Salvatore estuviera de acuerdo con la idea de que los borrachos ocuparan los ascensores. —Bromea, y yo le sonrío.

—Y después de hoy, apenas verás ninguno de mis proyectos que incluya zonas de ocio en la planta superior.

El ascensor se abre y ella se pone delante de mí, todo encanto. Me debato entre pulsar el botón del metro o pasarle el brazo por el cuerpo y demostrarle que lo que es mío nadie tiene derecho a quererlo. Se coloca deliberadamente delante del salpicadero, impidiéndome pulsar ninguna tecla.

—Perdona -digo divertido, rozando a propósito sus pechos con el brazo mientras pulso el botón del ascensor que indica el sótano. La comisura de sus labios se curva en una sonrisa maliciosa.

—¿Siempre pides permiso después de tocar a alguien?

—No, sólo cuando alguien se para en medio del pasaje.

—Es bueno saberlo.

—¿Quieres decir que no me esperabas? —Dando otro paso en el pequeño espacio, apoyo una de mis manos sobre su hombro en la pared. —¿Es fácil quitarte el pintalabios?

—¿Preocupado?

—En absoluto.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque no puedo esperar a probarlo toda la noche.

—¿Y supongo que no pedirás licencia?

—¡No!

Deslizo la mano por su cuerpo y la atraigo hacia mí. En mi interior siento la necesidad, como un cavernícola, de saborearla para saber que es mía, sólo mía. Se repite el gesto de siempre: rozo mis

labios con los suyos, la beso suavemente como un beso de posesión, marcando territorio, dejándola sin aliento y perdida entre mis brazos.

La acompaño al coche sin decir nada, abro la puerta y la acomodo suavemente. En el fondo, intento calmar mis nervios aún crispados y la fiera indómita que ha florecido en mi interior. No puedo explicar el tamaño de la furia que me ha invadido. A su lado, cada día que pasa, siento despertar un nuevo sentimiento... Y el maldito tic nervioso vuelve con toda su fuerza.

—¿Va todo bien?

—¡No pasa nada!

Trato de no alterar mi voz, inclinándome sobre ella para abrocharle el cinturón de seguridad. No sé por qué me reconforta este gesto. Tal vez porque al abrochárselo le muestro al mundo que es mía.

—No conozco el restaurante al que vamos, pero he leído buenos comentarios sobre él.

—Estoy muy feliz de que seas el hombre de mi primera cita.

Le doy un casto beso en los labios. Sabe decir la palabra adecuada en el momento oportuno.

Sentado a su lado, conduzco por las calles de São Paulo, como si fuera la primera vez, dando un significado diferente a los paisajes. Ella es habladora y ve la chispa en todo. Ya hemos estado en esta situación cientos de veces, pero ahora es diferente. Hay una razón especial.

—¿Por qué tengo la impresión de que nunca te he visto fruncir los labios?

Me coge por sorpresa, totalmente desprevenido. Su curiosidad es inocente, es un deseo de conocerme. El camino para que una relación funcione es la importancia de decir la verdad. Un camino en el que se desarrolla la amistad, la confianza y la entrega, sin ataduras ni muros, y por eso soy espontáneo. No sé cómo contarle a la gente un poco sobre mí, cuando admitirlo ante mí misma es tan difícil.

—Quizás porque este tic sólo aparece cuando estoy muy ansioso.

—¿Te pongo ansioso?

—Creed lo que veis. Me hace mucha ilusión. —Le guiño un ojo, apartando la vista del tráfico durante un segundo.

—Yo también. —Ella me devuelve el guiño cariñosamente. —Mira qué frías y sudorosas tengo las manos.

Me toca la mano, que está apoyada en su pierna, intentando calmarme, un toque frío y cálido al mismo tiempo. El diablillo ha conseguido pasar como un tractor por encima de todos los muros que he levantado a mi alrededor. Si supiera lo reconfortante que es... Y si supiera que mis rituales son reacciones naturales derivadas del TOC.

—¿Es algún tipo de TOC?

No debería haber ocurrido así. ¿En qué se convirtió de la noche a la mañana? ¿De un hada con poderes paranormales a una hechicera que lee la mente?

—Sí, así es. Y este es uno de los síntomas.

Hoy en día está de moda decir que todo el mundo tiene algún tipo de TOC. La gente etiqueta cualquier manía, pero poco saben lo que es para los que viven con ello. Para ser la primera confesión, no me siento mal, sólo digo basta.

—¡Exagerado! —Ella sonríe. —Conozco algunas manías que tienes. Como organizar todo en la oficina al milímetro. Aparte de eso, nunca he notado ninguna obsesión por nada.

Ella se lo toma con buen humor y yo prefiero dejarlo así por el momento.

Tantra es uno de los pocos restaurantes de Brasil especializado en cocina mongola, que también incluye platos tailandeses en su carta. Siempre es muy recomendado en las páginas de gastronomía. Opté por llevarlo a una de sus sucursales aquí, en Vila Olímpia. Como era viernes, el tráfico era caótico en la zona.

Cuando decidí dónde llevar a Bya, tuve en cuenta todas sus preferencias gastronómicas. Luego recordé lo mucho que le había gustado conocer a Patrícia, la amiga de Babby, en el cumpleaños de la pequeña Vitória, por las animadas conversaciones que habían mantenido sobre el masaje tántrico. Tengo que confesar que hasta yo me excité con los detalles que me contó, y me juré que le regalaría una noche que incluyera ese masaje. Curiosa como es, también investigó sobre el restaurante. Así, lo que había sido una simple charla sin compromiso acabó convirtiéndose en la puerta para adquirir un poco de cultura.

El nombre del restaurante no dejaba de venirme a la cabeza. Cuando llamé para reservar mesa, la recepcionista me dijo que,

además de la cena, el local ofrecía otras atracciones.

—¿Es un restaurante asiático? ¿Tantra?

—Sí, el Mongolian Grill. —Con humor, la conduzco al interior. —¿Ves cómo no olvido nada de lo que dices?

—¿Qué parte te ha llamado más la atención?

—No era la forma de meditar. Me gustaba más la parte del temblor. —Me burlo de ella, hablando en voz baja.

—¿Te interesan los orgasmos múltiples que puede proporcionar el masaje tántrico?

Me susurra y trato de concentrarme en el caballero que tengo delante. Mientras tanto, intento que no me detengan por exhibicionismo, ya que un bulto aparece inesperadamente en la parte delantera de mis pantalones.

Atraigo su mano hacia la mía y froto sus dedos sobre mi erección.

—Hay cosas que no puedes decirle a un hombre públicamente.

Dando un paso más delante de mí, se coloca con la cadera sobre mi erección y me dice:

—Si es para preservar tu integridad, que sepas que mis caderas son lo suficientemente anchas como para privarte de un escándalo.

Se detiene en una pequeña cola a la entrada de la recepción y aprovecho para rozarme con ella.

—Eres un diablillo. —Apoyo mi barbilla en tu hombro.

—Y tú eres un regador de cajas.

—Creo que me he equivocado de restaurante", bromeó con ella. —Me estás haciendo cambiar de planes.

—En absoluto. Aceptaré esa sugerencia a la hora del postre.

Ella sí que sabe cómo tomarme el pelo. ¿Cómo voy a cenar tranquilo sabiendo que me espera un postre mucho mejor que cualquier comida? La gente entra y ella les sigue.

—¡Qué arquitectura tan bonita! —dice, con los ojos brillantes, en cuanto entramos en el restaurante.

—Diferente. —Confieso que no esperaba un lugar tan exótico y con tan buen gusto. Ni comportarme como un adolescente loco para ir al baño y aliviarme. Va a ser una noche larga.

Menos mal que hice una reserva. La recepción está llena de clientes esperando. Le ofrezco el único asiento libre en el sofá decorado con cojines de motivos orientales, pero ella se niega y me pide que me siente mientras lo mira todo con atención. No se amilana, me toma el pelo y se contorsiona, haciendo algunos comentarios, todo el tiempo apretando mi erección con su delicioso e impetuoso trasero.

Llevo mis dedos a su mejilla, acerco su cara a mi hombro y, con fuerza, intento ser claro con ella.

—Hasta que pueda controlar la hidrofobia de mi polla, nos pondremos de pie y te portarás bien. Si no... —Le aprieto firmemente la cintura con la otra mano. —... ...cancelo la cena y paso directamente al postre. —Muevo las caderas hacia atrás y ella

obedece. —Ahora aléjate un poco de mí. Un poco más y alguien pensará que ha derramado algún líquido por mis pantalones.

Capítulo 24

Beatriz Eva

Así es como me deja: muda y excitada. Una verdadera provocación. Todo en él suena erótico y seductor. Debería hacerle tragar sus palabras con un buen orgasmo en público, pero como se ha alejado un poco, cumpliré... Prefiero llamarlo petición, no orden.

Admiro la decoración exótica del restaurante, al mejor estilo parque temático. La música ambiental es muy típica y transmite mucha sensualidad, favoreciendo la relajación. La sala está decorada con bambú, telas esparcidas y shisha, una pieza más bonita que la otra. Cada rincón tiene una referencia sensual, un adorno exótico con sus propias particularidades. Casi me siento en el paraíso. Entre las mesas gigantes, macetas de barro con palmeras dan a la sala un reconfortante tono paisajístico, por no hablar de las macetas con orquídeas sobre las mesas, en plena armonía *Feng Shui*.

—Este lugar es sencillamente emocionante. —Junté las manos emocionada, radioactivamente feliz.

—Ahora todo el mundo en el restaurante sabe lo que piensa del ambiente. —Sonríe y también lo hace la *azafata* que

está a su lado.

En un gesto de caballerosidad, me acerca la silla a la mesa indicada por la mujer.

—Tengo que decirte que no puedo esperar al postre. Por la discreta marca en tus bragas, deben ser diminutas.

Como una ráfaga de aire helado, sus palabras me producen escalofríos desde el cóccix hasta la última vértebra cervical. Me ruborizo al darme cuenta de que la *anfitriona* está allí de pie, esperando a que nos sentemos para ofrecernos los menús.

—¡Buena cena, Beatriz!

Si no estuviera empujando la silla para que me sentara, me caería al suelo. Su tono provocativo y ronco me deja sin aliento.

—Tú también, Pedro, ¡que tengas una buena cena! —Intento responderle en el mismo tono, pero mi voz afectada no ayuda.

—Apuesto a que sí. —Se sienta con una sonrisa burlona.

Instalada, no me canso de mirar cada detalle. Y, por supuesto, soy muy consciente de que dos pares de ojos verde esmeralda, sostenidos por una sonrisa, no dejan de mirarme, encantados de ver lo feliz que estoy con su elección. La atracción principal del restaurante está en el centro: una gran plancha en la que algunos de los cocineros trabajan con pericia.

Se acerca un camarero.

—¿Ha elegido ya sus bebidas?

—Todavía nos estamos acostumbrando. Pediremos pronto. —El camarero se va y Pedro me sonríe. —Ya no estoy seguro de haber hecho una buena elección.

—¿Por qué no? Has dado en el clavo. Este lugar es precioso.

—Tan rico en detalles que mi presencia a su lado se empobrecía. —Bromea. —¿Elegimos las bebidas?

¿Cómo puede pensar que su presencia a mi lado puede volverse insignificante por un segundo? ¿No se da cuenta de que, en el coche, sólo por estar a su lado, sentí el mismo tirón en el vientre que él sentía en la boca? Y puedo jurarlo: ¡mis bragas mojadas no tienen nada que ver con el TOC! A decir verdad, el vértice de mis piernas echaba de menos el tacto.

—En primer lugar, tu presencia a mi lado es prioritaria. —Le guiño un ojo. —Y en cuanto a la elección de las bebidas, aún estoy muy indecisa. Pero te sugiero que no elijas una piña colada. —En cuanto bromeo, me siento mal. —¡Me da tanta vergüenza recordar lo que hice! —confieso en voz alta, totalmente arrepentida.

Deja el menú y se me queda mirando, sorprendido por mi confesión después de tanto tiempo.

—¡Es verdad! Esa bebida no me trae buenos recuerdos. Nada de piña colada por hoy. —Hace una reserva. —Pero hoy estoy protegido. El responsable de esa travesura está a mi lado y no detrás de la barra.

Riendo emocionado, me tranquiliza al ver mi cara de sorpresa, colocando su mano sobre la mía y provocando un tsunami de piel de gallina.

—Todavía me debes unos azotes.

Sonríe.

—Creía que eso era cosa del pasado.

—El acontecimiento, sí. Pero los azotes siguen muy presentes y anhelantes dentro de mí.

Si quería despertar mi libido, lo ha conseguido. Acabo de fantasear con tumbarme en su regazo y que me dé unos azotes, y eso no es bueno, porque si se me vuelve a colar algo entre las piernas, seré yo la que pase vergüenza al levantarme.

Su compañía es fascinante. Pierdo el aliento de la risa con algunas de las anécdotas de su infancia y sus aventuras con el motoclub. Escucharle hablar con tanto entusiasmo me hace desear ser su piloto. Todo el tiempo estoy admirando su impactante belleza. No encuentro ni un solo defecto en su perfecta genética, y eso para mí es como un caramelo para la vista.

No dije nada más sobre el problema que mencionó con el coche. Preferí tranquilizarle en la medida de lo posible, aunque quería saberlo todo de una vez. No tengo un pasado que pueda compartir con él, así que me limité a escuchar.

—En el único viaje al que me llevaste, me encantó la aventura", subrayo.

—Nuestra próxima salida será más familiar.

—¿Y puedo preguntar cuál sería un paseo más familiar? —Me arrepiento de la pregunta en cuanto veo su expresión. ¡Meleca! Creo que le he acorralado y trato de arreglar las cosas. —Haré el

papel de su crupier, ¡por supuesto! Y prometo acompañarle en sus curvas, inclinando mi cuerpo en la dirección correcta.

—¿Aún recuerdas lo que dije?

Su voz grave me deja sin aliento. ¿Será así toda la noche? ¿Sólo con mirarme y hablar siento que se me va el aire de los pulmones? Virgen que desatas los nudos de las mujeres rotas, ayúdame. Creo que me he pasado de la raya, intentando enmendarme y cargando de nuevo contra él, como si estuviera resentida.

—Eras perfecta. —Atónita, le miro. ¿De verdad he oído eso?

—Pero... —Me silencia con la punta de los dedos.

—No hay ningún "pero". Fui un idiota y te mentí. —Me examina, acomodándome el flequillo detrás de la oreja. —Tus movimientos eran precisos. Seguiste cada curva a la perfección, como una bailarina que se deja llevar por la música y su melodía. Como ves, yo también tengo algo de lo que avergonzarme, sobre todo por no haber sido sincero contigo.

Su confesión es como la curación de una herida abierta. El camarero vuelve y toma nota de nuestros pedidos. A decir verdad, ¡no pienso con claridad! ¡Ni siquiera pude descifrar el menú! Vi que había bebidas afrodisíacas y exóticas, pero ¿quién puede pensar en eso si la persona que está a mi lado es la suma de todas ellas? Pide una tónica con limón y yo enarco una ceja.

—¿Qué es eso? ¿Nunca bebes cuando sales? Mira cuántas bebidas exóticas.

—No cuando estoy conduciendo, y menos aun cuando tengo a mi lado a una preciosa alumna. Por no hablar de que he dejado un delicioso vino espumoso en el congelador para más tarde.

Sugerente.

—¿Piensa brindar por una ocasión especial?

—Sí, para el éxito de nuestra reunión.

Para liberar al camarero que espera mi pedido, le imito y esta vez levanta la ceja.

—¿Por qué no pediste bebidas exóticas? Tú no conduces.

—El camarero se mostró muy curioso y pedir una tónica con limón le pareció una buena idea. —Le guiño un ojo. No es como si fuera a elegir una bebida, mientras lo único que me importa es verle hablar. —Volviendo al tema, sabes que no deberías revelarme estas cosas, ¿verdad? Que me mentiste, haciéndome creer que soy una pluma en la punta de la nariz de un equilibrista.

—¿No? —Le da un ataque de risa y apenas puede hablar. —El de la pluma en el extremo de la nariz de un arielista es el mejor.

Sacudo la cabeza de un lado a otro.

—No, Pedro, no deberías. Porque ahora me debes un paseo en moto por otra sierra como esa, y no voy a aceptar más excusas. Me has traumatizado profundamente la motricidad. Como ves, también sé cómo castigarte, pero claro, no pienso en azotes. —Yo le provoco. —Mi castigo será más placentero...

—¿Y no crees que unos azotes en el trasero serían placenteros?

—Sólo si es para ti", miento, muy emocionada. —No eres uno de esos ratones de biblioteca, ¿verdad?

—No sé cómo son los dobladores de libros, pero puedo trabajar bien tus glúteos sin dejar marcas.

Me inclino hacia él.

—¿Y cómo puede garantizar que será agradable?

El camarero vuelve con las bebidas mientras me mira intensamente, mordiéndose el labio. Creo que sé exactamente lo que pasa por tu cabeza, y eso me pone más cachonda. El camarero se aleja y él levanta su copa.

—¡Por nosotros! —Brindando, nuestros dedos se tocan. El brindis parece aburrido, pero nada es más pequeño cuando estamos juntos.

—¡Por nosotros! —De acuerdo: ¡lo admito! Podríamos haber brindado con una bebida más excitante. Pero así son las cosas con Pedro: lo sencillo es más excitante. Cruzar los ojos y tomar un sorbo de tónica es como un apareamiento de sensaciones, en el que el único sabor que importa es el de la emoción.

Hay un momento de silencio y luego acerca mi silla a la suya.

—Tu expresión me dice que te gusta la posibilidad de ser azotada y ahora me siento doblemente desafiado e intimidado. ¿Qué vas a hacer mañana?

Bueno, llevo un poco de retraso con la tesis y he planeado un día de excursión con amigos, porque no esperaba que te quedaras en casa el fin de semana. Pero contesto sin pensar.

—¡Nada!

—¿Te gustaría unirte a mí y a Caballo de Acero?

¿Recuerdas cuando Stanley se puso la máscara y se le salió el corazón del pecho en *La Máscara*? Eso es lo que me pasa a mí, salvo que él no huye ni por asomo.

—Tentador. —Sonrío encantadoramente para no gritar y atraer la atención de todos los de la mesa de al lado.

—¡Tentadores son tus labios sonrientes! —Mis labios palpitan, la música tántrica ambiental es seductora. —Si hubiera sabido que se verían tan hermosos sonriendo así, la habría invitado a acompañarnos.

—Has perdido tu oportunidad. —Estoy ansioso por escuchar tu respuesta.

—Menos mal que siempre tengo tiempo para corregirlo.

Como a cámara lenta, nuestros labios se acercan.

—¡Siempre!

El ambiente exótico y sensual, combinado con el sonido de las campanas, el agua cayendo en la fuente, los instrumentos y la música, atrae nuestro beso, sin pretensiones, tímido y comedido por ser entre tantas personas. Todo sucede con naturalidad, en perfecta armonía, como si fuéramos dos amantes. La caricia sigue y sigue, y puedo decir que nunca había besado a alguien así en mi vida. Su mano es audaz: comienza una suave caricia en mi pierna desnuda y va subiendo hasta llegar a mi centro.

—Estamos en público, —digo entre el aire y el espacio de los besos.

—El mantel es lo suficientemente grande para que nadie vea lo delicioso que es tocarte. Sigue besándome discretamente.

¿Alguien sabe quién ha apagado la luz? Mi cordura se apaga cuando su dedo aparta mis bragas y se desliza lentamente de un lado a otro de mi abertura.

—Húmedos y deliciosos como sus labios.

—Aquí no se puede.

—¿No? —Impetuoso, desliza su dedo dentro de mí. —Creo que sí.

El beso cambia de lengua a labios que chocan, mientras unos gemidos silenciosos escapan de mi boca.

—¿Qué poción mágica has puesto hoy en tu perfume?

—Ni siquiera bajo tal tortura, —digo yo.

—¿No? —Aparta un poco la cara y me saca el dedo. —Entonces supongo que tendré que descubrirlo por mí misma. —Se lo lleva a los labios. No me lo puedo creer. —Ya puedo distinguir el sabor: es dulce. —La excitación crece en cada célula de mi cuerpo. Por si la tortura no fuera suficiente, mis ojos se abren de par en par cuando veo lo que hace: mete el dedo en el vaso y saca un cubito de hielo. —También me doy cuenta del calor que hace. Creo que, si lo enfrío un poco, podrá contestarme. —Enrolla el hielo en un óvalo y me lo enseña. —Veamos, alumno mío, cuánto tiempo puedes guardar este secreto.

—No vas a hacer lo que estoy pensando, ¿verdad?

—¿Qué es eso? ¿Qué cosa? —Levanta una ceja, y su dedo vuelve a mi base caliente e hinchada. —Noto lo caliente que está. —Se me escapa un gemido de angustia y cosquilleo. —No llamemos la atención -me vuelve a mordisquear el labio-.

—Lo dices porque no es a ti a quien alguien está introduciendo un trozo de hielo.

—Será mejor que te relajes. Estás demasiado tensa. ¡Sí! Dilata esos músculos.

Una llama se enciende a nuestro lado. Sobresaltados, nos damos la vuelta para admirar el espectáculo pirotécnico, sencillamente fantástico. Su dedo sigue moviéndose dentro de mí y el hielo se derrite como golpeado por el calentamiento global. No sé qué escupe más llamas: el escupe fuego o mi vientre que piensa entrar en erupción.

El artista se acerca a nuestra mesa y me invita a participar en el espectáculo. Si algo podía empeorar, empeora.

—Hazme el honor.

—¿Quieres que participe? —Jadeando, intento hablar y Pedro hunde más su dedo dentro de mí.

Nuestra Señora del Desprecio, todo el restaurante nos mira. Me pregunto si es por la cara que pongo cuando me penetran o porque el artista me aparta para que participe.

—Sí, si el caballero lo permite.

Dentro de mí, su dedo se mueve en señal de no.

Estoy tan cachonda. No sé dónde me ha tocado su dedo, pero he sentido hormigueos por todo el cuerpo. Me excita la certeza

de que me están observando. ¡Qué capullo! Me está pagando. Estoy que me subo por las paredes. La sensación de que estoy montando un espectáculo privado es a la vez intimidante y excitante.

Por suerte, nuestra mesa está contra la pared. Así no hay nadie que nos vea por detrás. No entiendo cómo consigue mover hábilmente su dedo dentro de mí sin mover los brazos. Lo que sí sé es que su mano practica una verdadera contorsión entre mis piernas.

En súplica, le miro.

—No hay peligro, señor. Velaré por la seguridad de su señora.

Una vez más, mueve el dedo y me vuelve loco. La gente me observa, al igual que el artista, que espera una respuesta. Tengo que parar o seré objeto de burla a los ojos de todos los que me miran.

—Ahora me toca a mí dar espectáculo, Pedro. —Le beso la mejilla. —Estamos en paz. Mira cómo se venga una mujer cachonda y acorralada -susurro, inclinándome a su lado.

—Podría ser menos exhibicionista y obtener suficiente placer. —Me susurra.

¿Presumida, yo? Abusó de mí delante de todos, ¿y yo soy la presumida?

Retiro su mano de mi regazo, junto con la servilleta, que paso entre mis piernas mojadas a modo de disimulo. Sin las bragas, consigo subirme el vestido. Es una situación incómoda.

El artista me pone en posición y me pide que sostenga una larga antorcha. Me siento como uno de esos tramoyistas. Miro a

Pedro, aterrorizada, e intento distraerle poniendo caras y bocas excitadas. Se pone rojo y me fulmina con la mirada, pero no abandona su expresión preocupada. DE ACUERDO. En el fondo yo también estoy aterrorizada y con las piernas mojadas, pero la situación me parece divertida.

—¿Preparado?

—¡Puedes escupir, bombero! —Por encima, porque estoy a punto de escupir por debajo.

Muestra los dedos y los comensales cuentan en voz alta. Con cada número, mis ojos se tensan.

Creo que quiero rendirme.

¿Cómo podría aceptar hacer eso?

Así fue.

Ovacionado, el artista me estrecha la mano y da las gracias a todos.

—¡Qué emoción! —digo, eufórico.

—No sé si me inquietaba más el peligro inminente o la posibilidad de perder a un interno.

—Mira, por la intensidad de los aplausos, estuve tentado de solicitar el trabajo. Dudo que mi nuevo jefe me hiciera lo que usted acaba de hacer.

—Si me hubieras dejado terminar lo que empecé, te garantizo que habría habido más aplausos cuando el público viera el placer en tus ojos.

—¿Sigues diciendo que yo soy la exhibicionista? Aparte de todo, eres muy seguro de ti mismo.

—¡No dudes de mí, Beatriz!

—En absoluto.

—¿Comemos? —Sonríe.

—Me muero de hambre.

Doy una vuelta por la zona del bufé y leo la referencia y el significado de los cuencos:

La tradición de la parrilla mongola tiene su origen en la leyenda del gran guerrero Gengis Kan, que organizaba y alimentaba a sus soldados con escudos convertidos en platos de hierro, en los que se podía asar cualquier alimento en cualquier momento. Los cascos eran los platos. Los cuencos eran ideales para recibir la comida servida a punta de espada por el maestro cocinero.

Pedro ha dado en el clavo. ¡Todo allí es fascinante! Le entrego al chef mi cuenco con *carpaccio* de tiburón, verduras y rodajas de mango, y él remueve y remueve los ingredientes sobre el fuego, terminando el plato con flores comestibles, salsa y especias que le dan un toque especial. Es todo muy afrodisíaco.

—Es un placer verla comer a todas horas.

—Me encanta coquetear con la comida y tengo que decir que todo está delicioso.

Nuestras miradas vuelven a encontrarse. Es astuto y me fascina, mientras su sonrisa curva sus labios, haciéndolo aún más viril.

—¿Por qué está siempre solo? —En realidad, me gustaría saber si tiene otras mujeres. No sé por qué siento la necesidad de saber eso.

—Porque desde hace algún tiempo, sólo una mujer habita mi mente.

¡Idiota! Eso es lo que soy. Ahora me estoy torturando, queriendo saber más de ella, cuando podría estar hablando de otros temas, o averiguando más cosas de él.

—Debe de ser muy interesante. —Intento terminar la conversación.

—Lástima que no haya un espejo en medio de toda esta hermosa decoración, para que puedas ver lo interesante que es.

Me desmorono. ¿Eso es un "te quiero"? No sé lo que significa.

—Pareces sorprendido.

—Hola.

—¿Tan difícil es leerme? —Me coge la mano temblorosa y la recorre con el pulgar.

—Tanto que nunca sé cómo interpretarlo.

—Me has herido así el corazón. No es posible que leer mi corazón y mi alma sea tan difícil.

La temperatura de la habitación sube. Hoy todo parece un sueño. La única razón por la que no me pellizco para ver si estoy despierta es porque no soy estúpida.

—¿Intentas que me enamore más de ti?

—Si puedo leer mi corazón y mi alma y darte una razón, seré el hombre más feliz del mundo. ¿Bailarás conmigo?

Todavía concentrado en sus palabras, sólo entonces me di cuenta de que la música había subido de volumen.

Se levanta y me tiende la mano.

—¿Cómo?

—Le pedí que bailara conmigo.

—Pero aquí no hay pista de baile.

—Tampoco hay carteles que digan que no se puede bailar.

—Seremos los únicos.

—No me importa. Quiero ser único para ti.

—No puedo bailar música tántrica.

Intento acurrucarme. De hecho, me da vergüenza levantarme. Aún me tiemblan las piernas de saber que estoy en sus pensamientos. ¿Será que también estoy en su corazón, como él en el mío?

—¿Vamos?

¡Iré al fin del mundo contigo! Me levanto inhibida y veo un espacio vacío en una esquina del restaurante, junto al altavoz, donde un DJ trabaja en su mesa con el sistema de audio.

Quieto, no dice nada, sólo me rodea la cintura con los brazos. Su muslo rígido se apoya ligeramente entre los míos y me dejo llevar por la sensualidad de la melodía. La música es tranquila, relajante, al igual que el ritmo de su voz. La ligereza de su tacto

acompaña los pasos rítmicos, con mucho sentimiento y expresión corporal.

Nos entendemos. Nuestra sintonía es segura, llena de contacto físico. Muy sensual, lo confieso, pero aún puro.

Su delicioso vaivén me hace sentir acogedora tanto física como emocionalmente.

—Bailas muy bien, alumno mío. Parece que hubieras nacido balanceándote.

—Es una parte de mi vida que me gustaría poder recordar. No sé cómo fue mi infancia.

—Me imagino a una niña con un trasero alegre, haciendo pasos de ballet.

—¿Hacía ballet? ¿O era aquella chica que prefería el judo?

Me da la vuelta y me mira.

—Hicieras lo que hicieras, seguro que lo hiciste muy bien. Eres muy decidida en todo lo que te propones.

—Eres muy romántico.

Tuerce la boca.

—Sólo soy realista.

—Nunca lo admitirás, ¿verdad?

—Nunca es demasiado tiempo. Lo que sí sé es que, contigo, soy diferente de lo que nunca he sido. Siento la necesidad de querer ser mejor.

Acerca mi cuerpo al suyo, mirándome fijamente mientras seguimos el ritmo del dos arriba, dos abajo. La música termina y,

antes de que podamos separarnos, empiezan a desplegarse telas desde el techo. Unos acróbatas representan un espectáculo que mezcla circo y teatro. Hay otras personas alrededor que admiran el espectáculo y vibran con cada movimiento. Sonriente y encantada, abrazo a Pedro, agradecida por la hermosa velada.

Capítulo 25

Beatriz Eva

Mientras esperamos en el bordillo a que el aparcacoches traiga el coche, Pedro se coloca detrás de mí y me rodea la cintura con los brazos. Apoyo la cabeza en su pecho, sintiendo el calor de su cuerpo vigoroso y autosuficiente a través de su fina camisa. Me siento apoyada. Me siento tan bien así, y doy gracias al cielo por el atasco que retrasa la llegada del aparcacoches, ya que puedo regodearme en ese cuerpo esculpido.

Dice palabras cariñosas y que la cena fue muy agradable antes de hacer una invitación irresistible: la electricidad de nuestros cuerpos empieza a exigir más cercanía.

—¿Qué te parece si prolongamos nuestra velada?

Con sólo respirar, me tiemblan las piernas y se me sale el corazón del pecho. Oír semejante invitación de una voz increíblemente seductora a mi lado es sentir que me deshago en polvo y que se me pone la carne de gallina en todo el paladar.

—Me pareció oír antes que querías un postre especial.

—No estoy descartando el postre. Sólo quiero llevarte a un sitio diferente y disfrutarlo a mi manera. —Su cara me aparta el pelo del hombro y su mandíbula se encaja allí. Siento un gran deseo de besarle y capturo sus labios con un ligero roce.

—Un lugar diferente, ¿eh? Creo que me gusta la idea de ser apreciado a tu manera.

—Sí, creo que aún no has estado allí. —Su aliento cerca de mi cuello hace que se me ponga la piel de gallina en cada célula de mi cuerpo. —¿Tienes frío, alumno mío? —Una sonrisa victoriosa se dibuja en sus labios. —Hoy lo quiero todo. Te quiero perdida entre mis brazos y aún húmeda a mi alrededor. —Oír todo esto compromete mi cordura. —Me encanta ver tu cuerpo tembloroso llamándome para que lo caliente. Me encanta sentir tu boca en la mía.

—¿Intentas convencerme?

—¡No! Sólo quiero llevármela por curiosidad.

Su dura hombría me roza las nalgas a través del vestido, provocando escalofríos en mi Jardín del Edén. Animada por su atrevimiento, aprieto su erección. Yo también sé provocar, grandullón. Me doy la vuelta y le miro. Sus dedos impetuosos recorren mi columna vertebral, se detienen cerca de mi cuello y se deslizan bajo mi pelo. Me aprieta ahí, haciendo que se me ablanden las piernas. Me gusta la sensación de ser dominada y sus labios húmedos trabajando en mi cuello, deslizándose ligeramente.

—Quiero que te corras porque quieres y porque tu sexo palpitante me desea. Quiero oírte gritar en mi oído que me quieres duro y profundo dentro de ti. Te quiero toda mía.

—Casi me convencen los anuncios.

—¿Confías en mí? —Como si tuviera todo el tiempo del mundo, su lengua recorre toda mi oreja y yo me rindo a la sensación, debilitada y apoyada en la pared de su cuerpo.

—La confianza es algo que te has ganado día tras día desde que llegaste a mi vida.

—Puedo ser un lobo con piel de cordero.

—Y yo puedo ser la Caperucita Roja moderna, que ama al Lobo Feroz en vez de al Cazador.

—Así que prepárate, porque al final de la noche te oiré preguntar ¡por qué una polla tan grande!

Su voz alterada me hace preguntarme cuán voraz puede ser con mis sentidos.

—Entonces, ¿este Lobo Malo es bueno? Empiezo a pensar que Caperucita es la mala en esta versión. Creo que también voy a preguntar qué pasa con los ojos grandes. —Me burlo de él.

—Por si no lo has notado, cuando están sobre ti, mis ojos siempre son grandes.

Apenas puedo procesar las palabras por la euforia de saber que voy a pasar la noche entre sus brazos. La noche en la que saciará cada parte hinchada de mi cuerpo que ansía su tacto. Siento palpitar cada célula.

Envueltos en sus brazos en una deliciosa pérdida de tiempo, nos besamos como dos amantes, sin pretender separar la lasciva química radioactiva que despiertan nuestros cuerpos. Su móvil insiste en sonar y él en no contestar. La textura de sus suaves labios adormece los míos. Aún puedo saborear el licor de cassis que tomamos cuando cerramos la cuenta. El dulzor y la miel impregnados en su lengua me hacen absorber su sabor con placer.

En ese momento, no hay nada alrededor. El contacto es continuo hasta que nuestros ojos soñolientos y empapados de besos se abren y se encuentran. Por difícil que sea, le guiño un ojo, indicándole que responda a la llamada.

Mantiene su mano derecha en mi cintura, mientras con la izquierda busca su móvil en el bolsillo y choca a propósito con mi pecho hinchado.

—Habla, viejo amigo.

Es breve y directo con quien le escucha.

—No funcionará. No iré contigo esta semana.

Apenas presta atención a su interlocutor. Su mano no se suelta y su barbilla rodea mi cara como un leopardo que cuida de su cachorro.

—¿Qué es esto? ¿Estás intentando pagar mis facturas? ¿Desde cuándo tengo que decirte por qué no voy contigo?

Me burlo de él mordiéndole el lóbulo de la oreja libre.

—Sé que llevamos semanas planeándolo, pero ha surgido algo y no podré ir.

Es estupendo saber que se salta una cita para estar conmigo. ¡Felicidades, Pedro! Te mereces un cariño extra. Le susurro.

—Mis bragas están empapadas y no hay nada inesperado. Si la tocas, verás que se prevé un orgasmo en cualquier momento.

—Si vuelves a decir algo así, te arranco la falda en plena calle, no importa que estemos en público.

Se aparta el móvil de la oreja y devuelve la provocación. Sus palabras hacen que mis bragas se empapen del líquido viscoso que rezuma entre mis piernas.

—¿Colas de falda?

El interlocutor escucha al otro lado de la línea y tantea la respuesta. Sonriendo, aparto los brazos de su cuello y enlazo mis dedos con los suyos, deslizándolos por mis caderas para simular que se me sube la falda. No es algo muy decente, pero ¿qué es lo decente cuando por tus venas corre sangre caliente y lujuriosa?

—No, en absoluto. Lo prefiero sin la falda.

Su sonrisa se ensancha y le respondo en voz baja.

—No puedo esperar a estar sin ella.

Atento a mí, apenas presta atención a lo que dice la otra persona.

—Es alguien a quien estoy empezando a conocer.

¿Me he convertido en un extraño?

—Está mintiendo. Créeme: conoce hasta el sabor de la erección que tengo entre las piernas.

—Tío, eres como esos chicos de instituto, intentando averiguar con quién sale su amiga. No la conoces. —La amiga sigue hablando. —¡Es una amiga, Otávio!

¿Qué es eso? ¿Quieres decir que Octavio no me conoce ahora? ¡Mierda! El tío lleva viniendo a nuestra casa desde siempre, ha estado en la oficina miles de veces ¿y tú le dices que no me conoce? Un dolor me desgarra las vísceras y un sabor amargo me sube a la garganta.

—¡Sí! Por supuesto. La próxima vez.

En el fondo de mi alma, siento como si hubiera recibido una fuerte descarga eléctrica. No puedo procesar el hecho de ser sólo una amiga en su vida, y de repente es difícil medir lo fuerte o débil que fue esa descarga. Me doy cuenta de que esa descarga se debe a que quiero ser algo más y quiero ser suya, sólo suya. Las corrientes eléctricas circulan de un punto a otro de mi cuerpo, provocando un cortocircuito.

—Que tengas una buena aventura.

—Seguro que sí. Hablando de eso, mándame el número de teléfono del Brotas Eco Resort. Estoy pensando en un fin de semana a mi estilo.

—Preciosa.

Cómo una simple llamada de teléfono puede convertir un momento especial en una decepción, ¿y el príncipe? Una rana. Quiero decir, no es una rana en absoluto. Pero por miedo a equivocarme y no estropearlo todo, acabo tragándome otra rana. Le quiero, pero no sé cómo afrontar la situación.

Hasta entonces, nuestra noche había sido un sueño lleno de afecto, emoción, bienestar y acogimiento. Una relación diferente, llena de promesas tácitas que insinuaban un mañana feliz. Pero todo se descarriló y yo, completamente perdida, no sé qué ni cómo hacer. Trato de no mostrar lo frustrada que estaba porque no me mencionó a Otávio. Era como si hubieran vertido un cubo de hielo sobre una brasa calentada por el fuego de la pasión.

Qué difícil es contenerme cuando dentro de mí hay una bestia enjaulada lista para abalanzarse.

Pedro Salvatore

En el interior del coche reinaba el silencio. Después de atender esa llamada, algo cambió en su estado de ánimo. Pero no puedo entender qué pudo pasar y me deja perplejo.

Cancelé mi cita con las Águilas para quedarme con ella y llevarla un fin de semana a mi mundo extranjero. Respeté eso y la privé de detalles para Otávio. No creí necesario decirle que estábamos juntos. Primero porque no le debo ninguna satisfacción a nadie, segundo porque él la conoce y tercero porque no quiero que nadie insinúe nada sobre ella. Todo no ha hecho más que empezar. Tengo muchas ganas de experimentar lo que siento, pero eso sólo nos concierne a nosotros.

Incluso su color es diferente. La piel rubicunda de hace unos minutos se ha vuelto pálida. Sus ojos parecen perdidos en sus pensamientos. Su respiración es seguida por los pequeños resoplidos de alguien que parece estar librando una batalla interna. El pulso acelerado a un lado de su cuello me da la certeza de que algo no va bien. Ver el asco en su rostro me atormenta, y algo dentro de mí grita que no puedo hacerle lo que le hicieron a mi madre.

—¿Esa arruga entre los ojos es preocupación o miedo al Lobo Feroz? —Bromeo para romper el ambiente tenso.

—Te lo dije, no tengo miedo.

—¿Puedo preguntarte dónde escondió a mi alumna?

—"No sé de qué me hablas", responde ella, con voz débil.

—Lo sé, lo sé. Estabas excitada, de buen humor, y de repente haces la vista gorda. Pareces distante.

—Todo va bien. —Sonríe para intentar tranquilizarme, pero me doy cuenta de lo forzada que es por la pereza de sus labios.

—No, Beatriz, no está bien. Te voy a ser franco: si vamos a seguir adelante, tienes que decirme qué coño está pasando.

—Perdona.

Al diablo lo que acordamos o lo que pase después. Me meto en una calle sin salida y aparco.

—¿Puedo preguntar por qué tengo que disculparme?

Me lanza ojos llorosos.

—No sé cómo decirlo sin parecer infantil. —Bajan con necesidad, como si fuera una mascota a punto de ser adoptada.

—Mira-me, Beatriz. No temas decirme nada. Si alguna vez te llamé infantil, fue por tu impulsividad y comportamiento irreflexivo. No por decir lo que no me gusta.

—¿Por qué no le dijiste a Otávio que estabas conmigo?

Siento que se me revuelve el estómago y un sabor amargo en la boca. Quise protegerla y acabé haciéndole daño.

Ahora entiendo todo lo que ha pasado. Su sinceridad me hace admirar tu valentía al admitir lo que te preocupa. Pero si queremos empezar algo bien, tengo que dejar las cosas claras. No quiero ocultar a nadie una posible relación, pero aún hay mucho que saber el uno del otro. No quiero que los demás hagan proyecciones sobre nosotros. He visto cómo muchas parejas se rompían porque

sentían la presión de adoptar ciertas posturas para las que aún no estaban preparados.

—Porque no le importa con quién estoy. ¿Te dolió eso?

Ella asiente con la cabeza. Parece avergonzada de confesar sus sentimientos. Se me estruja el corazón y, en mi interior, lo único que quiero es borrar la expresión de tristeza de su rostro. Le levanto la mandíbula con el pulgar, hago que me mire a los ojos y veo la sinceridad en ellos.

—Decir lo que sentimos no nos rebaja. Te quiero a mi lado, dispuesta a experimentar lo que el futuro nos depare, pero eso es entre tú y yo. No creo que decirle a todo el mundo que te estoy conociendo nos aporte nada. Estoy aquí, ¿no?

—"¡Sí!", responde temblorosa, y una lágrima corre por su mejilla. Sujeto su cara entre mis manos, lo bastante cerca como para besarla en ese preciso momento.

—Bya, quiero que seas mía, no sé en qué posición social o situación sentimental. Sólo sé que te deseo. No nos adelantemos.

—Yo también te quiero.

—¡Qué bonito! —Delineo tu cara con mi pulgar. —No me refiero a ti sólo como un deseo carnal. Es mucho más que eso. Quiero darte mi cuerpo, pero sobre todo mi alma. Entonces, ¿vamos a vivir los dos solos, sin interferencias externas? ¿Te parece bien?

—A mí.

—¿Yo?, —pregunto escuetamente.

—Quiero que funcione entre nosotros.

—Beatriz, soy un hombre lleno de manías y rituales. Siempre he odiado las exigencias. Tengo un modo de vida cerrado. No soy de compartir mis problemas y no soporto la idea de que alguien se meta en mi vida. Pero nada de esto significa que no podamos trabajar juntos nuestros sentimientos. Simplemente no podemos incluir a nadie más en la ecuación, ¿sabes? ¿Podemos restringir esta relación a sólo nosotros dos por el momento?

Observo cómo me mira. Sé que mis argumentos no la convencen. Dejo que razone sobre lo que acabo de preguntarle, sin dejar de acariciar su delicado rostro.

—Claro que sí.

—No estarás siendo conciliadora con mi petición y antagónico con sus deseos, ¿verdad?

—Sigo sin entender por qué no podemos decirles a nuestros amigos que estamos empezando algo, pero siento que tengo que confiar en ti. —Ella se encoge de hombros.

—Me encanta tu sinceridad.

—Así es exactamente como quiero que estés conmigo.

Perfecto. Muevo mis labios contra los tuyos.

—No confundas las cosas. Estoy siendo tan honesto contigo como nunca lo he sido con nadie.

Sinceridad y transparencia es lo que más deseo entre nosotros. Me gustaría decírselo, pero no es el momento ni el lugar.

—Tienes razón. Creo que fue un capricho o incluso inseguridad.

Por su forma de hablar, me doy cuenta de lo difícil que es para ella admitir todo esto en voz alta, pero para mí tiene el peso de una declaración que llena mi corazón de paz.

—No seas duro contigo misma. Dime siempre todo lo que sientes.

—Haría cualquier cosa por estar a tu lado.

—No quiero que te degrades en ningún momento. Me tienes en cuerpo y alma, y no hay necesidad de hacer nada que no te guste. ¿Entendido?

—Te quiero tanto que me estoy quedando ciega.

Tengo ganas de decir lo mismo, pero no puedo. Se me hace un nudo en la garganta. ¡Joder! ¡Soy un puto roto! Carraspeo para intentar responder, pero no me sale nada. Sólo puedo decir y hacer lo que me dicta el corazón, desobedeciendo a mis pensamientos.

—¡Eres lo más hermoso que me ha pasado en la vida!

Desabrocho los cinturones de seguridad y la subo a mi regazo, besándola suavemente y dejando que explore mi boca, lengua y dientes, como si no hubiera un mañana, feliz y satisfecho de saberme amado por ella. Mis manos se agrandan al explorar todo su cuerpo.

-Llévame al lugar que tenías en mente, Pedro.

—Lo haré, mi hermosa pupila. —Jadeando, sigo besándola.

Teniendo en cuenta la nueva legislación municipal, que determina un máximo de 50 kilómetros por hora en las calles de la ciudad, supongo que mi corazón va más rápido que el coche.

Al principio, me pregunté si debía seguir adelante con los planes de prolongar nuestra velada. Comprendía sus ansiedades y espero que ella también entendiera mi punto de vista sobre el inicio de una relación. Es como un bebé prematuro, al que al nacer hay que cuidar y alimentar en una incubadora, para presentarlo al mundo cuando está más fuerte. Cuando planeé esta velada, mi intención era salir de la rutina y vivir con ella una experiencia de pareja corriente. Sin embargo, los acontecimientos me hicieron dudar. Y tenerla a ella en el asiento trasero habría sido bastante inusual. Por suerte, decidí ceñirme al plan original. Para ello, me ayudó haber despejado algunas de las dudas que nos rondaban. Tomé la Vía Anchieta.

No puedo apartar las manos de ella. Pensamientos intrusivos intentan destruir mis planes, pero no dejaré que nada se interponga. Se lo merece y eso es exactamente lo que quiero darle: una noche especial. Antes de salir de casa, tomé casi el doble de la dosis de medicación, pero ahora creo que la copita de licor ha tenido un efecto rebote.

El ritual de poner y quitar mi mano de su pierna se repitió unas cuantas veces. Y acabó siendo divertido cuando, de pie ante la última luz, ella acercó mi palma a su piel sedosa. Ese pequeño acto de dominación hizo que mis testículos se retorcieran dentro de mis pantalones.

—Los documentos, por favor.

Me mira sorprendida y sonríe. Mi pupila traviesa ha vuelto.

—¿Un motel egipcio?

—¿Decepcionada?

—¡No!

—Eso es bueno, ¿verdad?

—Espera y verás cuánto.

—Me alegra volver a ver la sonrisa en tu cara. Así es como siempre quiero verte.

—¿Quieres ser mi faraón?

—Mientras seas mi reina... Sí, seré tu faraón.

—¿Nunca me sorprendes?

Ya he estado aquí antes para disfrutar de horas de placer con una hermosa compañía. Pero hoy el Motel de Farao tiene un significado especial, ya que tengo a mi lado a la mujer que agita mis fantasías y mi vida. Tengo la intención de llevarla a todos los lugares insólitos donde me deleito follando sin sentido.

—La intención es siempre sorprenderte. Si eso significa que lo he conseguido, me alegro.

—Podría caer de rodillas de felicidad.

—"No sería mala idea, —digo, estremeciéndome ante la lujuriosa idea de que me lleve a su boca.

—Pareces bastante seducido por la opción. —Su mano atrevida se desliza por la bragueta de mis pantalones. Mis nervios agarrotados sienten que necesitan liberarse. Estoy impaciente por hacerle el amor, con su boca, sus pechos, su mano. Para sentirme dentro de ella al máximo.

—Si me bajo la cremallera, no podremos salir del coche.

—¿Es una amenaza, Pedro?

—No, alumno mío, es una premonición.

—Me encantan las premoniciones.

Suspirando profundamente, acaricia toda la longitud de mi polla con su pequeña mano, desde la base hasta la cabeza, que, naturalmente excitada, babea dentro de mis pantalones, irradiando un calor por todo mi cuerpo, casi haciéndome olvidar que aún estamos dentro del garaje.

—¿Quieres ser poseída aquí mismo, Beatriz? Si no, será mejor que pares.

—Te gusta dictar las normas, ¿verdad?

—Y te gusta seguirlos.

Atrapo tus labios y ya no puedo apartarme. Me encanta la textura de su suave piel, su aroma y la forma en que tu cuerpo responde al mío.

Capítulo 26

Beatriz Eva

Desde que se cierra la puerta del garaje de la suite hasta que entramos en el dormitorio, no puedo distinguir quién es quién. Nuestros cuerpos se funden. La piel de gallina recorre mi piel, cada centímetro de mi cuerpo. El deseo de entregarme a él es tan grande y verdadero que me abruma el placer, seducida por los efectos químicos de los dos juntos. Su lengua malévola instiga la mía, excitándome cada vez más.

—¡Vaya! ¿Una suite dúplex? —Intentando recuperar el aliento, inhalo, alejando un poco mis labios de los suyos.

La decoración es de estilo egipcio. La iluminación es seductora en tonos dorados y anaranjados y refleja nuestras sombras en la pared.

—Enteramente para nosotros dos.

Sus labios voraces vuelven a reclamar los míos; su boca presiona la mía y su lengua se hunde en la calidez de mis labios. Sus manos no descansan, dejándome consciente de la sensibilidad de su tacto. Mis pezones endurecidos raspan la tela, necesitados y ansiosos de libertad y de su boca.

A pesar de la urgencia de nuestras manos, la lentitud de nuestros pasos aún no nos permitía subir al segundo piso de la suite. No recuerdo si alguna vez he tocado el cuerpo de un hombre,

debido a mi memoria, pero después de tocar a Pedro, ya no puedo imaginar no tocarlo. Físicamente, es imponente y poderoso. Y me fascina con una sola mirada.

—Tengo algo para ti.

Estoy paralizada, casi incapaz de imaginar lo que tiene para mí. No puedo ver nada más que su hermoso rostro, con su mandíbula prominente, observándome. ¡Qué guapo es! Sus hombros anchos y su pecho delgado pero musculoso son como un bálsamo para mis ojos. Sus rasgos ya están grabados en mi memoria para el resto de mi vida.

—Claro que sí. Claro que sí. —digo, aun jadeando tras el ardiente y abrumador beso.

—Yo digo un regalo. —La forma en que lo dice es tan suave que parece una caricia.

—¿Una más? Me vas a enfermar.

—Yo también tengo todas las malas intenciones.

Mantiene la voz suave, separa nuestros cuerpos y saca un pequeño paquete de su bolsillo.

—El regalo es sencillo, pero tiene un gran significado. Quiero que lo recibas como una muestra de confianza. La idea inicial era dártelo con la flor, antes de que salieras de casa, pero se me olvidó. Pensé en dártelo en el restaurante, pero al final decidí esperar hasta el final de nuestra velada. Ahora, después de nuestra conversación, creo que el destino ha conspirado a mi favor, porque al principio iba a servir como símbolo de protección y ha acabado adquiriendo un significado totalmente nuevo.

Sí, nuestra conversación. La recuerdo claramente. Aún no estoy convencido de por qué prefiere ocultarnos al mundo, pero preferí darle un voto de confianza y hacer lo que me aconsejaba.

No es que sea fácil de convencer, ni que piense que es la última galleta del paquete, pero todo es muy reciente, y que nos pregunten ahora por el estado de la relación podría suponer una tensión que quizá aún no seamos capaces de soportar. Siento que tengo que engañar a Babby y a mis amigos sobre lo que estamos pasando. Pero, de nuevo, no voy a engañar a nadie. Sólo voy a ocultarlo e intentar no decir nada más.

Ansiosa, desato el lazo del paquete; me pregunto qué doble significado podría tener. Mira: es un antifaz para dormir, negro con una cadena dorada. Sencillamente precioso. Me conmueve su recuerdo, ya que siempre me quejo de no poder dormir con mucha luz. ¡Qué mono!

—¡Me encanta, Pedro!

—Como ves, no es una joya, pero es algo muy valioso para mí. —Me quita el antifaz de las manos y me lo coloca suavemente sobre los ojos, alisándome el pelo. —Eso es, Beatriz Eva. —En el apagón, siento su cuerpo a menos de un centímetro. No es una sensación cómoda, pero a mi cuerpo le gusta esta cercanía. —Así es como te quiero, ¿entiendes?

—¿Ciega?

Oigo una risa de suficiencia.

—Buena observación, pero no quiero que te quedes ciega. —Su tono de voz es casi sedoso. —Lo que necesito de ti es confianza. Confianza en los dos.

La oscuridad parece despertar mis sentidos, y todo lo que él hace cerca de mí provoca una sensación diferente. Su tacto parece más cálido, e incluso su respiración, más fuerte.

—Te he dicho que confío en ti.

No puedo moverme. Mis piernas no pueden soportar mi peso. Mi corazón late rápido, dentro del eclipse en el que me dejó. Todo parece más intenso.

—Sí, confías en el Pedro guardián, en el Pedro que vive contigo cada día. Pero quiero que confíes en el hombre al que entregas tus sentimientos y que te respeta por encima de todo.

Me mareo con sólo sentirle rodear mi cuerpo lentamente mientras habla. Entiendo lo que me pide. Pero no sé si puedo. Soy una de esas mujeres bizcas que tienen un ojo en el pez y el otro en el gato.

—Lo intentaré. —Su intimidante voz me anima a ser honesto.

—Respuesta equivocada -responde acercando su boca a mi oído-. —Puedes hacer más que eso. —Soplando junto con las palabras, siento su cálido aliento mentolado. Me quedo quieta, mientras la pequeña ráfaga de aire se convierte en un tornado que gira con fuerza en mi interior como un torbellino de excitación, haciendo que todo mi cuerpo se estremezca al sentir la devastación que causa en mis sentidos.

Se aparta de mí y me veo obligada a encontrar fuerzas para mantener el equilibrio de mis piernas tambaleantes.

—Quítate la ropa, Beatriz. —Su voz aguda me deja sin aliento. ¿Cómo que me quite la ropa? Apenas puedo mantenerme en pie.

—¿Sin que yo conozca toda la suite? —Respondo en el mismo tono de voz.

—Tendrás mucho tiempo para eso. Ahora quítate la ropa. Si no lo haces, te voy a amordazar, para que entiendas que no acepto resistencia. Quiero que puedas confiar en mí.

En lugar de amordazarme, adorable Faraón, deberías hacerme callar con tu serpiente. Seguro que sería más placentero para ambos. Trago con fuerza, reteniendo esas palabras. Pero no las suelto. Recuerdo que en el antiguo Egipto las mujeres también podían ser faraonas. Empiezo a quitarme los tacones, sensual izándome.

—Dije la ropa. Deja los zapatos.

Ah, ¡cómo resistirme a esta voz soberana de líder supremo! Sé que la autoridad de un faraón era incuestionable, pero si vuelve a hablar así de seductor, juro que me quito los tacones y le pego en la cabeza, incluso con los ojos vendados. ¿Cree que es fácil para mí mantener el equilibrio sobre unos tacones de 10 cm con las piernas temblando de esa manera, sólo con oír su voz?

—Como quieras", respondo y me uno al juego. Vuelvo a poner la mano, haciendo como que bajo la cremallera. Si voy a confiar en él, tendrá que ayudarme a confiar en él. Es bipolar: a veces es amable, otro autoritario. Aún no he descubierto cuál de sus facetas me gusta más. —Voy a necesitar tu ayuda.

—¿Lo haces a propósito, alumno mío?

¡Nuestra Señora de las Mujeres sin Opciones! Cuando el hombre que amamos conoce todos sus trucos, ¡nos falta luz!

—¡Claro que no! ¿Crees que te pediría ayuda si no estuviera atascado?

Un paso, dos pasos, y de nuevo detrás de mí, como un ente de placer, siento su presencia, incluso antes de que me toque. El calor de su cuerpo estremece mi feminidad.

La punta de su dedo me roza la piel mientras baja fácilmente la cremallera por mi espalda hasta la cadera. Respiro, consciente de su cercanía, y el vestido suelto se desliza por mi cuerpo, provocando escalofríos en mi piel desnuda, y se detiene a mis pies.

—¿Era demasiado engreída? —Por dentro, esbozo una sonrisita intrépida, consciente de su ironía y del estruendo de su voz que me golpea como un relámpago.

—Creo que está abierto. —El escalofrío de estar parcialmente desnuda delante de él, sin saber si me está mirando, me quema la piel. Dentro de mi vientre, siento que se forma una avalancha, lista para dejarme chorreando de placer.

Si me arrojara contra la pared y me follara duro, rápido y profundo, prometería sin pensarlo que confiaría en él hasta la muerte. Pero no me atrevo a hablar cuando su silencio me hace dudar de lo que piensa y hace.

Dice, con voz ronca:

—Cálida. Me encanta sentir tu calor. —Salto. No me lo esperaba. Como un ladrón, consigue robarme el aliento tocando mi núcleo a través de mis bragas. —Me gusta tu calor húmedo. —

Suspira, presionando con sus dedos mi zona más sensible. No puedo soportarlo y suelto un gemido. —Eso también me gusta. —Contengo la respiración, esperando a que retire la tela que separa sus dedos de mi piel. —Sabes, Beatriz, he estado pensando en mil maneras de demostrarte que puedes confiar en mí. —Acariciándome sobre la tela húmeda y de encaje, suspira y yo le imito. —Ahora mismo estoy aquí, como me has descrito, con los ojos bien abiertos, admirando cada partícula de tu cuerpo tembloroso y analizando cómo puedo hacer que la confianza penetre en cada poro de tu cuerpo.

Sigue así y pronto descubrirás cómo.

Se resfría.

—Me encanta tu olor hambriento. Es tan dulce...

Hazme tu postre y chupa hasta hartarte de mí dulzura. Seguro que al final, cuando esté explotando de placer, gritaré a los cuatro vientos que confío en ti.

Rodeando de nuevo mi cuerpo, siento que se detiene frente a mí, inclina su cara cerca de la mía y algo liso, suave y húmedo me lame.

—Se me escapa como un suspiro, un gemido interior. Sin decir una palabra, me hace sentir adorada y divina.

—No sé qué parte de su cuerpo me gusta más. ¿Podrían ser sus labios? —De un tirón, me hace un nudo con los labios en el vientre, mientras sus fuertes manos tiran de mis caderas hacia su cuerpo. —¡Delicioso! —Se aparta y yo trago saliva. —No, Beatriz, aún no puedes tener mis labios. No cuando aún no estás segura de poder confiar en mí.

—Me estremezco y suspiro de placer. Es como si ese sonido se hubiera convertido en un himno en mi boca.

—¿Estás temblando, Beatriz? ¿Será la temperatura del aire acondicionado?

—Pedro, te gusta poner a prueba mis límites.

—Sí, me gusta ver cómo me respondes. Pero eso todavía no es nada, Beatriz. Acabo de empezar a probarlos todos. Y cuando termine de follarte, voy a querer volver a probarlos todos.

Me siento como si estuviera al borde de un precipicio, a punto de caer en caída libre, por la forma en que me tiemblan las piernas de anticipación.

—Tus pechos se ven tan hermosos enmarcados por este encaje... Sin duda fueron esculpidos por los dioses. —¡Ajá! Sabe cómo complacer a una mujer. Mi mente converge en la zona más erógena, fruto de la excitación que irradia todo mi cuerpo con escalofríos de placer.

La sola proximidad de sus manos sobre mis pechos, por encima del encaje de mi sujetador, hace que mi pezón roce la tela, sintiendo la necesidad de liberarse. Mi pecho sube y baja en busca del fino aire. No necesito ver lo que ocurre para sentir el calor y la energía que su cuerpo irradia sobre el mío. Es magnético. Doy un breve paso hacia delante.

—¿Tienes prisa por que te toque, Beatriz?

Trago un suspiro, apretando la mandíbula.

—Lo admito. —Lo admito.

—Entonces dime qué tengo que hacer para que confíes en mí sin pensar. —Sus dientes se aferran al encaje, atrapando mi pezón hinchado.

¡Lobo malo! ¿Qué son esos dientes? Qué tonta era cuando era pequeña. Nunca hubiera imaginado que Caperucita sufriría tanto.

En una fabulación de personajes en mi mente, no sé qué es más erótico: el dominio de su voz como un faraón o su tacto como el Lobo Feroz.

—¡Ah! ¡Qué rico! —Me muerdo el labio inferior, gimiendo, suplicando suavemente. —No me tortures, Pedro. Te prometo que confiaré en ti.

No estoy mintiendo. Dije que voy a confiar en él. No sé si puedo confiar en mi inseguridad. Necesito más de lo que se ofrece a darme, pero sé que podemos conseguirlo juntos. Lloro como una mendiga por dentro. Quiero una relación. Quiero su amor, un compromiso.

—¡No! Aún no sé si confiar en su promesa. —Sus dientes muerden con más fuerza, aflojándose al concluir su pensamiento. —Me parecía más sexual que real, y esa lencería que me pusiste pretendía desequilibrarme.

Se burla de mí hasta que aparta el lado izquierdo de la tela y libera mi pecho húmedo. Tantea con la mano y me retuerce el pezón dolorido. Sus labios vuelven a encontrarse con los míos y el beso es ligero, suave. La presión de sus labios es suficiente para que lo desee más y me recorra un escalofrío hasta la última vértebra de la columna vertebral.

Pedro profundiza el beso; su lengua pasa rápidamente por mis labios y baja por mi cuello. Una de sus manos se desliza por mis hombros hasta la base de mi cintura, tirando de mi cuerpo, encerrándolo sobre el suyo. Las chispas encienden un fuego en mi interior. Clavo las uñas en su camisa y le muestro la hierba gatera que despierta en mí.

—¡Pedro! —Le llamo por tu nombre.

Finge no oírme, y sus manos recorren todo mi cuerpo, a veces pellizcándome un pezón, a veces provocándome con el dedo sobre el encaje de mi feminidad.

—¡Te necesito dentro de mí ahora!

—Lo conseguirás. —Apoyando su mano bajo mi pecho, sus dedos le ayudan a meterse todo el redondo globo en la boca y succiona con una compresión que quita el oxígeno al aire. El dolor se alivia cuando su lengua rodea la piel hinchada. Su otra mano desciende por mi vientre.

—¡Maldita sea, Beatriz! Eso es lo que más necesito ahora mismo, ¿y sabes qué? —pregunta cuando su dedo encuentra mi núcleo turgente.

—¿Cómo?

—Al diablo con la confianza por ahora. Tenemos mucho tiempo para ganárnosla juntos, ¿no?

—¡Sí!

Su boca cubre rápidamente la mía, su urgencia se hace palpable y, antes de que pueda averiguar qué quiere decir con eso, sus manos asaltan furiosamente mi cuerpo, excitando toda mi parte

emocional. Intento quitarme la máscara de los ojos, pero él me lo impide. Sonrío ante mi atrevimiento.

—¡No! Déjalo.

Suspendida del suelo y cogida en sus brazos, siento cómo su pecho desnudo me abrasa el cuerpo y me entrego ligera y feliz. No puedo imaginar cuándo se quitó la camisa, pero el roce de piel contra piel es delicioso.

Mientras subo las escaleras, me siento segura en la firmeza de sus brazos, que me dan la certeza de que no piensa soltarme nunca más. La presión erótica de sus labios succionando los míos me vuelve loca.

—¡Dios mío, Beatriz! ¡Cómo te deseo! —Desliza mi cuerpo hacia el suyo, dejándome de pie frente a él. —¿Qué me estás haciendo? —Sus palabras forman un remolino en mi vientre. —Sólo puedo pensar en estar enterrado dentro de ti.

Su lengua vuelve a trabajar, abriendo mis labios para recibirlo. Un gemido lujurioso se me escapa de las entrañas cuando profundiza el beso.

Sin decir una palabra más, sintiendo sus manos en mis nalgas, arqueo mi cuerpo hacia él y un calor líquido fluye entre mis piernas, despertando en mí un deseo mayor que el de sus lujuriosos besos por sí solos.

Sus dedos trabajan hábilmente en el cierre de mi sujetador.

—La cintura es bonita, el color es vibrante, pero preferiría ver tus pezones dibujados libres para mí.

La prenda, mi aliada hace un momento, se convierte en una trampa. Tira de mis brazos hacia arriba, utilizando el encaje rojo que me enorgullecía llevar como esposas en mis muñecas, que levanta por encima de mi cabeza, atrapadas.

—¿Vas a romperme el sujetador? Costó mucho, sabes.

—Te compraré una docena.

Siento la eutanasia de mis fuerzas cuando aprieta el nudo y me mordisquea el antebrazo, repitiendo el gesto hasta el interior del pecho.

—Un fuerte gemido de protesta se escapa de mis labios.

—Eres lo más delicioso que he probado nunca. —Me clava aún más los dientes y me chupa la piel. Suspiro junto con un gemido. —Gime con fuerza. Me encanta el sonido de su grito desvergonzado. ¿Sabes lo que me provoca, Beatriz? Un dolor desgarrador en mis testículos. Mi polla palpita con cada gemido suyo.

—Eres el mayor torturador de todos los tiempos.

—No tanto como esta pequeña prenda que cubre tu triángulo.

Ya no tengo fuerzas para mantener erguido mi debilitado cuerpo. Se da cuenta de mi vacilación y me guía hasta que estoy tumbada boca arriba en la cama, con las piernas colgando hacia fuera. Con vigor y fuerza, muerde el poco encaje que queda en mi cuerpo, tirando de la tela para penetrarme.

—¡Rosa como un suflé! —Un deseo ardiente me quema entre las piernas, caliente y húmedo. Espero a que continúe, y así lo

hace, explorando y arrastrando lamidas, volviendo a mi pelvis, y justo cuando parece que va a llegar a mi centro, se detiene y vuelve a empezar. Suelto un gemido de frustración y levanto las caderas para alcanzar su boca, donde necesito su lengua. —¿Qué te pasa, alumna mía? —Oigo la risa traviesa en su voz.

—Estás dificultando las cosas.

—¿Quieres que te lo ponga más fácil?

Sí, ¡mil veces sí! Me retuerzo al sentir cómo sus dientes apartan mis bragas y su lengua me invade. Gimo, grito y levanto las caderas para que su lengua se hunda cada vez más dentro de mí. La curva dentro de mí, haciendo que cada terminación nerviosa en mí se estremezca. Todo lo que necesito... Hasta que suena el maldito timbre. ¡Ahora no! Por favor, no contestes. Antes de entrar en la suite, pidió el menú a la recepcionista y le indicó un número, sin mencionar de qué se trataba, sólo añadiendo que exigía que fuera aparte, aclarando que él mismo se encargaría de la preparación. Ella no entendió muy bien. Evidentemente sentía curiosidad, pero la ansiedad de estar por primera vez en un motel disipó cualquier otro interés por mi parte.

—Ya era hora.

Antes de apartarse, lame toda mi feminidad y mi cuerpo grita. Impetuoso, se burla de mí.

—Así estará calentita y entretenida.

—Por favor, estoy tan cerca... No me dejes ahora.

—¡Shhh! No te dejaré por mucho tiempo.

Vuelve aquí, quiero gritar, mientras siento cómo el encaje estimula mi dolorido clítoris.

Meleca. Eso es todo lo que necesitaba. Atada en mi propio sujetador, con los ojos vendados y estimulada por mis bragas. Eso es: me acaba de demostrar que puedo llegar al orgasmo yo misma con mi propia ropa interior.

Le oigo volver con pasos lentos. Mi cuerpo se estremece.

—¿Qué has pedido?

—Yo cumplo mis promesas. ¿Qué te prometí para después de cenar?

—¿Un postre?

Oigo que depositan algo en la mesilla de noche y una música vibrante resuena por toda la habitación, junto con el sonido de una cascada deslizándose por algún lugar.

—Así es, alumna mía: un postre delicioso.

—Pensé que era el postre. —Me burlo de él. Él me devuelve la broma bajándose lentamente la cremallera, haciéndome escuchar sus movimientos.

—El más sabroso, seguro. Pero vamos a rellenarlo.

—Me encantan los dulces rellenos.

—Entonces vamos a preparar nuestro postre. ¿Sabes dónde decidí preparar el dulce, Beatriz?

—¿Yo?

—Esta es mi alumna. Inteligente y súper sabrosa. Siento el colchón hundirse a mi lado y el sonido de los utensilios

repiqueteando.

—¿Puedes desvestirme? Prefiero sentir tu roce contra mí, no mis bragas.

—No era mi intención, pero acepto tu petición. —Su voz es ronca mientras me subo a la cama para quitarme las bragas. Suspendo mi cuerpo. —¡Beatriz!

Su boca baja hasta el dobladillo de mis bragas.

—Prometiste quitártelo.

—Voy a hacerlo, pero primero necesito disfrutarlo un poco más en tu cuerpo. Te queda tremendamente bien.

Me retuerzo y él frota con descaro su nariz contra mi feminidad.

—Su perfume me embriaga y me crea adicción. —Su lengua impetuosa se desliza en círculos, presionando mi punto más inflamado. Chupa el encaje junto con mi clítoris. —Eres una buena distracción, alumna mía, pero nos espera un postre.

Me baja las bragas y siento un alivio, una libertad indescriptible.

Arrastrándose sobre mí, se acerca a mi cara, besando cada parte de mi cuerpo, helándome hasta la médula. Rompe el contacto. Su aliento me acaricia la oreja.

—¿Pasamos al postre?

Un recipiente frío toca mi parte íntima.

—Este es un buen lugar para empezar a disfrutar de este manjar. Pero no soy tan egoísta como para privarte de la experiencia.

Se burla de mí deslizando el recipiente por mi vientre hasta la mitad de mis pechos, en los que vierte algo helado. Me lame por todas partes, contrastando el frío del helado de papaya, que me lleva a los labios, con el calor de su lengua.

—Sé cuánto te gusta la papaya con cassis. Así que, para redondear la noche, pensé que deberíamos probar un postre adecuado.

Así comienza nuestra degustación. El deseo es intenso. Me da un beso helado que me calienta todo el cuerpo. Intento liberar mis manos y él se da cuenta.

—¿No te gusta el postre, Beatriz?

—Me encanta, pero me gustaría poder tocarte a ti también.

¿Qué es esta química que siempre quiero más de él? ¡Qué hombre tan maravilloso! ¡Es tan intenso, tan físico, tan sensual!

—Hoy ya te he hecho demasiadas concesiones. Un lobo feroz no suelta a su presa, pero yo puedo ser un faraón comprensivo y dejarte ver cuánto me gusta devorarte. Me quita la venda y agradezco que la habitación esté en penumbra. Me mira fijamente y me siento extraordinaria, deseable, sexy y valiosa, tumbada en la cama, con el dosel y las telas atadas a sus bastidores. Pedro ve mi mirada entusiasmada y afloja las telas, atadas al dosel, para animar el ambiente. En la penumbra, veo una botella de cassis en su mano.
—El dulce debe estar completo.

Deposita el helado encima y vierte el viscoso líquido por todo mi cuerpo, formando un increíble reguero. Entre chupadas y lametones, me acerca al placer. Estimula mi cuerpo como si fuera un diario de sus confesiones. Sabe dónde tocar y lo que me hace. Me

siento en desventaja. Siento que los pechos me van a estallar. Creo que incluso han doblado su tamaño, y ocurre algo que nunca imaginé que pasaría. Presa de un fuego incontrolable, pierdo la razón, absorbida por él, que se coloca perversamente entre mis piernas y me mete la lengua. Como un alcohólico, gira la botellita sobre mi clítoris y lame hasta la última gota.

—Beatriz, eres tan perversamente deliciosa...

Descubriendo mis necesidades y mi cuerpo que se arquea necesitando más, me penetra con dos dedos en forma de gancho, cada vez más profundo. Encuentra mi punto sensible y me estimula, mientras su lengua masajea mi núcleo dolorido e hinchado. Mi cuerpo suplica liberar la explosión que se forma en cada célula lujuriosa, provocando mil escalofríos por segundo.

Todos los músculos de mi cuerpo se contraen, al igual que mi canal.

—Ven por mí, mi pupila. Suelta esa miel y límpiame con tu dulzura. —Tu petición se convierte en una orden a mi cuerpo, llevándome al éxtasis en el clímax más profundo.

—Me derrites el cerebro. No puedo decirte qué es más placentero: hacer que te corras o sentir y ver cómo te corres.

Recupero la conciencia y le veo mirarme con intensidad. Su miembro viril brilla a punto de estallar. Lo deseo, lo necesito, pero apenas puedo hablar.

—Mira, Beatriz, me has pillado. Casi me haces perder el control.

—Si no puedo tocarte, concédeme una petición más. Deja que Caperucita sea traviesa y pruebe también la dulzura que hay en ti.

—¿Cómo lo prefieres de dulce? —Coge la botella. —¿Así?

Sujetando todo el largo de su miembro, vierte el licor en zigzag, e incluso unta un poco de helado en la punta. Me ayuda a sentarme en la cama y se arrodilla frente a mí. Me la meto en la boca como si fuera un caramelo, chupando con fuerza y sintiendo sus venas saltar y latir. Esta vez, es de sus labios de donde salen las palabras y los gemidos de placer.

—Tu boca es muy sabrosa. Toma todo lo que es tuyo, mi pupila.

Estimulada, continúo y trago más hondo, sintiendo un antojo placentero al saber que me está follando la garganta, como si estuviera dentro de mí. Su rodilla roza mi vulva, y se da cuenta de que estoy mojada de nuevo, sólo de sentirle en mis labios. Apenas se da cuenta, me suelta las muñecas e invierte nuestras posiciones. Ahora estoy encima de él, sintiendo cómo invade mi lengua, provocándome sensaciones increíbles, mientras su miembro ocupa mi boca. Me deja controlar la velocidad y la profundidad. Es el doble sexo oral más lascivo y erótico que he imaginado en mi vida. Vuelvo a contraerme y su miembro palpita con la misma intensidad.

—Bya, necesito estar dentro de ti.

Oírlo es caliente, sexy y excitante y, en un instante, ahí estamos, absortos en nuestras bocas, nuestro sabor, unidos en un solo cuerpo. Me mete la mano entre los muslos, deslizando su

miembro rígido como a mí me gusta en mi entrada turgente, frotando la punta arriba y abajo.

Siento cómo me llena. Su encaje es perfecto, con embestidas profundas, y cuando se acerca el placer, ralentiza sus movimientos. Un gemido ronco y gutural se escapa de nuestros labios.

Quiero más presión. Así que arqueo mi cuerpo contra el suyo, esperando a que aumente el ritmo, amando la fricción de mis pechos contra su pecho duro. Él toma el control, llenándome hasta donde su miembro puede llegar, hinchándose dentro de mí, haciéndome palpitar y contraerme. Siento un cosquilleo delicioso en el cuerpo. Es grande, duro, viril, ardiente, y aprovecha cualquier oportunidad para provocarme. Sorprendentemente, no se limita a una sola postura: es creativo, intenta mover nuestros cuerpos de diferentes maneras, pero siempre haciéndome sentir cómoda.

Soy como una marioneta del placer en sus brazos. No deja de estimularme el clítoris. Una oleada de placer recorre la región de mi punto más sensible y se adentra en mi interior, palpita directamente en mi vientre y se extiende rápidamente por todo mi cuerpo. La sensación me hace perder el control.

—¡Pedro! —Grito su nombre mientras acelera sus movimientos.

—Apriétame, lámeme con tu miel.

Sus palabras son el terremoto que hace estallar el placer de mi cuerpo en un intenso torbellino. Apoyo las manos en su hombro, convulsa, necesitada de más.

Aspira aire entre los dientes; al mismo tiempo, siento que su cuerpo se pone rígido y la libertad de mi orgasmo le empuja a apretar más fuerte. Con un suspiro de alivio, se vacía dentro de mí.

Nuestros pechos bajan y suben a gran velocidad, buscando aire y, como si allí hubiera un imán muy potente, no rompemos la conexión.

—Mi pupila, no puedo alejarme de ti. —Con su miembro nadando en la piscina del placer, se sumerge de nuevo lentamente, como si nuestros miembros necesitaran esta sensación. —No hay nada mejor que estar dentro de ti.

Mis músculos internos le dan la bienvenida perezosamente, excitados por sus movimientos.

—¿No te cansas? —Que Beggo sepa lo del aliento de Pedro. Quiero ver si va a volver a llamarle "tío grande". Sonrío por dentro, vengativa. En realidad, prometí no hablarle de nuestra relación, pero burlarme de Beggo... ¡Oh, puedo hacerlo!

—No he hecho más que empezar, alumna mía.

Sentado con las piernas cruzadas, me pone sobre su regazo, dejándome sentada encima de él, con las piernas alrededor de su cintura.

Mi vagina está elevada y él se asegura de que su pelvis la estimule. Lo cabalgo. Sus besos y sus miradas me hacen sentir querida, deseada e incluso amada. Me vuelvo loca. Apoya sus manos en mis caderas, ejerciendo cada vez más presión. Siento que se acerca otro orgasmo.

—Me encanta sentir cómo me aprietas, acogiéndome dentro de ti.

Sus ojos se encuentran con los míos. Se echa hacia atrás y toma mi torso con él, besándome y dictando el mismo ritmo que su lengua y su miembro, que me invaden. No sé cómo consigue el intenso roce de su pelvis, que no abandona en ningún momento mi clítoris turgente. A un ritmo vertiginoso, gira mi cuerpo y comienza a penetrarme salvajemente, hasta que acabamos juntos en un intenso orgasmo, entregándonos al éxtasis del placer. Puede que sea difícil encontrar la forma de establecer una confianza total dentro de mis inseguridades, pero en sus brazos y a su lado, sé que puedo hacer cualquier cosa.

Pedro Salvatore

Llegar al orgasmo mientras ella alcanza el clímax es delirante. Oír cómo se desahogan sus sentimientos es la mejor sensación del mundo.

—¡Te quiero, Pedro!

Mientras vierto la última gota en su interior, me doy cuenta de que no hemos utilizado preservativo. Un sobresalto me devuelve a una historia familiar del pasado. Permanezco estático mientras asimilo toda la situación. Era una mezcla de responsabilidades: la que me movía, como su amante, y la que retenía, como su guardián. El mero hecho de tenerla a mi lado me vuelve loco, y la sensación se despliega dentro de mi alma.

—Eres lo más hermoso que me ha pasado en la vida.

Paso todo el tiempo con ella en brazos, deseando corresponderla con cariño. Cada caricia es como un sentimiento no verbalizado.

—¿Viajamos mañana? —Su voz es perezosa. Sentir su mandíbula moverse contra mi pecho mientras habla me calienta el corazón.

—Vamos, alumna mía. Descansa ahora. Mañana tendremos un día ajetreado.

No estoy seguro de cuándo empezó el profundo sentimiento que siento por ella. No lo he elegido. Simplemente siento este bienestar y este deseo.

Ella se duerme, agotada, y yo lloro por dentro ante el castigo de mi conciencia por ser incapaz de decirle lo que más me apetece.

Capítulo 27

Pedro Salvatore

Con cuidado de no despertarla, arrimo su cuerpo contra el mío y beso su frente.

—Alumna mía, el tiempo te dirá cómo me siento.

Contento con este pensamiento, me acurruqué más cerca de ella, apoyando la cara en la misma almohada que la suya, admirándola y abrazándola por la cintura.

Respiro su perfume, seguro de que ya es mi oxígeno. Sí, ya no puedo vivir sin ella. Siguiendo el ritmo de su respiración y su sueño, no sé si duermo o tengo una pesadilla despierta.

La confusión enturbia mi pensamiento. Hace un momento, pensaba en sus sentimientos y en lo bonito que era oírlos salir de su boca: "Te quiero". Y reprimiéndome por no poder corresponderle con las mismas palabras. Al momento siguiente, todo lo que veo ante mí es la impresión de una sonrisa irónica observándome y la efigie del hombre que afectó a mis valores y comprometió mi capacidad de amar.

Mis nervios se crispan al pensar en él. Creo que nací odiándole.

No puedo concentrarme bien. Las imágenes no se forman con claridad.

Me veo de pie entre dos líneas inconexas, sin conexión. Por un lado, veo desasosiego, y por el otro, buenos deseos, una silueta difuminada de mi madre, hermosa, como si estuviera ahí solo para demostrarme que no estoy solo.

Cuando oigo que los ángeles forman parte de nuestras vidas, que han estado con nosotros desde siempre, no lo pongo en duda. Sigo sintiendo y creyendo que todo el dolor que mi madre experimentó, yo lo absorbí durante mi embarazo. No necesité oírla decir palabras ni verbalizar su pasado para tener la certeza de que el amor podía destruir a las personas.

Estos pensamientos se suceden como si estuviera despierto y dormido al mismo tiempo. No sé lo que siento. Es extraño decirlo; prácticamente no tengo ningún asidero en la realidad.

Una confusa mezcla de pasado y presente me agita. Al mismo tiempo que veo a aquel hombre mirándome con desdén, también lo veo muerto, con la nariz taponada con algodón, sin causarme ninguna molestia en su velatorio. Parece monstruoso decir que no sentí ningún dolor, pero así es como reaccioné al ver al hombre que era biológicamente mi padre yaciendo allí inerte.

Enfrentarme a él allí, serio, imponente e impotente, en aquel momento sentí ganas de venganza, sabiendo que su destino era el mismo que el de mi madre, a la que había matado indirectamente. Ante aquel cuerpo, rígido como habían sido sus actos en vida, pensé en darme la vuelta e ignorar a aquel desalmado, pero decidí encararlo con una sonrisa satisfecha.

Estoy seguro de que, si su alma estaba allí mirándome, quería volcar el cuerpo en el ataúd en ese momento.

Concentrado, miré sus manos entrelazadas sobre su pecho. Entonces, vengativo, pensé que yo podía mover los dedos y él no. El niño herido que llevaba dentro, al que él había aporreado tantas veces, se sintió aliviado. Había sido zarandeado tantas veces por aquel hombre obtuso que insistía en ignorar sus trastornos y daba la espalda a mi madre, diciendo que su locura le estaba contagiando. El rosario que llevaba en las manos era singularmente hipócrita, teniendo en cuenta que aborrecía la fe y la idea de que mi madre fuera católica. Quienquiera que lo pusiera allí imaginando que le aliviaría de sus pecados se equivocaba. Su billete directo al infierno se compró con la primera acción diabólica que cometió.

Su sonrisa desdeñosa se ensancha y busco obstinadamente su imagen como quiero recordarla. *Su sonrisa irónica no significa nada para mí*, pienso, mientras veo un esbozo de su forma intentando decir algo.

Nunca hubo tregua ni acercamiento. ¿Y cómo podía ser? Dentro de mí, no había perdón para él. ¿Cómo pudo abandonar a una mujer inocente y hermosa, con la que creció juntos, a la que prometió amor eterno, en el momento más difícil al que se enfrentaba?

Porque eso es exactamente lo que pasó. Siempre habían estado unidos desde que eran adolescentes. Cuando empezó a aparecer un cuerpo de mujer, decidió conquistarla. Mi madre se resistió todo lo que pudo, pero él insistió y finalmente logró su objetivo, fingiendo jurarle amor. La oí decir una y otra vez que no le culpaba por haberla dejado entrar en su corazón.

Por supuesto, ella no le culpaba. Murió amándole todavía. Pero yo, neutral en esta historia, nunca he tragado saber que cuando ella cayó enferma, él se dedicó a destruir su vida, junto con la abuela de Beatriz.

Siento que se me aprieta el pecho. ¡La abuela de Beatriz!

¡No! ¡No puede ser! Soy un hombre maduro y sé que mi negativa a decirle a Beatriz lo que siento es más cobardía por mi parte que simple venganza por el pasado. Ella es inocente. Ella no tiene la culpa de lo que hizo su abuela. Sólo me arrepiento de ella.

Quiero estrecharla más entre mis brazos y sentir su cuerpo desnudo unido a mí, pero mi estado de entumecimiento no me lo permite. Es el sueño más confuso que he tenido nunca.

Y la historia de mi madre fue más o menos así. La abuela de Beatriz era prima de mi madre y sufría malos tratos por parte de su marido. Por eso decidió huir del pueblo donde vivía, llevándose a su hija de tres años. Para estar seguras, se cambiaron el nombre, pero como no tenían adónde ir, pidieron asilo a mi madre, que tenía un corazón enorme y se desvivió por acogerlas, a pesar de estar enferma, embarazada y atada para siempre a una silla de ruedas. Durante meses ayudó a su prima a recuperarse y a instalarse con su hija pequeña. Pero no sabía que el hombre al que amaba ya había perdido el interés por ella y se centraba en su prima. Y mientras ella se iba con todo su equipaje solitario a vender sus obras de arte en ferias, ellos dos holgazaneaban bajo su techo.

Un día, la prima se marchó sin dar las gracias y el hombre la siguió, dejando a mi madre con un niño en el vientre. Cuando todo

acabó, mi madre descubrió que la habían abandonado dos veces y que los dos la habían traicionado y vivían felices a sus espaldas.

Creo que cuando aún estaba en su vientre oí todos sus jaleos de llanto, y fue precisamente entonces cuando nació dentro de mí el odio que siento por aquel gusano y que corre por mis venas hasta el día de hoy. No contento con lo que le había hecho, intentó mantenerla alejada de mí todos los días de su vida, hasta que descubrió que yo no era el niño perfecto que había imaginado. Entonces, una vez más, descargó un camión de culpas sobre mi madre por mis rituales y manías. Me veo con él en el centro comercial, un día que estoy muy disgustado porque estoy ansioso por llegar pronto a casa, porque odiaba estar con él.

Se me encienden los ojos y vuelvo a ser el niño asustado.

Los pensamientos intrusivos me piden que avance diez pasos y retroceda uno, amenazándome con que, si no lo hago, puede ocurrir algo malo. Me asusto, porque no es una voz la que me da órdenes, ¡son mis propios pensamientos! Es extraño sentirse así, pero mientras se manifiestan en mi cabeza, asustado, decido obedecer.

Uno, dos, tres... diez, y uno atrás. Me doy cuenta de que mi padre me mira de reojo.

¡Eso es, buen chico! Hazlo otra vez. De lo contrario, algo malo te va a pasar.

Lo repito y cuando he terminado me dan una palmada en la cabeza.

—¿Qué es eso, chico, estás loco?

Asustado, quiero explicarle que es mi cabeza la que me dice que lo haga.

No le hagas caso. Vamos otra vez. No te preocupes, nada puede ser peor si no repites lo que te pido, insisten mis pensamientos y cedo, repitiendo.

Uno, dos, tres, cuatro... diez, y uno atrás.

Otra bofetada. Esta vez más fuerte.

—¿Me estás desafiando, chico? No soy tu madre loca que acepta todo lo que haces. Ella no me dejó criarte como es debido, pero sigo siendo tu padre y puedo arreglarlo ahora. ¿Quieres ver?

Mis pensamientos se extendían desde el aparcamiento del centro comercial hasta sus abarrotados pasillos, rodeados de tiendas. Impaciente, mi padre me sacudió la cabeza varias veces, como si mis acciones fueran alguna travesura por mi parte.

Aparte de la amenaza de mis pensamientos y la furia del hombre que tengo al lado, la multitud de gente que hay en los pasillos me produce claustrofobia. Me dan ganas de llorar, de gritar, de morderme y de tirarme del pelo. Empiezo a sentir pánico y, para aliviarlo, empiezo a hacerme daño, para que el dolor sea más fuerte que todo lo que siento y no parezca una niña pequeña.

Me detengo inseguro.

—¿Te vas a quedar quieto? Vamos, chico. Hay todo un centro de entretenimiento para ti.

—No quiero jugar, —digo, con la voz quebrada.

—Claro que quieres jugar. Deja de ser terco.

—Quiero irme. —No quiero quedarme allí. Me está haciendo daño. Sólo fui porque mi madre insistió en que necesitaba tener un momento con él.

—¡No nos vamos! —grita. —Sé que tu madre te ha llenado la cabeza de tonterías, pero aprenderás de mí que la vida no gira en torno a tus trucos.

Mis pensamientos cambian de orden y me dicen que toque a la gente. Terco y avergonzado, al principio cometo el acto sin llamar demasiado la atención. Toco disimuladamente a la gente que pasa a nuestro lado, pero los pensamientos intrusivos se vuelven impetuosos. Cuando un caballero pasa a mi lado y choca accidentalmente con mi brazo, me siento obligado a perseguirle hasta que vuelve a hacerlo, pero con el otro lado de mi cuerpo.

—¿Qué pasa, chico? —Sobresaltado, me mira fijamente mientras le doy una palmada en la cintura.

Mis ojos asustados se abren de par en par, pero dentro de mi cabeza, mis pensamientos me dicen que he hecho lo correcto.

Es enloquecedor. No puedo controlar mis acciones adecuadamente.

—Pedro, mocoso imbécil, discúlpate con el hombre.

—Lo siento, —digo, con los ojos llorosos.

—Señor, le pido disculpas por el chico, se ha criado con su madre y ella no es capaz de darle buenos modales.

—¿Se encuentra bien? —Con lástima, agachándose para mirarme a los ojos, el hombre me coge de los brazos, cariñosamente, intentando consolarme.

Es tortuoso. La lástima que veo en sus ojos, opuesta a las quejas de mi padre, sumada a los pensamientos que oigo y que me juzgan, forman una sinfonía de horror, cuya melodía me da cada vez más ganas de llorar.

—Vamos, niño, se te acabó la diversión. Si no sabes comportarte en sociedad, creo que será mejor que te quedes en la jaula en la que tu madre insiste en encerrarte.

Ese día quise gritar que prefería una jaula de amor a la libertad de la incomprensión.

—¿Qué opina de él?

—Yo soy el padre. Y si me disculpan, nos vamos.

Tirado por mis frágiles brazos, arrastrado por el centro comercial como un niño berrinchudo, siento toda la humillación de ver a la gente mirándome fijamente, mientras en mi interior las lágrimas fluyen con el amargo sabor de la sangre por mi garganta, mientras me muerdo las mejillas para contenerme y evitar que me vea llorar.

Vuelvo a mi cuerpo adulto, aún en esta pesadilla, e intento gritar y liberarme de las manos que me arrastran.

La impotencia es devastadora, pero algo dentro de mí me dice que pasará. Que pronto volveré a estar con mi madre.

Mientras ella buscaba soluciones para aliviar mis trastornos, yo sufría lo que hoy se llamaría acoso escolar por parte de mis compañeros, y al mismo tiempo aquel hombre me hacía sentir como un loco.

Más recuerdos del pasado pasan por mi pesadilla y vuelvo a ser el niño pequeño.

Mis rituales siempre han formado parte de mi rutina. No me iba a dormir sin escuchar cuentos, ni me acostaba sin organizar mis carritos en filas perfectamente simétricas. Contaba todos los árboles cuando caminaba por la calle. Y así mis rarezas se hicieron cada vez más frecuentes. Algunas de ellas empezaron a interferir en mi vida cotidiana y provocaron la represión de quienes me rodeaban.

Recuerdo estar detrás de la puerta y escuchar la reunión de mi madre en la escuela. Me viene a la mente como un pequeño cuento, y me despierto mirando al techo, paralizado entre el sueño y la realidad.

Habían convocado a mi madre a una reunión con el psicopedagogo del colegio, quien le informó de que yo padecía un TOC de inicio precoz. También le dijeron que cuanto antes se diagnosticaran los síntomas, mejor sería el tratamiento. De lo contrario, empeoraría el resto de mi vida. Intentó hablar del tema con mi padre, que se negó a aceptar la situación y, una vez más, dejó en sus manos la solución.

Así que acudió a un psiquiatra, que tradujo mi sufrimiento y me recomendó que encontrara una zona de confort mediante un tratamiento. Ella se negó a seguir ese camino e intentó curarme sólo por fe. En lugar de obligarme a tomar un cóctel de medicamentos todos los días, decidió colmarme de mucho amor, comprensión y afecto. No la culpo. Para tomar un antitérmico cuando tenía fiebre, armaba un escándalo. En el barrio debían de pensar que me

torturaba. Creo que su decisión acabó siendo el resultado de estos disturbios.

Vuelve la sonrisa repugnante, y esta vez con un sonido. Los destellos del pasado han desaparecido.

—Así que ahora entiendes lo que es el amor. ¿Eres capaz de corresponderlo, Pedro? ¿O eres como yo?

Intento responder, pero siento como si mis cuerdas vocales estuvieran bloqueadas por un candado.

—Eso no es lo que me dijiste cuando murió tu madre. ¿Cuáles fueron tus palabras?

Me mira e intento moverme. Siempre me dominó así cuando era niño, pero ahora, de adulto, intento luchar contra él de igual a igual, pero mi cuerpo no se mueve.

—¡Lo recordé! No eres digno de recibir amor. Matas a los que te aman. Una hermosa ironía del destino, ¿no? Sabes que una mujer te ama y no puedes decirle lo mismo. ¿Y sabes por qué no puedes? Porque eres como yo.

Me esfuerzo por decir que no, que no tengo nada de él. Y justo cuando creo que lo voy a conseguir, él desaparece cobardemente.

Así que eso es lo que quería decirme.

Sudoroso, aún sin control sobre mí mismo, me encuentro intentando salir de esta pesadilla y el pánico invade mi subconsciente. Cierro los ojos para encontrarlo de nuevo y gritar que no soy como él. Pero la respuesta se me atasca en la garganta. Se ha ido.

Por primera vez, tras un tiempo interminable intentando adoctrinar mi cuerpo, consigo cerrar las manos en puños y clavarme las uñas en las palmas para, a través del dolor, recuperar la conciencia.

Me despierto y veo a Beatriz a mi lado, durmiendo como un ángel, y de repente mis pensamientos repiten insistentemente las palabras de aquel hombre. El ambiente acogedor parece encogerse; las paredes parecen cerrarse, dejándome sin aliento.

Me cuesta respirar. Mi corazón late fuera de ritmo. Sólo oigo mis pensamientos y mis jadeos. Intento tocar a Bya para sentirme protegido, pero su calor parece quemarme.

Una cascada de sudor me recorre la espalda. Intento recuperar el aliento y pedir ayuda, pero las ganas de escapar son las mismas que el día en que me arrastraron.

Como un sonámbulo, inconsciente, no controlo mis sentidos. Todo sucede mecánicamente: el mareo me invade cuando me pongo en pie, provocándome náuseas. Me arrastro buscando alivio en el dolor, como siempre, para recuperar la cordura.

Sumergido en el fondo del mar de mi dolor, empiezo a hundirme cuando siento el primer latigazo de la toalla mojada.

El aullido de dolor es música para mis oídos, como un alivio al sentir mi cuerpo de vuelta. Las lágrimas largamente contenidas brotan con un sollozo que se escapa con mi liberación.

Desnudo, arrodillado en el suelo, con la toalla tendida junto a mi cuerpo, salgo de mi ensoñación. Pero abro los ojos y veo a Beatriz frente a mí, arrodillada en la misma posición.

—Pedro, mi amor, ¿qué está pasando?

Capítulo 28

Beatriz Eva

Me despierto de un hermoso sueño y me estiro sobre las suaves sábanas con los brazos abiertos. Me siento necesitada y, con los ojos abiertos, me doy cuenta de que estoy sola en la cama, aún intentando comprender qué es este lugar y con quién he pasado la noche.

Hay un enorme espejo en el techo y a través de el veo lo desaliñada que estoy, con los labios hinchados y el maquillaje corrido. A pesar de ello, parece que me han cuidado bien.

—¡Vaya! Creo que he sido devorado por el lobo faraón.

Despertar y sentir que has pasado la noche con la persona que amas es la mejor manera de despertarse, y por mi movilidad y el reflejo en el espejo, sé que no me han momificado.

Me revuelvo en la cama, cojo el móvil y veo que ni siquiera son las 5 de la mañana. La ausencia de Pedro no me avisa en absoluto. Sé que le gusta madrugar.

Me siento extraña con mi cuerpo pecaminosamente dolorido.

Haciendo balance de la suite egipcia, me siento como la mismísima Cleopatra, ansiosa por encontrar a mi faraón y volver a tocar su flauta. Veo su ropa esparcida por todas partes. Es tan tórrido y libidinoso que suspiro con traviesa satisfacción.

Voy a su encuentro. A través del hueco de la puerta entreabierta del cuarto de baño, vislumbro algo que me hiela el corazón.

No puedo explicar los miles de posibilidades que se me pasan por la cabeza. No es una escena normal de ver. El aire acondicionado de la habitación parece congelarla. Me abrazo a mi cuerpo, esperando a que se mueva.

Inmóvil, dejo salir todo el aire de mi pecho cuando oigo escapar de él un sonido angustioso. Mi corazón se aprieta aún más, contrariamente a lo que creía posible. Pedro parece estar llorando.

Beatriz, no seas cobarde. Afronta la situación de frente y ve a ver qué pasa.

Abro lentamente la puerta y me acerco a él.

Veo ronchas rojas en su piel, que brillan con una mezcla de sudor y sufrimiento.

¿Qué hizo? ¿Por qué lo hizo?

No hay tiempo para preguntas. Necesita mi afecto y eso es lo que tengo que darle. Más tarde descubriré por qué. De hecho, soy como una cucaracha tonta sin idea de qué hacer. Siento que el corazón se me va a salir por la boca. Tal vez hacer un sonido le haga volverse hacia mí.

Miro la bañera y apuesto mis fichas por ella. Pienso que tal vez el sonido del agua corriendo podría llamar su atención. Pero no... Parece estar en otra dimensión. Como no sé cómo comunicarme con un extraterrestre, sigo a mi corazón.

Me arrodillo ante él. Cuando escape de este mar de angustia, quiero que me vea en la misma posición, desnuda y abierta en cuerpo y alma, para darle el consuelo que necesita.

Su rostro muestra líneas de dolor y terror. Sus párpados cerrados transmiten inquietud y pavor. Su mandíbula parece trabada y su respiración muestra que está cansado y roto por dentro. ¡Dios mío! ¿Qué ha hecho? Si no hubiera presenciado la pesadilla que tuvo cuando dormimos juntos, estaría más asustada. ¿Cómo puedo amar tanto a un hombre que apenas conozco? ¿Cómo puedo vivir bajo el mismo techo que él y no darme cuenta de los demonios que le acechan?

¿Será que soy yo, la guardiana descarada, la que le causa esta repulsión? ¿O forma parte de alguna secta religiosa?

El subidón de adrenalina de salvar a alguien de quien no sabes nada es agonizante. Mi deseo de leer su pasado, descifrar su presente y desmitificar su futuro es un acicate para tocar el brazo que descansa sobre su pierna. Espero que no repela mi actitud.

Sus ojos se abren y el verde esmeralda de sus iris queda cubierto por la dilatación de sus pupilas, de un color más oscuro, el miedo reflejado en ellas. Veo la vulnerabilidad en los pesados párpados que intentan mantenerlos abiertos, y a propósito le toco más fuerte.

—Pedro, mi amor, ¿qué pasa? —le digo en voz baja, pasando el pulgar uniformemente por su mano temblorosa, sin querer asustarlo.

No dice nada, pero veo que su nuez de Adán se mueve, mostrando que está tragando sus palabras en seco y en silencio. Su

reacción a mi pregunta me aprieta el pecho. Parece estar en estado de shock.

¡Piensa, Beatriz! Piensa en algo.

Por muy seguro que esté de lo que debo hacer con mi vida, nada me prepara ni me dice cómo actuar en una situación así.

Separo un poco más las rodillas y las aprieto ligeramente entre las suyas. Tengo que pensar en una forma de sacarle de esa prisión invisible. Trazo un rastro de caricias superficiales con el dorso de las manos por sus brazos, buscando la forma de abrazarlo.

Sus ojos no se desconectan de los míos y celebro que no me aparte. Con paciencia, recorro con los dedos la longitud de sus brazos hasta llegar a sus manos frías, que envuelvo con las mías para darle calor.

Frente a él, no digo nada. Con valentía, me acerco, acercando su torso a mí por los brazos. A cámara lenta, cede, todavía con un poco de miedo.

El color esmeralda de sus iris comienza a iluminarse en sus ojos y una punzada de esperanza alivia mi pecho, sobre el que apoya la cabeza. Mi corazón toca una sinfonía interminable de latidos. Parece un niño asustado. Le consuelo acariciándole con mis hábiles dedos el pelo y la nuca.

No puedo imaginar de dónde saco la fuerza para tranquilizarle y darle seguridad con cada caricia. Ayer me encontré protegida en tus brazos y hoy me toca a mí corresponderte.

—No sé qué ha pasado, —dice, y mi corazón se acelera. Un sinfín de emociones afloran con sus palabras llenas de vergüenza,

pudor e incertidumbre. Sus ojos parecen apagados y desesperanzados. Fríos. Opacos.

—Todo va bien. —¿Qué está bien? ¡Claro que está bien, Beatriz! Acabas de encontrar al hombre que amas arrodillado en el suelo del baño, lleno de ronchas en la espalda, ¿y dices que todo está bien? ¿Qué demonios es eso? Sea lo que sea, ahora tengo que ser fuerte, tragarme mi curiosidad y no apartarle.

Sin dejar de acariciarle el pelo, siento un espasmo en su cuerpo. Fue en el momento de mi dolor cuando le conocí. Siempre lo he tenido como mi puerto seguro y creo que, en el fondo, eso es lo que me asusta tanto, verlo tan vulnerable.

—Pase lo que pase, quiero que sepas, mi amor, que estoy aquí. Y sólo me iré si tú quieres. Todo irá bien.

Ahora sé amable y cuéntamelo todo.

—No está bien, Beatriz.

El pánico se apodera de mí. ¿Se arrepiente de lo que ha pasado? ¿Fue todo excitación? Dios mío, ¿y si se arrepiente? ¿Cree que ha perdido la cabeza conmigo y que la culpa le ha hecho actuar así? ¡No! No podría soportarlo. No es tan cruel. No fue una cosa del momento, ha estado sucediendo durante mucho tiempo. Es mucho más fácil para mí querer creer en el rechazo cuando el problema parece ser mucho mayor. Reprimo las ganas de gritarle para que me dé una explicación e intento mantener la calma antes de volverme loca.

—Pero se quedará. Estoy seguro de que lo hará. —No sé si lo digo más para consolarte o para convencerme a mí misma. —Te

quiero tanto, mi amor...

—No te merezco, Beatriz. —Levanta la cara de mi regazo, se pasa las manos por el pelo, y me doy cuenta de que esta vez su cara tiene color, algo que no tenía hace un momento. Veo la timidez en sus ojos.

—Quizá yo tampoco te merezca. —Levanto los hombros.

El vapor de agua que empieza a llenar la bañera no basta para hacernos desaparecer de la vista del otro. Así que nos enfrentamos.

—¿Cómo puedes decir eso cuando eres tan perfecta? —Vuelvo a centrarme en tus ojos, la tensión sigue presente.

—Puedo decirlo de la misma manera que tú me lo dices a mí.

—¡Estoy horrible, Beatriz! Te mereces mucho más.

—Creo que soy yo quien tiene que decidirlo. ¿Estás de acuerdo? —Casi deletreo las palabras para que las entienda.

Aprieta los dientes; sus hombros están erguidos, mostrando lo tenso que está, sus ojos se entrecierran en mis manos, cuyos dedos crujen. Cuando me doy cuenta de por dónde va la conversación, me angustio.

—¿Beatriz? I... —El músculo de su mandíbula palpita y mueve el cuello, aliviando la tensión.

No. Si me dice que nuestra aventura fue un error, no creo que pueda soportarlo. No es que él sea el oxígeno que necesito para respirar, pero...

—¡Shhh! —Mis dedos temblorosos se mueven hacia sus labios. —Pedro, ahora no es el momento de decir nada. Eres demasiado vulnerable y no estás seguro de lo que vas a decir. No sé qué ha pasado y, desde luego, no digas ahora nada de lo que puedas arrepentirte después.

—No lo entiendes, Beatriz. —Levanta las caderas, que están apoyadas en las pantorrillas, y se pone recto delante de mí.

No me dejo intimidar y repito su movimiento, por primera vez con mi cuerpo paralelo al suyo, a menos de un palmo de distancia. Noto que ya no está frío. Todo lo contrario: está ardiendo, y mis pechos rozan los suyos por la proximidad. El miedo en sus ojos es sustituido por desafío.

El termostato de este hombre debe estar desajustado para cambiar su temperatura tan radicalmente. ¡Uf! Del frío de los Alpes suizos, me teletransporta a las montañas volcánicas de Hawai en cuestión de segundos.

—Realmente no lo entiendo, pero todo lo que necesito saber ahora es si lo sientes.

—¿Cómo es? —le oigo preguntar en voz baja. —¿Perdona? Nunca. No me arrepiento de ningún roce, de nada que te concierna.

Es todo lo que necesitaba oír. Al acercar mi torso al suyo, el tiempo se detiene y nuestras miradas se congelan momentáneamente. Sus ojos verdes brillan con intensidad y me hipnotizan. La duda del siguiente paso es palpable y sofoca el aire entre nosotros. Los ojos que me miran ahora son los mismos de Pedro que estaban conmigo por la noche: vivos y llenos de sentimientos.

—¡Pedro!

Cierra los ojos cuando siente que toco su cuerpo y que mi boca se acerca a la suya.

—¡Beatriz! —Dice mi nombre, como si necesitara afirmar que nuestro contacto es real. —Tengo tanto miedo de decepcionarte.

—Sólo me decepcionarás si me alejas... —susurro cerca de su oído, y obtengo permiso para dictar sus próximos movimientos sin moverme. Suelto los brazos y los apoyo en la longitud de sus muslos; serpenteo un rastro con los dedos por sus duros músculos, arañando lentamente cada parte de su cuerpo.

—No soy un hombre perfecto. —Impuso toda la sinceridad de su voz.

—No busco la perfección. —Al encontrar el bulto en la piel de su espalda, trazo suavemente las líneas, demostrándole que, le aterrorice lo que le aterrorice, estaré ahí para ayudarle a curar cada herida. Pero lo que debería ser cariñoso tiene el efecto contrario y siento su bulto pinchándome en la pelvis. ¿Qué podría ser más perfecto que tener a un hombre tan remotamente preparado?

—Estás jugando con fuego.

—¿No te has dado cuenta de que me encanta quemarme? —Clavo cruelmente mis uñas en el costado de tus omóplatos, donde ya he manoseado y no he sentido ninguna marca. —Mientras este fuego no se apague, quiero ser la pólvora que te anime a seguir ardiendo para mantener la llama.

—¡Cómo te necesito! —Las palabras salen perezosamente de sus labios en forma de gemido, acompañando a los brazos que

toman las riendas y me rodean la cintura, sujetándome.

¡Vaya! ¡No me pilles así, seré "fácil"!

Busco un mayor contacto para demostrarle a él y a mí misma que, juntos, podemos superar cualquier obstáculo y domar cualquier monstruo. Aprieto mis labios contra los suyos con los ojos abiertos y dejo que hable mi corazón.

—Me tienes en cuerpo y alma. Sólo sé amar así. ¡Acepta mi amor, Pedro! Sea lo que sea lo que llevas dentro, estoy aquí para ayudarte a superarlo.

Parece comprender y aceptar, despertando en mí todos los sentidos vitales en el instante en que su experimentada lengua me invade, besándome con los ojos abiertos, deseando tomar todo lo que puedo darle. Del miedo a la confianza en sí mismo, me toma en brazos y me sienta sobre el frío lavabo. Un violento temblor recorre cada célula de mi cuerpo en intensa excitación. En un gesto instintivo, le doy todo lo que necesita para ahogar en mí su incertidumbre. Los movimientos de su lengua dentro de mi boca, además de ser innegablemente deliciosos, son la confirmación de que estamos conectados para superar lo que sea que nos espere.

Un torbellino de emociones transforma el afán y la urgencia de nuestro beso en una promesa de algo que aún no sabemos cómo manejar.

Su mano me recorre la columna vertebral con un tacto ardiente, hasta que me rodea la nuca y se enreda en mi larga melena, obligándome a mirarle, como si quisiera decirme que me aleje mientras aún estoy a tiempo.

—Eres mi salvación y mi perdición. —En un gemido gutural y con las fosas nasales encendidas, me arrastra besos por toda la cara con su barba sin afeitar. —Dime que me equivoco, que no puedo buscar mi salvación en ti. Aléjate de mí.

¡Por favor, quiero decirle que se calle!

Encerrando mis piernas alrededor de sus caderas, acerco su erección a mi intimidad femenina.

—No puedo, Pedro. No puedo alejarme de alguien que me hace tanto bien.

—Esta vez no olvidaré el condón. —Interrumpe el ambiente de rendición.

¿Podría ser eso? ¿Tenía miedo de dejarme embarazada? ¿O de contraer una enfermedad?

—Pedro, estoy protegida. —Abre el sobre plastificado que no sé dónde ha encontrado tan rápidamente. Sus ojos aliviados se cruzan con los míos.

—Antes fui irresponsable. Nunca se es demasiado protector.

Entre mis piernas abiertas, empuja sus caderas hacia mí, separándolas de forma autoritaria. Sujetando su gran y dura erección, me penetra sin preliminares, sin palabras dulces y sin pedir permiso, consumiéndome hasta donde mi cuerpo puede llegar, lujurioso y totalmente entregado a él. Esta vez, sus movimientos de vaivén son como una invasión, reclamando todo lo que prometí darle.

—¿Estás preparada, Beatriz, para tener a tu lado a un hombre lleno de manías y rituales?

—Totalmente dispuesta.

Pedro Salvatore

Con su larga melena suelta sobre los hombros, abierta y totalmente receptiva, parece un diablillo, mucho más grande y sabio que todos los demonios que llevo conmigo. Se acabó el miedo. Se acabó la incertidumbre. La poseo, haciéndola sentir toda mi longitud en su interior, y ella acepta todo el dolor que le causo, decidida, mirándome desafiante, demostrando que nada la intimida.

Cachonda, húmeda, me acoge de la forma más ruda y grosera que sabe, echa la cabeza hacia atrás, demostrándome que, en este juego, es capaz de aguantar cualquier cosa por mí, y mi corazón se acelera cada vez más. Saber que me desea físicamente es excitante, pero saber que acoge mi dolor es reconfortante.

Oírla gritar de placer cuando la penetro parece un grito de auxilio, es alucinante. Nada de lo que sucede ahora tiene que ver con mi desempeño como amante, es más bien una prueba para ver hasta dónde puede soportar recibirme llena de ataduras y dolor.

Aprieto el lóbulo de su oreja con los dientes e insisto.

—Te arrepentirás de haberme aceptado.

Sin piedad, siento que golpea tu cuello uterino.

—Sólo me arrepiento de lo que no hago.

Sus muslos se aprietan contra mis caderas, animándome a seguir acogiéndola y cobijándola con mis voluptuosos empujones, justo cuando sus palabras entran en mí, oprimiéndome el pecho con

una punzada inusitada, demostrándome que soy el cabrón más afortunado del mundo.

—No sé si puedo decir lo que significa lo que has visto hoy. En mí.

—No tengo miedo de no escuchar. —Me interrumpe con un bloqueo de piernas, atrapándome dentro de ella, decidida. Diablillo desafiante, me encanta tu audacia. —Lo que temo es que me alejes y no pueda hacerte hablar. —Sus húmedas paredes me llevan al límite y, sin previo aviso, me succiona de nuevo, presionando su pelvis contra la mía. —¿O puede mi poder de persuasión ser eficaz?

—Creo que haremos una buena pareja.

—¡En la cama y fuera! —No parecía sólo una pregunta. Era una mezcla de exclamación e interrogación.

—Creo que esto funcionará bien en ambos sentidos.

Saboreando el contacto íntimo y crudo, sellamos un pacto y nuestras bocas vuelven a juntarse, al mismo ritmo voraz, mientras yo chupo la punta de su lengua y ella chupa toda la longitud de mi polla, que se abre paso en su boca.

—Más, —me suplica. La entiendo como si fuera una terapeuta de mis deseos.

—No quiero hacerte daño.

—Nunca me harás daño.

Suspirando a la vez, acelero el ritmo; ella jadea y se retuerce, contrayendo y apretando toda la base de mi polla.

—¡Pedro! —Grita mi nombre. —Soy tuya.

Llega al éxtasis y me mira fijamente; en sus ojos veo y me doy cuenta de toda la verdad de sus sentimientos. Sus convulsiones me facilitan penetrarla cada vez más profundamente. Oigo escapar un grito gutural mientras vacío todo lo que aún tiene dentro.

Acurrucado, me siento bien.

—Gracias, alumna mía, por estar aquí.

—No me des las gracias todavía. No olvides que me debes un fin de semana entero.

—¿Significa eso que aún puedo sorprenderme?

—Mucho más. Espera a que me siente en tu espalda.

Suelta una risita, me da un beso casto y apoya la cabeza en mi hombro, mirando hacia atrás.

—Si quieres mantenernos con vida y no ahogarnos, vamos a tener que soltarnos. El agua está goteando de esa bañera por todas partes.

Miro a mi alrededor.

—¿Cuándo encendimos el baño?

—No nos importa. —Ella salta. —Lo hice por mi cuenta para darte un baño cuando te vi.

Deja de hablar y un poco de vergüenza invade mi pecho.

—¿Pensabas darme un baño? —Bromeo para disipar la tensión. —Entonces tendrá que ser completo.

—¡Ay! —se queja, agitando la mano en el aire. —Creo que olvidé abrir el agua helada.

—¿Pensabas hacerme un guiso?

—¿Todavía me preguntas si podría perjudicarme? Debería venir con una pancarta: "El Ministerio de Sanidad advierte: Beatriz es mala para la salud de sus pretendientes".

—¿Pretendientes? —Levanto una ceja, con una punzada de dolor en el pecho.

—Podría ser un peligro para cualquier pretendiente. —Me salta al cuello. —Pero yo sólo quiero a uno. A ti.

Aunque sea implacable, persistente y duro, el dolor puede ser una ilusión. Si me quedo anclado en el pasado y no salgo de él, será difícil aspirar a un futuro diferente y, mirándola a ella, tan hermosa y dispuesta a estar conmigo, me doy cuenta de que un presente sin ataduras depende única y exclusivamente de mí.

Capítulo 29

Beatriz Eva

—¿Listo para un fin de semana lleno de aventuras? —Le entrego el casco y le doy un beso en la mejilla.

¿Preparada? Mi amor, nací lista para estar pegada a ti.

—¡Listos!

—Así que pongámonos en marcha, porque has tardado una eternidad en empaquetar tus cosas.

¿Qué quieres decir? Me mantuve en el tiempo que él fijó mientras caminábamos a casa desde el motel. Varias veces mencionó que sólo necesitaba unas cuantas mudas de ropa. Por supuesto, también dijo que preferiría verme desnuda todo el tiempo, pero como teníamos muchos planes, unas pocas piezas serían suficientes.

—¿Crees que 25 minutos es una eternidad?

—Cuando quieres disfrutar de cada segundo del día, ¡sí!

Se pone el casco y puedo jurar que verlo con una chaqueta igual a la mía -de cuero negro con ribetes blancos—me despierta la libido. Aún me sorprende que me la diera antes de ir a preparar mi pequeña mochila. Nuestros cascos también son del mismo color. Parecemos un par de jarrones, y eso me llena el corazón de ternura.

—¿A qué viene esa amplia sonrisa?

—¡De felicidad! —Lo confieso.

Él también sonríe.

—¿Y tú amplia sonrisa es también de felicidad?

—No, es sorpresa ante lo que eres. Al contemplar tu belleza. —Me mira fijamente y yo tanteo para cerrarme el casco. —Riéndome de tu espiritualidad espontánea y por volverme loco y hacer todo lo que nunca imaginé que haría.

—Vaya, ¡todo eso es para reírse! —Intento disimular para que no se note lo mucho que me distrae con sus palabras y para escapar de la forma en que me mira intensamente.

—Permíteme que te lo cierre.

—No tiene que pedírmelo dos veces. —Levanto las manos en señal de rendición, y mis ojos no se pierden ninguno de sus movimientos. Es cuidadoso, megacharmoso, y oler su perfume hace que me contraiga ahí abajo con movimientos secretos de danza del vientre.

Normalmente, cuando está haciendo algo que requiere concentración o fuerza, tiene la costumbre de morderse la lengua. Es sencillamente la escena más sexy que he visto nunca, e intensifica la coreografía de mi intimidad, que insiste en contraerse.

—¡Eso es! Ya sabes lo que tienes que hacer, jovencita. Así que no se te ocurra soltarme ni un solo segundo mientras la moto esté en marcha. ¿Entendido?

—¡Sí, comandante! —Saludo. Apegarme a él es lo que más deseo.

Se sienta a horcajadas sobre el Caballo de Acero y, como un caballero romántico, me tiende la mano para que suba a la moto. A

través de la visera de su casco, veo formarse un encantador hoyuelo en su mandíbula, prueba de su alegría al verme a su espalda, mientras me acomodo y le abrazo. A través del retrovisor, le veo bajar la visera y soltar un guiño que me deja sin aliento.

Un brillo reverbera en sus ojos mientras arranca y acelera la moto. Doy un pequeño respingo y siento que el corazón se me acelera al acelerar el motor. Con la otra mano, me aprieta la rodilla y desliza los dedos por mi pantorrilla, cubierta por los ajustados vaqueros. Puedo apostar a que ni un solo pelo de mi cuerpo está inmune sin temblar.

Dejar la penumbra del garaje por la luz de la calle enciende la esperanza de un fin de semana prometedor. Entre las avenidas de la ciudad, maniobra su moto con pericia y, en cada semáforo en el que se detiene, nos miramos por el retrovisor con la sonrisa de dos aventureros sin rumbo.

Los rayos del sol dibujan y resaltan en la carretera los colores del paisaje circundante.

Me siento más feliz y luminosa que una actriz de Hollywood que tiene ante sí una alfombra roja de varios metros por la que desfilar. Yo tengo una alfombra gris cubierta de asfalto a lo largo de una carretera kilométrica y, encima, el privilegio de ser abrazada por el hombre al que amo, que se marcha a vivir un fin de semana de aventuras.

En el fondo, algo me dice que nuestra relación nunca volverá a ser la misma. Desde aquella vez en el baño, nuestras miradas adquieren un nuevo significado cuando se encuentran. Es una

conexión diferente. Es como si nuestras almas estuvieran inseparablemente unidas.

Caballo de acero nos regala con brillantez un auténtico espectáculo de equilibrio sobre dos ruedas. Tengo que confesar que es emocionante sentir el cuerpo de Pedro dominando su caballo de acero por toda la carretera.

El viento parece agresivo cuando entra en contacto con nuestro cuerpo, pero nos acaricia el alma y nos da sensación de libertad, además de refrescar el calor abrasador que transmite el sol. Es fácil comprender la pasión de Pedro por esta máquina.

Ver su mano controlando el acelerador me hipnotiza. Tiene tanto poder sobre mí, es seguro de sí mismo y sabe cómo moverse en cada situación. Siento un hormigueo en mi zona íntima e instintivamente aprieto las piernas.

Le veo sonreír por el retrovisor. Parece haber oído mis pensamientos y percibido mi lasciva locura.

No me hagas eso, hombre de Dios, o me caeré de equilibrio sobre tu espalda.

Ese hombre es hermoso. Su sonrisa mataría a cualquiera. Le devuelvo la sonrisa.

A medida que aceleramos más y más la potencia del Steel, ganamos suficiente velocidad para que mi cuerpo se estremezca de pura adrenalina. No necesito mirar por el retrovisor para saber que está disfrutando de la sensación de mis brazos envolviéndole. Él acelera cada vez más y yo aprovecho para agarrarle con la misma intensidad.

¡Guau! Me encanta cuando acelera todo lo que hace. Decido aprovechar al máximo nuestro tiempo juntos. De vez en cuando deslizo mi mano, sin querer, hasta su miembro, que parece endurecerse por momentos. Coqueteo con él de vez en cuando, cuando consigue mirarme durante unos segundos sin apartar la atención de la carretera. Es impetuoso y se desliza por el asfalto, haciéndome sentir cada vez más la adrenalina de esta emoción.

Nos provocamos mutuamente con cada kilómetro que recorremos, cada uno con su oportunidad. Fuerzo el contacto de mi turgente intimidad que humedece mi núcleo cuando lo aprieto contra su cadera; él me recibe dispuesto a dejarse masturbar, y yo aprieto mi pecho turgente contra su pared de músculos que me encaja contra su espalda. La sensación es deliciosa. Su miembro palpita bajo mi mano. La moto acelera y frena, haciendo que mi cuerpo baile al ritmo que él marca para excitarme cada vez más: el efecto es delirante.

El viaje fue más rápido de lo que imaginaba. Mi cuerpo parece haber experimentado una simulación sexual, sin penetración ni orgasmo, pero aun así sintiéndome totalmente extasiada y satisfecha. Pedro tiene prisa por instalarnos en el pintoresco Brotas Eco Resort. Hace que la recepcionista se apresure a explicárnoslo todo rápidamente; yo me limito a observar cómo la chica se entretiene y por dentro celebro que no se dé cuenta de nada, o que pretenda que las indirectas y las bromas no surtan efecto. Y, sin embargo, quizá para romper mi cara de pocos amigos, me tira de la cintura diciendo que le ha encantado la compañía.

La chica descarada recoge nuestras inscripciones cumplimentadas y nos entrega una pulsera de acceso al complejo.

Me pongo la mía, mientras ella se prepara para ponérsela en el brazo a Pedro.

—Gracias, cariño, pero me lo cerraré. —Toma eso, rubia. No metas tus dedos en mi hombre.

Pedro contiene la risa, entiende mi mensaje y me tiende la muñeca. Le disparo con la mirada. Con las llaves en la mano, seguimos al mensajero que coge nuestro pequeño equipaje y nos ayuda a subir a nuestra habitación.

—¡Uf! Finalmente, la recepcionista nos dejó ir. Pensé que incluso querría saber el color de tu ropa interior.

—Sólo tú podrías darme esa respuesta, ya que fue la última que viste. —bromea, acercándome y rodeándome el cuello para que caminemos abrazados.

—¿Soy realmente inocente o te has hecho el tonto?

—¿Qué ocurre?

—Creía que era el único que notaba el entusiasmo de la recepcionista.

Su mirada traviesa le delata.

—¿Juras que estaba emocionada?

La noche anterior me pediste que confiara en ti, ¿verdad? Así que vamos a aclarar esto. Puedo parecer una mujer insegura, pero ¿y qué? No voy a tragar ranas por miedo a ser juzgada por mis actos, voy a dejar claro que tengo una personalidad fuerte. Si cometo un error, que me perdone. A lo largo de los años que hemos vivido juntos, he aprendido que las conversaciones triviales no nos llevan a ninguna parte. Así que, pecho en pompa, palabras y

sentimientos a flor de piel. Este fin de semana, dejemos que fluyan libremente.

—¿De verdad crees que la rubia de ojos azules no estaba entusiasmada? ¿O lo dices para que no parezca una de esas mujeres inseguras?

Me pasa el brazo por el hombro y se pone tan serio que me muerdo la lengua por ser tan impulsiva.

—Te lo digo para que entiendas de una vez por todas que, mientras descubramos el sentido de lo que hay entre nosotros, no habrá trajes llamativos, grandes culos ni pechos siliconados que distraigan mi mirada, a menos que todo venga de ti. ¿Está claro? — Sus dedos me pellizcan el hombro.

Él mina mis dudas. Es flotante ver a este encantador Pedro, con una pajita en la boca, soplando y llenando mi pompa de jabón con más y más felicidad. Sé que ya me lo he dicho hoy, pero ¿qué puedo hacer si es exactamente, así como me siento? Una pequeña pompa de jabón con una superficie frágil, pero lo suficientemente firme como para poder volar junto a él. Él me hace flotar. Parece que me encuentro con las nubes. Y sus ojos brillan como los de un niño, complacido con la pequeña burbuja que sube, sube...

Pedro está más jovial, parece más ligero, se ha librado de la gigantesca carga que llevaba a la espalda hasta el otro día. Ahora entiendo cuando dice que el camino es una gran terapia. No rompe la hermosa sonrisa de su cara, mira a su alrededor encantado, aunque yo estoy un poco celosa.

El camino hasta la habitación es encantador y arbolado. Las habitaciones son chalés distribuidos entre la vegetación por todo el

complejo. La arquitectura es sencilla y acogedora al mismo tiempo.

Al procesar la inmensidad del lugar, cambia hábilmente el curso de la historia.

—¿Truco o trato primero?

—El café reforzado que me hiciste tomar en el motel -digo en voz baja, sabiendo que tenemos compañía—me dará energía para saltarme todas las demás comidas.

—¿Tirolesa o *rafting*?

—¿Qué te parece si optamos por el menos peligroso?

—A veces incluso respirar puede ser peligroso. Vamos, Bya, sé valiente, no dejaré que te pase nada malo. ¿Dónde ha ido a parar esa niña que escalaba losas?

—Terminó en tu regazo la última vez que fue inconsecuente —confieso en voz alta. —Y tú, ¿eh? Reprimiste mucho mis travesuras y a ti también te encanta vivir peligrosamente, ¿verdad, Pedro?

—Es una buena teoría. —Sonríe y me mira juguetonamente. —En realidad, creo que sí. Me gusta vivir peligrosamente. Conozco a una mujer que ya me ha envenenado, que casi me ha hecho perder a la mitad de mis clientas, que es una bomba de relojería a punto de estallar en cualquier momento, y sin embargo estoy con ella, que se mete con mi cuerpo como ninguna otra mujer ha sido capaz de hacerlo.

Me río. No me lo esperaba. Frente a la puerta con nuestro número de habitación, hasta el mensajero sonríe.

—Tienes razón. Y tú respuesta acaba de activar esta bomba de relojería que estaba desactivada.

Sonriendo, entramos en la cómoda habitación, cuya decoración de luna de miel incluye una enorme cama en el centro. En cuanto se va el mensajero, Pedro me agarra por detrás y me llena de besos. Establezco un nuevo récord de tiempo para ponerme ropa cómoda y disfrutar del día a su lado.

Desinhibida, me quito los ajustados vaqueros, montando un pequeño espectáculo de espaldas a él, mostrando que ya llevo puesta mi nueva ropa interior, que, por cierto, queda oculta entre mis nalgas, dejando a la vista únicamente un triángulo negro a la altura de mi coxis.

Sin mirar atrás, siento que se acerca. Sus manos se deslizan por la curva de mis nalgas, como en una misión de reconocimiento.

—Eres una distracción, ¿lo sabías?

—¡Cuidado! En un campo de minas, cualquier paso en falso puede hacerte saltar por los aires. —Juego con doble sentido.

—¿Y yo no lo sé? Basta estar cerca de ti para que mis hormonas exploten, provocando verdaderas erupciones en mí.

Me pongo en cuclillas para quitarme los pantalones por los pies y agacho un poco más las caderas para tocarle la entrepierna. Miro hacia atrás y me doy cuenta de que está guapísimo, como un niño grande, con una camiseta deportiva blanca y unos pantalones cortos negros de táctil estilo surfeo, con una gorra de colores. Arreglándose el ala, se muerde el labio; me subo los pantalones por el talón y me froto contra él.

—¿Listo para una aventura en el aire o en el agua? —Me pone la otra mano en la parte baja de la espalda.

—Casi a punto. —Me burlo de él, esperando que también explote el inminente orgasmo atrapado en mi vientre durante todo el camino. —Me gusta esa gorra. Por cierto, a ti también te queda bien el casco. Pero pareces más joven, más varonil. Creo que me gustan los chicos grandes.

Me estiro, dispuesta a coger los leggins de la cama.

—¿Tendré que cambiar de look para siempre? —Me sujeta del brazo, impidiendo que recoja la prenda, de modo que estoy a su lado, prácticamente desnuda de cintura para abajo.

—No creo que sea necesario. Me encantan tus mil facetas.

—¿Cómo puedes decir eso, cuando aún no has probado este lado de mí?

—Ni siquiera lo necesito. Mi cuerpo ya tiene una ligera sensación de ello.

—Ah, Beatriz... —Me amenaza con la mirada. —No me hagas mostrarte cómo quiero que cada faceta mía marque tu cuerpo.

¡Jesucristo! ¿Cómo se le ocurre a este hombre ocupar más espacio en mi cuerpo, que ya está lleno de él? Todos los días me despierto ya amándole, igual que el día anterior cuando me dormí. Y si ese amor ya existía incluso cuando sólo veía su belleza exterior, después de que él se permitió entregarse a mí en su momento de arrebato, se hizo aún más fuerte.

Mi corazón no eligió, simplemente sucedió sin avisar, y lo que me llena de esperanza es que sus ojos me dicen que me quiere, igual que yo a él.

—No lo desees, mi amor, márcame.

—Me haces insaciable. Nunca tendré suficiente de ti. —Prácticamente empujando con el pecho, mis piernas se separan y me siento en la cama.

—¿No teníamos prisa?

—Sí, lo fuimos, en el pasado", dice quitándose la gorra. —Tú eres mi tardón caliente.

Pedro Salvatore

Por supuesto, debería haber sabido que nada saldría según lo previsto. Tenía en mente llevarla a practicar algún deporte de aventura más tarde por la mañana, pero ella fue más convincente y me hizo cambiar la actividad por algo más lascivo, para disfrutar de cada curva de su cuerpo. Su efecto en mí es tan intenso como un entrenamiento de alto impacto. El brillo de sus ojos me hace sentir perdido y vivo al mismo tiempo, deseando profanar su sagrado cuerpo a mis más sórdidos deseos.

Todavía me asusta un poco que me haya sorprendido en un momento de extrema vulnerabilidad, e intento disimularlo y controlarme. Juro que no esperaba recibir de ella una acogida tan calurosa. En el fondo, estaba tan seguro de que yo era el hombre equivocado para ella que todo resultó más fácil de lo que imaginaba.

Me demostró que puedo tener la fuerza necesaria para levantarme con mayor gloria y superar todo lo que se me ponga por delante. Una parte de mí esperaba un revés, un gran cuestionamiento. Pero ella ha sido paciente; no me ha preguntado nada. Me ha dejado libertad para decir cualquier cosa. Como en terapia, donde el terapeuta tiene todo el tiempo del mundo para escucharte en el momento adecuado.

Hace años que dejé de fumar, pero te juro que hoy me encantaría tener nicotina entre los dedos para intentar tranquilizarme y poder decirle quién y qué soy.

En la calle principal hay decenas de agencias de ecoturismo. Pero como ya conozco la ciudad, me dirijo directamente a Ecoico.

Mientras escuchamos el programa de todos los deportes que se ofrecen en la ciudad, veo que a Bya se le iluminan los ojos con el posible subidón de adrenalina que cada uno de ellos podría provocarle. Llena al asistente de preguntas sobre seguridad.

—¿Qué quieres hacer primero?

—Como hace mucho calor, creo que el rafting será refrescante.

—Eso es exactamente lo que yo pensaba. —Le guiño un ojo, contento con su decisión. —Te encantará el paseo por el río. Así que somos dos adictos a la adrenalina, ¿no? —me burlo de ella, dándole un ligero codazo en las caderas.

—Creo que sí.

Decidimos lo que íbamos a practicar por la tarde y nos dieron una botella de aceite de citronela para usar como repelente.

Mientras estoy liquidando el pago, veo que un joven se acerca a Bya que, muy amable, le tiende la mano y le saluda.

Mi sexto sentido me alerta. Para ser un simple saludo, el desgraciado tarda demasiado en cogerle la mano.

Sus ojos se cruzan con los míos y parece decirle al chico que está acompañada. El peso de mi conciencia parece descender y patearme la boca del estómago cuando imagino cómo debió de presentarme al desdichado.

¿Como un novio? ¿Un amigo? ¿O su tutor?

Me acerco, midiendo al ciudadano.

—¡Pedro! Este es Bruno, el instructor. Fue campeón del mundo de rafting la temporada pasada y nos acompañará.

¡Y estos son mis dedos! Cierro la mano en un puño, sin querer darle la mano. Es amigo del Ratoncito Pérez.

Torpemente, me saluda con la mano y se dirige en dirección a otro grupo.

—Calificado, el muchacho. —Me burlo en cuanto nos deja. —Creo que disfrutó hablándote de sus trofeos.

—Ah, sí, me lo contó", dice inocentemente.

—Los tipos así suelen querer ganar trofeos con sus trofeos.

—¿Crees que soy un trofeo? —Me mira fijamente y da un paso adelante. —No contesto. —Me rodea el cuello con los brazos. —Puede que sea tu trofeo. Pero sólo soy un premio de consolación para cualquier otro hombre.

Me olvido de dónde estamos y la arrincono en una esquina, besándola para demostrarle que, trofeo o premio de consolación, es mía. No soy exhibicionista, detesto montar un espectáculo en público, pero con ella a mi lado insistiendo siempre en lo que siente por mí, me cuesta controlarme.

Un viejo autobús nos lleva fuera de la ciudad hasta la zona de rafting. Está preciosa con su chaleco salvavidas y su casco, equipo de seguridad proporcionado por la agencia. Yo me quité el mío nada más subir al autobús, pero ella estaba tan enfrascada en ser simpática con los demás balseros que ni siquiera se dio cuenta de que la habían equipado.

—¿Te has acostumbrado tanto a llevar casco que ni siquiera te lo quitas en el autobús?

Se lleva la mano a la cabeza, riendo conmigo.

—Vaya, no me había dado cuenta. —Se desabrocha el casco y se revuelve el pelo, echándoselo a un lado. Mi instinto neandertal es tirar de ella entre los dedos y traérmela. —¿Has estado aquí a menudo?

—Un par de veces con los chicos de la moto club.

—Estos viajes tuyos parecen tan solitarios...

Me encojo de hombros.

—No. Los chicos están animados.

—Sí, lo son. Me encantaba viajar con ellos.

La vegetación abierta indica que hemos llegado al punto de partida. Los instructores sacan los botes del autobús.

Es entusiasta y simpática con todo el mundo, incluso reta a dos niños pequeños a una apuesta sobre quién tendrá más miedo que ellos, e incluso le dice a un señor de unos setenta años que es demasiado atrevido para su edad. Admiro su ingenio y su forma de sonreír alegre y despreocupada.

En cuanto se forman los equipos con seis participantes en cada embarcación, todo el mundo sabe ya su nombre. Los instructores explican todo el recorrido y cómo utilizar los remos.

Bruno se muestra demasiado atento con ella, y yo le fulmino con la mirada, dejándole claro que voy a remar por otros ríos, porque ese es el mío.

Piden a cada equipo que invente un grito de guerra. Cuando llegó nuestro turno, aún indecisos, decidió que todo el mundo gritara.

—Adrenalina, ¡allá vamos!

Un hombre puede acostumbrarse a una mujer como ella. Quién iba a pensar que la mocosa mimada se convertiría en la mujer brillante y compresiva que está demostrando ser cada día. Un poco insegura, pero encantadora. Ese último pensamiento me hace reír. Creo que yo he sido más inseguro que ella.

En la cola de barcos, esperando nuestro turno, le ajusto el chaleco y sonríe.

—¿Qué ocurre?

Mirándome las manos, me sorprende con una pregunta.

—¿Desde cuándo tienes TOC?

¿Por qué quiere hablar de ello justo cuando estamos a punto de irnos de aventura?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque me doy cuenta de que me has abrochado el chaleco al menos diez veces en cinco minutos. —Pone su mano sobre la mía y se la lleva a los labios, besándola cariñosamente. —No tienes que hablar de ello si no quieres.

Es tan instintivo que a veces ni siquiera me doy cuenta de mis rituales y manías. Me mira sin pretensiones. No parece esperar ningún gran drama. Cualquier sentido común o preocupación por el tema o el entorno en el que nos encontramos desaparece cuando

sus ojos me dan toda la confianza que naturalmente necesito. Intento dejar a un lado la vergüenza de hablar de ello.

—Era muy joven cuando tuve mis primeras manías", digo en voz alta.

La delicada presión de sus manos sobre las mías me hace sentir bien al revelarle un poco de mí mismo. Nuestras miradas se cruzan y cada uno asimila la información a su manera. Yo, porque es la primera vez que le cuento esto sin tumbarme en un sofá, y ella, porque lo recibe en un tono no profesional.

—Es curioso, pero nunca he notado nada que te relacione con el TOC.

—¿Y qué sabes tú del TOC?

Le devuelvo la pregunta, para acostumbrarme a la idea de hablar de ello con ella y saber hasta qué punto puedo seguir exponiéndome.

—No mucho. Pero estoy segura de que me lo explicarás todo sobre el, ¿verdad? —Me guiña un ojo.

—No sé si puedo explicarlo.

—Puede que tarde un poco. Tendré que esforzarme más para persuadirle.

Una hermosa sonrisa ilumina su rostro. Estoy seguro de que no me costará mucho esfuerzo, ya que hablar de ello con ella me alivia un poco el corazón. Sonrío ante su espontánea forma de afrontar la situación y sólo me doy cuenta de que estoy soltando el aire atrapado en mi pecho cuando la cola se mueve y ella se gira para ver cómo los botes entran en el agua.

—¡Nuestro turno se acerca!

Aún tenemos que esperar a dos equipos más. Apoyando mis brazos en sus hombros, mis manos conectan con las suyas. *Mi alumna*, suspiro para mis adentros. Tan pequeña en tamaño y tan grande en virtudes. Tengo ante mí una cajita de sorpresas.

—¿Quién fue la primera persona con la que habló de sus sentimientos? —La pregunta es tan natural que no me siento coaccionado y respondo en el mismo tono.

—No vengo de una familia muy tradicional. Estábamos solos mi madre y yo, así que se dio cuenta de mis rarezas cuando aún era un niño.

—Me gusta escucharte hablar de ella, ¿sabes? Tu voz es más ligera y transmite admiración.

—A mí también me gusta hablar de ella. Era una guerrera.

—Pero nunca dices mucho.

—Creo que es porque pasamos la mayor parte del tiempo juntos burlándonos el uno del otro en lugar de llegar a conocernos.

Jugando con mis dedos, siento que quiere saber más sobre mi vida.

—¿Y cómo era la escuela?

Me tiemblan todos los músculos de la cara y cierro los ojos momentáneamente para ver si puedo hablar de ello. Acerco mis dedos a los suyos, pareciendo crear un vínculo entre nosotras, y sólo entonces me doy cuenta de que estoy haciendo un breve resumen, omitiendo un poco sobre la persecución que sufrí de niño, una época en la que aún no sabía disimular mis rituales, para no dejarla

demasiado tocada. Me salto mi adolescencia, cuando más sufrí, y paso directamente a mis estudios universitarios. Aclaro que mis amigos no sabían nada, y así lo prefiero hasta el día de hoy.

—¿Ni siquiera has hablado de ello con Marco, tu mejor amigo? —Su voz es de asombro.

De hecho, sólo hablé con Bruna, que es una amiga que acabó derivándome a su prima como terapeuta.

—No es un tema del que me sienta cómodo hablando con nadie. Es mi mejor amigo, y un buen amigo debe compartir sólo aquello con lo que se siente cómodo.

No necesito mirarla para saber que debe de estar poniendo los ojos en blanco de un modo acogedor. Me aprieta las manos, como angustiada, y me acerca.

Estoy a punto de girarla hacia mí, para mirarla a los ojos y ver qué piensa de mi pequeño resumen, cuando la cola avanza un poco más.

—Ahora nos toca a nosotros. —Vibrante, vuelve a aplaudir.

El guía nos indica que subamos al bote y yo me lanzo automáticamente. Por desgracia para mí, nuestro instructor es el campeón.

—Me siento la mujer más feliz del mundo por estar aquí contigo.

Me doy cuenta del doble sentido de lo que acaba de decir.

—Repítelo cuando crucemos la línea de meta. —bromeo, tendiéndole la mano para ayudarla a sentarse a mi lado y besándole el pelo.

—¡Eh, pareja, necesitaréis vuestros remos!

El instructor nos da los remos y ella golpea el suyo contra el mío.

—Juntos formaremos un equipo excelente.

—Sí, lo estaremos, —respondo feliz, reflexionando sobre lo que acabo de decirle.

Sonrío de forma desenfadada. Mi corazón siempre anhela más cuando estoy a tu lado. Tu pureza parece borrar el sabor amargo de todos mis dramas.

Capítulo 30

Beatriz Eva

Muchas veces lo he tocado, esperando sentirlo de verdad. Pero nunca lo he sentido tan cerca como hoy sin siquiera tocarlo.

Es irónico que recuerde todas sus sonrisas, sin saber lo que había detrás de ellas.

El ambiente relajado y poco convencional nos transmite sensaciones intensas, las sonrisas son más amplias, más alegres y más libres. El paisaje es precioso, el verde que bordea el río de aguas turbias parece el paraíso. Pero algo dentro de mí no parece encajar con este paisaje. Es extraño decirlo.

Me involucro en el ambiente amistoso del deporte para intentar librarme de esta angustia que me oprime el pecho sin que entienda por qué.

—¡Adrenalina! —grito mientras descendemos por la primera cascada. Todos se emocionan y se unen a mí en la euforia.

Riéndose de mi valentía al levantar excitada la pala en mi mano, Pedro me mira divertido.

—Podría quedarme aquí el resto de mi vida mirándote, tan líder y tan hermosa.

—Creo que me gusta la idea de querer ser tu líder? —Me burlo.

—Si es para ver esta hermosa sonrisa y toda esta euforia, fingiré que te dejo ser mi líder.

—Fingir no funciona, quiero hacerlo. —Lo haré.

—Sólo piensa en querer, pequeña, si puedes darme todo de ti.

—Creo que he encontrado mi deporte favorito, porque aquí puedo sentirme un poco su líder.

—¡Perfecto! —He oído que deletreas cada sílaba con un guiño. —También creo que te iría bien el rafting.

—¿Me estás cantando, Pedro?

—Siempre.

Tus ojos mirándome a la boca me hacen sentir un calor intenso y unas ganas locas de lanzarme a tu regazo.

—¿Vas a quedarte ahí sentado, sin remar, sólo mirándome?

—Mandona, ¿verdad? Esa era básicamente la idea original, pero voy a unirme a vosotros. Si no, no llegaremos a la recta final.

—¡Qué gilipollas! —Con la ayuda de la pala, le echo agua.

En cada cascada me mira y, como un guardián, comprueba que estoy a salvo. Consigue disipar cualquier posibilidad de miedo que pueda sentir, haciendo que todo sea muy agradable.

Durante todo el viaje, el hombre que veo a mi lado es diferente, jovial y despreocupado por los problemas del mundo. Sonríe levemente, me abraza y me besa sin importarle si hay alguien más en el barco con nosotros, y me dan ganas de gritarle al mundo que soy suya.

En mi prisa por amar a este hermoso hombre a mi lado, olvidé prestar atención a la dirección que debía tomar, dejé de darme cuenta de lo mucho que él también me necesita.

En una zona tranquila del río, el guía detiene el bote.

—Chicos, tomemos un descanso. Aquí pueden sumergirse. Tienen unos minutos para reanudar nuestra aventura.

Todo el mundo se levanta rápidamente para nadar. Por primera vez desde que me desperté desmemoriada aquella mañana, siento una fobia que nunca imaginé que sentiría: se me paralizan las piernas, se me seca la boca, se me congelan las manos. El agua turbia y fangosa me forma un nudo en la garganta. Me vienen a la mente algunos flashes indescifrables; no consigo descifrarlos.

—¿Vamos? —Me mira interrogante, observando mi reacción.

—Vete tú. Me gusta tener los pies en el suelo, —digo con dificultad. Al menos mi lengua no parece sentir la incomodidad.

—Está demasiado caliente: el agua debería estar bien.

Sigo temblando e incapaz de comprender la reacción de mi cuerpo. Pedro me toca la mano fría.

—¿Te encuentras bien?

—Hola. —Intento tranquilizarle. —Prefiero quedarme aquí y ver nadar a mis peces.

—No hay tiburones en agua dulce. —Toca.

—No un tiburón, sino una marsopa seductora, eso seguro.

—No estoy seguro de lo seductora que es esta marsopa. Creo que tiene que usar más su poder de persuasión, ya que rechazas mi invitación a darte un chapuzón.

Mi amor, no es tu invitación lo que estoy rechazando. De hecho, estoy siendo víctima de un miedo que no sabía que existía.

—No me mires como si fuera Smudge.

Se ríe y echa la cabeza hacia atrás.

—Te pareces más a un gatito con miedo al agua que a Smudge.

—Chicos, si vais a bucear, no tenéis mucho tiempo", dice el guía, dándose cuenta de nuestro callejón sin salida. —Pedro, yo me quedo en el bote. Beatriz estará a salvo.

—No, saltemos. —Decidido, me coge de la mano y siento que mis ojos se abren de par en par.

—¿Por qué no te vas?

—Porque prefiero estar contigo.

Su respuesta no me convence, mientras mira fijamente al guía. Frunzo los labios y esbozo una sonrisa secreta mientras los veo empuñar sendos sables láser. ¿Qué es eso? Vale, el guía me explica todo sobre la aventura, siempre menciona mi nombre, también es cierto que ha sido muy amable, pero no querer dar el paso por miedo a dejarnos solos es demasiado.

—El agua debe de estar perfecta", me dice el guía, que sigue mirando a Pedro sin romper el contacto visual. —Aquí no hay mucha profundidad, Beatriz, y tú llevas chaleco.

—Me lo imagino. —Pedro sólo responde por los dos.

El miedo repentino que me invadió hace un momento dio paso al pavor al verle tan posesivo. Sus ojos parecen querer tragarse al pobre. Para evitar cualquier incomodidad en los próximos

kilómetros, cedo al desafío, aunque mi corazón se acelera. Si hay un monstruo en el fondo del río que me impide querer tirarme, seré valiente y me enfrentaré a él.

—Me has convencido.

—¿Nosotros?

—Sí. Tú y tu seductora forma de convencerme.

—No tienes que sumergirte si no te apetece.

—He cambiado de opinión.

Algo me dice que para que las cosas funcionen, tenemos que estar sintonizados en la misma frecuencia. Y en esta radionovela, realmente quiero un final feliz.

Pedro me recoge sin esperar.

—¿Qué vas a hacer?

—Saltemos juntos antes de que cambie de opinión.

—¡Pedro! —grito al aire, atrapada en sus brazos, encontrándome con el agua helada. A los hombres les gusta que participes en sus aventuras, les vuelve locos.

Sumergida, no me deja ir.

—¿Estás loco?

—Eres tú quien me hace ser así.

El agua está realmente deliciosa. No tuve tiempo de sentirme ansiosa o tensa. Actuó tan rápido que ni siquiera pude pensar en nada. Agradezco estar disfrutando de este momento con él, abrazada a él.

—Definitivamente le has caído bien al guía.

—Creo que estás viendo cosas donde no existen.

—¡Que así sea! Nunca os dejaría sola en el barco.

Me besa con fuerza. Mis piernas rodean su cintura y la corriente junta nuestros cuerpos. Pedro no es suave, me aprieta con fuerza, como si fuera preciosa, y hace que mi corazón lata con fuerza. Insistente, intento soltarme para recuperar el aliento.

—¿Adónde crees que vas?

—Saca el aire que estás succionando de mi cuerpo.

—Si te falta el aire, aquí lo tienes. —Su boca vuelve a pegarse a la mía, acompañada de un suspiro, y su lengua me invade burlonamente.

—Así no se hace la respiración boca a boca.

—Pero así es exactamente como me excita una boca suave como la suya. —Su mano se desliza por mi pierna, que envuelve a su alrededor, llevando sus largos dedos a mis nalgas, que enseguida me palpan, dándome ganas de frotarme contra él, cosa que los chalecos salvavidas que llevamos no permiten. —¿Buscas algo, gatita acuática? —me ronronea en los labios.

—¡Siempre! —respondo con valentía.

—Creo que tengo algo que podría ayudarte.

—Éh?

Sonríe de lado y recorre con su dedo descarado la tela que cubre mis partes íntimas.

—No estamos solos. —Intento recordárselo.

—En primer lugar, el agua está turbia. —Sus dedos impetuosos me pellizcan la carne hinchada y me muerdo el labio para no gemir. —Y si el tipo entrometido está mirando donde no debe. Es su problema si ve tu expresión de satisfacción.

—¿Intentas castigarle a él o a mí?

—A él. Sólo quiero dejar claro que no debe mirar a las esposas de los demás. Sólo quiero mostrarle el placer que es estar conmigo.

Su dedo presiona mi abertura.

—¿Tenía que llevar pantalones? —Me chupa el labio inferior lentamente hasta que se agrieta, sin aliviarse.

—¿Tenías que mantenerme ignorante de tu intención de subir al río?

—Bya, ¡mira mi boca! —Su dedo empuja más adentro, provocando un dolor placentero en mi vientre. Mi cabeza cae hacia atrás, rendida. —Te gusta ser el centro de atención, ¿verdad, Beatriz?

Niego con la cabeza. Ya es bastante difícil controlar mis jadeos, por no hablar de responderle algo mientras sus dedos ocupan hábilmente mi intimidad.

Con una entonación erótica, dice cosas que me producen escalofríos. El deseo marca las líneas de mi cara. —Su gesto negativo no anula su preferencia por ser exhibicionista.

—Digamos que no me importa lo que piensen los demás cuando me divierto a corto plazo.

—¿Soy ahora una distracción a corto plazo?

Su mirada amenazadora y uno de sus brazos no me dan ninguna oportunidad de echarme atrás.

—En absoluto. El corto plazo es sólo el pequeño espectáculo que estamos dando a todos.

Mi cuerpo responde con facilidad, pero en mi mente suenan sirenas: algo me preocupa. Al principio pensé que era la forma en que nos exponemos delante de otras personas, pero en el fondo sé que no es eso. Todavía jadeante, respiro hondo.

—Voy a bucear, o nos arrestarán por exhibicionismo.

Se hunde en el agua, sonriendo. Me quedo sola, flotando, y siento una súbita desesperación al darme cuenta de que me arrastra la corriente. El aire parece faltar en mis pulmones, mientras los calambres en cada parte de mi cuerpo refuerzan el miedo que me invade.

Intento nadar hasta la orilla y agarrarme a la rama de un árbol con la esperanza de salvarme. Todo sucede en segundos, el tiempo que dura su zambullida, pero que a mí me parece una eternidad.

—¡Bya! —grita buscándome.

—Por aquí. —respondo con voz ronca y débil.

Lucha contra la corriente, viene a mi encuentro.

Es tan bueno estar en tus brazos. El pánico me hace temblar. No puedo evitarlo, y una lágrima corre por mi mejilla, goteando en medio de nuestras bocas unidas.

Interrumpe el beso.

—¿Estás llorando? ¿Qué ha pasado?

No puedo responder mientras un río de lágrimas se une al agua que corre por mi cara y mi pelo.

—Perdona si te he asustado, alumna mía. —Me abraza más fuerte, y yo apoyo la cara en su hombro, sin entender por qué no puedo contener las lágrimas, y suelto un pequeño sollozo. —Perdóname.

No tengo nada que perdonarle. No hace nada, y sus ojos arrepentidos me rompen el corazón.

—No es culpa tuya. Creo que me asusté por nada.

El barco nos alcanza.

—¿Va todo bien? —pregunta el guía.

—Ayúdame a meterla en el bote.

Su instinto protector me tiene en alerta. No, mil veces no. Definitivamente, no quiero que me cuide como si fuera una alumna desprotegida, justo cuando me he ganado ser algo más que su responsabilidad. Así que saco de mi baúl ordinario una solución inmediata.

—Estoy bien. Fue sólo un calambre en el tobillo.

Me mira con seriedad. Sé que no puede tragarse la respuesta, pero la acepta para evitar la vergüenza general.

Mi querido Pedro, puedes olvidarlo. No voy a hablar de mis fantasmas. Al menos no todavía. Sigue siendo mi lobo feroz, porque la historia de cuidar a la nieta es cosa del pasado.

Pedro Salvatore

¡Burro! Eso es lo que soy.

Debería haber recordado el accidente de Bya con sus padres. ¿Se acordaba de algo? Por lo que sé, el coche volcó varias veces en un barranco antes de caer parcialmente al río Tietê. No sé si de ahí viene su aversión al agua, pero eso es menos importante ahora. Necesito consolarla.

Sé muy bien que miente sobre el calambre. Demuestra sus dotes de actriz fingiendo que le duele el tobillo. Actúa para todo el mundo en el barco, que la trata con cariño. El hombre del proyecto incluso intenta verle el tobillo y, por supuesto, le doy un corte.

Si alguien de nuestro grupo se muestra aprensivo después de lo ocurrido, ella cambia espontáneamente el estado de ánimo y anima a todos a disfrutar de la emoción de cada cascada.

Mientras la naturaleza nos da sensaciones fuertes, ella me da admiración. Firme y fuerte, vuelve a ser la chica sonriente. Por supuesto, ya no es esa sonrisa de oreja a oreja, pero puedo oír la picardía de sus pensamientos en acción.

—¡Vaya! ¿Qué pasa con la montaña rusa? Estas caídas son más desafiantes que bajar por esas pistas.

Sin duda, la emoción de un deporte practicado en la naturaleza es diferente de la que se experimenta en los parques urbanos de alta tecnología. Aquí, cada kilómetro que recorres es una sorpresa, debido a los cambios que presenta el trazado de forma natural.

—Me gustan las montañas rusas", dice el niño que se convirtió en su mejor amigo durante la expedición.

—¿Y quién dice que a mí no me gusta también? De hecho, me encanta.

—¿De verdad?

—Lo juro, pero creo que ahora prefiero el rafting.

—Aún no lo he decidido.

—Decide después de bajar por esa caída. —Señala al niño y hace una mueca de terror.

Entre besos y bromas, la observo atentamente durante el resto del paseo. En el fondo de mi mente, me preocupa haberle hablado un poco de mí y haber desencadenado alguna emoción almacenada en su memoria.

Después de un día lleno de revelaciones y emociones, la miro dormida en la cama, con el pelo aún húmedo sobre la almohada después de haber hecho el amor. ¿He dicho amor? Sí, lo he dicho. La pupila me arrebata.

Apareció en mi vida como una obligación, una enorme responsabilidad. Y, en su amplitud, echó a un lado toda mi razón y ahora sólo deja que la emoción hable por mí.

Sonrío, recordando lo perspicaz que es: se dio cuenta de que iba a hablarle de lo ocurrido en el río y se adelantó antes de que pudiera hacerle ninguna pregunta.

Perdido en mis dudas sobre cómo empezar el tema, la observo limpiarse cada parte del cuerpo. No disimula lo consciente que es de la dirección de mis ojos.

—Bya, lo que ha pasado hoy... —No me deja terminar y completa el diálogo por mí.

—He recordado que te gusta mirarme.

¡Qué cambio de tema tan drástico!

—No recuerdo haberlo mencionado.

—No lo hiciste. Lo descubrí ese día cuando me estaba aplicando crema hidratante y te sorprendí mirándome.

—No lo recuerdo —miento; como ella prefiere jugar a hablar, me uno. Si mi intención era puramente investigadora, la atmósfera erótica que ella crea lleva el tema a otra parte.

—¿No? —Sonriendo, me empuja. —¿Estás segura? No ha pasado tanto tiempo, pero te refrescaré la memoria.

A su lado hay un bote de crema con el que simula los movimientos que hizo aquel día. Mis testículos se estremecen al recordarlo.

—Sabes, Pedro, me preocupa tu memoria.

—Me preocupo por ti.

Desliza las manos por sus piernas y se detiene en sus caderas. Cierro los dedos mientras mis ojos siguen la curva de sus nalgas, esa forma redondeada que tanto me excita. Todo en ella es caliente y erótico.

—No sé si te acuerdas de algo, pero tu socio dice que le gusta lo que ve.

—En mi vago recuerdo, te comportaste mejor ese día.

—¿Insinúas que me he vuelto desvergonzada, Pedro? —Totalmente desvergonzada, de hecho, desvergonzada, se masajea sus redondos pechos.

—Sabes que, si hubiera puesto esas caras y esas bocas aquel día, habría enviado mi sentido de la responsabilidad al espacio. —Amenazador como un animal salvaje, camino hacia ella. La afirmación no es del todo cierta. Habría atacado a los inocentes o al nuevo Bya de todos modos, pero hoy ya no soy el adoctrinador de mis deseos.

—No puedo creer que me haya olvidado de mi actuación en la cara y en la boca ese día.

—Te veías muy bien.

—¿Así que me deseaste ese día?

—Mucho. —confesé, estrechándola entre mis brazos y mirándola fijamente. —Sabes que tenemos que hablar, ¿verdad?

—¡Pedro!

—¿Hola?

—¿Me harás el amor?

¿Qué argumento podía tener ante una petición que era exactamente lo que quería en ese momento?

Agitada mientras duerme, con algunos espasmos, intento identificar si es un reflejo del ajetreado día o si está teniendo una pesadilla.

No puedo contener mi espíritu protector y la abrazo para tranquilizarla. Acabo durmiéndome con ella.

Capítulo 31

Beatriz Eva

La mezcla del olor del campo y el perfume del hombre que amo me despierta de un sueño pesado e indescifrable. Me siento diferente de cuando me dormí. Mi mente está más ligera, pero siento un peso en el cuerpo.

No puedo estirarme. Tardo unos minutos en abrir los ojos y darme cuenta de por qué estoy inmovilizado. Pedro tiene su cara alineada entre mi hombro y mi cabeza, su pierna está sobre la mía y su torso sobre mi brazo y mi pecho. Estoy feliz de estar en su pesada comodidad.

Intento comprender cómo nuestro día de felicidad se convirtió en un interminable día de angustia. Pienso, analizo y no sale nada. Incluso intento meditar, pero ni siquiera el maestro Goenka podía concentrarse con todo ese peso sobre el cuerpo.

Arrastro un poco el cuerpo hacia un lado con la esperanza de aliviar el hormigueo que empieza a aparecer, pero una masa muscular obstruye mi avance.

—¿Pensabas ir a algún sitio?

—Eres pesado, ¿lo sabías?

—Un bonito día para ti también. Es muy reconfortante despertarse con una declaración tan cálida como esta, insinuando que estoy gordo.

Tirando de mi cuerpo sobre el suyo, me clava los dedos en las costillas, haciéndome reír histéricamente. Y la sensación de hormigueo que había estado sintiendo en el lado izquierdo de mi cuerpo desciende y se concentra en mi vértice.

Mi corazón se acelera y ahoga cualquier carcajada que intento soltar, así como los jadeos que asoman cuando de repente me mira de frente.

—Tus buenos días no son mejores que los míos.

De repente, me hace rodar sobre la cama.

—Así que tengo que hacer las paces.

Y lo hace con estilo, dándome unos deliciosos y sencillamente orgásmicos buenos días orales.

—Este sería un buen despertador para todas las mañanas", digo perezosamente, mirando su mano extendida.

—Vamos, desvergonzada. Este despertador puede formar parte de tu agenda diaria, si te lo mereces.

Me levanto rápidamente de la cama.

—Si es una promesa, seré la más dedicada y educada... —que soy para él.

—Novia, —añade.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo?

—Como tu tutor, le partiría la cara a cualquier cabrón que te despertara con una buena lamida y te llamara amigo con derecho a roce.

—¡Eres tan romántico! —Salto sobre él sin esperar.

—Y tú tan deliciosamente caliente y húmeda...

Creo que me pongo roja cuando siento mi intimidad pegada a su espalda.

—Voy a decirle a mi tutor que de verdad tienes que ser mi novio, porque no le gustaría saber que sólo me dices palabrotas y que sólo piensas en follar.

Abre la ducha y empuja mi cuerpo bajo el chorro frío.

—¡Ay! Esta agua está helada.

—Eso es para que aprendas a no decir palabrotas tampoco.

Para variar, la ducha se calienta y nuestros cuerpos acaban en la cama, mojados y saciados.

—¿Tienes hambre?

—Hambrienta. —Llevo mi mano a su miembro, tocando.

—¡Qué apetito!

—Nunca me cansaré de ti, pero tienes razón: tenemos que recuperar la energía.

Doy gracias a Dios de que no mencione lo que pasó ayer y el fantasma del antiguo tutor se aleja, dando paso al nuevo, cálido y de buen humor.

Caminamos hasta el restaurante del complejo, que, por cierto, sirve uno de los mejores cafés que he tomado nunca. Admiramos la belleza del lugar; la bruma del valle se disipa a medida que calienta el sol.

Rompiendo la calma, retoma el tema de lo que nos pasó en el río. Al mismo tiempo, sin embargo, sigue girando el picaporte

varias veces antes de abrir la puerta. Aprovecho este ritual y desvío el foco de la conversación, preguntándole si esto es un reflejo de su TOC.

Hay que reconocer que no quiero hablar de lo que pasó. Algo muy dentro de mí me impide abordar el tema y, como todavía no sé por qué, prefiero que las cosas sigan como están.

—No es un ritual diario, sino un acto que mis pensamientos me han obligado a hacer. Es más fuerte que yo.

—¿Te molesta?

—¡Siempre!

Ante esta breve respuesta, decido preguntarle cómo lleva todo esto, si ha tenido algún tipo de tratamiento. Me dice que sí, e incluso se ríe de mí, porque durante su último tratamiento saqué conclusiones precipitadas como el inspector Clouseau cuando creía estar haciendo de Sherlock Holmes.

Creo que en esta relación tenemos que cuidarnos un poco el uno al otro. Demasiados fantasmas juntos pueden provocar un vendaval de fantasmas.

—¿Pedro?

Me mira, todavía riendo. ¿Cómo puede decirme todo esto con tan buen humor mientras yo me siento el peor de los seres? Acercándose a mí, ve el pesar en mis ojos.

—¿Me disculpas?

—Sólo si me besas, para compensar el tiempo que perdimos separados por tu terquedad.

—Si pudiera retroceder en el tiempo...

Su lado depredador no tarda en actuar. Sus manos van a mi pelo, tirando de esa forma que me separa, dejando mis piernas inertes.

—Si tuviéramos el poder de retroceder en el tiempo, nunca aprenderíamos a avanzar e intentaríamos no volver a cometer errores.

Sus labios toman los míos, silenciándome aún más. Me da una lección cada día. ¿Cómo puedo no amar a este hombre?

—Llegamos tarde a la tirolina. —Me mira fijamente, sin aliento y divertido.

—¿Juras que quieres ir?

—¿No dirás que te has levantado con miedo a los cables, o que algo que pasó ayer te quitó las ganas de ir?

—¿Miedo a los cables? —Finjo no haber prestado atención a la segunda parte de tu pregunta. —¿Has olvidado que me encanta la altura?

—No lo dudo. —Sarcásticamente, me guiña un ojo, de una forma que debería bautizar como "El guiño que provoca un frisón en mis partes bajas".

La agradable brisa de la mañana salpica el camino de tierra que conduce al parque donde se encuentra la tirolina. Por mucha emoción que encuentre en ese paseo, dudo que sea mayor que la que siento abrazada al buenorro que conduce la moto con la que hacemos el trayecto.

Cuando llegamos al inicio de la tirolina, intento no concentrarme en la altura. Pedro me observa con ojos de lince

mientras un joven me coloca el equipo. Me encanta este modo de macho alfa.

Tras las explicaciones, no lo dudé y me ofrecí valientemente a ser la primera.

El descenso en el asiento del coche es rápido. Me siento libre, una emoción inmensa. Es la falta de control, combinada con la velocidad y la altura. Es simplemente una aventura extraordinaria, en la que mis gritos salen como una liberación de algo atrapado en mi pecho.

Me acerco a la meta zumbando, riendo y feliz, esperando a que Pedro baje atado sólo a mi espalda y gritando jocosamente, arrancando las risas de todos los que le esperan:

—Hacia delante y hacia arriba.

¡Este es mi Superman!

Pedro Salvatore

Desde que volvimos de viaje, algo ha cambiado entre nosotros. Quizá la incertidumbre de ambos sobre cómo afrontar el fin de semana perfecto ha hecho que cada uno haya tomado su camino.

Al principio pensé que dejaría allí su mochila y pasaría la noche conmigo, pero después de casi una hora esperándola, fui a su habitación y la encontré dormida envuelta en su toalla.

Por el rastro cristalino marcado en el costado de sus ojos, imaginé que había estado llorando. Se me partió el corazón y durante horas la vi dormir. Mientras le acariciaba cariñosamente el pelo, incluso intenté confesarle lo que había ocurrido el día de su accidente, pero incluso dormida parecía negarse a oír hablar de ello. En ese momento, percibí que algo dentro de ella rechazaba la situación, no sé si porque tenía miedo de sentir el dolor o porque no quería recordar los motivos.

Decidí darle una muestra de mi confianza y dejar que reservara mis citas con el terapeuta y el médico, con la esperanza de que ella también acudiera a un profesional para hablar de lo sucedido. Por supuesto, nunca se lo sugerí con palabras. Sólo le dejé claro el bien que me estaba haciendo.

En el fondo, creo que también tenía una parte de culpa y de miedo. Primero, por tener nuevas pesadillas a su lado. Y después, por no sobrepasar los límites para vivir en pareja.

Pasaron las semanas... Íbamos al cine, a restaurantes; dormíamos juntos muchas noches e incluso salíamos con Marco y Bárbara, fingiendo que sólo éramos amigos. Pensamos que era conveniente que nuestra relación permaneciera en el anonimato, pero la muy zorra me torturó toda la noche moviendo su mano sobre mi bragueta, dejándome incómodo delante de la otra pareja.

Bárbara se levantó para ir al baño y, antes de que Bya pudiera hacer lo mismo, Marco se adelantó para imitarla.

—Pensé que habíamos acordado mantener nuestra relación en el anonimato por el momento.

—No veo cómo lo que he dicho puede revelar lo que tenemos.

—Eres imposible.

—¿Por qué lo he hecho? ¿Qué he hecho? —Su mano me aprieta la polla con más fuerza y echo la cabeza hacia atrás para no retorcerme. —¿Va todo bien, Pedro?

No tuve tiempo de contestar. Nuestros amigos volvieron a la mesa y, justo cuando pensaba que se iba a calmar, se intensificó.

Intenté centrarme en la conversación de Marco, pero mi pigmentación roja llamó la atención de Bárbara.

—¿Está todo bien, Pedro? ¿Comiste algo que no te sentó bien?

Pensé en estrangular al dueño de aquella mano descarada por hacerme pasar aquella vergüenza.

—No pasa nada. Creo que es el aire acondicionado en el restaurante que es débil.

—Para mí, es perfecto. Creo que es demasiado fresco.

Me juré que sus nalgas pedirían aire fresco después de los azotes que le iba a dar.

No sabía qué hacer. Si me movía para quitarle la mano, se darían cuenta de lo que estaba pasando; si pedía que me dejaran ir al baño, el bulto de mis pantalones me delataría. La única manera era disfrutar. Y justo cuando pensaba que las cosas no podían ir peor, ella fue más allá y me susurró al oído que no llevaba ropa debajo de su vestido corto.

Eso me bastó para inventar una historia que nos sacara de allí. De lo contrario, no sólo nuestros amigos, sino todo el restaurante sería testigo de una ofensa y sabría que nuestra relación no era sólo de tutor y alumna. Por encima de todo, éramos una pareja desvergonzada que no podía mantenerse alejada la una de la otra.

Caminando por el aparcamiento desierto, decidí aprovechar la oportunidad. Le di al guardia un poco más de dinero para que nos permitiera unos momentos de intimidad. Necesitaba demostrarle que su provocación había despertado al hombre salvaje que llevo dentro. Mi intención era levantarle el vestido hasta la cintura y penetrarla hasta el fondo, escuchando cómo se disculpaba por haber sido tan atrevida.

—¿Disfrutaste follándome toda la noche? ¿He creado un monstruo? —digo apresuradamente, apretándola contra el primer capó que encuentro fuera de la vista de la garita del vigilante.

—¿Crees que soy un buen aprendiz?

—Indecente sería una clasificación mejor.

Gimiendo, levanta su rodilla desnuda y roza mi erección, protegida por mis vaqueros.

—¿Debo tomármelo como un cumplido o como una crítica?

Mucho más que eso, es una seductora irresistible.

—Ninguno de los dos. Bésame. Hablas mucho.

—¡Jefe! —murmura.

El

La tumbo sobre el capó e invado su boca, deslizando mi lengua por su garganta. Sus manos me agarran del pelo, pidiendo más. Jadeante, la inmovilizo con fuerza; si el puto coche se rompe, lo pagaré. Ahora sólo pienso en recompensarla por darme tanta sed. La distraigo asaltando su cuerpo, llenándome las manos con su suave carne, levantándole el vestido hasta la cintura y frotando mi erección contra su pelvis desnuda para provocarla. Finjo no oír sus falsas protestas y, sin prepararme, le doy la vuelta, exponiendo su culo redondo, desnudo y vulnerable, en la postura que más me excita, y me quedo helado. ¡Dios mío! Cada día está más buena. Se da cuenta de mi apreciación y vuelve la cara con una sonrisa maliciosa.

—Puedo gritar pidiendo ayuda. Estoy siendo atacado por un pervertido.

Maldita sea, me ha emocionado más y me ha hecho sonreír.

Plaft. Le paso la mano por la manzana del culo, para que deje de ser tan charlatana.

—Gritarás todo lo que quieras, pero será de placer. —Me muerdo los labios sin contener mi deseo lujurioso, me desabrocho los pantalones y expongo mi polla palpitante, deseosa de ser alojada. Sin esperar su decisión, la embisto.

—¡Qué impío! —gime con fuerza mientras la penetro profundamente.

—No, mi alumna, esto es muy urgente. Quiero follarte por todas partes como castigo por ser tan atrevida.

No bromeo, y me encantaría poder eternizar este momento viendo la luz de la luna reflejarse en su piel. Incesante, me vuelvo loco cuando grita mi nombre pidiendo más, y así lo hago, yendo profundo y rápido con mi mano por su culo, los sonidos de la penetración mezclándose con sus gemidos. La siento contraerse por todas partes, empapándome. Sus gritos de placer estimulan mis venas palpitantes y eyaculo mi líquido dentro de ella.

Aún no hemos entendido bien nuestro mundo racional, pero sé que vamos camino de encontrar la mejor manera de entendernos. Esto está ocurriendo de forma natural, porque siempre que vuelvo a casa de una cita, ella está delante del material de estudio esperándome, aunque sólo sea para darme un breve mensaje sobre los resultados de otra terapia más.

Descubrí que estaba siendo una distracción para ella, ya que después de nuestras salidas se pasaba prácticamente toda la tarde concentrada en su TCC, aunque al principio lo negaba para complacerme. Tratando de no estorbar, intenté ocupar mi tiempo yendo más a menudo al moto club, aunque yo estaba en contra. Una tarde, después de pasarme horas charlando y escuchando el

rugido de los motores, acabé distrayéndome mucho y sólo cuando llegué a casa vi las numerosas llamadas perdidas de Beatriz en mi móvil.

La busqué por todo el piso y, cuando la encontré en el dormitorio, oí un ruido que me heló el corazón. Lloraba copiosamente. En ese momento, pensé que era otro de sus chascarrillos por no contestar a sus llamadas, aunque después de nuestra última discusión sin sentido, no había vuelto a cometer ninguna locura.

Dudé en anunciarme, pero cuando me vio, corrió a mis brazos, diciéndome que la madre de Elaine había muerto. Con un nudo en la garganta, angustiado, me di una patada mental por ser un desgraciado, porque cuando ella me necesitaba, yo no estaba allí para consolarla.

El peso sobre mi conciencia me torturaba. Quería castigarme, pero no podía ser egoísta en ese momento. Necesitaba saber qué daño podía hacer.

Fue difícil acompañarla al funeral. Conocía la confusión de sentimientos que la atormentaban. Había perdido a sus padres y tenía que compartir con su amiga el dolor del duelo por su madre. No creo que ese momento fuera fácil para ninguna de ellas, sobre todo sabiendo que había un recuerdo en su mente, aunque fuera inconsciente, que la había hecho sufrir en el pasado.

Le tendí la mano y nunca la solté, ni siquiera cuando presentó sus respetos a Elaine. Fue como crear un vínculo de complicidad y apoyo.

Pero a medida que pasaban los días, no veía que volviera a brillar en sus ojos.

Estaba muy disgustada. Por mi parte, cancelé todas mis citas semanales. Volvíamos juntos a casa y un día decidí preguntarle qué pasaba. Todo aquello me estaba matando, echaba de menos a la Beatriz habladora.

—¿Era Elaine la del teléfono?

—Lo fue, —respondió monosilábicamente, con la mirada perdida.

—¿Cómo está?

—Canceló su matrícula.

—¿En el último semestre? —pregunté indignada. —Pero, ¿por qué?

Bya me contó toda la historia. Elaine se había gastado lo que había podido y lo que no en los gastos ocasionados por la enfermedad de su madre, y luego en el velatorio y los preparativos del traslado para enterrarla en su ciudad natal. Sólo estuvimos en el velatorio. Bya incluso se ofreció a acompañarla, pero Elaine no aceptó. Entre palabras y lágrimas, en ese momento volví a darme cuenta de lo especial que era mi mocosa.

Me ofrecí a cubrir todos sus gastos para aliviar su dolor, pero me informaron de que ya se lo había ofrecido a la propia Elaine, que lo rechazó. —¿Y si le ofrecía un trabajo en la oficina? Indirectamente, nos ayudaría y seguiría estudiando.

—¿Harías eso por ella?

Por ella y por ti, pensé en ese momento. Sin embargo, me di cuenta de que aquellas lágrimas que insistían en correr por sus mejillas escondían algo más.

Así que actué como el hombre apasionado que quería ser: abrí los brazos, conmovido al verla tan triste. Sin pensarlo, aceptó mi gesto de afecto.

—¿Qué otra cosa le quita la sonrisa a este hermoso rostro? —Le enjugué las lágrimas con el pulgar y me llevé el líquido salado a la boca, saciando mi sed y humedeciendo mi garganta seca.

—Me siento vacía.

—¿Por qué, pequeña?

—Porque me da envidia el dolor y la pena de Elaine. ¿Lo entiendes, Pedro? —grita ella, con el dolor y más lágrimas inundando sus ojos. —Estoy hueca. No sentí nada de esto cuando murieron mis padres. La amnesia me quitó el dolor de llorar por ellos.

Abrazándola con fuerza, la consolé como si una parte de mí se rompiera al verla en aquel estado de sufrimiento.

—¡Bya! No estás hueca. Hay mucho sentimiento aquí. —Llevo mi mano a tu corazón. —Y mucha memoria aquí. —Beso tu frente. —Creo que es hora de que intentes hablar de tu pasado. Llevo días intentando abordar el tema, pero no me dejas acercarme. Lo que pasó en ese río tiene algo que ver con tu accidente.

Sus ojos se abren de par en par, sobresaltados. Ahora que he empezado, tengo que terminar de hablar. Tiene que empezar a sentir su pena.

—¿Qué sabes del accidente?

—No sé qué lo causó, pero me enteré por la compañía de seguros de que el coche volcó varias veces, hasta quedar atascado en los arbustos y en parte en el río Tietê.

Fría como una piedra de hielo, su mirada se pierde en la nada, el color se desvanece de su rostro y palidece. Me doy cuenta de que está luchando con su memoria para intentar recordar algo. Se tira del pelo y grita.

—No me acuerdo de nada.

Decido no insistir. La atraigo silenciosamente de nuevo al calor de mis brazos sin que ella muestre ninguna reacción. Ella acepta la bienvenida y yo la caliento con afecto, ternura y cariño, como siempre he hecho.

Sin intenciones perversas, le devuelvo el amor que me dio cuando más necesitaba sentirme vivo y la desnudo, repitiendo el gesto en mí, amándola para que se sienta amada.

Nuestros cuerpos no tienen necesidad de buscar el orgasmo, simplemente se entrelazan para formar uno solo, diciendo en el silencio que uno tiene al otro.

Los días siguientes fueron mejores. Finalmente aceptó mi sugerencia de iniciar una terapia de regresión. Elaine me dio las gracias y prometió pensárselo.

—Elaine acabó arrepintiéndose de haber abandonado, pero creo que fue lo mejor. Está más decidida a ganar.

—Démosle tiempo.

Me veía un poco en la piel de Elaine, salvo que mi madre me dejó una herencia. Nada que me hiciera millonario, sólo lo suficiente para pagarme los estudios y salir adelante. Gracias a su trabajo como artesana, consiguió mantenernos, sin demasiados lujos, pero siempre con comida en el plato y un techo sobre nuestras cabezas.

También estaba la pensión alimenticia, que yo recibía legítimamente de aquel hombre, y que ella nunca tocó. No la toqué hasta que conseguí trabajo en una empresa de construcción. Por aquel entonces, sólo me las arreglaba con la mitad de lo que recibía, y pronto empecé a ahorrar céntimo a céntimo para devolverle lo que gastaba.

Desgraciadamente, murió antes de que la deuda estuviera totalmente saldada. De ahí surgió mi idea de hacer una aportación mensual a organizaciones para personas con algún tipo de necesidad especial.

—Nuestras historias son tan diferentes y tan parecidas al mismo tiempo.

—Mucho.

La abrazo mientras esperamos en la cola de la caja. Incluso este progreso que ha conseguido. Antes odiaba ir al mercado y hoy, con ella, se ha convertido en un verdadero placer. Aunque se pelee cuando ve cantidades diferentes en la estantería y en el expositor de la caja registradora. Yo nunca lo haría. Prefiero tener pérdidas y deshacerme de ella.

Con valentía y orgullo, cuenta los días que faltan para su graduación y me llena de orgullo. A pesar del torbellino de

acontecimientos que podrían haberla desviado de su camino, mi pequeña pupila siguió adelante.

Capítulo 32

Pedro Salvatore

Mientras atornillo el último estante, noto que el sudor empieza a cegarme. Instintivamente me paso el brazo por la frente, realizado y agotado al mismo tiempo. La medicina provoca este tipo de reacciones, pero teniendo en cuenta cómo me alivia, no me importan.

Demostró ser muy responsable en su último semestre. A veces quería acercarme a ella y consolarla durante las noches en vela que pasaba trabajando para presentar su mejor trabajo final. Sin embargo, pensé que sería prudente quedarme a su lado sin llamar su atención.

—Sr. Pedro, el cuadro está terminado. ¿Está todo bien?

—Sí, es perfecto, Pila. Gracias, fuiste rápido.

Pila es un pintor que conozco desde hace años. Me ha hecho varios trabajos. Cuando le dije que tenía una sorpresa para Beatriz que era misión imposible, no se contuvo. Ningún profesional de la construcción es inmune a los hechizos de esa brujita. Provoca un verdadero tsunami en mis nervios, saca lo peor de mí, que en este caso son mis celos hacia ella.

—¿Necesitarás algo más hoy? Si no, me voy.

—No. Estoy terminando aquí también. Gracias por todo, Pila. Envíame la nota para que podamos arreglarnos.

—Imagínate, hombre de Dios. Después de todo lo que la señora Beatriz ha hecho por mi mujer, esto es sólo un pequeño regalo de agradecimiento para ella. —Pila se refería a las veces que Bya llevó a su mujer a hacerse la hemodiálisis en el Hospital das Clínicas, ya que ella no tenía coche propio. —Es una mujer de oro.

—Gracias, Pila. Estará muy contenta por el regalo. —Sí, es una mina de oro que hay que explotar. Agotado, me siento y viajo a través de la transformación del espacio.

¡Ah, alumna mía! Me sorprendes cada día con tu determinación y tu empuje. Estoy encantado con el resultado. Le he dado los últimos retoques y he puesto el escudo de su familia en la puerta.

Al principio, era una idea que tenía para hacerla recordar el pasado, pero resultó ser un problema grave. Descubrí que la familia de Bya no era feliz y que esa podía ser la razón por la que su mente bloqueaba cualquier recuerdo, impidiéndole querer saber sobre su pasado.

Abrí el portátil y busqué información sobre la familia Torres Machado en varios sitios web. Acabé encontrando no sólo el escudo del apellido, sino también noticias de un pasado lejano.

Un ejecutivo brasileño es traicionado por su bella y sexy esposa, también brasileña, y su jardinero español. Uno de los mayores escándalos de la multinacional siderúrgica. La pareja de amantes, tras ser captada por su hija y el marido de ésta, quedó al descubierto por los comentarios de sus vecinos y familiares. Tras el escándalo, ella regresó a Brasil.

Perplejo, traduje cada línea con el tamaño de la responsabilidad de la información que estaba leyendo:

"Un ejecutivo brasileño es engañado por su bella y sexy esposa, también brasileña, con su jardinero español. Uno de los mayores escándalos de la multinacional siderúrgica. Los amantes fueron sorprendidos por su hija y el marido de ésta y quedaron expuestos a los comentarios de sus vecinos y familiares. Tras el escándalo, vuelven a Brasil".

En un instante de locura, pensé en llamar a la redacción del tabloide y pedirles que retiraran el artículo de su sitio web. Quería privar a Bya de encontrar alguna vez este artículo en Internet.

Me vienen a la mente algunas dudas. ¿Cómo es que nunca ha visto nada al respecto?

En primer lugar, su falta de interés por descubrir su pasado. En segundo lugar, que nunca haya investigado nada sobre lo sucedido y, en tercer lugar, su desapego por su patrimonio, que he estado gestionando sin tocar ni un céntimo. Es decir, parte de los ingresos van a su cuenta personal, a la que no tengo acceso.

La fortuna que te dejan en herencia te garantiza una buena vida para ti y para tus hijos, si los tienes. Este asunto, sin embargo, es intocable. Siempre le entrego tus estados de cuenta y, al parecer, durante los próximos meses son los mismos. Desde que me di cuenta de esto, he pasado por un infierno interior y he evitado interrogarla para dejar que descubra por sí misma esta parte de su pasado. Aunque suene cobarde, no tengo el valor de ser el heraldo de su vida pasada, de recordarle un tema que prefiere ignorar.

En el fondo, imagino que ella lo sabe todo, pero ha levantado una barrera imaginaria para evitar el dolor que le causa. Hago lo que puedo; Bya sabe que cuenta con mi apoyo para lo que necesite. Mantengo los brazos abiertos cuando necesita un regazo y le llamo la atención cuando se merece una bronca. Sin embargo, mi responsabilidad sólo llega hasta cierto punto: hacer más que eso sería querer vivir y decidir por ella. Por mucho que me gustaría tener superpoderes, no puedo aliviarla de su dolor; como mucho, puedo intentar sentirlo, como cómplice.

No he visto pasar la hora. Voy a tener que ducharme aquí en la oficina. Menos mal que me he traído la ropa.

Mis baños nunca han sido lo mismo. Me basta con ponerme bajo la ducha para que la imagen de ella simulando a una actriz porno me ponga duro. Hoy, sin embargo, como llego tarde, solo tengo tiempo para una ducha rápida, nada de fantasear.

Conduzco como un loco por las calles de São Paulo. Los segundos parecen acelerarse en el reloj.

Llego 25 minutos tarde y me irrita saber que me sentaré junto a sus amigos. Pero me enorgullece verla acercarse al púlpito, inquietante, hermosa y brillante. Me apresuro a buscar mi asiento. Ella, como valedictorian de la clase, pronto empezará a hablar.

A decir verdad, me sorprendió oír que el grandullón no iba a graduarse con ella. Ya sabía lo de Elaine, ¿pero él? ¡Qué imbécil! ¿Lo bombardearon en su último semestre?

Veo a Elaine y Beggo sentadas junto a Cida. Esta alumna es valiosa, no ve diferencias entre religión, color o clase social. Trata a

todo el mundo como a un amigo. Pido permiso para sentarme y saludarlas.

—Ha llegado el momento de que nuestra morena tropical hable. —El grandullón lo celebra y yo aprovecho para demostrarle que "lo nuestro" sólo está en su cabeza. —¡Ay! —Sacude la mano. —¿Qué tiene en lugar de los dedos, algún tipo de prensa?

—¡Shhh! —Le regaño en cuanto dice: "Buenas noches a todos".

—¡Qué emoción! ¡Precioso! —grita el desafortunado.

Es realmente hermosa. Le brillan los ojos.

—No salgas a bailar la rumba para llamar más la atención que Bya. —Elaine también le regaña.

—Para nada. Voy a guardar cada paso de baile para rockear en la fiesta de graduación. Voy a desgastar los pies de la morena tropical.

—Si no te callas, también conocerás mi morsa en la lengua", digo entre dientes apretados.

—¡Vaya! Agresivo, ¿eh?

—Vamos a escuchar a Bya", dice Cida, secándose la mejilla con el pañuelo. El afecto que se tienen es contagioso.

Agradece y felicita a todos los presentes en el banquillo, graduados, paraninfos, familiares y amigos, y añade algo que llena mi corazón de orgullo.

En los últimos meses antes de terminar su proyecto final, Bya trabajó tan duro como siempre y finalizó el trabajo con excelencia. Sé que, en el fondo, quería que me implicara más en su

proyecto, pero cuando me contó en qué consistía, me pareció que tenía capacidad de sobra para hacerlo sola. Simplemente la alerté sobre la posibilidad de simplificarlo sin poner en peligro la calidad del resultado final. Sin embargo, no aceptó la sugerencia. Bien: era su proyecto y si creía en él tal como estaba, no podía tener en cuenta mis opiniones.

Su atrevida mezcla de sueño y viabilidad técnica hizo del proyecto uno de los más audaces que he visto. Por esta y otras razones, me limité a observar su capacidad.

Bya necesitaba sentir que este proyecto era suyo, sólo suyo, creado por ella. Necesitaba ese momento de intimidad. Vi a Bya quedarse despierta toda la noche y, en su momento de mayor estrés, a pocos días de terminarlo, con el tiempo casi agotado, prácticamente enloqueció y, una vez más, yo estuve ahí para ayudarla.

—¿Otra noche sin dormir? —Hablo un poco mientras ella va de un lado a otro tirándose del pelo.

—No sé si voy a lograrlo. El tiempo se acaba, y aún queda mucho...

—Por supuesto que sí.

—Debería haberte escuchado cuando dijiste que el proyecto podía ser más simplista. ¿Por qué no me detuviste?

—No debería haber escuchado. Tu proyecto tiene una pinta espectacular.

—Es muy complicado.

—No hay límites para un creador, Bya.

—Haces que parezca tan sencillo...

—Sé que no lo eres. Y precisamente por eso te digo que eres un excelente creador. Todo va bien. Deja de castigarte. Tómatelo con calma.

Sus largas pestañas negras bajaron junto con su mirada. Pareció reflexionar y, a partir de ese día, se volvió serena, más segura y decidida.

Devuelvo mi atención a la voz que seduce mis oídos. Me encanta mirarla, hablar con ella y estar con ella. Su sonrisa me alegra el día. Siempre he sido muy rencoroso, con tendencia a creer que las cosas no funcionarían, y ella cambió eso. Simplemente trajo vida a mi vida.

—Me siento muy honrado y feliz de representar al curso de Arquitectura y Urbanismo. Sé que cada graduado tiene hoy una historia que contar sobre la realización de este sueño. En el camino, vi a algunos amigos abandonar; a otros, por razones de fuerza mayor, tuvieron que suspender su matrícula; y para los privilegiados, como yo, el final del trayecto. Quiero dar las gracias a mi mentor, que en medio de sus retos me demostró que podía hacerlo y que podía superar mis límites. Gracias, Pedro, por demostrarme que, para un creador, no hay límites.

Continúa su discurso con brillantez y me atrapa con la boca abierta, como un amante apasionado. Cada palabra conmueve a todo el que la escucha. Una película se reproduce en mi cabeza.

Me encanta el mundo de la creación, me encanta ser arquitecto, estoy orgulloso de todos mis proyectos, pero me resulta extraño pensar que fracaso sistemáticamente a la hora de

estructurar mi vida. Sencillamente, no consigo dibujar la forma adecuada para el mañana.

Abandona el púlpito en medio de una ovación. Su mirada me busca y yo le devuelvo el guiño. Ella asiente tímidamente, sonriendo de lado a lado.

—¡Espléndido! —El desgraciado aplaude frenéticamente. —¡Te quiero, morena tropical! —Muchacho atrevido. Creo que está desafiando demasiado al Ratoncito Pérez.

—¿Te encanta?

—¡Me encanta! —Repite, retándome.

—¿Cómo amas?

—Me encanta amar. —Se encoge de hombros. —Es mi amiga, mi confidente, es divertida y, aunque es mi competidora, no me amenaza. —Pone cara de fanfarron.

—¿Competidor? —¿Qué está tratando de decir este chico?

—Tío.

—¿Tío? ¿Qué demonios es eso?

—¡Shhh! —nos advierte Cida.

—Bya y yo como un cuadrado.

—Todo arquitecto tiene que simpatizar con una plaza.

—Pedro, no te enamores de esa libélula. —Elaine sonríe entre palmadas al ver cómo regaña a su amigo. —La plaza a la que se refiere es otra cosa, nada que ver con el equipo de trabajo.

¿Es gay? ¡Oh, no! ¡No es posible! No soy ciego. Puedo ver cómo mira a mi alumna. Y no me dejaría pensar que es heterosexual

para ponerme celosa. ¿O sí? No. Creo que me he equivocado.

Ya no presto atención a nada. Bya se ha sentado fuera de mi vista. No puedo hacerme a la idea de que a ella y a su amiguita les gusta usar el mismo tipo de escuadra.

¿Y no actúa como una libélula? Hijo de un pequeño insecto feliz, ¡me habías engañado! Por cierto, Bya también. Creo que esta jovencita necesita una buena lección.

Termina la ceremonia de graduación y comienza el ajetreo de los saludos. Levanto el cuello para encontrarme con ella, ansiosa, y una vez más veo al grandullón besándola y abrazándola feliz.

El jugo de la bilis sube por mi garganta y el monstruo primitivo ruge dentro de mí. No importa si tiene las mismas preferencias sexuales que ella. Mientras tenga un apéndice entre las piernas, sigue siendo una amenaza.

—¿Puedo felicitar a la licenciada y oradora más bella y brillante de la noche? —Como una apisonadora, prácticamente le paso por encima.

—¡Ay! —gime. —Sr. Morsa, es toda suya. —Y se aparta mientras mis manos le aprietan el hombro. —¿Qué crees que vas a conseguir con toda esa fuerza? Ten cuidado, querida, no vayas a aplastar un día a la oca. Por mi parte, confieso que preferiría ahogar al ganso antes que aplastarlo.

¿Qué ha dicho? ¡Qué chico más descarado!

—No tengas miedo. No hay riesgo de que un día me acerque a la tuya. Y sé cuidar muy bien de la mía.

—¿Soy la licenciada más guapa? —Bya corta la hostilidad.

—La más bella que he visto nunca. —Mis ojos se vuelven hacia ella.

—La calumnia es un delito penal.

—¿Vas a decir que tienes un equipo de abogados dispuesto a demandarme por decir la verdad?

—En absoluto.

Me acerco a ella, orgulloso de ver la victoria y la felicidad en sus ojos húmedos. Noto cómo su respiración se hace más profunda y sus pupilas se dilatan.

No importa lo que ocurra a mi alrededor: para mí, sólo está ella delante de mí. Cómo me gustaría poder estrecharla entre mis brazos e ir mucho más allá de un simple abrazo de felicitación.

—¿Es así como querías saludar a la graduada? ¿Parado como una estatua frente a ella?

¡Aburrido como el infierno! ¡Ve a cambiar esos pañales! Mis dedos se cierran en puños.

—Beggo, he oído que alguien te llamaba delante -responde Bya, sin apartar los ojos de los míos.

—Has hablado muy bien. —Orgulloso.

—A veces es muy aburrido.

—No me refería a tu amigo. Me gustó cómo te expresaste. Parecías un arquitecto y orador brillante.

Frunce el ceño y sonríe.

—Gracias. —Se encoge de hombros. —Es el final de un gran curso, pero sigo prefiriendo continuar como paisajista y combinar

mis proyectos con la naturaleza.

Doy un paso adelante. Mis brazos la acercan a mí.

—Me encanta nuestra asociación.

—¿Nuestra pareja? —Su voz baja repite mis palabras interrogativas, junto con un suspiro, y siento que, tanto como yo, ella necesita esta cercanía.

—Ahora que te has graduado, no estarás pensando en dejarme, ¿verdad?

—Esta decisión definitivamente no está en mis planes. Mi jefe es duro, pero sigue siendo genial. De hecho, cuanto más duro es, más me gusta.

Me transmite tantas emociones que nunca imaginé sentir por nadie. La levanto del suelo y la hago girar en el aire.

—Enhorabuena, Beatriz Eva Torres Machado, eres la nueva empleada de Salvatore Arquitectura. —Creo que es la primera vez que pronuncio tu nombre completo y me encanta lo bien que suena en mis labios.

—¿Ya no seré una becaria? —Se ríe mientras la hago girar en el aire. He tenido la oportunidad de estar mucho más cerca de ella que ahora, pero me resulta más que erótico ver su felicidad.

—Así es. Y lo que es más, tendremos un nuevo becario.

—¿No podrías ser becario? —bromea mientras sonríe.

—No. A menos que ya hayas renunciado a ayudar a tu amigo.

Ella salta de mi cuello. Me enfado con ella por dar una noticia que la aleja de mí.

—¿Es lo que creo que es?

Muevo la cabeza afirmativamente.

—¡Te quiero, Pedro! —Hace una pausa, veo que su espontaneidad la ha avergonzado delante de todos. —¡Eres demasiado! Este es el mejor regalo de graduación que podría recibir. —Se lanza de nuevo a mis brazos y yo sonrío ampliamente.

La verdad es que no sé si es el mejor regalo. Tengo muchas ganas de ver si los otros también le gustan.

—¡Eh, vosotros dos! Todo el mundo aquí sabe que se pueden hacer miles de cerillas de un solo árbol, pero ¿podríais retroceder un poco? Este no es lugar para que una sola cerilla prenda fuego a todo un bosque.

Aunque quiero romperle los dientes, consigo reírme junto con todos los que están a nuestro lado.

Capítulo 33

Beatriz Eva

Pasamos una velada muy animada, en la que nos divertimos mucho, a pesar de la guerra que se declararon Beggo y Pedro para ver quién tenía más mi atención.

Celebramos mi graduación con brindis, palabras de orgullo de Pedro, besos delante de todos y lágrimas de emoción de mis amigos, además de la alegría extra de contratar a Elaine para trabajar en nuestra oficina.

Para mí fue una novedad que me llamara novia delante de todos. No es que hubiera sido como declararme a mis padres, si estuvieran vivos, pero así lo sentí: como si fuera mi primer novio que presentaba a la familia.

Pedro me lleva al límite, pone a prueba mi cordura todo el tiempo. Yo quería invitar a Marco y Bárbara a la ceremonia de graduación, pero él dijo que prefería dejarlos fuera porque aún no se sentía cómodo saliendo del armario ante sus amigos. También me dijo que Marco lo había invitado a ser su padrino en su boda, que sería unos días después de mi graduación, siempre y cuando no me invitara también como su dama de honor.

¿Qué derecho tenía a decidir eso? Aquel día sentí que mi corazón se partía en dos. Quería desaparecer de su vida, pero me mantuve firme, siguiendo los consejos de mi terapeuta. Pedro no sabe que fui a verla para hablar del TOC y de nuestra relación.

Estaba perdido. Aquella noche en el motel me había dejado huella. No podía quitarme de la cabeza su imagen de extrema vulnerabilidad en el suelo del baño.

Me sentía incapaz de ayudarle, y la consulta con ella fue esclarecedora en este sentido. Me dijo que la terapia y la medicación por sí solas no eran eficaces para que un paciente se sintiera bien y superara sus problemas: necesita que le quieran y tener el apoyo de todos a su lado, sin exigencias, dedicándole el tiempo que necesita. Que un enfermo de TOC es muy intenso.

Por un momento, incluso pensé en irme para darle una sacudida, pero eso sería ingrato por mi parte después de todo lo que había hecho por mí en los últimos años. Y aún había más. También había estado rondándome para intentar ayudarme a descubrir las razones de mi ataque de pánico en Brotas. A veces intentaba meterme mano, yo me defendía y, aunque me decepcionaba, él seguía de mi lado.

Algunos recuerdos aparecen vagamente en mi memoria, nada muy claro, como si fuera un apagón en cuyo fondo parpadea una luz incierta. Como ya he cometido muchos errores con él, no quiero hablar de nada hasta estar segura de qué se trata. Lo que sí sé es que hay una conexión entre los sentimientos y el dolor del pasado, pero aún no la he descifrado.

Una noche fuimos a cenar para preparar la boda de Marco. A la vuelta, yo estaba tranquila y decidí irme directamente a mi habitación, pero él me impidió cerrar la puerta apuntalándola con el pie. Sabía que estaba dolida y con el corazón roto y no tuve que decir ni una palabra, nada; lo supo con sólo mirarme. Se disculpó y

consiguió convencerme de que aún había muchos fantasmas con los que tendríamos que lidiar. Fue entonces cuando empezó a responder a la medicación y, en ese momento, aguantar las burlas y bromas de los demás iba a ser un obstáculo.

Por supuesto que lo entendí. Amo a ese hombre. ¿Qué podía decir? ¿Pedro, si no me aceptas, me iré, porque merezco un título de novia? ¡No! Así no podríamos seguir juntos. No es un título que represente nada, sino los sentimientos que estamos empezando a experimentar. Él me respeta, y yo valoro mucho eso.

Hace unos días, volvió a alejarse de mí. Nunca dejó de ser atento, pero sé que en el fondo ocultaba algo. Cada vez que le buscaba respuestas, se iba por las ramas, con la excusa de que tenía que centrarme en terminar mi TCC y dejar de buscar problemas donde no los había. Hoy, sin embargo, parece un hombre diferente. Desenfadado, juguetón, encontrando divertidas las burlas de Beggo, sin dejar de estar atento a todo el mundo.

Al salir del restaurante, dividimos los grupos que viajarían en los coches. Acabé siendo elegida para llevar a los que iban a pie, lo que dejó a Pedro frustrado, ya que se iba a casa sin mí. Intenté racionalizarlo.

—Pedro, llévate a la Sra. Cida, y yo, a Beggo y a Elaine. Nos reuniremos en casa dentro de un rato. ¿Te parece bien?

Le guiñé un ojo con segundas intenciones, sugiriéndole una celebración privada más tarde. Me devolvió el guiño, pero me sorprendió cogiéndome la llave de la mano.

—No te llevarás a nadie.

Beggo interrumpe.

—¡Qué grosero! ¿Quieres que nos vayamos en autobús?

Pedro resopla y mira hacia otro lado.

—¿Cómo quieres terminar la noche, consciente o inconscientemente?

—¡Progreso! —Beggo aplaude, burlón. —¿Quieres decir que tengo derecho a elegir?

—Aprende, chico. Tienes que ser un hombre de verdad para hacer honor a lo que tienes entre las piernas. No porque tus preferencias sexuales sean fuera de lo común vas a disminuir tu sentido de protección con las mujeres. —Lanza la llave a las manos de Beggo y concluye. —Lleva a Cida y a Elaine a casa. Bya viene conmigo. Mañana recogeremos el coche contigo.

Intento protestar diciendo que es mi coche y que depende de mí si lo conduzco o no. En ese momento, el libertino y malhablado Beggo se adelanta de nuevo, imponiendo una voz fuerte como la de Pedro para provocarle.

—¿También hay que hablar con esta voz autoritaria para ser un hombre?

Cierro los ojos. La mano de Pedro aprieta la mía. Rezo una breve plegaria para que mi tractor no atropelle a Beggo.

—Pensé que te hacía un favor cuando te di la opción de volver a casa ileso. Pero creo que acabarás haciendo autostop con una ambulancia.

Cida ve que los ánimos se caldean e interviene por el bien de todos. Parece conocer las razones de Pedro para querer llevarme. Estuvieron hablando toda la noche.

—Vamos, chico, no puede ser tan malo llevar a casa a una dama cansada y a una princesa como Elaine.

Tiro a Pedro del brazo, para no darle oportunidad de objetar. Ella le guiña un ojo, deseándonos a los dos un buen fin de semana.

—¿Qué? —Le llamo la atención mientras frunce varias veces el lado izquierdo de los labios. No sé qué le pasó a Beggo aquella noche. Le hizo la vida imposible a Pedro todo el tiempo. —No se preocupa por él. Siempre encuentra la manera de aparecer cuando no es el centro de atención.

—¿Le gustas?

Típico de un hombre sospechoso. Directo e investigador. ¿Necesito dibujar que Beggo es gay? Si no, Elaine ya lo habría conquistado, porque está enamorada de él. Nunca me lo ha dicho, pero tampoco tiene por qué hacerlo. Últimamente, cuando no está suspirando locamente por él, se limita a mirarle con desprecio, actitudes propias de alguien enamorado.

—Le gusta, pero como amigo. —Yo lo beso. —Hoy, cuando te vio besándome, creo que quería ser un amigo macho alfa, para mostrarle al semental que tengo amigos, pero no creo que lo haya hecho muy bien en ese papel.

—¡Tuvo suerte!

—Tengo suerte de tenerte. Pero no te equivoques: no me gustó darle las llaves de mi coche para que se llevara a las niñas. Vine aquí sola y bien podría volver sola.

Introduzco la mano en su bolsillo para romper la tensión y saco su llave, no sin antes provocarle acariciando su miembro

dormido. ¡Que empiece la noche!

—¿Vamos? —Hago sonar las llaves y me dirijo a su coche.

—"Si tu intención no es poner a prueba mis límites, devuélveme la llave, Beatriz", dice con seriedad, y puedo apostar a que me está viendo rebotar.

Finjo indiferencia ante su voz autoritaria, que despierta mis hormonas rebeldes, y me burlo de él.

—Ven a buscarlo.

—No lo haré. Vas a entregármelas.

—Si no te lo devuelvo... ¿Vas a castigarme?

—Tenía otros planes. Pero si prefieres terminar la noche así...

Abro la puerta del coche, me detengo y observo cómo camina sin contemplaciones hacia mí.

—¿Otras? ¿Cuáles, por ejemplo?

Le tiendo la mano, no responde.

—¡Dilo! —Casi suplico, imaginando mil cosas.

—Si me devuelves la llave, seguiré con mis planes originales para esta noche. Pero si no lo haces, tendré que quitártela y cuando lleguemos a casa... Bueno, tendré que pensar en un buen correctivo para que dejes de ser tan testaruda.

Sus brazos descansan en los bordes de la puerta abierta, dejándome atrapada entre ellos. Este hombre destila virilidad y confianza en sí mismo. Debería ser ilegal tener una mirada

penetrante como la suya. Mis manos se enfrían en contraste con el calor que sube de mi vientre.

—No sé qué opción me atrae más", digo despacio.

Su expresión facial se vuelve naturalmente sarcástica.

—Me estoy superando a mí mismo", dice con confianza. —Esta noche le doy a todo el mundo el beneficio de la duda.

El tic encantador sigue ahí, igual. Me gusta el hecho de que incluso me encantan sus rarezas. Su proximidad es suficiente para que su olor invada mis fosas nasales y me adormezca.

—¡Vamos, Beatriz! Te espero.

Tomo todo el aire que necesito para reprimir un gemido de placer por estar cerca de él. Siento que mi cuerpo tiembla y le miro fijamente, insegura.

—¿Dónde estabas esta tarde?

Las comisuras de sus labios se crispan en un gesto que parece contener la sonrisa.

—¿Así que es eso? —Sus labios siguen mi aliento vicioso hasta mis oídos. —¿Estás haciendo un berrinche para compensar mi ausencia?

—Piensa muy mal de mí. —Estiro el cuello hacia los lados, disfrutando de que me robe las defensas.

—Tu problema es que dudas de mis buenas acciones.

—No tengo ninguna duda sobre lo que quiero de ti. Y admito que te deseo mucho. —Me muerdo el labio inferior, pensativo. —Salvaje o romántico.

Echa la cabeza hacia atrás, riendo.

—¿Qué te hace pensar que sólo tienes esas dos opciones? Puedo ser indiferente a ti.

—¡Claro que sí! —Salgo del coche y me acerco a su cuerpo. —Pero para hacerlo, tendrás que superarme.

Mis manos, que hace unos segundos temblaban junto a mi cuerpo, se mueven por su espalda, deslizando mis uñas.

—También puedo ser un gatito muy astuto, que quiere llamar la atención de su dueño. —Cierra los ojos cuando le llamo detrás de la oreja. Hablo en voz baja, repitiendo, sin miedo a pecar. Al fin y al cabo, ladrón que roba a ladrón, como yo digo, se lleva una noche de placer. —O puedo ser una leona y clavar mis garras cuando grito su nombre mientras está dentro de mí.

Sin devolverle la llave, me agacho bajo sus brazos. Subo, me acomodo en el asiento del carruaje y, antes de que él entre, añado.

—Vale, puedo decir que sólo intentaba ser amable contigo cuando cogí la llave. Tú también dudas siempre de mis buenas acciones. —Sonrío feliz, esperando a que se ponga al volante. —¿Así que también te he sorprendido? —pregunto, esperando a que diga algo.

Su mirada me inquieta. Estira su largo brazo y las venas muestran el esfuerzo que está haciendo para no tocarme. Su gesto me hipnotiza y me hace desear sentir esas manos sobre mi cuerpo. Pero se contiene; abre la guantera, saca algo y me lo entrega.

—Esto es tuyo. Cuando te lo regalé, quise simbolizar que siempre puedes confiar en mí, aunque tú también estés en la

oscuridad. Aunque haya oscuridad a mi lado. Y has superado la prueba con nota. Enhorabuena, alumna mía. Mi próximo regalo para ti empieza aquí.

El antifaz para dormir descansa sobre mi regazo. Mi corazón se acelera.

—¿Cogiste mis cosas?

—Una de las noches que dormimos juntos, lo olvidaste en mi habitación. Así que no revisé tus cosas. Se quedó allí.

—¿Me lo pongo?

—Sólo si quieres. Como he dicho, ella es sólo un símbolo de que, incluso en la oscuridad, ¡puedes confiar en mí! —Sonríe y añade, con una mirada sin pretensiones. —Hoy estoy simpático, dando opciones a todo el mundo. Pero creo que si la uso, será más emocionante y será tal como lo planeé.

—¡Manipulador! —digo sonriendo.

—¡Maravilloso! —Le devolví el beso, rozando mis labios en un beso casto, pero lleno de promesas. —¿Estás lista?

—Listo para salir.

Mirrors" de Justin Timberlake suena en el estéreo del coche.

—¿Sabes lo importante que es un espejo, Beatriz? Elegí esta canción para nosotros.

Conozco la letra perfectamente. Pero escucharla ahora, sabiendo que tiene un mensaje tan íntimo y especial, tan conectado con nosotros dos, me pone la piel de gallina y me hace llorar.

¿No eres algo digno de admirar?

Porque tu brillo es como un espejo

Y no puedo dejar de notar

Te reflejas en este corazón mío

Si alguna vez te sientes solo y

El resplandor me hace difícil de encontrar

Que sepas que siempre estoy

Paralelo en el otro lado

Le oigo cantar mientras conduce. En otra ocasión, me quito la máscara para admirarle. Su mano cubre mi rodilla y sus dedos presionan cada estrofa.

—¡Pedro! —Intento decir que varias veces escuché esta canción pensando en él.

—Escucha, alumna mía, lo que dice mi corazón.

Porque no quiero perderte ahora

Estoy mirando a la otra mitad de mí

El vacío que había en mi corazón

Es un espacio que ahora sostienes

Enséñame a luchar por ahora

Y te diré, nena, que fue fácil

Comin 'back into you once I figured it out

Estabas aquí todo el tiempo

Es como si fueras mi espejo

Mi espejo mirándome fijamente

No podía ser más grande

Con cualquier otra persona a mi lado

Y ahora está claro como esta promesa

Que estamos haciendo

Dos reflexiones en una

Porque es como si fueras mi espejo

Mi espejo mirándome fijamente

Mirándome fijamente

No hay duda de que es una declaración de amor. Sé que es más fácil atribuirle atributos que definirla, pero la alegría de oírla en forma de canción, sabiendo que así es como él me ve, hace que mi corazón llore de felicidad, al igual que cada parte de mi cuerpo.

Le siento aparcar el coche.

—¿Ya hemos llegado? —pregunto más como protesta. No quería que acabara este momento, escuchándole cantar sobre lo importante que soy para él.

—Digamos que el universo y el tráfico de São Paulo conspiraron a nuestro favor. ¿Estás preparado para una larga noche de regalos?

—Me estás poniendo nerviosa. ¿Dónde estamos?

Siento tu presencia cerca en el calor que me transmite tu cuerpo. El mismo que llega desde el interior de mi corazón hasta mi

rostro. Pero puedo asegurar que ahora no es timidez. Es la pasión que me hace sentir.

—Ya verás. No te quites la máscara. —Me besa los labios.

—Me pareció oírle decir que podía elegir.

—Eso fue hasta las 23.59. Ahora es más de medianoche. Así que hoy he decidido no hacer concesiones.

Abre la puerta del coche sin esperar mi respuesta.

—Tramposo.

Sensible, sigo la guía de su brazo que me conduce.

—¡Esta rampa me resulta familiar!

Sensible a cada paso, sé que estoy pisando un proyecto en el que él ha trabajado. Conozco su preocupación por la accesibilidad. Permitir que las personas con necesidades especiales o movilidad reducida tengan derecho a entrar y salir sin barreras es una seña de identidad de su trabajo.

—Aún no sé dónde estamos, pero sé que esta rampa fue idea tuya.

—Me siento honrado. —Suenas orgulloso.

—No fue difícil descubrirlo. Este es un reflejo diario que veo en tu espejo: sensibilidad y respeto por los demás.

Una palanca de mis brazos me levanta desprevenida y pierdo el aliento. Este hombre puede dejarme con los ojos vendados el resto de mi vida y seguiré siendo capaz de distinguir todo lo que viene de él. Su olor, su sabor, su tacto...

No puedo ver, pero puedo sentir el rojo del fuego que me enciende, vivo y caliente. Esto me anima audazmente a recorrer su cuerpo con mis manos, encontrando audazmente su grueso miembro bajo la tela. Puedo ver toda la sangre allí, latiendo y deseándome. Su suspiro de satisfacción me dice que siga, aunque me prive de esa mirada sucia que recibo cuando lo toco.

—Eres una cajita de sorpresas, ¿verdad? ¿Cuándo vas a dejar de sorprenderme?

—¿No sería mucho tiempo?

Apoya su mano sobre la mía y nos metemos los dedos en su miembro de arriba abajo, como si intentáramos liberarlo.

—Perfecto.

Llevada por sus labios, no me doy cuenta de que abre la puerta. En cuestión de segundos, me sujeta las manos por encima de la cabeza y me aprieta entre su cuerpo y una pared helada; un deseo inmenso de tenerlo dentro de mí.

—Si sigues molestándome así, no llegaremos a tu regalo", susurra entre mis labios. —Hoy, la homenajeada eres tú. —Intento soltarme mientras él saquea cada parte de mí con su otra mano libre. —Deben de haberte implantado un imán en ese hospital, porque mis manos no dejan de sentirse atraídas por tu cuerpo.

—Fuera lo que fuera, nunca me retractaré.

Lánguidamente, me hace girar sobre la pared y percibo un olor familiar. ¡Bingo! Ahora sé dónde estamos.

—¿Intentas hacer la prueba del sofá para que me asciendan? Eso podría hacer que te demandaran por acoso, ¿sabes?

—Me desmorono. —Me levanta el vestido hasta la cintura y desliza su mano libre entre mis piernas. —Y si el juez insiste... —me susurra al oído, deslizando su dedo sobre el encaje que cubre mi hinchada intimidad. —... Le diré que era imposible mantenerme alejada de ti.

Su dedo me invade sin caricias inocentes, simplemente áspero y profundo.

—Pero si quieres ser amable con tu jefe, puedo darte una prima junto con el ascenso.

—¿Dónde firmo el contrato?

Su risa satisfecha le anima. Me saca el dedo.

Me lleva un paso a la derecha, hacia la recepción. La conozco, y la puta que llevo dentro salta ante la oportunidad de cumplir una de las muchas fantasías que he soñado tener con Pedro.

—Estoy impaciente por cerrar este contrato.

Me coloca el torso sobre la helada encimera de granito, con la mejilla apretada contra la fría base, pero no me quejo, porque el calor que emana de él es capaz de calentarla rápidamente. Le oigo bajarse la cremallera de los pantalones. ¡Cómo lo anhelo dentro de mí! Oírle cantar que soy su reflejo me hace desear ser suya para siempre.

Apartándome las bragas y ajustando mis caderas a la altura ideal, se pierde con urgencia dentro de mí, llenándome lascivamente.

—Creo que hay un nuevo código de vestimenta en la empresa.

Posesivo, siento que me agarra y me tira del pelo, haciéndome levantar el torso y acercar mi cara a la suya.

—El nuevo código de vestimenta de la empresa sólo te permite ir sin bragas cuando entras en mi despacho, ¿entendido?

—Sí. —Con descaro, lo fuerzo con mis caderas, sintiendo un dolor agudo y placentero.

—Sí, Beatriz, buena chica, ven a conocerme. ¡Demuéstrale al juez que aquí nunca habrá acoso sexual! Es puro y simple deseo consentido.

Obedientemente, sigo sus órdenes, sintiendo que es imposible no satisfacer cada empuje entre la carne húmeda que se llena con cada golpe. Creo que esta noche he batido todos los récords, pues me siento contrayéndome desde que me tocó por primera vez hace un rato. Los frenéticos y libidinosos movimientos de vaivén se intensifican, cada vez más profundos.

—Tendré que añadir un apéndice al contrato: estás deliciosa sobre un escritorio.

Siento que voy a explotar e implosionar al mismo tiempo.

—Puede que no sea capaz de hacer frente a todas las obligaciones de mi nuevo puesto.

—Soy tu jefe, Beatriz. Haré todo lo posible para que disfrutes de tus funciones.

Lo aprieto y chupo cada vez con más intensidad, como si mis músculos internos fueran a devorarlo. Un cosquilleo mezclado con una pereza placentera empieza a trepar por mi pantorrilla, dirigiéndose directamente a mi vientre.

—¿Y cómo debo llamarle cuando estoy a punto de cumplir mis deberes? —pregunto suplicante, casi susurrando, a punto de gritar de placer.

—Como desees, mi hermosa arquitecta.

Agonizando en éxtasis, grito su nombre y, junto con él, nuestros fluidos se mezclan mientras se tumba encima de mí.

—Eres lo mejor que tengo en mi vida.

—¡Tú también!

Respirando con dificultad, sellamos un perezoso beso. No sé cuánto tiempo estuvimos abrazados, envueltos en afecto.

—¡Venga! Quiero enseñarte tu regalo.

—¿Tengo más regalos?

—Digamos que acabamos de hacernos un regalo. Ahora el regalo será sólo tuyo.

Me coge de la mano y me explica que estamos en la oficina.

Nos detenemos en un punto. Me levanta la mano hacia una superficie en relieve.

—¿Qué es eso? ¿Un dibujo?

—Yo diría mejor: un símbolo.

—Creo que mis reflejos se han distorsionado durante todos estos años. ¿No te has dado cuenta de que soy terrible en la deducción?

—Vamos: dos oportunidades más.

Su mano cubre la mía, juntando mis dedos y deslizándolos sobre las letras justo debajo del dibujo. Al rodearlas junto a las

sílabas, mi corazón llora de felicidad y emoción.

Beatriz Eva Torres Machado

Arquitecto

Repito el nombre y la función, en medio de un mar de lágrimas que empapa la venda.

—Enhorabuena, Beatriz Eva Torres Machado.

Me quitan la venda de los ojos. Sigo sin poder descifrar ni comprender toda la emoción que siento. Me tiemblan las manos como si tuviera la enfermedad de Parkinson.

Paralizada, admiro tanto la placa con mi nombre y profesión como el símbolo de la arquitectura, que para mí siempre ha sugerido una figura erótica que exuda un mensaje sexual subliminal. Está formada por dos instrumentos que simbolizan el cielo y la tierra: un compás, colocado para representar su disposición circular, en referencia a la bóveda celeste, en la parte superior, y un cuadrado, como metáfora de los elementos fijos terrestres, en la inferior. Sin embargo, por la forma en que están dispuestos, también parecen representar dos cuerpos enfrentados con las piernas abiertas.

Para hacerlo más erótico, la figura tiene una G en el centro que hace referencia a la geometría, pero en mi mente pornográfica es como si un hombre y una mujer buscaran su punto G.

La sucesión de risas, intercaladas con breves lágrimas, me lleva un minuto recuperarme. Pedro se une a mí, sacudiendo la

cabeza y leyendo mis pensamientos.

—Pequeña cabeza fértil.

—Lo siento, pero creo que fue demasiada emoción en conjunto. Gracias, mi amor, por todo lo que me haces.

—Lo hacemos. —Me devuelve el abrazo. —Como dije antes en el coche, eres mi espejo.

Preferiría oírle decir que me quiere, pero si es así como traduce sus sentimientos, vale.

Me pone en la mano una llave con un lazo rojo.

—Todo tuyo. Aprovecha al máximo cada espacio.

Teniendo en cuenta que he estado ausente todo el día y que ha hecho del regalo todo un misterio, estoy segura de que encontraré mucho más que un "te quiero" detrás de la puerta. Por muy ansiosa que esté, no puedo dejar de abrazarle y colmarle de besos, diciéndole lo mucho que le quiero.

—A menos que no quieras estrenar tu nueva habitación, te sugiero que la estrenes pronto.

La idea es genial, y me doy cuenta de que él está más ansioso que yo. Otro reflejo que puedo ver en él. Su forma perfeccionista de querer complacer a todos con sus proyectos.

Giro la llave y abro la puerta. El olor a pintura es fuerte. Todas las paredes están pintadas de color marfil. En el centro de la habitación, hay una mesa y sillas de estilo colonial, combinadas con una librería del suelo al techo y armarios de pátina y cerezo, y sobre la mesa, un hermoso arreglo de rosas rojas colombianas.

Deslumbrada, recorro la habitación, pasando los dedos por los muebles, disfrutando de cada espacio de mi pequeño rincón.

—¡Guau! Está preciosa.

Abrazo las rosas rojas más hermosas, aspiro su fragancia y busco una tarjeta o una nota.

Una masa de calor se forma detrás de mí. Mi corazón se acelera y mi cuerpo tiembla.

—Esta vez, no hay tarjeta. He preferido decirlo mirándote a los ojos, para que eternices mis sentimientos.

Giro mi cuerpo hacia él. Me encuentro con un hombre llamativo de mirada penetrante.

—Beatriz Eva Torres Machado. —Lánguida y cariñosamente, pasa sus dedos por mi mejilla, haciéndome apoyar el rostro en sus manos, que se posan delicadamente entre mis cabellos. —Llegaste irrumpiendo en mi vida, sin pedir permiso, arrasando cualquier barrera protectora como un tornado. Llegaste a conocer lo mejor y lo peor de mí, y hoy ya no me veo sin ti a mi lado. —Después de respirar en mi pelo, habla en voz baja. —Tu olor es casi como el oxígeno que necesito para vivir.

Creo que mi corazón deja de latir por un segundo. Apoyo las flores en la mesa detrás de mí y le rodeo los hombros con los brazos.

Sus labios tocan los míos de forma casta y delicada.

—Tu sabor es mi desayuno favorito y tú, mi niña mimada, te has convertido en la mujer más guapa que he visto nunca. Eres el amor de mi vida.

—¿Estás diciendo que me quieres, Pedro?

—Te quiero, Beatriz. Contigo me siento fuerte, me siento capaz de superar cualquier barrera que la vida me haya impuesto.

—¡Te quiero mucho, Pedro!

—Lo sé, mi amor, y por eso te pido que tengas paciencia. Todavía tenemos una historia que vivir juntos. Nuestro amor es capaz de superar todos los problemas y fantasmas que puedan aparecer, pero para eso necesitamos confiar el uno en el otro y decir siempre todo lo que siente nuestro corazón. No quiero vivir un amor de mentiras. Quiero seguir adelante desde aquí contándote todo, quién soy, quién fui y a dónde quiero ir. Ten en cuenta también que este plan de futuro incluye a la mujer en la que te has convertido y que me ha robado el corazón. Tenme como tu puerto seguro, tu fuente de desahogo, alguien con quien compartir tu dolor más profundo. Juntos encontraremos la manera de convivir con cada problema sin convertirlos en dramas irreversibles.

—¿Vas a incluir esto como anexo al contrato? —bromeo, feliz y radiante.

—No. Este será el desafío de amarnos unos a otros. Aprenderemos a vivir juntos. No hay subordinados en esta relación. Sólo hay dos corazones enamorados en busca de amor sin fin.

—¿Te he dicho que nací para amarte? —digo, violando sus labios en un beso lleno de promesas de amor.

Capítulo 34

Pedro Salvatore

Estirarse y tocar su suave piel por la mañana se convirtió en un desafío contra las ganas de quedarse en la cama.

Duerme como un ángel. Sigo observándola dormir, intentando encontrar dentro de mí una nueva forma de hacerla salir del laberinto en el que la vida la ha extraviado.

Tras las expresiones de gratitud y felicidad, mientras exploraba su nueva habitación, se topó con el escudo de armas de su apellido. Juro que vi en sus ojos una búsqueda del recuerdo de su pasado. Busqué en el fondo de mi alma la fuerza para parecer indiferente y no decir lo que había descubierto en mi investigación.

Estaba claro que tenía una historia relacionada con su familia. Las noticias no dejaban lugar a dudas. Ella y su padre habían pillado a su madre con su amante. Eso era lo que me intrigaba. ¿Había elegido inconscientemente bloquear su pasado?

Me hizo querer abrazarla.

¡Qué bonito!

Pero era injusto despertarla para satisfacer mis deseos lujuriosos, después de la velada que habíamos pasado con un buen prosecco Donnatella, que habíamos abierto para celebrar su graduación.

Sonrío en mi carrera matutina. Esa niña me lleva a un precipicio de emociones. Me hace complacer sus encantos, siempre ofreciendo algo a cambio. La muy descarada me tomó el pelo cuando llegamos a casa. Y todo fue culpa mía, claro.

Hace mucho tiempo, un cliente, propietario de Vinícola Góes, me regaló una caja de prosecco. La guardaba para una ocasión especial y por fin me decidí a abrirla. Era un buen momento para brindar. Conocía mi límite, la medicación me prohibía ir más allá del primer sorbo, pero Bya... Bueno, ella tomó hasta la última gota de la botella.

—¡Basta, Beatriz! Ya te has tomado tres copas. ¡Qué bien! — Intenté distraerla con un beso para quitarle la botella de la mano, que seguía intentando servirse otro vaso.

—Pedro, no vas a interrumpir mi celebración. — Endiabladamente, se quitó la última prenda de ropa, se encaró a mí y rodeó mi vientre con el dedo, extendiéndose lentamente hasta uno de mis pechos, rodeando la rosada areola. —Podría beberme una bodega entera y aun así no perdería la conciencia del día más especial de mi vida.

—Especial!" —Curioso, quiero agarrarla y tirar la botella al suelo.

—¡Muy especial! Hoy, escuché al hombre de mi vida decir que me ama. Vamos, mi amor, déjame celebrar este día contigo. — Abre los brazos y gira feliz, desnuda. Sus pequeños saltos rompen mis defensas.

Ese desinterés por emborracharme, combinado con mi deseo de complacerla, me vuelve loco.

—¿Quieres celebrarlo, Beatriz?

Ella mueve la cabeza como una mendiga de placer y yo, como un usurpador de sus deseos, vuelvo a llenar la taza, mirándola sin perderme ninguno de sus movimientos.

Su lengua recorre lánguidamente sus labios, sedienta, y, sin soltar la copa, tiro de ella por el brazo, atrayéndola hacia mí.

Vislumbrar las palpitantes arterias de su cuello, que mostraban su ansiedad, y sentir los pezones de sus pechos tocar mi pecho desnudo, calientes como brasas, hizo que mis testículos se anudaran de deseo.

—Así que bebe con moderación, alumna mía.

Mi acción fue instintiva. Si quería beber, que sorbiera el líquido que burbujeaba en mi cuerpo.

Giré la copa sobre mis labios cerrados y el vino fluyó a lo largo de mi cuerpo. Con insana maestría y glotonería, me lamió y chupó en dosis homeopáticas de placer, saboreando y enloqueciéndome con su apetito, hasta que la última gota goteó sobre mi polla.

Era alucinante mirarla a los ojos mientras me chupaba, apretándolo uniformemente entre sus labios, tan desvergonzada e inocente al mismo tiempo.

¡Qué noche!", pienso para mis adentros, ajustando manualmente la enorme erección que se forma con mis pensamientos mientras corro. Qué difícil es intentar domar un deseo así cuando tu mente manipula tu cuerpo con tanto ardor.

Últimamente, pensar en ella me ha ayudado a combatir las voces intrusivas, que son como una plaga; nunca mueren. Tanto es así que ya se están manifestando, diciéndome que tengo que recoger el coche de casa de ese chico aún indefinido.

Las amenazas de mis pensamientos se repiten tediosamente:

Si no recoges el coche, no estarás bien.

Si no recoges el coche, no tendrás fuerzas para volver andando.

Si no recoges el coche, podría pasar algo.

Así que continúo, como siempre cediendo ante ellos.

En el camino de vuelta, empieza a sonar en la radio la canción "The Mummer's Dance" de Loreena McKennitt y no dejo de prestar atención a la letra, dándome cuenta de cómo encaja con nuestro momento.

Como la letra que dice que la vida es un gran baile de máscaras, viví en el silencio ensordecedor en el que mis pensamientos me adoctrinaron durante años, me dictaron normas y me instruyeron para razonar sin espacio para el amor. Allí conocí la amargura de la vida, y ahora estoy conociendo la dulzura.

Esta especie de doble identidad con la que me veo obligado a vivir me ha hecho crear barreras a lo que la vida me ha dado gratis, pero ahora un grito de liberación llamado amor se está extendiendo y aniquilando todo lo malo que me ha dominado hasta ahora.

En el equilibrio de la vida, cuando los pesos llegan al punto de decidir el futuro, doy gracias a Dios por haber puesto un ángel en mi vida.

Un ángel en forma de luz que me hace querer bailar al son de la sinfonía del amor.

Un ángel que ha venido a dominar y excluir el lado feo de la vida.

Un ángel al que no le importan mis problemas.

Un ángel que me hace sentir diferente y que me da ganas de vivir y de ser feliz.

Suena mi móvil con un mensaje de WhatsApp. Seguro que es su respuesta, ya que le escribí antes de irme.

Cojo el móvil y veo que ha escrito una Biblia. Ansioso, pongo el intermitente izquierdo, aparco y leo.

Buenos días. Aunque te he echado de menos en la cama, me ha encantado despertarme con el mensaje de que soy tu dama de la noche. Sólo espero que mi fragancia no te embriague sólo después de las 6 de la tarde, porque ése es el ecosistema de una dama de la noche.

La brujita siempre tiene que hacer una broma. Le contesto.

Ya voy. Espérame. Tengo una erección enorme y sólo el descarado puede hacer que se sienta mejor.

Riendo, pulso enviar.

Voy a salir. La descarada tiene cita con la manicura.

Me maldigo mentalmente por haberla dejado por la mañana. Si hubiera sabido de este compromiso, habría disfrutado

despertándome a su lado.

Pedro: ¡Qué pena! Traigo golosinas que te encantan para desayunar.

Bya: No tardaré.

Puede tardar una eternidad, pero sé que la erección seguirá igual. La noche que pasamos juntos está muy presente en mi mente y en mi alma.

Pedro: ¿Qué importa? Estaré solo de todos modos. Yo, mi mano y la enorme erección que me haces sentir.

Apela al chantaje emocional y sexual.

Bya: Me gusta saber que soy la dueña de tu erección.

Pedro: Ojalá pudiera llegar a casa a tiempo para conocerla y demostrarle lo mucho que te quiere.

Me siento como un adolescente, me encanta burlarme de ella.

Bya: ¿Dónde estás?

De camino a casa, recogí tu coche.

Bya: Esa es una mala señal. Creo que voy a tener que cancelar mi manicura. Sólo dime: ¿hospital o cremación?

¿A qué te refieres? Y sonrío cuando me doy cuenta.

Tenía sentido común. Dejó la llave en la puerta.

Bya: No te enfades con él. Es un buen chico.

Peter: ¿Chico o chica?

Bya: Una chica en el cuerpo de un chico.

Me molesta ver hasta qué punto ella cree que en su forma espontánea hay un tipo atraído por ella. Soy hombre y sé muy bien cómo mira un hombre a una mujer.

Pedro: No sé si ya está convencido de eso cuando te mira.

Bya: Deja de dar rodeos. Me estoy metiendo en la ducha desnuda y me muero por compartir esta caja contigo.

Ella tiene razón. ¿Qué hago aquí de pie cuando ella me espera desnuda?

No te atrevas a irte antes de que yo llegue. Pide cita con tu manicura porque tu hombre está de camino.

Beatriz Eva

En medio de la bruma del atardecer, sentada en una roca en lo alto de la colina del terreno que poseo, puedo apostar a que hay más gotas de agua en la habitación, teniendo en cuenta cuántas lágrimas corren por mis mejillas. Lloro porque no quiero sentir el doloroso recuerdo de mi pasado acechándome y siento muy claramente que no quiero que se interponga en mi futuro.

Anoche, Pedro llegó a casa emocionado después de una de sus sesiones de terapia. Dijo que empezaba a comprender el mecanismo de todos los acontecimientos que nos rodean. No podía juzgar las acciones de su padre en el pasado ni sus sentimientos hacia su madre. Y algo dentro de mí se rompió cuando escuché toda la historia; descubrí que mi familia le había hecho sufrir durante años, aunque en ese momento me demostrara que estaba dispuesto a disculparse.

Con la cabeza apoyada en mi regazo, viendo una película sin importancia, se abrió y me confió todo, cosas que nunca había mencionado debidamente, y me reveló que estaba muy contento con los progresos que había hecho en la terapia.

—Ahora me doy cuenta de que luchar contra el amor es una batalla perdida.

—¿Por qué lo dices?

—Porque crecí odiando a mi padre por haber abandonado a mi madre. Creo que hoy lo entiendo mejor, porque el amor que siento por ti me demuestra que sería incapaz de alejarte de mí.

—Para quedarme con mi abuela", dijo con pesar. —Imagino lo duro que debió de ser para tu madre ser traicionada por el novio y la prima que acogió. —Un sentimiento de resentimiento se agolpó en mi pecho.

—Podría haber sido cualquier otra mujer. El hecho de que sea tu abuela no cambia sus sentimientos. —Me acomoda un mechón de pelo detrás de la oreja en un gesto de consuelo. —Eso nunca fue relevante para mí. —Reflexivo, me mira fijamente, en silencio. —Si no fuera por tu abuela, no te tendría aquí conmigo.

—Qué carga tienes, ¿eh? —Bromeo con él.

—Una carga muy pesada, porque contiene las mejores cosas de la vida.

Levanta la cabeza mientras pienso en lo que dice. Recibo un casto beso lleno de afecto.

—¿Cómo era tu relación con mi madre?

Sonríe.

—Era una niña pequeña como yo. Estábamos perdidos en medio de un lío. Siempre intentaba acercarse a mí, pero yo nunca la dejaba acercarse demasiado a mi corazón. Tenía una especie de mantra que decía que ella no era como ellos. Mi padre la trataba como a una muñeca de porcelana, intocable. Pero a mí me hizo cosas terribles. Vi la diferencia de trato y me distancié aún más. ¿Sabías que fui yo quien le presentó a tu padre?

Había oído que mi padre se enamoró a primera vista de mi madre, pero se lavó las manos porque sabía que ella no estaba unida a nadie y cambiaba continuamente de novio. En ese

momento, le pellizqué y él levantó los brazos en señal de rendición, diciendo que sólo contaba lo que sabía. También me gustó oírle decir que mi padre era un amigo especial, que siempre le respetó por ser reservado. Y, sobre todo, que mi padre era cinco años mayor que él. Así que no hizo ninguna referencia, ni siquiera en broma, a que tenía edad para ser mi padre. Al fin y al cabo, sólo nos separan quince años.

También me contó, con lágrimas en los ojos, cómo su padre lidiaba con sus trastornos, y yo me contuve para no llorar y perturbar ese momento de desahogo.

—Así que era justo ser Cupido. Realmente clavaron la producción de la mujer de tu vida, ¿eh?

Sonríe, me llama modesta y me cubre de besos y sensuales caricias.

Ahora estoy aquí, después de dos días de tener sueños enigmáticos, confusos, indescifrables, llorando sin sentido, intentando descubrir recuerdos de mi pasado, esperándole, para mostrarle mi sorpresa.

Me tapo los ojos con la manga de la chaqueta y respiro hondo, decidida a no sufrir más la pérdida de mi memoria.

¡Suficiente! Merezco la felicidad plena. Voy a seguir el consejo de mi terapeuta y buscaré a una compañera de trabajo que hace tratamientos *de brainspotting*, un área de la psicología. Me comentó vagamente que había conocido esta nueva técnica y que le entusiasmaba. También dijo que podría ser eficaz no sólo para mí, sino también para Pedro, ya que tratan al paciente yendo directamente a la causa de sus traumas.

Sé esperar. Y sé que mi misión es rescatar mi ser y lo que haya detrás de todos estos recuerdos. Seré fuerte y capaz de seguir adelante y lidiar con lo que la vida me ha dado.

—Quiero ver si ustedes, neuronas conflictivas, van a desafiar este llamado *"brainpotting"*. El nombre da miedo, ¿verdad? Así que empezad a prepararos para cooperar.

—¡Hum! —Me abrazan por detrás. —Al parecer, alguien no está cooperando con algo.

Me doy la vuelta y le miro, sonriendo.

—Sólo te estaba advirtiendo. No te estaba regañando.

—¿Y puedo saber a quién hay que avisar?

—He decidido que voy a seguir un tratamiento específico para encontrar respuestas.

—Eso está muy bien.

—¡Muy bueno! —Insinuante, el beso. —Muy bueno.

—¡Delicioso! —Él corresponde.

El aire fresco nos hizo entrar en calor abrazados. Había dejado una nota para Pedro, diciendo que un cliente amigo quería reunirse con él allí. Creo que me guardé la sorpresa.

—¡Qué lugar tan bonito! Me encantó ver el progreso de su proyecto en la puerta.

—Se está poniendo muy bonito", digo con orgullo.

—Creía que llegaba tarde, pero veo que el cliente también.

Sonreí, soltándole.

—No, Pedro, está adelantada.

—A menos que mi amor por ti me haya cegado, ya que sólo tengo ojos para ti, el caso es bastante grave, porque aquí no hay nadie más que nosotros.

—Me alegra mucho saber que sólo tienes ojos para mí. También me alegra saber que tu caso no es tan grave.

Me mira, confuso e interrogante.

—Sr. Pedro Salvatore, conozca a su nueva clienta y admiradora de sus proyectos: Beatriz Eva Torres Machado, propietaria de esta parcela de 1.000 metros cuadrados.

Extiendo la mano para saludar y él la aparta.

—Felicidades. Y gracias por ser seguidor de mis proyectos.

Entusiasmada, empiezo a hablar de mis planes, del proyecto de paisajismo, y cuando levanto la cabeza, veo que el brillo de sus ojos se ha apagado.

—¿Qué ha pasado?

—¡Nada! —responde, mirando el valle oculto bajo la niebla.

—¿Pedro?

—Será una hermosa casa en la colina.

—¿Pasó algo? No estabas contento.

—Claro que me alegro por ti.

¡Dios mío! Todo se ha venido abajo. Cree que me voy a mudar y vivir sola.

—No tienes que ser feliz por mí. Quiero que seas feliz por nosotros. Cuando compré la parcela, estaba pensando en nosotros.

Estaba pensando en una pequeña escapada para nosotros, para los fines de semana.

—¿No pensabas alejarte de mí?

Salto sobre su espalda, sonrío y le rodeo la cintura con los brazos.

—Vamos, burro. ¡Cabalga! —Te daré en el trasero.

—Cuidado con lo que dices, Beatriz.

—No me retracto. Cuando se trata de mis buenas acciones, siempre eres tímido.

Me tumba lánguidamente sobre la hierba húmeda y se mete entre mis piernas. Nos reímos juntos como dos adolescentes tumbados en el suelo.

—Me gusta la comparación con el miembro del animal, que es tan grande como el tuyo.

—¡Mula descarada!

—¿Me has llamado mula? —Aparto la cara cuando intenta besarme.

—Es tan testaruda como uno cuando se muestra escéptica sobre algo.

—Debe ser porque el campo nos hace sentir como animales.

¡Un momento! Conozco esa expresión desvergonzada.

—Creo que sí. —Siento su miembro presionando contra mi abertura. —Sabes que los animales copulan en la naturaleza, ¿verdad?

—¡Para, Pedro! —Intento huir, fingiendo vergüenza. —¿Y si pasa alguien?

—Con esta niebla, ni siquiera puedo ver dónde está la cremallera de tus pantalones, y mucho menos a nadie que venga aquí.

—No es lo que parece. —Me retuerzo y le doy rienda suelta para que me baje los pantalones.

—Los animales en celo son peligrosos.

—Creo que sé dónde quiero construir nuestro rincón del amor.

—El cliente siempre tiene razón.

Lo dice mientras me besa y me ama salvajemente en nuestro pequeño rincón de escape.

Capítulo 35

Beatriz Eva

Después de abrocharme la correa de la sandalia, cubierta por mi vestido de cola de pez verde Tiffany, levanto la vista y siento un escalofrío que me recorre la espalda. Me siento observada por Pedro en la suite que nos ha reservado, cerca de la playa de la Riviera de São Lourenço, donde se celebrará la boda.

—¡Es imposible estar más guapa! —Levanta una copa y brinda al aire, con una especie de admiración orgullosa y decidida en los ojos, mientras un temblor de excitación resuena en mi interior. —Te dejaría todos los trajes de este color si no estuvieras preciosa con todos los demás.

—¿Tratando de encantarme, mi respetable tutor?

No dejo de pisotearlo sabiendo que en unos minutos sólo tendré que comportarme como su alumna.

Pretenciosamente, se lleva el vaso a la boca y saborea el borde, como hace con mis labios. Actúa como si lo que acabo de decir no fuera a cambiar nada entre nosotros. No lo hace, pero me molesta saber que no podremos hacer oficial nuestro amor, delante de todo el mundo, hasta que nos casemos. Sabe cómo manipularme, pero se equivoca si cree que no me vengaré de esta estúpida regla que ha establecido.

Aunque son del mismo color que mi vestido, sus ojos brillan más que el crepé de Georgette que llevo. Comprendo su postura e intento reprimir el escalofrío que me provoca. Pero me traiciona porque los pezones de mis pechos se hinchan. Cruzo los brazos en un intento de disimularlos; él sonríe al verme desconcertada.

—¡Contrólate, cuerpo rebelde! —Reacciono, pensativo.

Parece tener el poder de escuchar incluso mis pensamientos. Odio saber que me conoce tan bien.

—Si tienes frío, Beatriz, deberías llevarte una chaqueta ligera. —Deja la taza sobre la mesa y se acerca a mí.

—¡El aire acondicionado está demasiado fuerte!

En mi estado normal, podría dar mil justificaciones. Pero estoy lejos de ello. Me entristece no llegar del brazo con él, sonriendo a todos como una mujer amada.

Si ahora pudiera adoctrinar mi cuerpo, sería feliz, porque cada vez está más cerca de mí.

—Si Marco no fuera mi hermano de corazón, hoy no saldríamos de esta habitación. Y te juro que no me importaría cuánto pagaste por este vestido, porque lo destrozaría y te follaría hasta que nos reventaran los sesos. Y te haría mucho el amor hasta que entendieras y te metieras en la cabeza que no voy a oficializar nuestra relación hoy sólo para preservarla.

—¿Supone una diferencia hoy o mañana? ¿Qué cambiará en sus vidas?

—Hoy es la boda de Marco y Babby. No quiero convertirla en un escenario de peleas. Si algún amigo insinúa una A irrespetuosa

hacia ti, partiré al desgraciado en dos. Pero eso ya lo sabes. Ahora aparta este pico, mételo entre mis labios y siente lo asombrado que estoy por tu belleza.

Pedro lleva un vestido blanco y pantalones marfil. Me pareció un look muy diferente para la ceremonia, pero teniendo en cuenta el lugar, parece el caiçara más guapo de la historia. El amor es curioso. Sonrío por dentro, pensando que, si sólo llevara un bañador, seguiría estando elegante. Sin decir una palabra, hago lo que me dice. Así es como le respondo: abrumada por su amor.

Es impresionante ver toda esa escenografía instalada en la playa de arena. Mires donde mires hay todo lujo de detalles. Es todo muy romántico y moderno. La ceremonia tendrá lugar frente al mar, un auténtico sueño.

Hay dos carpas gigantes abiertas, todas decoradas con arreglos verdes y flores. Telas ligeras, entre bambú y madera y el follaje que cae entre ellas, encantan a todos los que las contemplan asombrados. Parece que los organizadores han pensado en todo. El mar, el viento y el aire marino completan el ambiente romántico como decoración natural. Aunque sea sencillo, Pedro es quien parece ser el novio en el altar ante mis ojos soñadores, que brillan cuando le veo de pie como centinela al son de "Can You Fell the Love Tonight" de Elton John. Por un momento, me permito vivir la utopía, la fantasía, o incluso la ensoñación, de que él está ahí, como esperando a que yo sea suya para siempre. Siento que mi corazón se acelera y una lágrima de emoción recorre mi mejilla.

Odio esto de la fantasía.

Nos miramos fijamente y puedo leer sus labios diciendo que soy la mujer más hermosa.

La ceremonia conmueve a todos los invitados. Los padrinos, de pie junto al representativo altar erigido en la arena, esperan a la novia. Otra novedad, fuera de los patrones convencionales y rompiendo todos los protocolos, la novia y su padre entran primero, acompañados por la canción "Can You Free Love". Bárbara sonríe a todos, demostrando que es la mujer más feliz del mundo. No me canso de maravillarme con cada detalle de la boda más bonita que he visto nunca.

Un silencio celestial parece caer sobre la playa cuando el piano comienza a hacer resonar el "Ave-maria" de Gounod, acompañado de violines, anunciando la entrada de la dama de honor. En este caso, la dama de honor está representada por un biombo que baja junto al altar, mostrando la imagen de la Victoria. Me produce un escalofrío verla sonreír y bendecir la ceremonia. En el acorde más grave de la melodía, dos focos iluminan una estrella dorada que se eleva contra el cielo del atardecer.

Sólo con mirar a Pedro, sé que está muy emocionado. Veo que se le saltan las lágrimas, como a todos los invitados. Marco no escatimó en emoción y demostró que este momento era importante para él.

Justo cuando parece que nada más en la boda puede sorprender a nadie, llega el sonido de las guitarras, acompañado por el rugido de los motores de las motos. A la cabeza de los moteros está el novio, que llega escoltado por miembros de la peña motera Águilas del Asfalto. Las motos se callan y empieza a sonar "Wish You

Were Here" de Pink Floyd para cortejar al novio hasta el altar. Allí está Marco, un novio guapísimo, al final de la alfombra roja, mirando a Bárbara que llora y ríe a la vez en el altar, sin creerse el tamaño de ese amor.

La pareja en el altar es todo sonrisas y lágrimas de felicidad. Su romanticismo es contagioso. Su declaración es todo lo que una pareja -que quiere vivir una vida de compañerismo—desea oír. El juez de paz sella el matrimonio y los invitados aplauden.

Al final de la ceremonia, los aseos improvisados al borde de la gran carpa que conduce a la recepción se ven invadidos por bandadas de mujeres desesperadas por retocarse el maquillaje, deshechas por las innumerables lágrimas derramadas.

En una de las salidas, encuentro a Pedro con el cuello estirado, mirando de reojo.

—¿Buscas a alguien? —Me pasaré.

—Sí, una doncella perdida.

¡Maldito hombre! Quiere que me comporte como una chica, ¡pero no deja de mirarme y de acercarse a mí! Parece buscar la manera de que me arroje a sus brazos y le bese.

—No vi ninguna damisela en apuros allí. —Trato de ser indiferente.

Su sonrisa torcida demuestra que mis jadeos a tu lado son tan falsos como mi indiferencia.

—Es curioso, porque llevaba un vestido como el tuyo.

—Qué extraño... Este modelo es exclusivo. No creo que pueda tener la misma idea para la ropa. Ciertamente, nuestras

personalidades son muy diferentes.

La sonrisa libertina aparece de nuevo.

—Debo haber sido yo, entonces. Después de todo, dudo que una doncella sea tan orgullosa como tú.

—¿No le gusta la exclusividad, caballero? —Me burlo.

—¿Me gusta? —Permanece en el mismo sitio, sin borrar la sonrisa de su cara. —Exijo exclusividad.

—¡Cuidado, caballero! A veces puedes estar dando armas a una persona vengativa, que sin duda sabrá utilizarlas.

—Intenta utilizarlos. —No sé por qué, pero veo en tu actitud algo diferente de lo que era al principio.

Me ofreció su brazo y puso su mano en mi cintura. Ya quieto, me hizo sentir como gelatina. Cuando se mueve de forma sexy, es aún más irresistible. Es letal para mis hormonas verlo tan cerca.

—¿Puedo hacerle el honor de acompañarle a la recepción? —Su otra mano se superpone a la mía.

Lo más demencial de todo es que la preocupación parece haber cambiado de bando: ahora soy yo la que está nerviosa por entrar con él del brazo.

¡Jesucristo! ¿Será que a este hombre le ha soplado el mar en la cabeza que ese miedo a querer presentarme como su novia a sus amigos es una tontería?

—¡El honor es mío! —digo feliz, rodeando el suyo con el brazo.

Pedro Salvatore

Entrar en la recepción del brazo con ella atrae la atención de todo el mundo, y puedo asegurarte de que no es porque estemos juntos, sino por la hermosa mujer en la que se ha convertido.

En mi interior, los celos crepitan ante la codicia de los ojos de los hombres que se vuelven para mirarnos.

Varias personas nos saludan. Patrícia, la amiga de Bárbara, llama la atención de Bya y le pide ayuda con algo que yo no oí porque mis ojos, como un halcón, analizan a todo el que la mira.

Apenas puedo acercarme a ella en la fiesta, pero mis ojos la siguen allá donde va.

Horas antes, estaba dispuesto a privarla de cualquier posible vergüenza por parte de los matones del moto club aceptándola como mi novia. Sin embargo, me llevé una desagradable sorpresa cuando, al entrar con ella, los solterones que están aquí me llamaron suegro, además de otras insinuaciones y bromas.

Fue como un puñetazo en la cara.

Nunca fui su padre. Si alguna vez dejé que eso se notara, me hice el tonto.

¿A quién quería engañar cuando decidí establecer normas de convivencia y apariencia delante de todo el mundo? En ese momento, quedó claro hasta qué punto la dignidad de un hombre podía verse alterada por su atracción hacia una mujer.

Hice oídos sordos. Lo único que me importaba era gritarle al mundo que aquella hermosa mujer de ojos llamativos vestida de Tiffany verde era mía. Sólo mía.

Intenté acercarme a ella, pero la velada pasó y apenas nos rozamos hasta que llegó el momento del brindis por los novios. Para mi disgusto, me tocó pagar el pato, en nombre de mi amistad con Marco. El tipo me hizo ensayar un pequeño espectáculo con él, su suegro, su padre y su primo para animar a la novia. Al menos las payasadas hicieron reír. La falta de coordinación motriz del quinteto fue lo mejor: ¡todos estaban descoyuntados!

Hasta ese momento, los machos habíamos prometido quedar bien en la actuación de baile para la novia. Pero cuando llegó el momento de ver, nos mirábamos unos a otros, con ganas de rendirnos, cosa que sólo no ocurrió porque el padre de la novia no nos dejó.

—¿Qué clase de machos sois? Mientras Marco baila para la novia, vamos a pasar por esta pantalla y seducir a nuestras hembras. ¿A qué estáis esperando?

Eso es, pienso para mis adentros. Voy a bailar para mi mujer y, al final, le demostraré que nadie en el mundo sabrá jamás que es mía. Y al diablo con mis tics en los labios, que aparecerán porque estoy muy ansioso.

Marco es el primero en entrar. Me animo y los demás me siguen.

Mis pensamientos me dicen que cambie de bando dos veces.

—Pedro, perteneces al otro lado.

—Ya lo sé. —respondo a Rogério, disimulando el ritual de seguir escuchando mis pensamientos intrusivos.

Aguanta, amigo. Ahora no es el momento de hablar, trabajaré con tus pensamientos.

Cryin'" de Aerosmith invade la habitación. Bya, guapa y con los ojos brillantes, me mira fijamente. Sonrío por dentro porque sé el esfuerzo que está haciendo para no gritar como una actriz. Sobre todo, cuando mi cuerpo se balancea al son del estribillo, en el paso que estamos ensayando, y mi mirada es como si mis labios cantaran la estrofa sólo para ella.

Está abajo en mí

Sí, tengo que decirte una cosa

Lo he estado pensando

Chica tengo que decir

Somos socios en el crimen

Tienes ese algo

Lo que me das

Me deja sin aliento

Ahora se corre la voz en la calle

Es el diablo en tu beso

Si nuestro amor arde en llamas

Es un fuego que no puedo resistir.

La canción termina, al igual que nuestra obligación de continuar el espectáculo; todo el mundo aplaude, pero apenas oigo las ovaciones. Sólo quiero agarrarla y besar esa boca que no ha

dejado de morderse los labios durante toda la canción. Cuando estoy a punto de bajar del pequeño escenario, el padre de Marco tira de mí para abrazarme, rompiendo la conexión. Veo su expresión de disgusto por no haber acudido a ella antes, pero ¿qué culpa tenía yo? Cuando Marco y yo estábamos en la universidad y éramos compañeros inseparables, a pesar de que estudiábamos carreras diferentes, el viejo era un amigo para mí.

—¡Pedro! Marco y tú sois un orgullo para mí.

—Fuiste como un tío para mí. No puedo agradecerte lo suficiente las barras que sostuviste para ayudarme.

De un tema, saca otro. Cuando la gente bebe, tiende a soltarse más y, por alguna razón, se pegan a ti como el pegamento. Creo que el señor Jordano está en uno de esos días. Su alegría por casar a su hijo, que ya lo ha pasado mal.

Controlo mi ansiedad y acabo perdiéndola de vista. Entonces recorro la habitación con la mirada y la veo bailando en medio de una maraña de hombres, que babean como lobos. Siento que pierdo el color por un momento. Patrícia y Bárbara me miran cómplices, levantando sus copas en un brindis, aparentemente divertidas por la situación. Cuando estas mujeres se juntan, parecen formar un ejército de provocadoras.

—¡Joder! —maldigo, agotado de tener que aguantar la "venganza" de esa niñata. Estoy seguro de que está complaciendo la lujuria de las amigas de la novia sólo para provocarme. Unas ganas inmensas de tirar de ella por los pelos y arrastrarla por el pasillo hacen que el fuego arda en mi interior.

—¿Dijo algo?

—Nada, Sr. Jordano. Sólo pensaba en voz alta.

Su mirada sigue la mía.

—¡Vamos, Pedro! La chica está a punto de echarte el lazo para que te unas a ella.

—¡Imagínate! Parece estar disfrutando.

—Si no necesito cambiar el grado de mis gafas, creo que estoy viendo lo contrario.

Con una palmada en la espalda, se marcha.

Me palpitan las sienes y la boca se me llena de un sabor amargo al verla tan maravillosamente hacer un río de las babas de los tontos que tiene a sus pies.

—¡Bastardos! Vayan a buscar niñas ahogándose a otro mar. Esta pequeña ya tiene salvavidas.

Camino directamente hacia ella, sin pedir permiso y sin ver nada más delante de mí.

Sin dudarlo ni pedírselo, cojo su mano extendida mientras baila y la atraigo hacia mí. La hago girar en mis brazos hasta que su cuerpo queda pegado al mío.

—¡Cuida tu proximidad, mi querido tutor! La gente puede pensar que tienes segundas intenciones.

El estrecho más entre mis brazos e inclino la cabeza para hablarle directamente al oído.

—¿Has estado bebiendo, Beatriz?

—Que yo sepa, soy mayor de edad. Puedo decidir sobre mis actos y soy responsable de ellos. Y tú, Pedro, ¿eres responsable de

los tuyos?

Mi voz sigue siendo tranquila en comparación con el torbellino de sentimientos que despierta en mí este pequeño provocador.

—Ya verás lo responsable que soy de ellos. —La suelto de mis brazos y dejo que se enfrente a mí.

Empieza a sonar otra canción y vuelvo a tirar de ella, solo que esta vez la tengo alrededor del brazo.

La siento temblar bajo mi piel y, por su respiración, sé que la he cogido por sorpresa. Seamos serios, alumna mía, basta de bromas.

La melodía nos envuelve, y nuestros cuerpos siguen el ritmo, juntos y pegados, sin reglas, sólo concisos en el vaivén del swing sugerido por el ritmo latino.

—¿Has bailado alguna vez bachata, Beatriz?

—Nunca, pero soy una buena chica. Aprendo rápido.

—No te preocupes por la coreografía. —Mi virilidad se evapora por mis poros. —Solo siente la música y deja que mi cuerpo baile con el tuyo.

Recorro con mis manos los costados de su cuerpo y la guío, haciéndola girar las caderas, frotando lánguidamente nuestras pelvis. Un paso a la izquierda y la tengo aferrada a mí como un deseo. Ella responde espléndidamente.

—Creo que me estás engañando.

Se mueve perfectamente, como una latina. Parece nacida bailando bachata y destinada a seducirme con su cuerpo que se

adapta al mío.

—En absoluto. Eres un profesor excelente.

—En la danza de la vida no hay maestro. —Juntando las caderas, sigue el ritmo. —Lo que hay son dos compañeros en la misma melodía.

—¿Estamos en la misma onda?

—Eso pensaba yo, hasta que vi el espectáculo privado que estaba dando a algunos espectadores.

Por un momento intenta apartarse para burlarse de mí, pero desiste en cuanto se da cuenta de la evidente inutilidad de su intento con mi agarre. Detenida, curva la cabeza alrededor de mi brazo como un paso coreografiado y consigue soltarse con su cuerpo, aún agarrada a mi mano. Provocativa, sigue el ritmo de la música y mueve las caderas, moviendo el vientre como una bailarina árabe que intenta seducir a su jeque.

¡Mía!" repito una y otra vez en mi cabeza. Me encanta tu columpio.

Ella vacila un instante y yo consigo girarla, acercándola a mí. El duelo de nuestros cuerpos burlones me noquea, desbordante de sensualidad. Quiero su trasero rozándome y no dudo en volver a girarla en mis brazos como una muñeca, jugando al son de la música.

Salvaje, me siento como en un oasis paradisíaco de un cuento erótico, donde sólo el instinto animal habla por mí, y al diablo con el público que nos observa.

El sujeto por las caderas y le susurro al oído.

—Escúchame, Beatriz, ¡no vuelvas a alejarte de mí! —Digo las palabras como un deseo. Pero ella es terca y las interpreta como una orden.

—¡Jefe! Tú eres el que no me quería cerca.

Juguetona en sus movimientos, gira sobre mi brazo y aprovecha el tono agudo de la música para abusar de su flexibilidad, doblándose hacia atrás en un *cambré*. Me encanta cuando es atrevida.

Si ella lo quiere así, no lo dudo y relajo un poco el brazo, flexionándolo un poco más.

—¿Te hartarás, Beatriz, o te arrepentirás de haberme permitido ser tuyo?

Le fuerzo el brazo y la hago girar lentamente hasta que quedamos frente a frente. Mientras, mi mano disponible traza un camino desde su vientre hasta su garganta, que empalo ligeramente para que escuche el estribillo de la canción, mirándome a los ojos.

¡Porque necesito una chica que siempre esté ahí para mí!

Siento su cuerpo arder. Sonrío satisfecho de que me responda con tanto entusiasmo. Esta mujer es dueña de todos mis "quizás".

Respondiendo al baile como si fuera un duelo, ella abre las piernas y encaja mi pierna entre las suyas, frotándose

inocentemente a los ojos de quienes nos observan, pero quemando mi muslo al sentir el calor de su abertura.

—¡Nací para ser tuya, Pedro! Y no aceptaré nada menos.

La palabra que define el borde del colapso exuberante al que me conduce es secuestro.

Eso es lo que quiero hacer: secuestrarla y dejarla en mi prisión privada, desnuda y a mi disposición, para el resto de su vida.

—En la danza, nuestros cuerpos pueden improvisar adónde quieren ir, pero no en la vida. Así que tenlo en cuenta: yo no improviso. ¡Yo decido que te quiero a ti!

El deseo de clavar mis ojos en los suyos ha sido un golpe en mi mente desde que la vi por primera vez. Y esa es la primera señal que me ha dado la vida de que voy a estar atado a esta mujer.

Los acordes musicales enmudecen y nuestros cuerpos bailan al mismo compás, ralentizándose al hacerlo, pero mantenemos nuestros rostros cerca y caminamos uno al lado del otro.

—¿Y qué pasa cuando termina el baile? —Busca una respuesta con sus ojos oscuros, mirándome fijamente por un momento.

Con la mano detrás de su cabeza, la acerco a mis labios, casi sonriendo de satisfacción ante la expresión de asombro de su rostro.

—Cuando se acaba y te das cuenta de que no hay nada más importante en la vida que tu pareja, aprietas el botón de "que se joda el mundo" y la besas.

Inclino la cabeza y la devoro vigorosamente, con un fuerte rugido en el pecho, presentándola a todos como la mujer de mi vida.

Un aplauso general nos rodea, pero no me importa, porque ella me corresponde. Me hace querer más.

Recupera el aliento y se ríe.

—Por un momento, pensé que los aplausos eran para nosotros.

Miro a mi alrededor y veo a todo el mundo girado hacia los novios cortando la tarta.

Capítulo 36

Beatriz Eva

Voy por mi tercera sesión *de brainspotting.*

Cuando acudí a mi primera cita, estaba convencida de que visitar a un nuevo profesional no cambiaría mi impresión, ni rescataría la memoria atrapada en mi laberinto cerebral, donde las neuronas se regodeaban en mi olvido.

Desde el principio, el Dr. Daniel me explicó que *el brainspotting* era un tratamiento que dependía mucho de mí. La base del tratamiento sería ayudar a mi cerebro a autorregularse de un modo más adaptativo. Se centraba en identificar y procesar las redes de memoria que subyacen al dolor físico y emocional.

En ese momento, pensé: *poco sabe él que soy desmemoriado*.

—Este es el problema. Estoy aquí porque perdí la memoria tras un accidente.

—Cuando hablo de redes de memoria, Beatriz, me refiero a que vamos a trabajar sobre memorias pre-verbales que de alguna manera interfieren en tu forma de afrontar el presente. Vamos a estimular tu sistema nervioso, tu autorregulación, y así conseguir que te expreses en tus reacciones fisiológicas. Intentaremos activar las estructuras del cerebro reptiliano en las respuestas instintivas. De esta manera podremos conectar con las redes de las que hablo.

Algo dentro de mí quería demostrarle que estaba equivocado. Y así fue.

Sin detenerme a poner un punto y coma, resumí mi regalo volcándolo todo en él.

—¡Beatriz! Entiendo que estás sufriendo mucho. Has hablado de este sufrimiento varias veces. Por lo que has dicho, te ha ayudado muy poco. Así que quiero ayudarte de otra manera.

No sabía qué camino era el de arriba, pero tal y como lo decía, parecía fácil.

—Me gustaría que fueras más consciente de tu cuerpo cuando recuerdas las cosas, sin tener que hablar tanto y entrar en detalles. Ya has recorrido este camino, y ahora mismo creo que puedes ir más allá.

En ese momento, pensé: *¿qué tenía que ver mi cuerpo?*

Hice lo que me dijo. Es decir, lo intenté. Pero era difícil pensar y prestar atención a mi cuerpo al mismo tiempo.

Todo era muy nuevo.

Brainspotting era nuevo.

Cada vez que seguía sus instrucciones, me desconcentraba y me entraban ganas de reír. Me sentía nerviosa, como si no quisiera encontrar una respuesta. Y creo que mis respuestas fisiológicas, como él mencionó, acabaron por delatarme.

—Me doy cuenta de que, de momento, lo que estamos haciendo no tiene sentido, pero intenta conectar más con tu cuerpo, Beatriz.

¡Lo juro! Estaba empezando a sintonizar con la sesión.

—Beatriz, hoy hemos dado un gran paso. —Abrió su agenda y me miró. —¿Qué te parece si quedamos el jueves a las cinco de la tarde?

¿Ha terminado la sesión? ¿De qué iba todo eso? El hombre no había dicho nada. Sólo me pidió que entendiera las respuestas de mi cuerpo. ¿Qué indicación me había dado mi terapeuta? Mis pensamientos aullaban de rabia por haber pagado una consulta en la que el profesional no dijo nada útil. Debía de tener algún poder, porque parecía escuchar esta idea que resonaba dentro de mi cabeza. Así que decidió explicarse.

—Cuando llegaste aquí hoy, me di cuenta de que necesitabas presentarte. Tus ojos y tu lenguaje corporal eran frenéticos, no te quedaste quieta en ningún momento. Así que, Beatriz, a partir de ahora, nuestras sesiones serán guiadas por mí, si lo prefieres. Como te decía, me imagino el peso que llevas encima, pero en *brainspotting* trabajamos de otra manera. Me pareces armada y creo que este comportamiento debe haberte protegido varias veces. Pero al mismo tiempo, hay otra parte de ti que cree en el cambio. Así que podemos recurrir a la ayuda de esta esperanza tuya para validar la importancia de seguir este camino con seguridad y cuidado.

Sin posibilidad de defenderme, confirmé la siguiente cita.

Volví a casa diciéndole a Pedro que no estaba segura del *brainspotting*, pero que había aceptado el reto de continuar una sesión más.

Y llegó la siguiente cita.

Me acurruqué en la silla y el médico invirtió inmediatamente los papeles.

—Bueno, Beatriz, en nuestra primera sesión escuché lo que me traías. Hoy vamos a entrar más directamente en *brainspotting*. Por favor, ponte estos auriculares. Escucharás música bilateralizada. E intenta concentrarte en esta varita que tienes delante.

Me tendió el objeto. Lo analicé mentalmente.

Amenazante", sonrío por dentro.

Compórtate, Beatriz, y obedece al psicoterapeuta, o esta varita cantará en tu lengua.

—Todo trauma, Beatriz, es una re-traumatización. Cuando hablo de trauma, me refiero a una red de memoria de trabajo traumática. —Intento discutir, pero continúa. —En nuestras sesiones, vamos a trabajar estas redes incluyendo sus aspectos pre-verbales, lo que provocan en tu sistema nervioso y cómo se expresa esto en tu cuerpo.

Aquí estaba hablando de memoria otra vez.

—Imagina que eres una bola de nieve que desciende junto a una inmensa avalancha y que, para salvarte, necesitas encontrar el núcleo más profundo de este proceso.

¡Ya está! ¿Ahora era una bola de nieve? Me habían comparado con muchas cosas, pero nunca con una bola de nieve. Como mujer, esa comparación podía destruir mi autoestima.

—Entiendo que has tenido mucha terapia verbal. Es sólo que aquí todo será diferente.

¡Rancourous! Recordó que dije que no creía mucho en la terapia.

—Aquí no vas a hablar ni imaginar que tengo la obligación de entenderte. Vamos a utilizar el habla, sí, pero como una forma de autocuración de tu cerebro, y es a través de ella que vamos a trabajar tus sensaciones.

¿Quiere decir que voy a pagarle para que no me entienda y tendré que ayudarme? Muy fácil para él, ¿no?

—¿Puede explicarlo un poco mejor? Estaba un poco confusa.

—Nuestras sesiones se verán reforzadas por su autopercepción y autoobservación desde una posición ocular pertinente que estimulará a su cerebro a buscar una nueva autorregulación. ¿Entendido?

—¡La tengo! —mentí. No había entendido nada, de hecho, casi nada, pero me alegraba saber que no tendría que esforzarme por recordar algo que yo no podía.

Hubo unos minutos de prolongado silencio, hasta que él interrumpió.

—En la sesión anterior, dijiste que estabas dando un paseo con tu novio cuando sentiste algo parecido al pánico. ¿Puedes describir cómo fue?

De nuevo, no entendí a dónde quería llegar, pero intenté desarmarme y, por un momento, informé de lo que pude. Por supuesto, me salté las partes eróticas.

De repente, tuve una especie de epifanía.

Me di cuenta de que estaba en un entorno completamente seguro, siendo tratada por un profesional serio que intentaba ayudarme a encontrar soluciones a mi problema. Por lo tanto, podía permitirme hablar abiertamente. Decidí profundizar más y me encontré de nuevo en el agua, sintiendo pánico, con un temblor que me recorría el cuerpo, un miedo que me oprimía el pecho, haciéndome jadear, como si me fuera a desmayar. En ese momento, oí la voz del Dr. Daniel. Me decía que comprendiera todo lo que sentía mi cuerpo y que le dejara expresar lo que representaba.

—¿Beatriz? Del cero al diez, ¿cómo de activado te sientes con este recuerdo?

—Diez

—¿Dónde sientes esta activación más presente en tu cuerpo?

—En la garganta y el pecho.

—Concéntrate en dónde sientes esta activación.

Mi garganta parecía cerrarse cada vez con más fuerza, incapaz de dejar salir ningún sonido ni entrar aire.

Sin fuerzas para gritar, sintiendo que una burbuja bloqueaba mis cuerdas vocales, apareció en mi mente la imagen de un coche.

—¡Socorro! —Conseguí emitirlo como un grito de auxilio.

—¡Sí, Beatriz! Deja que tu cuerpo se exprese.

Quería salir de allí, pero la calma con la que hablaba me dio confianza para seguir sintiendo todo.

Fue una sesión diferente. Puedo decir que, en medio del caos, algo me liberaba y me daba una forma de empezar a perforar

la bola de nieve.

Junto con el coche plateado, apareció otra imagen.

—También oigo el sonido del agua corriendo.

—Sigue permitiéndote escuchar. Tápate el oído izquierdo y luego el derecho. Observa en cuál de los dos el sonido parece más fuerte.

Hice lo que me pedía y la sensación de oír más claramente se concentró en mi oído derecho. Deduje que la imagen podía ser la de un coche cayendo a un río, pero todo era muy confuso.

—¿De qué te das cuenta ahora?

—Muchos pensamientos e imágenes confusas.

—De cero a diez, ¿cómo es su activación?

—Tres o cuatro.

—¿Qué parte de tu cuerpo sientes más tranquila o segura? Ponte en contacto con esa sensación, cierra los ojos durante un minuto y centra tu atención en esa sensación positiva.

El Dr. Daniel consiguió tranquilizarme y, antes de que me diera cuenta, la sesión había terminado.

—¿Cuándo podremos volver a vernos?

Mirando el diario, el Dr. Daniel curvó ligeramente la boca, mostrando que estaba tan satisfecho con la sesión como yo. Salí de la cita sintiéndome esperanzada, aunque sentía la agonía de aquel día.

Optimista sobre la evolución del recuerdo, incluso sin saber lo que significaba, compartí la experiencia con Pedro, que me

esperaba fuera de la consulta.

Cenamos juntos. Yo estaba feliz, rebosante de alegría, pero incluso en mi momento de éxtasis, no pude evitar darme cuenta de que él estaba muy preocupado por mí. Parecía querer decirme algo, pero siempre dudaba.

A la mañana siguiente, después de despertarnos envueltos en nuestros mejores buenos días sensuales, mientras yo estaba tumbada sobre su pecho, dejándome acariciar el pelo, me dijo algo que no se me ha ido de la cabeza.

—Alumna mía, me alegra ver que estás entusiasmada con otro *brainspotting*. El progreso de este tratamiento te ha hecho mucho bien.

—Muy de acuerdo con él.

—Espero que no te alejes de mí, pase lo que pase.

—No voy a alejarme. —Levanto la cabeza y vuelvo los ojos hacia él.

—Yo soy tu presente, Beatriz, y no me importa lo que fue tu pasado. ¿Comprendes?

Respiro hondo y oigo que la secretaria del Dr. Daniel me llama.

—Beatriz, ¿qué tal la semana?

—Es alentador venir aquí.

Veo aparecer una sonrisa de satisfacción en el rostro del Dr. Daniel.

—¿Qué te parece si reactivamos los recuerdos de la última sesión?

—¡Me parece perfecto!

—Quiero que te sientas segura. Que sepas que estás en un entorno seguro. Estoy aquí en sintonía contigo y vamos a encontrar un punto de atención para ayudar a tu cerebro. Esto es lo que llamamos sintonización dual, es decir, relacional y neurobiológica para mejorar tu experiencia interior.

Presto atención a todo lo que dice, y cada vez me siento más segura para la nueva sesión.

—Hoy vamos a activar tu posición ocular relevante usando la varita. La idea de la autorregulación es la clave de la terapia de autocuración. ¿Qué pasa?

Me concentro en la música bilateral que motiva mi aura a la melodía de paz que transmite.

—¡No pasa nada!

—¿Te sientes con energía para empezar?

—Sí.

—Beatriz, ¿recuerdas el agua golpeando el coche?

—Desde que recuperé ese recuerdo, no he olvidado ni un solo segundo.

—De cero a diez, ¿cuánto hay ahora?

—Cinco -respondo con sinceridad; recuerdo la imagen, pero a diferencia de la última sesión, no me siento abrumada por un torbellino de sentidos.

El proceso de activación se repite y a partir de entonces empiezo a sentirlo todo presente de nuevo, intensificándose con

cada activación. Siento el lado izquierdo más vivo y claro, más perceptible a la vista.

—Genial, Beatriz. ¿Empezamos por el ojo con mayor activación? Ponte estas gafas.

Me entrega unas gafas transparentes con un tapón en el lado derecho. Esto me deja el ojo izquierdo libre para seguir la punta de la varita.

—Beatriz, conecta con el recuerdo que ha surgido. Presta atención a cómo responde tu cuerpo y sigue el movimiento de la varita con la mirada.

El objeto se mueve lentamente de derecha a izquierda; lo sigo de cerca con el ojo libre y, al llegar al lado izquierdo, empiezo a experimentar una sensación de extrañeza e inquietud. Pienso en apartarme de ese punto de incomodidad irracional, pero el terapeuta me llama la atención.

—Dime, Beatriz: ¿cuál es el punto que más te molesta?

—El izquierdo, —digo con prontitud, tratando de sacudirme la sensación de angustia.

—Fíjate dónde te molesta. ¿Más arriba o más abajo? —Mueve su varita.

Ciertamente me molesta mirar hacia abajo en ese punto, pero no sé por qué.

—Este punto es muy incómodo.

—Centra este punto, Beatriz. Siente tu cuerpo y mira adónde te lleva. No olvides que estoy aquí. Permite que tu cuerpo se exprese.

Con la mirada fija en el punto y perdido en medio de la nada, siento que se me saltan las lágrimas. El dolor en mi pecho es tan fuerte e inesperado como un golpe; por un instante, el agua desaparece.

Mi corazón se acelera.

Al principio me parece oír voces en la música de fondo, pero se distorsionan. Entonces me doy cuenta de que es solo un efecto acústico.

—No lo entiendo. Oigo voces distorsionadas, pero por dentro me suenan familiares.

—Deja que surjan, Beatriz. Realízalos; eso es lo que tu cerebro quiere expresar.

—Me suenan familiares. Tengo la sensación de haberlas oído antes.

—Sigue un poco más. Ve a dónde te lleva.

Me tiemblan mucho las manos y temo que pierdan el foco. Siento la boca seca y lágrimas instintivas corren por mis mejillas. Es una especie *de déjà-vu*.

El paisaje de una autopista pasa como un rayo.

—Me siento como en un coche en marcha: traduzco la imagen en palabras.

—Concéntrate en esa imagen. ¿Han cesado las voces? —pregunta el médico.

—No, —respondo. —Se hacen más audibles.

—Permítete escucharlos con claridad. Deja que ocurra.

Y vienen.

No la envié tras de mí. Ya te he dicho que lo que pasó en España es pasado.

El temblor de mis manos se extiende por todo mi cuerpo. Es como si un parto fraternal me envolviera, junto con la nostalgia. Son las voces de mis padres.

¿No es así? ¡Me estás tomando el pelo! ¿Este jardinero, que ni siquiera tiene una casa para vivir, se las arregló para encontrar el dinero por su cuenta para ir tras su amante en Brasil?

No sé cómo se las arregló para encontrarnos. Nunca volví a hablar con él.

Mientes como tu madre. Traicionas a la gente que te rodea, igual que ella. ¿Qué podía esperar de ti?

¡Deja de gritarme! ¡Hablaremos en el hotel! Beatriz no necesita saber de nuestros problemas.

¿Así que ahora tienes respeto por tu hija? Demasiado tarde, ¿no crees? ¿Has olvidado que todos te pillamos liándote con el jardinero?

Ya me he disculpado con ella.

Me viene a la mente la imagen de mi madre llorando.

Aterrorizado, no puedo decirle nada. Mi padre conduce a gran velocidad.

No sabes lo que es ser perdonado. Eres un egoísta. El perdón no tiene el poder de acabar con tu egocentrismo. Tu vanidad no conoce el valor del perdón.

En mi memoria, veo a mi padre gritando a mi madre, con el brazo apoyado en el asiento mientras habla.

Oigo llorar a mi padre mientras se sale de la carretera.

Me mareo.

Todo empieza a girar.

No quiero recordar. Es fuerte, doloroso.

—Veo el dolor. Siento el dolor.

Me viene a la mente el destello de dos faros gigantes.

"¡Papá!" —grité, advirtiéndole.

Oigo claramente el ruido metálico al raspar el asfalto y veo mi cuerpo sacudido hacia todos los lados. Esa es la última imagen que recuerdo.

—No!, —grito, mientras la realidad se desvanece y me doy cuenta de que no estoy viviendo una pesadilla. La realidad es dura y descarnada y me aniquila con el dolor del duelo.

—Están muertos. ¡Están muertos! He perdido a mis padres.

Me siento rota. Me dejo poseer por una profunda tristeza. La amargura y la pena encerradas en mi pecho se liberan junto con las lágrimas. Pasan los minutos.

—¿Beatriz? —Oigo la voz distante del Dr. Daniel. —Estoy aquí contigo. Deja que las cosas surjan. Puedo ayudarte a continuar la experiencia con un poco más de distancia, un poco más de ligereza.

Inerte, no puedo responder.

—Hazme una señal si podemos continuar así o si puedo ayudarte a distanciarte un poco. Intenta concentrarte en la parte más relajada de tu cuerpo.

Este viaje por el carril de los recuerdos me ha agotado por completo. ¿Cómo puedo concentrarme en cualquier parte de mi cuerpo cuando siento tensión y dolor en cada terminación nerviosa?

No sé hasta dónde he viajado, y mucho menos cuánto ha conseguido recuperar mi memoria.

Por ahora.

Sólo siento el dolor.

Le pedí al cielo que me recordara a mis padres. ¿Y ahora qué?

Siento que me han cuidado, pero llegó un recordatorio de que no será fácil afrontar la realidad.

—¡Beatriz! A la cuenta de tres, respirarás profundamente y te concentrarás en tu respiración.

Hago lo que me dice, secándome los ojos con un pañuelo de papel que no sé cómo ha acabado en mi mano.

—¿Qué tal?

—Sobreviviré.

—De cero a diez, ¿cómo de activo eres?

—Cinco.

No convencido, hace algunas pruebas más para ver a qué distancia estoy. Veo que aleja la varita y prácticamente salgo de la zona de activación.

Hablaremos un poco, le agradeceré su ayuda y reservaré la próxima sesión.

Mecánicamente, pulso el botón de la planta baja del ascensor, aún sin entender cómo toda esta información va a cambiar mi vida.

La caja metálica baja por los suelos, y en mi interior siento un vacío, una carencia. Necesito un abrazo fuerte cada segundo que la realidad se acerca. Me maldigo mentalmente por haberle dicho a Pedro que no hacía falta que me acompañara.

¿Cómo no íbamos a hacerlo?

Es lo que más necesito ahora mismo.

El ascensor indica que ha llegado a la planta baja. Las puertas se abren y ahí está el hombre de mi vida, sentado en el mostrador de recepción, esperando mi llegada. Sus brazos se abren de par en par para darme la bienvenida, y corro hacia ellos con todo mi equipaje de dolor de espalda. Siento el calor, la seguridad, el afecto. Me abraza, transmitiéndome confort, bienestar y protección. El agarre es tan fuerte que me siento literalmente más segura para afrontar lo que venga a continuación.

Las lágrimas que derramo tienen el dolor de la añoranza, al saber que los abrazos paternos que recibía a menudo de niña, cuando me hería, me despellejaba o me magullaba, no volverán a existir.

Sé que llevo unos cuantos años viviendo sin ellos, pero para mí es como si fuera hoy cuando me han venido los recuerdos a la cabeza.

—Todo va a salir bien. —Sus labios besan mi cabeza.

Tu abrazo es terapéutico.

Científicamente, no sé si se ha demostrado que abrazar tenga algún poder curativo, pero es junto a Pedro como sé que podré soportar el dolor que me desgarra.

—Soy tu regalo, —le oigo decir mientras aspiro su aroma.

El olor de mi puerto seguro.

Capítulo 37

Pedro Salvatore

Su silencio me destrozó. Pero incluso sin palabras, seguí el destino que me pidió.

Tuve la impresión de que había conseguido recuperar o recuperar algo en su memoria.

Quería celebrarlo, hacerla girar en el aire. Pero su postura angustiada no me motivó a seguir adelante. Todo lo contrario: me quedé allí sin saber qué decir.

Cuando celebró aquel ritual de despedida de sus padres en el parque de Ibirapuera, la consolé porque conocía el alcance de su dolor. Era un dolor oculto, enmascarado por su falta de memoria. Sus ojos se perdían en el vacío, a diferencia de hoy, cuando los veo, entre lágrimas, fijos en un punto.

A su lado, sentado en la hierba que rodea uno de los lagos del parque, me agarro las manos para no abrazarla y me muerdo los labios para no besarla, intentando succionar todo su dolor. Rodeo sus brazos con las piernas cruzadas. No es fácil verla así, tan vulnerable, pero me doy cuenta de que necesita vivir esta experiencia para seguir adelante.

Actas.

Horario.

No sé la hora exacta. Lo único que sé es que estaré a su lado todo el tiempo que haga falta para que se sienta mejor.

—¿Viste el accidente?

Se me sale el corazón por la boca. ¿Has recuperado la memoria?

—No. Y no conozco los detalles, mi alumna. Sólo sé lo que describió la compañía de seguros.

—¿No estabas allí? —Encuentro su voz extraña.

¿Qué clase de pregunta es esa? Ya le he contado toda la historia.

—No, alumna mía. Sólo me enteré del accidente en el hospital. —El apodo cariñoso me sale natural, intento abrazarla para consolarla y ella reacciona, dura como una piedra.

—¿Cómo llegaste allí? Nunca conocí toda la historia.

—Si no te has enterado de ningún detalle es porque no has querido. Ya te lo he contado todo, pero puedo repetirlo. Estaba en una fiesta de *Nochevieja*.

Me interrumpe. La miro y veo su rostro inclinado cubierto por el pelo.

—Ya lo sé. Quiero saber cómo te metiste en la historia.

—Beatriz, no sé exactamente lo que quieres saber. ¿Puedes ser más clara?

Le quito los mechones que cubren su cara. Se los meto detrás de la oreja. Luego giro su pulgar hacia el mío. Quiero ver su duda en sus increíbles ojos negros. Nunca he huido de las respuestas y no lo haré hoy, sabiendo que ella necesita oírlas.

Llorando copiosamente, apoya su cuerpo en mis piernas extendidas.

Dios mío, ¿qué le está pasando a esta mujer?

—Recordé el accidente y cómo ocurrió. ¿Por qué me los quitó Dios?

—Han cumplido su misión aquí. Ahora están en otro plano.

De repente, se levanta de mi regazo y sus ojos se vuelven hacia mí.

—¿Cómo? ¿Crees que una vida en la Tierra puede estar marcada por la traición a causa de una misión?

Recuerdo el artículo que leí en Internet. Por lo que parece, su memoria ha vuelto con fuerza. Me encojo de hombros, fingiendo indiferencia, intentando que este recuerdo no le resulte más duro.

—No lo sé, Bya. La vida tiene sus misterios.

Se sonroja. Algo parece molestarla.

—Si supieras que mi madre engañó a mi padre, sabiendo que mi abuela engañó a tu madre, ¿seguirías conmigo?

Pregunta como si fuera una enfermedad contagiosa.

—Estoy contigo, ¿no?

—Es porque no me di cuenta de que la traición está en mi ADN.

—Beatriz, mírame a los ojos. —Ella me evita, así que uso mi forma de ser. La cojo fuerte de los brazos y la miro de frente. —Hace unos días, cuando buscaba el escudo de tu familia en Internet, descubrí un artículo sobre tus padres. —No voy a entrar en detalles.

—Así que no me preguntes si su pasado influye en lo que siento por ti. Ya te he dicho que soy tu presente.

—¿Por qué no me has enseñado el artículo?

—Porque nunca te interesó mirar. Siempre ha estado ahí. Vives en las redes sociales, navegas por todos los sitios, pero no has tenido la curiosidad de averiguar nada sobre tu familia. Yo no sería inteligente si te lo dijera.

—¿Así que es culpa mía que no supiera nada de mi pasado? —Sus palabras son acusatorias y su semblante revela indignación.

—No digo que sea culpa tuya. Pero no intentes enmascarar tu dolor desquitándote conmigo. Ten en cuenta que seré tan fuerte como un bárbaro para protegerte. Haré hasta lo imposible y no me arrepentiré de acabar con cualquier problema que aparezca en tu vida. —Sus ojos se abren de par en par ante mi tono seco. —Mi amor que nació para ti es valiente, y no hay pasado temeroso que pueda acobardarlo.

No reacciona a mi afirmación.

—¿Cómo iba a imaginar que habría una historia sobre mi familia en Internet?

—Quizá no te interesaba averiguarlo. —Bajo la voz en sutil acusación.

—Duele tanto saber quién soy. Tienes razón: supongo que no quería descubrir mi pasado.

Se me estruja el corazón por un momento, pero me mantengo firme. Beatriz necesita apoyo y alguien fuerte a su lado ahora, no alguien que llore junto a ella sus problemas del pasado.

—Si no aceptas quién eres, sólo te servirá el sufrimiento.

—Siempre he sido tan callada con mis opiniones... Hubo un tiempo en que me encerraba en mi cuarto para no oír las interminables discusiones de mis padres, y hoy soy tan franca, digo todo lo que siento y pienso.

—Intenta encontrar un equilibrio siendo ambas cosas. —Intento bromear para romper el mal humor. No quiero que recuerde lo que le dolió como lo peor. Creo que he conseguido mi objetivo, porque una leve sonrisa aparece en sus labios arrugados por el dolor.

—Es gracioso. —Ella baja los hombros. —Muchas veces he pensado en huir de ellos, y hoy quería que estuvieran aquí para abrazarme.

—Todos los jóvenes tienen su momento de rebeldía. No dejes que tus heridas abrumen el anhelo que sientes. Para superar tus vacilaciones pasadas, recorta lo que te hace daño, y el resto saldrá solo.

—Haces que todo parezca tan sencillo...

—Nada es sencillo. También hay cosas que me hacen daño. Pero después de conocerte, durante todo el tiempo que hemos estado juntos, me he dado un minuto para intentar ser mejor, horas para superarme y toda una vida para querer ser increíble para ti.

—¡Disculpe! Hoy en la terapia, todo fue tan real... Las palabras de mi padre nunca salen de mi cabeza. —Se pasa los dedos por el pelo. —No quiero que me pase lo mismo. ¡Nunca te traicionaré, Pedro! Jamás.

Me abraza fuerte, con fuerza.

—La gente no es igual. —Siento que ella quiere decir lo que dice. —Intenta no pensar en ello.

—¿Cómo no, si es lo único que tengo en la cabeza? Mi último recuerdo de ellos peleando en el coche porque mi madre había traído a su amante a Brasil. Mi padre siempre fue un hombre increíble. Trabajaba duro, pasaba días viajando, pero siempre se dedicó a su familia. No entiendo por qué le engañó. Era una madre maravillosa.

—Sólo ella puede responder a eso. No la juzgues. No ahora, cuando su corazón está desgarrado.

—No entiendo por qué no se quedó en España con él. Mi padre le dio esa opción. —Me doy cuenta de que ella tiene la necesidad de repetir en voz alta la recuperación de sus recuerdos. —Mi padre le organizó una fiesta sorpresa cuando cumplieron 18 años. Estaba muy contento. Invitó a todos sus amigos. En mi casa había un jardín enorme. Fue el primer lugar donde sentí que echábamos raíces. Por primera vez en muchos años, vivíamos en un país durante más de un año. No recuerdo exactamente cuánto, pero creo que duró casi dos años.

—No te castigues tanto, —digo, dándome cuenta de lo mucho que te esfuerzas.

—No nos quedábamos en cada país más de un verano, y esa era una de las razones por las que mis padres se peleaban. En cualquier caso, la fiesta fue preciosa. Puedo decir que fue más bonita que la fiesta de mi decimoquinto cumpleaños, a la que sólo asistieron mis padres y algunos invitados más. —Se ríe. —Mi madre

invitó a gente que apenas conocíamos, ¡porque sólo llevábamos dos meses en Turquía! ¿Se lo imagina? Parecía una fiesta de cuento, animada por figurantes que desfilaban por el evento. Pero para mí, todo fue precioso.

Ella mezcla las historias y yo la dejo a su aire. Sé que el proceso es importante.

—A diferencia de la mía, la fiesta que preparó mi padre fue romántica. Había pantallas repartidas por el jardín en las que colocó paneles con sus recuerdos. A la entrada de la fiesta había un maniquí con el vestido que mi madre llevó en su primera cita.

"Guardó el vestido y nunca se lo enseñó a ella, que se sorprendió, por supuesto. Había fotógrafos por todas partes. Mi padre quería grabarlo todo. La gran pantalla de la fiesta proyectaba una película del evento en tiempo real. Quería conservar las imágenes de los invitados, pero no sé cómo, de repente, en medio de la filmación... Mi madre apareció de detrás de una pantalla. —Toma aire y concluye. —Besando al jardinero que trabajaba para nosotros. Fue un escándalo. En menos de 24 horas estaba en todos los periódicos".

—Por el artículo que he leído, me imagino lo que debió de ser.

—Mi padre se ausentó del trabajo durante días, se encerró en su despacho y decidió volver a Brasil. Yo no lo dudé: quería volver con él, y fue entonces cuando mi madre me pidió perdón. Yo también quería volver y hacer borrón y cuenta nueva. Creo que llegamos aquí dos semanas antes de Navidad. Fue la Navidad más extraña de mi vida. Parecían extraños el uno para el otro y de

repente se reconciliaron. Esa noche había un espacio en un club que la empresa había reservado para los ejecutivos y sus familias. Allí, mi padre vio un mensaje del amante de mi madre diciendo que la estaba esperando para reunirse con él en su hotel aquí en Brasil. Entonces se acabó la fiesta y sus vidas, porque mi padre, alterado por la situación, acabó perdiendo el control del coche, y el resto de la historia ya la conocéis.

—Siento mucho todo lo que ha pasado. Tendremos toda una vida para averiguar tu pasado. Pero vámonos a casa ya, o el monstruo que ronca en tu vientre saldrá para torturarme por no alimentarte.

El coche está aparcado a unos metros de donde estamos sentados. Calculo mentalmente la distancia que tendré que cargar con ella. No dudo en echármela al hombro. Ella protesta diciendo que no tiene hambre, pero yo hago como que no la oigo. No digo nada, ni una palabra, en todo el camino hasta el coche.

Abro la puerta y la dejo sentada en el asiento.

—Deja que cuide de ti, mi pupila, como te mereces.

Antes de cerrar la puerta, le doy un casto beso en los labios. La conozco lo suficiente como para saber que mi misión no será fácil. Intentará apartarme por miedo a hacerme daño, pero no le daré la más mínima oportunidad de soñar con esa posibilidad.

Beatriz Eva

Llevo dos días reflexionando y cada minuto me viene a la mente un recuerdo nuevo.

La mañana anterior, Cida me entregó un paquete.

—El Sr. Pedro se fue antes diciendo que te dolía la cabeza. No quería despertarte, pero dejó algo para ti.

—Ha sido mi suelo", confieso en voz alta.

—Ese chico vale oro. Cuatro veces organizó la entrega de su regalo. Primero lo dejó sobre la mesa con una nota, luego volvió y me pidió que se lo entregara. Insatisfecho, volvió otra vez y dijo que le parecía mejor el regalo sobre la mesa. Yo ya iba a fregar los platos cuando volvió y me dijo que sería mejor que yo entregara el regalo, porque si no lo veías sobre la mesa, no habría sorpresa.

Pedro y sus travesuras, pienso, y sonrío al leer la nota.

Los recuerdos grabados son emociones que se reviven cada vez que se leen.

PD: Tómate el día para ti.

Curioso, rasgo el papel. Es un diario precioso.

Incluso intento tomarme el día para mí, pero no me siento cómoda sola. Cida es una gran compañera, pero tiene sus cosas que hacer, y yo no puedo estar sola.

De hecho, creo que todavía le debo a Pedro una disculpa civilizada. No sé qué me pasó. Las palabras de mi padre a mi madre sobre ella y mi abuela me hicieron enloquecer. Y una vez más Pedro se contuvo. Además de buen compañero, ha aguantado mi negatividad de forma pasiva. O sea, no tanto, sabe ser duro cuando quiere.

Muy duro.

Suspiro. Decido prepararme, decidida a secuestrarle durante una tarde, aun recordando la noche anterior.

—¿Crees que una mujer que sólo ha conocido a un hombre en su vida podría llegar a interesarse por otro?

—Si el hombre en cuestión no satisface todas tus necesidades sentimentales y sexuales, creo que lo hará.

La respuesta me enfureció en ese momento. ¿Así que pensó que si no me satisfacía del todo, le engañaría?

—¿Con cuántas mujeres te has acostado? —Intenté sonar indiferente. No sé qué tenía que ver aquella pregunta con mi pasado, pero ahora ya era demasiado tarde. En el fondo, no quería saber con cuántas había pasado por su vida.

—¿Quieres saber con cuántas mujeres me he acostado? —Volvió los ojos hacia arriba, como si estuviera contando, y eso me enfureció aún más. —¡Cuántas! Ni siquiera sabría el número exacto.

—¿Tantos?

—"Sí", confirmó, como si respondiera a una simple pregunta, como cuántos chicles había masticado de niño.

—¿Y crees que eso es ser un semental?

—Bya, no quieras respuestas que sabes que no te daré. He tenido muchas mujeres, todas antes de conocerte.

De pie en la puerta de la suite, se desnudó y se bajó los pantalones por las musculosas piernas. En ese momento, dejé de pensar o de querer objetar, y cuando reactivé mis pensamientos, no sirvió de nada, porque delante de mí había una masa de cuerpo coronada por una sonrisa complacida de verme sin reacción.

—Deja de pensar, Bya. La vida no es divertida sin algunos dragones.

—Qué gracioso. ¿Llamas dragones a las mujeres que has tenido?

—¡Yo nunca haría eso! Es una frase de *Harry Potter y el Cáliz de Fuego*. —Se ríe mientras se toca la erección en cuanto la menciona.

Me uní a la diversión.

—¡Hum! Los que dudan en castigar aumentan el número de los maltratados, como decía Publilio Siro.

—¿Quieres castigarme, Beatriz? —Se burla de mí triunfante, mordiéndose los labios. —Quítate la ropa y ven a cumplir tu misión.

—No, quiero ducharme ahora.

En realidad, sólo quería tener el valor de volver a preguntarle si me creía. Era una inseguridad tonta, pero necesitaba oír de él esa confirmación.

—No tienes que ducharte para castigarme. —Fingió dar un paso hacia mí. ¡Ya está! Tuve que apoyarme en el armario del

dormitorio para sostenerme. —Como te he dicho, lo único que tienes que hacer es desnudarte.

—Tienes una forma especial de cambiar de tema, ¿verdad?

—¿Cuál era el tema otra vez? —Acortó la distancia y me sentí acorralada. Ya no tenía fuerzas para preguntar.

—¿No te acuerdas? Dijiste que te habías acostado con muchas mujeres -mentí para intentar hablar.

—¿Parezco un hombre que ha vivido toda su vida en el celibato? —¡Bandido! Me respiró en la nuca y me robó el aire, defraudó mis fuerzas e incluso minó mis defensas.

Si insuflara un poco más de aire, mis pechos turgentes, ocultos únicamente por mi ligera camiseta, podrían tocar su pecho desnudo. La furia que me había dominado cuando empezamos a hablar se evaporó con el ambiente. Aquel hombre me había marcado, y no podía imaginarme un día teniendo ojos para alguien que no fuera él. E incluso si eso fuera remotamente posible, arrollaría a cualquiera como un tractor.

—Beatriz, no vuelvas a lanzar tus zorros dudosos a mi guarida de lobos. —Sus manos agarraron el dobladillo de mi camisa y su boca estaba lo suficientemente cerca de mi oído como para que me diera cuenta de que lo que decía no era una amenaza, sino una certeza sobre lo que quería decir. —Sé directo. —Me miró fijamente y pude sentir su aliento mientras me subía la camiseta por la cabeza en un abrir y cerrar de ojos. —No me gustan las medias palabras.

Podría besarle por su cercanía. Sorprendida por su mirada, me excité más de lo que había imaginado.

—Así que dime.

Jadeando, conseguí desafiarle, y eso fue mi muerte. Su boca se tragó la mía hasta que no pude distinguir quién era quién. No se detuvo ahí. Su boca descendió, recorriendo con la punta de la lengua toda la longitud de mi cuerpo, hasta que se detuvo en el botón de mis pantalones, que abrió con los dientes, tirando de él con brusca eficacia.

Arrodillado frente a mí, su acto de sumisión se convirtió en una forma de dominación. Sus manos bajaron la cinturilla de mis pantalones junto con mis bragas, formando una especie de tobillera que garantizaba mi inmovilización.

Un solo aliento bastó para que me rindiera.

—No tengo miedo de ningún otro hombre en tu vida, ¿y sabes por qué, Beatriz? Porque nunca me meto en una disputa por lo que ya es mío, y si tengo que demostrártelo todos los días de mi vida, lo haré. —Sus dedos me abrieron y su lengua me demostró que era suya para toda la vida.

Respiré hondo y me miré en el espejo, feliz de tener a ese hombre en mi vida. Una simple tarde de paseo entre amantes nos sentará bien.

Capítulo 38

Beatriz Eva

Jugamos a ligar entre el tráfico, mientras Pedro desfila imponente como un dios del asfalto, girando cuellos allá por donde pasa: miradas lujuriosas de mujeres, miradas de admiración de aficionados a las motos. Aprovechamos cada cruce y cada semáforo para flirtear el uno con el otro.

Me sigue en moto hasta la puerta de la oficina, donde hemos quedado con Beggo y Elaine para dejarles el coche. Ninguno de los dos tiene coche, así que les he prestado el mío.

Pasaremos el fin de semana como todo el mundo, trabajando en nuestro pequeño rincón. A veces nos acompañan. Cuando no tienen coche, como ahora, me subo detrás con Pedro y nos siguen en mi vehículo.

Beggo y Pedro son nuestro entretenimiento, su hostilidad es tan divertida como contradictoria. Aunque chocan en sus opiniones, trabajan juntos como socios, en la más pura armonía.

Desde que recuperé la memoria, Pedro ha hecho todo lo posible por demostrarme que soy querida por todos los que me rodean. Sé que ha hecho un gran esfuerzo para acostumbrarse a la presencia de Beggo entre nosotros, lo que me proporciona una zona de confort que evita que cualquier fantasma del pasado venga a atormentarme.

Pedro cree que Beggo aún no ha definido su sexualidad. Dice que nota la lucha interna que tiene para no mirar en dirección a un culo femenino caliente cuando pasa por delante.

Conclusión: desacuerdos todo el tiempo. Sólo que apenas se dan cuenta de que se están haciendo amigos.

Veo lo mucho que Pedro le anima a volver a estudiar e incluso le ha ofrecido unas prácticas en la oficina si quiere comprometerse.

Elaine está contenta de trabajar con nosotros e incluso ha vuelto a matricularse en el curso, motivada por el desarrollo de la oficina. Cada día estamos más cerca, e incluso me ha confesado que le gusta Beggo. He preferido no comentar sus sentimientos.

He aprendido una cosa sobre el amor: no tiene sentido que el mundo vaya en tu contra; si tu corazón quiere vivir una pasión, sucederá, independientemente de las circunstancias.

Los obreros fueron muy rápidos en la entrega de nuestro chalet. Todo el trabajo -albañilería, carpintería, electricidad y fontanería—se completó en cuatro meses. Esa es una de las ventajas de trabajar en el sector de la construcción y con la gente adecuada.

El coste era un poco más elevado de lo que habíamos previsto debido a la crisis actual del país y a la absurda subida del precio de los materiales de construcción. Por eso decidimos ponernos manos a la obra. Y estoy agradecido a mis amigos que venían de vez en cuando a ayudarnos.

El proyecto de paisajismo está casi listo. He prometido que no durará más allá de este fin de semana.

La pintura, en cambio... Eso tiene una historia y marcas en las paredes y en nuestras almas. Nunca se ha abusado tanto eróticamente de un rodillo de pintura.

Mientras espero a que se abra el semáforo, le miro cabalgando todopoderoso sobre su nueva R1. Creo que este hombre está bueno de cualquier manera, incluso con un rodillo en la mano. Sus movimientos mientras pintaban las paredes eran perfectos, y por momentos sentí envidia blanca de no ser todos ellos.

Una vez no pude aguantar el escalofrío que sentí desde la espalda hasta la nuca, cachonda como nunca. Intenté distraerle, pero pronto se dio cuenta de mi intención cuando bajé al cubo de pintura.

—¿Qué te pasa? —preguntó, con una risa en la comisura de los labios.

—Nada... —Esas reticencias siempre me han delatado.

—Parece que este lado no está muy bien -dijo, con una mirada que me hizo temblar y la boca agua al mismo tiempo. Cuando vi que se acercaba a mí con aquel rodillo en la mano, goteando pintura sobre el suelo, marcando una especie de camino hacia lo que sería el destino de mi placer, me apoyé contra la pared. —¿Necesita atención especial este lado de la pared? —preguntó tanteando la superficie mientras yo me sentaba en un rincón. Me temblaban las piernas. El corazón se aceleró.

—Creo que sí. —Bajé los ojos, tratando de alejarme. Esta vez, su brazo pasó por encima de mi cabeza. El olor de su sudor mezclado con su perfume me hizo suspirar, y él lo notó.

—Hace calor aquí, ¿no? —*Hazme tu pared*, pensé.

—Cada vez más caliente. —De repente su mano baja hasta mi cara y me levanta la barbilla.

—Aquí parece ocurrir lo mismo.

—"Sí, —susurré, sintiendo su lengua recorrer mi regazo.

—¡Guau! ¡En llamas!

—Mucho. —El rodillo que tenía en la otra mano estaba ahora a punto de cumplir mi sueño y convertirse en su pared. Me levantó la blusa con mirada penetrante, frotando la punta contra mí.

—¡Qué vergüenza! —dijo. —Parece que te he ensuciado el ombligo sin querer. ¿Quieres que te lo limpie?

—Por favor, —susurré, jadeando.

Dejó caer el rodillo de pintura al suelo sin ningún respeto. Me levantó las manos y dijo:

—No te muevas. Yo limpiaré. Soy tan torpe...

Descendió lentamente, rozándome con sus labios hasta llegar a mi ombligo, donde sentí cómo su lengua me succionaba.

—Pedro... —grité desesperada, pues en aquella habitación de la casa había una más de nuestras firmas de pintura.

Ni siquiera las duchas frías junto a la piscina se nos escaparon. Las excusas para lavarnos fuera, para no manchar de pintura los baños, fueron regadas con mucho amor lujurioso.

Toca el claxon para avisarme de que se ha abierto el semáforo y le sigo.

Aparco el coche en medio de mis pensamientos y allí están Beggo y Elaine, alegres, guapos y arrugados, esperándonos.

—¿Adónde vas vestido así?

—No nos vamos, amigo. Estamos en nuestro camino de regreso.

—¿Dónde has pasado la noche?

Cómplices, intercambian miradas. No sé por qué, pero creo que hay algo en el aire.

—¿No habíamos reservado a las 7 de la mañana? —Beggo se niega y, cargado con una caja de bebidas y una mochila a la espalda, se acerca al coche.

—¿Qué hora es? – Pedro mira su reloj. —Ahora son las 7.05. ¿Te quejas porque llegamos cinco minutos tarde?

—"No sé, Bya, —dice Beggo, entre dientes para darle más sabor a sus burlas a Pedro y guardando la caja en el maletero. — Creo que será mejor que te compres un reloj nuevo. Este cuco está empezando a ralentizar el pájaro.

Miro a Elaine y me muerdo el labio para no reírme.

—Preocúpate por tu polluelo de golondrina perdido en el tiempo. Mi halcón llega tarde porque se come la caza antes de abandonar el nido.

—¡Ya está! Nuestro día ha comenzado. —Saludo a Elaine.

—Creo que el día no ha hecho más que empezar. —Ella me devuelve el abrazo.

—Cachaça, vino... ¿Qué es eso? ¿Vas a trabajar o de fiesta? —Oigo que Pedro le pregunta a Beggo.

—Inteligente, ¿verdad? Digamos que hago las dos cosas.

—Pero no será así. Hoy subiremos al andamio para barnizar el alero del tejado. Si bebes, no te acercarás. Te ensuciarás las uñas ayudando a las chicas.

—¡Vaya! A pie en el barro aquí es Bya.

—¿No quiere ensuciarse las uñas o le dan miedo los gusanos?

Antes de que el clima empeore, intervendré.

—Nos esperan gusanos y andamios. ¿Nos vamos?

El sol es tan implacable como la maleza. Ambos nos castigan durante todo el día. En el segundo caso, hay que estar dispuesto a arrancarlas todas, que en una semana han invadido los parterres, donde se reproducen como pequeños conejos asesinos.

Mientras rastrillo las hojas, presto atención a Elaine, que incluso hace poemas sobre las malas hierbas mientras limpia un lecho de trébol. Su mirada no me engaña y no es un reflejo de las plantas. Ella es más... desvergonzada que las plantas, y decido pincharla.

—¿Adónde fuiste ayer?

—¿Quién? —responde ella, aireada, y yo, concluyente, no tengo ninguna duda: anoche pasó algo.

—¿Quién, Elaine? ¡Tú y Beggo!

—Fuimos a casa de Pablo, un amigo latino de Beggo.

—¿Era una fiesta? —Investigo sin pretensiones.

—Sólo unos amigos, copas, risas, baile y... —Se detiene y parece soñar.

—Eh? —Un picor me corroe por dentro. Puede parecer intrusivo por mi parte, pero sé que hay algo más.

—Eso es todo, —dice riendo.

—Buenos amigos, imagino.

—No hablamos mucho.

—¿No mucho? ¿Y qué hiciste el resto de la noche?

—Bailamos. Eh...

Haré que se trague esa "eh".

—Eh?

—Tuvimos sexo.

—¿Tú qué?

—Eso es lo que has oído.

—¿A todos?

—¡No! Yo, Pablo y...

—Eh?

—Beggo.

—Quieres decir: ¿Pablo se acostó con los dos? ¿Es eso cierto?

—No hay sermón. ¿Te parece bien? Porque si tengo que decir una A, dejaré de contar. Y dejaré de mirar el andamio. —Sólo entonces me doy cuenta de lo que estoy mirando, sorprendida, y ella me regaña. —No quiero que Beggo sepa que te lo he dicho.

—No digo nada. —Hago como que me cierro la boca.

—Sigue gateando, pero gira la oruga hacia el otro lado. Si veo que pones cara de sorpresa, no te diré nada más.

—Nada me sorprenderá —miento, por supuesto.

—Creo que bebimos demasiado.

—No lo dudo.

—¿Ni siquiera he empezado a contar y ya me estás juzgando?

Levanto la mano y cae el rastrillo.

—Arrastrándose, vamos.

—Mandona, ¿eh? ¿Tú también eras así anoche?

—¡Shhh! Trabajando.

Riéndome con ella, me agacho para coger el mango del rastrillo, pero sigo mirando hacia el andamio para ver a los chicos trabajando.

—¿Qué no haré por los cotilleos?

—No es un chisme. Es un secreto, y lo prometiste. —Hago un gesto afirmativo con la cabeza y ella empieza a contarlo. —Estuvimos charlando animadamente, riéndonos de todo y bailando un poco. Los amigos de Pablo bailan muy bien la kizomba. Se hizo tarde. Todos se fueron yendo uno tras otro, hasta que al final quedamos los tres solos.

—¿Y qué?

—Quería hacer una foto para mostrar lo fea que está con cara de curiosidad.

—Casi me estoy mordiendo las uñas. Deja de dar rodeos y dímelo.

—Decidí marcharme. Beggo estaba aburridísimo, metiéndose conmigo toda la noche porque estaba bailando, pero Pablo me pidió que me quedara un poco más, dijo que tenía un buen swing, que sería una gran pareja de baile, bla bla bla. Necesitaba sentir la música un poco más y entonces, sin esperar, le dijo algo a Beggo y me pidió que bailara con él. Luego se me acercó y me dijo: "Eres muy seductora cuando bailas, ¿lo sabías? Creo que has nacido para bailar kizomba". De la nada, pronunció una frase que me produjo escalofríos: *"Usted es una tentadora".*

Pensé que no estaba sucediendo. ¿Qué quieres decir con que no estaba pasando? ¡Nunca he visto a este tipo! Ah, ¿pero ¿qué sabemos nosotros? Nuestra mirada no dobla la esquina. Su mirada me tentó y, de un tirón, cogió un pañuelo, lo envolvió fuertemente entre sus manos, me miró en un tono que sonaba a súplica y me preguntó si podía vendarme los ojos.

Simplemente dije que sí. Realmente quería entender la razón de mi respuesta. Mi cuerpo era pura erupción. Tenía las manos frías. Cuando aquel pañuelo me cubrió los ojos, me tragué todo mi orgullo y mis buenos modales, al darme cuenta de que estaba cruzando una barrera. Cuando hizo el nudo, sentí que había perdido el control de la situación. "¿Te gusta así?", me preguntó, mordisqueándome la

punta de la oreja mientras sus manos rodeaban mi cintura. Ronroneé una respuesta afirmativa, ya aturdida.

Entonces su mano se movió sobre mis pechos en ese movimiento de vaivén. Su cuerpo se pegó al mío. Me pasó la mano por la nuca hasta el pelo, tirando ligeramente de mí contra él, donde quedé emparejada con su cara. Me preguntó si podía imaginar lo delicioso que estaba bailando. Y me dijo: "¿Sabías que me excito con sólo tocar mi cuerpo con el tuyo? ¿Te gusta? Siéntelo".

Toso y llamo la atención de Elaine. Parece que sigue atrapada en la noche.

—¿Dejaste que un desconocido te vendara los ojos?

—¿Qué más había? Beggo estaba allí, ¿lo has olvidado?

—No, pero es un poco extraño que un chico te pida bailar con los ojos vendados.

—Me doy cuenta de que no conocerás el final.

—Ni hablar. —Tiro el rastrillo a un lado. —Si no vas a terminar, voy a subirme ahora a ese andamio y preguntarle a Beggo qué clase de amigo es el que entrega a sus amigos a los leones. O me lo dice él o lo tiro yo.

—Vas a quedarte donde estás.

—De verdad que no voy. —Finjo dar un paso. —¿Vas a contarnos el final?

—Lo haré, pero no más interrupciones.

Luego vuelve a empezar. Su narración es tan real que puedo sentir el ritmo de la música. Por lo que dice, Pablo tiene un seductor

swing latino y la llevó al cielo en sus brazos. Por no hablar de que ella repetía las palabras que él le decía al oído.

—"¿Qué crees que está haciendo nuestro amigo en este momento?". Al principio no entendí bien la pregunta, pero debió de darse cuenta y contestó: "Mientras estamos aquí apareando nuestros cuerpos en este ardiente juego de seducción, veo que Beggo se toca sin reservas, mirándonos." "¿Qué quiere?", pregunté, angustiada. "¡Shhh! Pregunta equivocada, *muchacha*". ¿Cuál sería la correcta?", dije en tono suplicante. Me agarró la barbilla con más fuerza y me jadeó al oído: "¿Estás dispuesta a entregarte a él como él quiere?". Ahora el volcán entró en erupción definitivamente. "No lo sé", vacilé, enfadada. "¿Quieres bailar entre los dos?". El libertinaje que había en mí expandió su poder bélico. "Quiero", respondí.

De nuevo tengo que interrumpirte.

—¡Qué asco! ¿Puedes dejar de poner esa cara como si estuvieras en celo?

—¿Qué puedo hacer si sigo sintiendo que mi cuerpo entra en erupción?

—Vamos. Termina de hablar. No puedo esperar a saber dónde está Beggo en esta historia.

—Quieres saber de mí, ¿verdad?

Nos reímos juntas, y ella continúa.

—Sentir sus cuerpos calentando mis entrañas fue algo inesperado y placentero al mismo tiempo. "Quiero bajarte la blusa", pidió Pablo. "Quiero quitarte la falda", suplicó Beggo. Yo gritaba por dentro: "¡Quiero estar desnuda para siempre!". El cuádruple toque manual sobre mi cuerpo consumía toda mi savia. El tacto siempre me había excitado, pero el ballet de aquellas manos latinas me llevó a la luna, adonde nunca quise volver. "¿Jugamos, *corazóm*?", preguntó Pablo. "¿A qué?", respondí, completamente domada. "Cada vez que adivines de quién es la mano que te está tocando, te llevas un beso". "¿Y si me equivoco?" "Un mordisco muy travieso, ¿vale?". "Sí". Ambos me dejaron por un momento, pero podía sentirlos a mi alrededor. Imaginé sus caras. Sus voliciones. El primer roce fue delicado. Sonreí burlescamente, mordiéndome el labio inferior. Subió lentamente hasta mi muslo, donde me abofeteó con la orden: "¿Quién es?". "Beggo!", dije sin pensar. "¡Te equivocas! ¡Soy yo, Pablo!". Un fino mordisco, ligeramente dolorido, quedó en mi trasero. El segundo toque fue en mis pechos, un pellizco en mis pezones con algo de fuerza. "¿Quién?" "¡Pablo!". "¡Otra vez equivocado! Beggo!". Luego vino el tercer toque, dos manos manoseando todo mi cuerpo.

Echa el cuerpo hacia atrás. Y deja de hablar.

—¡Habla, mujer del infierno! – la regaño.

—Bya, Beggo estaba tan emocionado...

Quiero gritar y preguntarle si es así como quiere conquistar a Beggo, pero me contengo. La historia es muy emocionante y confusa al mismo tiempo. Creo que Pedro tiene razón. Beggo aún no ha decidido cuál es su orientación.

—Lo siguiente que supe es que estaba desnudo entre ellos, y los detalles se los dejo a su imaginación. Sólo diré que, por muy seductor que fuera Pablo, es Beggo quien tiene a Picasso. Dominaba la situación y no me permitía sentir más placer de Pablo que de él.

—*¡Carácoles*! —Es todo lo que puedo decir.

—¿Bya?

—¡Hola!

—Dijiste que no ibas a mirar el andamio.

—Sí, ya lo creo. Y, como amigo tuyo, también te digo que será mejor que vayas a refrescarte, porque vienen los chicos, y no tienes muy buen aspecto.

Vuelve la cara y se levanta con una advertencia.

—Bya, lo prometiste. No lo olvides.

—No voy a decir nada", le digo, tranquilizándola. Pero no podía olvidar con otro ataque de amnesia.

Termino de recoger las hojas, preparándolo todo para plantar mañana temprano.

La naturaleza es un libro con páginas e historias valiosas. Las hojas que caen son como las etapas de nuestra vida que acompañan el reciclaje de nuevos elementos.

Los chicos empiezan a desmontar el andamio y yo me acerco a ellos. Estoy encantada de ver el resultado.

—Chicos, ¡bien hecho!

Pedro y yo optamos por acabar el tejado en madera, cuyo brillo mate daba un toque especial a la pared, que se pintó toda de blanco, un color que elegimos juntos de mutuo acuerdo. La semana pasada, Pedro barnizó todas las barandillas y verjas.

Juré que, después de tanto trabajo, no tendría tiempo ni para una caricia, pero no sé qué tenía el barniz que el hombre no sólo acarició, sino que me embadurnó con su impermeabilizante natural.

Desde fuera, el resultado es una casa moderna, rodeada de altos árboles y con toques rústicos, empezando por la puerta principal hecha a medida. La mezcla de blanco y madera transmite la sensación de una casa de campo.

—Hoy el sol me ha castigado. —Pedro me abraza, sudoroso. —A mí también me ha gustado el resultado.

—¿Quién estaba ahí arriba pintando? —Beggo se burla. —Soy prácticamente un Picasso.

La risa me salió del fondo del alma. Después de escuchar su historia con Elaine y Pablo, oír aquello fue casi una provocación.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

Pedro tampoco entiende y me mira con la boca torcida. Estoy seguro de que está pensando tonterías, pero las risas no me ayudan a encontrar una respuesta.

—¡Picasso! —Otra carcajada, y lo siguiente que recuerdo es estar boca abajo, escuchando a Pedro hablar con Beggo.

—Recoge tu pincel, pintor. Alguien necesita un baño frío en la piscina.

—Pedro, déjame ir. —Apenas puedo decirlo. —Prometo decírtelo más tarde.

Demasiado tarde.

Me atrae entre sus brazos mientras nuestros cuerpos sumergidos se separan bajo el agua de la piscina.

Capítulo 39

Pedro Salvatore

Me estiro perezosamente en la terraza después de mi siesta vespertina y noto el descenso gradual de la temperatura. Admiro el paisaje de nuestro pequeño rincón. Perdida entre el follaje, ahí está ella, la creadora de este bello entorno, regando las plantas.

Palmeras de hoja perenne se alinean a ambos lados, siguiendo el camino desde la puerta hasta el vestíbulo de entrada. Una combinación de pandanus, heliconias, cicas y cruzias se alternan en el jardín en perfecta sincronía. Y en el límite entre nuestra parcela y la del vecino, se ha cuidado de distribuir abanicos de viajero, intercalándolos con butias. Arreglos de phormiums en forma de tuchos adornan todo el lateral de la casa entre guijarros blancos.

Mi mujer lo hizo bien.

Así es: mi mujer.

Aún no lo sabe, pero lo sabrá mañana.

Quiero decir, no puedo esperar a que acepte.

Ha habido tantas historias y lecciones aprendidas en los últimos años desde que mi pupila llegó a mi vida...

Convirtió las lágrimas de amargura que tenía almacenadas en el pecho en vapores de agua incandescente con su afectuosa forma de ser.

Nunca me había enfrentado bien al TOC. Podía vivir con él, pero con reservas, miedo y culpabilidad. Me autolesionaba como vía de escape. Me castigaba para anestesiar mi dolor. Y ella, espontáneamente, me hizo darme cuenta de que era yo quien tenía que aceptarme primero.

Mi cabeza cae hacia atrás, entre risitas de felicidad.

¡Tengo mucha suerte!

Qué bueno es vivir a su lado.

La brujita incluso me convenció para que conociera *el brainspotting*, ¿y no me está haciendo mucho bien?

¡Testaruda!

Me divierto viéndola tirar y luchar con la manguera. Quiero gritarle que así no se deshace el nudo que se ha formado, pero sé que no serviría de nada. Haría una enorme contorsión y conseguiría deshacerlo. De hecho, eso es exactamente lo que la veo hacer.

Si hubiera sido yo, habría sido más mecánico: habría intentado deshacer el nudo con las manos. Al fin y al cabo, mis pensamientos nunca me permitirían hacer otra cosa. Me darían la orden, aunque comprobara varias veces si realmente lo había desatado.

No puedo parar de reírme viéndola.

Sus esfuerzos dieron resultados temporales, porque el nudo no tardó en volver a formarse. Es buena ayudándome, pero cuando se trata de ella misma, es una testaruda. Y me vienen a la mente algunos recuerdos, sobre todo el día que abrimos nuestro rinconcito.

Estaba deseando que llegara. Por primera vez, todos nuestros amigos estarían juntos. En mi caso, la ansiedad es el enemigo número uno del TOC. Desencadena una serie de rituales, manías y pensamientos intrusivos a la vez. Ese día, antes de salir de casa, perdí la cuenta del número de veces que llamé al contratista de la barbacoa. Creo que incluso conté cuántos cubitos de hielo había en la nevera en la que llevaba las bebidas. Quería que todo saliera bien, y llegué a molestar ostentosamente a mi alborotador favorito.

—Alumna, ¿has comprobado que lo has cogido todo?

Desde la cocina, donde comprobaba por enésima vez que la nevera estaba bien cerrada, grité lo bastante alto para que me oyera desde el dormitorio.

—Entendido.

—Mira otra vez. Todavía no tenemos nada en la esquina.

—¿Pedro?

—¡Hola!

—Ya me lo has pedido, ¡y lo he hecho tres veces! Ahora relájate, todo irá bien.

—¡Cariño, es serio! ¿Tienes el botiquín de primeros auxilios?

Agazapado de espaldas a la puerta, no tuve que girarme para darme cuenta de que estaba detrás de mí. Su perfume la delataba.

—¡Bastardo testarudo! Tú eres el que tiene TOC. Te he dicho que he mirado. —Su mano tocó mi hombro para tranquilizarme. —Ahora carguemos el coche, o me preguntarás unas cuantas veces

más si he olvidado algo. O abrirás esta caja diez veces más para ver si la bebida está fría. —Ella se rió, desenfrenada.

—Tiene razón. —Me levanté, equilibrándome, y rodeé su cintura con mis brazos. Estaba demasiado feliz.

—De verdad. —Ella sonrió, sus ojos parpadeando para burlarse de mí, y su modestia me llevó a la muerte.

Eso fue todo: allí iba un hombre ansioso, dando paso a un macho sediento.

—Creo que vamos a llegar tarde.

—No, no lo haremos.

—Sí, lo haremos.

Su perfume hace que mis pensamientos se repitan: *¡Ten sexo con ella! ¡Ten sexo con ella! ¡Fóllatela!*

Sus ojos negros la delataron: no le importaría llegar tarde.

—¿Te das cuenta de que este TOC no es del todo malo? Me gustan estos pensamientos repetitivos.

—¿Qué le parecen?

—Cuando son impulsivos y me clavas a la pared y me amas duro y profundo.

—Me encanta enmascarar mi TOC y hacerla pensar lo loca que me vuelve.

—Me encanta cuando me engañas.

Nos quedamos sin la mayonesa que había preparado, porque volqué la fuente sobre la mesa y puse su cuerpo encima.

Esta vez se ha salido con la suya, como siempre que se manifiestan mis rituales y manías. Esto me reconforta y hace que todo sea locamente perverso, divertido y agradable de vivir. Ya no hay espacios vacíos, inseguridades ni miedos en mi vida. Todos han sido curados por el fenómeno Beatriz.

Cuando ningún fantasma te domina, ya sea por miedo a ser juzgado o por prejuicios, te sientes libre. Cuando el trastorno no te influye ni te manipula, te vuelves libre. Para seguirlo y simplemente vivir con él, no ser su esclavo.

Desde que se terminó la esquina, ha habido muy pocos fines de semana que no hayamos pasado aquí. Las excepciones han sido algunas reuniones del moto club en viajes cortos, pero en todos ellos me he empeñado en llevarme conmigo mi tsunami de emociones.

Llegó a mi vida como una responsabilidad impuesta. Llegó, llegó. Y pronto se convirtió en una necesidad placentera de vivir, como las partículas de oxígeno del aire que necesito respirar.

Viéndola regar las plantas, no me cabe duda de que mi tarea de mañana por la noche ha sido la decisión más sabia de mi vida.

Lleva días irritable y nada de lo que hago calma la tormenta. Ahora incluso come miel.

Dice que le gusta. Aún no sé si es algún tipo de provocación, porque tengo un nuevo cliente en la oficina que se empeña en concertar citas sólo con el arquitecto y el ingeniero. Seguro que disfruta mucho untándose de miel.

Lo peor es que no puedo besarla cuando está disfrutando de su miel. Incluso pone los ojos en blanco para burlarse de mí. Mientras tanto, noto cómo se me retuercen los testículos.

Anoche necesitaba una excusa para ultimar todos los detalles de mi plan. Habíamos quedado en ir a un concierto con nuestros amigos, pero le dije que tenía que visitar a un cliente en Río de Janeiro y que no encontraba un vuelo de vuelta a una hora que me permitiera llegar a tiempo. Casi me hace tragar la mazorca de maíz que acabábamos de asar en el fuego.

Mi guindilla se puso tan roja, y su mirada era tan radiactiva, que puedo apostar a que, en sus pensamientos, deseaba que los granos estallaran como palomitas en mi boca o se convirtieran en piruvato para romperme los dientes.

El resultado de la mentirijilla: me acosté con ella, pero no pude tocarla, y seguía sin enterarme de la sorpresa que me había prometido contarme durante la noche. Pero, ¿qué podía hacer si había una buena razón para que me inventara esa historia?

Esta mañana, se ha tomado su tiempo para levantarse de la cama y, cuando se ha despertado, se ha encontrado la mesita esperándola. Quería hacer las paces. Después de todo, ella tenía que estar de acuerdo conmigo para que mi sorpresa funcionara.

Fingí estar leyendo el periódico cuando entró en la cocina.

En silencio, se sentó a la mesa.

—Las investigaciones dicen que el humor es el termómetro más preciso que existe. —Imaginé que leía un artículo para poner a prueba su humor. Imaginé una sonrisa, pero nada. —Buenos días, alumna mía.

—¡Buenos días!

Nada bueno. Y verla destrozar la tostada no hizo más que confirmar su estado, a diferencia de mí. Tenía motivos para estar malhumorada, ya que hacía dos días que no la tocaba. Decidí intentar seguirle el juego.

—¿No merezco otro beso de buenos días?

Ella hizo una mueca, untó la tostada con miel y la mordió, como diciendo: "No puedo, he comido miel".

—¿Qué es esto, cariño? —Su cara de sorpresa no tenía precio. Tuve que morderme el labio para no reírme.

—¡Derretido!

—Esta no es mi miel.

—¡Pensé que todo era miel! —Dejé el periódico sobre la mesa y añadí. —Hoy he decidido ser tu abeja de la miel.

—¡Eras un cabrón entrometido!

—Entrometido, ¿eh? Sólo quería innovar. Incluso me quemé el dedo derritiendo el azúcar. —Enseñé mi dedo quemado por diversión.

Sin apresurarme, me levanté de la mesa, arrastrando mi silla hacia atrás, atrayendo su atención.

Quería tirarla sobre la mesa, hundirme dentro de ella y pegar nuestros cuerpos con el caramelo hasta que rompiera su humor sin sentido.

—Seguro que el sirope es tan dulce como la miel. —Metí el dedo en la olla, lo unté con el sirope y me lo llevé a la boca. —¡Hum! —Me lo pasé entre los labios, imaginando que era el pezón de su pecho, todo caramelizado. —Ya sabes, alumna mía, que es sano que

una pareja pruebe nuevos sabores. —Mi polla se estremeció al ver sus pechos subir y bajar con ansiedad. —Esto no puede ser tan diferente, y aunque lo sea, dudo que la abeja pueda servirte su miel como yo puedo servírsela a ella.

—¿Y cómo puedes servirme?

Qué bueno fue ver las llamas del deseo despertar en sus ojos.

—De diferentes maneras. Por ejemplo, en el abdomen de la abeja se encuentra el aguijón.

—Tengo suerte de no tener que lamer a la abeja para disfrutar de la miel, ya que normalmente la encontramos ya extraída de las colmenas.

—¡Buen punto! —Esa lengua descarada pronto encontraría un destino para dejar de ser tan insoportablemente seductora. —Sin embargo, lo único que encontrará en mi abdomen es miel. —Devuelvo el dedo al tarro y, aprovechando que estoy sin camiseta, me lo unto desde el pecho hasta el estómago.

—Puede que no quiera probarlo. ¿Lo has pensado? —Desafiante y contradictoria, su lengua se lamió los labios.

—Sería terrible. Esta mañana he tenido que enfrentarme a un enjambre, arriesgando mi vida, sólo para preguntar a las abejas el secreto de esta miel que mi alumna come tan tentadoramente a todas horas.

—Supongo que su encanto facilitó la respuesta.

—No fue muy fácil. Tuve que usar algunos de mis poderes de persuasión. ¿No quieres probar un poco para ver si se acerca al

sabor? La miel natural puede ser mejor que la tostada.

—¿No te has pasado y has puesto un aguijón en medio de esta receta? —Doy un paso hacia ella y le levanto la barbilla. Me doy cuenta de que está salivando.

—Si hubiera puesto algo, habría sido una flecha de cupido para atravesar tu amor.

—Esa flecha me alcanzó hace mucho tiempo. —Extiende la mano y el hechizo se vuelve contra el brujo. Llameante, me baja el elástico del pantalón y libera mi polla, que la contempla en una enorme erección que casi le llega a la boca. —La próxima vez que visites a alguna abeja, dile que sólo yo sé chupar toda la miel de esa flecha. —Entiendo perfectamente el mensaje subliminal. Se refiere al cliente que he estado viendo. —¡Y diles también que la miel producida sólo pertenece a una reina! —Vertiendo el caramelo a lo largo de mi miembro, sentí cómo el líquido viscoso me cubría y sus labios lo saboreaban.

—¡Mi reina! —Me las arreglé para decir.

—¡Sí! Su reina, incapaz de aceptar que ninguna obrera intente acercarse u oler lo que le pertenece.

Dulce, fogosa y lasciva, no sólo sorbió toda la miel, sino que me dejó noqueado en cuestión de minutos, chupando hasta la última gota de la dulzura que yo exhalaba. Provocadoramente, se limpió las comisuras de los labios con los dedos al terminar, provocando que mis músculos y nervios, que ya habían empezado a relajarse, se tensaran de nuevo y enviaran nuevas oleadas de placer.

—Puedes probar otra receta y mostrarme si se puede probar en mi olla.

Sin reservas, pasamos el resto de la mañana disfrutando de mermeladas, cremas y otros alimentos viscosos.

Sólo de pensarlo me entra hambre.

Me levanto de la terraza y camino hacia ella para ayudarla a terminar de regar las plantas.

Después de todo, aún tenemos que preparar la cena.

Beatriz Eva

De acuerdo, el trabajo es el trabajo, y es pleno lunes, pero ¡qué cliente más molesto!

Hoy es el lanzamiento del CD de Diogo Milani, uno de los amigos de Marco y Pedro de la moto club. El tío está arrasando en las listas de éxitos, atrayendo multitudes a sus conciertos, y llevamos semanas queriendo ir a verle. Desde que empecé a ir a la moto club, conozco a todos los miembros y me he hecho muy amigo de Maria Rosa, su mujer y su fan número uno.

Le dije que nunca sería la mujer de un cantante. Sólo de imaginarme a esa pelirroja idiota organizando reuniones con Pedro para hablar de la distribución de su empresa... Hmm... ¿Realmente dije eso? DE ACUERDO. Soy una profesional, y no voy a menospreciarla como empresaria. Si ella llama empresa a su nuevo negocio, me parece bien... Pero no me lo trago. Ahora imagínate a Maria Rosa teniendo que lidiar con todas las fans que están como locas deseando a Diogo.

Creo que, si yo fuera ella, trabajaría de camarera en los conciertos e iría repartiendo cócteles vitamínicos con un ingrediente sorpresa a todos los fans que se acercaran al escenario. Como no lo soy, la admiro desde lejos por su autocontrol.

Un golpe en la puerta me recuerda que aún estoy en la oficina y totalmente desmotivada para ir al concierto.

—¿Molesto?

—Elaine, ¿desde cuándo te metes en mi camino, mujer?

Mi amiga se toma muy en serio su profesionalidad. Estoy muy orgullosa de ella. Aunque no mucho en el ámbito sentimental, ya que ha caído en esta pasión poliamorosa.

Pero, ¿qué puedo decir cuando veo la sonrisa en tu cara de lado a lado, y luego veo a mi otro amigo con la misma sonrisa? También he ganado un nuevo amigo, cuyo acento latino nos hace bailar estemos donde estemos.

Lo difícil es abrir la mente del cabeza dura de Pedro, que aún no conoce los detalles, pero sospecha mucho de esta loca relación entre ellos.

Al principio, cuando Elaine me contó un poco sobre esta relación, que no se trataba sólo del sexo en sí, sino que los tres se habían enamorado el uno del otro, también me costó entenderlo, pero hoy ya le he pillado el truco. Apreté el botón de "que se joda el mundo" por lo que es correcto.

Quiero verlos felices.

—Cuéntanoslo todo, no escondas nada. Hoy no le he visto la cara a Pedro. ¿Cómo se ha tomado la noticia?

—No lo hizo.

—¿Qué quieres decir? Hiciste la prueba y me enviaste una foto. ¿Por qué no se la enseñaste?

Descubrir que estaba embarazada fue la noticia más emocionante de mi vida. Hacerme la prueba en la farmacia no hizo más que confirmar lo que ya sabía. Sé y sentí exactamente el momento en que una vida nacía dentro de mí.

Dieciséis días de retraso, muchas náuseas, un deseo irrefrenable de tener un tarro de miel como *nécessaire* a mi lado... Todo esto no hizo más que confirmar mis sospechas.

El viernes por la tarde, antes de ir a nuestro rinconcito, compré la prueba y juro que quería darle la noticia en cuanto viera el resultado. Pero el gusanillo de los celos llevaba dos días corroyéndome. No sólo quería darle la noticia, quería hacerla realidad.

Bueno, no era como darle otra responsabilidad más. En el fondo, sería justo eso, pero de una forma hermosa. Quiero darle la buena noticia, pero quiero que sea sorprendente. No quiero que se sienta obligado a casarse conmigo para que su hijo tenga unos padres que vivan en una relación estable, porque esa nunca ha sido nuestra emoción. Ya vivimos juntos como pareja y estamos preparados para introducir un pequeño en nuestras vidas.

—Iba a enseñárselo. Dejé la prueba bajo su almohada. Pero vino diciendo que hoy no podría ir al espectáculo con nosotros. Su cliente de mierda de Río necesitaba ayuda y no había vuelo hasta el final del día. Me enfadé. Para ser sincero, perdí todas las ganas.

—Amiga, estamos hablando de embarazo.

—Ya lo sé. Pero quiero darle la noticia en un momento especial. No cuando tenga ganas de retorcerle los testículos.

—¿Cuándo nos lo dirá?

—No lo sé. La prueba está en mi bolso. Ahora creo que es mejor esperar hasta que nos reconciliemos.

—¿Estabas peleando?

—No él, sino mis celos. No me gusta nada esa Izilda. La mujer es un dolor en el culo.

—Beatriz Eva, un día vas a poner un cartel en la puerta de esta oficina: "Aquí sólo se admiten clientes masculinos".

—Me has dado una buena idea. Considérate ascendido al Departamento de Marketing.

Nos reímos juntos.

Momento Pedro Salvatore y Beatriz Eva

—Eso es patético. No necesito tanto disfraz. Después de todo, ya ha sido un día bastante duro para mí decirle al mundo que quiero a mi mujer.

—No tiene nada de patético", dice Barbara. Marco se ríe mientras me ayuda a ponerme el resto del disfraz.

—Me voy a morir de calor con esta ropa. —Me miro en el espejo del camerino de Diogo. Maldita la hora en que les dije que quería sorprender a mi alumno. —Esto hace que me pique todo el cuerpo.

—Cuando Bya me dijo que estabas gruñón, no me di cuenta de cuánto.

—Ella dijo eso, ¿verdad?

—Fuera de mi boca. —Se ríe.

—El espectáculo ya ha comenzado. Nos vemos fuera. —Marco me abraza y me da una fuerte palmada en la espalda.

—¡Espera! ¿Cómo voy a salir de aquí? Te necesito.

—De pequeña era fan tuya. Me encantaba ver tu programa y nunca imaginé que un día sería tu amigo. Puedes contar conmigo", dice burlándose de mí.

—Cuidado, gatito. Recuerda que al alienígena le encantaba comerse a sus hermanos felinos.

—Sé lo que le encantaría comer, pero soy un tigre y no corro ese riesgo.

—No sé en qué estaba pensando cuando os pedí ayuda.

—No te quejes. Estás preciosa. Ahora vamos a la pista de baile. No queremos perdernos el show de Diogo ni el tuyo por nada del mundo.

Barbara me besa y las dos me llevan cerca de donde están todos nuestros amigos.

Irónicamente, me doy cuenta de que todo el mundo me mira como si fuera un extraterrestre. Los segundos pasan y me doy cuenta de que mi ansiedad no hace más que aumentar.

Mis pensamientos me piden que gire de un lado a otro. Luego, que pise con los pies alternativamente una línea blanca delante de mí. Para cualquiera que me vea, parece la actuación de un artista. Sólo yo sé que soy un manojo de nervios.

Me siento como el personaje de la película, que se arriesgaba a ser descubierto mientras hacía sus bromas poco convencionales. A pesar de ello, al final siempre salía vencedor, y así es como quiero que ocurra esta noche.

El productor del programa me hizo una señal con el gesto acordado. Había llegado el momento. En la gran pantalla, que mostraba clips de la banda sin parar, apareció la imagen de una rosa roja.

Doy unos pasos y veo a los chicos de Águias y a la señora Cida, que se divierte bailando con Elaine, Beggo y Pablo.

Bya habla con Bárbara y Marco y parece emocionada. Ellos intentan distraerla todo el rato.

Todos cómplices.

—Buenas tardes. Hoy estamos doblemente contentos: de recibirles en nuestra presentación y de marcar un hito en la vida de dos personas a las que hemos llegado a conocer y admirar. —Diogo hace la presentación.

El público ovaciona a los músicos.

El espectáculo es precioso.

¡Cómo me gustaría que mi amor estuviera aquí!

Elaine tenía razón: Pablo es un vals y ha bailado con las mujeres de la mitad de nuestros amigos.

Beggo me está sorprendiendo últimamente. Parece que cada día está más enamorado de Elaine y Pablo. Es más maduro y menos impulsivo.

Los tres empiezan a bailar juntos y montan todo un espectáculo. Mientras me dejo seducir por el espectáculo, me fijo en Barbara.

—¿Qué te parece el programa, Bya?

—Me encanta, Barbara. Los chicos molan.

—Esta noche va a ser muy especial.

—Mi día es especial porque sé que nunca volveré a estar sola en esta vida.

Me mira asombrada.

—¿Está embarazada?

—Antes de venir aquí, fui al laboratorio y confirmé lo que sabía desde el sábado.

Me abraza.

—Enhorabuena, Bya. Seréis la embarazada más felice que conozco.

—Quería a papá aquí. —Bromeo, pasándome la mano por la barriga, soñando con lo grande que está.

—Así que hoy será doblemente especial. —Aparta la mirada de mí, siguiendo a los demás que están fijos en el escenario.

Casi me río.

¿Qué quieres decir con que mi obstinado Alf está aquí en la exposición?

—¡Eh, señora! —El avatar me dice.

—¡Hola, Alf! —digo riéndome.

—¿Vendrás a mi boda?

—Si me invitas... —¡Chicos, ¡qué gracioso!

—¿Pero ¿cómo no voy a invitarte si eres la novia?

—¿Eh? ¿Qué quieres decir con la novia?

Las luces se apagan. La pantalla oscurecida muestra una rosa roja en el centro.

Diogo, cantante del grupo, atrae la atención del público.

—Ahora vamos a tocar una canción compuesta especialmente para alguno de los presentes hoy. Se trata de "Eres mi aire", escrita por Fabrício Castro. Beatriz Eva y todos los invitados, es mi amigo Pedro Salvatore. ¡Este hombre te ama, niña! Y me confió que tú eres su aire.

No creía en el amor a primera vista

Pero cuando te vi, no tuve salida

Tu encanto me ha hechizado, con tu fulgor me has encantado

Ya no sabía qué pensar

Pero mi corazón

Siempre buscando una manera fácil de entender

El amor que siento por ti.

Voy a declararme a ti ahora

dejar

Si me dejas

Digo la verdad

Te quiero, sí.

Te quiero para mí

Sé que fue amor a primera vista

Tus ojos de niña

Es mi destino

No puedo esperarte más

Porque eres mi aire.

Se me humedecen los ojos de emoción. ¡Qué letra tan bonita! Una imagen comienza a aparecer en la gran pantalla. Tardo un rato en comprender la película que aparece.

—¿Somos Pedro y yo los protagonistas?

—¡Sí!

Me sobresalto cuando veo el avatar de Alf arrodillado a mi lado.

Me río de la situación y me llevo las manos a la cara.

—¿Estás loco?

—Loco por ti.

La pantalla empieza a emitir un sonido. Mis ojos alternan entre Alf arrodillado a mis pies y las imágenes. Me atrapan. Fijo mi atención en la pantalla. Su mirada es impactante, penetrante, y es en él en quien me he perdido desde el día en que lo vi.

"En primer lugar, pido disculpas a todos los que vinieron a ver el espectáculo de Diogo. Prometo ser breve.

La banda toca "Mirrors" con notas graves.

"Bya, nunca imaginé que conocería a alguien que me diera paz, consuelo y me aceptara exactamente como soy. Luego te conocí a ti, y tampoco eres nada de eso. Me quitas la paz y traes novedad a mi vida, me haces flotar fuera de mi zona de confort y eres un fanfarrón que juega con el respeto a mi forma de ser, dentro de mis imperfecciones, y que me ha hecho aceptarme a mí mismo. Eres mi TOC, mi erección por estar obsesiva y compulsivamente enamorada del oxígeno que representas, del aire que respiro. Somos iguales de forma imperfecta. Y nuestras imperfecciones se vuelven perfectas dentro de nuestro amor. Tú me completas. Y yo quiero completarte el resto de mi vida. Lo normal sería que te pidiera que no cambiaras nunca, pero eso no tendría sentido, porque cada día que me despierto a tu lado es un día diferente. Siento nuevas emociones y descubro una nueva. Y como no puedo vivir sin

respirarte, me gustaría hacerte una petición. ¿Quieres casarte conmigo, mi eterna pupila? Por favor".

Sin esperar a que termine el vídeo, arranca la cabeza del disfraz.

—¿Tenías que ser diferente incluso cuando te declaraste? — Me atrae hacia ella, secándome las lágrimas.

—¿Eso es un sí?

—Todavía no.

—¿No?

—No, mi amor, porque necesitas hacerlo bien y, en ausencia de mi padre, necesitas hacer la petición por nuestro hijo que está en mi vientre.

—¿Qué has dicho?

—Dije que es nuestro hijo quien responderá, que está aquí dentro de mí.

La agarro por la cintura y la hago girar en el aire sin cansarme.

—Eres mi aire, mi vista, mi tacto, mi olor. Y nuestro hijo será nuestra vida. Hoy te amo, Beatriz Eva. Te amé ayer y te amaré mañana, y por el resto de nuestras vidas, hasta que envejezcamos juntos con nuestros hijos, nietos, bisnietos, hasta la generación que Dios nos permita vivir juntos.

—¡Eh!" Me llama la atención y dejo de darle vueltas, temiendo que se vuelva loca. —Prométeme que no enseñarás a nuestra próxima generación esa forma tan especial de declararse a una mujer.

—¿No te gusta?

Esta vez es ella la que da vueltas en mis brazos.

—Me ha encantado.

Epílogo

Hola.

Soy Gabriel Giménez Gastaldo y estoy aquí hoy para decir que estoy muy orgulloso de mi madre.

En su último capítulo, decidió hacerme un resumen de su nuevo libro.

Al principio, me contó la historia y dijo que yo era un gran orgullo para ella, porque fui yo quien la motivó a escribir. Gracias a mí, pudo conocer y entender lo que es el TOC. Pero yo no lo entiendo.

¿Cómo puede estar orgullosa de mí si es ella quien cada día me ayuda a vencer el TOC?

Tengo quince años, y hace unos cuatro meses me encontré con él.

Fue cuando los pensamientos intrusivos comenzaron a formar parte de mi vida. Pero ya os lo adelanto: la historia que creó es pura ficción. Mi padre no es como el de Pedro, y mi madre está aquí, vivita a mi lado.

Seguramente os preguntaréis si ya he vivido las manías y rituales de Pedro. ¡Vaya si sí! Eso pasa todo el tiempo, pero hoy soy más fuerte que ellos, y en la terapia y la medicación encuentro a mis aliados.

Suelo decir que hay momentos en que los pensamientos molestan muchísimo, pero yo soy cabezota. Creo que consigo molestarles más a ellos. Así los voy venciendo.

En fin, queréis saber sobre los personajes, ¿verdad?

Cuéntales a tus lectores, mamá, cómo terminó esta historia.

Perdón, lector, pero ella quiere que yo cuente el final. Pues venga.

La pareja tuvo una ceremonia discreta y una celebración íntima entre amigos.

La luna de miel… Bueno, fue un precioso viaje a Argentina, donde Robson, el marido de Suzete (una de las "suezetes"), resumió lo que significa llevar a alguien en el asiento trasero de su moto:

"La sensación que tengo al conducir la moto por la carretera es de libertad, de poder, de conexión con el mundo con la mente abierta, de ver y vivir diversas experiencias inesperadas. Y tener a mi esposa en el asiento trasero amplía la sensación de protección, de seguridad, de intimidad, de placer. Y por último, la del amor de ver el mundo de otra forma y compartir con tu compañera lo que te hace bien."

Del amor intenso de esa pareja nació la pequeña Lívia. Desde el momento en que el médico les informó que tenía síndrome de Down, su amor por ella no ha dejado de crecer incondicionalmente. Como padres, se esfuerzan por darle las herramientas necesarias para que esté preparada para trazar su propia historia de vida, con derecho a todos sus errores y aciertos. La hermosa y pequeña Lívia, por su parte, les sorprende día tras día

demostrando que es capaz, y que, en su mundo, lleno de amor, solo existe la felicidad.

Fin

¿Te ha gustado esta historia?

Entonces, aquí va una invitación especial.

Si esta trama te atrapó, quizás también te enganche *El lado dulce de la traición*, el libro que inspiró la película de Netflix — una historia intensa, provocadora y llena de giros que te dejarán sin aliento.

Gracias por leer.

Nos vemos en la próxima historia.